

COLECCION

DE

PLÁTICAS DOMINICALES

QUE PARA FACILIDAD Y DESCANSO

DE LOS VENERABLES CURAS PÁRROCOS Y TENIENTES DE CURA

HA FORMADO Y REUNIDO, DE LOS MAS CLÁSICOS AUTORES,

D. ANTONIO MARÍA CLARET Y CLARÁ,

Arzobispo de Trajanópolis in part. inf.

TOMO VII.



Con aprobacion del Ordinario.



BLO RIERA,

1863.

AL LECTOR.

Amadísimo lector, este séptimo y último tomo de las **Pláticas parroquiales** contiene los ejercicios espirituales del ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo de Orihuela.

Hemos considerado que estos santos Ejercicios serian el mejor complemento de esta Coleccion de pláticas, y la última mano de esta obra. Estos santos Ejercicios desde el año de 1833, que por primera vez vieron la luz pública, están dando en todas las parroquias de aquella diócesis los mas felices resultados, como lo sabemos y nos consta por experiencia; y deseando que este bien tan grande se haga extensivo á todas las parroquias de España, hemos pensado, con la vénia del autor, de tan santo y celoso Prelado, poner dichos Ejercicios en el séptimo y último tomo de la coleccion: no dudando que tan pronto como los Prelados habrán leído con detencion estos Ejercicios, mandarán que en todas las parroquias de sus respectivas diócesis se hagan cada año estos Ejercicios, como mandó su autor el Obispo de Orihuela, y como este quedarán gustosamente sorprendidos de sus felices resultados, mayores sin duda de lo que ellos mismos se pueden figurar.

En cuanto á Nos podemos decir que nos han gustado sobremanera, y para que se vea el interés que en ellos tomamos, hemos pensado en cada instruccion doctrinal añadir un ejemplito ó historia para mas amenizar la lectura, y hacerla por lo tanto mas agradable á los ejercitantes.

Otro estímulo nos falta anunciar todavía, y es que el Sumo Pontífice tiene concedida indulgencia plenaria á todos los fieles que con esta obra hagan diez dias de ejercicios espirituales, ya sea en la iglesia parroquial, ya en otra iglesia ó capilla, ó bien en su casa, si no pueden asistir á la iglesia. Y Nos con muchísimo gusto y afecto de nuestro corazon concedemos ochenta dias de indulgencia por cada acto de dichos Ejercicios.

Madrid 29 de junio de 1858.

ANTONIO MARÍA, Arzobispo de Santiago de Cuba.



NOS DON FÉLIX HERRERO VALVERDE,

**POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE ORIHUELA, DEL CONSEJO DE S. M., ETC.**

*A nuestros muy venerables Párrocos, Vicarios eclesiásticos, y á todos
nuestros amados diocesanos : Salud en Nuestro Señor Jesucristo.*

Ocho años se han cumplido ya, amados diocesanos, desde que sin mérito nuestro fuimos constituidos obispo y pastor de vuestras almas, debiendo dar estrecha cuenta de ellas, en el tribunal supremo del Juez de vivos y muertos, y responder con la nuestra, por una sola que se extravíe y pierda por nuestra culpa. Todos los dias sentimos el grave peso de esta obligacion y carga formidable á los hombros de los Ángeles, y la continua experiencia nos hace conocer la insuficiencia y poquedad nuestra para el desempeño de tan alto y santo ministerio. Pero en medio de tanto conflicto y angustia, nos sostiene y consuela un deseo vehemente, que por misericordia de Dios advertimos y sentimos en el fondo de nuestro corazon, de emplearnos todo y sin reserva en cuanto pueda conducir á el logro de vuestra felicidad temporal y eterna.

Cuanto el tiempo y el ejercicio de nuestro ministerio nos hace conocer mas los peligros de las almas encargadas por Jesucristo á nuestra pastoral vigilancia, y los lazos que tiende sin cesar para perderlas el dragon infernal, la inconsideracion y aun el abandono con que muchas se dejan enredar en estos mismos lazos, sin temor de su perdicion eterna, tanto mas vehementes y vivos son nuestros deseos de librarlas y sacarlas de un estado el mas miserable y desgraciado.

Si nos paramos á mirar, y contemplamos el cuadro triste que presenta la corrupcion de costumbres, y como toda carne ha corrompido sus caminos, sin que haya sido suficiente para purificar la tierra de nuestra Diócesis un diluvio de calamidades y trabajos, con que nos ha avisado y obligado el Padre de las misericordias : si reflexionamos sobre el quebrantamiento continuo de los mandamientos de Dios, con toda clase de pecados, delitos y crímenes, muchos de ellos públicos : si consideramos la continua profanacion é inobservancia de los dias santos del Señor, y la no menos continua

violacion de los otros mandamientos de nuestra santa madre Iglesia, y que todo esto se hace ya sin temor, como por costumbre y sin remordimiento de conciencia : cuando además tenemos presentes las perniciosas doctrinas que se propalan, y expresiones que se vierten contra nuestra Religion divina, la santa Iglesia y sus ministros, y los muchos libros que las enseñan y retienen sin entregarlos á quien se debe, con manifiesta desobediencia á la Iglesia y desprecio de sus censuras ; entonces á vista de tantos y tan graves males, y de otros no menores de que seria largo hablar, entonces, amados diocesanos, nuestro espíritu se aflige, se angustia y acongoja sobremanera, es verdad ; pero interesados siempre por la salvacion de vuestras almas, no nos abatimos ni desmayamos, sino que levantando nuestro corazon y nuestras manos al Dios de todo consuelo, y colocando en él toda nuestra confianza, le pedimos y suplicamos sin cesar se digne abrirnos camino, é inspirarnos medios eficaces, aunque sea á costa de nuestra salud y nuestra vida, para el remedio de tantos males.

Sentimos todavía otro que nos contrista mas, porque le conceptuamos manantial fecundo y causa muy principal de los demás, y de la corrupcion de costumbres tan general en el pueblo cristiano. Este es la ignorancia. Sí, amados hijos nuestros, la ignorancia, la falta de instruccion en la mayor parte de los cristianos, de la ciencia de la religion de Jesucristo que se glorian profesar, de la doctrina cristiana, de la ciencia única de salvacion. Este es el grande mal, cuyo remedio ha llamado siempre y llama nuestra particular atencion, y buscamos con ansia. Ignorancia tan comun en nuestros desgraciados tiempos, no solo á la clase rústica y sin letras, sino á la de aquellos que se tienen por instruidos, y acaso lo son en todo, menos en la ciencia de salvarse : ignorancia que ha despojado de su color hermoso á la hija de Sion, que ha oscurecido en los hijos de la Iglesia, en los cristianos, el brillante esplendor de sus costumbres amables y santas, de modo que no por ellas se conoce á la mayor parte sino por el nombre, y por aquel carácter que no se borrará jamás de sus almas, para confusion y tormento suyo por toda una eternidad infeliz : ignorancia, por fin, por la que puede decirse con mas razon en nuestros dias, que lo decia en los suyos el venerable Granada, que no se hallará moro ni judío que no esté mas instruido en su falsa creencia, que lo están los cristianos en la Religion santa que profesan, y les enseñó el mismo Jesucristo. ¡Qué dolor ! Situacion triste, pero cierta.

Quisiéramos, amados hijos nuestros, estar engañados en este concepto que nos ha hecho formar una larga y triste experiencia de cerca de treinta años que contamos de párroco y de obispo ; pero es muy fácil á el que quiera averiguar la verdad , y desengañarse por sí mismo. Preséntese en todos los pueblos y en las ciudades de la Diócesis, y entre en las casas todas, de pobres, de ricos, de sábios, de ignorantes, y hágalo, si le es posible, en los dias de fiesta, y encontrará á los padres de familia, á los hijos, á los criados, atentos y ocupados en intereses del mundo, en el trabajo, en el juego, en la diversion, en el ocio y en objetos de vanidad ; pero con dificultad hallará quien lo esté, ni por un breve rato, en aprender y enseñar la ciencia de la salvacion. Deténgase en las plazas y calles, y las verá llenas de infelices niños, abandonados al juego y al vicio : pase despues á las escuelas, y encontrará muy pocos, y ni aun las hallará en muchos de los pueblos. Diríjase por último, y entre en los templos, lugar santo destinado para enseñar y aprender la ciencia de la Religion y el santo temor de Dios, y en la mayor parte de los pueblos los hallará desiertos, aun en dia de fiesta, como no sea al tiempo de la misa rezada, á que se asiste con irreverencia y desasosiego. Si pregunta la causa, le dirán los párrocos, que jamás se ha podido conseguir la asistencia de los feligreses á la explicacion de la doctrina cristiana. Lo cierto es, que nos ha sucedido en varios pueblos mas de una vez, estar explicando la doctrina, ó predicando el santo Evangelio con pocos oyentes, al mismo tiempo que las calles y plazas estaban llenas de gentes ociosas, y entregadas al juego.

Pues ahora bien, amados diocesanos, si no se enseña la doctrina cristiana en las casas por los padres de familia, si no hay escuelas, ó si las hay, no concurren á ellas los niños, á excepcion de muy pocos ; si no se enseña ni se aprende en los templos, como todo es así, y lo vemos y experimentamos, ¿en dónde se adquiere esta ciencia santa, para cuyo conocimiento é instruccion es necesario estudio, atencion y tiempo, como para un negocio el mas importante para nosotros? Y si no se sabe, si así está olvidada, ¿cómo se podrá observar y practicar? No extrañemos ya, amados diocesanos, la corrupcion de costumbres. Porque ¿cómo tendrá costumbres buenas el que ignora la regla de formarlas? Lloremos, sí ; pero no extrañemos tampoco el olvido y violacion continua de la ley santa de Dios. Porque ¿cómo la tendrá presente y observará el que la ignora? ¿Cómo recibirá los santos Sacramentos el que no sabe lo que son, ni lo que se contiene en estas fuentes y tesoros de la gracia? ¿Qué ora-

cion hará el que no sabe lo que es oracion, ni el modo de hacerla? ¿Qué idea tendrá y formará, y cómo meditará los adorables misterios de nuestra divina Religion, y de la infinita bondad y misericordia de un Dios hecho hombre, y muerto en la cruz por nosotros, el que ninguna idea tiene de todo esto? ¿Cómo, en fin, temerá los juicios de Dios y sus castigos, y anhelará y trabajará por huir de ellos, y por conseguir los premios eternos, el que ignora estas terribles y consoladoras verdades de nuestra divina Religion?

Persuadidos, como hemos dicho ya, por una continua experiencia de que mucha parte de nuestros diocesanos se halla en este estado de ignorancia, hemos buscado siempre medios eficaces para sacarlos de ella.

Sabeis, amados párrocos, cuántas veces nos hemos lamentado con vosotros mismos de esta fatal ignorancia, y excitado vuestro celo contra ella, de palabra y por escrito: sabeis cuántas veces hemos dicho que ni el párroco ni el obispo pueden desempeñar debidamente su ministerio en estos tiempos, sin mayor vigilancia y trabajo que el que era suficiente en otros; porque cuando las necesidades y peligros de las ovejas son mayores, debe serlo también el cuidado y vigilancia del pastor: sabeis, en fin, que hemos enseñado y enseñamos la doctrina, con el deseo y esperanza de que todos los eclesiásticos y padres de familia siguiesen nuestro ejemplo. Por desgracia ignoramos los resultados de estos medios de que nos hemos valido hasta ahora.

Otro que habíamos adoptado hace algunos años, y principiado á poner por obra, era el de formar una larga instruccion pastoral, valiéndonos para ello de las que dieron á sus párrocos y diocesanos los dos grandes santos obispos san Carlos Borromeo y san Francisco de Sales, con el objeto de facilitar y uniformar en nuestra Diócesis la enseñanza é instruccion de la doctrina cristiana; pero la calamidad de los terremotos, que tanto nos ha afligido y ocupado, nos impidió llevarlo adelante.

Así nos hallábamos reducidos á buenas esperanzas solamente, cuando aquel Señor que oye los deseos de los pobres, parece se dignó atender á los nuestros. Haciendo la santa visita de nuestra Diócesis, llegamos á la de la parroquia de la villa de Aspe, cuyo celoso respetable párroco nos dió noticia de los ejercicios espirituales que practicaba en la Cuaresma, con el objeto principal de instruir á sus feligreses en la doctrina cristiana y máximas morales, valiéndose de un método proporcionado á la capacidad de todos, y dispuesto de

un modo que les hiciese gustosa tan santa ocupacion : quisimos enterarnos, no solo del método é instrucciones que habia formado para los dichos ejercicios, sino que tambien hicimos se practicasen á nuestra presencia una noche, como así se verificó, con la mayor concurrencia, no obstante ser en el mes de agosto : quedamos santamente sorprendidos y llenos de consuelo á la vista de tan piadosa y provechosa práctica, y desde entonces concebimos los mayores deseos de hacerla extensiva á toda nuestra Diócesis, y valernos del método con que se enseñaba en estos ejercicios la doctrina y máximas cristianas, para formar la instruccion pastoral que tanto ansiábamos, con el fin de proporcionar la que necesitan nuestros feligreses, particularmente aquellos que menos pueden adquirirla, por ocupados en sus tareas corporales diarias, como son los labradores, jornaleros, artesanos, y demás que han de ganar el sustento diario con el sudor de su rostro.

Desde entonces nos dedicamos á llevar adelante nuestro intento, y no con mucho trabajo nuestro hemos llegado á formar la presente instruccion, siguiendo y guardando el mismo método de los ejercicios, para cuarenta dias de la Cuaresma, desde el miércoles de Ceniza hasta el domingo de Ramos, ambos inclusive.

Nos ha parecido tanto mas conducente adoptar este método, cuanto que la Cuaresma es el tiempo mas proporcionado para la instruccion de los fieles, por su mayor concurrencia al templo, y por ser cuando todos se han de disponer y se disponen para recibir los santos sacramentos de la Penitencia y Comunión; porque se pueda hacer uso y se haga de esta nuestra instruccion en los ejercicios de Miverva que se practican todos los domingos del año por la tarde en las parroquias de toda la Diócesis, y por lo demás que diremos despues.

¡Oh muy amados y venerables párrocos, vicarios y eclesiásticos, y demás diocesanos nuestros! os rogamos, suplicamos y encargamos con todo el afecto de nuestro corazon, y por las entrañas y amor de Nuestro Señor Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fe, que no recibais en vano esta gracia.

Practicad, señores párrocos, todos los años en la santa Cuaresma, en vuestras respectivas parroquias, estos piadosos ejercicios, con celo santo y firme constancia, asistiendo puntualmente á ellos con todos los eclesiásticos, y procurando por todos los medios caritativos y prudentes la asistencia de vuestros feligreses, venciendo cualquiera obstáculo que opondrá el enemigo comun de nuestras almas : haced además de esta provechosa instruccion el uso que di-

rémolos despues, y no dudeis coger con la bendicion de Dios copiosos frutos de vuestro trabajo, teniendo presente para ello, entre otras cosas que os dicte vuestro celo y prudencia, lo siguiente :

1.º Se admiten y deben admitir solo hombres y muchachos de alguna edad á los ejercicios, por las razones que se expresan en sus advertencias ; pero en los pueblos de corto vecindario podrá admitirse tambien á las mujeres, siempre que no falten á las obligaciones de su casa y familia.

2.º Para no privarlas tampoco en las ciudades y pueblos grandes de tan útil instruccion y práctica piadosa, podrán repetirse en distinta hora por la tarde los santos ejercicios.

3.º En ninguno de los dias de ejercicios se omitirá, ni en todo, ni en parte, la leccion de doctrina, y si posible fuere, se leerán sin omitir nada la meditacion y plática, y para que no se dilate el ejercicio mas de una hora, ó poco mas, que debe durar, sin contar el tiempo que se gasta en el Rosario, podrá cercenarse ú omitirse parte del cuarto de hora de oracion.

4.º En los ejercicios de Minerva, en el discurso del año, se leerá uno de los dias de estos ejercicios, sin omitir nunca la leccion de doctrina cristiana, y á continuacion se leerá la meditacion, ó parte de ella, y despues de una corta páusa, se leerá la plática, si al párroco ó vicario no le pareciese predicar otra cosa.

5.º Cuidarán los párrocos con la mayor vigilancia (sobre lo que les hacemos el mas estrecho encargo) que todos los sacerdotes, que celebran en las ermitas del distrito de su parroquia, despues del Evangelio lean sin excusa alguna la leccion de doctrina, y á continuacion la meditacion ó plática de uno de los dias de los ejercicios por su orden ; á cuyo fin, cuidarán que haya en cada una de las ermitas un ejemplar de esta nuestra instruccion, conservado cuidadosamente ; en inteligencia de que no permitiremos deje de practicarse así, adoptando al efecto oportunas providencias.

6.º Encargamos tambien á los párrocos que, por todos los medios que les dicte su celo, persuadan á los padres de familia tengan en sus casas esta nuestra instruccion pastoral, y la lean, ó hagan leer en los dias de fiesta á todos sus hijos y domésticos reunidos.

7.º Hacemos particular encargo á los párrocos, y á los que han de hacer de directores de estos ejercicios, que ante todo lean y se instruyan con cuidado de las advertencias, y método de practicarlos que se poné al principio de ellos, y son dichas advertencias y ejercicios los siguientes :

COLECCION

DE PLÁTICAS DOMINICALES.

TERCER AÑO.

ADVERTENCIAS.

Como el principal objeto de esta instruccion ha sido el de proporcionar el pasto espiritual á los pobres trabajadores, que precisados cada dia á ganar el sustento necesario para ellos y su familia, carecen de aquellas ocasiones y tiempo, que tienen los de clase mas acomodada, para instruirse en la doctrina cristiana y verdades eternas, que es el alimento del alma ; nos pareció no haber otro medio, á este fin, mas adecuado, ni mas compatible con la penosa situacion de esta recomendable porcion del rebaño de Jesucristo , que darles cada año en determinada estacion un pequeño curso de catecismo y de vida moral, que sin distraerlos de sus primeras obligaciones domésticas les facilitase un tal cual baño , conforme á su capacidad, de los principios fundamentales de nuestra santa Religion, y de cuanto es necesario saber para salvarse, y conducente para vivir una vida verdaderamente cristiana.

Ningun tiempo del año nos pareció tan oportuno como la santa Cuaresma, en la que el comun de los fieles, conforme al espíritu de la santa Iglesia, se van disponiendo para cumplir con el precepto pascual. Y bajo esta idea, se principiarán y continuarán todos los años estos ejercicios, desde la noche del dia de Ceniza hasta la del domingo de Ramos ; dejando libre la Semana Santa , por ocupada con los divinos oficios que le son propios. La hora única en que los dias de trabajo podrian los fieles, sin incomodarse, asistir á esta aca-

demia de religion, es aquella en que dando de mano á sus ocupaciones, se retiran á casa, y permanecen en ocio, entre tanto que la consorte les prepara la cena. Y esta misma es en la que se les convoca y entretiene con el ejercicio, que no pasa de una hora ó pocas, por no cercenarles el descanso que necesitan para emprender el trabajo al dia siguiente.

Algunos dirán: ¿para qué tantos dias de ejercicio? y se responde: convenimos en que ocho ó diez de ejercicios son suficientes, cuando no se trata mas que de purificar el alma por medio de una seria y dolorosa confesion, ó de corroborar el espíritu en el retiro y contemplacion; como se hace cuando se toman por devocion, ó por instituto. Porque entonces no hay necesidad de otra cosa que de rumiar las verdades de que ya se supone estar el alma imbuida. Pero como pretendemos, en cuanto nos sea posible, ilustrar unos ánimos que carecen de toda ó casi toda instruccion, es necesario todo el tiempo prefijado, para que en cortas lecciones se les desmenuce y explique todo el texto de la doctrina cristiana; y en puntos de meditacion se les enseñe el modo de tener oracion, el de recibir dignamente los santos Sacramentos, el de corregir los vicios, y evitar las ocasiones de pecar, el de practicar las virtudes y buenas obras, y todo lo demás que conduce á formar un hombre buen ciudadano y cristiano. Y en esto nos parece que estos ejercicios aventajan á una misiva de pocos dias, y aun á una predicacion de Cuaresma, como se hace de ordinario. Es verdad que en una y otra predicacion el huracan del Evangelio suele volcar uno ú otro pino envejecido en alguno de los vicios capitales; pero al monte bajo, por decirlo así, de vicios rateros, de que aquellos vienen á formarse, y que mas conden en la sociedad, apenas llega la tormenta. Pero en estos ejercicios anuales, mas prolongados que aquellos, hay tiempo para desenvolver en explicacion todo el Catecismo, y para instruir con alguna detencion sobre todos los puntos que quedan indicados. Y la experiencia nos enseña, que en ellos y por ellos el ferviente soplo de la divina palabra no solo desgaja las altas copas de maldad, sino que tambien penetra hasta la raíz de las malas costumbres, que es la mala educacion; y si no se logra exterminarlas del todo, á lo menos las azota, y en su origen no poco detiene sus creces. Otra razon para haber adoptado el número de cuarenta dias continuados de este ejercicio es, que podria suceder que alguno por enfermedad, ó por cualquier otro accidente, no pudiese asistir á unos ejercicios de solos ocho ó diez dias continuados, y entonces

quedaba privado al todo del beneficio que le proporcionan estas conferencias. Pero siendo en número de cuarenta, cualquiera podrá componer muy bien una asistencia de diez, quince ó veinte días, aunque no sean seguidos; tiempo suficiente para prepararse á la confesion y comunión pascual. También hay razones para no admitir á estas congregaciones sino á los hombres y muchachos ya crecidos: ya porque el sexo femenino, por lo común, carece menos de instruccion, por ser el que mas frecuenta los Sacramentos, pláticas doctrinales y demás actos de piedad; ya porque las mujeres deben estar de noche recogidas en casa, cuidando de su familia y ocupaciones domésticas, para que cuando venga el padre no se incomode por cosa alguna, y ya tambien por evitar toda distraccion al otro sexo, y mantener en el templo la devocion y el silencio que es necesario para oír con fruto la palabra del Señor. Además, que siempre participarán de lo bueno que el padre se lleve á casa; porque lo regular es preguntarle qué se ha dicho en el ejercicio; y porque el padre gobernará la familia, segun la doctrina y máximas cristianas que se le han enseñado.

Como asistirá el clero tambien á los ejercicios para mayor edificacion de los fieles, al fin de cada meditacion se ha puesto un parafito hablando con los señores sacerdotes, y llamando su atencion á lo que peculiarmente les corresponde, en razon de su carácter. Pero esto, y cuanto en la lectura se encuentre que se dirige á los sacerdotes, deberá omitirse si no los hubiese en el auditorio. Las pláticas podrán pronunciarse por el director de los ejercicios en tono de sermon. Se ha procurado en todo usar de un estilo y lenguaje sencillo y acomodado á toda capacidad. Y confesamos que nada, ó casi nada hemos puesto de caudal propio. La explicacion de la doctrina cristiana, toda es de los Catecismos de los PP. Ripalda, Astele y Pouget; y los puntos de meditacion se han tomado de los Ejercicios de san Ignacio, y de los PP. Estella y Nepueu. Nuestro no hay otra cosa que el pequeño trabajo de ordenar y combinar los materiales, para que resultase un reducido y metódico compendio de doctrina cristiana y máximas de moralidad para el uso de nuestros diocesanos.

MÉTODO QUE SE OBSERVABÁ EN LOS EJERCICIOS.

Todos los días, media hora antes de ponerse el sol, habrá un corto repique de campanas, que sirva de aviso á los ejercitantes, para que procuren dar de mano á sus ocupaciones, á hora de poder asistir al ejercicio; y puesto el sol, se

hará otro repique que se prolonga hasta que tocan las primeras oraciones. Rezadas estas, y preparado el altar mayor con dos ó cuatro luces, y un Crucifijo de magnitud que se haga visible á todos, se principia el ejercicio con el santo Rosario, llevando la cuenta un sacerdote, y en su defecto, lo hará el mismo director, que siempre lo será el párroco, ó algun otro sacerdote: este primer acto se reducirá á los cinco misterios que corresponden á cada dia, un Credo, una Salve y un Padre nuestro al patriarca san José.

Concluido el Rosario, subirá el director al púlpito, que ya está preparado con luz, reloj de arena ú otro, campanilla y el libro de Ejercicios; y habiéndose persignado y saludado á Nuestra Señora con un Ave María, leerá estando sentado, y tambien los ejercitantes, la leccion de doctrina cristiana, con voz proporcionadamente alta é inteligible sin apresuramiento, y con gravedad.

Acabada la leccion, y permaneciendo todos sentados, el director leerá el punto de meditacion con el tono grave, pausado y devoto que se acostumbra en las Minervas, haciendo una breve suspension despues de cada punto final de la lectura, para respirar, y no atropellar los conceptos en el oido de los asistentes.

Leido el punto de meditacion, se arrodillan todos, y permanecen en silencio como por un cuarto de hora, meditando en aquellas verdades que oyeron; y este rato de silencio lo cortará el director en tres períodos iguales, con las jaculatorias ó aspiraciones puestas al fin de cada meditacion (que pronunciará con voz perceptible de todos), para sostener el espíritu del ejercitante, ó volverlo de la distraccion.

Concluida la meditacion, vuelven todos á sentarse para oir la plática; y dicha esta, el director hace señal con la campanilla, y el sacerdote que rezó el Rosario, ó el mismo director, dice la Letania de Nuestra Señora, y se cierra el ejercicio con la antífona *Sub tuum præsidium... V. Dignare me...* y la oracion *Concede misericors...*

Este es el órden que ha de observarse todos los dias, á excepcion del primero, como se notará en su lugar.

Se previene el uso del reloj, para que el director pueda por él modificar los actos, de manera que no pase el ejercicio del tiempo señalado, por la razon que se dijo en las advertencias.

NOTANDO.

El dia primero de ejercicios, para no exceder demasiado el tiempo prevenido, se omite el Rosario, porque ha de cantarse el himno *Veni Creator Spiritus...* En todo lo demás se estará á lo que se note en la práctica de dicho dia.

EJERCICIO PRIMERO.

Llegada la hora subirá el director al púlpito, y publicará las siguientes indulgencias:

El Ilmo. Sr. D. Félix Herrero Valverde, por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Orihuela, del Consejo de S. M., etc. A todos los fieles asistentes á los santos ejercicios concede las siguientes indulgencias:

Por rezar el santo Rosario cuarenta dias.

Por oir la explicacion del Catecismo cuarenta dias.

Por oir la leccion espiritual cuarenta dias.

Por tener la meditacion cuarenta dias.

Por oir la plática cuarenta dias.

Las mismas están concedidas á los que no asistiendo á los ejercicios, hicieren ó leyeren los mismos actos, ó cada uno de ellos, en sus casas.

En seguida de la publicacion de indulgencias se persigna el director, y dice la siguiente plática:

PLÁTICA PREPARATIVA.

Acerquémonos al santuario de la gracia y de la vida, con un corazon sincero, y con entera fe.

Animémonos reciprocamente con ejemplos de ardiente caridad y buenas obras...

No nos apartemos de nuestra congregacion.

(Hebr. x, 22, 24, 25).

¿Con qué expresion de gracias, mis amados oyentes, podremos manifestar dignamente nuestro reconocimiento por la gran misericordia que nuestro buen Dios usa con nosotros? ¿Quién podrá ponderar digna y justamente el singular beneficio con que nos regala? Ni lo uno ni lo otro es posible á lo limitado de mi entendimiento. Nuestro Dios, por unos medios propios de su sapientísima provi-

dencia, ha dispuesto que este santo templo sea para nosotros un almacén de recursos espirituales, un lazareto para almas enfermas y convalecientes, y un ameno paraíso donde el hombre, muerto por el pecado, resucite á la gracia, y el vivo se preserve de la culpa. Sí, amados míos: todo esto quieren decir los santos ejercicios que vamos á comenzar. Este templo es la casa de misericordia en donde todos los años probáis los consuelos que solo se encuentran en el retiro del mundo. Y esta misma es la que Dios misericordioso ha querido que se os abra también este año, para que entreis á curaros de la enfermedad del pecado, ó á precaveros contra él. Porque en ella tendréis una oficina abundantísima de remedios para todos los males.

Sí, hijos míos, no lo dudeis. Si vuestra alma está padeciendo indigestion por la viscosidad de algun vicio inveterado, ó por la crudeza de apetitos desordenados; con los amargos de la penitencia se purgará, recobrará el paladar, y tomará apetito y gusto á la virtud. Si vuestro corazón huele á corrompido, por el humor corrosivo de alguna culpa muchos años callada por vergüenza, la descubriréis al confesor, y este os aplicará el bálsamo de la sangre de Jesús, que destilada en los santos Sacramentos sana y también preserva. Si vuestros ojos están recargados con la espesa catarata de las vanidades del siglo, la palabra del Evangelio quitará la nube, y veréis con claridad que cuanto el mundo os ofrece es vanidad y aflicción de espíritu. Si vuestro corazón se siente oprimido con los lazos del interés, se os dará á beber el recuerdo de la muerte, de esta muerte que un día nos despojará hasta de la piel que cubre nuestros huesos; y este pensamiento cortará la ligadura, el corazón se desprenderá del afecto á los bienes terrenos, y solo apreciará los eternos. Si el amor propio os lleva hinchados de soberbia ó de venganza, solo con poner la vista en Jesús, humillado hasta la cruz, bajará la hinchazón, y vuestro espíritu se pondrá en el punto de la cristiana humildad. En suma, hijos míos, si todo vuestro cuerpo en los sentidos, y vuestra alma en sus potencias, están cubiertos de lepra, las aguas saludables de la penitencia os limpiarán, y quedaréis tan puros como en el día de vuestro bautismo. Decidme ahora, hijos míos, ¿en dónde hallaréis un recurso para vuestras dolencias, tan abundante como este? ¿Por ventura en los espectáculos profanos? Pero ¡ah! que estos son las ferias del demonio. ¿Acaso en las concurrencias y diversiones con que el mundo os entretiene? Bien sabéis por experiencia que allí todo es veneno sin triaca. ¿Lo

hallaréis en aquella casa, en aquella amistad, en aquella ilícita correspondencia, en aquellas vivas carnicerías, en donde se ceban los apetitos dañinos? ¡Ab! y ojalá que no las hubiérais conocido; allí contrajo vuestra alma la enfermedad. Con qué será verdadero decir, que solo en los santos ejercicios se halla todo cuanto podeis necesitar para vuestro alivio y consuelo; y que el haberos Dios proporcionado estos recursos de eterna salud, es un rasgo muy particular de su infinita misericordia.

Ahora bien, amados míos: ¿quereis entrar á la práctica de los ejercicios en esta casa de salud? Pues bien, entrad; la puerta tenéis abierta. Pero sabed que en mi corazón la niego á todo aquel que quiera venir por mera curiosidad: la niego al crítico que quiera entrar con intencion de morder, y mas la niego al hombre impío que se burla de todo lo que es santo. Todos los que vengaís impulsados por el espíritu de verdad, podeis entrar. Pero antes que os acerqueis al trono de la misericordia quiero haceros tres advertencias muy importantes; las mismas que al intento hizo san Pablo á los primeros fieles, en su carta á los hebreos. Oidlas bien, para practicarlas bien.

PRIMERA ADVERTENCIA.

Acerquémonos al trono de la misericordia con sinceridad de corazón, y con plenitud de fe.

Si venís á los ejercicios, porque una fatal recaída en los antiguos vicios os robó la salud que una vez lograsteis en los baños de la penitencia: si vuestra alma, despues que se purgó de la culpa, quedó débil y sujeta á nuevos retoques de concupiscencia que os tienen con miedo; ó si gozosos con la amistad de nuestro Dios, quereis tomar nuevas precauciones para manteneros en su gracia: venid, y vamos todos á nuestro médico Jesús. Pero lleguémonos á él con ingenuo corazón, y con intencion sincera de lograr ó de perfeccionar la salud de nuestra alma. Porque si venimos solo porque otros vienen, ó con ánimo de curarnos por ahora, para luego volver al desórden de nuestros apetitos; Jesús, que ve nuestro interior, se irritará con nuestra presencia, y serémos perdidos. Debemos acercarnos á Jesucristo, como dice el Apóstol, con entera confianza y con firme fe, de que si pedimos bien, alcanzaremos lo que le pidamos. Pues si vacilamos, si dudamos en nuestras peticiones, los ejercicios serán para nosotros como un gran nublado de viento;

parecerá que todo el cielo viene á lloverse en bendiciones sobre nosotros, y en realidad saldremos de ellos tanto ó mas secos de lo que habíamos entrado.

SEGUNDA ADVERTENCIA.

Debemos edificarnos unos á otros con ejemplos de caridad y buenas obras.

Nos amonesta el Apóstol en esta segunda advertencia, que en el tiempo de los ejercicios hemos de estimularnos unos á otros con edificacion activa y pasiva, asistiendo á todos los actos con tal devocion y exactitud, que cada uno aprenda del otro el esmero con que debe tratar el negocio de su salvacion. La edificacion activa debe estar principalmente de parte de los señores sacerdotes, como jefes, en lo espiritual, de todos los demás fieles. Debemos enseñarles con nuestro ejemplo el retiro del mundo, la abstraccion de visitas no precisas, la separacion de negocios temporales, en cuanto sea posible, el perdon de los agravios, el disimulo de las faltas del prójimo y la reconciliacion con el enemigo. Debemos tambien ayudarles en la grande obra de su justificacion con el buen consejo, con la instruccion, y con el puntual cumplimiento de nuestros deberes en la administracion de los santos Sacramentos. La edificacion pasiva obliga á todos indistintamente: el sacerdote debe imitar del otro sacerdote la perfecta observancia de las sagradas ceremonias, el aseo, gravedad y reverente comportamiento en las funciones de su ministerio.

Todos los ejercitantes deben contemplarse unos á otros, y excitarse con el ejemplo á la práctica de la virtud y buenas obras.

TERCERA ADVERTENCIA.

No faltemos á nuestras congregaciones.

Desde el principio del mundo hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo habló Dios á los hombres, y les comunicó su voluntad por el ministerio de los Ángeles. Pero luego que se extendió y radicó el Cristianismo, ya, á excepcion de rara vez, no les habla sino por inspiraciones al corazon, ó por boca de otros hombres. Quiero deciros con esto, que una vez que Dios os ha llamado, y vosotros habeis correspondido al llamamiento; una vez que dais principio á

los santos ejercicios ; la voz del director y el eco de la campana han de ser el móvil de vuestra voluntad. Si me mirais como hombre y no mas , es muy cierto que nada valgo ni puedo valer para vosotros. Pero si me considerais como director vuestro , soy un ministro de Jesucristo , por quien os envia su palabra. Entonces podréis decir con verdad que estais pendientes de los labios del Señor, cuando esteis obedientes á la voz del director, si algo os advirtiere, y al sonido de la campana cuando os llame. Y una vez que hayais empezado los ejercicios, debeis continuarlos con puntual asistencia, no faltando á ninguno de sus actos, si no es por cumplir con vuestras primeras obligaciones. Porque de lo contrario, os exponeis á no coger el fruto que deseais ; ó lo que es peor, á perder para siempre la esperanza de vuestra salvacion. ¿Quién sabe, hijos mios, á qué dia ó á qué acto de los ejercicios estará ligada aquella gracia que ha de volver vuestro corazon de cara al Señor? Sucede á las veces, que una sola palabra que se oyó en el sermón , una aspiracion que se dijo en la jaculatoria, ó un renglon que se leyó en el punto de meditacion , basta para convertir un pecador. Si acaso en este poco fijó el Señor la gracia de vuestra conversion, y lo perdisteis por no haber asistido al acto en que aquello se dijo , perdisteis ya la ocasion de convertirlos. ¿Y quién sabe si estos ejercicios que vamos á empezar serán para algunos de nosotros el último llamamiento que Dios nos hace? Solo el Señor lo sabe.

Este pensamiento solo , amados mios , será capaz , si es bien reflexionado , para hacernos entrar en nosotros mismos, y tomar por regla de nuestra conducta, durante el tiempo de los ejercicios, aquella máxima del Espíritu Santo , escrita en el libro del Eclesiástico : *Omnia tempus habent* : todas las cosas tienen su tiempo.

Respetables sacerdotes : disimulad á este indigno compañero vuestro esta advertencia. El tiempo santo en que entramos, no es el tiempo de todas las cosas. No ha de ser para nosotros tiempo de reir y andar alegres con el mundo, sino de gemir y llorar entre el vestíbulo y el altar. No es tiempo de confabulaciones impertinentes, sino de conversar frecuentemente con Dios. No es tiempo de meditar disgustos recibidos, sino de disimular flaquezas. Misa devota , rezo pausado y atento, continua presencia de Dios , desprendimiento de afectos extraños , aplicacion constante á nuestros ministerios ; todo esto ha de ocupar nuestras atenciones.

Amados ejercitantes : el tiempo de ejercicios no ha de ser para vosotros tiempo de ir saltando de casa en casa , de tertulia en ter-

lalia, de juego en juego; sino de examinar en retiro los pecados, para una buena confesion. No ha de ser tiempo de fomentar discer- dias y mantener enemistades, sino de perdon, de reconciliacion y de paz. No ha de ser tiempo de dar mas treguas á los apetitos ilícitos, sino de declarar y hacer guerra á las pasiones. Tal ha de ser, amados mios el tiempo de los santos ejercicios. Un tiempo desem- barazado, en lo posible, de las cosas de la tierra, para emplearlo principalmente en las del cielo. Esta debe ser nuestra preparacion para lograr la salud de nuestra alma, con el auxilio de la gracia de nuestro buen Dios.

¿Qué me decís, hijos mios? ¿Quereis entrar á los santos ejerci- cios bajo este pié? Si quereis, entrad enhorabuena, y entremos to- dos con entera fe, con voluntad eficaz de dejar el pecado, y con pro- pósito firme de aprovechar en la virtud, como nos amonesta el Apóstol. Edifiquémonos á nosotros mismos, y con buenos ejemplos edificuemos tambien á nuestros hermanos, y nunca nos apartemos de nuestra congregacion, como no obligue la necesidad. Y para que todo se haga al gusto de Dios y con provecho de nuestras almas, invoquemos devotamente la asistencia del Espíritu Santo, con el sa- grado himno *Veni Creator Spiritus*...

Ahora el director hace señal con la campanilla, y el coro canta el himno, es- tando todos arrodillados; y se dice el *V. y R. Emitte Spiritum... Et renovabis...*

OREMUS.

Deus qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere. Per Christum Dominum nostrum.

Veni Creator Spiritus,
mentes tuorum visita,
imple superna gratia
quæ tu creasti, pectora.

Qui diceris Paraclitus,
altissimi donum Dei,
fons vivus, ignis, caritas,
et spiritalis unctio.

Tu septiformis munere,
digitus Paternæ dexterae,
tu rite promissum Patris,
sermone ditans guttura.

Accende lumen sensibus,

*infunde amorem cordibus;
infirmis nostri corporis,
virtute firmans perpeti.*

*Hostem repellas longius,
pacemque dones protinus,
doctore sic te prævio,
vitemus omne noxium.*

*Per te sciamus da Patrem,
noscamus atque Filium,
teque utriusque Spiritum,
credamus omni tempore.*

*Deo Patri sit gloria,
et Filio, qui à mortuis
surrexit, ac Paraclito,
in sæculorum sæcula. Amen.*

Versículo, responsorio y oracion como arriba.

Si no se cantase el himno, en su lugar el director hará la siguiente invocacion, repitiendo los ejercitantes y todos arrodillados:

INVOCACION.

¡Oh Espíritu Santo criador! ven y llena de tu soberana gracia los pechos que tú creaste. Tú, que eres llamado abogado, don de Dios altísimo, fuente viva, amor y fuego, espiritual unción, enciende luz á nuestros sentidos, infunde amor en nuestros corazones, confirma en eterna fortaleza la flaqueza y debilidad de nuestro cuerpo. Arroja lejos y destierra á nuestro comun enemigo, y danos paz, para que siendo tú la guía y el camino, excusemos toda culpa. Amen.

Dicho el himno ó la invocacion, y permaneciendo arrodillados, se dice repitiendo el ofrecimiento y oracion siguientes:

OFRECIMIENTO.

A tí, ó Jesús, que eres el principio y fin de todas las cosas; á tí, que eres el Padre de las luces, de quien procede todo lo que es bueno y perfecto; á tí, de quien y por quien vivimos y nos movemos; á tí, Jesús, presentamos y ofrecemos estos santos ejercicios, que por gracia vuestra vamos á empezar, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Vos sabéis que nosotros no somos capaces de hacer ni pensar cosa buena sin vuestra gracia. Os suplicamos, Padre nuestro, que nos auxiliéis eficazmente, para que saliendo pu-

rificados de los santos ejercicios , y permaneciendo en vuestra gracia hasta el fin de nuestros días , subamos á gozar de vuestra compañía eternamente en la gloria. Amen.

ORACION.

Santísima y purísima María , Virgen y Madre de Dios : á Vos, madre de piedad y misericordia : á Vos os invocamos hoy por nuestra Protectora en los santos ejercicios que vamos á empezar , con licencia de vuestro Hijo muy amado. Por Vos esperamos la gracia que necesitamos , para que nos sean de provecho y para la mayor honra y gloria de toda la beatísima Trinidad y vuestra. Sed nuestra conductora en estos días de salud , y nuestra defensa contra toda tentación de nuestro enemigo el demonio. En vuestras manos, Señora , ponemos nuestras almas , confiados en que no las dejaréis hasta que recobren su perfecta salud , y nos hagamos dignos de veros y alabaros en compañía de vuestro Hijo eternamente en la gloria. Amen.

Se sientan todos , y sigue la lección de doctrina cristiana.

LECCION.

De la creacion y fin del hombre.

La última obra que hizo Dios cuando crió el mundo, fue la creación del hombre, y lo crió de este modo : Primeramente formó su cuerpo de un poco de barro : despues crió de la nada un alma , y la unió al cuerpo ; y quedó hecho el hombre , al cual llamó *Adán*, que quiere decir *hecho de barro* : siendo dotada el alma de tres potencias , que son memoria , entendimiento y voluntad ; y adornado el cuerpo con cinco sentidos , que son : ver , oír , oler , gustar y tocar.

P. ¿Para qué Dios le dió al hombre la memoria?

R. Para que se acordase de su ley y beneficios.

P. ¿Para qué le dió el entendimiento?

R. Para que le conociese y pensase en cosas suyas.

P. ¿Para qué le dió la voluntad?

R. Para que amase á su Criador é hiciese siempre la de Dios.

P. ¿Para qué le dió el sentido de la vista?

R. Para que abriese los ojos á las cosas provechosas al alma , y los cerrase á las peligrosas.

P. ¿Para qué le dió el sentido del oído?

R. Para que oyese la palabra de Dios , sus leyes y mandamientos , para obedecerlos y cumplirlos.

P. ¿Para qué le dió el sentido del olfato?

R. Para que por él pudiese discernir las cosas nocivas ó provechosas.

P. ¿Para qué le dió el sentido del gusto?

R. Para que por él conociese la bondad ó malignidad de los manjares que habia de comer.

P. ¿Para qué le dió el sentido del tacto?

R. Para que por él distinguiese la diferente naturaleza y propiedades de los objetos. Y quiso Dios que el hombre usase de estos cinco sentidos en su propio provecho , y con todos ellos sirviese á su Criador en todas las cosas.

Criado que fue el primer hombre , dijo Dios : «No es bueno que el hombre esté solo ; hagámosle compañera semejante á sí mismo ,» y dándole á *Adán* un profundo sueño , le tomó una de sus costillas , y formó de ella una mujer á la cual llamó *Eva* , que quiere decir, *madre de todos los hombres*. Y dándosela á *Adán* por compañera , dió á los dos su bendicion , y les dijo : «Creced y multiplicaos : tened señorío sobre los peces del mar , sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Ved , que os he dado todas las yerbas que producen simiente sobre la tierra , y todos los árboles que tienen en sí mismos la simiente de su género , para que os sirvan de comida. De todos los árboles del paraíso podéis comer ; pero no comeréis del árbol de la ciencia del bien y del mal ; porque en cualquier dia que comiéreis de él , quedaréis sujetos á la muerte , no solo del cuerpo , sino tambien del alma.»

Envidioso el demonio de la dicha y felicidad que gozaban *Adán* y *Eva* , se entró en el cuerpo de una serpiente , y moviendo su lengua habló á *Eva* y le dijo : «¿Por qué os mandó Dios que comiéseis de todo árbol del paraíso?» Y le respondió la mujer : «Comemos de la fruta de los árboles que hay en el paraíso ; mas de la fruta del árbol que está en medio del paraíso , nos mandó Dios que no comiésemos , y que no la tocásemos , no sea que muramos.» Y la serpiente le dijo : «No , de ningun modo moriréis ; porque Dios sabe que en cualquier dia que comiéreis de él , serán abiertos vuestros ojos , y seréis como dioses , sabiendo del bien y del mal.» Y engañada la mu-

jer por el demonio, tomó aquella fruta, la comió, y dió á su marido, el cual la comió tambien. Y por este pecado de inobediencia á Dios, perdió *Adán* la justicia original, y todos sus descendientes quedaron privados de entrar en el cielo, y fueron arrojados del paraíso. *Eva* fue sentenciada á estar bajo la potestad del marido, á que se multiplicasen sus partos, y á sentir en ellos agudos dolores; y *Adán* fue condenado á adquirirse con el sudor de su frente y el trabajo el sustento necesario para vivir, hasta que volviese á la tierra de que habia sido formado; porque era polvo, y en polvo se habia de convertir. Pero Dios, aunque privó al hombre de la posesion del paraíso terrenal, por su infinita misericordia le ha dado derecho al paraíso celestial, para el que ha sido criado. Supuesta esta doctrina:

P. ¿Cuál es la primera obligacion del hombre?

R. En la contemplacion de las cosas que Dios ha criado hallaremos la respuesta. Porque si levantamos los ojos al cielo, si tiramos la vista por todo el mundo, si penetramos á las entrañas de la tierra, no encontraremos cosa alguna, grande ó pequeña, que Dios no la haya criado para algun fin. Crió el sol, para que nos diese calor y luz por el día: hizo la luna, para que nos alumbrase por la noche: el aire, para que respiremos: el agua, para que la bebamos: los frutos de la tierra, para que los comamos: las yerbas, para nuestro vestido y medicina: los animales, para nuestro mantenimiento y servicio: y en las entrañas de la tierra crió el oro, la plata y los otros metales que el hombre podria necesitar para su uso. Y todas las criaturas cumplen tan constantemente su destino, que desde su creacion ninguna ha dejado ni por un momento dejará de llenar el fin para que Dios la crió; diciéndonos con voz muda, que mientras tengan existencia, toda su obligacion es cumplir y llenar el fin para que fueron criadas.

P. Y siendo el hombre la criatura mas perfecta que Dios crió sobre la tierra, ¿cuál será su primera obligacion?

R. No es otra que buscar el fin último para que fue criado.

P. ¿Para qué fin fue criado el hombre?

R. Para servir á Dios y gozarle.

No puede imaginarse destino mas noble ni mas provechoso para el hombre. Servir al que es dueño y Señor de todo lo que hay en el cielo y en la tierra. Servir á Dios, que es el Señor de los señores, que pone y quita los reyes, y que manda en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Gozar de Dios, cuyas delicias son tan grandes, que

al querer hablar de ellas el Apóstol, no sabe explicarse de otro modo que diciendo : « que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni cabe en el entendimiento humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman y sirven. »

Cristianos : este es nuestro destino, este el fin de nuestra creación. No nos ha criado Dios para que sirvamos al vil interés, con tantos cuidados y sobresaltos. Sirvamos al Señor, y él nos colmará de unas riquezas inefables que nadie nos podrá quitar. No somos criados para que sirvamos á nuestro vientre, comiendo y bebiendo sin tasa : sirvamos al que nos dió el ser, y en él gozaremos de unos placeres y deleites que nunca se acabarán. Jóvenes : sed prudentes y contenidos. No os ha criado Dios para que con vil atrevimiento sirvais al demonio, entregándoos á los asquerosos gustos de la carne : servid al Señor con pureza y castidad, y probaréis en su servicio las delicias mas puras y satisfactorias. Cumplamos todos con nuestra primera obligacion, así como la cumplen todas las demás criaturas. Llenemos nuestro principal destino, así como ellas llenan el suyo. Y á la manera que el sol camina siempre al fin para que Dios le crió, sin desviarse un punto en su carrera, así nosotros caminemos hácia nuestro último fin, que es Dios, de tal manera, que siendo en vida fieles y constantes en su servicio, merezcamos en muerte verle y gozarle por eternidades en la gloria. Amen.

EjemPlo.

La sabiduría del Criador brilla aun en lo que parece malo.

Se pregunta á veces por gente de poca fe : ¿ por qué tantos males en el mundo?... San Agustín contesta diciendo : Suponed que hubiese una hormiga dotada de razon, ó que hubiese un hombre que no fuese mayor que una hormiga. Cuando esta hormiga iria por vuestra cara, murmuraria contra aquel que la hizo, y diria : ¿ Por qué la nariz sale mas que las mejillas? ¿ por qué la frente es mas elevada y los ojos mas hundidos? ¿ no seria mejor que todo estuviera llano, y además se ahorraria á uno el trabajo de subir y bajar? Conocemos fácilmente que esta hormiga se quejaria sin razon, y que la cara es mas hermosa y mas útil tal cual el Criador la hizo, que no como deseara la hormiga.

Hagamos otra suposicion, dice el mismo san Agustín : Demos que esta hormiga se pasee sobre un hermoso y perfectísimo cuadro, y

que cuando hubiere pasado sobre el color encarnado se dirigiera sobre el color verde, blanco, negro y demás, murmurando del pintor y diciendo que era un hombre sin razon y sin gusto en meter tantos y diversos colores, que mejor habria hecho si todo lo hubiese pintado con color encarnado, que es mas hermoso. Todos conocemos muy bien que la hormiga se equivocaria completamente, y que nosotros, pequeñas hormigas para censurar las obras de Dios, no nos equivocamos menos cuando hallamos defectos en las obras de aquel Ser supremo que *todo lo hizo bien*.

¿Por qué llueve en el mar, dirá alguno, mientras que la tierra está seca con daño del labrador cuyos sembrados se agostan por falta de agua?— Quizás para mostrar al labrador que se porta mal, que profana los dias de fiesta, que Dios tiene agua en abundancia, y se la negará para castigarle, haciéndole conocer por experiencia lo que enseña san Pablo, que ni el que planta es algo,... sino el que da el incremento.

MEDITACION.

Del fin del hombre.

Considera, cristiano, que el hombre fue criado para Dios y para servirle. Las demás criaturas fueron hechas para servir al hombre y ayudarle á servir á Dios: las criaturas jamás se apartan de la orden de Dios, cumpliendo siempre la obligacion que les ha puesto respecto de nosotros. ¿Y nosotros la cumplimos hácia Dios? ¡Ay y cuánto faltamos en esto! Lo que las demás criaturas ejecutan con nosotros, es una leccion continua que nos enseña lo que debemos hacer con Dios, ó por mejor decir, unos fiscales de nuestras faltas. Infelices serémos si no nos aprovechamos de su leccion, ó si somos insensibles á su muda repension; porque esta leccion nos hace indiscutibles si no la tomamos; y esta acusacion nos condena si no la sentimos. Bien merecemos esta desgracia, si no la evitamos con mejor conducta.

Considera, cristiano, que entre la innumerable multitud de criaturas, ninguna hay que no nos dé, ó luces para conocer á Dios, ó medios para ir á su divina Majestad, ó motivos para amarle. Pero ¡ay! lo desreglado de nuestro corazon y de nuestras pasiones apaga estas luces, transforma los medios en obstáculos, y de los mayores motivos de amor y reconocimiento toma la materia ordinaria de

nuestras ingratitudes. Nosotros ponemos á las otras criaturas en una esclavitud vergonzosa y violenta , con el abuso que hacemos de ellas. Ellas gimen de verse forzadas á servir á nuestras vanidades , siendo criadas para conducirnos á Dios ; y nos obedecen , por no desobedecer á quien resistimos nosotros cuando abusamos de ellas. Pero ¡ay de nosotros ! Vendrá tiempo en que sacudiendo el yugo en que ahora las tenemos , se armarán contra nosotros en venganza suya y de su Criador. Sí , pecador , lo dice el Espíritu Santo con estas terribles palabras : *Todas las criaturas pelearán juntas contra los insensatos*. No lo seas tú mas , pecador ; muda de vida , y haz instrumentos de tu penitencia aquellas mismas criaturas que tomaste por instrumento para pecar.

Considera tambien que es obligacion de justicia que sirvamos á Dios , porque es nuestro Criador , y nosotros somos hechura de sus manos. Dios es el principio de nuestro ser , y debe ser el fin de todas nuestras acciones. Todo lo que nosotros somos y tenemos , todo lo somos y tenemos por él : y por una razon de justicia , nosotros no debemos vivir sino para Dios. Es , pues , una verdad incontrastable , que es indigno de vivir el que no vive para Dios. Mas derecho tiene Dios sobre nosotros , que un artífice sobre su obra ; porque Dios no solo nos formó , sino que tambien hizo de la nada la materia de que nos formó : y por tan justificado derecho ¿qué parte de nosotros damos al servicio de nuestro Criador ? ¿No se llevan la mayor parte , si no es que el todo , el mundo , el pecado y el demonio ? ¡Oh injusticia la mas execrable ! pero castigada tambien con la pena mas formidable ; porque no puede darse mayor castigo al pecador , que el mismo que él se impone , apartándose eternamente de su Criador por el pecado.

Considera que no solo te ha criado Dios una vez , sino que se puede decir que te cria cada momento ; pues ya hubieras vuelto á la nada de donde saliste , si en cada momento no te sustentase con su mano omnipotente. Y con todo esto , te atreves á ofender esta mano tan liberal y benigna , que no ha menester mas que retirarse para vengarse y perderte. ¿Puede darse mayor demencia , ni mas infame ingratitud ? Pues si no hay momento alguno en que Dios no te conserve y te haga beneficios , no debe tampoco haber momento en que le ofendas , en que no le ames y en que no le sirvas. No satisfecho el Señor con haberte criado , quiere tambien sujetarse á concurrir contigo á todas tus acciones. Nosotros no podemos formar el mas mínimo movimiento sin ayuda de Dios , y él siempre está

pronto á darnos esta ayuda y auxilio. Su Majestad , como que sujeta su soberano dominio á nuestra voluntad , y nosotros no queremos sujetar la nuestra á la Divinidad. Nada fuera mas justo , que obrando siempre de concierto el Señor con nosotros , obrásemos tambien nosotros de concierto con su Majestad. Pero ¡oh desconcierto monstruoso ! ¿Puede darse mayor maldad , que sobre no servir á Dios , obligarle á que concorra con nosotros al servicio del demonio ? Pues esto hacemos cuando pecamos.

Cristiano, entra en tí mismo, reflexiona sobre la grandeza del fin para que Dios te ha criado, que no es otro que el de servirle y gozarle. Piensa que esta obligacion te es tan precisa , que el mismo Dios no puede dispensarte de ella. Examínate de cómo has llenado hasta ahora tan sagrados deberes , y prepara tu ánimo para reparar las faltas que en esto hayas cometido, con la penitencia y con un ferviente celo de hacer en todo el servicio y voluntad de Dios. Porque eres criatura de Dios , y es preciso que contribuyas á la gloria de tu Criador , ó haciendo lucir su bondad , haciendo resplandecer su justicia , ó prestándole de buena voluntad á su servicio , ó sujetándole por fuerza á su venganza ; ó gozándole con los bienaventurados en el cielo , ó padeciendo con los condenados en el infierno. Así nos lo dice san Agustin : *Ó hemos de hacer lo que Dios quiere , ó tenemos que padecer lo que no queremos.*

Para sacerdotes.

Venerables sacerdotes y amados compañeros : si tanta es la obligacion de todo hombre para con su Criador , ¿cuánta deberá ser la de un hombre , sobre cristiano , sacerdote ? Os confieso , hermanos míos , que mi corazon se estremece todo con este pensamiento. Porque me parece oír en mi interior la voz de Jesucristo que me dice : Yo te crié para que me sirvieses y gozases ; y para que mejor caminases al logro de este último fin , te dí caracteres , privilegios , potestad y ministerios santísimos ; y de algun modo te hice arbitro de mí mismo , elevándote al sacerdocio : te he separado de los demás hombres , para que fueras todo mio , y para que libre de los servicios del siglo atendieses solo al mio. ¿Cómo lo cumples ? Si en el bautismo renunciaste á las obras de Satanás , ¿por qué le sirves en el sacerdocio , y á mí me abandonas ? Si al ordenarte me dijiste que yo solo habia de ser tu porcion , ¿por qué así te has alejado de mí , que soy tu herencia y tu fin ? Al reflejo de este pensamiento me veo

perdido y todo turbado en mis caminos ; y obligado á confesar que solo en Vos, Dios mio, y en vuestro servicio, puedo hallar la paz y sosiego que no me da el mundo.

JACULATORIAS.

1.^a ¡Dios mio y Criador mio! Haced que yo conozca, como debo, la grandeza de mi último fin ; y dadme gracia , para que haciendo siempre vuestro servicio y voluntad, merezca gozar de Vos, mi único y sumo bien.

2.^a ¿Cómo, Criador y Padre mio, á vista del cielo que me habeis prometido, he tenido valor para despreciar vuestras delicias y á Vos mismo, por los súcios y falaces deleites de este mundo?

3.^a Avergonzado vengo, Jesús mio, á vuestros sacratísimos piés ; y reconocido y arrepentido de mis desvíos é ingratitudes ; os digo de todo mi corazon, que me pesa de haberos ofendido ; pésame, Señor, de haber pecado.

Nota. Este ejercicio primero se concluye aquí con la Letanía de Nuestra Señora, segun se dijo en las advertencias ; y en los dias que haya plática, despues de esta se dirá la Letanía.

EJERCICIO SEGUNDO.

LECCION.

De la insignia y señal del cristiano.

Ejercitantes : dijimos en la leccion anterior, que todo hombre nacido debe servir á Dios que lo crió, y es su último fin.

P. ¿Pueden todos los hombres servir á Dios?

R. Todos los hombres deben servir á Dios que es su Criador ; pero solo puede servirle bien el hombre que sea cristiano.

P. ¿Qué quiere decir cristiano?

R. Hombre de Cristo , esto es , hombre que tiene la fe de Jesucristo y se ofreció á su servicio en el santo bautismo : porque así como un hombre se dice soldado , porque se filió en las banderas del rey, y en ellas juró servirle, defenderle y guardar sus ordenanzas ; así el cristiano se dice cristiano, porque en el bautismo se alistó en la milicia de Cristo , hizo solemne promesa de servirle , de defender su doctrina y guardar sus santos mandamientos, que son las divinas ordenanzas.

P. ¿Por dónde le viene al hombre el ser cristiano?

R. Por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

P. Y esto ¿qué quiere decir?

R. Quiere decir, que Dios nuestro Señor, como dueño absoluto que es de nosotros, pudo criarnos en cualquiera parte del mundo : y estando todo, á excepcion de una pequeña parte , poblado por moros, judíos, paganos y otras naciones bárbaras, que no conocen ni adoran á Dios verdadero, y por lo mismo son condenados al infierno ; es un beneficio muy particular que nos ha hecho Dios , sin merecerlo nosotros , el que hayamos nacido en el pequeño recinto de la cristiandad , en donde por medio del santo Bautismo salimos de la esclavitud del demonio, y somos hechos hijos de Dios y herederos de su gloria. Y como este no se nos debía de justicia , sino que se nos ha dado solo por un efecto de su infinita bondad ; por eso decimos que somos cristianos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

P. ¿En qué se distingue el que es cristiano, de otro que no lo es?

R. En la santa cruz; porque es figura de Cristo crucificado, que murió en ella por redimir el género humano. Esta es la señal que nos distingue de todos los demás hombres que no profesan la fe de Jesucristo. Y así como los que se alistan en la milicia de un rey de la tierra llevan un signo que los distingue de los soldados que sirven á otro rey; los cristianos llevamos la insignia de la santa cruz, glorioso timbre de Jesucristo, porque con ella triunfó del pecado y de la muerte, y venció todo el poder del infierno. El soldado lleva la escarapela de su rey en el morrion, para que luego á primera vista sea conocido por tal; y nosotros nos signamos con la cruz en la frente, para que todos sepan que somos cristianos, y que no nos avergonzamos de serlo.

P. ¿En cuántas maneras usa el cristiano de esta señal?

R. En dos, que son signar y santiguar.

P. ¿Qué cosa es *signar*?

R. Hacer tres cruces con el dedo pulgar de la mano derecha. La primera en la frente, diciendo al mismo tiempo: *Por la señal ✠ de la santa cruz*. La segunda en la boca, diciendo: *de nuestros ✠ enemigos*. La tercera en los pechos, diciendo: *libranos, Señor ✠ Dios nuestro*.

P. ¿Por qué nos signamos en la frente?

R. Porque nos libre Dios de los malos pensamientos.

P. ¿Por qué en la boca?

R. Porque nos libre Dios de las malas palabras.

P. ¿Por qué en los pechos?

R. Porque nos libre Dios de las malas obras y deseos.

P. ¿Qué cosa es *santiguar*?

R. Hacer una cruz con la mano derecha tendida, desde la frente hasta bajo del pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho, invocando á la santísima Trinidad, y diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo ✠, y del Espíritu Santo*. Amen.

P. ¿Cuándo hemos de usar de esta señal?

R. Siempre que comencemos alguna obra buena, ó nos veamos en alguna necesidad, tentacion ó peligro; y principalmente al levantarnos de la cama por la mañana, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir.

P. ¿Y por qué tantas veces?

R. Porque en todo tiempo y lugar nuestros enemigos nos combaten y persiguen.

P. ¿Quiénes son los enemigos de nuestra alma?

R. El demonio, el mundo y la carne.

P. ¿Pues que la cruz tiene virtud contra ellos?

R. Sí, porque con ella los venció Jesucristo.

P. Y para adorar la cruz ¿cómo hemos de decir?

R. Adorámoste, Cristo, y bendecímoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo.

P. Y con signarnos y santiguarnos ¿confesamos algun misterio de nuestra santa fe?

R. Cuando nos signamos y santiguamos, confesamos seis principales misterios de nuestra santa fe. Con las tres cruces que hacemos en la frente, boca y pecho, confesamos el misterio de la santísima Trinidad; y en la cruz que hacemos para santiguarnos y abraza las otras tres, confesamos el misterio de la unidad de Dios, que siendo una sola la divina Esencia, comprende en sí tres distintas Personas. El misterio de la Encarnacion lo confesamos, cuando bajamos la mano desde la frente hasta el vientre, y nombramos al Hijo. El misterio de la Pasion se significa con formar la cruz, porque en ella murió el Hijo de Dios, y es figura expresa de Cristo crucificado. El misterio de la Redencion se significa con la misma cruz que hacemos, porque en ella nos redimió el Señor. Y el misterio de la Resurreccion se denota pasando la mano desde el hombro izquierdo al derecho, porque por la santa cruz fuimos trasladados del estado de la culpa, significado en el lado izquierdo, al feliz estado de la gracia, significado en el lado derecho.

Hablando el Padre san Efren de esta señal de la cruz, dice: «Pin-
«temos en nuestras puertas y en nuestras frentes, en la boca, en
«el pecho, en todos nuestros miembros, la vivifica señal de la cruz;
«armémonos de esta impenetrable armadura de los cristianos, por-
«que la cruz es la victoria de la muerte, esperanza de los fieles, luz
«del mundo, llave del paraíso, cuchillo de las herejías, ayuda de
«los monjes, esfuerzo de la fe, defensa, guarda y gloria de los ca-
«tólicos.» Y sigue el Santo: «Esta arma, ó cristiano, de día y de no-
«che, en todo lugar y á todas horas, tráela siempre contigo, y no
«hagas cosa alguna sin la señal de la santa cruz. Cuando duermas,
«cuando veles, cuando camines, cuando comas y bebas, cuando na-
«vegues y pases los rios, ármate con este armés de la santa cruz, por-
«que estando armado con ella, los malos huirán de tí.» Hagámoslo
así, ejercitantes, y experimentanemos los saludables efectos de la
santa cruz. Amen.

EJEMPLO.

Estando el emperador Constantino á punto de entrar en batalla contra Majencio, rogó con instancia al Señor que le fuese propicio, cuando hé aquí que despues del mediodía observó sobre el sol una cruz resplandeciente con esta inscripcion : *Con esta señal vencerás.* La noche siguiente se le apareció Jesucristo con la misma señal, y le mandó que hiciera una imágen de ella y que la llevase en los combates. Alentado el Emperador con esta vision milagrosa, mandó hacer esta imágen, escogió cincuenta hombres de los mas piadosos de sus guardias para llevarla á su turno en los combates, y así ganó la victoria y el imperio. Le erigió en Roma un monumento, en que Constantino estaba representado teniendo una larga cruz en la mano en lugar de lanza con esta inscripcion : *Por esta señal saludable he librado la ciudad del tirano, y he restablecido el senado y el pueblo.* Ya lo oís, ejercitantes, como Constantino reportaremos victoria de todos nuestros enemigos, si nos valemos de la santa cruz signándonos devotamente con ella, y creyendo y adorando todos los misterios que en ella están representados.

MEDITACION.

Sobre el servicio que debemos á Dios.

Considera, cristiano, que Dios nos manda tan pocas cosas para darse por servido, que podemos decir con el real Profeta, que nos quiere salvar por casi nada. Y con verdad : de todo el día ¿ qué es lo que Dios nos pide? Una hora, ó dos á lo mas; y nos deja todo el que resta para nuestras necesidades, para nuestros negocios, para nuestro descanso, y tambien para nuestras diversiones. De nuestros bienes, solo nos pide lo supérfluo para los pobres, que son los que merecen mas sus atenciones. De nuestras acciones, nos deja todo el mérito y el provecho. De nuestros gustos y pasatiempos, solo quiere que le sacrifiquemos los que son dañosos y puedan hacernos infelices, y nos permite todos los demás. Y de todo el hombre ¿ qué nos pide? Solo nuestro corazón y nuestro amor. En verdad que en lugar de ser mucho lo que nos pide, parece nos quiere confundir, con lo poco que nos manda. Pero ¡ay! Dios pide poco, y se lo ne-

gamos todo ; el mundo pide mucho, y todo se le concede. ¡Qué embeleso , qué encanto es este !

Considera , ejercitante, que el mundo no se da por satisfecho con tan poco. Porque si quieres ganar su favor , ¿qué cuidados , qué disgustos , qué temores , qué inquietudes no te ha de costar ? Será menester que sacrifiques tu tiempo, tu descanso, tu salud, tus gustos, tu dinero, y muchas veces tu conciencia, tu alma y la eternidad. Si un soldado , por ejemplo , se va por ambicion á la guerra, ¿qué no le cuesta ? Es menester que sufra la hambre , la sed , el frio, el calor y todas las injurias del tiempo ; es menester que se niegue á todas sus comodidades , por mas delicada que sea su complexion, y pase una vida mas áspera que la de los religiosos mas mortificados , que disipe su hacienda con gastos excesivos , su salud con fatigas continuas , y haga siempre su carrera con peligro de perder la vida temporal y la eterna. ¿Puede darse servidumbre mas horrorosa ? Si otro quiere que sus negocios ó maquinaciones tengan un éxito favorable , y para lograrlo se dedica á servir al mundo y seguir sus máximas , ¿qué de sacrificios no tiene que hacer ? Pierde la libertad, sin haber hecho voto de obediencia ; contiene sus pasiones, sin poderlas vencer ni querer mortificarlas ; no puede decir francamente lo que siente , ni jamás hace lo que dicta la razon ; no se atreve á manifestar que ama lo que debe amar ; murmura de lo que estima , alaba lo que menosprecia , se sujeta á todos , queriendo estar sobre todos ; sufre las injurias sin atreverse á quejar , pero nunca las perdona ; es todo del mundo , y nada de sí propio ; rabia de pesadumbre , y tiene que mostrarse contento ; lisonjea á todos , y no se fia de ninguno ; ha de decir que lo blanco es negro , y lo negro blanco ; siempre teme , espera poco , aventura mucho y consigue nada. ¿Puede darse vida mas miserable é infeliz ? Pues todo esto y mucho mas pide el mundo á los que le sirven.

Piensa ahora , pecador : ¿te pide Dios nada de esto ? Tú eres soldado de Jesucristo ; por el Bautismo sentaste plaza en sus banderas, y te empeñaste á seguirle en las batallas : ¿has tenido tanto que sufrir en su servicio, como el soldado en el de su rey ? Y no obstante, ¿temes seguir á Cristo tu capitan , y lo has desamparado ? Jesucristo es tu Rey, y lo debes servir. Pero ¿acaso te pide privaciones tan incómodas , sacrificios tan violentos , sujeciones tan penosas, como las que el mundo te pide ? Todo lo que te pide se reduce á que lo ames de todo tu corazon , y al prójimo como á tí mismo. Lo que padece un soldado por servir á su rey, y lo que sufre un hombre

de mundo por seguir sus máximas, será el argumento de tu condenacion.

Considera, hermano mio, que nada hay mas fácil que contentar á Dios. Él solo mira nuestra buena voluntad y nuestros deseos; y como sean verdaderamente sinceros, los estima como si fueran obras. Si quisiste verdaderamente servir á Dios y hacer buenas obras, aunque no las hayas podido hacer, dice san Agustin que es como si las hicieras. Quisiste hacer una obra de misericordia, y te la impidieron; Dios te la tomará en cuenta: te arrepentiste con vivo dolor de las culpas de tu vida pasada, quisieras igualar tu penitencia con tus pecados, pero tu salud no te lo permite; Dios ve tu corazon y esto basta: te compadece de las necesidades de los pobres, y quisieras socorrerlas; si no tienes medios, y tienes deseos, tendrás el mérito. Y por este modo, el que tiene buena voluntad, podrá ser penitente sin austeridades, limosnero sin riquezas, y aun de alguna manera mártir sin morir. Si no contentas á Dios habiendo estos modos de contentarle, verdaderamente es por tu culpa.

El mundo es al revés: no mira á la intencion ni á la voluntad, sino á los sucesos; la mejor intencion la estima menos que el mas pequeño servicio. Aunque un hombre, á quien se ha encargado un negocio de importancia, haya tenido la intencion mas recta y el gobierno mas prudente; si no surte el efecto que se pretendia, aunque otro tenga la culpa, se le dice que es un imprudente, y tiene que pagar el yerro que otro cometió. Aunque un general haya sido sábio y valeroso soldado, aunque no haya omitido vigilancia ni cuidado para lograr la victoria, y aunque haya derramado su sangre en el combate; si por un accidente perdió la batalla, es menester que pague lo incierto de este suceso, y que despues de haber expuesto su vida, se le recompense con un miserable desagrado. Este es el modo que practica el mundo; y no obstante, se deja á Dios por el mundo. Pero nuestro benignísimo Salvador lee nuestros corazones, y ninguna de nuestras intenciones se le oculta; y por eso ninguna deja sin recompensa. Su divina Majestad manda que le sirvamos, no porque tenga necesidad de nuestros servicios, sino por los deseos que tiene de darnos el premio y hacernos bienaventurados. ¡Qué dicha servir á un Señor tan grande y liberal! Hermanos míos, si no le servimos, merecemos ser privados de esta dicha, y abandonados á la servidumbre del mundo y del demonio. Extraño castigo, y tanto mayor cuanto menos lo sentimos.

Para sacerdotes.

«Considera, sacerdote, hermano mio, que por vocacion al sacerdocio nos ha entresacado Dios del resto de los demás hombres, para que léjos de los tabernáculos de los pecadores, nos ocupemos principalmente en su servicio, reglando nuestras acciones por nuestra dignidad, y no por las máximas del siglo. Nuestro carácter, en la estimacion de Dios, es una gran cosa, y nosotros debemos respetarlo y conducirnos de modo que todos lo respeten. Nuestras ocupaciones, nuestra conversacion, nuestra doctrina, nuestro porte exterior, nuestra gravedad, nuestra integridad, nuestra parea de costumbres, todo sea sano é irrepreensible, para que, como dice el Apóstol, nuestros contrarios nada malo tengan que decir de nosotros. Si por fragilidad hemos tenido que probar las amarguras que trae consigo el servicio del mundo, dediquémonos exclusivamente al servicio de Dios, y nos convenceremos de que solo en él se goza del mas dulce deleite.»

JACULATORIAS.

Me confundo, Jesús mio, al considerar que hago menos por Vos que por el mundo; menos para salvarme que para condenarme.

Si los mundanos tanto hacen y padecen por servir al mundo sin provecho, ¿qué no debería yo hacer, Dios mio, en vuestro servicio, teniendo por recompensa una bienaventuranza eterna?

Yo, Salvador mio, yo me he cansado siguiendo y sirviendo al mundo en los caminos de la iniquidad. Pero ya reconocido vuelvo á Vos, diciendo con sentimientos de contricion, que detesto mis extravíos, y que me pesa haberos ofendido.

PLÁTICA.

Servir á Dios es utilísimo y necesario.

Ejercitantes: habeis oido en la leccion de doctrina cristiana, que el fin de nuestra creacion es servir á Dios en el mundo, para gozarle en el cielo. En el punto de meditacion os he dado á contemplar con cuán poco se contenta al Señor, y cuán fácil es servirle. Aho-

ra , para mas estimularos , os haré ver que el servicio de Dios sobre sernos utilísimo nos es necesario.

Cuánta sea la utilidad que puede resultar al hombre de servir á su Criador , no lo evidenciaré por los bienes de fortuna y salud , ni por las riquezas y honores , ni por una vejez robusta y feliz en lo temporal : porque todos estos bienes , por una providencia incomprendible á nosotros , suele su Majestad repartirlos aun entre aquellos que ni le sirven ni conocen. No tomemos la prueba de estos , que aunque quieran decirse bienes , no siempre ni á todos se dan , no son bienes puros ni exentos de todo mal. Tomaremos el argumento de aquellos bienes que pertenecen á la parte mas noble del hombre que es el alma. De aquellos bienes , sin los que ninguno puede decirse verdaderamente feliz y rico sin espinas , ni sano sin achaques , ni honrado sin peligros. Dejemos en silencio y menosprecio estas fugaces y vanas sombras de mundana felicidad , y paremos la consideracion en solos los verdaderos bienes que nos resultan de la divina servidumbre.

¿Quién ha visto jamás en el mundo un señor tan indulgente , que despues de haber sido ofendido muchos años por los delitos de un criado , le haya ofrecido espontánea y liberalmente el perdón , solo con que se lo pida humildemente? Esta es , pues , amados mios , la bondad de nuestro Dios , y tanta su liberalidad , que jamás se niega á los que le buscan. Y aun antes de oír las súplicas y clamores del pecador , á un solo suspiro de arrepentimiento con infinita generosidad perdona al que le ofendió , recobra con gusto la joya que se le perdió , vuelve á cargar en sus hombros la oveja que se extravió , y como benignísimo Padre recibe en sus brazos é introduce en su casa al hijo ingrato y fugitivo. ¿No es esta una verdad , amados mios , que leemos testificada , por el Espíritu de Dios , en las santas Escrituras , y comprobada con los mas asombrosos ejemplares? Un David , un Nabuco , en el Antiguo Testamento ; un Pedro , una Magdalena , en el Testamento Nuevo ; un Francisco de Sena , una Margarita de Cortona y otros innumerables Santos , en los fastos de la Iglesia , nos dan testimonio de la bondad y liberalidad de Dios en perdonar al pecador. Sí , ejercitantes : así paga el Señor al hombre que le sirve , que despues de tenerle infinitamente ofendido , al primer paso que da para volver á su servicio , lo perdona con piedad , y generoso le da la santidad , que es lo sumo de todos los bienes.

Si tan liberal se porta el Señor con los pecadores arrepentidos ,

¿qué no hará con los que fielmente le sirven? Cada obra en su servicio ¿no reportará un premio eterno de gloria, asegurando con su palabra el divino Dispensador de los premios, que ninguna cosa hecha en su nombre, por pequeña que sea, quedará sin retribucion? Si aun aquellas cosas buenas que hacemos en su servicio, ó por razon de nuestro estado, ó por evitar la ociosidad, ó por una piadosa costumbre, quiere el Señor que no carezcan de mérito, estimulando nuestro fervor con el socorro de indulgencias que nos franquea por medio de su Vicario en la tierra: ¿cuánto mas apreciará y premiará aquellas obras que hagamos en su servicio por pura voluntad y deseo de servirle? Ejercitantes: ¿cómo dejará el Señor de premiaros de un modo digno de su liberal grandeza, por vuestra voluntaria y puntual asistencia á los santos ejercicios, para hacer su servicio en provecho de vuestra alma? ¿Cómo dejará sin copiosa recompensa las visitas que hagais á este templo, con la pura y sola intencion de adorarle en el *santísimo Sacramento*, y de implorar en vuestro auxilio el socorro de su purísima Madre y la intercesion de los Santos? ¿Cómo ha de quedar sin premio superabundante toda obra de piedad y misericordia que practiqueis con vuestro prójimo solo por amor de Dios? ¡Oh admirable liberalidad de un Dios magnífico por esencia! ¡Oh bondad de un Señor infinitamente rico, que de tantos modos convida al pecador, para que vuelva á su servicio, y se haga acreedor á los tesoros del cielo!

Ejercitantes: y á vista de tanta liberalidad con que Dios premia al que le sirve de buena voluntad, ¿no os resolveréis á emplearos en su servicio con celo y prontitud incansable? ¿Os parecerá duro y pesado el servicio del Señor? No, amados míos, no os dejeis llevar de esta aprension, porque es todo lo contrario. Os será muy fácil hacer riquísima de dones á vuestra alma, con muy poco ó ningun trabajo. ¿Quereis premio por el servicio que hagais á Dios con vuestra memoria? Repasad en ella frecuentemente los muchos beneficios que de su mano habeis recibido; os portaréis agradecidos, y seréis premiados. ¿Quereis premio por el servicio del entendimiento? Pensad en la muerte; seréis contenidos y tambien premiados. ¿Lo quereis por el servicio de la voluntad? Temed el infierno; seréis justos, y en el cielo premiados. Si comeis, si bebeis, si paseais, si conversais, si negociais, cualquier cosa que hagais por servir á Dios y hacer su voluntad, será premiada como no salgais de los límites de sus santos mandamientos. Pero ¡oh abismo profundo de los divinos juicios! A pesar de ser tan fácil y ventajoso nuestro servicio á la ma-

jestad de nuestro buen Dios, á vista de las repentinas y funestas caidas que se han visto en hombres que el vulgo opinaba ser santos, debemos temblar, no sea que en un instante, aunque estemos ocupados en el servicio de Dios, perdamos el derecho á los premios eternos por una fragilidad ó vana presuncion. Si este ha sido siempre el temor de los mas dados al servicio del Señor, ¿podrán vivir seguros de estos bienes los que poca ó ninguna aplicacion ponen en servirle? ¡Oh, y qué engaño tan pernicioso! ¿Quién que piense con juicio podrá jamás prometerse una retribucion sin trabajo, un premio sin victoria, ni una victoria sin pelea? Si es de fe que el fin de nuestra creacion es que sirvamos á Dios; si tambien lo es que su Majestad no dará el premio sino á los que le sirvan con fervor y peleen con firmeza hasta el fin; ¿en qué, ó en quién podrá nadie confiar, que al fin de esta carrera mortal tendrá por premio de su pereza, el que solo está vinculado á un servicio activo, celoso y permanente?

No querais, vosotros, amados ejercitantes, caer en tan grande fatuidad: y sí, por el contrario, persuadidos, como estais, de la absoluta necesidad que todo hombre tiene de servir á su Criador, y de la copiosísima liberalidad con que el Señor premia; no querais ya mas servir al demonio por un premio de deleites vergonzosos, de unas riquezas defectibles, de unos honores pasajeros, de unas conveniencias carnales. Todos estos son bienes de poco tiempo, ninguno es de eternidad. Resolveos de una vez á servir con todo esmero, cada uno en su estado, á un Señor el mas benigno, el mas poderoso y liberal; á un Señor, que si le ofendimos, él mismo nos convida con el perdon; á un Señor que recompensa el mas corto servicio con premios de un valor infinito. Sí, ejercitantes: sirvamos á Dios, porque es necesario. Sirvamos á Dios, porque es muy fácil. Sirvamos á Dios, y tendremos el don de su gracia en esta vida, y el mismo Señor será nuestro eterno premio en la gloria. Esta os deseo. El Señor nos la dé á todos. Amen.

EJERCICIO TERCERO.

LECCION.

De las obligaciones del cristiano.

Ejercitantes : hemos sentado por basa y fundamento de nuestras doctrinas , que la primera obligacion del hombre es la de buscar el fin para que fue criado , que es servir á Dios en esta vida , para gozarle en la otra. Y tambien hemos dicho que ningun hombre puede alcanzar el último fin , si no profesa la fe de Cristo. Pregunto pues :

P. ¿Quién es Cristo?

R. Dios y hombre verdadero.

Dijimos en la primera leccion , que en el instante que *Adan* pecó, él y todos sus descendientes perdieron el derecho al cielo , y quedaron esclavos del demonio y condenados al infierno. Pero al mismo tiempo , compadecido el Señor del hombre que habia criado, prometió enviar un Libertador que lo sacase de la esclavitud , y lo volviese á la gracia y amistad de su Criador. Y mientras esto no se verificó , como los hombres se habian corrompido con todo género de maldades , Dios nuestro Señor les enviaba de tiempo en tiempo varones justos que les predicasen penitencia , y los animasen con la esperanza del Libertador que habia de venir , que tambien se dice Mesías , que quiere decir *Enviado* : y aquellos varones justos se llamaban profetas , porque anunciaban lo que estaba por venir.

P. ¿Cristo es el Mesías verdadero?

R. Sí , el prometido en la Ley y en los Profetas.

P. ¿Por qué se llama Cristo?

R. Por la uncion y plenitud de gracia que tiene sobre todos. Es decir , que Cristo tiene en sí mas gracia y santidad que han tenido ni pueden tener todos los Ángeles y Santos del cielo , y que es la fuente de toda la gracia y santidad.

P. ¿Qué fueron sus oficios mas principales?

R. Los de Salvador y Maestro.

Como Salvador, nos libró del pecado y muerte eterna , y nos re-

dimió de la esclavitud de Lucifer con el precio infinito de su sangre, derramada en una cruz. Y como Maestro, nos enseñó con su palabra y ejemplo las virtudes que debemos practicar, y cómo hemos de portarnos con los hombres y con nosotros mismos.

P. ¿Qué doctrina nos enseñó?

R. La doctrina cristiana, que es la misma que se contiene en el santo Evangelio.

P. ¿Cuántas partes contiene la doctrina cristiana?

R. Cuatro principales, que son, el Credo, Mandamientos, oraciones y Sacramentos. En el Credo se nos enseña todo lo que debemos creer: en los Mandamientos, lo que debemos obrar: en las oraciones, lo que hemos de pedir, y cómo hemos de pedir; y los Sacramentos son lo que debemos recibir.

P. ¿Con qué obras se sirve á Dios mas principalmente?

R. Con obras de fe, esperanza y caridad. Estas son las tres virtudes principales que constituyen el fundamento de la vida cristiana, y que se dicen *infusas*, porque las infundió Dios en el alma por medio del santo Bautismo.

P. ¿Qué cosa es Fe?

R. Es una luz y conocimiento con que, sin ver, creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone.

P. ¿Y por qué, sin verlo, creemos que Dios es uno en esencia y trino en personas, y que Cristo es Dios y juntamente hombre verdadero?

R. Porque lo dice Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, y la santa Iglesia nos lo enseña.

P. ¿Qué es Esperanza?

R. Una virtud que nos inclina á esperar la bienaventuranza eterna, y los medios necesarios para alcanzarla.

P. ¿En qué consiste la bienaventuranza?

R. En ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente.

P. ¿Por qué medios se alcanza la bienaventuranza?

R. Por la gracia divina, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, y con las buenas obras.

P. ¿Qué cosa es Caridad?

R. Es una virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.

P. ¿Cómo cumpliremos con la obligacion de hacer actos de fe, esperanza y caridad?

R. Rezando con frecuencia y devocion el Credo y el Padre nuestro, y diciendo de corazon el Acto de contricion.

P. ¿Y hay otras virtudes á mas de las dichas?

R. Sí, hay muchas; pero cuatro son las principales, y que por eso se dicen cardinales: que son Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

P. ¿Qué es Prudencia?

R. Una virtud que reside en el entendimiento del hombre, dictándole el buen orden y método que ha de observar en todas sus acciones, y los medios que ha de elegir para el fin honesto que pretende, inclinándole y ayudándole para la ejecucion de todo.

P. ¿Qué es Justicia?

R. Una virtud que inclina al hombre á dar á cada uno lo que es suyo, conservando indemne el derecho de las partes.

P. ¿Qué es Fortaleza?

R. Es una virtud con que el hombre vence las dificultades que se oponen á lo bueno, saliendo triunfante de todas ellas.

P. ¿Qué es Templanza?

R. Es una virtud que fija en un medio los deleites de los sentidos, eligiendo los buenos y honestos, gozando de ellos con moderacion, y desechando al mismo tiempo los malos y prohibidos.

P. ¿Cuál de las virtudes es la mayor?

R. La Caridad, porque da vida á todas, y las endereza á Dios, con quien nos une.

P. ¿Cuál de los hombres es el mas santo ante Dios?

R. El que tuviere mayor caridad.

P. ¿Y quién tiene mayor caridad?

R. El que mejor guarda los Mandamientos.

P. ¿Cuántos son los consejos del Evangelio?

R. Tres: pobreza voluntaria, estado de castidad, y vida de obediencia.

P. ¿De qué sirven estos consejos?

R. De guardar mejor con ellos los preceptos.

P. ¿Estamos todos obligados á saber y entender la doctrina cristiana?

R. Sí: porque no podemos guardarla sin entenderla.

Ejercitantes: esta es la causa por que la mayor parte de los hombres viven en perdicion, y mueren en condenacion; porque no creen lo que deben creer, sino lo que se les antoja y no deben creer.

Esta es la causa por que entre los mismos cristianos hay tantos que no alcanzan de Dios lo que piden ; porque no saben lo que han de pedir, ni de qué modo deben pedir. Y esta es la causa por que tantos se condenan. Porque no saben ni entienden los Mandamientos de Dios que deben guardar, ni los Sacramentos que deben recibir. Todo se os irá explicando con el favor de Dios. Y si vosotros procurais no faltar á los ejercicios, y estar en ellos con atencion, podréis adquirir una mediana instruccion de la doctrina cristiana, y con este conocimiento arreglar de tal modo vuestra vida, que pueda decirse que servís á Dios ; tambien esperar que le gozaréis en el cielo, que es el fin para que fuimos criados. Así nos suceda como yo deseo. Amen.

EJEMPLO.

En una casa eclesiástica, en que cada año se daban ejercicios espirituales á los seglares, sucedió lo siguiente : Estando ya todos reunidos y colocados en sus respectivos lugares, el director distribuia los libros espirituales á los ejercitantes, segun consideraba habian menester, y nunca se descuidaba de poner entre ellos el Catecismo de la doctrina cristiana ; y como uno de los ejercitantes era un gran señor y sábio segun el mundo, viendo que el director le entregaba un Catecismo quedó muy corrido y avergonzado, y no pudo menos que preguntar al director, ¿ por qué me da V. el Catecismo ? Este librito desde la edad de seis años que lo sé de memoria. — Está muy bien, le contestó el director, y me alegro que V. lo sepa ya desde su primera edad ; pero bueno será que V. lo lea y lo medite en estos dias de ejercicios, por si acaso se le hubiese olvidado, como no pocas veces sucede ; veámoslo : el director le hizo algunas preguntas, á las que el buen señor se veia bien embarazado para responder, profiriendo en sus contestaciones proposiciones contra la fe. Sepa V., le dijo entonces el director, que entre las personas del mundo y aun entre los que son hábiles en las ciencias humanas, hay pocos que estén suficientemente instruidos en la Religion. ¿ Quiere V. una prueba de ello ? Aquí la tiene V. : la mayor parte de los que entre ellos se meten á escribir sobre religion, ponen en sus obras, sin pensarlo ni saberlo, proposiciones inexactas y muy reprehensibles, de cuyas faltas se librarian si estuviesen mejor instruidos en el Catecismo. Este pequeño libro es el compendio de toda la teología y moral cristiana. Todos los cristianos, y aun los que se

tienen por muy sábios, deberian tener uno siempre á la vista, y los que lo han bien estudiado deberian volverlo á leer de cuando en cuando para no olvidar lo que contiene. ¡Oh, qué otra seria la gente, si todos estuviesen bien instruidos en la doctrina cristiana! Si la Religion es tan mal practicada, y las costumbres están tan perdidas, y tantas almas se condenan, es por la ignorancia de la doctrina, segun aquel proverbio: Del pecado de ignorancia el infierno tiene su ganancia.

MEDITACION.

Del cuidado de la salvacion.

Considera, cristiano, que si la salvacion es nuestro último fin, debe ser tambien el principal objeto de nuestros cuidados, porque todo el provecho es para nosotros. En los negocios del mundo, el que trabaja no está asegurado de que el fruto será para él. Un labrador siembra, y muchas veces es para otro: un padre se desvela por agenciar dineros y propiedades, y regularmente es para sus hijos, las mas veces ingratos. Otros se atormentan por lograr empleos, para hacerse víctimas del pueblo, sin mas fruto que un poco de vana gloria. Pero en el cuidado de la salvacion, el que siembra es solo el que coge el fruto, sin diezmar, ni partir con otro. Si vosotros sembrais, nos dice san Pablo, vosotros recogeréis una cosecha proporcionada á la semilla que habeis echado; si sembrais en el alma, cogereis del espíritu la vida eterna. Si teneis oracion, si ayunais, si dais limosnas, si mortificais vuestros sentidos, si maceráis la carne, el útil será para vosotros solos, y con mucho lucro; porque en esta vida Dios da ciento por uno, pero en la otra da millares.

Díme ahora, ejercitante: el cuidado de la salvacion debe ser principalmente nuestro cuidado, y todo el provecho ha de ser para nosotros; ¿de dónde nace que tú te descuides tanto? Si no eres bueno para tí, dice el Sábio, ¿para quién serás bueno? Si tanto velas sobre tus mas pequeños intereses, ¿de dónde procede que estás con tanto descuido en una cosa en que se trata importancia tan grande, como es la salvacion? Luego que te dicen esto te conviene, ¿dejas alguna diligencia por hacer? ¿excusas pasos ni solicitudes? ¿hay algo que omitas ó embarazo que no venzas? Yo te pregunto: ¿tienes negocio mas importante ni que mas te toque que el de tu salvacion? Tu mismo amor propio, que tanto te agita por bagatelas

que acaso no te importan, ¿por qué te tiene calmoso, perezoso en negocio de suma consecuencia para tí? ¿esperas despertar de este sueño á la hora de la muerte? ¿Qué dirías de un hombre que activo y ardiente por solicitar un negocio ajeno y de poca importancia, se descuidase totalmente de un proceso en que se tratase de su hacienda y de su vida? Dirías que esto era una especie de demencia. Pues puede ser que esta tú la tengas. Se dice ordinariamente: fulano ha muerto, ha trabajado y adquirido mucho; ha dejado muchos bienes y acomodada su familia, porque era un hombre que sabia muy bien hacer su negocio. Pero digámoslo mejor; supo muy bien hacer los negocios de otros; porque estos que hemos dicho, eran negocios de otros mas que suyos. Mas en el que le era propio, que es su salvacion, no tuvo tiempo de pensar; le sorprendió la muerte; se olvidó de sí mismo, y ocupado en ajenos cuidados, omitió enteramente su propia y grande importancia; aseguró bien su familia por algunos dias en el mundo, y él se adquirió para la otra vida una eternidad de infierno. Aquel es sábio, dice el Espíritu Santo, que lo es para su alma.

Considera, hermano mio, que la salvacion es una importancia tan propia nuestra, que solos nosotros podemos trabajar en ella, y no puede lograrse sin nosotros mismos. «Dios, dice san Agustin, que nos crió sin nosotros, no nos salvará sin nosotros.» Todas las cosas pueden hacerse con la ayuda ó ministerio de otro, excepto la salvacion. Podemos tratar, obligarnos, defendernos por medio de procurador, pero no salvarnos. Si tienes un proceso de gravedad, no importa mucho que no tengas habilidad, porque si tienes un buen abogado podrás ganarlo. No es necesario que un rey exponga su persona á los peligros de la guerra; porque teniendo un buen general puede ganar las batallas, y ser conquistador sin ser valiente. Mas no sucede así en cuanto á la salvacion; porque no puede haber para ello sustituto ni suple faltas. En la guerra que tenemos que hacer á los enemigos de nuestra alma, no cabe sustituto; es menester pelear en persona si queremos vencer.

Considera aquí, ejercitante, que tú tienes un proceso de la mayor consecuencia, en el que se trata de una pena ó de una gloria eterna, y que se ha de sentenciar delante de un juez igualmente sábio que incapaz de soborno; y aunque fueras monarca de todo el universo, es menester presentarse en persona, y que tú mismo hagas en tu causa, porque nadie te podrá justificar, si tú no lo haces. «Tendos, dice el Apóstol, debemos ~~parecer~~ en persona delante de esta

«tribunal terrible para dar razon de nuestras acciones.» Conforme á este artículo de fe, ¿tienes ya prontas y arregladas tus cuentas? Yo veo que en tus necesidades temporales, por mucho que confies en la Providencia, siempre pones de tu parte alguna diligencia para proveerte: en la salvacion solo es en lo que todo lo dejas á lo que haga Dios. Entiende, pues, que aunque verdaderamente su divina Majestad puede hacer todas las cosas sin nosotros, en la presente providencia, nosotros no nos podemos salvar sin la gracia de Dios, y esta gracia no nos salvará si nosotros no cooperamos á ella. Si crees lo contrario, es un error. Si has incurrido en este pecado de vana confianza, sal de tu ilusion, arrepíentete, y pídele á Dios que te dé su gracia para obrar y querer obrar en tu salvacion.

Para sacerdotes.

Estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet. Formidable amonestacion, hermano mio sacerdote, capaz de despertar al cristiano mas dormido. *Quid hic statis tota die otiosi?* Reconvenccion la mas terrible que hará un dia Jesucristo al sacerdote descuidado en el negocio de la salvación. Consideremos, venerables sacerdotes, que si esta debe ser nuestra principal ocupacion, por el fin de nuestra creacion, debe tambien serlo por nuestra vocacion al sacerdocio; así que fuimos elevados para que trabajásemos en nuestra salvacion y en la de nuestros hermanos. Pensemos siempre, y trabajemos con aplicacion en negocio que tanto nos interesa. Además de una misa celebrada con la debida páusa y devocion, y con una preparacion y accion de gracias razonablemente detenida; despues de un oficio divino rezado con atencion, sin apresuramiento, distribuyamos las horas del dia con proporcion á nuestros cargos y deberes; señalemos algun tiempo para la leccion espiritual y para la meditacion, otro tiempo para el exámen de conciencia, algun rato para el estudio, y las demás horas del dia para obras de piedad, caridad y demás incumbencias personales. Todo lo que no sea esto, será estar ociosos. Todo lo que sea llenar nosotros el dia, ó gran parte de él, en juegos, tertulias y pasatiempos; todo lo que sea ocuparse en negocios extraños á nuestro ministerio; todo lo que sea concurrir con los del siglo á sus proyectos y ocupaciones puramente mundanas, será para Dios lo mismo y peor que estar ociosos, materia para que en el dia de nuestra visitacion nos arguya Jesucristo, *quid hic statis tota die otiosi?*

JACULATORIAS.

¡Oh Jesús de mi corazón! mi alma se abisma en confusión al considerar cuánto habeis hecho Vos por salvarme, y cuán poco, ó por mejor decir, cuán nada he trabajado yo por unirme á Vos, mi último y sumo Bien.

¡Dios mío! desde ahora para siempre me despido de todas las criaturas y negocios del mundo, que me impidan trabajar en el mas importante de todos, que es mi salvación.

¡Oh Dios de misericordia! haced que yo de tal modo me aplique al trabajo de mi salvación, que reparando el tiempo perdido, vaya subiendo de virtud en virtud, hasta unirme á Vos en el Sion santo de la eterna gloria.

PLÁTICA.

La salvación merece el sumo cuidado.

Ejercitantes: de cuantas criaturas han salido de las manos de Dios en el orden de la naturaleza, ninguno tan grande y excelente como el hombre: no solo por ser el mas noble de los entes que respiran vida; no solo porque á su dominio y servicio está sujeto todo cuanto hay de mas grande y admirable sobre la tierra, sino principalmente porque elevado sobre el orden natural, ha querido Dios hacerle capaz de participar de su misma dignidad y perfección en adoptarlo por hijo y nombrarlo heredero de su reino y felicidad. Mas á pesar de tanta excelencia y grandeza, es tanta tambien la oscuridad de la razón en el mismo hombre, y tal el trastorno de sus ideas, que son muchos, infinitos, segun el dicho del Espíritu Santo, los necios que voluntariamente pierden el derecho á tanta honra, ó por un antojo depravado, ó por no hacer aprecio de las cosas eternas, ó porque se ignoran á sí mismos; y alucinados por los atractivos de la sensualidad, ó deslumbrados por los brillos de los bienes de este mundo, se precipitan en su alcance, y aplican todos los cuidados, todos los trabajos y todo el tiempo á la consecución de una cosa, que ó no alcanzan, ó lograda la pierden por un corte que da la muerte, ó por un vaiven de mala fortuna. Descuidaron enteramente de su salvación, perdieron por las bagatelas de este mundo el certísimo derecho á la gloria, que se les dió por el Bautismo,

y de hijos adoptivos de Dios y herederos de su reino, bajan desterrados al eterno presidio del infierno. Desgracia irreparable, ejercitantes, y desgracia que lleva consigo el conjunto de todas las miserias y penalidades. Yo quiero, amados míos, que vosotros las eviteis, y para ello voy á insinuaros brevemente tres razones ó motivos muy poderosos, que deben decidiros á despreciar cuanto el mundo seductor pueda ofreceros, y á dedicar todos vuestros esmeros al logro de la salvacion, que es la verdadera y única felicidad : atended.

Traigamos primero á la memoria el suceso memorable de Moisés que nos refiere la sagrada Escritura. Este desgraciado niño, metido en una cestilla de mimbrres y arrojado á las corrientes de un rio, iba caminando á su cercana muerte, cuando la hija del rey Faraon casualmente se hallaba de recreo á las márgenes de aquellas aguas. Movida de curiosidad esta señora, mandó extraer aquel bultillo que venia fluctuando. Ve que era un hermoso niño, y compadecida de su desgracia hace que se lo lleven á palacio, y se lo adopta por hijo. Inaudita fortuna, me diréis, y así fue de verdad. La hija de un rey que libra á esta criatura de la muerte temporal y la pone en esperanza de ceñir la corona de Egipto, es toda la felicidad del niño Moisés. Un Dios eterno, Rey de cielos y tierra, nos alimenta con su sangre, nos adoptó por hijos, y declaró herederos de su reino : esta es nuestra dicha. ¿Cuál os parece mejor fortuna? Ya leo en vuestro corazon la respuesta. Antes de todo cotejo, me diréis que la nuestra excede en infinito á la feliz suerte de aquel niño. Ved aquí, pues, la primera causa que nos debe excitar al trabajo y negocio de nuestra salvacion, que es la inefable grandeza de nuestra dicha. ¿Será prudencia; pero qué digo prudencia? ¿Será proceder con sana razon y viva fe, que seamos tan solícitos, tan activos y laboriosos, tan extremados por la conservacion de una casa, de una posesion, de un cualquier derecho que heredamos de nuestros mayores, cosas que, ó el tiempo las consume, ó la necesidad las enajena, ó las dejamos con la muerte; y nos portemos tan indiferentes, tan remisos y flojos en conservar la adopcion de hijos de Dios, y el derecho á los bienes eternos? ¿Hemos de ser infatigables, acaso en obrar nuestra perdicion, y poco ó nada cuidadosos por nuestra salvacion? No, amados míos, no: la salvacion es nuestra única verdadera felicidad, por su grandeza y eternidad: tenemos un derecho á ella; trabajemos por no perderlo.

Sensible y muy sensible le es al hombre llegar á perder, por de-

llo ó por desgracia, la prenda que tiene en grande estimacion, ó por haberle costado mucho trabajo adquirirla, ó por ser dádiva de algun principe. Mas si á esta pérdida acompaña el desconsuelo de no poder jamás recobrarla, suele el dolor pasar á desesperacion. La sagrada Historia nos ofrece en Esaú un ejemplar de tan vivo sentimiento. Vendió este á su hermano Jacob por una vil comida la bendición de su padre, que le pertenecía por primogénito, que era la cosa mas estimada entre los Patriarcas. Cuando Esaú entró en reflexion y quiso arrepentirse de su hecho, al ver que ya no tenia remedio fue tanto su dolor, que no solo suspiró, gimió y lloró amargamente á los piés de su padre, sino que, segun la frase de la sagrada Escritura, como leon herido rugia con grandes clamores al considerar que para siempre habia perdido el derecho de primogenitura, y que él y sus descendientes habian de ser dominados por el hermano menor y sus hijos. Ved aquí, ejercitantes, pintada en el corazon de este infeliz la amargura y desesperacion del pecador á la hora de la muerte, viendo que ya no podrá, por toda la eternidad, recobrar la herencia del cielo que vendió, ó de que renunció por los viles y momentáneos deleites de este mundo. Y este es el segundo motivo que á nosotros nos debe estimular á conservar á toda costa el derecho á nuestra salvacion; la absoluta desesperacion de jamás poderlo recobrar.

Pero aun no está cifrado en esto todo lo peor de la desgracia de un cristiano que despreció y renunció á su salvacion. Lo peor de su infelicidad y lo mas acerbo de su dolor lo causará el inevitable tránsito á suplicios y tormentos eternos. ¡Ay de mí! exclamará: que por mi gusto he cambiado el honor de ser hijo de Dios por los enormes desprecios con que ahora me insultan, no solo los demonios, sino tambien aquellos que allá en el mundo yo desprecié. ¡Y esto ha de ser para siempre! ¡Ay de mí! que pudiendo estar vestido de virtudes y rico de gloria, yo mismo he querido venir á tan extremada miseria y desnudez, que soy el objeto de burla de aquellos mismos pobres que yo alejé de las puertas de mi casa, por no verlos ni oirlos: ¡y esto ha de ser para sin fin! ¡Ay de mí! que por darme á los gustos y pasatiempos del mundo, me descuidé de mi salvacion, no practiqué las obras de piedad, huí de los ejercicios de devocion, á todo preferí mi condenacion; y ahora me abraso y me abrasaré eternamente en estas voraces llamas, sin esperar de ninguna parte una mirada de compasion. ¡Amargo tránsito, locura irremediable, dolor sobre todos los dolores!

Ejercitantes : este es el tercero y último motivo que propongo á vuestra consideracion , para que os animeis á trabajar con todo esmero y cuidado en el negocio de la salvacion. Por todos tres , y por cada uno de ellos , me persuado que ninguno de vosotros mirará con tanta indiferencia el derecho á la riquísima herencia del cielo , que quiera exponerse á perderlo , ni por el gusto de los placeres ilícitos , ni por el desordenado deseo de los bienes de este mundo , ni por cuanto el demonio os quiera ofrecer. No , hermanos mios , ese cielo que tenemos á la vista es el reino de Dios ; esa es nuestra herencia , por nada la perdamos. Porque si una vez la perdemos , no solo jamás la recobrarémos , sino que su pérdida la llorarémos con lágrimas inconsolables , entre acerbos tormentos , por toda la eternidad. Yo ruego á Dios por vosotros , amados mios ; haced vosotros lo mismo por mí , á fin de que el Señor á todos nos dé su gracia , para que apreciemos nuestra dignidad , trabajemos por nuestra salvacion y merezcamos la gloria. Esta os deseo , etc.

EJERCICIO CUARTO.

LECCION.

Del Credo.

Dejamos dicho que la primera parte de la doctrina cristiana contiene todo lo que debemos creer, y que esto se nos enseña en el Credo. Pregunto pues :

P. ¿Quién hizo el Credo?

R. Los Apóstoles.

P. ¿Quiénes son los Apóstoles?

R. Son aquellos doce varones que Jesucristo escogió entre todos sus discípulos, para que predicasen por todo el mundo la doctrina que les habia enseñado.

P. ¿Cuándo y cómo lo hicieron?

R. Despues que Nuestro Señor Jesucristo se subió al cielo, debiendo separarse los Apóstoles para dar principio á la mision que el Señor les habia mandado, determinaron formar el Credo ó símbolo de la fe que habian de enseñar, y que todos los hombres debian abrazar y creer para poderse salvar. A este efecto, y para que todos conformes predicasen y enseñasen unas mismas verdades, se congregaron los doce Apóstoles en el cenáculo, y despues de diez dias de ayuno y continua oracion, ilustrados y llenos del Espíritu Santo, procedieron á la formacion del Credo, que hicieron de esta manera :

San Pedro, que era el primero de los Apóstoles, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, y su vicario en la tierra, habló el primero. Yo enseñaré, dijo :

*Creo en Dios Padre, todopoderoso :
Criador del cielo y de la tierra.*

Estos son los dos primeros artículos del Credo.

P. ¿Quién era san Pedro?

R. Este santo Apóstol era de oficio pescador. Despues de haber trabajado toda una noche sin haber cogido cosa alguna, le dijo el

Señor : « Tira la red á la mar. » Y le contestó **san Pedro :** « Toda la noche he trabajado sin sacar pez alguno ; pero en tu nombre echaré la red : » y haciéndolo así, fue tanta la pesca que hizo, que se llenaron dos barcas. Este fue el primer discípulo que llamó Jesús al apostolado diciéndole : « Ten confianza y sígueme : quiero que sin dejar el oficio lo mejores : de aquí adelante serás pescador de hombres. » Padeció martirio en Roma, siendo crucificado cabeza abajo, y su cuerpo se venera en el Vaticano.

San Andrés dijo en seguida el tercer artículo :

Y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor.

Este santo Apóstol era tambien pescador, y vivia en compañía de su hermano Pedro. Y estando otro dia los dos hermanos disponiendo las redes para pescar, les dijo el Señor : « Venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres. » Y al punto dejaron las redes y el barco, y siguieron al Señor. Padeció martirio en Patras, azotándolo primero, y despues fijándolo en una cruz, en la que permaneció vivo dos dias sin cesar de predicar la fe de Jesucristo. Su cabeza se venera en Roma en la iglesia de San Pedro.

El cuarto y quinto artículos del Credo son :

*Que fue concebido por el Espíritu Santo,
y nació de santa María Virgen.*

Y estos los pronunció Santiago el Mayor.

P. ¿Quién era Santiago el Mayor?

R. Este Apóstol era hermano mayor de san Juan Evangelista, parientes los dos de María santísima y de Jesús. Vino á España á predicar el Evangelio. Y estando en Zaragoza se le apareció la Virgen santísima, estando aun en vida, y le mandó que fabricase un templo en aquel mismo sitio en que habia sentado sus sacratísimos piés, y colocase en él su imagen sobre una columna de mármol, cuya imagen y columna fueron hechas por ministerio de Ángeles. Padeció martirio en Jerusalem, mandando el rey Herodes que lo desollasen vivo. Este Apóstol es patron de España, y su cuerpo se venera en Compostela.

El sexto artículo del Credo es :

*Padeció debajo del poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado.*

Y lo pronunció san Juan Evangelista, hermano, como se ha dicho,

de Santiago el Mayor. Fue el mas jóven de todos los Apóstoles, pues cuando el Señor lo llamó, solo tenia de veinte y cuatro á veinte y cinco años. El emperador Domiciano lo martirizó en Roma, metiéndolo en una caldera de aceite hirviendo; y saliendo de ella sin lesion, fue desterrado á la isla de Patmos, y despues murió en Éfeso, en donde se conservan sus reliquias.

El séptimo artículo del Credo lo dijo santo Tomás, y es así :

*Descendió á los infiernos,
y al tercero dia resucitó de entre los muertos.*

P. ¿Quién era santo Tomás?

R. Este santo Apóstol era de oficio pescador. Fue martirizado y muerto á lanzadas en Calamina, que ahora se llama la isla de Santo Tomás. Su cuerpo fue hallado por los portugueses, y se venera en Goa.

El octavo artículo del Credo es :

*Subió á los cielos, y está sentado á la diestra
de Dios Padre todopoderoso.*

Lo dijo Santiago el Menor.

P. ¿Quién era Santiago el Menor?

R. Este Apóstol era sobrino segundo de María santísima, y primo segundo de Jesucristo. Padeció martirio en Jerusalem, apedreándolo primero, y despues arrojándolo de lo alto del templo abajo; y estando aun vivo lo acabaron de matar con un golpe de palo en la cabeza. Su cuerpo se venera en Roma en la iglesia de los Doce Apóstoles.

El artículo noveno del Credo lo dijo san Felipe, y es así :

Desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

A este Apóstol lo llamó el Señor, diciéndole solo : «Sígueme.» Y al punto le siguió sin jamás apartarse ya de su compañía. En Frigia, los sacerdotes de los ídolos lo despedazaron con azotes, y amarrándolo en una cruz, lo mataron á pedradas. Su cuerpo se venera en Roma en la iglesia de los Apóstoles.

San Bartolomé dijo el décimo artículo del Credo, que es :

Creo en el Espíritu Santo.

Este Apóstol fue martirizado en la Armenia, desollándolo y cortándole la cabeza. Su cuerpo se venera en Roma.

El undécimo artículo del Credo, que dice :

La santa Iglesia católica, la comunión de los Santos,

Lo pronunció san Mateo.

P. ¿Quién era san Mateo?

R. Este Apóstol era recaudador de los caudales públicos. Y pasando un día nuestro Salvador por su oficina, le dijo : «Sígueme.» Y al momento dejó su despacho y ejercicio, y se fué en seguimiento del Señor. Fue también otro de los cuatro Evangelistas, y murió mártir en Etiopía, en donde los paganos por mandado del rey lo mataron á golpe de hacha. No se sabe el paradero de sus reliquias.

El duodécimo artículo del Credo está expresado con estas palabras que pronunció san Simón :

El perdón de los pecados.

Este santo Apóstol, tomando el consentimiento de su esposa, la dejó por seguir á Jesucristo. Padebió el martirio en la Persia, siendo su cuerpo aserrado por medio, y sus reliquias se veneran en Roma.

San Tadeo pronunció el artículo décimotercio del Credo, diciéndolas estas palabras :

La resurrección de la carne.

Este Apóstol era hermano de Santiago el Menor, y los dos se llamaban hermanos de Jesús, por ser sobrinos de María santísima. Padebió el martirio en Persia, cortándole la cabeza, y sus reliquias se veneran en Roma.

El décimocuarto y último artículo del Credo expresado con estas palabras :

Y la vida perdurable,

Lo pronunció san Matías.

Este santo Apóstol, que era de una familia ilustre y rica, después de la ascension del Señor fue elegido por los otros Apóstoles, y asociado á su colegio en lugar del traidor Judas. Murió mártir en la Arabia, siendo primero apedreado y después cortada la cabeza ; sus reliquias se veneran en Roma.

Ejercitantes : estos son los catorce artículos que se contienen en el Credo, los mismos que decimos artículos de la fe. En las lecciones

siguientes los explicaré uno por uno con el favor de Dios. El Señor nos dé su gracia. Amen.

EjemPlo.

En una reunion en que por casualidad se hallaba un sábio y virtuoso sacerdote , varios jóvenes hacian el papel de impíos y profesarian con énfasis las blasfemias de Rousseau contra la divinidad de la religion católica, enseñada y predicada por los Apóstoles. Señores, les dijo el buen sacerdote, Vds. no creen ahora ; mas dia vendrá que creerán, si no es en el tiempo, será en la eternidad. Vds. creerán entonces como los demonios ; ellos creen y se hallan en los tormentos.

Ejercitantes : demos crédito á todo lo que Dios ha dicho y revelado , y los Apóstoles y sus sucesores nos enseñan como de fe , y así nos salvaremos ; de otra manera nos condenaríamos, pues dice Jesucristo : *El que creerá y será bautizado, se salvará ; pero el que no creerá, se condenará.*

MEDITACION.

De la imitacion de Jesucristo.

Considera, cristiano , como no contento nuestro buen Dios con habernos criado para un fin tan dichoso, como es gozar de su vista en el cielo, para que no errásemos en los caminos que llevan á él , quiso darnos á su mismo único Hijo por nuestro conductor y guia. Así nos lo dice Jesucristo ¹ : « Yo soy el camino, la verdad y la vida ², el « que me sigue no camina en tinieblas, porque lleva consigo la luz de « la vida. » Luego si Jesucristo es nuestra guia, debemos seguirle ; si es la misma verdad, debemos creerle ; si es nuestro maestro, debemos imitarle ; si es nuestro conductor, debemos obedecerle , y si es nuestro camino, debemos ir siempre por él para no perdernos. Sus máximas han de ser la regla de nuestras acciones y pensamientos, y sus ejemplos la norma de nuestra conducta. Mas ¡ay, y qué fatal cambio hemos hecho en nuestros caminos ! ¿No son las máximas del mundo las que hasta ahora han servido de regla á nuestras acciones ? ¿No son los ejemplos del mundo los que hemos seguido en nuestro modo de obrar ? ¿Podremos negarlo sin engañarnos ? ¿Podremos confesarlo sin confundirnos ?

¹ Joan. xli. — ² Joan. xviii, 12.

Discurramos ahora del mundo por lo contrario. El mundo lo dice, es menester no creerlo; el mundo lo hace, es menester no ejecutarlo. Porque el mundo es un mentiroso, y si lo creemos no podemos dejar de caer en muchos errores. El mundo es un ciego, y si le seguimos no podemos dejar de perdernos. Si el mundo verdaderamente es un ciego, ¿cuánto mas ciego será el que se deja guiar por él? «Si un ciego guia á otro ciego, dice Jesucristo ¹, ambos «caen en el precipicio.» ¿Cuántas veces, hermanos míos, hemos caído siguiendo una guia tan mala? ¿Y nos hemos levantado? Yo no lo sé: lo que sé es, que no podemos levantarnos ni volver al buen camino, y perseverar en él, sin el socorro de una mano poderosa y caritativa como la de Jesús, y sin la asistencia de un guia tan cierto y seguro, de una verdad tan infalible, y de una luz tan indeficiente y clara como Jesús.

Considera, cristiano, el lastimoso error con que hacen su camino los mundanos. «Todo el mundo lo hace (dicen ordinariamente), y es menester hacerlo.» ¡Ah, y qué discurso tan errado, qué consecuencia tan fatal! Discurrir así, no solo no es discurrir de cristiano, pero ni aun de gentil prudente. Pues de estos no ha faltado quien ha dicho que es prueba casi cierta de que una cosa sea mala el que la hagan muchos. El partido de los hombres prudentes y sensatos regularmente no es el mayor ni el mas numeroso; porque, como dice el Espíritu Santo ²: «El número de los locos es infinito.» Pues ¿por qué, amados míos, hemos de imitarlos? Jesucristo dijo que él era la verdad, pero no dijo que era la costumbre. ¿Por qué, pues, hemos de dejar á Jesús que es la verdad, por seguir las malas costumbres del mundo mentiroso? El camino por donde van la mayor parte de los hombres, en verdad que es el mas ancho, y por lo mismo el que se pierde y nos pierde, conduciéndonos al precipicio. Jesucristo solo es el verdadero camino; pero camino estrecho, en el que ninguno puede perderse si lo sigue hasta el fin. ¿Podrás tú, hermano mio, decir que le sigues, si caminas por las anchas llanuras de las costumbres del mundo?

Considera, ejercitante, que por el camino estrecho y siguiendo por él á Jesús, y Jesús crucificado, han llegado los Santos á la posesion de Dios, su último fin; y que es indispensable que tú hagas el mismo camino, si quieres tambien gozarle. El apóstol san Pablo, una vez que entró en el camino de su salvacion, siguió tan ajustadamen-

¹ Matth. v. — ² Eccles. i, 15.

te las huellas de Jesús, y fue tan perfecto imitador de Cristo, su maestro, que pudo decir de sí mismo ¹: «Traigo en mi cuerpo las cicatrices de los azotes y llagas que he padecido siguiéndole, y de nada me glorio, sino de la cruz de Jesucristo, por el que vivo crucificado al mundo, y el mundo lo está para mí.» Y así, estando ya el Apóstol cercano á la muerte, y escribiendo á su discípulo Timoteo, pudo decirle ²: «Yo estoy presintiendo que se acerca ya el tiempo de mi resolución, y el día en que mi alma se separará de mi cuerpo: he concluido mi carrera, y he seguido fielmente á Jesucristo en sus caminos: ya no me resta sino recibir la corona de la justicia que me espera, y que este Juez, tan justo como misericordioso, me dará cuando comparezca ante su tribunal; y no solo á mí, sino también á todos los que le aman, y se disponen á recibirle con obras buenas.»

Ahora, hermano mio, te quiero yo preguntar: ¿Has sido tú, como san Pablo, perfecto imitador de Jesucristo? ¿Le has seguido fiel en tus caminos, practicando su doctrina y ejemplos? ¿Te has hecho semejante á él en los trabajos, en el sufrimiento, en la paciencia, en el desprecio del mundo, de sus máximas, consejos y costumbres? ¿Podrás decir al fin de tu carrera (que acaso está ya muy cerca), que has sido fiel á tu Dios? ¿Tendrás razon para esperar que recibirás de Jesucristo la corona de premio prometida á los que han hecho el camino de la cruz, sembrándole con buenas obras? Examínate, y contéplate despacio. Veas cuál ha sido tu celo por la honra y gloria de Dios, tu diligencia y exactitud en la observancia de los divinos mandamientos, tus palabras y pensamientos, tus deseos y operaciones, tus virtudes ó tus vicios; y tu propia conciencia te dirá lo que al fin de tu carrera te podrás prometer.

Para sacerdotes.

Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus, qui est in celis... qui mihi ministrat me sequatur, et ubi ego sum, illic et minister meus erit ³. ¡Qué palabras estas, venerables sacerdotes, tan llenas de consolacion para nosotros que tenemos la incomparable dicha de ser llamados exclusivamente al ministerio de Jesucristo! Pero ¡ay! ¿nos hacemos dignos de que se verifiquen en nosotros promesas tan inefables? ¿Imitamos á nuestro divino Maestro, ó

¹ Galat. vi. — ² II Tim. iv, 6. — ³ Joan. xii.

desmentimos nuestra vocacion, envileciendo nuestro carácter? ¿Edificamos á los demás fieles con nuestras costumbres, como el Salvador edificó á todo el mundo con sus ejemplos, ó nos hacemos su escándalo con nuestros vicios? ¿Sembramos en el campo del Señor la sana doctrina, ó en privadas confabulaciones sembramos la zizaña del hombre enemigo del gran Padre de familia? ¿Plantamos en la viña con nuestros buenos ejemplos, ó arrancamos con inducciones las mejores plantas? ¿Hacemos notoria nuestra modestia á todos los hombres, ó comunicamos con los mundanos, en su locuela, en su porte indecoroso, en sus maquinaciones, en sus costumbres desregladas? Cuando lleguemos á las puertas de la eternidad, y digamos: *Domine aperi nobis*, ¿se nos abrirán de par en par, ó se nos dirá con eterna repulsa, *nescio vos*? Pensémoslo bien.

JACULATORIAS.

¡Oh Rey de tremenda majestad! Si es maldito el negligente en las obras de vuestro servicio, ¿qué será de mí, que tan activo he sido en las obras de pecado?

¡Ah! Señor y Padre mio, si yo no me hubiera dejado vuestro camino; si yo siempre hubiese seguido á Vos que sois mi luz, no hubiera dado tantas veces en el abismo de mi perdicion.

Dignaos, Señor, de alargarme vuestra mano poderosa y alumbrarme con vuestra gracia, para que volviendo al camino de mi salvacion, sea en él tan fiel en vuestro servicio, que merezca estar con Vos eternamente en la gloria.

PLÁTICA.

De la imitacion de Cristo.

Ejercitantes: queriendo Dios estar con su pueblo de Israel de un modo mas particular que entre las demás gentes, mandó á Moisés que le hiciese un pabellon portátil, en el que residiria su Majestad y á donde el pueblo acudiria á rendirle adoracion. Y despues de haberle instruido de la manera que habia de construir el tabernáculo, para que al tiempo de la ejecucion no equivocase las reglas, le hizo ver en el aire el diseño del pabellon con expresion clara de sus partes, y le dijo: «Moisés, mira, y hazme el tabernáculo conforme al «diseño que te he mostrado en el monte.» Igual conducta, amados

mios, ha usado Dios con todos los hombres. Quiere que cada uno se haga á sí mismo un templo vivo, digna morada de su Majestad; y para que no errásemos su formacion, hizo aparecer en el mundo á Jesucristo su único Hijo, para que mirando nosotros á este divino diseño, ajustásemos nuestras operaciones á sus virtudes, y nos formásemos cada uno en morada digna de la santísima Trinidad. Pero ¡oh torpeza de la humana condicion! A pesar de las reglas claras y ciertas que Dios nos ha dado en sus mandamientos, y á pesar tambien del divino modelo que nos ha puesto á la vista, son millares de millares los hombres que, trastornando las reglas y equivocando las ideas, se han formado á sí mismos una sentina de todos los vicios, una mezquita del demonio. Apenas se ve un hombre que por su virtud y santidad pueda decir que su corazon es la morada de Dios. Desgracia en que viven y mueren la mayor parte de los cristianos, y desgracia que muy pocos procuran evitar.

Ejercitantes: ¿quereis vosotros evitarla? ¿quereis formaros en templos vivos de Dios vivo, en estos santos ejercicios? ¿quereis no equivocaros en la aplicacion de las reglas? Diréis que sí. Y yo os hago la justicia de creerlo. Y queriendo ahorraros de una equivocacion fatal en el proyecto, voy á mostraros el mismo modelo que bajó del cielo. Sí: mirad, allí teneis á Jesucristo clavado en una cruz entre el cielo y la tierra: este ha de ser vuestro modelo. Repasad los principales pasos de su vida: esta ha de ser la regla y norma de la vuestra. Salid en contemplacion al desierto; y allí le veréis, como celoso de la honra de su Padre, ofreciéndole el demonio todo lo que hay de mas rico en el mundo, si postrado le da adoracion, encendido en fuego santo le responde: «Véte de aquí, Satanás, porque está escrito: *Adorarás solo á tu Dios, y á ninguno otro servirás.*» Entrad en el templo de Jerusalem, y veréis con qué puntualidad celebra las fiestas prescritas por la ley; con qué reverencia pide á su Padre adoracion, y con qué animosidad echa fuera á los que profanan la casa del Señor. Seguidle por los caminos y poblaciones, por montes y por mares, y en todas partes le veréis trabajar, sudar, fatigarse para enseñar, para curar, para consolar afligidos, para dar vida á los muertos. Encaminaos al huerto de Getsemaní, y lo hallaréis postrado en tierra, diciendo con profunda humildad á su Padre: «Padre mio, mi alma repugna la cruel muerte que se me pre-para; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.» Contempladlo en todo el discurso de su vida, y lo admiraréis pobre en su nacimiento, obediente á sus padres en la juventud, manso y sufrido en

su pasión, y en su muerte misericordioso y caritativo con sus mismos enemigos. Siempre fue en su conducta buen ciudadano y vasallo; en su trato cortés y pacífico con todos; y á todos edificaba con su modestia, compostura y recogimiento. Siempre sumiso á su Dios, y siempre benigno con los hombres, se presenta al mundo como un perfecto modelo de todas las virtudes.

Ahora pues, ejercitantes, si procedéis de buena fe, poned vuestra conducta al frente de este divino diseño; cotejad y ved si está conforme con el modelo, y no estándolo, trataremos de enmendar las faltas. («Empecemos el cotejo por la casa del Señor. Venerables sacerdotes: seamos nosotros los primeros á entrar en esta importantísima observación. Nosotros somos los ministros de Jesucristo, los dispensadores de los misterios de Dios, los consagrados al Señor. A nosotros particularmente, mas que á todos los demás hombres, nos dice el divino Maestro desde la cruz: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*. Este es nuestro Pontífice, santo, inocente, sin mancha, separado de la vida y costumbres de los pecadores. A este nos exhorta el Apóstol que imitemos, como carísimos hijos: cotejemos retratos. Mas ¡ay hermanos míos! y qué asombrosa diferencia se presenta á mi vista. Miro primero vuestra figura, y veo en ella delineados los caracteres de un buen sacerdote. Os veo mansos y humildes como nuestro Maestro, limpios de corazón, y pobres de espíritu como el Salvador, pacientes y caritativos como el Nazareno. Todos aspiráis á ser santos en el alma y en el cuerpo, como Cristo. Miro en seguida á mí mismo, y veo... ¡Qué veo, Jesús mío! ¿Es mi figura la vuestra ni la de mis hermanos? Yo no veo en mí sino la imagen de la muerte, y la figura de este mundo: este es mi retrato. Y no obstante, amigos míos, vestido como estoy de un saco abominable de pecados, me atrevo á presentarme todos los días en la sagrada mesa, y á introducir al Hijo de Dios vivo, no en templo adornado de virtudes, sino en una caverna de inmundas sabandijas. Perdóname, Jesús mío, que no supe lo que hice. Y vosotros, hermanos míos, animaos á perfeccionar mas y mas cada uno el tabernáculo de su corazón, donde descansa cada día el Rey de tremenda majestad; y rogad por mí á Dios, *ne forte dum aliis predicaverim, ipse reprobus efficiar*»).

Ejercitantes: venid vosotros á cotejar vuestra figura con la del Crucificado. ¡Descubris, por la ventana que abrió la cruel lanza en el pecho de Jesús, su divino corazón tostado y consumido por el

fuego inextinguible de su amor hácia nosotros? ¿Está el vuestro en buena correspondencia con el de nuestro Salvador? ¡Ah! decidme lo que querais; no será fácil que engañéis á mi propia observacion. El corazon de Jesús está destilando el néctar de la paz y el bálsamo de nuestra salud; y veo algunos corazones entre vosotros, que á borbotones vierten el veneno de la discordia, que altera la paz y mata la tranquilidad de las almas. Jesús se ha empobrecido por nosotros, hasta quedar sin gota de sangre, y aparecer públicamente en la última desnudez. Y muchos de vosotros, ¿qué dais á vuestros hermanos necesitados? ¡Oh, y qué contraste! Un desden, un desvío, un enfado, un insulto, y con esto lo despedís. Mis amados jóvenes: venid vosotros al cotejo. Almas justas, prevenid lágrimas: porque ¿quién no ha de llorar al ver contrapuestos al limpiísimo Cordero de Dios, muchos jóvenes súcios, asquerosos, y de piés á cabeza manchados con el cieno de la lujuria? ¿Y quién no ha de llorar, al ver mezclados con estos jóvenes, otros hombres de edad madura, envueltos en el mismo vicio, adúlteros de profesion y empeño, á quienes las amonestaciones, los consejos, ni las amenazas de las autoridades bastan para que se resuelvan á romper los lazos que los arrastran al infierno?

Amantísimo Salvador mio: no tengo valor para continuar tan displicente cotejo: con vuestra licencia corro el velo á vuestra lastimosa figura. Ejercitantes: ya habeis visto cuán distantes estamos de imitar á Jesucristo. Aprovechémonos de nuestra propia observacion, que aun es tiempo de mejorarnos. Sí, yo os prometo, si de veras os empeñais en mudar en buenas, vuestras malas costumbres, que tendréis de Dios los auxilios necesarios para formaros buenos imitadores de Jesucristo. Hacedlo como el Señor quiere, y él mismo os colocará en el templo de su gloria. Así os suceda por la bendicion del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

EJERCICIO QUINTO.

LECCION.

De los Artículos de la fe.

Ejercitantes : del Credo que pronunciaron los Apóstoles, ilustrados por el Espíritu Santo, formó nuestra madre Iglesia catorce Artículos, que son los principales misterios de nuestra santa fe. Los cuales, aunque en la sustancia son lo mismo que se contiene en el Credo, la Iglesia, gobernada por divina ilustracion, hizo esta separacion, para que todos los fieles, por rudos que sean, entiendan los misterios de nuestra Religion y creencia. Los explicaremos con claridad cada uno de por sí.

P. ¿Cuántos son los Artículos de la fe?

R. Son catorce. Siete pertenecen á la Divinidad, y siete á la santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Los que pertenecen á la Divinidad son estos.

El primero, creer en un solo Dios todopoderoso.

El segundo, creer que es Padre.

El tercero, creer que es Hijo.

El cuarto, creer que es Espíritu Santo.

El quinto, creer que es Criador.

El sexto, creer que es Salvador.

El séptimo, creer que es Glorificador.

Los que pertenecen á la santa Humanidad son estos.

El primero, creer que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, fue concebido por el Espíritu Santo.

El segundo, creer que nació de santa María Virgen, siendo ella vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto.

El tercero, creer que recibió muerte y pasion por salvar á nosotros pecadores.

El cuarto, creer que descendió á los infiernos.

El quinto, creer que resucitó al tercero dia de entre los muertos.

El sexto, creer que subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso.

El séptimo, creer que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos : conviene á saber, á los buenos para darles gloria porque guardaron sus santos Mandamientos, y á los malos pena eterna porque no los guardaron.

ARTÍCULO PRIMERO DE LA DIVINIDAD.

Creer en un solo Dios todopoderoso.

P. ¿Qué entendeis por Dios?

R. Debemos entender y creer, que no hay mas que un Dios, que es el que adoramos los Cristianos, y que toda la caterva de dioses que adoran los gentiles es invencion de hombres locos, y unos meros bultos de piedra ú otra materia, que ni ven, ni oyen, ni hablan, ni entienden. Nuestro Dios es solo el verdadero, el que vive por sí mismo, y el que á todos nos da vida. Un Señor infinitamente bueno, sábio, poderoso, principio y fin de todas las cosas, premiador de buenos y castigador de malos. Es infinitamente bueno, porque no hay bien alguno que no esté en Dios, y que no dimane de Dios. Infinitamente sábio, porque todo lo sabe, y es el principio de toda sabiduría. Todopoderoso, porque todo lo puede hacer y deshacer. Principio y fin de todas las cosas, porque á todas ha dado el ser, y todas tienen por fin la honra y gloria de Dios. Y es premiador de buenos y castigador de malos, porque á cada uno da lo que tiene merecido.

P. ¿Y este Dios es una persona sola?

R. No es una persona sola, sino tres en todo iguales.

Notad que esta respuesta es explicacion del segundo, tercero y cuarto artículos.

P. ¿Quién son estas Personas?

R. Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

P. ¿El Padre es Dios?

R. Sí : como tambien lo es el Hijo y el Espíritu Santo.

P. ¿Son tres dioses?

R. No : sino uno en esencia, y trino en personas.

Ejercitantes : este es el primero y mas alto misterio de nuestra santa Religion. Esta es la roca en que los mas sublimes entendimien-

tos se estrellaron. Pues queriendo, atrevidos, remontarse á escudriñar el misterio, fueron confundidos por los rayos de la misma Divinidad, y cayeron precipitados en diferentes herejías. La primera persona se llama Padre, porque en su entendimiento engendró al Hijo. La segunda se llama Hijo, porque es engendrado por la primera. La tercera se llama Espíritu Santo, porque procede del Padre y del Hijo por espiración. Y sin embargo ninguna es mas antigua que las otras, ninguna mayor, sino todas tres eternas, todas tres en todo iguales. No hay símil perfecto que pueda dar una idea clara del misterio de la Trinidad. Pero el ser Dios uno en esencia y trino en personas, se declara de algun modo con el símil de nuestra alma, que siendo una sola, tiene tres potencias distintas, que ninguna es la otra, y todas tres son el alma.

P. ¿Dios tiene figura corporal como nosotros?

R. No : porque es un Espíritu puro ; esto es, un Ser que no está compuesto de materia alguna, y por consiguiente ni puede dividirse en partes, ni está sujeto á nuestros sentidos.

ARTÍCULO QUINTO.

Creer que es Criador.

P. ¿Cómo es Dios Criador?

R. Porque todo lo hizo de nada.

Dios, solo era en sí mismo en la eternidad. Y queriendo el Señor en tiempo, que se hiciese manifiesta su grandesa, cuando fue su voluntad crió el cielo y la tierra, la luz, el sol y la luna, las aguas, los árboles y plantas, todos los animales, y los Angeles. Y por último, crió á nuestros primeros padres Adán y Eva, como se dijo en la primera lección. Y desde entonces empezaron á contarse los tiempos por días, meses y años. Es una herejía y una demencia el decir, como algunos dijeron, que el mundo es eterno, ó que se formó por una casualidad. Todo cuanto hay en el cielo y en la tierra ha sido criado por Dios. Esta es nuestra fe, y por eso decimos que Dios es Criador.

ARTÍCULO SEXTO.

Creer que es Salvador.

P. ¿Cómo es Dios Salvador?

R. Porque da gracia, y perdona los pecados.

Ya os he dicho que el primer hombre, por su desobediencia, y todos sus descendientes, quedaron esclavos del demonio y condenados á pena eterna. Nunca hubieran salido de esta esclavitud, si el mismo Dios misericordioso no les hubiese enviado á su único Hijo para que los rescatare con su sangre. Ni tampoco el hombre se aprovecharía de los merecimientos de Cristo, si Dios no le ayudase con su gracia, para merecer, mediante ellos, el perdón de los pecados y su salvación. Y por esto decimos que Dios es Salvador.

P. ¿Qué cosa es gracia?

R. Un don sobrenatural que infunde Dios en el alma, por el cual, perdonados los pecados, quedamos hijos de Dios, y con derecho al reino de los cielos.

P. ¿Y qué bienes nos vienen con esta gracia?

R. El querer y poder hacer obras satisfactorias y meritorias. Porque nosotros, por nosotros, sin la gracia de Dios, nada podemos hacer ni querer en orden á la salvación.

P. ¿Por qué medios se alcanza la gracia?

R. Con oraciones, Sacramentos y ejercicios de virtud.

ARTÍCULO SÉPTIMO.

Creer que es Glorificador.

P. ¿Por qué es Dios Glorificador?

R. Porque da la gloria al que persevera en su gracia. Entended bien esto: al que persevera en su gracia. Porque Jesucristo dice, que solo aquel que persevera hasta el fin, será salvo. Quiera Dios por su bondad que todos tengamos la dicha de perseverar en su gracia hasta el último momento de nuestra vida. Amen.

EJEMPLO.

¿Cuán poco es conocido Dios, aun en medio de las grandes poblaciones!...

El gran misionero Rauzon refiere lo que á él mismo le sucedió en París, y lo dice en estos términos: Había muchos años que ejercía mi ministerio en la casa de refugio, cuando se me dió noticia de una joven que después de haber estado dos años en este asilo, trataba de salir de él para entrar de nuevo en el mundo. Creí deberte dirigir mis últimas instrucciones para fortificarla en el amor de la Religión y en la práctica de la virtud: la hice llamar al locutorio. Mientras yo le daba, con toda la caridad cristiana de que estaba animado,

consejos saludables, me escuchaba con atencion, y de cuando en cuando, oprimida por el dolor, dejaba escapar estas palabras:—Padre mio, ¿tendrá Dios compasion de mí?—Entonces sospeché que la pobre jóven daba á mi discurso un sentido que me era desconocido, y no pude menos que decirle: Sin duda, hija, Dios tendrá compasion de tí, y ¿qué prueba mas fuerte quieres de la misericordia de Dios para contigo, que el cuidado que tomó de conducirte á este santo retiro?—¡Ah! padre, me dijo derramando copiosas lágrimas, antes que yo entrase en esta casa de refugio no sabia que Dios existiera.—¡Cómo! ¿no habias pensado nunca que en el cielo habia un Ser supremo, criador de todo lo que existe?—No, padre, jamás habia oido hablar de él.—Cuando entrabas en una iglesia, ¿tu pensamiento no se te dirigia hácia Dios?—Rara vez entraba, y entonces no hacia ninguna reflexion piadosa.—Cuando veias que iban á enterrar á algun muerto, ¿tu espíritu no se elevaba á alguna consideracion sobre la muerte y sobre el porvenir?—No, padre.—¿Segun esto hacias el bien y el mal con la misma indiferencia?—La vergüenza y el temor de los castigos me detenian. Despues de estas palabras sus lágrimas se aumentaron, y me prometió que nunca jamás olvidaria sus deberes, y que siempre tendria presentes los consejos é instruccion que habia recibido en la casa de refugio.

Despues de la narracion de este hecho, decia el Padre, hermanos mios, esta ignorancia se halla no solo en países lejanos y en tierras bárbaras, sino en medio de las poblaciones cristianas. ¡Qué horror!

MEDITACION.

De la eternidad.

Considera, cristiano, que en cuerpo y alma eres criado para la eternidad. Esta es la primera nocion que te da nuestra fe acerca de nuestra existencia. Eres criado para gozar de Dios eternamente, ó le has de perder para siempre. ¿De qué le aprovechará, pues, al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Esta es la pregunta que hace Jesucristo en su Evangelio¹: «¿De qué le aprovechará al «hombre ganar todo el mundo, si pierde el alma para siempre?» Meditemos en este *siempre*, que es toda el alma de la pregunta. Ejercitante: una alma sola tienes, y no es como la de un perro, que solo

¹ Matth. xvi.

dura y vive lo que el perro. Tu alma es eterna, y, en pena ó en gloria, tiene que vivir tanto como Dios. Si una vez se gana, jamás se pierde; y si una vez se pierde, jamás se gana. Recógete en tu interior, hermano mio, y piensa que la eternidad tiene dos puertas, una que da camino para el cielo, y otra que da salida para el infierno. Y á vista de un abismo de siglos infinitos, ponte á meditar en solas estas palabras, *siempre* y *jamás*. La muerte es la que abre las puertas de la eternidad, y esta está comprendida en siempre y jamás. Un *siempre*, que jamás tendrá fin; y un *jamás*, que durará siempre. Un *siempre*, que contiene infinitos días, infinitos años, infinitos siglos, y jamás llegará á tener fin; y un *jamás*, que despues de infinitos siglos, siempre será *jamás*. Esta es la duracion del alma. ¡Oh eternidad! ¡oh mar sin suelo y sin término! Tu sola contemplacion estremece, y llena de pasmo al espíritu mas fuerte. Cuanto la tierra será tierra, cuanto el cielo será cielo... ¡oh, y qué pasmo! cuanto Dios será Dios, los bienaventurados serán bienaventurados, y los condenados serán infelices. ¡Oh eternidad, y cómo asombras mi entendimiento! Si esto lo pensamos mucho, hermanos mios, ¡cuán ligera no nos parecerá cualquiera pena; cuán dulce y suave todo trabajo sufrido por Dios!

Ahora, ejercitante, te pregunto yo con san Juan Crisóstomo: ¿cuántas almas tienes? Porque si tienes dos, aunque pierdas una, te queda la otra. Pero ¡ay de tí, y ay de mí! pues no tenemos mas de un alma que es eterna; y si esta la perdemos, no nos queda otra. ¿En dónde está, pues, nuestra fe y nuestro juicio? Díme, jóven licenciado, ¿ó crees que hay eternidad de gloria y eternidad de infierno, ó no lo crees? Si no lo crees, salte al momento del templo; porque eres un hereje, y nada tengo que ver contigo. Y si lo crees, díme, ¿qué haces para ganarte la eternidad de gloria? ¡Ah, hijo mio! que haces muy poco, ó por mejor decirlo, nada haces. De un poco de aire de vanidad, de un momento de deleite tan súcio y asqueroso, que ni aun quieres que el sol lo vea, de un pequeño desaire que te han hecho, de una palabra picante que te han dicho, haces mas caso que de tu alma, alma sola y alma eterna. Entiende, pues, que no basta que creas la eternidad, si no obras tambien para la eternidad.

Si yo tuviese esta noche una voz tan fuerte como la del Ángel que llamará á juicio, gritaria: oid, paganos, oid, herejes, oid, sacerdotes, oid, grandes y pequeños todos los que vivís en el mundo, oid esta sentencia de Nuestro Señor Jesucristo: «El que ama su vida en

«este mundo, la pierde para siempre; y el que aborrece su vida en «este mundo, la guarda para la eternidad.» Medita, cristiano, sobre estas palabras del Salvador, y hallarás en ellas dos verdades infalibles y muy poderosas para convertirtte, si te has desviado en el camino de tu salvacion. La una es, que has de padecer despues; y la otra es, que si tratas mal tu cuerpo en esta vida, serás bienaventurado en la otra. Porque creyendo, como crees, la resurreccion de la carne, debes tambien creer que los cuerpos bien tratados en este mundo con ofensa de Dios, han de ser tratados mal en el otro por toda la eternidad; y que los cuerpos mortificados por Dios en esta vida, han de ser regalados en la otra con gozos y placeres eternos.

Es una verdad que muerto el animal, su cuerpo se reduce al polvo de donde salió, y se deshace para no volver á unirse. Pero tambien es artículo de fe, que nuestra carne, despues de haber sido pasto de gusanos y reducida á ceniza, en el último dia del mundo y del juicio universal se volverá á formar en este mismo cuerpo que ahora tenemos, y á él se unirá otra vez el alma, para jamás volver á morir. Verdad es esta, que bien meditada llena de dulzura el corazon del justo, como de amargura al pecador... ¡Oh, y cuán suave nos haria toda mortificacion este solo pensamiento! ¡Qué consuelo produciria en nuestro corazon la memoria de la eternidad que aguarda á nuestro cuerpo! Yo te ruego, hermano mio, que rumies á menudo estas dos palabras que se leen escritas en los claustros de la penitencia: *breve padecer, eterno gozar*. Y si eres tan amante de tu cuerpo, que lo regalas en todo sentido, medita en éstas otras: *breve gozar, eterno padecer*.

Ejercitantes: entremos en nosotros mismos; y si nuestro cuerpo se resiente del ayuno, si se queja del vestido, si se duele de los trabajos, consolémosle con los manjares inefables que le están preparados en el cielo, con la estola rica y hermosa que allí le vestirán, y con la esperanza de consuelos y deleites que nunca tendrán fin. Entremos en conversacion con nuestros sentidos, y digámosles: Ojos mios, no ofendais ya mas á Dios; se acabaron ya para vosotros las miradas torpes y provocativas, porque sois eternos. Oidos mios, estaréis siempre abiertos á la divina palabra, y cerrados á la murmuracion, porque sois eternos. Lengua mia, ya no te moverás para la mentira, maldicion, juramento y palabras escandalosas, porque eres eterna. Manos y piés mios, de hoy en adelante os emplearéis solo en hacer el servicio de Dios, porque sois criados para gozarle y para ser eternamente felices.

Para sacerdotes.

«Y á nosotros, venerables sacerdotes, que de un modo particular «somos llamados al servicio del Señor, ¿á qué puerta de la eternidad nos conducirá la muerte? ¿á la puerta de la eternidad de la gloria, ó á la del infierno? Veamos cómo nos conducimos, y nuestra propia conciencia dará la respuesta. Si caminamos por esta vida «limpios en el espíritu, y santos en el cuerpo, entraremos por la «puerta que lleva á la mansion de los santos; pero si somos malos «en el alma y en el cuerpo, con la librea de la casa real del Señor, «y con el brillante sello de nuestro carácter, entraremos por la negra «puerta que guía al infierno, para padecer eternamente en el «alma y en el cuerpo. ¡Oh eternidad! ¡oh *siempre*! ¡oh *jamás*! ¡qué «dignos sois de mas seria contemplacion! Amados hermanos míos: «pensemos esto, meditemos esto, y nunca se aparte de nosotros la «memoria de un gozar y un padecer que jamás se acabará; siempre sin fin, y siempre eterno.»

JACULATORIAS.

¡Oh Jesús y Señor mio! abridme los ojos del alma, para que yo contemple bien lo que es la eternidad, y trabaje por entrar en ella por la puerta que conduce á vuestro reino.

Dadme gracia, Padre mio, para que emplee todos los momentos de mi vida tan santamente, que esté siempre cerrada para mí la puerta que conduce al *siempre* del infierno.

Alegraos, Santos del cielo; de vuestra dicha; y pedidle al Señor que me abra la puerta del cielo, que yo me cerré con mis pecados; por mis pecados, que detesto ya. Sí, Jesús mio, los detesto, y arrepentido de ellos os digo, que me pesa una y mil veces de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la eternidad.

Ejercitantes: ¿qué causa os parece pudo haber para impeler al potentísimo David para retirarse á su gabinete, y vivir enteramente separado de los bullicios y atractivos del mundo? Ya lo dice él mismo: «Me acordé de los días antiguos, y meditaba en los años eter-

«nos.» La memoria de la eternidad es la que obligó á este Príncipe á tan estrecha reclusion. Y esta es tambien la que impulsó á un san Bruno y á un san Romualdo, para imponer á sus monjes el absoluto y perpétuo silencio que guardaron : este fue el objeto del instituto monacal : reducirse el hombre á perpétua soledad, para, así separado de los negocios del mundo, entregarse todo al pensamiento de la eternidad, y al cuidado del alma, que es el máximo de los negocios. Este mismo pensamiento, amados mios, quisiera yo estampar en mi memoria, y fijarlo en la vuestra para siempre : seguramente nuestra vida seria otra, y nuestra muerte dichosa. Porque, ¿quién se atreveria á pecar si pensase que á un momento de vida se sigue una eternidad de gozar ó una eternidad de padecer? El olvido de este artículo de nuestra fe es el que condena á la mayor parte de los cristianos, y del que yo intento sacaros con estas dos reflexiones : ¿Qué es nuestra vida, y qué es nuestra eternidad? Discurramos un poco.

¿Qué es nuestra vida, comparada con la eternidad? Si, como dice el real Profeta, «mil años en la presencia de Dios son como el día de ayer que ya pasó;» si un día que ya pasó, no es nada; una vida de sesenta, ochenta ó cien años, ¿qué será respecto á la eternidad? ¿Podrá reputarse por un día, por una hora ó por un minuto? No hay proporcion. Yo, por no decir que nuestra vida es un tiempo imaginario, le daré alguna extension; pero no me atreveré á darle mas que la que en sí lleva un solo momento de tiempo, una apresurada respiracion. ¡Oh eternidad! y tú, ¿qué eres? ¡Qué caos, amados mios, qué abismo! no hay cosa que pueda hacerla comprender. Sin embargo, para que forméis alguna idea de su perdurable duracion, figuraos que todo el globo de la tierra se ha deshecho en sutilísimas arenas, y que cada mil años una hormiga ha de pasar un granito á su lugar, hasta que desaparezca el promontorio. Llegaria á pasar la última de las arenas, el inmenso monte de ellas ya no pareceria, y la eternidad seria tan sin fin despues del último grano, como lo era antes que la hormiga sacase el primero. Amados mios, el entendimiento se pierde en esta contemplacion; pero se para con estas pocas palabras de inefable verdad : *Dios es sin fin, y la eternidad es sin fin*. Estas dos reflexiones, juntas con mi propia observacion, me hacen decir que el olvido de la eternidad es el que conduce al infierno á la mayor parte de los cristianos. Porque, ¿quién que la contemplase habia de preferir un momento de mundano placer á un eterno padecer? De aquí es que, sin recelo de

temeridad, digo lo que el profeta Jeremías en su tiempo ¹: «El pecador tiene desolada la tierra, porque no hay quien se acuerde de la eternidad.» No le hay, amados míos; os remito á vuestra propia observacion; apenas me daréis uno: pronto vamos á verlo.

Para proceder á la demostracion, no digamos ya que la vida del hombre es un momento: digamos que es un día, y á este día demosle la extension de ochenta ó cien años. Consideremos ahora á este hombre, en los tres períodos principales del día de su vida, que son el amanecer de su niñez y juventud, el mediodía de su edad varonil, y la tarde de su vejez; y veamos cuándo este hombre se dedicó á pensar en la eternidad. ¿Por ventura en su infancia? No: porque esta se pasó entre las caricias de los padres, en juegos y entretenimientos pueriles, y en el ejercicio de aquellas travesuras que son propias de una edad que no piensa; y aun quizá este niño no habrá oído de sus padres la palabra *eternidad*. ¿Dirémos que ha pensado en ella en la época de la juventud? ¡qué error! Lo regular es, que al entrar el niño en esta edad se desenvuelven las semillas de las malas inclinaciones, la carne lo despierta, el mundo lo ahoga, el demonio lo engaña; y conducido por estos seductores, suele sacudir el yugo de la Religion y el de la buena educacion, si la tuvo, y acostumbrarse por los malos ejemplos á todo género de vicios; embelesado con los atractivos del mundo, correrá tras de sus pasatiempos pecaminosos, y llegará á la edad perfecta, siempre pensando, hablando y ejecutando lo malo. Y en orden á la eternidad, ¿qué hizo? ni aun nombrarla, cuanto menos pensar en ella. Con efecto, llegó este hombre al mediodía de su vida. Y cuando debia ya entrar en reflexion, hemos visto que con el ardor de sus pasiones se entró de pechos en el lodazal de los vicios, y con mas empeño y descaro que antes se dedica á satisfacer sus desordenados deseos. Lo que antes eran fraudes y robos disimulados, ahora son latrocinios públicos y violentos. Las deshonestidades que antes se procuraban ocultar con todo cuidado, han salido al público con la nota de adulterios y amancebamientos escandalosos. Y ya tenemos que el mediodía de la vida de este hombre es un estado peor que lo fue su infancia y juventud. No solo no pensó en la eternidad, sino que, si por casualidad se le presentaba en un libro, al punto lo cerraba; ó si en boca de otro oía nombrarla, tomaba desazon.

Pero sigamos á este hombre, me diréis; porque puede ser que

¹ Jerem. xi'.

al trasmontar el sol de su vida se recoja á pensar en este importante negocio. Mas, ¡oh, y qué vana esperanza! este hombre ya envejeció; ya no hay fuerzas en su naturaleza para dirigir la crudeza de apetitos sensuales; se amortiguaron y calmaron ya los hervores de su edad robusta, es verdad; pero otros proyectos, extraños á la salvacion de su alma, han entrado á ocupar sus atenciones. El aumento de sus caudales, la conservacion ó nueva adquisicion de bienes, pleitos, negociaciones, colocacion de los hijos y otros semejantes negocios, son todos sus pensamientos. Pero quizá, ahora que ya él mismo conoce la vanidad de todas las cosas del mundo; ahora que ve, á pesar suyo, que las pasiones han perdido de su vigor; ahora que advierte que su cabeza se va inclinando al sepulcro, puede ser que entre en reflexion del cercano término de su jornada. Él se ve ya postrado en el lecho de la muerte, y la luz de su dia le va faltando por momentos. Ahora sí que entrará en el pensamiento de la eternidad, porque así se lo amonesta el sacerdote que tiene á la cabecera. Mas ¡oh dolor! la fuerza de los accidentes, la debilidad de las potencias, los deseos de vivir mas, el sentimiento de lo que se deja, no le franquean ni siquiera un momento de tiempo para pensar en el eterno fin de su carrera. Murió este infeliz hombre; y se verificó que la vida de sesenta, ochenta ó mas años, la pasó sin haber pensado un momento en la eternidad. Por este olvido fue este hombre pecador, y por este olvido se condenó.

Ejercitantes: este es el desastrado fin de la mayor parte de los cristianos; la experiencia lo atestigua. ¿Quereis vosotros entrar en el número de estos desgraciados, ó quereis ser del número de los pocos que se salvan? Si quereis esto último, no tengais ociosa vuestra memoria en el pensamiento de la eternidad. Si con frecuencia y seriamente pensais en ella, pasaréis en inocencia la juventud; vuestra edad varonil será honrada; vuestra vejez será loable, y vuestra muerte dichosa. Si pensais que nuestra vida por larga que sea se reputa por un momento con respecto á la eternidad, y que despues de este momento hemos de entrar en un abismo de penas ó de gloria, segun haya sido nuestra vida, sujetaréis los malos apetitos, tomaréis buenas costumbres, y al ponerse el sol de vuestra vida entraréis en el claro y feliz dia de la eternidad, para gozar de Dios en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO SEXTO.

LECCION.

De los Artículos de la santísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo.

ARTÍCULO PRIMERO.

Creer que Nuestro Señor Jesucristo en cuanto hombre fue concebido por el Espíritu Santo.

P. ¿Cuál de las tres divinas Personas se hizo hombre?

R. El Hijo de Dios eterno.

Ofendida la divina justicia por el pecado del hombre, era necesario para perdonarle que se le diese una satisfaccion de un valor igual á la injuria recibida, y no pudiendo darla el hombre, por no ser igual á la majestad de Dios ofendido, dispuso el Señor en sus eternos consejos que la segunda Persona, que es tan Dios como el Padre, se hiciese hombre para satisfacer por el hombre.

P. Siendo eterno el Hijo de Dios, ¿cómo pudo ser de nuevo concebido?

R. Tomando cuerpo y alma racional, no por obra de varon, sino milagrosamente.

Habiendo determinado el Padre eterno que su Hijo tomase nuestra carne, quiso que fuese concebido en las entrañas de una doncella, la mas pura y perfecta que hubiese en el mundo. Y fue escogida la jóven María, que aunque estaba desposada con José, varon justo, conservaba intacta su virginidad. Estando un dia esta doncella encerrada en su retrete haciendo oracion, vió cerca de sí un gallardo jóven, que saludándola le dijo : « Yo te saludo, María llena de gracia, el Señor está contigo, y eres la bendita entre todas las mujeres. » Algo se turbó la Virgen, creyendo que era un hombre el ángel san Gabriel que la saludaba. Y entonces le dijo el Ángel :

¹ Luc. xv.

«No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno, y parirás un hijo á quien llamarás Jesús.» «¿Cómo puede ser eso, dijo María, si yo no conozco varon?» Y el Ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá á tí, y la virtud del Altísimo te fecundará, porque para Dios nada hay imposible.» Y la Virgen contestó con profunda humildad: «Yo soy la sierva del Señor, hágase en mí segun su voluntad.» Desapareció el Ángel, y en el mismo instante tomó Dios de la sangre mas pura de la Virgen, y formó en sus entrañas un cuerpecito perfectísimo, crió la mejor alma que jamás hubo, la infundió en aquel cuerpo, y á este cuerpo y alma unidos se unió la segunda Persona de la santísima Trinidad, que es el Hijo, y quedó hecho Dios y hombre verdadero.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Creer que nació de santa María Virgen, siendo ella virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto.

P. ¿Cómo pudo nacer Jesús de madre virgen?

R. Sobrenatural y milagrosamente, como fue concebido.

Habiendo ido José y María desde la ciudad de Nazaret, en donde vivian, á la ciudad de Belen para encabezarse en los registros de la provincia, acaeció que no encontrando en toda la ciudad quien quisiera recogerlos por su pobreza, siendo ya de noche y en lo mas crudo del invierno, hubieron de albergarse fuera de las murallas, en un establo de bestias. Y á la media noche conoció María que era llegada su hora, y dió á luz á su Hijo primogénito, sin dolor ni lesion alguna de su virginal entereza, así como los rayos del sol pasan por un cristal sin romperlo. Y por esto decimos que fue virgen antes del parto, en el parto, y despues del parto.

ARTÍCULO TERCERO.

Creer que recibió muerte y passion, por salvar á nosotros pecadores.

P. ¿Para qué se hizo Dios hombre?

R. Para poder morir por el hombre, y darle ejemplo.

P. ¿Por qué quiso morir?

R. Por redimirnos del pecado, y librarnos de la muerte eterna.

P. ¿Pues qué, no pudo Dios, sin morir, redimirnos de otro modo?

R. Sí, pero nos convino este mas que otro alguno.

P. ¿Por qué escogió muerte de cruz?

R. Porque cuanto era mas ignominiosa y penosa, fuese mas meritória y gloriosa.

Dijimos que el Hijo de Dios no podia morir, porque es Dios inmortal. Pero la divina Sabiduría halló el modo de vencer este imposible, haciendo que el Verbo tomase nuestra carne, y así podria nacer, padecer y morir. «Así, dice Nuestro Señor Jesucristo ¹, así «amó Dios al mundo, que no dudó entregar á la muerte por él á «su unigénito Hijo.» Y tanto es el amor que el Hijo tiene á los hombres, que gustoso aceptó la muerte por redimirlos y salvarlos. Sí, amados mios, Jesús murió por nosotros; y para darnos las mayores pruebas de su amor, quiso que á su muerte precediesen los mayores tormentos que pudo inventar toda la rabia del infierno. Fue vendido á sus enemigos por el pérfido Judas, uno de sus amados discípulos; fue atado como ladrón y asesino; fue escupido como cosa inmunda y asquerosa; fue mofado como loco, y abofeteado por un vil hombre; fue azotado cruelmente, hasta descubrirse los huesos de sus sacratísimas espaldas; fue coronado de agudas y duras espinas, que taladrando su delicadísima cabeza, le hicieron brotar arroyos de su inocentísima sangre; y fue vestido como rey de farsa, escarnecido, y golpeado con una caña que le dieron por cetro. Todo lo sufrió sin desplegar sus labios, para enseñarnos á llevar con paciencia los trabajos por aquel Señor que con tanto amor los pasó por nosotros. Y por último, le cargaron en sus hombros el infame madero en que habia de morir, y lo condujeron al monte Calvario, que era el sitio destinado para ajusticiar los malhechores: allí los verdugos lo desnudaron vergonzosamente de todas sus vestiduras, lo enclavaron de piés y manos en la cruz, entre dos ladrones, que tambien crucificaron, y en ella lo dejaron pendiente y expuesto á la vista y burla del pueblo.

En este punto, que fue al mediodía poco mas ó menos, el sol se oscureció de un modo nunca visto, y toda la tierra quedó envuelta en negras tinieblas, hasta las tres de la tarde. Y en esta hora, inclinando Jesús la cabeza dijo con voz fuerte: «Padre, en tus manos «encomiendo mi espíritu;» y espiró el Señor. Esta es la muerte afrentosa que Jesús escogió por nuestro amor, para enseñarnos á despreciar todas las honras del mundo, cuando se trata de hacer la

¹ Joan. 1, 16.

voluntad del Señor. Quiso morir pobre, desnudo, y de todos desamparado, para enseñarnos á no hacer caso de las riquezas y vanidades del mundo, y á que no pongamos nuestra confianza en los hombres, sino solo en Dios. Murió en la cruz, como dando á entender en los cuatro cabos de ella, que moria para redimir todas las cuatro partes del mundo. Murió Jesús, y al punto de espirar se trastornó todo el universo, y manifestó su sentimiento. El sol enlutado, el cielo con la oscuridad, la tierra con espantosos temblores, las piedras rompiéndose unas con otras, los cuerpos muertos saliéndose de los sepulcros, la cortina del santuario rasgándose ella misma de alto abajo en dos partes, todas las criaturas, cada una á su modo, manifestaron su dolor.

Murió Jesús; y como no dándose aun por satisfecho su amor para con nosotros, permitió que un soldado temerario, y mas cruel, le abriese su divino costado al fiero golpe de una lanza, para que saliese de su corazon la poca sangre que le quedaba, y mezclada con agua, para que fuese el bálsamo de salud para todo el género humano. Y así padeciendo y muriendo, dejó concluida la grande obra de nuestra redencion.

Dios quiera, por su infinita misericordia, que no se malogre para ninguno de nosotros el fruto de su pasion. Amen.

EjemPlo.

Para que entendais mas claramente las obras de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, nos valdrémos de la comparacion que pone san Francisco de Sales. Dice así: A la manera que el hierro encendido tiene la naturaleza de hierro y de fuego; así Nuestro Señor, habiendo tomado la naturaleza humana como el hierro toma el fuego, es verdaderamente Dios por razon del fuego de la divinidad, y verdaderamente es hombre por razon del hierro de la humanidad. Y como el hierro no deja de ser hierro, pesado, macizo, firme y duro por mas que esté encendido, y el fuego no deja de ser fuego, caliente, luminoso y ardiente por mas que esté en el hierro; así la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo no deja de ser pequeña, tierna, gemidora, friolenta en el pesebre de Belen, aunque esté unida á la divinidad; y la divinidad no deja de ser omnipotente, gloriosísima, no obstante de hallarse unida á la humanidad.

Así como este hierro encendido es propio para los usos y efectos de que no seria capaz si no estuviera encendido, y así como su union

á la llama hace á esta capaz de los efectos que no produciria si estuviese sola ; del mismo modo el compuesto teándrico (es decir divino y humano al mismo tiempo) es propio para los usos y efectos de que no seria susceptible si no fuera mas que divino, ó si no fuera mas que humano. Como las operaciones de este hierro, en cuanto es hierro, son distintas de las operaciones de este mismo hierro en cuanto es encendido, y como es verdad el decir que en cuanto á hierro rompe, por ejemplo, un pedazo de madera sobre el cual cae, y en cuanto á encendido lo quema ; del mismo modo las operaciones del compuesto teándrico, en cuanto es divino, son distintas de las operaciones de este compuesto en cuanto es hombre, y *vice versa*.

Finalmente, como la diferencia de las operaciones del hierro en cuanto es hierro, de sus operaciones en cuanto es encendido, no impide que el hierro y el fuego contribuyan juntos á hacer llegar el obrero al objeto que se propuso, juntando el fuego al hierro, y que no habria podido lograr sin esta union ; del mismo modo la diferencia que hay entre las operaciones divinas y las operaciones humanas del compuesto teándrico no le impide de contribuir juntos á obtener el fin que Dios se propuso uniendo las dos naturalezas, y para lo cual esta union es necesaria.

MEDITACION.

De la gravedad del pecado mortal.

Considera, cristiano, qué tanta será la malicia del pecado, que priva al hombre de lo sumo de la felicidad, que es ver y gozar á Dios en la gloria. Es tanta la malicia de un pecado mortal, que para expiarle, y ofrecer á la divina justicia una satisfaccion igual á la ofensa, ha sido preciso que Dios se hiciese hombre, y muriese en una cruz. Aunque todas las criaturas fuesen tan perfectas y puras como lo fue María santísima, y padeciesen cada una todos los tormentos que padecieron los Mártires por millones de siglos, no podrían dignamente satisfacer por un solo pecado mortal ; porque su malicia es infinita, y solo Dios, que es infinito, podia dar por él una satisfaccion infinita. La malicia del pecado mortal debe medirse por la dignidad de Dios, contra quien se comete. La grandeza y majestad de Dios es infinita ; la bajeza y distancia que hay del hombre á Dios es tambien infinita ; luego la malicia del pecado mortal, y la injuria que por él hace á Dios el hombre, debe ser infinita. Así es

que Dios justísimo condena al pecador á padecer eternos tormentos ; y aunque siempre estará pagando su pecado , nunca acabará de pagar , porque la deuda es infinita.

¡Ah hermano mio! si nosotros hubiéramos comprendido bien la malicia del pecado mortal , no le hubiéramos cometido con tanta facilidad. Nos asustamos cuando los mas pequeños males nos amenazan , y no hay precauciones que no tomemos para evitarlos. ¿ De dónde nace que estemos con tanta tranquilidad , sin temer un mal infinito como es el pecado mortal , ni tomar precauciones contra él? Nace de nuestra misma ceguedad , infeliz consecuencia del pecado. Porque si no estuviésemos ciegos , temeríamos al pecado mas que á todos los males del mundo , mas que á la muerte y mas que al infierno. Los santos que conocen á Dios , y conocen lo que es el pecado , no dudarian un instante sobre esto , si hubiesen de elegir lo uno y lo otro. San Agustin dice : « Si yo viese de una parte el infierno , y de « la otra el pecado , y fuese precisado á elegir el uno ó el otro , me « echaria al infierno antes que al pecado. » ¿ Y nosotros tomamos por gusto y felicidad el precipitarnos cada dia en el pecado , que nos conduce al infierno? Bien merecido lo tenemos , si amamos al pecado.

Considera , cristiano , que así como Dios se ama con un amor eterno , y que jamás ha estado un momento sin amarse , así aborrece el pecado con un odio eterno , sin haber estado jamás un instante sin aborrecerlo. Así como Dios no puede dejar de amarse sin dejar de ser Dios ; así no puede dejar de aborrecer al pecado sin dejar de ser Dios. Así como Dios no puede amarse mas de lo que se ama ; así no puede aborrecer mas al pecado de lo que lo aborrece. Ahora bien , hermano mio : ¿ y tú cuántas veces no solo no has aborrecido el pecado , sino que lo has amado , y aun ahora mismo quizá lo estarás amando? Piensa , pues , que el odio eterno , necesario é infinito que Dios tiene al pecado , precisamente ha de inspirarle contra tí un deseo eterno , necesario é infinito de venganza. ¿ Y hasta dónde no extenderá sus venganzas una indignacion animada por un odio tan fuerte , y sostenida por una omnipotencia? ¿ Y no temerás este odio , y aborrecerás al pecado que te expone á los terribles golpes de una indignacion todopoderosa? ¿ Y no solo no evitas el pecado , sino que lo amas y cometes con mas facilidad que bebes el agua? ¡ Qué ceguedad ! Verdaderamente que te aborreces á tí mismo.

Considera , pecador , que en rigor el pecado es el único mal que debes temer , porque todos los otros males pueden ser bienes ; solo

el pecado se debe llamar siempre mal, porque siempre priva del verdadero bien. Por el pecado se pierde la gracia de Dios, que es el verdadero bien, la que nos asegura todos los bienes, la que nos da un derecho á la posesion del mismo Dios que hace toda la bienaventuranza. Todo esto se pierde, cuando se pierde la gracia por el pecado. Y tú, pecador, no sientes perderla, ni tienes dolor de haberla perdido, y aun acostumbras perderla con gusto. ¡Ah! que este gusto injusto te causará algun día justísimos dolores, si no dejas y aborreces el pecado. Piensa tambien que con perder la gracia se pierden tambien todos los méritos de las buenas obras que se hicieron antes. Aunque tuvieses todos los méritos de todós los justos, todos los perderias por solo un pecado mortal.

Considera cuál seria tu pena, si habiendo adquirido en la India grandes riquezas, vieses naufragar el navio en que las traías, cásí dentro del mismo puerto. ¿Será justo que tengas menos sentimiento cuando por el pecado mortal pierdes todos los méritos tuyos, y todos los de Jesucristo que la gracia hizo que fuesen tuyos? San Pablo dice: « Cuando yo tuviese una fe tan viva, que transportase de una parte á otra los montes; un corazon tan caritativo, que diese todo lo que tengo á los pobres; un valor tan fuerte, que entregase mi cuerpo á las llamas mas ardientes; si no tengo caridad, si estoy en pecado, si no estoy en gracia, todo es inútil, de nada me aprovecha. » Cuando tú, hermano mio, poseyeses todos los bienes del mundo, todo está perdido para tí si pierdes á Dios. El alma de un hombre que está en pecado mortal, ya se puede decir que está en el infierno; porque ni pertenece á Dios, ni está con él. ¡Oh! y qué infelicidad es perderlo! Pero no sentir esto, es la mayor de las infelicidades. Pues ¿qué será reirse, y celebrar esta pérdida? ¿Qué será solicitarla á toda costa, como si fuera una gran dicha? Esto es un trastorno de la razon, que no se comprende bien aunque se ve con tanta frecuencia. Sacadme, Dios mio, de tan miserable atolondramiento.

Para sacerdotes.

« Nosotros, mis amados sacerdotes, nos gloriamos, envanecemos y aun tambien nos jactamos con los legos, diciendo: *sé lo que me hago; y lo sé mejor que vosotros.* Y es una verdad, que siendo nosotros depositarios de la doctrina y dispensadores de los misterios, debemos estar instruidos mas que aquellos en las verdades de nuestra creencia. Entremos dentro de nosotros mismos, y pensemos

«qué sería de nosotros, si con tantos talentos y luces, con tanto conocimiento de la malicia del pecado, lo cometiésemos mas frecuentemente que los seglares; si cuando muchos de ellos se horrorizan de solo el nombre de pecado, nosotros fuésemos mas libres en cometerlo que lo son ellos. Excitemos nuestra voluntad con la frecuente meditacion de su malicia para evitarlo. Vivamos y estemos siempre en el grado de pureza que exige nuestro ministerio; y para no mancharlo con la sordidez del pecado, digamos cada dia lo que se decia á sí mismo san Francisco de Sales: *¡Oh! cuánto conviene que yo me considere, y me pruebe atentamente, á fin de que en el fondo del cáliz sacrosanto no halle mi condenacion!*»

JACULATORIAS.

Ángeles y bienaventurados del cielo, pasmaos al ver cómo he podido yo ofender tanto á ese mismo Señor á quien vosotros con tanto respeto adorais. ¿Cómo ha cabido en mí tan ruin corazon y tan ingrato?

¿En dónde estaba mi juicio, cuando yo, pecando, quise hacerme el objeto de la indignacion de mi Salvador? ¿Por qué, Señor, me habeis sufrido tanto tiempo?

Dulce Jesús mio, tened misericordia conmigo. Dadme gracia, y alentad mi corazon, para que pueda deciros en espíritu de verdad: Padre mio, perdonadme mis maldades; que ya arrepentido os digo que me pesa, pésame en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la gravedad del pecado mortal.

Ejercitantes: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad.» Estas son las palabras que frecuentemente salen de nuestros labios. ¡Ya que siempre saliesen de corazon limpio! Si con la contemplacion penetramos los cielos, oirémos á los bienaventurados alabar y glorificar á Dios con aquel seráfico Trisagio: «Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de tu gloria.» Pero si observamos lo que pasa en esta tierra, ¡qué poco vemos que se haga con la obra lo que se pide con la boca! ¡Cuán escasamente se santifica el nombre de Dios, digno de toda gloria y

alabanza ! ¡ Qué limitadamente reina el Rey de cielos y tierra en el corazón de los hombres ! ¡ Qué perezosa y torpemente se hace la voluntad de aquel Señor que, con infinita liberalidad , premia á quien le sirve ! ¡ Cuán general es el desprecio que se hace de su poder ! ¡ Cuánto se insulta su sabiduría ! ¡ Con qué osadía y repetición no es injuriada su bondad ! Sí, amados míos : esta es la monstruosa conducta de los hombres : alaban á la santísima Trinidad con la boca, y al mismo tiempo la deshonran con el pecado mortal. Esto me he propuesto haceros conocer, para que procureis evitarlo ; oid, que lo haré brevemente.

La persona del Padre se injuria por el pecado mortal : no hay cosa mas cierta. Si nosotros existimos, si vivimos, á Dios Padre lo debemos. Si tenemos un entendimiento que conoce, una memoria que recuerda lo que ya pasó, una voluntad que quiere, á él solo lo debemos. Si vemos, si oímos, si olemos, si gustamos, si sentimos, beneficio es de Dios Padre. Este conjunto de finisimos sentidos y bien formados miembros de que nos valemos para las funciones de la vida, don es de su mano omnipotente. Ese hermoso tendido de cielos que hay sobre nuestras cabezas ; ese sol, esa luna, ese ejército de estrellas, que con sus giros nos señalan las horas de trabajo y de descanso ; esta tierra tan armoniosamente variada en montes, valles y llanuras ; esos prados cubiertos de yerbas medicinales, de pastos y árboles útiles y provechosos, de fuentes y rios ; los animales que viven sobre la tierra ; los que cruzan por los mares ; todas son obras del poder de Dios Padre, y sujetas por su mandato al servicio de los hombres. ¡ Poder de Dios ! ¿ Qué príncipe, el mas poderoso del mundo, ha podido ni podrá jamás dejar á su posteridad un imperio tan dilatado y universal, como este con que Dios quiso regalar al hombre ? Tanta es la grandeza de este beneficio, que absorto en su contemplación el real Profeta, no sabe explicarse de otro modo, que convidando á todas las criaturas del universo á que alaben á su Criador. Ejercitantes, á vuestra razon pregunto yo ahora : si el Profeta, como obligando, llama á todas las criaturas del cielo y de la tierra para que alaben á Dios, solo porque les dió el ser ; ¿ cuánta será la obligación en el hombre, de bendecir á Dios Padre, que todas las crió para que sirviesen al hombre ? ¿ Y cuán grande será la injuria que el hombre hace al poder de Dios Padre, si no contentándose con no glorificarle en sus criaturas, se vale de todas ellas para injuriarle, y de ellas hace armas para ofenderle ? Esto es, pues, lo que hace, cuando comete el pecado mortal : confundámonos en la contem-

placion de tanta ingratitud. Las potencias que Dios le ha dado para que conozca, aprecie y recuerde sus beneficios ; los sentidos y miembros para que los emplee en su servicio , y todas las criaturas que lo rodean , para que use de ellas en obsequio de su Criador ; todas las convierte en medios para ultrajarle. Con el entendimiento medita el pecado ; con la voluntad lo consiente ; con la memoria se recrea en el que ya cometió. Con los ojos contempla lo prohibido ; con los oídos bebe lo ilícito ; con los piés se encamina á la maldad , y con las manos la ejecuta. Y ved aquí , amados míos , como el pecado mortal es injurioso á Dios Padre ; porque el hombre le ofende con las mismas obras de su infinito poder.

Ahora veréis que no es menor la injuria que el pecado hace á la persona de Dios Hijo. Cuando un hombre de tal modo pierde el pudor , que ya no se recata de la vista de otros para ejecutar la obra mala , decimos que está poseído de la mas nefanda desvergüenza. Si así pensamos del que obra lo malo á los ojos de otro hombre , ¿qué deberémos pensar del pecado que se comete á la vista de Dios vivo? Dirémos poco si decimos que es el mayor de los desacatos. Digamos que es el mas atrevido insulto que puede imaginarse contra la segunda Persona de la Trinidad beatísima. Al Hijo se atribuyen las obras de sabiduría , cuyo atributo es como los ojos de Dios : nada hay oculto para Dios : su vista alcanza mas arriba del mas alto cielo ; no hay mar extenso y profundo que no penetren sus ojos , no hay caverna en los montes , ni en la tierra profundidad tan oscura , que no la ilumine su presencia ; ninguna noche tan tenebrosa , que á su vista no aparezca el mediodía mas luminoso. No hay ángulo , no hay escondrijo ni secreto en el corazón del hombre , en donde la sabiduría de Dios no tenga su trono , su tribunal y su reino. ¿Quién , pues , podrá ponderar el atrevimiento , la temeridad y la impudencia de un hombre que se arroja á cometer el pecado á la vista de Dios Hijo , y pecado tan súcio , que tal no se atreveria á ponerlo delante de nuestros ojos? Confesemos , pues , que el pecado mortal injuria , y tambien deshonra , á la segunda de las tres Personas divinas. Y veamos , por último , que tambien está en oposicion con Dios Espíritu Santo.

Todas las criaturas son obras de la bondad de Dios. Y como esta bondad es el mismo Espíritu Santo , por eso decimos que las obras de bondad se atribuyen á la tercera Persona , que es el Espíritu Santo. El sol que nos alumbra , el rocío que vivifica las plantas , el agua que nos refrigera , el vino que nos conforta , el fuego que nos ca-

hienta, todas son obras de Dios Espíritu Santo. ¿Quién, si no es que esté loco, hablará con desprecio de estas criaturas tan provechosas á nosotros? Bendita seais, tercera Persona de la augusta Trinidad. ¿Y ha de haber hombres de razon que os desprecien, obrando mal contra Vos? Sí: infinitos son, todos los que hacen el pecado mortal. Ejercitantes, vais á verlo. El Espíritu Santo es el sol que difunde los rayos de su gracia en el corazon del hombre, y lo ilumina con sus luces. A este sol eclipsa, estas luces oscurece el hombre con la inmundicia y sordidez del pecado. ¿Qué es el Espíritu Santo? El agua saludable que nos lava y fecunda, para que demos frutos de buenas obras: esta agua desprecia el que bebe el pecado en la copa de la tentacion. ¿Qué es el Espíritu Santo? Aquel divino rocío que hace producir en nuestra alma las hermosas flores de la virtud: á este rocío celestial se niega el que cubre su corazon con los espinos y abrojos de la culpa. ¿Qué es el Espíritu Santo? El vino de Dios, generoso, dulcísimo, sabrosísimo, que engendra y hace vírgenes: este vino repugna el que en las tabernas del demonio bebe el agraz del pecado. ¿Qué es el Espíritu Santo? Aquel fuego bajado del cielo que inflama en divino amor: á este fuego odia el que quiere mas sufrir las escarchas de la culpa, que gozar los suaves ardores de la gracia. ¿Veis, amados míos? ¿Puede imaginarse injuria mas atroz contra la tercera divina Persona? Conozcamos, pues, y confesemos que el pecado mortal es injurioso, en infinito, á toda la beatísima Trinidad. Y en fuerza de este conocimiento procuremos siempre huir del pecado y de la ocasion del pecado. Y unidos á los espíritus celestiales, alabemos á la santísima Trinidad, diciendo con la boca, y acreditando con la obra nuestra alabanza: *Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.* Esta os deseo, etc.

EJERCICIO SÉPTIMO.

Sigue la explicación de los Artículos de la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo.

ARTÍCULO CUARTO.

Creer que descendió á los infiernos, y sacó las ánimas de los santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento.

P. ¿Qué debemos entender por infiernos?

R. Cuatro senos ó lugares de las almas que no van al cielo. El primero es el de los dañados que mueren en pecado mortal. El segundo el de los niños que mueren sin Bautismo. El tercero es el purgatorio de los justos. El cuarto es el que habia de los justos, después que no tenían que purgar, en donde estaban como depositados. Aunque todos estos lugares se llaman infiernos, que quiere decir lugares que hay en el centro de la tierra, no se entienden así, en el riguroso sentido en que entendemos el lugar destinado á las penas eternas de los que mueren en pecado mortal.

P. ¿A cuál de estos infiernos bajó el Señor?

R. Al de los justos.

P. ¿Y cómo bajó?

R. Con el alma unida á la divinidad.

P. ¿Y su cuerpo cómo quedó?

R. En el sepulcro, unido á la misma divinidad.

P. ¿Y á qué bajó?

R. A sacar las ánimas de los santos Padres que estaban esperando su libertad.

Como en el instante que pecaron nuestros primeros padres se cerró el cielo, para que ni ellos ni sus descendientes pudiesen entrar, hasta que Jesucristo volviese á abrirlo con su cruz; todos los hombres justos que habian muerto, desde el principio del mundo hasta entonces, estaban detenidos en el centro de la tierra, en un depósito que se llamaba el seno de Abrahán, esperando al Libertador prometido, que era Jesús. A este lugar bajó su alma, y llenan-

do de resplandores aquellos calabozos, sacó de ellos á las benditas ánimas, y las llevó en su compañía todo el tiempo que permaneció en el mundo, hasta que con ellas se subió al cielo.

ARTÍCULO QUINTO.

Creer que al tercero día resucitó de entre los muertos.

P. ¿Cómo resucitó el Señor?

R. Volviendo á unir su cuerpo y alma gloriosos.

ARTÍCULO SEXTO.

Creer que subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso.

Este artículo nos enseña que á los cuarenta dias de resucitado el Señor, lleva á los Apóstoles y discípulos al monte Olivete, y dándoles la última despedida y bendicion, empezó á subirse poco á poco por el aire, hasta que se perdió de vista. Y entonces, penetrando en un momento los cielos, se sentó á la diestra de su Padre en el mismo trono; y allí está siempre haciendo el oficio de abogado por nosotros para con su eterno Padre.

ARTÍCULO SÉPTIMO.

Creer que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos: conviene á saber, á los buenos para darles gloria porque guardaron sus santos Mandamientos, y á los malos pena eterna porque no los guardaron.

Aun estaban los discípulos mirando al cielo despues que ya habian perdido de vista á su Maestro, quando aparecieron dos Ángeles en figura humana, y les dijeron ¹: « Varones galileos, ¿para qué os estais aquí, mirando inútilmente al cielo? Este Jesús, que acaba de ausentarse de vosotros, volverá en el último dia del mundo «y del juicio universal, desde lo mas alto de los cielos; y lo veréis venir con la misma pompa y gloria con que ha subido. Y entonces «hará sentir su dulzura á los buenos, y su rigor á los malos.»

¹ Act. I.

Entendidos ya los Artículos de la fe, resta explicar lo que es la santa Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados y la vida perdurable, que son las últimas verdades de nuestra santa Religión contenidas en el Credo.

P. ¿Qué se entiende por la santa madre Iglesia?

R. Se entiende la congregación de todos los fieles cristianos, que tiene por cabeza á Jesucristo en el cielo, y al Papa su vicario en la tierra. Y á esta congregación, representada en el Sumo Pontífice y demás pastores, pertenece exclusivamente el gobierno espiritual de la cristiandad, hayan dicho ó digan lo que quisieren en contrario los enemigos de nuestra santa Religión. Cualquiera que se atreva á negarlo, ó usurparle este derecho que le dió Jesucristo, será hereje y tendrá mala muerte.

P. ¿De dónde sabemos que Jesucristo dió esta potestad á la Iglesia?

R. Del santo Evangelio.

En él se nos dice, que preguntando un día Jesucristo á san Pedro, el primero de sus Apóstoles, «¿y tú quién dices que soy yo?» san Pedro, que también se llamaba Simon, le respondió: «Yo digo «que tú eres Hijo de Dios vivo.» Y le dijo el Salvador ¹: «Bienaventurado eres, *Pedro* Simon; porque esta verdad no te la ha revelado ni la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. «Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella. Apacienta mis ovejas, y confirma en la fe á tus hermanos. Yo te daré «las llaves del cielo, y lo que atares en la tierra, será atado en el «cielo, y lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo.»

Y á los demás Apóstoles les dijo antes de subirse al cielo ²: «Se «me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. En virtud de «ella os envío, como mi Padre me ha enviado á mí. Id por todo el «mundo, y predicad el Evangelio á todos los pueblos de la tierra, «bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu «Santo; y enseñadles todas las cosas que yo os he dicho. El que «creyere, será salvo; y el que no creyere, será condenado. Salid á «predicar penitencia á todas las naciones, empezando por Jerusalén: anunciadles el misterio de la resurrección, y prometedles en «mi nombre el perdón de los pecados. El que os oiga, á mí me oirá; «y el que os desprecie, á mí me despreciará. Yo estaré con vosotros

¹ Matth. xvi. — ² Matth. xxvi.

«hasta la consumacion de los siglos. Y dentro de pocos dias os enviaré el Espíritu Santo que os he prometido, para fortificaros contra todas las persecuciones.»

Digan ahora los impíos, ¿cómo podrán, por mas que se empeñen, hacer que desaparezca del mundo esta Iglesia que Jesucristo ha firmado sobre su palabra? Necios y crueles, podrán perseguirla, y atropellar, maltratar y quitar la vida á sus ministros. Pero desengañense; que de la sangre de estos mismos se formarán otros; y aunque se empeñe, como se ha empeñado, todo el infierno, la santa Iglesia durará lo que el mundo. Lo ha dicho Jesucristo; y primero faltará el cielo y la tierra que su palabra.

Esta Iglesia se dice nuestra madre, porque nos ha engendrado á la vida de la gracia por el santo Bautismo. Se dice *una*, porque fuera de ella no hay salvacion; y porque, á diferencia de todas las sectas, tiene una sola cabeza, una misma y sola doctrina, y unos mismos miembros.

P. ¿Por qué se dice *santa*?

R. Porque sus leyes, sus mandamientos, sus ceremonias y Sacramentos son santos. Se dice *católica* ó universal, porque á todos admite, de cualquiera nacion que sean, como quieran entrar por la puerta del santo Bautismo. Y tambien se dice *apostólica*, porque la fundaron los Apóstoles, y porque tiene y enseña la fe de Jesucristo, que recibieron y enseñaron los Apóstoles.

El Señor nos dé gracia para vivir y morir en esta santa fe, y fortaleza para confesarla y defenderla, hasta, si es menester, derramar la sangre por ella. Amen.

EJEMPLO.

Se lee en la historia de Inglaterra que antes que fuese protestante aquel reino, se tuvo una famosa conferencia en presencia del rey Oswi contra los irlandeses sobre la celebracion de la Pascua. San Wilfrido defendia con erudicion la causa de la Iglesia romana, y dijo entre otras cosas que era preciso atenerse al uso establecido por san Pedro, pues que Jesucristo habia dicho que le daria las llaves del reino de los cielos, y que edificaria sobre él la Iglesia. El Rey inglés preguntó á aquel que defendia la causa de los irlandeses, si era verdad que Jesucristo hubiera hablado de este modo; y como no se lo pudo negar, dijo entonces el Rey con mucha gracia: *No quiero, pues, reñir con el portero del cielo, no fuera caso que cuando yo me presente á la puerta, me niegue la entrada.*

MEDITACION.

De la muerte.

Considera, cristiano, que la muerte está cerca. Todo lo que ves, todo lo que oyes te lo está diciendo; y tú no piensas en ella. En breve serás llamado, y tú piensas poco, ó nada piensas en la partida. Es preciso morir; todos lo confiesan. Todos hemos de morir en breve; y esto ninguno quiere confesarlo: antes por lo contrario, todos se persuaden tenerla léjos porque así lo desean; como si el desear que la muerte esté léjos, la alejase efectivamente. Un jóven cuenta sobre su juventud; uno de mediana edad sobre su robustez; un viejo sobre su buena complexion, y cada uno cree que tiene razones para vivir mas que otros; ilusion tan perniciosa como general. Es constante que son mas los que mueren antes de los treinta años, que despues. Pero aun quando estuviésemos ciertos de vivir mucho, ¿qué es esta vida larga? Sesenta años de vida, luego que pasaron, le parecen á un hombre que ha vivido un momento; y los bienes que ha poseido, y los placeres que ha disfrutado, los recuerda como un sueño.

Y si miramos esta vida con respecto á la eternidad, nos parecerá infinitamente mas corta. Leemos en las santas Escrituras ¹, que mil años en la presencia de Dios son como un dia, comparados con la eternidad. Pues ¿qué será la vida mas larga? digamos que una hora. Pues si nosotros no tenemos mas que una hora de vida, y aun puede que menos, porque nadie se puede prometer llegar á sesenta años, ¿por qué nos embelesamos en formar proyectos, en adquirir bienes, en buscar honras con tanto ardor y ambicion, como si hubiéramos de vivir eternamente? Nosotros no pensamos sino en establecernos en este mundo, en donde hemos de vivir pocos momentos, y nos olvidamos del otro, en donde hemos de estar eternamente. Pensamos siempre en alhajar el meson donde hemos de estar pocos instantes, y olvidamos la casa propia, en donde estaremos para sin fin. ¡Qué locura!

Considera, ejercitante, que si huyes de pensar en la muerte porque la temes, el mejor modo para salir de este temor, ó á lo menos de moderarlo, es pensar en ella muchas veces; se quitan los moti-

¹ II Petr. III, 8.

vos de temerla. ¿Qué te hace temer la muerte? No hay duda que es lo unido que estás á los bienes de este mundo y al pecado. Pues mira ; el Espíritu Santo nos enseña ¹, que no hay remedio mas poderoso para desasirnos del afecto á los bienes del mundo y del pecado, á que ellos nos llevan, como pensar en la muerte. Piensa en ella, te dice, y no pecarás jamás. Piensa en ella con frecuencia ; porque el arte de bien morir se debe estudiar toda la vida. Este arte de bien morir es solo el que no se puede ignorar, sin gran peligro de eterna condenacion. Cuando queremos que una cosa que tenemos que hacer salga bien y perfectamente acabada, procuramos hacer en ella muchos ensayos. En el morir no se hacen pruebas ; la primera vez que mueras, será la última. No hay mas que un paso que dar, desde el tiempo á la eternidad ; y si tropiezas, caerás en un precipicio de que jamás te podrás levantar. La única, ó á lo menos la principal precaucion para evitarlo, es pensar mucho en la muerte.

Ejercitante, ¿cómo te disculparás de no pensar en ella? El modo de precaver una mala muerte es pensar en ella, como se ha dicho. Pues ¿de dónde nace este temor que tenemos tan grande á la muerte, y tan poco á la muerte mala, ó en pecado? ¿Cómo es que omitimos el medio de hacerla buena, siendo tan fácil? ¿En qué pensamos si no pensamos en esto? Acuérdate de tus novísimos, y no pecarás. Un Dios es quien nos lo asegura ; un Dios que no puede engañarnos, y que él mismo sale fiador de este remedio. Si no lo aplicamos, siendo tan fácil é infalible, ó carecemos de razon ó de fe. No hay mayor mal que una muerte en pecado, porque sus consecuencias llegan á la eternidad : el remedio fácil é infalible Dios lo da ; con que no tenemos excusa que alegar, si no lo aplicamos. Es menester, pues, que expresamente queramos perecer si no lo aprovechamos.

Considera, cristiano, que si la pasion ó ceguedad del hombre pueden hacer agradable el pecado ; si una extrema infelicidad puede hacer desear la muerte ; la muerte, junta con el pecado, no puede dejar de causar el mayor horror, porque termina en una desgracia eterna. Si juntas con frecuencia el pecado con tu vida, es muy probable que unirás tambien el pecado con tu muerte. Del lado que el árbol se inclina, del mismo cae. Ordinariamente se muere en el estado en que mas tiempo se ha vivido. Si tu vida ha sido inclina-

¹ Eccles. vii.

da al pecado, tu caída, esto es, tu muerte, será en el pecado. Y esta union de muerte y pecado es la cosa mas terrible del mundo, por ser el infierno su forzoso paradero. Si este término te espanta, ¿de dónde nace que no te apartas del camino que te lleva á el, sino de que no piensas en esto?

¿Qué hombre de juicio habria, que estando en vísperas de que le sentenciasen un proceso del que pendia su vida, insultase al juez que le habia de dar la sentencia? No hay hombre, de cualquiera estado ó fortuna que sea, que no deba considerar que cada dia puede decidir Dios de su buena ó mala suerte, para toda la eternidad. Pues ¿cómo es que en esto no se piensa? ¿Cómo es que teniendo tanto interés el demonio en borrar de nuestros corazones la memoria de la muerte, tengamos nosotros tan poco en conservarla? ¿Cómo nos atrevemos cada dia á insultar, pecando, al divino Juez que nos ha de sentenciar? Ejercitante, piensa en la muerte, y no pecarás: piensa en la muerte, y tendrás buena sentencia.

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes, preciosa es, en la presencia del Señor, la muerte de los justos. ¿Cuántos que vivieron en ociosidad, en disipacion ó abusando de sus talentos, murieron maldiciendo la hora de su nacimiento, y aquella en que aprendieron á leer y escribir? Todos deseamos tener la muerte de los justos: pero ¿cómo podríamos esperarla si viviésemos relajados? Nosotros mismos que conocemos, decimos y predicamos á otros que esto es imposible, ¿viviremos una vida que no pueda darnos confianza en la hora de la muerte? Tenemos, por ventura, otra ley, otro Evangelio, otra Escritura santa que aquellos? La misma es; y ella nos avisa que estemos siempre prontos y prevenidos, porque ignoramos la hora en que el Señor vendrá á visitarnos. Pensemos en esto cada dia; y en cada dia consideremos que para nosotros puede no haber mañana. Suene siempre en nuestros oidos la amonestacion de nuestro divino Maestro ¹: *Estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.* »

JACULATORIAS.

¡Oh Padre de las misericordias! ¿qué hubiera sido de mí, si cuando mas embelesado estaba en mis vanidades, me hubiese sorprendido la muerte? ¿En dónde estaria ahora mi pobre alma?

¹ Luc. XII.

Os doy mil gracias, buen Jesús, porque me habeis traído á este lugar santo, para que, al eco del primer novísimo, despertase del letargo y adormecimiento de la culpa.

Agradecido, Señor, á vuestra clemencia, os prometo mudar de vida desde hoy, domar mis pasiones, sujetar mis apetitos, y estar siempre en vela esperando mi muerte. Y para que esta sea en gracia vuestra, desde ahora para entonces os digo que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el pensamiento de la muerte.

Ejercitantes : de todo lo terrible que el hombre debe temer, lo mas terrible es la muerte. Esta sentencia dicha por un filósofo gentil es una verdad innegable. Porque ¿qué cosa puede sobrevenir á nosotros mas terrible, que haberse de disolver esta estrechísima amistad que hay entre nuestra alma y nuestro cuerpo? ¿Qué cosa mas dolorosa que deshacerse este dulce lazo en cuya conservacion empleamos con tanto dispendio todos nuestros cuidados y solicitudes? Toda esta hermosa máquina del hombre, que ahora reputamos digna de que apliquemos todo esmero en mantenerla y adornarla, de repente ha de convertirse en podrido y horrible cadáver, de cuya deformidad apartarán la vista los que antes mas nos amaban, y nos darán la espalda. Pero aun no es esto lo mas terrible de la muerte : otra cosa hay en ella que llena de terror al espíritu mas fuerte. ¿Qué es la muerte? Es el último punto del tiempo que se nos dió de vida, el cual llegado, ya no hay otro momento de gozar de este mundo, ni de merecer para el otro. Y esto es lo que para mí, para vosotros y para todos tiene de mas terrible la muerte. Discurramos un poco, y nos convenceremos del ningun cuidado que merecen las cosas transitorias del mundo, y del grande que debemos poner en las futuras y eternas.

Tan cierto es que un dia hemos de dejar las comodidades de esta vida, que mas deben decirse miserias que bienes, como es de cierto que cada dia morimos, pues cada dia perdemos una porcion de vida, y tanto como vivimos, tanto morimos. Perdimos la infancia ; despues la juventud ; en seguida la edad varonil, y hasta el dia de ayer hemos perdido. Todo el tiempo que pasó, aun este dia que vivimos, lo partimos con la muerte. Y así como hoy nada nos queda del gus-

to que tuvimos ayer ; así el día de mañana nada añadirá al de hoy, sino tal vez amargura y remordimiento, si en él cometemos pecado. De cualquier modo que suceda, ha de llegar un momento en que la muerte nos diga imperiosamente, *hasta aquí llegó*. ¿Qué es esto, amados míos? ¿Qué ceguedad es la nuestra, que á pesar de tanta evidencia, cuanto mas disfrutamos las cosas del mundo, menos las conocemos?

Este error, este gravísimo error no tiene al parecer otra causa, sino que en las cosas que el mundo nos da á gustar solo miramos á su principio, y no á su fin. Una habitación cómoda, un vestido lujoso, una mesa abundante, un empleo sobresaliente, una rica propiedad, un buen acopio de dinero, una ociosidad divertida ; estos son los bienes aparentes con que el mundo nos convida, en ellos ponemos nuestra consideración, y en ellos se queda. ¿Y el fin? ¿y el paradero de todos estos embelesos? ¡Ah! todos, ó casi todos huyen de meditarlo. Amados míos, meditemos nosotros en este fin, si no queremos ser víctimas de nuestro error. No es menester ir lejos para encontrarlo : el sepulcro es el fin de todas las cosas terrenas : todas las vanidades que gozamos ó apetecemos han de venir al sepulcro ; esta es su condición. Acompañadme con la contemplación, y lo veréis. Demos una vuelta al derredor de nuestro cementerio ; entremos en su recinto y levantemos algunas lápidas de las que ocultan los miserables despojos de vuestros conocidos y amigos, y allí hallaréis el desengaño. Preguntad á ese esqueleto que aparece todo cubierto de asquerosas sabandijas. Ese era un hombre tan hinchado con su dinero, que parecia no caber en el mundo. Preguntadle, ¿en dónde están aquellos talegos que con tanto empeño acumulaste, y sobre que levantabas tus temerarios proyectos? « ¡Ay amigos míos, os responderá en silencio, yo no lo sé ; solo puedo deciros que para mí son perdidos, y que de ellos solo me ha quedado una mortaja raída, que ya se redujo á polvo. » Aquí en este cajón de la muerte aparece otro cadáver asqueroso y horrendo : preguntadle, si no lo conoceis, de quién son estos huesos de color tostado : puede que alguno los conozca y diga que estos son los huesos de un joven que fue conocido por su desreglada conducta. Preguntadle, ¿qué se hizo aquella robusta salud que te prometia la vida de un siglo? « ¡Ah! os dirá con voz muda : yo mismo la consumí en la carrera del vicio, que se deja conocer en el color de mis huesos. » Y aquellos amigos, compañeros en tus travesuras, y aquellas amigas, cómplices de tus liviandades, ¿en dónde los tienes? « ¡Ah! ellos

«me dejaron cuando menos lo esperaba, y son tan perdidos para mí, como yo soy para ellos.» ¿Qué me decís, ejercitantes, á vista de esta especulacion? ¿No os parece que será una demencia fatigarse, perder la salud, el sosiego, la honra y el alma por el goce de unos bienes que, sin serlo, se dicen bienes, como si siempre se hubiesen de disfrutar, como si nunca se hubiesen de perder? ¿No obraríamos mas prudentemente, si nos aplicásemos á adquirir méritos para la eternidad durante el escaso tiempo que se nos da para merecer? Sí, amados míos, por esto os he llevado á la region de los muertos; para que viendo en qué paran todas las cosas del mundo, no pegueis en ellas vuestro corazon. Y si por desgracia, y por el mal uso de ellas perdisteis la amistad del Señor, repareis este daño con la penitencia y buenas obras antes que venga la muerte, y juntamente con los bienes terrenos os arrebate el tiempo de merecer los eternos. Porque es muy cierto que si la muerte nos sorprende malgastando el tiempo que el Señor nos da para merecer, ni un solo momento se nos concederá entonces para reparar el tiempo perdido; porque la muerte no es otra cosa que el último momento de la vida.

Y así es que un condenado al infierno tira horribles maldiciones contra sí mismo y compañeros, y blasfemias execrables contra Dios. Mas no por esto se le da mas infierno, porque el tiempo de merecer penas se acabó con la muerte. Una alma justa que está detenida en el purgatorio, en medio de sus tormentos cree en Dios con perfectísima fe, espera la eterna felicidad, ama á Dios con amor perfecto, y con entera voluntad se somete á la divina; mas no por eso se aliviará con la mas mínima parte de pena, ni adelantará un solo grado de mérito; porque la muerte le cortó el tiempo de merecer para el cielo. Lo que el hombre tenga acumulado de méritos al tiempo de morir, eso solo le aprovechará para el premio. Ejercitantes: pues si hemos perdido tanto tiempo de merecer, si de esto ya no hay lugar á la hora de la muerte, si esta es incierta; ¿por qué hemos de esperar á mañana? ¿Por qué hemos de dejar el merecer los bienes del cielo para aquella última hora en que no podrémos merecer? Sirvanos de terror y de escarmiento aquel Antíoco, potentísimo rey de Siria, célebre en las historias por su miserable y trágica muerte. Despues que aterró todo el orbe con su nombre; despues de haber subyugado á su dominio muchas provincias; despues de haber perseguido al pueblo de Dios con la hambre y con la sed, con los tormentos y la muerte; queriendo Dios castigar la soberbia de este

hombre, de repente lo hirió con una invisible é incurable enfermedad. Un dolor vehementísimo atormentaba rabiosamente sus entrañas, y al mismo tiempo su malvado cuerpo apareció todo cubierto de asquerosos enjambres de gusanos tan hediondos, que no solo los príncipes de su corte, sino hasta los mas bajos sirvientes se alejaban de su cama. En tanta desesperacion conoció sus hechos execrables por los que Dios lo habia herido de muerte. Quiso arrepentirse y enmendar sus yerros, pero no con dolor verdadero. La muerte le cerró el tiempo de merecer ; murió, y su alma fué á los infiernos.

Ejercitantes, aprovechemos el tiempo que ahora tenemos de merecer ; no perdamos de la memoria el pensamiento de la muerte ; no esperemos á que venga para despegar nuestro corazon de los falsos bienes de este mundo ; porque entonces perderíamos los presentes, y no tendríamos tiempo para merecer los eternos. No trabajemos por gozarnos un breve tiempo que hemos de vivir, sino por lograr la eterna felicidad que Dios nos tiene prometida en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO OCTAVO.

LECCION.

De la gracia.

Ejercitantes : el haber sido nosotros reengendrados en el seno de la santa madre Iglesia ; el haber sido iniciados entre las demás naciones infieles con la fe de Jesucristo , ha sido solo por una especial gracia del mismo Jesucristo. De aquella gracia , por la que el Señor se ha dignado hacernos hijos suyos. De aquella gracia por la que nos hace participantes de su gloria y herederos de su reino. De aquella gracia que da el mérito y valor á nuestras obras buenas. De aquella gracia que es la vida de nuestra alma , así como el alma es la vida de nuestro cuerpo. De aquella gracia , en fin , que inspira en dónde y cómo quiere el mismo Señor. De esta gracia vamos á tratar.

P. ¿ Qué cosa es la gracia ?

R. Es un don sobrenatural que infunde Dios en el alma , por el cual somos hijos suyos y herederos de su gloria. Os haré esto mas inteligible con un símil.

Figuræos un rey muy poderoso que dando vuelta á su corte se encontró con un jóven pobre y andrajoso , pero de una figura agradable ; y que aficionándosele el rey , se lo llevó á su palacio , y le dijo : Jóven , ningun servicio me has hecho ; pero me interesa tu persona. Despójate de esos andrajos , viste el uniforme de mi real casa , y ponte en el dedo este anillo en que está grabado mi rostro en signo de que te adopto por hijo mio y de que te instituyo heredero de mis Estados.

Ved aquí , amados mios , lo que Dios ha hecho con nosotros y lo que es el don sobrenatural de la gracia. El Señor nos vió con el saco de la culpa original en que nacimos envueltos ; nos trajo compadecido á su esposa la santa Iglesia ; nos desnudó de las súcias hilachas de la culpa ; nos vistió en el santo Bautismo la hermosa estola de las virtudes ; estampó en nuestra alma su divina imágen , y nos declaró solemnemente por hijos suyos con derecho al reino de los

cielos. Esto es lo que debe entenderse cuando decimos la gracia, ó por la gracia de Dios.

P. ¿Y qué quiere decir estar uno en gracia de Dios?

R. Es lo mismo que decir que aquel está en la estimacion y amistad de Dios; así como un hombre que goza del cariño y favor de otro hombre, decimos que ha caído en su gracia ó que está en su gracia.

P. ¿Y nosotros podemos merecer esta gracia?

R. Nosotros no podemos merecerla por nosotros mismos. Cuando Dios la da, es solo por un efecto de su bondad; así como el haber agraciado el rey á aquel jóven, fue solo por un rasgo de su liberalidad y beneficencia.

P. ¿Por qué méritos Dios nos da su gracia?

R. Por los de Nuestro Señor Jesucristo. Nosotros nada tenemos de nosotros: todo lo que tenemos de bueno nos viene por los méritos de Cristo, por quien somos, vivimos y respiramos.

P. ¿Cuáles son los principales efectos que la gracia causa en el alma?

R. El primer efecto que causa la gracia, como ya se ha dicho, es hermoear el alma con la imágen de Dios y hacerla hija suya. El segundo efecto es, que el alma que por el pecado era negra habitacion de los demonios, por la gracia se transforma en hermoso palacio de la santísima Trinidad y en paraíso delicioso de las tres divinas Personas. Ahora pensemos nosotros, ¿qué no deberémos hacer para obsequiar y retener en nuestra alma unos huéspedes de tan soberana dignidad? Pero, ¿qué es lo que hacemos? ¡Ay! amados míos. Pocos de los cristianos hacen algo; muchos miran con indiferencia á los soberanos personajes; y los mas los desprecian hasta el punto de arrojarlos de su casa, para que la ocupe el demonio ¡Qué horrendo atrevimiento!

P. ¿Causa otro efecto la gracia?

R. Sí: da fuerza y vigor al alma para resistir y vencer las tentaciones de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne. Si el mundo nos tienta y quiere seducirnos con sus escándalos, malos consejos y peores ejemplos, la gracia nos fortalece para que nos mantenamos en ella, y obremos conforme á la santa fe que profesamos. Si los demonios quisieron retraer de sus santos propósitos á un Antonio abad y otros santos anacoretas, estos con la gracia de Dios los vencieron y espantaron. Si los tiranos persiguieron á los cristianos para obligarlos á que abandonasen la fe de Jesucristo, estos

con la gracia de Dios vencieron á los verdugos y tuvieron firmeza para morir en las cruces, en el fuego y en todo género de tormentos. Y así, san Pablo si se asusta y estremece porque su carne le incita con torpes movimientos, Jesucristo lo consuela, y le dice que su gracia le basta para resistir. ¿Quereis saber mas efectos de la gracia? Es imposible numerarlos todos; los dichos bastan para que hagamos de este don de Dios el aprecio que se merece.

P. Y una vez adquirida la gracia se puede perder?

R. Ya que no fuese tan cierto y tan frecuente. En el momento en que el hombre consiente en cometer el pecado mortal, aquella alma tan privilegiada queda desamparada de Dios y transformada en objeto de su indignacion. En el mismo instante deja de ser hija de Dios, y pasa á ser hija del diablo y condenada á tormentos insufribles y eternos. ¡Qué cambio! ¡Qué tránsito tan digno de llorarse con lágrimas inconsolables! ¡Cuántas veces, hermanos míos, habrémos hecho este trueque tan fatal! Y sin embargo se llora la pérdida de una alhaja, la muerte de un amigo, y no se llora la pérdida de la gracia y la muerte del alma. ¡Qué dureza, qué insensibilidad de nuestro corazón! «¿Hasta cuándo, nos dice á todos el real «Profeta, hasta cuándo, hijos de los hombres, tendréis agravados «vuestros corazones con el peso y cuidados de este mundo? ¿Por «qué buskais con tanta ansia y amais tan ciegamente los bienes y «placeres de la tierra, que todo es vanidad y pura mentira?»

EjemPlo

de un príncipe que resistía á la gracia, y despues se convirtió.

Luis, landgrave de Turingia, era un príncipe á quien los gustos del mundo y placeres de la carne habian cegado enteramente, y para acallar los remordimientos de conciencia que continuamente le acibaraban sus deleites carnales se valia de este discurso: Yo, ó soy predestinado, ó debo ser reprobado. Si soy predestinado, cualquier cosa que haga, siempre me salvaré, y si estoy reprobado, haga lo que quiera, me condenaré. De esta manera iba siempre viviendo sin convertirse jamás, ni hacer obras buenas. Cuando algunas personas buenas y celosas le exhortaban á mudar de vida, siempre les respondia con la misma cantinela, hasta que un dia habiendo caido enfermo este Príncipe, hizo llamar á su médico, que era hombre de gran virtud y de mucha capacidad, quien supo aprovechar esta coyuntura para curarle de la ceguedad de su espíritu. Despues de

haber examinado la enfermedad dijo al Príncipe : Señor, es inútil que le aplique algun remedio : porque, añadió, ó Dios ha previsto que V. morirá de ella, ó ha previsto que de ella curará. Si ha previsto que V. morirá, en vano emplearemos los remedios del arte, inútil será el gasto para medicinas, y es tontería sufrir los sinsabores y molestias de los remedios ; por el contrario, si Dios ha previsto que saldrá en bien de esta enfermedad, no morirá de ella, y por lo tanto de todos modos lo mejor será no hacer nada. — ¡ Cómo ! replicó el enfermo ; pues qué, ¿ no ve V. que si no me socorre luego, la violencia del mal se me llevará, y es prudencia no descuidar nada en semejantes circunstancias ? — Entonces este buen médico, sirviéndose de esta ocasion, le hizo esta bella observacion : Señor, si este discurso os parece defectuoso porque se trata de salvar la vida del cuerpo, ¿ por qué quereis que valga cuando se trata de salvar la vida del alma ? Si V. cree prudente emplear todos los remedios para conservar la vida de V., aunque sepa y crea que la hora de su muerte está fijada desde la eternidad, ¿ por qué resiste V. á la gracia ? ¿ por qué se niega V. á hacer penitencia, por qué no toma el remedio de una buena confesion, y un cambio total de vida ? Sepa, señor, que Dios predestina al fin mediante los medios que nosotros oportunamente debemos aplicar, que por esto nos los da tanto en lo corporal como en lo espiritual. Este discurso hizo tal impresion en el ánimo del Príncipe, que se resolvió á mudar de vida, valiéndose de los medios oportunos, que son una buena confesion general y demás obras buenas.

Para sacerdotes.

« Amados compañeros : oigamos con docilidad lo que nos dice el « Apóstol ¹ : *Os ruego, hermanos míos, que no tengais ociosa y en vacío la gracia que habeis recibido.* Conservémosla y empleémosla en « nuestra santificacion, y en la salud y justificacion de nuestros « comendados. »

Ejercitantes : concluyo esta leccion exhortándoos á que, por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, trabajéis por adquirir y conservar la gracia, que es la joya preciosa y de valor infinito. Apartaos de las malas compañías y ocasiones peligrosas, porque en estas está la perdicion y la muerte. Piérdase la amistad, piérdase la hacienda, piérdase el empleo, piérdase la honra, piérdase hasta la

¹ II Cor. vi.

vida del cuerpo, con tal que no se pierda la vida del alma. Conozcamos bien que la grandeza á que nos eleva la gracia no hay entendimiento humano que la pueda comprender. Y con esta creencia vivamos de tal modo que consigamos la eterna gloria. Amen.

MEDITACION.

Del juicio particular.

Considera, cristiano, que la causa que nos hace tan terrible la muerte, es el juicio que en seguida de ella tenemos que sufrir; y á este lo hace tan digno de temerse el riguroso exámen que le ha de preceder. Se examinarán no solo los pecados que hemos cometido, sino tambien el bien que no hemos hecho, y aun el bien que hubiéremos hecho, por si se hizo ó no se hizo bien. El alma, separada del cuerpo, en el mismo instante será presentada en el tribunal del supremo juez Jesucristo para ser examinada. ¡Ay, amados ejercitantes, y qué Juez tan severo! Él nos hará ver los pecados, no por los mentirosos cristales de los sentidos ó de las pasiones, sino al sol de la verdad misma. El alma verá sus culpas, no oscurecidas por su ignorancia, ni disculpadas por su pasion, ni justificadas por una falsa conciencia, sino tales como son en sí mismas. Y las verá con toda distincion y particularidad, y con el perfecto conocimiento de todas las circunstancias que acompañaron. Los grandes beneficios que hemos recibido de Dios, y de que hemos usado ó abusado pecando; la multitud de luces con que hemos sido prevenidos, y hemos despreciado; la santidad de nuestra Religion que hemos profanado, los modos fáciles de salvarnos que hemos omitido, y la paciencia de Dios de que hemos abusado; todas estas circunstancias abultarán asombrosamente los pecados, y los harán mas horrorosos. Allí muchos serán condenados, no tanto por las culpas que han cometido, como por las buenas obras que omitieron, debiéndolas hacer. Porque además de que donde no hay mérito no puede haber premio, solo el no hacer nada por un Señor que nos manda que trabajemos, es un mal grande. Si nosotros concertamos con un criado, no le pagaremos si está ocioso y de nada nos sirve: por la misma razon en el dia del juicio condenará el Señor al que nada haya hecho en su servicio, y lo despedirá de su casa por siervo inútil.

Considera, cristiano, que no solamente serás juzgado del bien que

no has hecho, sino tambien de la obra buena que hayas hecho. ¡Oh, y cuántas obras que ahora te parecen buenas, saldrán faltas en el peso del recto Juez! Un solo respeto humano, una mira de interés ó vanagloria echa á perder una obra buena y la hace motivo de condenacion. Por eso dice el Señor ¹, «que juzgará las justicias mismas, y que escudriñará á Jerusalem con candelas ²:» esto es, que las almas mas justas no escaparán del exámen. «Hay caminos, dice «el Espíritu Santo ³, que al hombre parecen rectos; y verdadera-mente lo llevan al infierno.» Job temblaba de sus acciones las mas santas, porque su juez habia de ser Dios, y temia que hallase materia de condenacion en las cosas mismas que él habia de alegar para su justificacion ⁴. Si un tan gran Santo temblaba, nosotros tan grandes pecadores ¿viviremos con tanta tranquilidad?

No serán los pecados de mas bulto la materia mas terrible del exámen en el juicio. Serán aquellos pecados que ahora nos oculta una ignorancia culpable, y por ella ni los detestamos ni hacemos penitencia de ellos. Cuando la pasion es un poco fuerte, llena de tinieblas nuestra alma, y entonces nuestra razon engañada quiere justificar la pasion, aun cuando sea la mas desreglada. La usura mas escandalosa dice que es ganancia permitida; la cólera y venganza quiere que pase por buen celo; la soberbia, por justa indignacion; la trampa, por simple defensa; la murmuracion, por pasatiempo; las amistades peligrosas, por honradas y honestas. Este es el modo con que una falsa conciencia nos trae á pecar, para condenarnos con mas facilidad. Pero así como al nacer el sol se disipan las tinieblas y todas las cosas aparecen con sus propios colores; cuando el sol de justicia Cristo vendrá á la hora de nuestra muerte á manifestar las dobleces de nuestro corazon, aparecerán nuestras acciones con sus propios coloridos, y lo que decíamos ganancia permitida veremos que era verdadera usura; trampa injusta lo que se decia usar de su derecho; cólera lo que parecia buen celo; cruel murmuracion el dicho jocoso, y amistad delincuente la que se llamaba honrada. ¡Qué sorpresa causará esta manifestacion! ¿Esperaremos á salir de nuestra ceguedad cuando no tendrá remedio?

Considera, ejercitante, que este juicio particular que todo hombre nacido tiene que sufrir, á pesar de ser tan circunstanciado y riguroso, será tan breve como lo es un abrir y cerrar de ojos. En el mismo instante en que espires parecerás en el tribunal de Jesucristo,

¹ Psal. LXXIV. — ² Sophon. I. — ³ Prov. XV, 12. — ⁴ Job, VII.

y en el mismo el Señor, por un milagro de su omnipotencia, te hará ver de un golpe solo de vista todos los pecados grandes y chicos, con todas sus circunstancias : en el mismo instante serás juzgado, y en el mismo serás sentenciado. Todo esto te sucederá en un momento. En un momento tu alma será trasladada de este mundo á una region extraña, en donde te verás solo sin la mujer, sin los hijos, sin los parientes y amigos que poco antes te consolaban. En este mismo momento y sobre la misma cama se formará tu juicio ; en este momento mismo y estando aun tu cuerpo caliente, tu alma ya estará sentenciada. Y cuando se trate de amortajar tu cuerpo, tu alma ya estará en el destino que le haya cabido por sentencia. Díme, hermano mio, ¿querrás pecar, habiendo de entrar en cuentas con un Juez inflexible, inexorable y por esencia justiciero? San Pablo decía ¹ : « Nada me arguye mi conciencia ; y sin embargo no me tengo por justificado, porque no soy yo el que me ha de juzgar, sino el « Señor. » Si un san Pablo así temia el juicio, ¿qué no deberá temer el hombre injusto, el vengativo, el lujurioso, el que, viviendo en el olvido de este inevitable y terrible paso, anda disipado en todo género de vicios y de pecados? Pensemos en esto, hermanos mios, y no pecaremos.

Para sacerdotes.

Venerables sacerdotes : *statutum est hominibus semel mori, et post hoc judicium.* Esta es nuestra fe, esta es nuestra creencia, esto es lo que enseñamos, esto es lo que predicamos. Mas si no ajustamos nuestra vida con el pensamiento de estos novísimos, ¿qué será de nosotros? Si tan riguroso juicio se hará á todo hombre, ¿cuál sufrirá el sacerdote? Si tan estrecha y delicada cuenta se pedirá al que ha recibido poco, nosotros, que tanto mas que los otros hemos recibido, ¿cuánto mas llena tendremos que rendirla? Hermanos mios, juzguémonos antes que venga aquel Jesús que ha de juzgar hasta las mismas justicias y las acciones mas santas, no segun el juicio del mundo, sino con el peso del santuario. San Agustin, pensando en que debia dar cuenta de sí y de los otros, se contemplaba como debajo de los piés de todos, y se encomendaba á las oraciones de todos, temiendo y temblando de ser condenado mas que todos por su mayor cargo. ¿Cuánto y cómo no debemos temblar nosotros que no somos Agustinos?

¹ I Cor. iv.

JACULATORIAS.

¡Virgen santísima y madre mía! Mi alma se cubre de angustia al considerar cuán desamparada de todos se ha de presentar en el tribunal de vuestro Hijo. Acompañadla, Señora, y libradla del enemigo en tan terrible momento.

¡Oh Virgen María, refugio de pecadores! Alcanzadme de vuestro querido Hijo que yo, con buenas obras, me negocie para el día de mi juicio particular una sentencia favorable.

A Vos, dulce Jesús mio, á Vos pendiente en esa cruz por mi amor, os pido arrepentido, y por los dolores de vuestra purísima Madre, que cuando me presente en vuestro tribunal tengais misericordia de mí, y no me juzgueis por mis pecados que ya detesto: sí, Jesús mio: los detesto, y digo de lo íntimo de mi corazón que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el juicio particular.

Ejercitantes, terribles son las sentencias de Nuestro Señor Jesucristo cuando nos habla, ya de la estrechez de las puertas del cielo, ya de los eternos suplicios del infierno, ya de lo riguroso del juicio particular y del universal, ya del miserable fin de las vanidades, gustos y glorias de este mundo. Pero tambien para lenitivo de estos terrores nos propone los mas saludables preceptos y consejos, al efecto de que practicándolos evitemos caer bajo tan formidables amenazas. Inmediatamente que espiremos tenemos que sufrir un tremendo juicio, en el que hemos de dar cuenta de nuestra vida al divino Juez. Y al mismo tiempo que el Señor nos anuncia este espantoso y amargo novísimo bajo la parábola de un rey que pidiendo cuentas á su criado lo halló que estaba muy alcanzado; bajo el mismo símil nos indica que procuremos hacer amigos que en el día de nuestra cuenta nos presten su favor, en caso de necesitarlo. ¿Y quién no lo necesitará en el severísimo tribunal de Jesucristo, rey de tremenda majestad? Unos acusadores acérrimos están preparados para perdernos; ¿quiénes saldrán á nuestra defensa? Ejercitantes, este pensamiento me aterra hasta lo sumo. Veo los acusadores, y en el alcance de cuentas no se presentan defensores. ¿Qué será de nuestra suerte? Discurramos un poco en negocio de tanta importancia.

Aquel mismo demonio que para precipitarnos en el pecado nos deslumbró con las vanidades del mundo, y con el atractivo de los deleites de la carne, ese mismo á la hora de la muerte no solo nos traerá á la memoria los crímenes que hemos cometido en la vida pasada, sino que los representará con mucha mas enormidad y fealdad de la que realmente tenian, para que del todo desesperemos de la divina misericordia. ¿Quién tendrá entonces tan firme constancia, que viendo de una parte el asombroso número de sus pecados y de otra el riguroso juicio que le aguarda, no se sentirá palpitante entre el espanto y el terror? ¿Quién se presumirá tan fortalecido en su santidad que se atreva á decirle al demonio como un san Martin Turonense, véte de aquí, perro infernal, que nada tienes que ver conmigo? ¿Quién en tanta afliccion y conflicto podrá consolarse como otro Hilarion, con setenta años de vida fielmente ocupada en el servicio de Dios? Asombra y estremece lo que san Juan Climaco escribe, como testigo de vista, de un monje que despues de muchos años de una vida penitente en los desiertos de la Tebaida murió dejando en duda su salvacion. Estando ya muy cerca de espirar, con asombro de todos los que se hallaban presentes empezó á mirar á un lado y á otro con vista espantada, al parecer, por alguna cosa terrible: se estremeció, se cubrió todo de un sudor frio y exclamó: «Verdad es, no lo niego; pero ese pecado lo expié con muchos años de rigurosos ayunos.» Poco despues, con la misma turbacion y con un semblante todo de pasmo, dijo, articulando mal las palabras: «Con razon me acusais, yo soy el que lo hizo: pero despues, ¿no me arrepentí, lloré, y lavé mis culpas con muchas lágrimas, y me ejercité en obras de caridad con mis prójimos?» Finalmente, como estrechado por un mayor ataque de acusacion, dando un grande alarido dijo: «No puedo negarlo, nada tengo que responder á esto; pero imploro y confio en la misericordia de Dios.» Y espiró, dejando á los circunstantes poseidos del espanto y del pavor.

Ejercitantes: ¿quién no temerá á vista de este ejemplar, por el éxito de un juicio en que ha de sufrir un acusador tan maligno y tan astuto como lo es el demonio? ¿Quién se tendrá por tan justo, que no tiemble cuando un varon tan santo como David, al pensar en esto, exclamaba todo consternado: «No te acuerdes, Señor, de los pecados é ignorancias de mi juventud: no me hagas cargo de mis pecados ocultos ni de los ajenos?» Si volvemos la cara á nuestra vida pasada, sin duda daremos con muchos pecados que cometimos en la juventud, de los que todavia no hemos hecho la debida peniten-

cia. Verémos hechos malos, procedentes, á nuestro parecer, de una ignorancia inculpable, que en aquel juicio se nos hará ver que fue voluntaria, porque voluntariamente despreciamos los medios de salir de ella. Verémos pecados ocultos en nuestro corazon, de los que aun no nos hemos acusado con la debida claridad, porque no nos hemos aplicado á conocerlos con toda su malicia y circunstancias. Verémos los pecados que otros han cometido por nuestro mal ejemplo ó consejo, de los que se nos hará cargo en el juicio, y de los que ni aun nos hemos acordado ó pensado en acusarnos, cuanto menos en hacer penitencia de ellos. Cotejémonos ahora con el santo rey David y con aquel monje penitente: y aunque saltase el demonio acusador en el juicio, no podríamos evadirnos de nuestra propia conciencia y conocimiento acusador, aun mas formidable que el demonio. Este propio conocimiento será entonces nuestro mas cruel torcedor. Debemos temer cada uno de nosotros no nos haga parecer en nuestro juicio un hombre que, contentándose con decir sus culpas al confesor, poco ó nada ha procurado su enmienda: un hombre que alguna vez emprendió el camino de la virtud, pero á poco tiempo y al mas pequeño soplo de tentacion dió la espalda á las buenas obras y volvió á su antigua relajacion: un hombre que queriendo servir á dos señores á un tiempo, dió medio corazon á Dios y el otro medio al demonio; practicaba alguna obra buena, pero sin apartarse de las máximas del mundo. ¡Pobre alma! acusada por el demonio y convencida por la propia conciencia, ¿quién saldrá en tu defensa? Vamos á verlo.

Pero ¡ah! ninguno parece. ¡Qué desconsuelo! Ángel de la guardia, tú que fuiste el custodio y defensor de este pecador desde su nacimiento hasta la muerte; tú que lo libraste de tantos peligros de alma y cuerpo; tú que tanto cuidado te tomaste por su salvacion, ¿no serás tambien su defensor en este juicio? Ya no hay lugar de eso, dice el Ángel: él despreció mis inspiraciones; él á mi vista cometió las maldades mas execrables y vergonzosas; él recompensó mis cuidados con los mas negros desprecios; no es digno de mi defensa. Miserable pecador, ¿á quién podrás recurrir ahora para que te defienda? ¿Al Santo de tu nombre? ¿Á los Santos de tu aparente devocion? ¡Ay, y qué esperanza tan vana! Me temo que no habiendo tú imitado sus virtudes, léjos de abogar por tí serán tus acusadores. Oye al Padre san Agustin: «No esperemos que entonces «nos socorran los Santos, porque ya no es tiempo de compasion ni «de alcanzar misericordia.» Terrible sentencia. Desgraciada alma,

aliéntate y recurre á la fuente de todos los consuelos ; llama á la que Jesús nos dejó por Madre nuestra al tiempo de morir ; invoca á la santísima Virgen María , á quien toda la Iglesia preconiza refugio de pecadores ; esta es el último refugio. Pero ¿ en dónde está María ? ¡ Ah , que la desesperacion ha llegado á lo sumo ! Sí : oye al mismo san Agustin : « María ya se alejó de la puerta del paraíso. » Sí , pecador : aquella Madre **que tanto** te amaba en vida ; aquella que ahora es el consuelo de los afligidos y el amparo de los pecadores , si por tus pecados mereces **en el juicio** la sentencia de condenacion , no será para tí puerta del cielo : no te salvará.

Ejercitantes : si tan acérrimos **acusadores** hemos de tener en el tribunal de Jesucristo , ¿ qué deberémos **hacer en vida** para tener quien nos defienda , cuando el Señor nos llame á juicio ? Está claro. Seamos devotos de nuestro Ángel custodio ; sigamos **sus inspiraciones** ; y por su reverencia no pequemos , porque nos está mirando. Imitemos las virtudes del Santo de nuestro nombre y devocion , **que es el medio único para tenerlos propicios**. Merezcamos con obras de virtud la proteccion de María. Y saliendo de este mundo arrepentidos de nuestras culpas , **tendrémos su favor en el juicio** , y entraremos por la puerta del cielo á gozar de Dios eternamente **en la gloria**. Esta os deseo , etc.

EJERCICIO NOVENO.

LECCION.

De los pecados.

Ejercitantes : la leccion de anoche se concluyó diciendo que el precioso don de la gracia se puede perder , y efectivamente se pierde luego que el hombre comete ó consiente en cometer el pecado. De que se concluye que el pecado es la mayor desdicha y desventura del hombre. De manera , que todos los males juntos que en este mundo se pueden padecer son nada , comparados con el pecado. La razon es , porque con todos los males del mundo podemos tener á Dios estando en su gracia ; pero con el pecado , si es mortal , Dios no está con nosotros ; y este es el mayor de todos los males. Y así :

P. ¿Qué es pecado?

R. Es un quebrantamiento de la ley.

P. ¿De cuántos modos se quebranta la ley de Dios?

R. De tres modos : á saber , con pensamiento malo consentido , con palabra mala y con obra mala.

P. ¿Cuántas maneras hay de pecado?

R. Tres : que son , pecado original , pecado mortal y pecado venial. El pecado original , como ya hemos dicho , es aquel con que nació todo hombre , y es heredado de nuestros primeros padres Adán y Eva. Se llama original , porque lo contraemos en el primer instante de nuestro ser ; y tambien porque es la fuente de que dimanar todos los demás pecados. De este pecado solo estuvo exento Nuestro Señor Jesucristo , porque es impecable por esencia , y la Vígen santísima , que fue preservada por una gracia especial de Dios. Y tambien sabeis ya que este pecado se perdona recibiendo el santo Bautismo.

P. ¿Qué es pecado mortal?

R. Es pensar , decir , hacer , ó faltar en cosa grave contra la ley de Dios. Y se dice mortal porque causa la muerte del alma , quitándole á Dios y su gracia.

P. ¿Cómo se peca de pensamiento?

R. Siempre que el hombre, con advertencia y conocimiento, se deleita pensando en cosas malas, ó desea ponerlas por obra.

P. Si uno desea hacer una cosa mala, pero no la hace porque no puede ó no tiene ocasion, ¿pecará mortalmente?

R. Sí: porque la ley de Dios no solo prohíbe la obra mala, sino tambien el deseo de hacerla. Y el que no la hace porque no puede ó no tiene ocasion, ese ya pecó en el corazon con desearla.

P. ¿Pecamos siempre que tenemos malos pensamientos?

R. No: solo pecamos cuando con advertencia nos detenemos en ellos, aunque no sea mas que un instante. Pero si al punto que los advertimos procuramos apartarlos, entonces no hay pecado.

P. ¿Cómo se peca de palabra?

R. De muchos modos se peca de palabra; pero los principales son estos: jurando en falso, maldiciendo, mintiendo, diciendo á otros palabras injuriosas, hablando deshonestamente, murmurando, dando mal consejo, y diciendo palabras contra Dios ó contra el prójimo.

P. ¿Cómo se peca de obra?

R. Haciendo alguna cosa contra la ley de Dios.

P. ¿Pecará mortalmente el que hace alguna cosa dudando si será ó no será pecado mortal?

R. Pecará mortalmente, aunque en realidad lo que hace no sea pecado mortal; porque voluntariamente se pone en peligro de pecar mortalmente obrando con aquella duda.

P. ¿Pecará el que hace alguna cosa mala si no sabe que aquello es pecado?

R. No pecará, porque obra sin malicia y advertencia. Pero si comenzada la obra tuviese noticia de que era pecado, ya no puede continuarla sin pecar; porque entonces ya obraba con conocimiento y malicia.

P. ¿Peca el que se pone en ocasion próxima de pecar si efectivamente no pecó en ella?

R. Peca por el mismo hecho de ponerse voluntariamente en la ocasion.

P. ¿Qué es ocasion próxima de pecar?

R. Es aquella en la que puesto el hombre las mas veces cae ó en obra, ó de palabra, ó con pensamiento.

P. El que sabe que por ir á tal ó cual parte, ó hablar con tal mujer, regularmente peca de obra ó por deseo, ¿pecará siempre que vaya á aquella casa ó esté á solas con tal mujer?

R. Peca, porque sabe que aquella es para él ocasion próxima. Y si esta mujer estuviese en tu casa, debes despedirla ; si eres criado de la casa, debes dejarla ; y si eres hijo de familia, debes no estar á solas con aquella mujer, y frecuentar los Sacramentos para no caer. Lo mismo digo del que regularmente jura, vota, maldice ó trampea en el juego ; debe apartarse de la casa del juego, porque para él es ocasion próxima de pecar. Y por regla general, todos los que por cualquier estilo se hallan en ocasion próxima voluntaria, deben prontamente dejarla ; y mientras no lo hagan pudiendo, viven en estado de condenacion. Y así cuando el confesor conoce que el penitente, sea de la clase ó condicion que quiera, está en ocasion próxima voluntaria, debe amonestarle de su obligacion, y precisarle á que deje la ocasion. Y si no lo hiciese debe despedirlo sin absolucion, y advertirle que por mas que se confiese, se condenará, si no arroja la ocasion.

P. ¿Hay algun otro modo de pecar?

R. Sí : se peca tambien por omision.

P. ¿Qué es pecado de omision?

R. Es dejar de hacer aquello á que uno está obligado por la ley de Dios, ó en razon de su estado, empleo ó ejercicio. Un sacerdote que omitiese sin justa causa el rezo del oficio divino ; un padre ó un amo que por sí ó por otro no cuida de enseñar á sus hijos y criadas la doctrina cristiana, ni los corrige cuando sabe que alguno vive mal ; un alcalde que disimula los divorcios, que no corrige á los perturbadores del buen orden, que hace vista gorda á los escándalos públicos, y que no remedia los males que se notan en el pueblo ; un oficial de justicia que no llena los deberes de su empleo ; todo facultativo que descuida ó abandona sus obligaciones ; todos estos pecan con pecado de omision ; y aunque en lo demás sean irrepreensibles, viven en pecado, y por consiguiente en estado de condenacion.

P. ¿Qué es pecado venial?

R. El que no mata al alma, pero la enferma.

P. ¿Cómo la enferma?

R. Porque la entibia y dispone para el pecado mortal.

P. ¿Hay alguna cosa fuera de la confesion, por la que se perdona el pecado venial?

R. Sí : se perdona :

1.º Por oir misa con devocion.

2.º Por comulgar bien.

3.º Por oir con atencion la palabra de Dios.

- 4.º Por recibir la bendicion del Obispo.
- 5.º Por rezar con devocion el Padre nuestro.
- 6.º Por decir con devocion la confesion general.
- 7.º Por tomar con devocion el agua bendita.
- 8.º Por comer con devocion el pan bendito.
- 9.º Por darse con devocion golpes de pecho.

Pero debeis saber que para que cualquiera de estas cosas aproveche, ha de usarse no estando en pecado mortal. Quedais instruidos de lo que es pecado y su malicia. Quiera Dios que con este conocimiento procuremos siempre huir del pecado, y mantenernos en la gracia de Dios hasta la muerte.

EJEMPLO.

En la vida de san Luis se lee, que apenas tenia doce años cuando murió su padre: fue educado bajo la tutela de su madre Blanca de Castilla, que gobernaba el reino de Francia en calidad de regenta. Esta virtuosa señora inspiró temprano á su augusto hijo horror al vicio, y amor á la virtud y á la piedad. Le repetia á menudo estas palabras tan dignas de una madre verdaderamente cristiana: «Tú «sabes, hijo mio, cuánto te amo; no obstante menos afligida estaria «viéndote morir, que viéndote cometer un solo pecado mortal.» Este gran Príncipe habia de tal modo grabado estas palabras en su corazon, que nunca jamás las olvidó. Durante su vida no solo se abstuvo de todo pecado mortal, sino que además cuando llegó la hora de su muerte, en la instruccion que dejó como por testamento á Felipe su hijo primogénito, le recomendó sobre todo que evitara el pecado: «Hijo mio, le decia, guárdate bien de ofender á Dios, aun «cuando tuvieras que sufrir los tormentos mas atroces del mundo...» ¡Dichosos padres que así saben inculcar tan buenas máximas á sus hijos! ¡Oh, si así lo hiciérais vosotros, qué otros serian vuestros hijos y el mundo entero!...

OTRO EJEMPLO.

En las Cartas edificantes se lee que una señora china, muy buena cristiana, quedó viuda con una sola hija. Siendo aun niña esta hija, la condujo al pie del altar, y teniéndola entre sus brazos, dijo estas palabras: «Te amo, Dios lo sabe, mi querida hija, y ¿cómo «podria no amarte, siendo tú la única prenda que tu padre al morir

« me dejó de su ternura ? No obstante , si yo pensase que alguna vez « habías de abandonar á Jesucristo , ó perder la inocencia bautismal , « rogaria al Señor que te sacara lo mas presto posible del mundo. Sí , » repitió tres veces , mirando una imágen de Nuestro Señor , y no creyendo ser oída de nadie ; « sí , Dios mio , vuestra es , podeis volverla « á tomar. Tan léjos estaré de llorarla , que os daré gracias por el « favor que me habréis dispensado. »

MEDITACION.

Del juicio final.

Considera , cristiano , que despues del juicio particular , que como todo hombre nacido tienes que sufrir en el momento que espíres , has de comparecer otra vez ante el tribunal de Jesucristo , cuando en el último dia del mundo vendrá con todo el aparato de su majestad á juzgar á todos los hombres vivos y muertos. Este dia se llama por el profeta Isaiás ¹ el dia del Señor , porque en él solo su divina Majestad parecerá grande en todo , y todos lo verán venir , como el mismo Señor dijo ² , sentado sobre una nube con gran poder y majestad. Dia de tribulacion y angustia. Dia el mas terrible de todos , porque en él se hará la publicacion de los delitos de todos los hombres. Se abrirán los libros , se manifestarán los secretos , y todos los pecados que hasta entonces estuvieron ocultos se verán con luz mas clara que la del mediodía. Todo nuestro cuidado en esta vida es ocultar lo que somos , para parecer lo que no somos. Pero en aquel dia se hará patente á todo el mundo lo que cada uno en realidad habrá sido. ¡ Qué confusion , qué tormento será para el pecador impenitente ! Entonces se descubrirán los pecados de aquel que pasaba por justo ; las acciones viles de aquel que se preciaba de honrado ; las deshonestidades del otro que parecia un santo ; las intrigas y maquinaciones del vengativo disimulado , y la falsa devocion del que pasaba por bienaventurado. ¡ Qué vergüenza será esta , hermano mio , para el miserable réprobo ! Verá que los pecados que tanto procuró ocultar se hacen públicos á todo el mundo ; que los ojos de todos los hombres , de todos los Ángeles y del mismo Dios los estarán mirando , y que todas las criaturas harán de él entonces el justo juicio que se merece ; y concebirá tan extrema-

¹ Cap. XIII, 6. — ² Luc. XVII.

da confusion y vergüenza, que deseará que los montes caigan sobre él, para esconderse á los ojos de todos.

Considera, ejercitante, que esta confusion del réprobo irá subiendo de punto, al paso que Jesucristo le irá reconviniendo con los beneficios que ha despreciado. Le manifestará sus sacratísimas llagas; le hará patente su cruz en que obró nuestra redencion; y llamando la atencion de todos los hombres, les dirá: «Ved si he podido hacer mas, que no haya hecho por la salvacion de este hombre. Yo, le dirá, tomé cuerpo y lo sacrifiqué por tí; y tú mil veces lo has profanado con sacrilegios. Yo derramé mi sangre hasta la última gota por tí, y tú la has pisado con tus delitos. Yo tenia mi corazon, veslo aquí, herido de parte á parte por tí, y abierto para que te sirviese de asilo; y tú me has desterrado del tuyo. Yo te he llamado y buscado por mil modos; y tú por otros tantos has despreciado mis llamamientos, y has frustrado todos mis cuidados y solicitudes. ¿Y por qué? Por darte á una criatura que no murió por tí, y por servir al demonio tu enemigo y mio.» ¿Qué se podrá responder á cargos tan terribles y justos? ¿Quién podrá sufrir entonces los efectos de una indignacion tan justa? ¿Qué dirá el pecador? «Montes y collados, dirá, caed sobre mí, y ocultadme á las iras del Cordero.» Pero no caerán; porque es preciso que apure el cáliz de mas amarga confusion.

Considera, cristiano, como entonces el supremo Juez pronunciará esta terribilísima sentencia: «Apartaos de mí, malditos: de mí, que siendo vuestro Salvador, habeis querido hacerme vuestro enemigo; de mí, que habia de ser vuestra bienaventuranza, y me habeis precisado á daros condenacion. Vosotros ya no seréis mi pueblo, ni yo seré vuestro Dios, sino para haceros conocer todo mi poder en castigaros. Id, apartaos de mí; vosotros sois aquellos de quienes dijo el Profeta: Vosotros habeis amado la maldicion, y la habeis hallado, y con ella todos los males. Vosotros habeis huido la bendicion, y ella se huyó de vosotros, y con ella todos los bienes. No solo estaréis cubiertos de maldicion como de un vestido, sino que ella penetrará hasta lo íntimo de vuestros huesos, hasta el fondo de vuestra alma. Seréis malditos en vuestras riquezas, malditos en vuestras honras, malditos en vuestros gustos, malditos en vuestro cuerpo y malditos en vuestra alma. Ea, apartaos de mí, malditos, al fuego eterno.»

À esta voz, espantosa mas que un trueno, caerán los réprobos, y se sumirán en un abismo de fuego, que sin embargo de ser á lo su-

me devorador, por una particular providencia de la divina justicia se quemarán sin consumirse, y se conservarán siempre para quemarse siempre. ¡Oh, y qué providencia tan rigurosa, qué infeliz conservacion! ¿Y cuánto tiempo estarán en este fuego? ¡Ay! hermanos míos: Jesucristo los sentenció al fuego eterno. A un fuego que durará tanto como Dios será Dios. Y como Dios jamás dejará de ser Dios, tampoco ellos dejarán jamás de padecer, de arder y desesperarse. «Id al fuego eterno, les dirá Jesucristo, á ese fuego que no estaba preparado para vosotros, sino para el diablo y sus ángeles. Vosotros habeis querido ser compañeros de rebelion, y por eso lo seréis eternamente de sus tormentos.» ¡Qué golpe de rayo para estos infelices, y qué leccion para nosotros! El Señor nos dice: «Venid tras de mí, y llevad vuestra cruz.» Ahora estas palabras nos parecen ásperas y difíciles; pero mas terribles nos parecerán algun dia estas otras: «Id, malditos, al fuego eterno.» No nos podremos librar del horror de las segundas, sino siendo dóciles á las primeras.

Para sacerdotes.

«¡Ay! amados hermanos y compañeros. Infelices de nosotros si no vivimos como sacerdotes. Nuestro juicio será para nosotros, mas que para los legos, un dia de horror, de angustia, de tinieblas y oscuridad. ¿Con qué corazon nos presentaremos delante del Señor, sabiendo que merecemos todo su enojo? ¿Cuánta será nuestra vergüenza, al darse al público cuanto en vida hemos procurado ocultar al confesor, al mundo y á nosotros mismos? ¿cuánta nuestra confusion, al ver tantos sacerdotes, tantos compañeros, tantos seglares que en el mundo fueron santos, y tantos infelices menos culpados que nosotros? ¿cuánta nuestra desesperacion, si vemos entre los escogidos aquellos rústicos, aquellos simples, aquellas pobrecitas y desaliñadas mujeres devotas que despreciamos? ¿cuánta sería nuestra consternacion, al ver como los pecadores arrepentidos se subian al cielo, y nosotros, que somos la porcion escogida, nos quedábamos cosidos con los réprobos en la tierra? Repasemos, hermanos míos, nuestras cuentas, y estemos preparados para comparecer en el tribunal del Juez de tremenda majestad. San Jerónimo despues de tanta austeridad, y de una vida toda empleada en bien de la Iglesia, continuamente temia el juicio, pareciéndole oír cada instante la trompeta que lo llamaba al grande tribunal.»

JACULATORIAS.

No esperéis, Jesús mio, á hacerme los justos cargos en el día formidable, cuando no podré responder á ellos, ni recurrir á vuestra misericordia.

Castigadme ahora, Juez divino, con la pena que quisiéreis : yo la acepto, como no sea separándome de Vos.

¡Oh Salvador mio! no aguardéis al día tremendo para reprenderme. Hacedlo ahora, y hacedlo de un modo eficaz y penetrante, que me llene de amargura ; para que movido á contrición verdadera, emiende mi vida, y diga con el mayor sentimiento, que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el juicio final.

Ejercitantes : nada hay mas terrible, nada mas formidable, que lo vaticinado por los santos Profetas acerca de aquel último día en que toda la máquina de este mundo será reducida á ceniza por las voraces llamas de fuego consumidor que bajará del cielo. Toda la superficie de la tierra quedará rasa como una tabla, sin árboles, sin edificios, y sin fortalezas ni torreones ; porque hasta los montes se liquidarán como si fueran de cera. Morirán todos los hombres y animales, y todo el orbe quedará en soledad y silencio. Sonará la pavorosa trompeta llamando á juicio : la tierra echará fuera todos los muertos, desde el primero que fue Adán, hasta el último que nació ; resucitados todos se juntarán en el valle de Josafat, y bajará Nuestro Señor Jesucristo sentado en una resplandeciente nube, para formar el juicio final, y hacer manifiesta á todos la sentencia que cada uno haya merecido. Amargo día, amados míos ¹. « Día de ira, de tribulación y de angustia. Día de tinieblas y oscuridad ; día de niebla y torbellino. » Funesto, funestísimo día. ¿Qué deberá suceder al mundo ? Está dicho en una palabra ; su último fin. Terribles y espantosas son todas las circunstancias de este día último del mundo. Pero con todo, ejercitantes, no quiero ocuparos de terror en tanta manera, que no quede lugar al consuelo. El profeta Habacuc, después de haber hecho una formidable descripción de este día, añade todo gozoso y alegre, y dice ² : « Pero me alegraré en el Señor, y

¹ Saphon, I, 13. — ² Habac. I.

« me gozaré con Jesús mi Dios. » Como si dijera : todos los miedos y amenazas de este dia tremendo serán solo para los pecadores ; pero los que hayan llevado una vida arreglada y santa no tendrán motivo de temer , sino de mucho gozo y alegría. Y esto es lo que yo voy á manifestaros , para que de tal modo arregleis vuestra vida , que en el dia del juicio final no temais con los pecadores , sino que os alegréis con los justos.

Muchos serán en aquel dia los motivos de contento , que lo harán gozoso á los justos. Pero yo solo voy á proponeros el mayor de todos , que será la vista de Nuestro Señor Jesucristo en todo el lleno de su gloria y majestad. Y para haceros comprender algo de cuán inefable será la gloria de esta vision , os recordaré el misterio de la Transfiguracion de nuestro Salvador en el monte Tabor. ¿ Cuánta os parece que debió ser la admiracion y transporte de los apóstoles Pedro , Santiago y Juan , en la expectacion de este misterio , en que solo se les dió á ver una vislumbre de la gloria que en el cielo gozaba su Maestro ? Cuando ellos vieron el rostro de Jesús resplandeciente mas que el sol de mediodía , y que sus vestidos , que eran morados , se dejaron ver mas blancos que la nieve mas purificada : cuando vieron venir por el aire á los profetas Moisés y Elías , este montado en un carro de fuego , y aquel con su cabeza adornada con dos rayos de clarísima luz , y que puestos á uno y otro lado le daban adoracion : cuando vieron todo el monte cubierto de aquella esplendorosa y blanca luz , y ellos mismos bañados de sus resplandores ; fue tanto su dulce enajenamiento , que olvidados de la aspereza de la montaña , de la carencia de alimentos y de la inconstancia de las estaciones , exclamaron : « Señor , quedémonos aquí para siempre ; « harémos , si quieres , tres pabellones , uno para tí , otro para Moisés , y otro para Elías. » Tanta fue la dulzura que sintieron los Apóstoles al ver la humanidad de nuestro Redentor bañada con sola una gota de su gloria.

Hagamos ahora el cotejo de la alegría de los Apóstoles en esta vision , con la que tendrán los justos en el dia del juicio final. Aquellos vieron á Cristo glorificado , cuando aun estaba en vida mortal , y sujeto á los tormentos de una pasion la mas dolorosa y cruel ; nosotros , si perseveramos en gracia hasta la muerte , lo veremos en aquel último dia en toda su gloria , impasible y refulgente con todos los esplendores de su divinidad. Los Apóstoles no gozaron la vista de la humanidad glorificada del Salvador sino por corto espacio de tiempo , y esta transeunte dulzura habia de ser seguida de

muchos trabajos y amargas ; nosotros verémos en aquel dia toda la gloria de Jesús , no por momentos , sino por siglos eternos ; bien seguros de que no habrá cosa tan poderosa en el cielo , ni tan fuerte en la tierra , ni tan valiente en el infierno que pueda ni por un instante privarnos de la gloriosa vista del Cordero. Los Apóstoles solo vieron con el Salvador aquellos dos ilustres varones Moisés y Elías ; pero nosotros verémos aquel dia la santísima humanidad de Jesús rodeada de innumerables ejércitos de Ángeles , de inmensa multitud de cortesanos del cielo brillantes mas que el sol , y de hermosísimas y clarificadas tropas de santos , que levantándose de los sepulcros subirán por los aires á juntarse con su Salvador. ¡ Oh vision de Jesucristo transfigurado en el Tabor ! ¡ oh vision de mi Salvador en su última venida ! ¡ cuánta es vuestra diferencia en el cotejo ! No quiero , ejercitantes , que me digais cuánta os parece será la alegría de los justos el dia del juicio universal , al ver á nuestro Salvador en el lleno de su gloria ; porque esto no cabe en la humana comprension. Pero sí os pregunto : ¿ habrá entre nosotros alguno de un corazon de nieve , que no se enardezca en deseos de seguir á Cristo crucificado , para merecer verlo glorificado ? Lo dicho basta para que á costa de todo sudor y de todo trabajo procuremos hacernos dignos de una vida tan placentera.

Pero aun hay otras muchas cosas que harán á lo sumo gozoso para los justos el último dia del juicio. Reflexionemos un poco. ¿ Con cuánta precipitacion no vemos concurrir las gentes á los teatros , en donde se representan las batallas y los *imaginarios* triunfos de unos héroes vencedores de sus enemigos ? El clamor de los clarines , el batido de las cajas guerreras , el espíritu marcial de los soldados , el brillo de las armas , lo iluminado del teatro , el lujo de los espectadores , lo dulce de las orquestas , todo embelesa , todo encanta. ¿ Qué multitud de todas clases y condiciones no se agolpan á las puertas y ventanas de las calles y plazas por tener el gusto de ver , al tránsito de un ejército , la bizarria de la tropa , lo brioso de los caballos , lo armonioso de los instrumentos músicos , el rico tren de artillería y lo magnífico de los equipajes ? Si estas cosas de la tierra así despiertan nuestra curiosidad , y recrean nuestros ojos , ¿ cuál será el gozo de los justos el dia del juicio , al ver , no batallas fingidas y peleas imaginarias , sino victorias y triunfos verdaderos de los que pelearon contra los formidables enemigos , mundo , demonio y carne ? ¿ cuando verán ejércitos de combatientes vencedores , que van á empuñar las palmas de sus victorias , y á ceñir sus

zienes con la corona inmortal? ¿cuando vean que el mismo Jesucristo, Rey de reyes, lleno de gloria y majestad, saldrá al encuentro de sus compañeros en el padecer, y libres ya de todo temor y trabajo los sentará en su tribunal para juzgar á los miserables que desertaron de sus banderas, para servir al demonio, al mundo y sus gustos? ¿cuando puestos ya en eterna seguridad los justos al redor del trono del Señor, verán bajar precipitadamente á los infiernos á aquellos que en vida los persiguieron injustamente por causa de Dios? ¿cuando se verán ya siempre exentos de los temores de caer en la indignacion de su Salvador, y que en compañía de su Majestad se suben al cielo? ¿Cuánta será su alegría?

Ejercitantes: á mí no me es dado poderla explicar; porque al contemplarla, ni puedo comprenderla en su grandeza, ni mucho menos describirla: pensadlo vosotros. Pero sí puedo y debo exhortaros á que de tal modo vivais en este mundo los pocos dias que quedan de peregrinacion, que merezcáis en el dia del juicio final el inefable gozo de ver á Jesucristo con todo el esplendor de su majestad, y la dicha de estar en su compañía por eternidades en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMO.

LECCION.

De los Novísimos.

Ejercitantes : corriendo estas noches por punto de meditacion los Novísimos, voy á daros una ligera leccion acerca de estos cuatro últimos pasos, que precisa é indispensablemente tiene que dar todo hombre.

P. ¿Qué cosa es muerte?

R. No creais que la muerte es algun horrendo fantasma, ó alguna bestia feroz y espantosa. Se pinta como un esqueleto de cuerpo humano, para significar los efectos que causa: que son, consumirse las carnes por la corrupcion y gusanos, y quedar solo los huesos. Y se pinta con una cuchilla en la mano, para que entendamos que con la muerte se nos corta la vida, como con la cuchilla se corta el árbol.

P. ¿Causa dolores la muerte?

R. La muerte por sí no causa dolores. Porque no siendo ella otra cosa que una separacion del alma y del cuerpo, luego que los órganos de este se descomponen por cualquier accidente, el alma se lo deja sin dolor alguno.

P. ¿Cuándo tenemos de morir?

R. Solo sabemos que hemos de morir, pero no sabemos cuándo, ni cómo, ni en dónde, ni si será de enfermedad ó desgracia, ni si moriremos en nuestra cama ó en ajena. Jesucristo nos avisa que estamos prevenidos, porque en la hora menos pensada vendrá la muerte.

P. ¿Despues de la muerte á dónde iremos?

R. Al juicio.

P. ¿Cuántos juicios tendremos?

R. Dos: uno que se dice el juicio particular, y es, como ya se dijo, el que se hace á todo hombre en el momento que muere, y otro que decimos el juicio final ó universal, y es aquel en que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Jesucristo, cuando vendrá á juzgar todo el mundo en el último dia de los tiempos.

P. ¿Cuándo será esto?

R. Solo Dios lo sabe. Pero segun las señales que Jesucristo dice que han de preceder, ya debe estar muy cerca.

P. Y despues de uno y otro juicio, ¿qué se sigue?

R. Infierno, ó gloria.

P. ¿Qué es infierno?

R. Es un lugar de fuego y tormento en el centro de la tierra, á donde van á penar eternamente las almas de los que mueren en pecado mortal; y tambien irán sus cuerpos el dia del juicio final.

P. ¿Cuántos modos hay de penar en el infierno?

R. Dos: el uno se dice *pena de daño*, y el otro *pena de sentido*.

P. ¿Cuál es la pena de daño?

R. Es el no poder jamás ver á Dios. Y esta es la mayor pena de los condenados, por ser Dios la vida y centro del alma.

P. ¿Cuál es la pena de sentido?

R. La que padecen los condenados sufriendo los ardores de un fuego abrasador, soplado por la divina justicia; en comparacion del cual, el horno mas encendido no quema mas que si fuera pintado.

P. ¿Padecen de otro modo los condenados?

R. Sí: la memoria padecerá una cruelísima tristeza: el entendimiento padecerá un remordimiento de suma desesperacion; y la voluntad un odio tan grande contra Dios, que se consumirá en deseos de acabar con Dios, y de acabarse á sí mismo el condenado; pero inútilmente.

P. ¿Hay otro modo de penar á mas de estos?

R. Hay otros medios especiales de penar, correspondientes á los diferentes modos de pecar, y á los diferentes sentidos con que se pecó. Los ojos, los oidos, la lengua, el paladar, el olfato, las manos, y todo el cuerpo del condenado será particularmente atormentado en el sentido con que mas pecó. Así nos lo da á entender el evangelista san Juan cuando dice, que mandará Dios á los ministros infernales ¹, «que cuanto el condenado tuvo de gustos en el mundo, «tanto le den de llanto y de tormento.»

P. ¿Y habrá algun remedio ó esperanza en el infierno?

R. En el infierno no hay redencion.

P. Y la gloria ¿qué cosa es?

R. Y ¿quién podrá decirlo, cuando san Pablo, á quien en vida

¹ Apoc. xviii.

le manifestó Dios un poco de lo que en el cielo se goza, dijo al volver de su rapto ¹, «que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni cabe en entendimiento humano lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman y sirven?» ¿Cómo podré yo, que nada he visto, daros á entender ni aun medianamente lo que Dios tiene guardado en el cielo para nosotros si lo ganamos? Solo podré deciros que el evangelista san Juan, á quien el Señor en un rapto le dió á ver la ciudad de la gloria, la describe de esta manera ²: «Vi, dice, la ciudad santa de Jerusalem, que bajaba del cielo, adornada como esposa preparada para recibir al esposo. Sus muros eran todos de finísimo jaspé, trasparente como el vidrio mas purificado. Los fundamentos de esta ciudad estaban primorosamente embutidos de todo género de piedras preciosas. Los suntuosos palacios y magníficos edificios eran de purísimo oro, trasparente como el cristal mas limpio. El pavimento de las calles y plazas era tambien de claro y finísimo oro. Doce puertas que cortaban el muro á las cuatro partes del mundo, eran doce preciosas margaritas; y en cada una de ellas habia un Ángel por centinela. En medio de esta ciudad se levantaba un brillantísimo trono, solio de la majestad de Dios y del Cordero, de quien salia una claridad tan luminosa, que, sin necesidad de sol, reinaba un claro y eterno dia. Del pié del trono salia un rio de agua limpia como el cristal, que servia de utilidad y de recreo. Y en el nacimiento de este rio y en sus dos márgenes estaba plantado el árbol de la vida, cuyos dulces frutos se repetian todos los meses del año.» Esta es, ejercitantes, la imagen de la ciudad de la gloria.

P. ¿Y quién irá á la gloria?

R. Solo los que la hayan merecido.

P. ¿Cómo se merece?

R. Solo con guardar los mandamientos: así lo dice Jesucristo.

P. ¿Cuánto tiempo gozarán los santos de esta gloria?

R. Todo el tiempo que los condenados padecerán en el infierno, que será eternamente.

P. ¿En qué consiste que cuidamos, y trabajamos tan poco por alcanzar la gloria, siendo así que el mismo Jesucristo nos dice que el yugo de su ley es suave, y su carga ligera?

R. Porque el demonio nos ciega, para que no conozcamos los grandes premios que Dios tiene prometidos á los que le sirven en

¹ II Cor. II. — ² Apoc. XXV.

esta vida. Y esta ceguedad la padecen la mayor parte de los cristianos. Hermanos míos, entremos en reflexion ; hagamos de la gloria el aprecio que se merece ; busquemos á Dios ; amemos á Dios ; sirvamos á Dios en esta vida, y le gozaremos en la otra. Amen.

EJEMPLO.

En la vida de san Francisco de Borja se lee que habiendo muerto en Toledo en el año de 1539 la emperatriz Isabel, esposa del emperador Carlos V, Francisco de Borja, que era entonces duque de Gandía, virey de Cataluña y grande de España, estuvo encargado de llevar el cadáver á Granada. Al llegar allá abrieron la caja en que venia conducido para reconocerlo, á fin de que el Duque jurara que el rostro que se veía era el de la Emperatriz ; mas este rostro estaba tan desfigurado, que no fue posible reconocerlo ; además el cadáver exhalaba un hedor tan infecto, que nadie lo podía sufrir. No obstante Francisco de Borja hizo el juramento de costumbre, porque sus cuidados le garantizaban de que era verdaderamente el cuerpo de la Emperatriz.

Movido del feo espectáculo de que habia sido testigo, se decia á sí mismo : « ¿Dónde están aquellos ojos tan brillantes ? ¿en qué ha venido á parar aquella hermosura que admirábamos hace tan poco tiempo ? ¿Sois vos, D.^a Isabel ? ¿sois la Emperatriz, mi soberana y señora ? » La impresion que este espectáculo hizo en su alma no concluyó con la ceremonia. Pasó la noche siguiente sin dormir, y postrado en su cuarto, se decia á sí mismo derramando lágrimas en abundancia : « ¡ Oh alma mia ! ¿qué puedo yo buscar en el mundo ? ¿hasta cuándo iré tras de una sombra vana ? ¿En qué ha venido á parar esta Princesa que nos parecia tan hermosa, tan grande, tan digna de nuestros respetos ? La muerte, que ha tratado de este modo la diadema imperial, está á punto de herirme, y ¿no será prudente prevenir sus golpes, muriendo al mundo desde este momento, á fin de que en la hora de la muerte se salve mi alma ? » En seguida rogó al cielo le sacara del abismo de sus miserias, le iluminara, le fortificara con su gracia, y le hiciera amar constantemente á un amo de quien nada le pudiese jamás separar. — El dia siguiente oyó el elogio fúnebre que dijo el venerable Juan de Ávila, quien pintó con tanta uncion como energía la vanidad de las cosas del mundo, la nada de las grandezas humanas que nos escapan con la muerte, é hizo ver la locura de aquellos que ocu-

pándose en estas cosas se descuidan de su propia santificacion y salvacion. Este discurso acabó la conversion de Francisco de Borja ; renuncia la corte para entregarse mas libremente á la piedad , é hizo voto que si se le moria su esposa entraria en religion , como así lo cumplió , pues , muerta su esposa , entró en la Compañía de Jesús , y fue gran santo Francisco de Borja. Pensad todos en la muerte , juicio , infierno y gloria , y no pecaréis y seréis santos.

MEDITACION.

Del infierno.

Considera , cristiano , como las tres potencias del alma serán atormentadas en el infierno con imaginaciones sumamente melancólicas , con indecibles tristezas , rabias y desesperaciones , y con el remordimiento del gusano de la conciencia , que continuamente le estará royendo las entrañas , acordándose de cuán fácilmente pudiera haber evitado tantos males , y por cuán breves y viles deleites se privó de los bienes eternos. Y entre tantos tormentos dirá ¹ : « Luego « hemos errado el camino de la verdad. » Y esto , hermano mio , lo estarán ya confesando los que habrán llevado una vida semejante á la que tú llevas , y de tu misma edad , estado y condicion. Si esta confesion la hubieran hecho á su tiempo , les hubiera sido provechosa. Si tú has caido en los mismos yerros , aun estás á tiempo para enmendarlos. Aprovechate del consejo que nos da san Pablo ² : « Ahora que tenemos tiempo , obremos bien. » Ponte bajo la proteccion de la santísima Virgen María , que es refugio de pecadores , y pídele con muchas lágrimas que te alcance de su Hijo gracia para enmendarte , y ejecutar los buenos propósitos que hayas concebido , ó concibieres en estos santos ejercicios , á fin de que en tantos peligros que ofrece el mundo no se pierda tu alma.

Considera , ejercitante , que el condenado ha de sufrir un tormento particular y mas sensible en aquel miembro ó sentido con que mas haya pecado. Esos ojos , que ahora tanto se recrean con la vista de aquel sujeto que te embelesa , y de otras cosas peores , allí serán atormentados con horrendas tinieblas , y con la vista espantosa de los demonios. Ese olfato , que ahora tanto te deleita con los olores de la sensualidad , allí será mortificado con el hedor intolerable

¹ Sap. v. — ² Galat. vi.

que despedirán de sí los otros condenados, y con el olor insufrible del azufre encendido, en que nadarás tú mismo. Esos oídos, que con tanta delectacion aplicas á la conversacion deshonesta y á los cantares provocativos, serán atormentados con horribles clamores, maldiciones y blasfemias de tus furiosos compañeros. Esa boca, por la que ahora regalas y das pábulo á la lujuria, será amargada con hiel de dragones encendidos. Esas manos, esos piés, tu cuerpo entero, tantas veces revolcado en el deleite carnal, estará siempre tan penetrado de fuego, y mucho mas que lo está la barra de hierro que sale de la fragua chispeando. ¿Á quién recurrirás entonces para que te alivie? Á ninguno. Porque si recurres á aquel amigo que te favoreció para tus maldades, ó á aquella amiga que te decia que daria la vida por tí, estos serán allí tus mayores enemigos, y se verán en tan miserable estado como el tuyo. Y aguardándote un tan grande mal como este, ¿aun beberás los vientos en busca de unos gustos que han de parar en tanto padecer? ¿Aun, hombre avaro, te desvivirás por agenciar riquezas que te han de ahogar en aquel mar de fuego? ¿Aun, iracundo, te mantendrás meditando los modos de satisfacer tu ira con la venganza? Pues padecerás, rabiardas, te morderás, te maldecirás, y no sacarás mas fruto que esta exclamacion sin fruto: ¡Ah, mundo, y qué pago me has dado!

Pecador: considera bien que este es, y no otro, el pago que tendrás tú y todos los que como tú se dejan llevar de los atractivos engañosos de este mundo mentiroso. Y este tambien será el que tendrán todos los que, para hacer discípulos de sus libertades pecaminosas, propalan que eso de infierno es invencion de frailes melancólicos y clérigos fanáticos. Pero ¡ay! que de tales maestros, muchos están ya comiendo el amargo fruto de su falsa doctrina en el mismo infierno que no creyeron, y otros le seguirán muy pronto. Si tú, hijo mio, crees que hay infierno, ¿por qué no te empeñas de todos modos en no caer en él? ¿Por qué no te procuras apartar de todo lo que te lleva á fin tan desastroso? ¿Por qué no resuelves ahora mismo hacer seria penitencia de tus pecados? Esto es lo que á mí me espanta, y no la asombrosa penitencia que hicieron muchos santos. Estos no huyeron el cuerpo á los trabajos, los llevaron con paciencia, y se ejercitaron en heróicas mortificaciones para no caer en el infierno. ¿Por qué tú no haces algo á lo menos de lo que hicieron estos? Dime, hermano mio, ¿no es verdad que tienes merecido el infierno? ¿No es verdad que Jesucristo te amó tanto, que para librarte de él dió su sangre y su vida en una cruz?

¿No es verdad que has sido tan ingrato, que no has hecho otra cosa que injurarlo y pisar su sangre? Y sin embargo, ¿no es verdad que ha muchos años que te espera y llama á penitencia, y otros tantos que tú de cada día te haces mas rebelde á sus llamamientos? Ponte á pensar despacio en estas verdades; que si bien las meditas, pronto te llenarás de un santo temor, harás cuanto alcancen tus fuerzas para ser agradecido á tu Dios, y darás de mano al pecado, para ocuparte todo en amar y servir á Jesús tu Redentor. No te contentes con poco, ámale cuanto pudieres, sírvele con toda tu alma, y mortifica las pasiones segun tus fuerzas. Considera que todo cuanto puedes padecer en este mundo es nada, mirado á la luz de aquella inextinguible y eterna hoguera que tienes tan merecida. Por tanto, si estás enfermo ya no te quejes de Dios, aunque mas dolores te aprieten. Tampoco si estás pobre, miserable ó abatido; ni tampoco si te ultrajan ó persiguen injustamente: porque en esto te hace el Señor mas gracia de la que mereces, tomándolo en satisfaccion de tus culpas. Antes bien dile al Señor que te envíe cuantos trabajos y penalidades sean de su santísima voluntad, porque todo lo tienes bien merecido.

Para sacerdotes.

«Venerables sacerdotes, si todo pecador que tiene vida está obligado á Dios, ¿cuánto mas debemos estarlo nosotros, porque no solo «no nos tiró al infierno al primer pecado que hicimos, sino que nos «colocó entre los escogidos para su servicio? ¿Cuánto no deberémos «hacer para corresponderle? Suframós, pues, con resignacion «cuantos trabajos nos envíe el Señor, en descuento de nuestros pecados, porque mejor es padecer aquí, que no allá. Si nos persiguen, si nos insultan, si nos calumnian, llevémoslo todo con paciencia, que este debe ser nuestro pan. Nuestro divino Maestro, «después de habernos enseñado con su ejemplo, nos dice, como «bien sabeis ¹: «El que quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sígame.» Y en otra parte ²: «Si os persiguieren y dijeren todo mal «contra vosotros, por mi causa, mintiendo, alegraos y regocijaos, «porque vuestra recompensa será grande en el cielo.» Amados «mios, jamás nos olvidemos de esta magnífica promesa.»

JACULATORIAS.

¡Oh Salvador de mi alma! si los Santos, siendo justos, tanto hi-

¹ Matth. xvi. — ² Ibid. v.

cieron por no dar en el infierno, ¿qué deberé yo hacer, siendo tan gran pecador, y teniéndolo tan merecido?

¡Oh pacientísimo Jesús! Ya sé lo que debo hacer, y Vos quereis. Sujetaré mis potencias á vuestros mandamientos, reprimiré mis apetitos, y mortificaré mi carne, para que viva sujeto al espíritu, á la razon y á vuestra ley.

¡Oh Jesús amantísimo Padre mio! Dignaos, Señor, de tirar sobre mí un rasgo de vuestra infinita misericordia. Castigadme aquí, pero no en la cárcel de los réprobos. Oidme, Señor; arrepentido de mis pecados, os digo que me pesa en el alma haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el infierno.

Ejercitantes : «Entonces dijo el rey á sus criados : ligado de piés «y manos, echadlo á las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y rechinar de dientes¹.» Esta es la sentencia que dice Jesucristo dió aquel rey al que entró en las bodas sin la vestidura nupcial. Dándonos á entender con esta parábola, que tambien será esta la sentencia que tendrá el cristiano que muera en pecado mortal. Será arrojado al fuego del infierno y para siempre. ¡Qué decreto tan terrible! ¡Qué destino tan miserable! Infierno, ¿quién podrá concebirte? Yo no puedo, amados míos, decir mas sobre lo que habeis oido en el punto de meditacion; sino que de todos los males ninguno hay tan grande como el de estar uno condenado. Porque ¿qué es un condenado? Es un infeliz privado de todos los bienes, oprimido de todos los males y atormentado en todos tiempos.

De todos los bienes que goza el pecador en esta vida, ninguno le seguirá á la otra. Así nos lo advierte el Espíritu Santo en el libro de Job, cuando hablando de un rico impío dice², que en muriendo nada llevará consigo. Por mas placeres que goce en este mundo, y por mas rodeado que se vea de conveniencias, no hallará en el último momento de su vida ni siquiera una sombra de su pasada felicidad. Lo mismo nos enseñó Jesucristo en la parábola del rico comedor³. Despues de haber hecho el Salvador una magnífica pintura de los bienes y placeres de este rico durante su vida, concluye diciendo : «Murió este rico, y fue sepultado en el infierno.» Dejemos

¹ Matth. xxii. — ² Cap. xxvii. — ³ Luc. xvi.

nosotros que su cuerpo se pudra en el sepulcro, y vamos á considerar la pobreza de su alma. Está tan pobre, que ya no le queda sino la memoria triste de sus riquezas, de sus gustos y de su gloria pasada. Está tan pobre, que se ve obligado á pedir siquiera una gota de agua, para hallar algun refrigerio en las llamas que le abrasan, y se le niega hasta la esperanza de conseguirla. Ved aquí, amados mios, el estado infeliz á que estará reducido todo réprobo desde el momento de su condenacion. Apenas lo habrá condenado el Señor, cuando se verá despojado de todos los bienes que gozaba durante su vida. Para él, aunque haya sido el hombre mas poderoso, no habrá ni mas honores, ni mas dignidades, ni mas amigos, ni mas diversiones, ni mas deleites, ni mas riquezas, ni siquiera una sola gota de agua. De manera, que las mismas cosas que sirvieron de instrumento al hombre para ofender á Dios, servirán de instrumento á Dios para castigarle. Esta es la pobreza de bienes temporales que padecerá el alma en el infierno. ¿Y la pobreza de bienes espirituales? ¡Ah, y qué extremada será! Para ella ya no habrá ni gracia, ni Sacramentos, ni oraciones, ni sufragios, ni medios de convertirse, ni esperanza de salvacion; se pasó el tiempo del mérito y de la penitencia: ninguno obtendrá de misericordia; porque en el infierno no hay redencion. El mismo Espíritu Santo lo dice por el real Profeta ¹.

Ejercitantes: habeis visto ya que un condenado es un miserable privado de todos los bienes: ahora veréis tambien como está oprimido de todos los males. Es artículo de fe, que al momento que el pecador muere en su pecado, su alma es condenada al fuego del infierno, en donde aquellas voraces llamas obrarán inmediatamente sobre ella, hasta que en el dia del juicio universal se reuna con su cuerpo; y despues de esta reunion obrarán tambien sobre su cuerpo. Y siempre se verificará que el condenado es oprimido de todos los males. Todas sus potencias serán atormentadas: su memoria con el recuerdo de sus pecados, su entendimiento con el pensamiento de que sus tormentos serán sin fin; y su voluntad con el sentimiento de que no puede acabar con Dios que le castiga. En el cuerpo, cada miembro tendrá su particular suplicio. Los ojos que fueron llenos de adulterio, á las llamas de amor impuro en que se abrasaron sucederán otras de un fuego que nunca se apagará. El olfato del sensual que se recreó con los olores de la lascivia, sufrirá toda la

¹ Psalm. vi.

hediondez y podredumbre de aquel ardiente calabozo. Las bebidas y manjares delicados del gloton, serán sed abrasadora, hambre rabiosa, sorbos de fuego y hiel de dragones. Las manos del impúdico que se recrearon en torpes tocamientos, se convertirán en ascuas del mas encendido fuego. ¿Quién será capaz de pintar distintamente todos los males que cargarán sobre el condenado? Aquel mismo rico de quien habla el Evangelio, no pudiendo explicar todo el peso de males que sufría, solo se expresó con esta lamentacion : *Me que-mo, me abraso en estas llamas.*

Pecador : considérate en este estado tan espantoso. Tu cuerpo, tu alma, tus potencias, todo está en vivo fuego. Abre los ojos de la razon á la triste luz de estas llamas : estás amenazado de esta desdicha por Jesucristo : ¿te atreverás á pecar? ¿te podrás mantener en aquel fuego devorador, y habitar entre aquellas llamas sempiternas? Tú, que no puedes sufrir por un minuto el pequeño ardor de una chispa de nuestro fuego, ¿podrás tolerar por toda una eternidad los ardores del horno del infierno, en cuya comparacion la mas encendida hoguera de acá es un copo de nieve? Piénsalo bien : y al mismo tiempo no olvides que te he dicho *por toda una eternidad.* Porque esta circunstancia es la que agrava en infinito los males y la infeliz suerte del condenado. Por extremadas que sean las penas que sufren los condenados, se podrian tolerar si hubiesen algun dia de acabarse. Pero no será esto ; porque Nuestro Señor Jesucristo en diferentes partes de su Evangelio nos asegura que el fuego que quemará á los réprobos como paja, será inextinguible¹, que serán atormentados por todos los siglos, y que no tendrán alivio ni fin sus tormentos. Todo lo que los condenados podrán desear en este cúmulo de males será ser aniquilados para no sentirlos. Á esto los llevará inútilmente su desesperacion : caminarán á la muerte, y nunca llegarán á ella ; aborrecerán su vida, y no podrán destruirla ; morirán y vivirán á un tiempo : el dolor permanecerá, y su naturaleza siempre subsistirá para sentir siempre el dolor. Estas cosas son terribles al oirlas, ¿pero cuánto mas terribles serán para los que las padecieren ? ¡ Sufrir tanto, y en todos los tormentos ! ¡ Sufrir tanto y sin alivio ! ¡ Sufrir en cada uno de los males todo el peso de la eternidad ! ¡ Ah ! esto es para los condenados un aumento de dolor que no se puede explicar.

Ejercitantes : acabemos este razonamiento con las palabras de san

¹ Apoc. xx.

Agustin que dice : « Cualquiera que no despierta al ruido de este « trueno, no está dormido, está muerto y es insensible. » Sí, pecador : si el terror del infierno no te convierte, ninguna cosa te convertirá. Piensa seriamente que tal vez habrá ya en aquellos fuegos eternos algunos de tus amigos que ya están pagando los delitos que cometieron. Tú aun no estás en este caso. Ellos fueron hombres sin fe, sin piedad, borrachos, pendencieros, vengativos, deshonestos, jugadores, usureros : murieron en su pecado, y para ellos ya no hay lugar de arrepentimiento. Tú aun vives, y aun puedes mudar de vida. Conviértete, hijo mio, haz penitencia de tus pecados, hazla pronto, y sea tan verdadera y constante, que dure hasta la muerte, te libre del infierno y te conduzca á la gloria. Yo te lo deseo. Amen.

EJERCICIO UNDÉCIMO.

LECCION.

De los pecados capitales.

Ejercitantes : En la leccion antecedente os enseñé la malicia del pecado sobre sus diferencias y sobre los modos con que se cometen : á saber, por pensamiento, palabra y obra. Pero como todos los pecados que se hacen no son sobre una misma materia, el Catecismo de la doctrina cristiana nos enseña las siete cabezas principales de donde todos dimanen ; y por eso se llaman capitales, que quiere decir que cada uno de ellos es cabeza de otros muchos. Y son siete :

El primero, Soberbia.

El segundo, Avaricia.

El tercero, Lujuria.

El cuarto, Ira.

El quinto, Gula.

El sexto, Envidia.

El séptimo, Pereza.

P. ¿Qué es Soberbia?

R. Es un apetito desordenado que tiene el hombre de parecer ó ser tenido por mas que otros. Y para lograr su intento se vale de muchos modos opuestos á la caridad, que se dicen hijos de la soberbia. El soberbio es sumamente aborrecido de Dios, y su sentencia está ya pronunciada por Jesucristo, que dice en su Evangelio ¹: «El que se exalta será humillado.»

Á este vicio se opone la virtud de la humildad, que consiste en que pensemos bajamente de nosotros mismos ; que nos tengamos por nada en la presencia de Dios ; que creamos que si algo de bueno hay en nosotros, lo debemos al Señor ; y que el mas mínimo de nuestros hermanos, delante de Dios, puede ser mas grande que

¹ Matth. xxiii.

nosotros por su humildad : pues el mismo Señor dice, «que el que se humilla será exaltado.»

P. ¿Qué es Avaricia?

R. Un apetito desordenado á los bienes temporales.

El que es avariento está siempre dispuesto á tragarse cuantos pecados proceden de este vicio. Porque si le conviene desconoce á los amigos, á los hermanos, y aun á su mismo padre. Él negociará engañando á todo viviente. Él mentirá y perjudicará para vender caro y comprar barato. Y él traspasará todos los mandamientos de Dios y de la Iglesia. San Pablo dice ¹ : «Los que quieren hacerse ricos caen en la tentacion y en el lazo del diablo.» Y Jesucristo dice ² : «¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?»

Contra este vicio está la liberalidad ó voluntario desprendimiento de los bienes temporales. Y á la práctica de esta virtud ayuda mucho pensar que pronto nos hemos de morir, y dejarlo todo á quien no será agradecido. Jesucristo, recomendándonos esta virtud, nos dice : «Dad prestado á vuestro hermano, y nada recibais de él por el favor que le habeis hecho.»

P. ¿Qué es lujuria?

R. Apetito torpe á cosas carnales.

Este vicio es tan abominable á los ojos de Dios, que, como dice san Pablo, ningun cristiano debia conocerlo ni aun nombrarlo. Por lujuria se entiende todo pensamiento, palabra, obra ó accion que se dirige á cosa torpe y deshonesta.

Á este vicio se opone la virtud de la castidad, que consiste en apartarse de todas aquellas cosas en que se ceba la lujuria, como son conversaciones deshonestas, miradas torpes, aun en la propia carne, concurrencias á espectáculos profanos y provocativos, contemplacion de pinturas indecentes, el roce familiar y libre con persona de otro sexo, la ociosidad, la destemplanza en comer y beber y las malas compañías. Tambien es remedio contra este vicio la contemplacion del Señor clavado en la cruz por nuestros pecados.

P. ¿Qué es la Ira?

R. Apetito de la propia venganza.

Este pecado suele dañar á dos á un mismo tiempo. Si la ira queda en el corazon sin salir á la parte de afuera, solo daña al iracundo. Pero si sale fuera, daña al prójimo contra quien se dirige con

¹ I Tim. vi. — ² Luc. ix.

insultos, amenazas, palabras injuriosas, ó con otros malos tratamientos.

El remedio de este vicio es la virtud de la mansedumbre. El mismo Jesucristo nos enseñó con su palabra y ejemplo. «Aprended de mí, nos dice ¹, que soy manso y humilde de corazón.» Debemos ser blandos, disimulados, sufridos, moderados y pacientes con nuestro prójimo. Y cuando por algun encuentro sentimos que nuestra alma se altera con movimientos de ira, aplaquemos aquel sentimiento con la reflexion de que por la puerta del cielo no cabe un corazón hinchado de la ira.

P. ¿Qué cosa es la Gula?

R. Apetito desordenado á la comida y bebida.

Cuando un hombre se entrega al exceso en comer y beber, regularmente se comporta con acciones y ademanes ridiculos é indecentes, contrarios en todo á la modestia de un hombre cristiano y honrado. Y si llega á perder el conocimiento, ya no es hombre ni aun bruto, sino un tronco.

El remedio de este vicio es la templanza. Esta virtud consiste en no comer ni beber mas que lo preciso para el necesario mantenimiento del cuerpo, atendida la complexion, necesidad y disposicion de la persona. Y por eso el Espíritu Santo nos aconseja ²: «No comas hasta hartarte; y si bebes vino, sea con moderacion; porque el demasiado vino trae consigo irritaciones, riñas y muchos daños para el cuerpo y para el alma.»

P. ¿Qué es Envidia?

R. Es tristeza del bien ajeno.

Este pecado es entre todos el de menos sustancia; porque se reduce á un disgusto que siente el envidioso al ver que su prójimo posee ó está en estado de llegar á poseer ventajas temporales ó espirituales de que él carece. Y resintiéndose de esto su amor propio, toma aversion á aquella persona, denigra sus buenas prendas, apoca sus méritos, murmura de sus acciones y se alegra de sus trabajos.

Contra este vicio está la caridad. Dios nos manda que amemos al prójimo como á nosotros mismos, y que no le hagamos ni deseemos mal alguno. La práctica de esta virtud es tan necesaria para lograr la salvacion, que, como dice san Juan ³, «el que no ama á su prójimo, ya está muerto para el cielo.»

¹ Matth. xi. — ² Eccli. xxxv. — ³ Cap. iii, 14.

P. ¿Qué es Pereza?

R. Es flojedad y tibieza en las cosas que son del servicio de Dios. Por este vicio dejamos de cumplir con nuestras obligaciones, en vez de llenarlas con exactitud y fervor.

El contrario de este vicio es la diligencia. Y á la práctica de esta virtud nos estimula el pensamiento de que un cristiano perezoso en el servicio de Dios es, como dice el apóstol Santiago ¹, «un hombre muerto para el cielo.» El pensamiento de que el tiempo que se nos da para merecer es muy limitado, y el tener siempre en memoria que el reino del cielo no se dará sino al que trabaje hasta el fin para lograrlo, es el remedio contra la pereza.

Aprovechémonos de él, tomemos afición á las cosas buenas y ejercicios devotos, y así podremos ganar el cielo. Amen.

EJEMPLO.

Un cierto jóven atravesaba un bosque. Á poco de haberse internado, se le presentó un mónstruo horroroso que tenia el cuerpo de leon y siete cabezas de serpiente. El animal, al salir de su cueva, fué directamente al jóven caminante con ojos centelleantes dando silbidos espantosos: el jóven, que era robusto, no se espantó al ver aquel mónstruo, sino que se armó con el hacha que llevaba y se parapetó detrás de un árbol. Embiste el mónstruo, el jóven le hace cara, le descarga el golpe y le corta una cabeza, da vuelta al árbol y le encuentra otra vez, descarga otro golpe y le corta segunda cabeza, y así dando vueltas al árbol y golpes al mónstruo, le cortó seis cabezas y cayó el mónstruo medio desangrado con una sola cabeza. Se fué el jóven, sin cuidarse de cortar la única cabeza que á aquel le quedaba, creyendo que el mónstruo ya quedaba muerto. Apenas hubo andado un trecho de camino, reanimándose el mónstruo se echó con furia infernal sobre el jóven, le cogió con sus dientes mortíferos, y le arrastró á su cueva, donde le devoró.

Hé aquí la explicacion de este ejemplo: El mónstruo de siete cabezas son los siete pecados capitales: el jóven caminante es un fervoroso cristiano: el hacha de que está armado, es la mortificacion con que embiste al mónstruo y le corta las cabezas no consintiendo en las tentaciones: el árbol á que se arrima y cerca del cual da vueltas, es el árbol de vida Jesucristo con que se escuda por la

¹ Jacob. xx.

oracion, y cuyos frutos come, recibiendo los santos Sacramentos. Mientras así continúa, todo va bien; pero ¡ay de mí! el joven deja sin cortar la única cabeza del monstruo, se aparta del árbol, y entonces el monstruo se reanima y acaba con el joven. ¡Ay del cristiano que deja una sola cabeza del monstruo sin cortar, esto es, una sola pasion sin mortificar! ¡Ay del cristiano que se apartará de Jesucristo, que no frecuentará los santos Sacramentos y omitirá la oracion! El monstruo infernal acabará con él y se lo llevará á la cueva del infierno, donde será atormentado por toda la eternidad.

MEDITACION.

De la gloria.

Considera, cristiano, que la gloria es un lugar cuyos habitantes tienen por bienes al mismo Dios. Es un pueblo dichoso que en la posesion de su Dios tiene todas las cosas. Allí veremos á Dios, poseeremos á Dios, amaremos á Dios y gozaremos de Dios. Lo veremos cara á cara, porque no habrá velo que nos lo encubra. Lo poseeremos sin inquietud, porque no temeremos el perderlo. Lo amaremos siempre, porque él será siempre el que llenará enteramente nuestro corazon. Y lo gozaremos sin enfado, porque á cada instante descubriremos en él nuevas perfecciones. Aunque Dios siempre es el mismo en sí mismo, lo admiraremos siempre con variedad hacia nosotros. Y por eso dice san Juan ¹, que los bienaventurados cantan siempre cánticos nuevos. Viendo y poseyendo á Dios en el cielo, vendremos á ser parecidos á él, santos, puros, sábios, poderosos y dichosos como su divina Majestad, sin otra voluntad, afectos ni deseos, sino los suyos.

¡Cuándo será, Jesús mio, el día que yo goce esta gloria, de que Vos sois el principal objeto! ¡Cuándo será aquel día en que yo vea vuestro divino rostro y os contemple cara á cara! ¡Cuándo llenaréis mi alma del torrente de delicias que inunda la ciudad santa de la gloria! ¿Hasta cuándo mis enemigos me han de insultar diciendo, en dónde está tu Dios? Confundidlos, Señor, y consoladme contentando mis deseos y llenando mis esperanzas. Porque os confieso, Jesús mio, que Vos sois solo el que puede llenar mi corazon. Yo sé, Dios mio, que no se os puede ver sin morir, y consiento en esto con

¹ Apoc. xiv.

toda mi voluntad. El golpe de la muerte será para mí golpe de gracia. Haced, Señor, que yo muera para veros, ó que os vea para morir.

Considera, hermano mio, que en la ciudad de la gloria destinada por Dios no solo para tener en ella su trono, sino tambien para honra y gloria de los justos, no solo glorificará sus almas, sino tambien sus cuerpos. Nuestra carne, esta carne que por su vileza parecia estar en un establo, quiere el Padre de las misericordias que sea colocada entre los Ángeles; y así como participó de los trabajos del justo, participe tambien de su dicha. Así, pues, como todos los sentidos de los condenados tendrán en el infierno un dolor y pena especial; así cada sentido y miembro del justo tendrá su deleite y gloria particular. Contempla tambien el contento que tendrás con la compañía de tantos bienaventurados, y con la vista del fulgentísimo cuerpo de Jesús y de aquella brillantísima cruz en que obró nuestra redencion. ¿Y qué gozo no te causará la paz inalterable, la estrechísima union y el grande amor que reina entre aquellos dichosos ciudadanos, todos sin envidia, y cada uno contento con su gloria? Y al oir esto, ¿no formas ya un gran deseo de verte en la casa y presencia de aquel Señor, en cuya cara desean mirarse los Ángeles? Y si tanto gozo te hará la vista de estos y demás bienaventurados, la de la santísima Virgen María en todo el lleno de gloria, y la de la sacratísima humanidad de Nuestro Señor Jesucristo mas resplandeciente que mil soles; ¿qué gozo será el tuyo al ver con toda claridad la esencia de Dios, que es en lo que consiste la mayor gloria del cielo? Si las hermosuras de la tierra tanto embelesan al que las contempla, ¿cuánto embelesará al justo la vista clara de Dios, que es el origen y lo sumo de todas las bellezas?

Considera tambien cuánto será tu contento, si te ganas la gloria, al ver el hermosísimo rostro de Jesús. ¡Oh! y cómo, solo por esta vista, darás por bien empleados todos los trabajos que llevaste con paciencia y resignacion, y cuanto el mundo y el demonio te hayan hecho padecer por causa del Señor! ¡Oh! bien empleado, dirás, el perdon que concedí á mi enemigo, la limosna que dí al pobre, y aquella ropa con que tapé al desnudo! ¡Oh! dichoso mi recogimiento y mi separacion de los bullicios y pasatiempos del mundo! ¡Oh! mil veces felices todas mis mortificaciones, que siendo tan cortas en entidad y duracion, me han traído, Señor, á vuestra vista que tanto he deseado!

Ahora, hermano mio, imagínate que Jesús te dice con una afa-

bilidad y dulzura inefable : « Levántate , alma dichosa , paloma mia , « esposa mia ; levántate y ven á ceñirte la corona de gloria que te « tengo prevenida ; ven , hija mia , ven y estarás conmigo por toda « la eternidad : ya se acabaron los trabajos ; ya para tí todo será « gloria y descanso. » Y que al oir esto los Ángeles y Santos , gozosos te dan todos la enhorabuena , y con ellos tambien la santísima Virgen María. ¿ Cuánto gozo tendrás al ver tu cuerpo mas claro y trasparente que el cristal mas limpio , y mas resplandeciente que el sol de mediodía , dotado de tanta sutileza que penetrará todo el globo de la tierra con la misma facilidad que pasa la luz por un cristal ? Ya no estará sujeto á dolor ni indisposicion alguna , ni tendrá hambre , ni sed , ni cansancio , y su ligereza será tanta , que en menos tiempo que un cerrar y abrir de ojos pasará distancias inmensas. Por mas que diga , ejercitantes , nada diré que sea capaz de daros una idea clara de lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le sirven y aman. Amémosle , sirvámosle , y tendremos la dicha de gozarle.

Para sacerdotes.

« Señores sacerdotes , hermanos mios : si á todos dice Jesucristo , « que en donde él está , tambien estará su siervo : si tanta gloria gozarán todos los justos en compañía del Señor , ¿ cuánta será la de « un fiel sacerdote que haya cumplido bien con los deberes de su « ministerio , habiendo asegurado el Señor que él mismo y su gloria será la recompensa ? ¿ Cuál será su gozo al verse distinguido « de los demás bienaventurados con el brillantísimo carácter sacerdotal , premiado con una medida la mayor y mas colmada , como « dice nuestro Salvador ¹ , y honrado mas que otros por haber sido « su ministro en la tierra ? ¡ Oh ! y cómo bendecirémos el decoro y « fortaleza con que llevamos la pesada estola sacerdotal , y alabaremos al Señor que tan liberal nos ha premiado con otra de inmortal gloria ! Trabajemos , pues , ahora en la viña del Señor , y al fin « de nuestra carrera nos hallarémos con una corona de gloria duplicado mayor que la de tantos otros. »

JACULATORIAS.

¡ Oh divino Salvador ! como el ciervo desea las fuentes de las

¹ Sophon. 1, 15.

aguas, así mi alma desea á Vos, Padre mio. ¿Cuándo será aquel día en que yo pareceré en tu presencia para saciarme de tu gloria?

¿Cuándo, dulce Jesús mio, se romperá la cadena de esta carne, para volar á Vos que sois el centro de mis deseos?

Confieso, Padre mio, que por mis pecados he desmerecido la gloria que me teneis prometida. Pero confío en vuestra palabra que me perdonaréis, porque arrepentido ya de mis culpas, las detesto, y digo de todo corazon que me pesa, Señor, de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la gloria.

Ejercitantes : despues de haber contemplado en el punto de meditacion el inefable cúmulo de bienes que Dios tiene preparado en el cielo para sus escogidos, acaso querréis preguntarme de qué medios os valdréis para llegar á la posesion de tanta felicidad. Jamás hubiera cabido en entendimiento humano poder excogitar medios para que el hombre pudiese venir al goce de los bienes celestiales, si el mismo Jesucristo no nos hubiese enseñado el modo. El Señor, que solo por un efecto de su bondad nos llamó para el cielo, él mismo nos abrió el camino, nos enseñó con su ejemplo el modo de ir por él, y aun quiso ser nuestro conductor. Oid lo que nos dice en el Evangelio de san Lucas, y esta es la respuesta que yo daré á vuestra pregunta. «Si alguno, dice ¹, quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, lleve su cruz cada dia y sígame.» Ved aquí, amados mios, cifrados en pocas palabras todos los medios y modos de que debeis valeros para llegar á la posesion de los bienes eternos. El primero es negaros á vosotros mismos. El segundo, llevar vuestra cruz cada dia. El tercero, seguir al Señor. Detengámonos un poco en entenderlos bien, porque fuera de estos no hay otros medios.

Querréis saber qué quiere decir negarse uno á sí mismo. Esto no es otra cosa que negarse ó renunciar el hombre á sus propios deseos y apetitos cuando son desreglados, y desprenderse de todo lo que acá en la tierra nos lisonjea y nos induce á seguir las inclinaciones de nuestra naturaleza corrompida por el pecado. Renunciar de sí mismo, es resistir al apego y deseo que tenemos de cosas tempora-

¹ Cap. ix.

les y aficionar nuestro corazon á las eternas. Y este desprendimiento, esta renuncia de nosotros mismos que el Señor exige para darnos los bienes del cielo, es lo que dice pobreza de espíritu y de corazon ó pobreza voluntaria. Es aquella pobreza de la que dice Jesucristo ¹ : « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. » Y esta pobreza de espíritu es, y no los bienes del mundo, lo que hará al hombre bienaventurado para siempre. Debeis, pues, entender que la pobreza que conduce al cielo es un generoso desapego de los bienes de la tierra. Si acaso los teneis, no pongais vuestro corazon en ellos : servíos de ellos enhorabuena ; pero solo como quien los usa y no como quien los goza. Tomad para vosotros lo necesario, y lo supérfluo dadlo á los pobres. Y si acaso llegais á perderlos, llevadlo con paciencia inalterable, contentándoos con vuestra suerte ; y no procureis salir de ella por medios injustos : poneos en manos de la divina Providencia, y ella os proveerá de lo necesario para vuestra jornada, hasta que llegueis á la patria celestial. Esta es la pobreza que Jesucristo quiere en nosotros, y esto es negarse á sí mismo. Feliz el que haya dado este primer paso en su salvacion ; porque en verdad está ya muy adelantado, pero es preciso entender que esto no basta.

Es necesario, dice el Señor, que todos los dias llevemos nuestra cruz ; es decir, que precisamente y de continuo hemos de mortificar nuestras pasiones para llegar un dia á gustar los placeres del cielo. No basta que llevemos nuestra cruz una semana, un año ; hemos de llevarla todos los dias de nuestra vida. Mas no os espanteis por esto, amados míos, sino alentaos de cada dia mas, porque será inefable la recompensa. Si leéis las vidas de los Santos, veréis cuánto han padecido los mártires, confesores y vírgenes por gozar de los consuelos perdurables de la gloria. Cuántos quisieron mas perder la vida en los tormentos, que perder la eterna felicidad por una accion cobarde y pecaminosa. Cuántos por lo mismo han sufrido con invicta paciencia malos tratamientos, irrisiones, cadenas y prisiones. Cuántos se han dejado apedrear, quemar y despedazar. No se nos piden á nosotros semejantes pruebas, ni al presente estamos expuestos á las persecuciones de los tiranos. Pero sin embargo, es necesario que nos cueste algo llegar á la felicidad de los santos. Si queremos coger la misma cosecha que ellos, es necesario que sembremos lo mismo que ellos sembraron. Ellos, como dice el real Pro-

¹ Matth. v.

feta ¹, sembraron lágrimas y gemidos, justo es que cojan el fruto de los goces y placeres eternos. Todo esto quiere decir, que para alcanzar el reino del cielo es preciso hacerse violencia, llevar la cruz y llevarla con perseverancia. Y tambien es necesario seguir á Jesucristo.

Nadie puede salvarse, amados míos, si no se conforma con este divino modelo; lo dice san Pablo. Y en el Evangelio de san Mateo leemos que, acercándose un día á nuestro Salvador la madre de los apóstoles Santiago y san Juan, diciéndole al Señor que hiciese que sus dos hijos se sentasen con él en su reino, uno á su derecha, y otro á su izquierda; volviéndose á ellos su Majestad les dijo ²: «Y bien, mis amados discípulos, ¿podréis beber el cáliz que yo he de beber?»

Ejercitantes: figuraos vosotros ahora que os dijera Jesucristo: y bien, vosotros que quereis ir al cielo ¿podréis beber mi cáliz? Sabed, pues, que está lleno de hiel y de amargura: hombres delicados y sensuales, si quereis ir al cielo, es preciso que lo bebais. En el fondo de este cáliz hay oprobios, injurias, afrentas, burlas, menosprecios y todo género de tormentos: ¿quereis ir al cielo? Es preciso que lo bebais. ¿Qué responderéis, amados míos? No os equivoqueis en la respuesta, porque no hay eleccion. Podemos, debeis decir, como dijeron Santiago y Juan: podemos con vuestra gracia; porque estamos ciertos de que solo con esta condicion podremos reinar con Vos en el cielo. Sí, ejercitantes, eso es una verdad infalible. Hombres viciosos, desengañaos de vuestras vanas esperanzas; porque es de fe, que si no os negais á vuestros desordenados gustos, si no llevais la cruz de la mortificacion, si no seguís con la imitacion á Jesucristo, no podeis entrar en el reino de los cielos.

Valor, pues, amados míos. En la casa del Señor hay muchas sillas que dejaron vacías los ángeles que prevaricaron, y han de llenarlas los hombres justos. Hagamos todos los esfuerzos posibles para llenar uno de estos lugares de descanso. Démonos prisa á merecer aquella eterna bienaventuranza. Apresurémonos, doblemos el paso y no perdamos tiempo; porque la noche de la muerte viene cerca, y entonces ya no podremos trabajar para el cielo. Allí encontraremos unos bienes que nadie nos podrá quitar; unos deleites que nunca se acabarán, y unos honores verdaderos y eternos. Trabaje-

¹ Psalm. cxxv. — ² Matth. xx.

mos para hacernos dignos de ellos, despegando nuestro corazon de cuanto hay sobre la tierra, llevando con paciencia nuestra cruz, y siguiendo á Jesucristo que es nuestra guia. Y de este modo tendremos la dicha de reinar con él eternamente en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO DUODÉCIMO.

LECCION.

De la oracion.

Ejercitantes : hasta aquí os he instruido de los principales misterios y verdades de nuestra santa Religion contenidos en la primera parte de la doctrina cristiana , que nos enseña lo que debemos creer. Ahora hablaremos de lo que se nos enseña en la segunda parte, que se reduce á saber lo que debemos pedir , y cómo hemos de pedir ; esto es, de cómo hemos de orar.

P. ¿Qué es oracion?

R. Oracion no es otra cosa que levantar el corazon á Dios, y pedirle mercedes espirituales ó corporales. El mismo Jesucristo nos enseñó con su ejemplo la práctica de esta virtud. Pues en la noche de la última cena , sabiendo que los judíos vendrian á prenderle para quitarle la vida , salió al huerto de Getsemaní , y postrado en tierra le pidió á su Padre que si era posible no le diese á beber el cáliz de la pasion que le tenian preparado sus enemigos.

P. ¿Nos es necesaria la oracion?

R. La oracion nos es tan necesaria , como que ella es la llave del cielo y el canal por donde nos bajan todas las gracias. Nuestro Señor Jesucristo nos la manda en varias partes del santo Evangelio ; y el apóstol san Pablo ¹ tambien nos encarga que oremos sin intermision.

P. ¿De cuántas maneras es la oracion?

R. De dos : oracion mental y oracion vocal.

P. ¿Qué es oracion mental?

R. La que se hace solo con el corazon , levantando nuestra consideracion á Dios en silencio.

P. ¿Qué es oracion vocal?

R. La que hacemos á Dios con el corazon , y al mismo tiempo la expresamos con palabras.

¹ I Tim. v.

P. ¿Son muchas las oraciones que usa la santa Iglesia?

R. Son muchas ; pero la principal de todas es la oracion del Padre nuestro.

P. ¿Quién hizo la oracion del Padre nuestro?

R. Cristo nuestro Señor.

P. ¿Y para qué la hizo?

R. Para enseñarnos á orar. «Así babeis de orar, dijo Jesucristo á los Apóstoles ¹ : Padre nuestro, que estás en los cielos : » con todo lo demás que se dice en esta oracion.

P. ¿Cómo hemos de orar para que nuestra oracion sea bien hecha?

R. Para que nuestra oracion sea bien hecha y oida del Señor debe ir acompañada de cuatro precisas circunstancias, que son, bondad, humildad, confianza y perseverancia. Y si falta alguna de ellas, la oracion no será buena, ni alcanzaremos lo que pedimos á Dios.

P. ¿Cuándo diremos que nuestra oracion tiene bondad?

R. Cuando pedimos cosa buena y con buen fin. Porque si se pide cosa que es contraria á la ley de Dios, ó aunque no lo sea, si se pide para hacer mal uso de ella, la oracion no es buena ni será oida ; porque es imposible que Dios ayude y favorezca para cosa mala.

P. ¿Cómo tendrá humildad la oracion?

R. Si se hace con conocimiento de nuestra bajeza, y de la grandeza del Señor á quien pedimos. Y entonces Dios concederá lo que pedimos, si nos conviene. Porque, como dice el apóstol Santiago ², «Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia.»

P. ¿Cuándo llevará confianza la oracion?

R. Diciéndonos el Señor que pidamos, y recibiremos ; el pedir sin confianza es lo mismo que no dar entero crédito á su palabra : y de esto se ofende mucho su Majestad. Debemos siempre pedir con confianza de que Dios nos hará la gracia, si nos conviene. Y por eso, cuando presentaron á Jesucristo un paralítico para que lo curase, lo primero que le dijo fue : «Confía, hijo.» Y viéndole confiado, añadió : «Tus pecados son perdonados.» Y á un tiempo le dió la salud del alma y la del cuerpo ; porque á los que piden bien, acostumbra el Señor darles mas de lo que piden.

P. ¿Qué es oracion con perseverancia?

¹ Matth. vi. — ² Cap. iv.

R. Es pedirle á Dios constantemente, sin dejarlo de hacer, porque Dios no nos concede luego la gracia que se le pide. Pues siendo voluntad del Señor hacernos participantes de su beneficencia, á las veces retarda la gracia por el gusto que tiene en que le pidamos. El mismo Jesucristo, para alentarnos á ser perseverantes en la oracion, propuso á sus discípulos esta parábola que refiere san Lucas en su Evangelio ¹: «¿Quién de vosotros, les dijo, tendrá un «amigo, que tocando á media noche á la puerta de su amigo, le «dirá: Amigo mio, dame tres panes que necesito para darle á un «huésped que me ha venido, y nada tengo que darle; y el amigo «le responde: véte y déjame estar, porque la puerta ya está cerrada, y mis criados dormidos, y yo no puedo levantarme? Pero si «no obstante esta repulsa, el amigo necesitado continúa en pedirle «con instancia los tres panes, ¿al fin, dice el Señor; al fin no se «levantará el otro amigo, y le dará los tres panes que le pide?» Con este símil nos dió á entender Jesucristo, que cuando nosotros somos perseverantes en la oracion, al fin Dios se compadece de nosotros, y nos consuela con la gracia que le pedimos. Pidamos como debemos, y será atendida nuestra oracion.

P. ¿Qué quiere decir que ha de ser lo que se pida cosa buena?

R. Por cosa buena se entiende todo lo que puede conducir á la salvacion, ó es necesario para mantener nuestra vida. Y así pedirle á Dios que nos quite la vida antes que ofenderle, ó que nos haga la gracia de que llevemos con paciencia los trabajos por su amor; esto es cosa buena. Pedirle á Dios un labrador que le dé buenas cosechas para mantener en su gracia la familia, y poner á los hijos en honrada carrera y estado decente; es pedir cosa buena y con buen fin. Pedirle á Dios un jornalero, que le depare el jornal diario para mantenerse él y sus hijos sin peligro de buscar otro modo de vivir que pueda ofender al Señor; esto es pedir con buen fin. Un jóven que le pide á Dios le proporcione para esposa una mujer virtuosa para vivir santamente en el estado de matrimonio á que se siente inclinado; este pide con buen fin. Y en suma, todo lo que puede conducir á la mayor honra y gloria de Dios, á nuestro bien espiritual ó temporal, ó el de nuestro prójimo, y no lleve otro fin torcido, todo es cosa buena y se pide con buen fin.

P. De todas las oraciones que usa la santa Iglesia, y las que nosotros hacemos, ¿cuál es la mejor?

¹ Cap. xi.

R. La mejor y mas excelente de todas es la oracion del Padre nuestro, porque fue enseñada por Jesucristo palabra por palabra. Por esta excelencia, y porque comprende cuanto de bueno y provechoso podemos y debemos pedir á Dios, merece que tratemos de ella explicándola por partes. Esto lo haremos en la leccion de mañana. El Señor nos dé salud y gracia para hacerlo. Amen.

EJEMPLO

de un jovencito muy fervoroso.

Este buen jóven todos los dias por la mañana hacia su ofrecimiento á Dios y tenia su rato de oracion ; él mismo decia : si alguna vez falto á este deber , todo el dia ando disipado. Este buen muchacho apenas tenia doce años cuando Dios se le llevó al cielo para premiarle su devocion. Su muerte fue tan feliz y dichosa , que cuantos le veian y oian lloraban de ternura. ¡ Dios mio ! exclamaba de cuando en cuando antes de espirar , casi todos los dias os he hecho un sacrificio de mi corazon , ahora os hago uno de mi vida ; aceptadlo , Señor mio ; y así murió. Imitemos á este piadoso muchacho , y seamos exactos como él en ofrecer todas las mañanas nuestro corazon , pensamientos , palabras y obras á Dios , á fin de tener una buena muerte cuando sea llegada la hora.

OTRO EJEMPLO

sacado de la sagrada Escritura.

Cuando se dió la batalla entre los amalecitas y el pueblo de Dios, Moisés tenia las manos levantadas orando y rogando á Dios para que diera la victoria á su pueblo ; mas como el cansancio le obligaba algunas veces á bajarlas , se observó que entonces los amalecitas cobraban ventaja. Por esto Aaron , su hermano , y Hur , hijo de Caleb , hicieron sentar á Moisés en una piedra y le sostuvieron los brazos , con que pudo continuar la oracion hasta que se consiguió la derrota de los enemigos. Dios quiso enseñarnos con este ejemplo que la oracion es la que hace á los hombres victoriosos contra todos sus enemigos , y por lo tanto hemos de estar bien convencidos de que con la oracion y la frecuencia de Sacramentos siempre saldremos victoriosos de los enemigos de nuestra alma ; pero que si abandonamos estas poderosas armas que Dios nos ha dado , seremos vencidos.

MEDITACION.

Sobre la soberbia.

Considera, cristiano, que la soberbia es una enfermedad del alma, por la que el hombre se hincha y no cabe en sí mismo. No hay vicio que tenga menos motivo para apoderarse del corazón del hombre. Y sin embargo, no hay otro que eche en él mas profundas raíces. Nadie hay que no sea soberbio; pocos que lo conozcan, y ninguno que quiera parecerlo. Muchas veces confesamos la soberbia, señal cierta de que en ella hay algo de vil y vergonzoso. La soberbia es el pecado que mas aborrece Dios; porque lleva en sí la semilla de todos los pecados. Ninguno hay que no sea efecto de la soberbia; porque ninguno hay que no sea falta de sumisión á Dios. Si se quitase del mundo la soberbia, se quitaría la mayor parte de las culpas. Ella parece que no sea el mayor de los pecados; pero es el de mas funestas consecuencias. De la soberbia viene la ambición y el deseo de hacerse ó parecer un sujeto hombre grande, sea por buenos ó por malos medios. De la soberbia nace la vana presunción de ser mas que otros. De la soberbia nace la hipocresía, para ser tenido el hombre por lo que de verdad no es. De la soberbia proviene la tema que se concibe contra otro que iguala ó sobresale por alguna particular circunstancia. De la soberbia dimana la tenacidad con que se sostiene la propia opinión ó parecer, hasta preferirlo á lo declarado por la santa Iglesia, y aun al Evangelio de Jesucristo. De la soberbia se originan las cóleras encendidas, las iras envenenadas, las crueles venganzas, las malignas envidias, las riñas y las muertes. De la soberbia vienen las murmuraciones, las revoluciones, la rebeldía contra las legítimas autoridades y las blasfemias contra Dios. Y de la soberbia nacen las calumnias mas negras y los pleitos mas injustos.

Considera, ejercitante, que tanto como Dios aborrece la soberbia, tanto la condena y castiga. Persigue al soberbio, lo priva de sus auxilios, lo abandona á sus deseos desreglados y á las pasiones mas vergonzosas para abatirlo y humillarlo. Las enfermedades, los contratiempos, los acontecimientos desgraciados, la pérdida de los hijos y de los bienes, y las fatales caídas en los pecados mas horribles; todos estos y otros sucesos desgraciados son instrumentos de que Dios se vale para vengarse y castigar al soberbio. A vista de

esta demostracion, ¿querrás, hermano mio, ser soberbio? Jesucristo te dice, que si eres humilde serás levantado hasta el cielo; y si eres soberbio, serás abatido hasta el infierno. Elige, pues, lo que te esté mejor. Mas considérate á tí mismo, y hallarás grandísimos motivos de humildad solo con que medites un poco en lo pasado, en lo presente y en lo futuro de tu persona. Si piensas en lo pasado, ¿cuál ha sido tu origen? La nada de donde saliste, y el pecado en que fuiste concebido. Pero lo que te debe humillar mas son los pecados que has cometido. Tú pecaste. ¡Ah! y qué gran motivo para tí de humillarte! Tú menospreciaste la majestad infinita de Dios, pues bien merecido tienes que te se desprecie infinitamente. Tú pecaste, luego te mereciste el infierno. Tú pecaste, y estás cierto que has cometido muchos pecados mortales; pero no estás cierto que te se hayan perdonado. No puedes dudar que mereciste el infierno, y no sabes si aun lo estás mereciendo. Pues ¿qué puede haber que mas te humille? ¿Qué vanidad podrá quedarte con esta reflexion?

Considera, amado mio, que si te miras por lo presente á vista de lo que tienes en tí mismo, hallarás grandes razones para humillarte. ¿Qué verás en tí mismo sino una fuerte repugnancia para el bien, y una poderosa inclinacion para el mal? Como nuestra voluntad está depravada, miramos el bien como mal y el mal como un bien; y es preciso que la gracia nos separe de nosotros mismos, para que podamos hacer obras buenas. Y si tú has hecho algunas, ¡qué pocas y pequeñas serán! Y aun estas pocas, ¡qué mezcladas de imperfecciones! ¡Qué de inconstancia en ellas, qué de cobardía, qué de fines temporales, qué de propia conveniencia, qué de respetos humanos! Si nuestras virtudes, si nuestras mismas acciones buenas nos deben humillar, ¿qué deberán hacer en tí tus vicios y pecados? Y si te miras por lo futuro, ¿qué motivos tan grandes no verás de humillacion? ¡Ah! ¿Si serás perdonado, si serás réprobo, si te salvarás, si te condenarás? ¡Qué incertidumbre! Tú solo sabrás de cierto, que sin la gracia de la perseverancia no puedes salvarte. Mas, ¡ay de tí, y ay de mí! que no podemos merecer ni asegurarnos de esta gracia. Porque ¿sobre qué cosa podrémos asegurarnos? ¿Sobre la voluntad de Dios? Pero esta, como dice san Pablo ¹, nos es totalmente oculta. ¿Podrémos asegurarnos sobre nuestra voluntad? Pero esta es desreglada, débil é inconstante. ¿Nos asegurarán la gracia nuestras buenas obras? Pero ¡ah! que las mas excelentes no

¹ Rom. xi.

pueden merecerla. ¿Nos aseguraremos en las gracias que tenemos recibidas? ¿Quién nos asegurará que seremos fieles en ellas? Nadie ha recibido mas gracias que Salomon, y es probable que no tuvo la de perseverancia.

Para sacerdotes.

«Carísimos sacerdotes: y nosotros ¿en qué podremos asegurar-nos de que tendremos esta gracia? ¿Acaso en la perfeccion de nuestro estado? Ninguno mas perfecto que el de Judas, compañero y apóstol de Jesucristo, testigo de sus virtudes y milagros; y con todo esto fue traidor y apóstata, y murió desesperado. Pues si las columnas del firmamento faltaron, nosotros, que somos débiles cañas, ¿no tendremos razon para temblar y humillarnos? Entremos, pues, dentro de nosotros mismos, y á vista de lo nada que hemos sido, de lo malo que tenemos al presente, y de la miseria á que estamos expuestos por lo futuro, humillémonos delante de Dios y de los hombres, y apaguemos hasta los humos de nuestra soberbia. Despojémonos de nuestro orgullo á los piés de Jesucristo, antes que el Señor se anticipe á despojarnos y humillarnos. Mientras seamos soberbios seremos enemigos de nuestro Dios. Y si somos enemigos de Dios por soberbios, ¿qué hará sino abatirnos á lo ínfimo de la mayor vileza, como ha hecho con otros muchos menos soberbios que nosotros? Si no perdonó la soberbia de un Lucifer, ¿perdonará la de un vil gusano de la tierra? Y si somos humildes, ¡oh! y cuántas gracias y dones hay en los tesoros del cielo para exaltar nuestra humildad á la vista de los hombres y de los Ángeles!»

JACULATORIAS.

¡Oh pacientísimo Jesús! ¿quién mas grande que Vos, ni quién mas humilde que Vos? Por una parte os contemplo sentado sobre las estrellas, y por otra os veo humillado y clavado en una cruz. ¡Qué ejemplo este para mí!

¡Dulce Jesús mio! humillad mi soberbia hasta donde Vos queráis, y por los modos que queráis. Todo lo llevaré con paciencia y humildad, porque quiero hacerme semejante á Vos como me mandáis.

Me avergüenzo, Jesús mio, de haber sido tan soberbio á la vista de un Dios tan humilde. Detesto mi altanería, la dejo á vuestros sa-

cratísimos piés, y digo, arrepentido de mi orgullo, que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la soberbia.

Ejercitantes : nada hay mas hablado en las conversaciones, nada mas leído en los libros, y nada mas experimentado de nosotros, que la inconstancia y transitoria vanidad de las cosas del mundo, y las miserias de la vida humana. Y sin embargo, asombra la multitud de cristianos que llevados del amor propio se ensoberbecen, y quieren remontarse sobre todos los demás, como se remonta el sol sobre todas las alturas de la tierra. Se hinchan sin término, y vienen á reventar en los males que trae consigo la soberbia, y que os he dado á contemplar en el punto de meditacion. Debia bastar para abatir y derribar estos encumbrados cipreses de soberbia el admirable ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, y la terminante leccion que nos da en su Evangelio diciéndonos : «Aprended de mí, que soy humilde de corazon.» Pero no bastando ni el ejemplo, ni la amonestacion de nuestro Salvador, para que muchos que se tienen por discípulos suyos se precavan con la humildad contra la peste de la soberbia, que inficiona todas las acciones del que está poseido de este vicio capital, voy á demostrarles los poderosos motivos que tienen, no solo para no pretender humillar á nadie, sino aun para pensar bajamente de sí mismos : atended.

Hombre presumido y soberbio, que pretendes hacerte, ó parecer mejor que todos en todas las cosas ; yo podria muy bien aplastar tu hinchazon, solo con hacer que tus ojos diesen un giro al derredor de tí mismo. ¿Cuántos verias mas aplicados que tú al servicio de Dios, y á los actos de devocion y piedad? ¿Cuántos mas prontos y diligentes que tú, para oir la palabra del Señor, y cumplir sus mandamientos? ¿Cuántos mas sufridos que tú en las injurias, y mas dóciles en perdonar los agravios? ¿Cuántos mas fuertes que tú, en la tolerancia de los trabajos? ¿Cuántos mas liberales que lo eres tú con los pobres? ¿Cuántos mas excelentes que tú, en todo género de virtudes? ¿Cómo á vista de tu pequeñez habias de pretender ser tenido por el mas perfecto entre tus hermanos, sin avergonzarte y confundirte? Pero no es menester tanto : dentro de tí mismo hemos de deshacer la ampolla de viento de tu soberbia. Entremos en tu cora-

zon, que es el charco de donde salen tus vanos pensamientos. ¿Has pecado? Sí que has pecado. Pues mira, este solo pensamiento debia bastar para que de tal modo te avergonzases de tí mismo, que ni aun pudieses tolerar el recuerdo de tu soberbia. ¿Has pecado? Pues te has hecho á los ojos de Dios mas hediondo que un sapo, mas asqueroso que un basilisco, mas abominable que un dragon. ¿Tendrás valor para querer ser tenido por una gran cosa en la estimacion de los hombres? ¿Has pecado? Pues te has hecho enemigo de Dios, hijo del demonio, esclavo de Lucifer, condenado al infierno. ¿Querrás aun que todos te rindan sus respetos y atenciones? Sí, has pecado y aun no te has arrepentido de tus culpas; aun no te se han perdonado tus delitos; estás bajo la cuchilla de la divina justicia, esperando el golpe de su venganza. ¿Y aun te atreverás á erguir tu cuello, y mirar con desprecio á los que están mas bien puestos que tú? Es lo sumo de la insolencia.

Mas yo quiero concederte que Dios misericordioso te haya perdonado, en virtud de una dolorosa confesion, los muchos y graves pecados con que ofendiste á su Majestad; y tambien que te haya condonado las penas y suplicios que mereciste por ellos. ¿Tendrás por esto un justo motivo para insultar al mas pequeño de tus prójimos, ni aun para pensar en hacerlo, diciéndole que tú eres mejor que él? ¿En qué fundas esta excelencia? ¿en que te se perdonaron aquellos pecados? Pues ¿y cada dia no has cometido, y aun acaso ahora mismo no estarás cometiendo otros nuevos? Examina las potencias de tu alma, y lo verás. ¿Qué haces de tu memoria, de esa potencia del alma que nos recuerda lo pasado? ¿No te vales de ella para hacer lo que no debes, ó la tienes ociosa sin ocuparla en lo que debes? ¿Cuántas veces te acuerdas de tus pecados, para gloriarte de ellos? ¿Cuántas aplaudes en tu corazon, como un triunfo, las maquinaciones que usaste para lograr tus depravados intentos? ¿Cuántas te has disculpado de tus mismas culpas, paliándolas con el honor, con la necesidad, ó con el *no pude pasar por otro punto*? Y por el contrario, ¡qué pocas veces te has acordado de los muchos beneficios que has recibido de Dios! ¡Qué entorpecida tienes tu memoria, para pensar en tantas veces como el Señor te ha perdonado sin merecerlo! Todo esto ¿es virtud ó es pecado? Y el entendimiento, esa noble potencia capaz de remontarse hasta el trono de la Divinidad, ¿no lo tienes pervertido, sin contemplar ni la grandeza de Dios, ni la dulzura de los gozos eternos, ni la horrenda fealdad del pecado, ni lo terrible de las penas del infierno? ¿Esto es virtud ó es pe-

cado? Esa voluntad propensa á todo lo malo ¿á qué excesos no se arrojaría, si Dios no la tuviese enfrenada? Contempla, pues, hombre altivo, las muchas llagas de que está cubierta tu alma en sus potencias, y contéplalo bien. Yo estoy cierto de que lejos de estimarte en mas que á otros, exclamarías como el santo Job en el muladar : « Desde la planta del pié hasta lo sumo de la cabeza no hay en mí « parte sana ; todo soy llagas, dolores y carnicería. »

Pero no sigamos mas esta observacion, hermano mio. Yo te supongo convertido á Dios, y que con verdadero dolor has llorado tus culpas, y que despues de tu arrepentimiento no has cometido pecado mortal. Pero ¿podrás ya por esto adularte á tí mismo y decirte, « ¿quién como yo? » No, hijo mio, no. Si no has vuelto á los antiguos excesos, ni has incurrido en otros, ¿no es bastante motivo para que dejes de apreciarte el solo temor de que puedes caer en ellos? ¿Cuántos ejemplares podria yo presentarte de esta naturaleza? Pero no hay tiempo. Bastará decirte que aunque fueses mas santo que san Pablo, para caer en el abismo de todas las maldades, y envolverte en los mayores pecados que pueden cometerse, no hay necesidad de milagro : solo con que Dios retire de tí su gracia ; solo con que te niegue sus auxilios, es bastante para que vengas á ser el mas pésimo y malvado de todos los hombres. Díme ya, pues, hombre entonado en amor propio, cualquiera que tú seas, si á vista de lo que has oido, de lo que eres, y de lo que puedes ser á los ojos de Dios, querrás ya ponerte en el superior grado de estimacion entre los hombres, ó si deberás humillarte y gemir como un san Agustin, que le decia á Dios con la mayor confusion : « Tan ruin soy, Señor, « que si alguna cosa mala he dejado de hacer, lo atribuyo solo á « vuestra misericordia, á vuestros auxilios y á vuestra gracia. »

Concluyamos, ejercitantes, y concluyamos humillándonos como viles gusanos delante de Dios, que siendo nuestro Señor, le hemos ofendido y provocado tantas veces con nuestros pecados pasados : delante de Dios, que siendo nuestro Redentor, le injuriamos cada dia con pecados de presente : delante de Dios, que ha de ser nuestro juez, y pidámosle humildemente misericordia por lo pasado, indulgencia por lo presente y clemencia por lo futuro. El Señor misericordioso nos concederá estas gracias, si nos negamos á nosotros mismos, si tomamos nuestra cruz, si le imitamos en su humildad. Si nos remontamos soberbios, serémos humillados hasta el infierno ; y si humildes nos abatimos, serémos exaltados hasta la gloria. Esta es el deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMOTERCIO.

LECCION.

Del Padre nuestro.

Ejercitantes : siendo la oracion del Padre nuestro la mas excelente de todas , voy á explicaros las siete peticiones que en ellas hacemos á Dios , á fin de que entendais lo que pedís , y la receis con devocion , porque no es oida de Dios la oracion que se le hace sin devocion y atencion.

P. ¿ Por qué empezamos esta oracion , diciendo *Padre nuestro* ?

R. Porque la palabra *Padre* es la mas tierna , la mas dulce y la que mas mueve nuestros afectos hácia Dios , de quien somos hijos ; y tambien la mas poderosa para inclinar á nuestro favor las entrañas del Señor.

P. ¿ Por qué nosotros nos decimos y somos hijos de Dios ?

R. Porque Dios nos ha dado todo el ser que tenemos en cuerpo y en alma , y todo lo que somos por naturaleza y gracia.

P. ¿ Por qué decimos *Padre nuestro* , y no decimos *Padre mio* ?

R. Porque todos somos hermanos ; y no solo hemos de pedir para nosotros , sino que debemos pedir para todos los prójimos , sean amigos ó enemigos , ya sean buenos , ya sean malos.

P. ¿ En dónde está Dios nuestro Padre ?

R. En el cielo , en la tierra y en todas partes , por esencia , presencia y potencia. Por esencia , porque da el ser á todas las cosas ; por presencia , porque en todo lugar está presente ; y por potencia , porque todo lo cria , conserva y puede aniquilar. Y decimos que está en los cielos , porque allí tiene principalmente su trono , y allí se deja ver y poseer de los bienaventurados. Es artículo de fe que Dios está en todas partes ; y de consiguiente , tambien está en nuestro corazon : siempre va con nosotros , y nada se le oculta de lo que hacemos y pensamos. Por tanto , debemos pensar en que no hay momento alguno en que no estemos en presencia de Dios. ¿ Quién se atreveria á pecar si pensase que el Señor le está mirando ?

P. ¿ Qué pedimos diciendo *santificado sea tu nombre* ?

R. Pedimos que el nombre de Dios sea tenido en reverencia y alabado de todos los hombres, sean cristianos ó moros, judíos ó gentiles. Porque, como hijos suyos, debemos desear que de todos sea conocido y alabado el nombre de nuestro Padre.

P. ¿Qué pedimos diciendo *venga á nos tu reino*?

R. Por reino de Dios se entiende la gracia, y tambien la gloria. Y le pedimos que en esta vida reine en nosotros por gracia, y despues reinemos con el Señor en la gloria.

P. ¿Qué pedimos diciendo *hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*?

R. Le pedimos que nos dé gracia para guardar sus santos mandamientos, porque esta es su voluntad; y para que seamos tan prontos en su servicio en este mundo, como lo son los Ángeles en el cielo.

P. ¿Qué son los Ángeles?

R. Son espíritus hermosísimos que crió Dios en el principio del mundo, cuya continua ocupacion es hacer la corte á su Majestad, alabarle y bendecirle. De ellos se vale el Señor para guardar á los hombres, y para recibir sus peticiones y enviarles sus gracias. Se pintan en figura humana, muy hermosa y con alas, para que formemos alguna idea de su belleza, y de la ligereza con que ejecutan las órdenes de Dios. Debemos ser muy devotos de los santos Ángeles, y particularmenté del Ángel de nuestra guarda, que desde que nacimos nos acompaña para defendernos de nuestro enemigo el demonio, y librarnos de los peligros de alma y cuerpo.

P. ¿Qué pedimos diciendo *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy*?

R. Por *pan* se entiende el santísimo Sacramento del altar, del cual dice Jesucristo ¹: «El que comiere de este pan, vivirá eternamente.» Tambien se entiende por *pan* la palabra de Dios. Así lo dijo el Señor al diablo tentador ²: «Está escrito que el hombre no solo se «mantiene y vive del pan, sino tambien de la palabra que sale de la «boca de Dios.» Y por sustento del cuerpo no solo se entiende el pan que comemos, sino tambien todo lo que es necesario para nuestro mantenimiento, vestido y habitacion.

P. ¿Por qué permite Dios que algunos hombres que son buenos se vean privados de lo necesario para la vida del cuerpo?

R. Para probar su fe y su paciencia, y darles mas gloria en el cielo.

¹ Joaſ. vi. — ² Matth. iv.

P. ¿Por qué decimos, *de cada día dánosle hoy?*

R. Para quedar obligados á pedir lo mismo mañana : contem-
plándonos en la presencia de Dios como unos pobres mendigos,
que necesitamos cada día pedirle nuestro sustento.

P. ¿Qué pedimos diciendo, *perdónanos nuestras deudas, así como
nosotros perdonamos á nuestros deudores?*

R. Nosotros, luego que pecamos, nos hacemos deudores á Dios,
y debemos satisfacer á su justicia en esta vida ó en la otra, por la
injuria que le hicimos. Y para obligar mas al Señor á que nos per-
done, le decimos que lo haga como nosotros lo hacemos con los que
nos han ofendido. Y así, el que guarda rencor con su prójimo, y no
quiere perdonarle, debe temblar siempre que reza el Padre nues-
tro. Porque pedirle á Dios que lo perdone como él perdona, es lo
mismo que decir : Señor, yo no perdono á mi hermano ; os pido que
á mí tampoco me perdoneis. Maldicion es esta que no puede ser ni
mas horrenda, ni mas terrible ; porque es pedir la condenacion.

P. ¿Qué pedimos diciendo, *no nos dejes caer en la tentacion?*

R. Pedimos á Dios que no permita demos nuestro consentimien-
to para cometer el pecado á que somos tentados.

P. ¿Qué debemos hacer de nuestra parte para no caer en la
tentacion?

R. Huir las ocasiones en que solemos ser tentados.

P. Cuando decimos, *mas libranos de mal*, ¿de qué mal pedimos
á Dios que nos libre?

R. Del demonio, del infierno y de casos desastrados. Del demo-
nio ; porque, como dice san Pedro ¹, «el demonio nos va siempre
«rodeando como leon rabioso, para ver cómo devorarnos.» Del in-
fierno ; porque es el lugar en donde se padecen juntos todos los ma-
les. Y de casos desastrados, que son aquellos en que puede perecer
la salud de nuestra alma ó la vida de nuestro cuerpo.

P. ¿Y por qué esta oracion del Padre nuestro, y todas las que
rezamos, acaban con la palabra *Amen?*

R. La palabra *Amen* quiere decir, *así sea como pedimos ; ó yo
consiento en todo lo que se ha pedido.* Y por eso, á todas las oracio-
nes que reza ó canta la santa Iglesia, todos respondemos *Amen* ; co-
mo si dijéramos, nos conformamos con la intencion de los sacerdo-
tes, que piden en nombre de todos.

Queda explicada la segunda parte de la doctrina cristiana, que

¹ 1 Petr. v.

consiste en saber lo que se ha de pedir, y cómo debemos hacerlo. Hagamos nuestras oraciones con las circunstancias que deben acompañarlas, y en vida alcanzaremos de Dios sus gracias, y en muerte la eterna gloria. Esta es el deseo, etc.

EJEMPLO

de un joven pastor.

Un joven pastor tenía la santa costumbre de hacer oración mientras iba apacentando su ganado. Habiéndole preguntado alguno si se fastidiaba estando tanto tiempo solo en la campiña, respondió que con su *Padre nuestro* le bastaba para acortar sus días y hacerlos agradables, porque en él hallaba una fuente siempre nueva de pensamientos consoladores y de buenos sentimientos, de manera que algunas veces necesitaba toda la semana para poderlo rezar entero. ¡Tanto era lo que se saboreaba en cada palabra del *Padre nuestro*! ¡Dichoso el cristiano que sabe meditar bien cada una de las palabras del *Padre nuestro*! En él hallará una fuente inagotable de gracias y misericordias.

MEDITACION.

Sobre la avaricia.

Considera, cristiano, que la fe, igualmente que la razón, condenan la avaricia y el apego á las riquezas. Jesucristo nos dice ¹: «En donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.» ¡Terrible sentencia! No es menester ser cristiano para conocer lo desreglado de este vicio; basta ser racional. Porque, ¿qué puede darse menos conforme á razón, que amar con exceso unos bienes que no se pueden desear mucho sin desórden, ni juntarlos sin trabajos ó injusticias? ¿unos bienes, que para conservarlos se padecen privaciones que hacen incurrir al hombre en la nota de ruin y miserable, y para aumentarlos mil trabajosas solicitudes? ¿unos bienes que si se pierden, causan un extremado dolor; y si se guardan, no satisfacen el deseo, sino que irritan y avivan mas la pasión? Porque, ¿se ha-
ló jamás algun avaro que haya dicho, ya no quiero mas? ¿unas

¹ Matth. vi.

riquezas, que no hacen mejor al que las tiene ; porque si gasta poco, no las goza ; y si gasta mucho, le duran poco ? ¿unas riquezas, que muchos accidentes las pueden quitar, y que la muerte las quitará infaliblemente ? Pregunto, cristiano, ¿por ventura unos bienes tan defectuosos y perecederos merecerán tanto tu estimacion, que los prefieras á los infinitos y eternos ?

Pero la fe, aun mas que la razon, condena el demasiado apego á las riquezas. ¿Cómo puede un cristiano dejarse poseer de esta passion, si cree el Evangelio ? ¿No temerá las maldiciones de Jesucristo contra los ricos pegados á su dinero ? ¿Y cuál es el rico que no lo está ? ¿Puede dejar de temblar, oyendo decir á nuestro Salvador ¹ : «Es mas fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el cielo?» ¿Quién es el rico que no temblará si se pone á pensar que su estado es contrario al de Jesucristo, que nació, vivió y murió pobre ? Y un estado opuesto á su Evangelio ¿no lleva en sí el carácter de reprobacion ? Si tienen fe, ¿no deben temblar los que se hallen en tal estado ? Y tú, cristiano, que te hallas en él, ¿tienes por eso tanta vanidad y complacencia, y aun miras con desprecio y desden á los que no están ricos como tú ? Pues mira, por lo mismo que eres rico, tienes mas motivo que el otro para humillarte. Deja, pues, de engreirte por cosa que puede perderte.

Considera, hermano mío, que si con ansia buscas y guardas el dinero, no haces otra cosa que poner obstáculos á tu salvacion ; y que lo mismo que te hace desear las riquezas, es lo que debe hacértelas temer. ¿Para qué las deseas ? Ciertamente para satisfacer tus apetitos y contentar tus pasiones. Pues entiende que para castigarte Dios no ha menester mas que dejarte correr con tus deseos ; porque entonces es cierta tu perdicion. Y sino dime : ¿con qué intencion te aplicas tanto á juntar dinero ? ¿No es por tener fuerza para oprimir á tu enemigo ? Pues esto es perderte. ¿Es por tener recursos para sostener un pleito injusto ? Pues esto es perderte. ¿Será por tener cebo para ganar una sentencia favorable, aunque injusta ? Esto es perderte. ¿Acaso será por tener armas para derribar á tu prójimo del puesto que ocupa, para llenarlo tú ? Esto es perderte. Y si es para tener jabon para que desbarre á tus piés la firmeza de una mujer honesta, ó por tener medios para mantener la prostituta, ¿no tienes en esto muy cierta tu perdicion ? Lo menos

¹ Matth. x.

malo que puedes desear, es atesorar caudales solo por el gusto de tenerlos, y esto es perderte; porque, conforme á la sentencia de Jesucristo, pondrás en cadenas de oro y plata á tu corazon, y esto será tu última perdicion. Vendrá la muerte, y al arrancarte de las riquezas el corazon, exclamarás desesperado: «Al fin, muerte ingrata, ¿así me separas de mis bienes para siempre?»

Considera, ejercitante, que del sobrado anhelo á las riquezas se derivan como de un manantial todos los pecados. San Pablo dice ¹: «Los que con ansia quieren hacerse ricos, caen en todos los lazos que el demonio les pone, y no hay tentacion que no admitan con facilidad.» Y el Espíritu Santo dice por el Sábio ²: «El que quiere hacerse rico aprisa, no tardará en ser pecador.» El que aspira con exceso á ser rico, es de temer que pronto deje de ser buen cristiano. Así lo dice san Pablo con estas palabras ³: «Muchos por dejarse llevar del deseo de ser ricos, pierden la esperanza de los bienes espirituales, que es la fe.»

Otras pasiones se enflaquecen con la edad; pero esta se aumenta. Las otras calman con la posesion de los objetos que desearon, y esta mas se irrita con ellos. Es un fuego abrasador que, cuanto mas materia se le aplica, mas crece. Un avaro es parecido á un hidrópico, que en vez de apagarle la sed el agua que bebe, mas ansia tiene por beber. El que es avaro, tiene en movimiento todas las pasiones; porque ya es injusto, ya violento, ya cruel, ya sospechoso, ya vacila en la fe, ya quebranta las leyes, ya falta á la caridad, ya desatiende á la Religion; olvida los vínculos de la sangre, desprecia la virtud del reconocimiento, y apaga los sentimientos de piedad. Y hasta de Dios pierde la memoria, porque solo el interés es su dios, á quien conoce, á quien adora, y á quien sacrifica honra, conciencia y salvacion. Hermano mio, ¿has incurrido tú en estos desórdenes? Mira no sea que tu ceguedad te lo encubra, y no puedas aplicar el remedio.

Para sacerdotes.

«Señores sacerdotes: guardémonos nosotros mas que todos del apego á los bienes mundanos, por la alta consideracion de que Jesucristo, á quien nos hemos consagrado, debe ser nuestra única y mas apreciable posesion. Si tenemos aficion á los dineros, habrá

¹ I Tim. vi. — ² Prov. xviii. — ³ I Tim. vi.

«dificultad en desprendernos de ellos ; desearemos tener mas , envi-
«diaremos la fortuna de otros , y todos nuestros afectos irán á reu-
«nirse en la bolsa de nuestro dinero. Si nos hiciésemos avaros con
«el pretexto de precavernos contra una necesidad soñada , sufriré-
«mos voluntariamente muchas verdaderas. Con el título de prudente
«economía , padeceremos por nuestro ruin trato un infierno antici-
«pado. Seremos el desecho de los seglares ; con escándalo de ellos ,
«nos aplicaremos á los tráficos y negocios del siglo ; y con el mas
«horrendo sacrilegio arrojarémos de nuestro corazon á Jesús , para
«entronizar en él al ídolo despreciable del interés. Si tal hiciésemos ,
«¡desgraciados de nosotros! incurriríamos en la maldicion de san
«Pedro á Simon Mago , y el mismo mundo pondria por epitafio en
«nuestro sepulcro : *Tu dinero sea tu perdicion.* »

JACULATORIAS.

No permitais , Dios mio , que mi corazon se pegue á los bienes de este mundo , en los que tanto peligra la salvacion.

Yo , Jesús mio , no quiero mas riquezas que las que me guardais en el cielo ; ni mas bienes de la tierra que los precisos para conservar mi vida el tiempo que sea de vuestra santísima voluntad.

Favoreced , Señor , mis deseos , que son de atesorar méritos para el cielo. Grande ha sido mi descuido en esta parte. Pero ya lo lloro á vuestros sacratísimos piés , diciendo con sentimientos de corazon contrito que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la avaricia.

Ejercitantes : el vicio comun en todos los pecadores es adularse á sí mismos. Creen no hacer mal , cuando efectivamente lo hacen ; ó tienen por falta ligera lo que muchas veces es una pasion criminal. Pero es mas peculiar de los avaros este modo de pensar. El Espíritu Santo dice ¹ , que la tierra está llena de estos ; y no obstante ninguno cree que está sujeto á este vicio. Se declama contra las injusticias , las usuras y la dureza de los avaros , y ninguno de ellos se da por entendido. Los mas pegados á los bienes de este mundo se creen los menos criminales á los ojos de Dios ; y es necesario

¹ Eccli. viii , 7.

sacarlos de su engaño, haciendo que se conozcan. Poner toda confianza en los bienes de la tierra; amontonarlos á manos llenas; dejarse poseer demasiado de la tristeza cuando se pierden, y no usar de ellos cuando la justicia ó la caridad lo piden, son las señales por las que se conoce el avaro: voy á explicarlas.

El avaro es aquel hombre de quien dice el real Profeta ¹, que no mira á Dios como su protector, sino que ha puesto su confianza en la multitud de sus bienes, y se jacta de su vano poder. Jesucristo nos hace un retrato de este avaro con esta parábola ²: «Había un hombre rico, cuyas tierras fructificaban extraordinariamente, y se ocupaba y recreaba con este pensamiento: No tengo en dónde echar todo lo que he cogido; ¿pues qué haré? Derribaré mis graneros y haré otros mayores; juntaré en ellos todas mis cosechas y todos mis bienes, y diré á mi alma: alma mia, tienes muchos bienes juntos, y para muchos años; descansa, come y bebe, y regálate.» Ved aquí un hombre que no piensa en la Providencia, y pone toda su confianza en sus bienes. Este es el avaro, y esta es su primera señal, apoyarse en su riqueza en vez de confiar en solo Dios. ¿Y qué le sucede? También lo dice Jesucristo: pronuncia Dios la sentencia, la muerte le arrebató el alma, y cuando menos lo temia, todo lo perdió.

La segunda señal del avariento es poner en movimiento todo género de medios para conservar y aumentar las riquezas, usuras, fraudes, préstamos á interés, y cuantos modos se le presentan, aunque sean prohibidos. ¿Y qué dice de este el profeta Ezequiel ³? «Morirá y será condenado.» ¿Y qué piensa y dice este avaro de sí mismo? «Yo soy un hombre honrado y caritativo; á aquel desgraciado que estaba á punto de ser arruinado le presté dinero y se reparó de sus quiebras; aquella viuda no tenía con que cultivar y sembrar sus tierras, le dí trigo y pudo respirar.» Te engañas, hombre miserable: no eres caritativo, no eres hombre de bien; eres un avaro; porque prestaste poco, para que te volvieran mucho; socorriste, pero con ganancia escandalosa y cruel; morirá mala muerte.

La tercera señal de avaricia es la demasiada tristeza en las desgracias. Sucédale á este hombre un descalabro en sus intereses; y cuando á otros desinteresados vemos que en sus infortunios dicen religiosa y cristianamente, como el desgraciado y paciente Job: «Dios me dió los bienes, Dios me los quitó, sea bendito su santo

¹ Psalm. LI. — ² Luc. XXII. — ³ Ezech. XVIII.

«nombre;» estos avaros, por lo contrario, como si les arrancasen la piel del cuerpo, se impacientan, claman, murmuran de la Providencia, maldicen y se desesperan. Mas no por eso se reconocen, ni confiesan ser avaros. El encanto de los bienes temporales produce en los que se afician á ellos tal atolondramiento, que viene á destruir el buen modo de pensar, aun en aquellos sujetos que parecían ser del mejor juicio y rectitud. Y de aquí procede que no hacen uso de sus bienes en favor de la humanidad, por mas que clamen la justicia y la caridad. Y por eso dice el Espíritu Santo, «que no hay cosa mas detestable que un avaro.» Insensible á la desgracia de su prójimo y á la miseria de los pobres, tiene un corazón de piedra para no socorrerlos; ama demasiado el dinero, para que quiera hacer limosnas; ama mucho su dinero, para que lo preste á la caridad ó á la justicia. Y esta es la cuarta señal por la que se conoce el avaro. Infelices hombres: las lágrimas de los pobres que habeis oprimido, y el robin de vuestro oro y de vuestra plata os acusarán algun dia: sí, y seréis desgraciadas víctimas de la avaricia.

Ejercitantes: ya sabeis las cuatro señales por las que se conoce el que es avaro. Examinaos por ellas, y si os hallais libres de este vicio capital, dad gracias á Dios. Pero si no lo estais, temed mucho; porque no hay pecador mas difícil de convertir que un avaro. Si alguna vez quiere el hombre combatir este vicio, al instante acuden los otros vicios á socorrerle. Viene la ambicion y dice: si no tengo dinero no puedo hacer figura en el mundo. Viene la impureza y dice: si dejo de mantener aquella mujer me abandonará. La soberbia, la ira, la envidia, todos los vicios se empeñan en sostener á su madre la avaricia, y hacen la conversion muy difícil. Con efecto, la experiencia nos hace ver que las personas mas adelantadas en edad están, por lo comun, mas pegadas al dinero que los jóvenes. Los otros vicios envejecen, cuando el hombre envejece: pero la avaricia se fortifica, á pesar de la decadencia del viejo avaro. Hablar á una piedra y hablar á un avaro en el artículo de la muerte, es casi lo mismo. Está tan lleno de la tierra, que ni el paraíso, ni el infierno, ni la bienaventuranza, ni una infelicidad eterna hallan lugar ni en su entendimiento ni en su corazón. Llama al escribano para que reciba su última voluntad, y le dice: *Yo dejo...* Detente, infeliz, se le podia decir; ya vemos que de repente y á la fuerza te has hecho liberal. Pero como dices *yo dejo*, ¿por qué no dices, *yo me llevo*? Sí, bien puedes decir, yo me llevo todos los delitos que cometí; mis trampas, mis perjurios y mis injusticias: yo

me llevo las lágrimas de las familias que arruiné con mis malos tratos : yo me llevo los gemidos de la viuda que atropellé... Acaba , miserable , ¿ y qué te dejas ? Dejo mis bienes á mis ingratos herederos , mi cuerpo á la tierra , á la posteridad mi memoria para que todos me maldigan , y mi alma al demonio para que la arrastre á los infiernos. Esta es , amados míos , la desdichada muerte del hombre avaro : lo dice el profeta Baruc , preguntando ¹ : « ¿ En dónde están los que atesoraron el oro y la plata en que confían los hombres ? » y responde : « bajaron á los infiernos , y otros han quedado en su lugar . »

Concluyo , ejercitantes ; y concluyo exhortándoos á que por amor á Dios y á vosotros mismos os examineis sobre este vicio. Mirad , que no solo hay avaricia en los grandes , sino tambien en los pequeños ; no solo en los ricos , sino tambien en los pobres , que privados de los bienes temporales arden de envidia y deseos de tenerlos : hay avaricia en los que tienen empleos ; la hay en los mercaderes y artesanos ; y no hay estado en que de un modo ó de otro no haya avarientos. Contentaos con lo que cada uno buenamente tenéis : pensad en que nada habeis traído á este mundo , y que tampoco habeis de llevar cosa alguna de él. Y pedidle á Dios que arranque de vuestro corazon el amor á los bienes temporales , para ponerlo solo en los bienes eternos de la gloria. Esta os deseo , etc.

¹ Cap. III.

EJERCICIO DÉCIMOCUARTO.

LECCION.

De los Mandamientos.

Ejercitantes, esta noche entramos en la explicacion de la tercera parte de la doctrina cristiana, que nos enseña lo que debemos obrar. Vamos á ver cómo hemos de obrar en esta vida, para podernos salvar en la otra. Preguntando un hombre á Nuestro Señor Jesucristo qué haria para salvarse, le respondió el Señor solas estas palabras ¹: «Guarda los Mandamientos.» Y esto nos es tan preciso, que el mismo Salvador dice ²: «El que traspase uno de ellos, no entrará en el «reino de los cielos.» Siendo, pues, imposible que se observen los Mandamientos, si no se saben y entienden, vamos á explicarlos uno por uno. Ya sabeis que son diez, y que los tres primeros pertenecen al honor de Dios, y los otros siete al provecho del prójimo.

PRIMER MANDAMIENTO.

Amar á Dios sobre todas las cosas.

P. ¿Qué quiere decir esto?

R. Que debemos amar á Dios mas que al padre, mas que á la madre, mas que al amigo, mas que al dinero, mas que á la honra, mas que cuanto hay en el mundo; y que debemos estar resueltos á perderlo todo, aunque sea la vida, antes que ofenderle.

P. ¿A qué nos obliga este mandamiento?

R. Á no conocer otro Dios que al que nos crió, y que á él solo hemos de adorar.

P. ¿Cómo se adora á Dios?

R. Con reverencia de cuerpo y rendimiento de potencias, haciendo actos de fe, esperanza y caridad.

P. ¿Quién peca contra este mandamiento?

¹ Math. XIX. — ² Ibid. V.

R. El que no está en el templo con devoción, ó de algun modo se descompone en la presencia de su Majestad; el que cuando pasa por delante del santísimo Sacramento no le hace el debido acatamiento, ó lo hace con indecente y ridícula genuflexion; el que niega ó duda de algun artículo de la fe; el que desespera de su salvación, y el que no cumple con la virtud de la religion.

P. ¿Qué se entiende por religion?

R. Por religion se entiende el culto soberano que se debe á Dios.

P. ¿Cómo se peca contra la religion?

R. No dando á Dios el culto debido, usando adoraciones y ceremonias supersticiosas, y confiando en él con vana presuncion, como lo hacen aquellos que creen que llevando tal escapulario, medalla, estampa ó rosario, no morirán mala muerte, ni se condenarán; y confiados en esto, se mantienen muy sossegados en sus vicios.

EJEMPLO

sacado de las santas Escrituras.

Demetrio, rey de la Siria, encargó á Nicanor, general de sus ejércitos, que fuese á destruir el templo de Jerusalem. Nicanor, hombre malo, enemigo del pueblo de Dios, vomitando blasfemias se dirige contra Jerusalem. Tan pronto como lo supieron los sacerdotes fueron al templo, y dijeron á Dios esta oracion derramando lágrimas: «Señor, Vos habeis escogido esta casa para que vuestro nombre fuese invocado en ella, y á fin de que fuese para vuestro pueblo una casa de oraciones; vengaos de este hombre y de su ejército: perezcan al filo de la espada.» Entre tanto llegó el caudillo de los Macabeos, y á la vista de los enemigos dijo tambien su oracion á Dios en estos términos: «Señor, porque aquellos que habian sido enviados por Senaquerib blasfemaron contra Vos, vino un Ángel que mató ciento ochenta y cinco mil soldados; herid, pues, del mismo modo hoy á estas tropas en nuestra presencia, y sepan todos que Nicanor ha hablado indignamente contra vuestro santuario.» El combate se traba, y Nicanor es el primero que cae. Los soldados viendo muerto á su general, se espantan, se dispersan y son pasados á cuchillo todos los treinta mil que forman el ejército: ni uno solo quedó. Judas Macabeo hizo cortar la cabeza y un brazo á Nicanor: el brazo fue suspendido enfrente del templo de Jerusalem, y la cabeza fue colocada en lo alto de la ciudadela: la lengua

blasfema fue arrancada de la boca, y reducida á pequeños pedacitos fue comida por las aves de rapiña. Tal fue la muerte del impío blasfemador contra Dios y contra el templo.

SEGUNDO MANDAMIENTO.

No jurar el santo nombre de Dios en vano.

P. ¿Qué es jurar en vano?

R. Es jurar sin verdad, ó sin justicia, ó sin necesidad.

P. ¿Quién jura sin verdad?

R. El que afirma alguna cosa con juramento, sabiendo que no es verdad lo que jura, ó dudando que lo sea. Son muchos los que, llamados por las autoridades para jurar, hacen con todo conocimiento un juramento falso, ó por parecerles que la materia sobre que juran es de poca consideracion, ó por favorecer á otros por amistad ó por dinero. Estos pecan mortalmente, porque ponen á Dios por testigo de una mentira.

P. ¿Qué es jurar sin justicia?

R. Es jurar de hacer alguna cosa mala; por la irreverencia que se hace á Dios, trayéndole por testigo del pecado.

P. Y el que así juró ¿qué debe hacer?

R. Arrepentirse de haber jurado, y no hacer lo que juró. Como si uno juró que habia de matar á otro, debe no ejecutarlo, y dolerse de haberlo jurado.

P. ¿Quién jura sin necesidad?

R. El que jura sin pedirlo alguna autoridad legítima. Y así el que jura en conversacion porque crean lo que dice, peca, porque jura sin necesidad. Y por esto nos encarga el apóstol Santiago ¹, que nos enseñamos á decir, *es así, ó no es así*, sin añadir juramento.

P. Cuando se hace algun juramento poniendo por testigo, no á Dios, sino á alguna criatura, ¿se peca?

R. Si la criatura es de aquellas en que particularmente se reconoce al Criador, es lo mismo que jurar por Dios, y se peca. Por eso nos dice Jesucristo ²: «No jureis por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es la tarima de sus piés, ni por vues-
tra cabeza, porque ningun poder teneis, como Dios, para hacer blancos ó negros los cabellos. Cuando afirmais alguna cosa, usad solo del sí y del no. Todo lo que añadais á esto, es de malo.» De

¹ Cap. xv. — ² Matth. v.

cuya doctrina se infiere, que el que jura por la santa cruz, ó por el Evangelio, ó por lo que se ha celebrado en la misa, y otros juramentos semejantes, peca aunque no se nombre á Dios.

P. Y cuando con juramento, ó sin él, prometemos alguna cosa á Dios ó á los Santos, ¿estamos obligados á cumplirlo?

R. Cuando con libertad, y con intencion de obligarnos, hacemos alguna promesa, debemos cumplirla, si no hubiese justa causa para dilatarlo, ó dejarlo de hacer, á juicio de hombres doctos. Y por esto nos dice el Espíritu Santo ¹: «Si alguna cosa has prometido á Dios, no tardes en hacerlo, porque le desagrada mucho un voto que no se cumple.» Y prosigue: «Da al punto lo que has ofrecido, porque es mucho mejor no hacer promesa, que hacerla y no cumplirla.» Hay promesas, particularmente en hijos de familia y en los casados, que no deben hacerse ni cumplirse sin consentimiento del padre, ó del consorte. En caso de alguna duda, consultad al confesor ó á otra persona docta, y os sacará de ella.

EJEMPLO.

Hay en Inglaterra un monumento que eterniza la memoria de un perjuro castigado repentinamente de un modo espantoso. Una mujer habia comprado legumbres: viendo el vendedor que no pagaba, le pidió la módica suma que valian: *Que Dios me dé la muerte*, dijo; *si no he pagado*. Llegan los magistrados, y hallan en la mano de esta desgraciada mujer el dinero que ella juraba haber entregado. El Gobierno hizo erigir un monumento en aquel mismo lugar, y esto fue para la posteridad una gran leccion contra el perjuicio.

TERCER MANDAMIENTO.

Santificar las fiestas.

P. ¿Qué se entiende por santificar las fiestas?

R. Abstenerse de trabajos corporales, y ocuparse en obras de religion.

P. ¿En qué dias debemos cesar en todo trabajo?

R. En los domingos y fiestas de guardar.

Esta es una obligacion impuesta por el mismo Dios. En seis dias crió Dios el cielo y la tierra, y todas las demás criaturas; y el dia

¹ Eccles. v.

séptimo descansó, que es decir, que lo dejó todo concluido en el día sexto. Y queriendo Dios que su pueblo conservase la memoria de este día grande, mandó que trabajasen los seis días de la semana ; pero no en el séptimo , que entonces se decia sábado, y ahora se dice domingo. Y lo mandó con tanto rigor y castigo para los transgresores, que siendo cogido un hombre haciendo leña en día de sábado, mandó el Señor que lo matasen á pedradas.

P. ¿Qué debemos hacer en los domingos y fiestas de guardar?

R. Ejercitarnos en obras de piedad y religion. Esto se explicará mas cuando hablemos de los Mandamientos de la santa madre Iglesia. El Señor nos dé su gracia. Amen.

MEDITACION.

Sobre la lujuria.

Considera, cristiano, que el pecado de lujuria, que muchos llaman pecado de fragilidad, es un pecado gravísimo, y ninguno hay que tenga peores consecuencias. Es un pecado que no admite parvedad de materia, y semejante al fuego, cuyas heridas no son ligeras. Y aun tiene de peor que el fuego, que cuanto es de mas grande la herida, tanto menos se siente, y por de contado es mas incurable. Es como la levadura que, aunque poca en la cantidad, corrompe toda la masa ; ó como la mordedura de la víbora, que apenas se conoce, pero que en un momento se difunde su veneno por todo el cuerpo, y mata en llegando al corazón. Por eso el Espíritu Santo nos amonesta ¹, que huyamos de este pecado como de una serpiente. Jóven indiscreto y preocupado, si no huyes de los lugares en donde está la víbora deshonesta, ¿cómo podrás librarte de sus picaduras? Y si te expones y arriesgas, ¿no mereces que te pique?

El pecado de lujuria es el mas pernicioso en sus efectos ; porque se propaga con indecible fecundidad, y es la fuente de donde nacen la mayor parte de los grandes pecados que afligen al pueblo cristiano. Las confesiones y comuniones sacrílegas, los mas enormes escándalos, las discordias que dividen las familias, las negras murmuraciones, las mas infames calumnias, las riñas y muertes mas atroces, los abortos procurados, los mas horrendos infanticidios, y

¹ Prov. xxi.

las abominables profanaciones de las cosas mas sagradas ; estos y otros enormes pecados son las ordinarias consecuencias de lo que se dice *pecado de fragilidad ó pecado ligero*. Pero lo que hace conocer mas la gravedad de este pecado, es el juicio tan severo que Dios ha hecho de él en todo tiempo.

Considera , ejercitante , que la ceguedad es la ordinaria y mas funesta consecuencia del pecado de lujuria. Ella es la plaga con que Dios castiga á los deshonestos. Ellos, dice san Pablo, se abandonaron á la deshonestidad, y Dios los abandonó á los torpes deseos de su corazon, y les dejó para que ciegos se precipitasen á indignas acciones de un hombre. Luego que el deshonesto se deja dominar de su pasion, empieza á perder la luz del discurso y procede en todo, á dicho del real Profeta ¹, « como un caballo ó mulo que no tiene entendimiento. » Y no solamente este pecado priva al hombre del uso de la razon, sino tambien, y es lo peor, de la luz de la gracia. El Espíritu Santo dice ² : « Que la sabiduría no puede entrar en una alma impura, ni habitar en un cuerpo súcio por el pecado. » Dios tiene horror á todos los pecados, pero con la deshonestidad tiene una particular oposicion ; y mas presto se unirá la luz con las tinieblas, que la pureza de la gracia con la impureza del corazon. Y aun cuando Dios por un milagro comunicase sus luces á un lujurioso, no harian en él impresion alguna ; porque, como dice san Pablo, el hombre lascivo no tiene gusto de las cosas espirituales, ni abraza los pensamientos que podrian convertirlo. Por eso san Agustín nos asegura, que nada sucede mas raramente ni es mas difícil, que la conversion de un deshonesto. ¿ Hubo ningun hombre mas santo ni mas iluminado que David ? Apenas cayó en un adulterio fue tal su ceguedad, que estuvo muchos meses sin reconocer su culpa, y fue menester enviarle un profeta que le abriese los ojos, y le moviese á hacer penitencia de su pecado.

Considera tambien, hermano mio, que el vicio de la lujuria priva al hombre hasta de las luces de la fe, y desenfrenada la razon corre ciega hasta dar en el precipicio de la infidelidad. El pérfido Lutero llegó á decir que la observancia del voto de castidad es un yugo insoportable, que es vanidad el hacerlo, que es imposible guardarlo, y que es una tiránica obligacion. No hubiera sido hereje, si no hubiese sido deshonesto. El pensamiento del infierno es incómodo al deshonesto, y por eso duda de él, y por eso lo niega. Dios, que

¹ Psalm. xxxi. — ² Sap. i.

castiga un gusto de lascivia con pena eterna, le parece al deshonesto un Dios injusto y cruel ; y ya que no puede destruirlo, lo borra de su memoria. Pocos, ó ningun ateista hubo que no fuese lascivo ; porque, como dice san Agustin, nadie niega á Dios sino aquel á quien convendria que no hubiese Dios. El hombre de corta y débil fe regularmente lleva en su corazon una fuerte incontinencia.

Piensa, hombre deshonesto, que con tu vicio ofendes muy particularmente á todas las tres divinas Personas. Ofendes al Padre que te crió á su imagen y semejanza, te dió un alma espiritual é incorruptible como su divina Majestad ; y tú borras y deslucas los brillos de esta imagen con la deshonestidad, y haces á tu alma sensual y material. Ofendes de un modo particular al Hijo de Dios ; porque despues de su encarnacion tiene mayor deformidad ese vicio. Antes era pecado en un gentil, ahora es especie de sacrilegio en un cristiano ; porque todo cristiano es miembro de Jesucristo, y el que mancha su cuerpo con la impureza, hace injuria á Cristo que es su cabeza. Y por eso san Pablo, horrorizado de este pecado y ofensa particular que hace á la tercera Persona de la santísima Trinidad, reprendia á los fieles de Corinto y les decia ¹ : « ¿ Ignorais acaso que «nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo ? » Díme ya, hombre impuro, si en adelante tendrás á tus deshonestidades por pecados ligeros y meras fragilidades.

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes, hermanos míos, si el cuerpo de todo cristiano es templo del Espíritu Santo, ¿ con cuánta mas razon lo será el nuestro, que hemos consagrado á Dios del modo mas solemne ? « Vivamos, pues, de tal modo, que no se verifique en nosotros la amenaza de Dios ² : *Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est.* Y pues si la deshonestidad es pecado tan abominable, resolvámonos á evitar todo lo que pueda hacernos incurrir en él, y á tener un gran celo para impedirlo en los otros. Huyamos de la ociosidad ; cautelemos los sentidos ; mortifiquemos la carne, á lo menos con la sobriedad, el estudio y retiro : evitemos las conversaciones con personas mundanas y disolutas ; y en tiempo de tentacion recurramos á la contemplacion de Jesucristo en la cruz ; y en todo tiempo tengamos gran devocion á María santísima, que es madre de la mayor pureza y castidad. »

¹ I Cor. iii, 17. — ² Genes. vi.

JACULATORIAS.

¡Oh Espíritu de verdad! y cuán experimentado está lo que habeis dicho: «Que la lujuria es un panal de miel, que al principio «dulcifica al hombre, y al fin lo amarga como hiel, y lo traspasa como espada de dos filos!»

Jóvenes de mi corazon, decidle conmigo á Jesús y decidlo con toda vuestra alma: Señor, ya no profanaré mi cuerpo con la impureza, porque es templo del Espíritu Santo.

¡Oh Dios de las misericordias! Vos sabeis cuánto me pesa haberme dejado dominar del inmundo espíritu de la lujuria. Perdonadme, Padre mio, y dadme un corazon nuevo, puro y digno de unirse al vuestro eternamente en la gloria.

PLÁTICA.

Sobre la lujuria.

Ejercitantes: una triste observacion nos hace palpable que son raros los deshonestos que se corrigen de sus desórdenes. ¿Y por qué? Porque no hay vicio que mas aleje de Dios; y porque no hay otro mas opuesto á la conversion del pecador; oid, y os convenceréis.

Es tanto lo que aleja de Dios el pecado de impureza, que solo un mal pensamiento, un mal deseo en que se hubiese consentido basta para separarnos del Señor. En otros pecados parece que sola la passion que les es propia hace la fuerza para alejar de Dios al pecador; pero con la lujuria se adunan todas las pasiones, para apartar mas y mas de su Criador al infeliz lujurioso. La soberbia, v. gr., parece que por sí sola no se opone sino á la soberanía de nuestro Dios, y así en todos los demás pecados, con respecto al divino atributo que contrarian. Pero la lujuria, en concurrencia de las demás pasiones, hace que el hombre se aleje de su Dios ofendiendo todos sus atributos y perfecciones. Presentadme un hombre abandonado á este vicio, y yo diré desde luego que será soberbio, inhumano, codicioso, vengativo, cruel, mentiroso, blasfemo, injusto, sin fe, sin esperanza, sin caridad, sin religion. Él romperá las dos fuertes riendas del amor y temor de Dios, y como caballo desbocado correrá todos los senderos de la iniquidad. Y ya teneis que soberbio se opone á la soberanía de su Dios. Insensible su corazon á las mise-

rias del prójimo, ofenderá el atributo de la misericordia. Codicioso de adquirir mas y mas para mas y mas lujuriar, procurará medios, aunque sean injustos, para satisfacer sus apetitos, y hacer un horrendo abuso de la divina Providencia. Si alguno se opone al logro de sus malvados designios, vengativo perseguirá de muerte á su rival, y atrevido y de hecho le dirá á Dios, *mia es la venganza*. Mentiroso para seducir y corromper la inocencia, no habrá juramento con que no injurie al que es la misma verdad por esencia. Blasfemaré contra Dios y sus Santos, si algun acontecimiento le descompone sus proyectos. Injusto contra los mas sagrados derechos, no dudará usurpar al marido el que tiene á la fidelidad de su consorte, al padre el derecho que tiene sobre la integridad de su hija, y á Dios el que tiene á la pureza de una virgen, mientras que religiosamente no deje de serlo. Infel, contradice prácticamente la palabra de Dios; y desesperado, renuncia á los placeres del cielo, niega la existencia del infierno, aborrece á Dios, y muere sin religion.

¿Qué os parece, amados mios? ¿Puede darse mayor alejamiento de Dios? No puede darse. Confesemos, pues, que el vicio de la impureza es, entre todos los vicios, el que mas aparta de Dios al pecador; y por consiguiente, que el deshonesto con dificultad se convierte de los excesos á que se abandonó. Y añado, que es tambien el vicio que mas se opone á su salvacion. Es cierto que de tiempo en tiempo se le ofrece al impúdico algun pensamiento de conversion. Pero ¿se determina á practicarlo? ¡Ah! que esto se ve raras veces; porque encantado con sus gustos criminales, no quiere dejarlos sino con mucha tibieza. En otro tiempo el uso de los Sacramentos lo acercaba á Dios; ahora se priva de ellos, tiene aversion á los sagrados misterios, y mira con indiferencia las ceremonias mas santas de la Iglesia. Las reprensiones de los buenos y las advertencias de los ministros del Señor ya no tienen efecto, y solo sirven para mas exasperarlo. Las mas espesas tinieblas han llegado á cubrir del todo los ojos del deshonesto, y ya no los abre sino para contentar su pasion: ojos de adúltero, como dice san Pablo, y de incesante delito. Porque el impúdico, de dia y de noche, en el lugar y en el campo, en el trabajo y en el descanso, siempre y continuamente está pecando; porque siempre tiene fija su imaginacion en el objeto que lo arrebató, piensa sin cesar en él, y cada dia multiplica infinitamente sus pecados. En una palabra, amados mios, el deshonesto es un hombre de pecado continuo: y esto es, por lo comun, lo que lo hace

incorregible. Pero acaso alguno dirá, ¿pues no se nos dice que el rey David pecó, y despues se arrepintió? Sí, es verdad. Pero ¿cuál fue la penitencia de este Príncipe? Oidla para vuestra edificacion.

David tuvo una contricion tan grande, tan viva y tan continua, que lloraba su pecado todas las noches, con lágrimas tan abundantes, que llegaba á regar su cama. Pecó por la noche, dice san Efren, y todas las noches lloró. Y no solo lloró, sino que como leon daba rugidos de dolor, y hacia resonar la habitacion con sus clamores. Hizo dolorosa confesion de su pecado, y no se disculpó de él, sino que lo confesó de llano, exclamando: *Pequé contra mi Dios*. Hombre adúltero, ¿es esta tambien la sinceridad de tus confesiones? Despues que has manchado el lecho nupcial con tus adulterios, ¿tienes la sinceridad que es necesaria para descubrir tus pecados al confesor? ¿No es verdad que por falta de ella añades el sacrilegio á tus impurezas? ¡Ah! ya que no fuera tan cierto. Pero David ¿cómo satisfizo á Dios por su pecado? No se contentaba con orar por la mañana, al mediodía y á la tarde, sino que se levantaba tambien á media noche, para confesar su pecado delante de Dios, y pedirle perdón. Oraba, no solo de rodillas, sino tambien postrado en tierra, y con tanto ardor, que su voz se hizo ronca á fuerza de clamar, pidiendo á Dios misericordia. Á la oracion juntaba el ayuno, y tan riguroso, que mezclaba su pan con ceniza, y la bebida con sus lágrimas; y ayuno tan continuado, que al fin de sus dias ya no podia sostenerse sobre sus rodillas.

Decidme ahora, hombres lujuriosos, ¿haceis vosotros esta penitencia? Vosotros, que soleis disculparos con decir que tambien pecó David, ¿estais resueltos á imitar á este Rey penitente? Digo que es bien dificultoso que llegueis á tanto. Pero tambien debo decir, que ya que tuvisteis la desgracia de imitarle en su pecado, es indispensable que, á lo menos del modo que podais, le imiteis en su penitencia. Ánimo, pues, hermanos míos, á convertiros de vuestros desórdenes: ¿será posible que querais hasta la muerte sacrificaros al demonio impuro, y ser adoradores de un ídolo corrompido? No, amados míos, salid al instante de ese abismo á que os ha precipitado el amor impuro: corresponded á Dios que os convida con el perdón, y practicad los medios que os dé un prudente confesor, para salir de tan miserable estado. Y principalmente, poned en práctica este que os doy con el apóstol san Pablo; que es, *huir de la fornicacion*. En los otros vicios se trata de combatir con ellos; pero en este se trata de huir de él. Sí, huid de todo género de impureza;

porque el que está sujeto á este vicio, no puede tener parte en el reino de los cielos, y será arrojado á un estanque de eterno fuego. Huid de todo lo que pueda induciros á la lujuria : huid la destemplanza en la comida y bebida, y tambien en el dormir : huid la ociosidad, la conversacion demasiado familiar con las mujeres, las diversiones peligrosas, las conversaciones deshonestas : huid de todo lo que pueda ser ocasion de pecado, y huid hasta de vosotros mismos : quiero decir, que no os detengais un momento á razonar con los malos pensamientos, cuando alguno os venga ; sino al instante acudid á Dios, sin cuya gracia ninguno puede ser casto, Yo confio, amados mios, que si fielmente practicais estos medios, el Señor os concederá el don de la continencia y la dicha de seguir al Cordero sin mancha, hasta llegar á la mansion de la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMOQUINTO.

LECCION.

DEL CUARTO MANDAMIENTO.

Honrar padre y madre.

Despues de los tres mandamientos que pertenecen al honor debido á Dios, pasó su Majestad á imponernos los que pertenecen al provecho del prójimo, empezando por lo que debemos á nuestros padres : dándonos á entender en esto el Señor, que despues de Dios son los padres los primeros que deben entrar en el amor y estimacion de los hijos. Pero como la obligacion que estos tienen nace de los beneficios que han recibido de sus padres, me parece convenir á vuestra instruccion hablaros primero de las obligaciones que teneis á vuestros hijos, para que cumpliéndolas como es debido tengais una justa razon para exigir de ellos el honor y respeto que Dios les manda.

P. ¿Qué deben los padres naturales á sus hijos?

R. Deben sustentarlos, doctrinarlos, y darles estado que no sea contrario á su voluntad. Luego que el hombre sabe que es padre, ya debe tener todo miramiento á su hijo y á la madre, para que su nacimiento no sea desgraciado, y reciba su alma la vida de la gracia por el santo Bautismo. Faltan á esta primera obligacion y pecan aquellos maridos inconsiderados y crueles que maltratan á la mujer en el tiempo de la preñez, con peligro de que aborte; y tambien los que no la asisten, segun su posibilidad, con los alimentos que en tal estado necesita, para que el niño no venga al mundo endeble ó enfermizo; porque en esto no solo interesa el niño, sino tambien los padres, Dios, la Iglesia y el Estado. De consiguiente, son reos de horrendo infanticidio aquellos que habiendo tenido fruto de un comercio carnal ilícito, mas crueles que las fieras, procuran el aborto, ó exponen lo nacido á peligro de que muera sin Bautismo, ó no lo alimentan y visten, pudiendo hacerlo; y tienen esta obligacion hasta que el hijo toma estado ú oficio. Tambien pecan los

que ó no trabajan para alimentar su familia, ó, lo que es peor, trabajan, y gastan lo ganado en alimentar sus vicios, con absoluto abandono de sus obligaciones.

Tienen los padres obligacion de doctrinar sus hijos, y enseñarles con el ejemplo á que sean buenos cristianos, y de ponerlos en carrera ú oficio que pueda prestarles su mantenimiento, si no tienen otro recurso; y aunque lo tengan, para que si este les falta por cualquier acontecimiento, les quede el oficio para mantenerse. De no hacerlo así, tendrán unos hijos holgazanes y viciosos, que despues de ser el escándalo de la poblacion, vendrán á deshorrar la familia en un suplicio.

P. ¿Qué otra obligacion tienen los padres?

R. La de aplicarse á conocer las inclinaciones de los hijos desde niños, para si son buenas cultivarlas, ó para enderezarlas ó arrancarlas, si fuesen torcidas ó malas. Imitando al jardinero, que si el arbolito sale bueno, lo cultiva y cuida para que no se pierda; y si sale con vicio, procura remediarlo en lo posible.

Cuando el hijo empieza á desarrollarse en el trato de gentes, debe indagar el padre qué pasos lleva, qué entretenimientos tiene fuera de casa, si cumple con las obligaciones de buen cristiano, con qué amigos se hace, qué compañías tiene, y qué casas frecuenta. Si en algo merece el hijo que se le corrija, debe hacerlo el padre, primero con amor; porque puede ser que esto baste para la enmienda. Pero si no bastase la primera amonestacion, ya la correccion debe repetirse con seriedad y algo de amenaza; y si aun, rebelde, la resistiese, entonces ya es menester darle un prudente castigo; es decir, un castigo proporcionado al delito, sin mezcla de mala palabra ó accion escandalosa; porque de otro modo, mas se pierde que se gana.

P. ¿Tienen otra obligacion los padres?

R. Sí, y es muy necesaria para el bien de la sociedad; y es la de dar estado á sus hijos á tiempo oportuno; y no el estado que á los padres se les antoje, sino aquel á que se inclinan los hijos. En esto faltan muchos padres que por propia conveniencia retardan casar á sus hijos inclinados al matrimonio, y que ya están en edad competente. Porque sabemos por experiencia que de no casarlos á su tiempo resulta que ellos suelen hacerlo por malos modos, de que se siguen pesados disgustos en las familias, y, lo que es peor, muchas ofensas de Dios.

P. ¿Por qué el tomar estado ha de ser á gusto de los hijos?

R. Porque los hijos son libres para ello ; y Dios no ha dado tanta autoridad á los padres, que puedan violentarlos en esto. El Espíritu Santo dice ¹ : « Casa á tu hija, y con esto harás una obra buena. »

P. ¿Qué deben hacer los padres para no faltar en esto?

R. Deben dejar en libertad á los hijos para que tomen el estado que fuere de su gusto, ya sea de clérigo, fraile ó casado, y aconsejarles que lo consulten con el prudente confesor ; y pedirle á Dios que les dé acierto ; porque de la acertada eleccion de estado pende la salvacion.

Á este cuarto mandamiento pertenece tambien la obligacion que tienen los amos con los criados.

P. ¿Qué obligacion es esta?

R. Esta obligacion es de dos maneras : una en orden á lo temporal, y otra en orden á lo espiritual. Por la primera, deben los amos dar á los criados el alimento necesario, pagarles á su tiempo y con fidelidad el salario convenido, tratarlos con caridad en las necesidades, y corregirlos con amor cuando sea menester. Y si se bioiesen incorregibles y tercios, despedirlos de casa, para que no perviertan con su mal ejemplo á los otros criados ó á los hijos. El Espíritu Santo dice á los amos ² : « El pienso, la vara y la carga para el asno ; la doctrina, el pan y el trabajo para el criado. » Y en orden á lo espiritual, deben cuidar que oigan misa, que confiesen y comulguen, que sepan la doctrina cristiana, y cumplan con los deberes de un hombre honrado y cristiano. Deben velar tambien para que no haya entre los criados demasiada familiaridad ; y si hay de uno y otro sexo, apartarlos de los peligros y ocasiones de ofender á Dios.

P. ¿Y es muy grande esta obligacion?

R. Es tan grande como la que tienen los padres con los hijos ; porque Dios los ha puesto en lugar de padres. Y á pesar de ser esta la ordenacion de Dios, hace lástima el ver cuán mal se cumple por muchos amos. Algun dia sentirán las malas consecuencias de su descuido.

Ejercitantes : os he declarado en esta leccion las principales obligaciones que teneis en fuerza del cuarto mandamiento de la ley de Dios, y que debeis cumplir para lograr vuestra salvacion y encaminar á vuestros encomendados por la senda que lleva al cielo. Si las cumplis bien, el Señor os dará la gloria que yo os deseo. Amen.

¹ Eccl. XXXII. — ² Eccl. XXXIII.

EJEMPLO.

En una ciudad de Francia habia una señora que tenia un hijo que hizo educar con el mayor esmero. Dios bendijo sus esfuerzos, pues el buen hijo correspondió á la piedad y á los deseos de la madre. Llegó el dia de la primera comunión, y fueron inexplicables la devocion y el fervor con que el buen jóven se acercó al altar. ¡Qué gozo para aquella piadosa madre! Tuvo además el gusto de ver que su hijo, á proporción que crecía en edad, crecía tambien en santidad y perfección hasta los diez y siete años. Al llegar á tal edad, vió aquella madre con sorpresa y dolor de su corazon que su hijo se retiraba de la frecuencia de los santos sacramentos de Penitencia y Comunión. La celosísima madre no sabia atinar cuál seria la causa; ella veía que su hijo no tenia malas compañías, ni leía malos libros. Traspasada de dolor entra en el cuarto del hijo, y mas con lágrimas y sollozos que con palabras le dice: Hijo mio, ¡qué cambio observo en tí!... ¡tú antes piadoso, devoto y fervoroso, y ahora ni frecuentas los Sacramentos! ¡qué es esto, hijo mio! El jóven baja la cabeza y guarda silencio; la madre redobla sus lágrimas y sus ruegos; en fin su hijo se entenece. — Ya que V. quiere saber la causa se la diré. Yo instruido por sus dulces lecciones de V. y sobre todo por sus ejemplos, amaba la Religion, frecuentaba los Sacramentos, y era feliz: mas de algun tiempo á esta parte he fijado la atención sobre mi padre que no practica la Religion, ni frecuenta los Sacramentos, y así es que he resuelto imitar á él y no á V. — ¡Ah! hijo mio, exclamó la madre, ¡qué revelacion!... Sale del cuarto del hijo y se va al aposento de su marido, y refiere llorando la escena que acaba de rasgar su corazon... Á esta relacion el esposo queda inmóvil de estupor, y empieza á llorar. ¡Oh esposa mia! exclama, ¿dónde está mi hijo? — Le he dejado en su cuarto. — Ven, sigueme. Van juntos al cuarto del jóven; el padre se para en el umbral. ¡Oh hijo mio! dice sollozando, cuán duro es para un padre el acusarse delante de su hijo! Sí, soy culpable, hijo mio; mas no es por falta de fe; ni tampoco que tenga algun vicio que me impida; es y nada mas un maldito respeto humano lo que me impide la práctica de la Religion y la frecuencia de los Sacramentos. ¡Ay! no habia jamás pensado que mi ejemplo debia ser tan funesto. Mas, hijo mio, perdóname y dame un abrazo. Tu confesor será tambien el mio; tú te confesarás de tu flaqueza, y yo me confesaré de mi criminal omi-

sion. Al instante fueron los dos á confesarse, y siempre mas se confesaron los dos con frecuencia, practicando la Religión.

MEDITACION.

Sobre la ira.

Considera, cristiano, que no se puede curar una enfermedad sin conocer las causas. Y por consiguiente, tú no podrás curarte de la ira, si la tienes, ó precaverla de ella, si no la tienes, si no te aplicas á conocer su origen. La soberbia, que nos hace sensibles al menor disgusto, es muchas veces la causa de nuestro enojo; y el amor propio que nos tenemos es el que nos engaña, haciéndonos creer que todo se nos debe; siendo tan delicados en la honra, que apenas nos tocan en ella nos irritamos. El sobrado apego que tenemos á las cosas de este mundo hace que no podamos sufrir al que nos perturba en la posesion. Para cortar esta enfermedad es menester usar de remedios contrarios á la causa de que procede. Si la ira procede de un temperamento sobradamente vivo y fogoso, es menester aplicarse á la mortificacion del genio, acordándonos de que obrar segun el natural no es obrar de cristiano, ni aun de hombre de razon. Esta es aquella santa violencia que dice Jesucristo ser necesario nos hagamos á nosotros mismos. Es menester pedir á Dios continuamente la victoria contra esta pasion de la ira, y meditar con frecuencia las máximas y ejemplos de mansedumbre que nos dejó nuestro Salvador, y aquel particular mandamiento que nos hizo diciendo: «Aprended de mí que soy manso.» Pero si la ira viene de amor propio ó de soberbia, como es lo mas ordinario, el remedio es quitar de raíz nuestra vanidad, y practicar la humildad. Cualquiera que haya conseguido esta virtud, ya no juzgará que se le hace injusticia, antes creerá que se le da lo que merece, cuando se ve menospreciado ó maltratado. Moderemos nuestros deseos, y lograremos mansedumbre y paciencia. Y sobre todo no nos perdonemos el mas mínimo movimiento de cólera; porque tendremos un buen resultado, si en sintiendo sus movimientos aplicamos el remedio.

Considera, hermano mio, que si por desgracia te ha cabido un genio fuerte y dominante, y por no domarlo te levantas iracundo contra tu prójimo, te coge de lleno aquella sentencia de Jesucristo: «El que se encoleriza contra su hermano, es reo de entrar en juicio.» Aprended de mí, dice el Señor, que soy pacífico y humilde

de corazon. ¿Podrás tú ser buen cristiano, si no practicas las lecciones del divino Maestro? Todas las virtudes nos ha enseñado el Señor con su ejemplo; pero la mansedumbre y humildad son particularmente las que quiere que aprendamos de su Majestad. Estas son las dos virtudes de que nos dió mas ejemplos, y las que puede decirse que forman su carácter. Por eso el profeta Isaías al querer hacer el retrato del Mesías que habia de venir, y pintar las facciones morales que mas le distinguirian, no habla tanto de su poder, de sus milagros, de su doctrina y santidad, como habla de su mansedumbre. «No será, dice¹, ni impaciente, ni colérico, ni se le oirá «levantar la voz.» Este es el retrato de Jesucristo.

Ejercitante, ¿es tambien el tuyo? ¿Conoces en él tu semejanza? ¡Oh! y qué admirables lecciones nos da el divino Maestro, de la virtud de la mansedumbre! Su divina Majestad nos exhorta á presentar la otra mejilla á quien nos dió una bofetada, en vez de vengarnos; y á dejar que se lleve tambien nuestra capa el que quiere quitarnos la túnica, antes que altercar con él. No solo nos manda sufrir, sino tambien amar á nuestros enemigos y hacerles bien; y nos asegura que así nos distinguiremos de los gentiles y publicanos, y que esta será la señal por la que serémos reconocidos por discípulos suyos y por verdaderos cristianos. Quiere que merezcamos su misericordia, por la que nosotros usemos con nuestros prójimos. Las obras mas excelentes le serán desagradables, si no naciesen de un corazon lleno de benignidad y caridad con nuestros hermanos. Nos destierra de sus altares y de su corazon, si nos atrevemos á llegar á su Majestad con desabrimiento y sequedad hácia nuestros prójimos. Estar uno desterrado de los altares, es estar excomulgado; y estar desterrado del corazon de Jesús, ¿qué será sino ser réprobo?

Sabiendo, pues, amados mios, y estando persuadidos de las pacíficas máximas que nos enseñó Jesucristo, ¿podrémos resistir á imitar los admirables ejemplos que nos dió de mansedumbre? ¿Con qué paciencia no sufrió la rusticidad de sus discípulos, y disimuló sus flaquezas? ¿Qué dulzura, qué piedad no usó con los pecadores? Jamás arrojó de sí á ninguno; á todos recibia con benignidad, y cuanto mas miserables eran, mas ternura y misericordia usaba con ellos. El horror infinito que tenia al pecado jamás le inspiró el mas mínimo movimiento de aspereza contra los pecadores. Los grandes

¹ Cap. xli.

delitos del Publicano y de la Magdalena no tuvieron otro efecto que aumentar su compasion con ellos. Sus verdugos experimentaron la grandeza de su bondad ; pues no solo los perdonó, sino que aun los defendió, y rogó á su Padre por ellos. Mas ¡ay! dulce Jesús mio, ¿en dónde ha resplandecido mas vuestra mansedumbre y bondad, que en sufrirme á mí, despues de tantas ingratitudes? ¿Y quién necesita de esta virtud tanto como yo? Pero es tanta mi miseria, que solo puedo tenerla por vuestra gracia y misericordia.

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes : á nosotros mas particularmente nos dice el divino Maestro : «Aprended de mí.» ¡Ah! Jesús mio : ¿y qué «hemos de aprender de Vos? ¿A fabricar un mundo, á enderezar «tullidos, á resucitar muertos? No : *Discite à me, quia mitis sum, «et humilis corde.* ¿Qué confusion no será la nuestra, hermanos «mios, en el dia de nuestra visitacion, si el divino Maestro encuen- «tra que nuestra vida no ha sido nivelada con la suya? ¿si siendo «Jesús humilde en el nacer, en su porte y conversacion, halla que «nosotros hemos sido arrogantes y altivos, y hemos querido pare- «cer grandes en nacimiento, vestido y trato? ¿si Jesucristo fue obe- «diente á la voz de sus padres, y nosotros inobedientes á la del mis- «mo Jesús? ¿si nuestro Salvador se fatigó por buscar la gloria de «su eterno Padre, y nosotros no hemos buscado mas que la nuestra, «vana y perniciosa? ¿si diciendo Jesús que el mayor se haga me- «nor, nosotros hemos erguido nuestro cuello para salir sobre todos? «¿si Jesús fue manso, pacífico y humilde, y nosotros coléricos, ira- «cundos é irreconciliables? ¡Qué juicio sufrirémos! ¡qué sentencia! «¡qué condenacion!»

JACULATORIAS.

¡Oh humildísimo Jesús! aunque la ira no tuviese tan malas consecuencias como tiene, solo por ser tan opuesta á vuestro dulcísimo corazon la aborrezco y la detesto.

¿Quién, Salvador mio, que contemple la mansedumbre con que os dejásteis conducir al Calvario, como oveja que llevan al matadero, querrá ya tomar cólera contra su hermano?

Confieso, Jesús mio, haber caido en la flaqueza de airarme contra mi prójimo. No lo tomeis en vuestro juicio para castigarme.

Atended á que ya perdono á todos, para que Vos me perdeneis á mí. Sí, Padre mio, perdonadme : os digo con todo mi corazon que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la ira.

Ejercitantes : si nuestras iras fuesen como la de nuestro Salvador, cuando irritado al ver que los comerciantes habian hecho del templo de Dios casa de tráfico, movido en cólera santa, tomó un látigo, y los arrojó del lugar santo ; seríamos dignos de alabanza. Pero cuando reflexiono sobre lo que comunmente sucede en el mundo ; sobre los ruidos y riñas tan frecuentes en las familias, y sobre las disputas acaloradas y contestaciones porfiadas entre los vecinos ; no hallo sino una ira injusta y viciosa, cuyos perniciosos efectos quiero haceros ver, á fin de que procureis evitar la maligna causa que los produce. Digo, pues, que un hombre airado se hace enemigo de sí mismo, del prójimo y de Dios : vais á verlo.

Se hace enemigo de sí mismo, porque hace daño á su propio cuerpo y á su alma. Lo dice el Espíritu Santo con estas palabras ¹ : « La ira y la envidia minoran los dias de la vida. » Y la experiencia nos hace ver claramente esta verdad. Luego que el hombre se ha dejado poseer de la ira ó de la soberbia colérica, se le enciende la sangre, se le inflama la bilis, todos los humores se le alteran y turban, y queda expuesto á funestos accidentes. Hombres se han visto montados en cólera, quedar muertos de repente, y cumplirse á la letra lo que se lee en el libro de Job, á saber : Que la ira mata al necio ². Así le sucedió al emperador Valentiniano, que en una subida de cólera perdió en un momento la voz, la respiracion y la vida. Si bien es verdad que esto no sucede frecuentemente, tambien lo es que muy á menudo vemos puestos en movimiento los facultativos, para socorrer personas inflamadas por la ira ó insultadas por la cólera. Pero no para aquí todo el daño. Lo peor es, que la ira causa en el alma del que la tiene otros accidentes de mas fatales consecuencias. Ella turba la razon y hace perder el juicio. Por manera, que el profeta Isaías ³ compara el corazon del hombre fogoso á un mar agitado de borrascas y tempestades. Bella comparacion, amados mios : ninguna cosa representa mejor al cielo, que el mar cuan-

¹ Eccli. xxx. — ² Cap. v. — ³ Cap. lvii.

do está en calma. En él, como en un espejo, se ven perfectamente copiados el sol, la luna, las estrellas y hasta el hermoso azul del cielo. Pero venga una tempestad y turbe el mar; al instante desaparecieron todas estas imágenes celestiales: tal es el hombre. Mientras su corazón está en calma, parece por las miradas, por las palabras y operaciones que la Divinidad está representada en su alma. Pero al momento que el furor de la ira altera esta alma, desaparece aquella hermosa imagen; y este mismo hombre ya no es mas que la imagen del demonio, cuyos furores representa. Observadlo vosotros, y veréis que no exagero. ¿Cuáles son los pensamientos del demonio? Pensamientos de venganza y division; estos son los del hombre irritado. ¿Cuáles son las expresiones del demonio? Blasfemias y juramentos; este es el lenguaje del colérico. ¿Cuáles son las miradas del demonio? Miradas de espanto, de terror y de amenaza; tales son las del iracundo. ¿Y en dónde habita el demonio? En el infierno, lugar de confusion y desorden; tal es la casa y familia de un hombre violento. En suma, amados míos, si observais con atencion á los hombres con quienes tratais, vosotros mismos conoceréis por su comportamiento y sin equivocacion cuál es el hombre interior de aquella persona. ¿Veis un hombre pacífico, manso y contenido en su trato? Decid abiertamente que aquella alma reina sobre sus pasiones, y que goza de la tranquilidad de espíritu que hace toda la felicidad del hombre en esta vida. ¿Veis por lo contrario otro que es arrebatado y furioso? Decid que es un loco é insensato, que tambien lo dice el Espíritu Santo. Veamos ahora cómo el iracundo se hace enemigo de su prójimo.

El hombre que es esclavo de esta pasion no tiene aquel acomodamiento genial con su prójimo, en el que consiste lo mas dulce y grato de la comunicacion social; porque á todos se hace odioso é insupportable con sus pesadas porfías y fogosos altercados. Y por esto el Espíritu Santo nos aconseja, que no tomemos amistad con hombre colérico, ni le tratemos con frecuencia, para que su compañía no sea para nuestra alma una ocasion de caida en el mismo vicio. Notaréis tambien esto: los leones se domestican, los osos se amansan, el buey y el caballo deponen su fiereza á la presencia del amo, pero este género de personas iracundas, cuando se montan en furor, no conocen á padres, ni á hermanos, ni á parientes, ni á amigos, y con todos se toman; y segun la expresion del Espíritu Santo en el libro de los Proverbios ¹, nadie puede sufrirlos. Y de estos los hay

¹ Cap. XVIII.

tan violentos, tan tercos y pertinaces, que guardan su cólera hasta la muerte, y aun la dejan vinculada á sus descendientes. Y no obstante esto, tienen la presuncion de que Dios les perdonará: lamentable ceguedad; porque no solo se hacen enemigos del prójimo, sino tambien de su Dios. Voy á demostrarlo.

El corazon del hombre es el trono donde el Señor reposa; y el corazon del hombre que se hace turbulento con la ira ya no es el trono de Dios, sino la silla del demonio; así lo dice san Juan Clímaco. Sabed, pues, hombres iracundos, que mientras no practiqueis este mandamiento de Jesucristo, «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon,» no podeis estar en su gracia, ni participar de su espíritu; porque Jesucristo tiene un espíritu de prudencia y de consejo, y el vuestro es de confusion y desórden. El espíritu del Señor es espíritu de inteligencia y sabiduría; el vuestro carece hasta del sentido comun. El espíritu del Señor es espíritu de temor; y el vuestro ni teme la severidad del juicio de Dios, ni el rigor de las leyes humanas. El espíritu del Señor es espíritu de caridad, que todo lo disimula y todo lo sufre; el vuestro ni excusa, ni sufre. El espíritu del Señor es espíritu de paz; y el vuestro de guerra y disension. ¿En qué pensais, miserables iracundos? ¿Querréis mas perder vuestra alma en vuestro furor, que reprimir los ímpetus de esa pasion que os hace enemigos de Dios, del prójimo y de vosotros mismos? ¿Con qué podréis excusaros? ¿Me diréis que este es vuestro genio? Yo os digo que ese genio es el que debeis vencer. ¿Me replicaréis que no podeis hacer otra cosa? Yo os concederé que el primer movimiento no está en vuestra mano el reprimirlo; pero os digo, que en vuestra voluntad está el domar con tiempo el genio para evitar aquel primer movimiento. San Pablo nos aconseja ¹, que no dejemos se nos ponga el sol en nuestra ira. Por tanto, yo os digo, amados mios, que si alguna vez os coge la ira de sorpresa, no le permitais un momento de reposo en vuestro corazon. ¡Ay Dios mio! ¿qué será en el dia del juicio del que fue iracundo por muchos años, y aun hasta la muerte, sin haber procurado modificar su corazon? Hacednos la gracia, dulcísimo Jesús, de que seamos mansos y humildes, para que seamos dignos de poseer la tierra de los vivos que nos teneis prometida, la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

¹ Ephes. iv.

EJERCICIO DÉCIMOSEXTO.

LECCION.

Del cuarto mandamiento.

Ejercitantes hijos de familia : esta noche es necesario que redobleis vuestra atencion, porque voy á hablar de las obligaciones de los hijos para con sus padres, cuyo cumplimiento es tan indispensable, como que sin él no tendréis felicidad en esta vida, ni gloria en el cielo.

P. ¿Quién se dice con verdad que honra á sus padres?

R. Quien los ama, obedece, socorre y reverencia.

P. ¿Cómo faltan los hijos al amor que deben á sus padres?

R. Aborreciéndolos, maldiciéndolos; deseándoles algun mal, é negándose por hijos. Así es que pecan aquellos hijos ingratos y crueles que, olvidados del amor con que sus padres los criaron y cuidaron, hasta quitarse de la boca el bocado para dárselo á ellos, aborrecen de muerte á sus padres, los miran con indignacion, se fastidian de su presencia y conversacion, y les desean la muerte por salir de ellos. Infelices hijos : ellos morirán antes de tiempo ; pues diciendo el Espíritu Santo ¹, « Ama á tu padre y á tu madre, si quieres « vivir largos años sobre la tierra, » es consiguiente que el hijo que no los ame, jóven tiene que morir.

P. ¿Quién peca contra la reverencia debida á los padres?

R. Los que ponen manos violentas en su padre ó en su madre, ó les dicen palabras descaradas, injuriosas é indecentes, ó los maldicen en su presencia, aunque no sea de corazon. El Señor aborrece tanto este pecado, que en la ley antigua mandó á Moisés ² que hiciese quitar la vida al hijo que hiriese ó maldijese á sus padres. Y por lo contrario, llena de bendiciones al hijo que los respeta. Y tanto, que el Espíritu Santo dice ³ : que el hijo que honra á sus padres, él tambien será honrado de sus hijos, que serán oidas sus oraciones, y que tendrá larga vida ; y añade : « Honra de obra, de pala-

¹ Exod. xx. — ² Ibid. xxi. — ³ Eccli. iii.

«bra y con toda paciencia á tu padre, para que recaiga en tí su bendición ; porque la bendición del padre asegura la casa de los hijos, «y la maldición de la madre arranca hasta los cimientos.»

P. ¿Cómo faltan los hijos á la obediencia que deben á sus padres?

R. No obedeciéndoles, cuando les mandan cosa grave y justa. Por ejemplo : pecan los hijos, que poniéndolos su padre á que aprendan algun oficio, ellos, por holgazanear, no quieren aplicarse. Pecan los que salen de casa á horas incómodas de la noche, contra el expreso mandamiento de sus padres. Pecan, cuando diciéndoles el padre que dejen la mala compañía, no la dejan ; ó si les manda que no frecuenten las casas de sospecha ó de juego, continúan en ir á ellas. Vosotros mismos, amados jóvenes, conoceréis las ventajas que lleva en sí la obediencia á los padres. Si aquel hijo que vosotros conocéis hubiera obedecido á sus padres, no le hubiera sucedido aquella riña, aquel mal encuentro ó desgracia que tantos trabajos y disgustos ocasionó á la familia. Y si tú, y el otro, y casi todos los jóvenes hubiéseis obedecido á vuestros padres, el otro mal compañero no hubiera tenido ocasion de enseñaros un pecado que quizá os acompañará hasta la muerte, si no es que hasta el infierno. Ejercitantes jóvenes, obedeced á vuestros padres, si no quereis experimentar las amargas resultas que tiene la inobediencia.

P. ¿Están obligados los hijos á obedecer á sus padres en todo lo que les manden?

R. Sí : en todo lo que no sea contrario á la ley de Dios, á las buenas costumbres, y á las leyes del Reino y de la Iglesia ; porque en estos casos, el padre que tal cosa manda al hijo, no debe ser obedecido. Si los padres fuesen mas prudentes y cristianos en mandar á los hijos, no se verían tantos de estos en cárceles, presidios y suplicios. Pues habiéndoles mandado ó consentido sus padres, cuando niños, que tomasen furtivamente cosa que era de otro, ellos se aficionaron al robo, y con el tiempo vinieron á parar en famosos ladrones, ó se hicieron asesinos crueles, porque en sus primeros años el padre ó la madre los animaba á que se vengasen del otro muchacho con la piedra ó con el palo.

P. ¿Cómo faltan los hijos al socorro debido á los padres?

R. No asistiéndoles, de cuantos modos puedan, en las necesidades corporales y espirituales.

Hijos hay que ven á sus padres enfermos, ó necesitados de alimento y de vestido ; y cogidos por el interés, no tienen valor para

darles un pan, y lo tienen para, con escándalo y resentimiento de la humanidad, dejarlos morir en la mayor miseria. Tales hijos pecan gravísimamente, y deben tener un fin desastrado. No faltan á nuestra vista ejemplares de hijos ingratos, que disfrutando los bienes que en la vida les cedieron los padres con la obligacion de alimentarlos; muy léjos de cumplirla, ni aun con lo sobrante de su mesa les asisten, y se lo dan á sus perros. Padres de familia, no entreguéis indiscretamente, durante vuestra vida, los bienes á los hijos; y tomad en memoria esto que dice el Espíritu Santo ¹: «Mejor es que tus hijos te busquen á tí, que verte tú en manos de tus hijos.»

Pecan los hijos que estando el padre en peligro de muerte, no cuidan de que reciba en tiempo los santos Sacramentos, y haga testamento, con miras de vil interés; de lo que resultan despues riñas, pleitos y discordias en la familia.

Los hijos que son albaceas de sus padres, si retardan sin justa causa el cumplimiento de su última voluntad y obra pia, pecan, y continúan pecando mientras no la cumplan. Esta ingratitud aun es mas cruel que las otras; porque al mismo tiempo que se lastiman de ver penar á un animal, aunque no sea suyo, no se compadecen del padre que les dió el ser, y que tal vez por ellos se está abrasando en el fuego del purgatorio.

Y pecan tambien aquellos hijos vanos y soberbios que por haber venido á mejor fortuna que aquella en que nacieron, se avergüenzan de decir que son hijos de tal padre. Estos se puede decir que á poca fuerza negarian y renegarian tambien de Jesucristo.

P. ¿Quiénes mas se entienden por padres además de los naturales?

R. Debemos honrar á los que saben mas que nosotros; porque pueden darnos luz para que salgan acertados nuestros negocios. Y por eso dice el Espíritu Santo ²: «Inclina tu oreja, y oye las palabras del hombre sábio.» Estos se entienden por padres. Tambien se entienden bajo este nombre los mayores en edad, y debemos respetarlos. El mismo Espíritu Santo dice ³: «Donde hay viejos, no hables mucho.»

Debemos respetar á los sacerdotes, porque son nuestros padres en lo espiritual; pues nos alimentan con la palabra de Dios, nos visten con los Sacramentos, y nos curan de la enfermedad del pecado. El Espíritu Santo nos dice ⁴: «Honra á Dios con toda tu alma, y tambien á sus sacerdotes y ministros.»

¹ Eccli. xxxiii, 22. — ² Prov. xii. — ³ Eccli. xxxii, 13. — ⁴ Eccli. vii.

Debemos amar, honrar y obedecer á nuestro rey ó reina; porque, como padre, nos gobierna en lo temporal. El Espíritu Santo nos amonesta ¹, y dice: «Teme á Dios, hijo mio, y teme tambien al «rey, y no murmures de él.»

Cumplamos todos con estas obligaciones, y serémos felices en la tierra y en el cielo. Amen.

EJEMPLO

que se lee en la historia del Japon, lib. XIII.

Habia en el Japon tres hijos grandes que vivian en la mayor indigencia y trabajaban dia y noche para alimentar á su pobre madre viuda; pero como no podian alcanzar con su trabajo el alivio de su madre, se valieron de una traza bien extraña: Se habia publicado en el Japon por orden del Emperador, que á aquel que cogiese á un famoso ladron y le pusiese en manos de la justicia, se le daría una cantidad. Convinieron aquellos tres hermanos en que uno de ellos se fingiria ladron, y que los otros dos le presentarian y cobrarían la cantidad para aliviar á su madre viuda: echaron suertes, y cayó la suerte sobre el mas jóven. Los otros dos le amarraron, le presentaron al juez, cobraron la cantidad señalada, y aquel se quedó en la cárcel; mas antes de partirse los dos quisieron despedirse del preso, y lo hicieron con muchas lágrimas. Al juez, que por casualidad se hallaba en un lugar desde donde podia ver lo que estaba pasando, le llamó mucho la atencion, y mandó á uno de sus criados que fuera siguiendo con disimulo á aquellos dos hombres que habian traído el preso: les siguió, vió en la casa que entraban, y oyó que referian á su madre que el hijo estaba preso, y por qué motivo; la madre al oír aquello empezó á dar gritos lamentables, diciendo que estaba resuelta á morir de hambre, antes que vivir á expensas de la vida de su hijo. «Id, les dijo, hijos caritativos; pero «hermanos desnaturalizados, id, entregad el dinero que habeis recibido, y volvedme á mi hijo, si vive aun; si es muerto, no penseis mas en alimentarme, sino en prepararme un ataúd, pues no «puedo vivir despues de él.»—El hombre que les habia seguido por orden del juez, oyendo este discurso, fué luego á referirlo todo á su dueño. El juez hizo presentar el prisionero; le preguntó, le amena-

¹ Prov. XIV.

zó, y le obligó á decir lo que habia pasado. Habiéndolo el preso declarado todo, el juez dió parte al Emperador, á quien conmovió tanto esta accion heróica, que quiso ver á los tres hermanos. Cuando los tuvo en su presencia, alabó su piedad y les dió una pension; al que habia estado preso le señaló mil quinientos duros de renta anuales, y quinientos á cada uno de los otros dos hermanos.—¡Oh hijos que escuchais esta historia! mirad como la divina Providencia vela siempre sobre la conducta de los hombres, y la piedad de los hijos para con sus padres es á menudo colmada, aun en esta vida, de gracias y de bienes temporales!...

MEDITACION.

Sobre la gula.

Considera, cristiano, que nuestro Salvador nos dice ¹: «Guardaos de que sean gravados vuestros corazones con el mucho comer y beber.» Si un médico sábio te dijera que te guardases de beber el zumo de alguna yerba, porque en bebiéndole moririas; no hay duda en que te abstendrias de ella. Pues el sábio y verdadero médico de nuestras almas y cuerpos te está diciendo que te guardes del demasiado comer y beber, porque morirás; y tú no quieres creerlo, ni guardarte de este vicio que enferma el cuerpo y el alma. Cuando enferma el cuerpo en otras enfermedades, suele el alma estar mas fuerte; porque, como dice san Pablo ²: «Cuando el hombre de fuera es abatido y maltratado, el de dentro es renovado.» Pero en la glotonería y embriaguez son inficionados el cuerpo y el alma. El cuerpo es debilitado, y el alma muerta; porque, como dice el Espíritu Santo, «los que están llenos de muchos manjares no pueden usar de la rectitud del alma.» Mientras Adán guardó abstinencia en el paraíso, permaneció santo y bueno; pero en siendo guloso, perdió muchos bienes, y cayó en grandes males. Lot no hubiera sido incestuoso, si no hubiese bebido mucho vino. Y por eso el Apóstol escribiendo á los cristianos de Éfeso les dice ³: «No bebais mucho vino, porque en él está la lujuria.» Este vicio fue la causa de que el soberbio Holofernes muriese degollado por una débil mujer, y de que se perdiese todo su ejército. El que suelta las riendas á la gula, se hace inhábil para todo ejercicio virtuoso. Y así como

¹ Luc. xxi. — ² II Cor. iv, 16. — ³ Cap. iv.

la mucha lluvia causa lodós, y hace lagunas donde se crían ranas y otras sabandijas; así el vino demasiado causa torpes deseos, apetitos sensuales, y otros vicios y pecados.

Considera, ejercitante, que los que se dan al demasiado comer y beber son peores que los brutos, los cuales en comiendo y bebiendo lo necesario ya no comen ni beben mas, aunque se les importune. Pero los glotones, no contentos con lo que basta, comen y beben hasta hartarse y hacerse mas irracionales que las bestias. En la santa Escritura leemos ¹, «que el vino y las mujeres hacen apostatar, y apartarse de Dios á los hombres mas sábios.» Que hagan esto los gentiles que no conocen á Dios, no es mucho de maravillar; pero sí que lo es que á los gentiles imiten los cristianos, á quienes sacó el Señor de las tinieblas de la infidelidad á la luz de la fe. Es la embriaguez un dulce veneno y un blando demonio que no es conocido del que le tiene. El Espíritu Santo dice ²: «que por la abstinencia se alarga la vida; y que por el comer y beber se perdieron muchos.» El ayuno y la abstinencia es mandada por Dios, y la prevaricación de la ley por el demonio. Dios mandó al primer hombre que se abstuviese de comer cierta fruta, y el demonio persuadió á la primera mujer á que la comiese. Y por este pecado de gula se introdujo en el mundo la muerte y toda la infinidad de males de que está cubierta la tierra. Abandonarse un cristiano á la gula, no es otra cosa, en sentir de san Pablo, que hacer al estómago su Dios; y á él sacrifica el guloso sus bienes, su vida y salvacion. Por el exceso en beber vienen los glotones á perder el juicio, y caer en las acciones mas torpes y violentas; y por el demasiado comer muchos pierden la vida del cuerpo y la del alma. ¿Cuántos se han encontrado muertos en la cama por un exceso de la cena? Muertes lastimosas y verdaderamente desgraciadas; porque en cualquiera otro pecado que la muerte coja al hombre, si está en conocimiento, puede tener la fortuna de un instante de tiempo para hacer un acto de contrición y salvarse. Pero el estado en que pone á un hombre el exceso de comida ó bebida, ordinariamente no le deja capaz para el arrepentimiento; muere en su pecado, y se condena.

Considera, hermano mio, si por desgracia estás inclinado á este vicio, que el profeta Isaías dice ³: que será tanta la hambre que los glotones padecerán en el infierno, que cada uno comerá la carne de su brazo. Padecerán tanta sed, que desearán una gola de agua;

¹ Eccli. xix. — ² Eccli. xxxvii. — ³ Cap. ix. J. mis. 24 — J. V. 20. J. 1

como aquel rico del Evangelio ¹, y no habrá quien se la dé: y el real Profeta dice ²: que entre los fuegos será tanta la hambre y sed que padecerán, cuanta fue la abundancia y hartura que tuvieron en el mundo. ¿Y no es una locura que un cristiano se sujete á tantos males y daños por un vil deleite? Acá, por el mucho comer, es fatigado con enfermedades; y despues en el infierno con hambre y sed intolerables, y con tormentos perdurables. ¿Puede darse mayor infamia y bajeza, que deleitarse un racional en la corrupcion y torpeza de la carne? No hallamos en los Libros santos que jamás haya dado Dios á sus queridos grandes banquetes y comidas, sino pobres y templadas. Cuando perseguido el profeta Elías por Jezabel se durmió cansado y hambriento, al despertar le deparó Dios un pan y un jarro de agua. Al profeta Daniel, que puesto entre los leones en el lago de Babilonia tenia hambre, le envió á Habacuc, que le diese á comer de lo que este llevaba para los segadores. A san Pablo primer ermitaño, mientras estuvo en el desierto, le enviaba el Señor con un cuervo medio pan cada día; y cuando san Antonio Abad fué á visitarlo, les mandó un pan entero. Si estos Santos, tan santos y separados de los tumultos del mundo, vivian con tanta abstinencia; inconsiderado será el que rodeado de tantos peligros que nos cercan contempla á su mayor enemigo, que es la carne, y la regala con abundancia de comidas y licores. Yo te digo, hermano mio, que si imitas la templanza de los Santos, tu alma será recreada, como la de ellos, con sabrosos manjares y consolaciones del cielo.

Para sacerdotes.

«Si tanta vileza hace un cristiano que se da al vicio de la gula, ¿cuánta sería la nuestra, amados consacerdotes, si haciéndonos de peor condicion que los irracionales, nos diésemos á la hartura y criminal exceso en comer y beber? ¿No nos avergonzaríamos de ser esclavos de una pasion tan baja, los que estamos mas obligados á imitar la abstinencia y moderacion del divino Maestro? Si la hartura es tan contraria á la castidad que nos debe caracterizar, ¿podremos sin lesion de esta entregarnos al vicio de comer y beber sin clase? ¿Podremos presentarnos en los banquetes del siglo sin peligro de caer, por induccion, en los excesos que muy de ordinario se cometen? Y si cayésemos en semejante flaqueza, ¿con qué cara

¹ Luc. XVI. — ² Psalm. LVIII.

«podríamos exhortar á otros á que fuesen parcos y moderados? Si
«amamos la castidad, hermanos míos, cultivemos la templanza.»

JACULATORIAS.

¡Dulce Jesús de mi vida! No permitais, Señor, que mi alma por un exceso de comida ó de bebida se haga infeliz por toda la eternidad.

Sea yo siempre, Jesús mío, parco como Vos, moderado y abstinente como Vos, para que también pueda ser semejante á Vos en la limpieza de mi cuerpo y en la pureza de mi alma.

¡Ay, Salvador mío! os contemplo en esa cruz abrasado de sed, sin haber quien compadecido os diese un sorbo de agua. Y á vuestra vista, ¿habrá quien quiera hartarse de licores hasta perder los sentidos? Haced, Señor, que mis potencias siempre estén expeditas por la templanza, para en todo momento poderos decir, como ahora os digo, que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la embriaguez.

Ejercitantes: por poco entendimiento y poca reflexion religiosa que tenga un hombre, no puede ni debe mirar con indiferencia su salud, su honra y su salvacion. Todo esto desprecia el guloso, que con destemplanza se entrega á excesos en el beber. Pierde su salud, pierde su reputacion, y pierde ó se expone á perder su salvacion. Os declararé brevemente estos tres puntos, á fin de que andeis advertidos para no caer en vicio tan detestable: oid.

No hay en el mundo tesoro mas rico que es la salud; porque con ella, por miserable que uno sea, vive contento; y sin ella, por mas riquezas que tenga, es digno de compasion. Tener salud, es ser feliz en el mundo; no tenerla, es padecer y morir. ¿Y será posible, ejercitantes, que haya hombres tan poco amantes de su salud, que voluntariamente quieran perderla? Sí que los hay; y estos son los glotones y los que se embriagan. ¡Cuántos de estos infelices han muerto de repente por un exceso de bebida! Se dejaron llevar del apetito desordenado á la suavidad del vino; entró este blandamente por la boca, y luego, como dice el Espíritu Santo ¹, les mordió co-

¹ Prov. XXIII.

mo serpiente, y los envenenó como basilisco. Buscan estos gulosos el placer en la bebida destemplada, y bien pronto lo pagan; porque, como dice san Basilio y la experiencia lo acredita, por la borrachera se corrompe la sangre, se irrita la cólera, la robustez pierde su vigor y sus fuerzas, el cuerpo contrae toda suerte de accidentes, se adelanta la vejez, y se acelera la muerte. ¿Veis, amados míos? Estos son los males que lleva consigo este vicio; y es preciso que así suceda. Porque ¿qué es el estómago de un hombre infartado de vino? Es un charco de toda inmundicia, que exhalando malignos vapores al cerebro, produce en él una fuente inagotable de dolores y enfermedades. Y he visto, y acaso tambien vosotros, hombres jóvenes, de bella salud y robustez, que se viciaron en el vino y otros licores, y con una presteza increíble, si no se viera, pasaron á embobarse, desfigurarse, encanecerse, podrirse y morir.

Pero no se reducen á solo estos los daños que causa al hombre la embriaguez: trae consigo otros, que para todo hombre racional deben ser mas pesados. La pérdida de la honra, que vale mas que la vida, es el segundo mal que el borracho se hace á sí mismo; no hay en lo humano cosa mas cierta. Por corrompido que esté el mundo, él hace un entero desprecio de las personas tocadas de este vicio. Aunque los compañeros en sus desórdenes los amen, y aunque los que viven de sus vicios los alaben; la gente de honor los desprecia, y de todos son tenidos por viles; porque todo lo que puede hacer infame y odioso á un hombre, todo contribuye á deshonorarlos. Los escándalos que causan, la torpeza de la vida que llevan, las injurias y malos tratamientos que tienen que sufrir, la pobreza á que se reducen, la incapacidad en que están de gobernar su familia y desempeñar las obligaciones de su cargo, todo esto concurre á hacerlos odiosos y detestables. Con efecto, ¿en dónde se hallará un padre juicioso que quiera dar su hija en matrimonio á un borracho? ¿Habrà mujer honrada que quiera aceptar tal marido? ¿Se confièrè algun empleo de consecuencia al que se conoce inclinado al vino? ¿Se le confia algun secreto ó negocio de importancia? ¿En dónde está el juez prudente que reciba por testigo á un borracho? ¿Quién es el hombre que quiere acompañarse con él? No tienen estos miserrables ni cabeza para conducirse, ni ojos para ver con rectitud, ni oídos para oír bien, ni piés para andar derecho, y como observa san Basilio, viven como bestias. Las bestias al llegar la noche se retiran á sus moradas; el borracho lo mismo duerme en la taberna, que en la calle, que en el campo. Se ahogó su razon, y ya no puede me-

nos que ser insolente, descarado, y dispuesto á injuriar y maltratar á las personas de mas respeto. ¿Puede darse cosa mas vil que este hombre? No. Y por eso el Espíritu Santo nos advierte ¹, que no tengamos familiaridad alguna con semejante gente. Ahora pues, si los hombres no pueden sufrir á estos hombres, Dios ¿cómo les mirará? con maldicion. ¿Y su salvacion? está muy expuesta; y este es el máximo de sus males, como vais á ver.

Ninguno puede alcanzar su salvacion, sin procurarla y trabajar por ella. ¿Y cómo podrá procurar su salvacion uno que se embriaga, si él mismo se cierra todos los caminos de santificación? No puede ser esto. Porque si es necesario acercarse á los Sacramentos, él no está en disposicion de aprovecharse de ellos. Si se confiesa, ó se confiesa mal, porque no dice sus borracheras, ó continúa en ellas, porque no hay confesor que quiera absolverlo. Si se le pregunta de doctrina cristiana, no sabe mas que un salvaje. Si se trata de la práctica de ejercicios cristianos, es un tronco; porque ni reza, ni se santigua, ni hace obra buena. Si viene á un sermon, las amenazas de Dios y las amonestaciones del predicador le hacen tanta impresion como á una piedra. Si asiste á una misa, solo es para dormirse. En una palabra, digamos con el profeta Isaías ², que el borracho ni sabe lo que es, ni lo que se hace. Es, dice san Ambrosio, una criatura inútil en el mundo; porque no es bueno para sí, ni para los otros, ni para los negocios de la familia, ni para el de su salvacion; no hace bien alguno, y es capaz de causar todos los males. Si entráis en las casas donde se juntan los bebedores, ¿qué veréis? horrores: ¿qué oiréis? blasfemias, maldiciones, palabras escandalosas, canciones deshonestas: ¿qué observaréis? riñas de una parte, furores de la otra, y acciones criminales que no se pueden oir. Esperad á que con la agitacion se alivien un poco del peso de la destemplanza, y los veréis volver de nuevo á repetir las bebidas, hasta que subiéndose el vino á la cabeza, despues de incurrir en los excesos mas vergonzosos, vienen á dar con su cuerpo en tierra. Miserable y peligrosísimo estado; porque este infeliz, ó despierta, ó no, de su sueño. Si despierta, acomete, riñe, insulta al primero que se le pone delante, se arma la contienda, y se acaba con palos, heridas ó muerte. Y si no despierta, murió en la última perdicion. Porque, como dice san Pablo, los borrachos no entran en el reino de los cielos, ni es posible que entren. Los otros pecados á lo menos no privan al moribundo

¹ Prov. xxiii. — ² Cap. xxviii.

de la capacidad de poder recurrir á Dios en los últimos momentos. Pero la borrachera lo hace incapaz para esto ; porque, ¿cómo un hombre que ha perdido la razon puede reconocer su pecado, y pedir á Dios perdon? ¿Cuántos se han visto morir con el vino, sin poder hacer un acto de contricion, ni dar la menor señal de penitencia? Con que es evidente que el hombre que se da al vino, pierde su salud, pierde su honra, y está en peligro de perder su salvacion.

Ejercitantes : si alguno se conoce poseido de este vicio, aprovechese del conocimiento de sus malas resultas ; corrijase, y pida perdon á Dios, con verdadero arrepentimiento, para volver á su gracia y poder merecer la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMOSÉPTIMO.

LECCION.

De los Mandamientos.

Ejercitantes: ya sabeis, por las lecciones anteriores, lo que debéis á Dios y á vuestros padres. Ahora se sigue explicar lo que debemos hacer en orden á nuestro prójimo. Todos los hombres del mundo componemos una familia, de la que el padre comun es Dios; y todos somos hermanos, como hijos todos de este mismo Padre. Dios quiere y manda que como hermanos nos amemos unos á otros, como nos amamos á nosotros mismos. Y así como nosotros no queremos para nosotros cosa que nos haga ó traiga mal, así quiso Dios que el hombre luego que llega al uso de la razon, conozca que lo que no quiere para sí, no debe quererlo para otro. Pero como los hombres se corrompieron, hasta el punto cási de borrar de su razon este principio de ley natural, quiso Dios renovarlo poniendo á su pueblo este

QUINTO MANDAMIENTO.

No matarás.

P. ¿Qué se entiende por no matar?

R. Que no quitemos la vida á nuestro prójimo, por nuestro propia voluntad.

P. ¿Nos prohíbe otra cosa este mandamiento?

R. Sí: nos prohíbe todo lo que injustamente puede causar perjuicio á otro en su persona, por obra, palabra ó pensamiento.

P. ¿Quién causa daño al prójimo en su persona?

R. El que lo hiere ó maltrata injustamente.

P. ¿Quién mas?

R. El que aconseja, manda, ayuda, favorece, ó de cualquier otro modo concurre á la muerte, herida ó daño que se hace á otro. Y todos están obligados á resarcir los perjuicios que se originaron de la accion injusta.

P. ¿Podrá uno matarse ó herirse á sí mismo sin pecar?

R. No puede darse caso en que no peque el que á su prójimo causa daño injustamente. Y como cada uno es el prójimo mas arrimado á sí mismo, peca el que con conocimiento se mata ó hiere á sí mismo. Todos estamos obligados á la justa y prudente conservacion de nuestra vida y salud, hasta que el Señor, que es dueño absoluto, disponga de ella.

P. ¿Peca contra este mandamiento el que come ó bebe alguna cosa ó la da á otro, con advertencia de que pueda dañarle?

R. Peca por la razon dicha. Y así, el que se embriaga á sí mismo ó á otro, no solo peca, si que tambien está obligado al reparo de todos los daños que en tal caso se causasen á tercera persona.

P. ¿Quién mas peca contra este mandamiento?

R. El que tiene odio á su prójimo ó le desea mal en su vida ó salud, en su fama ó en sus bienes. Porque Dios nos manda que amemos á nuestro prójimo, y que no le deseemos mal aunque sea nuestro enemigo.

El demonio de tal manera engaña á muchos, que les hace creer cumplen con el mandamiento solo con no vengarse del que les hizo mal. Estos viven con el rencor en el corazon, y si mueren en este estado se van al infierno. Suelen excusarse diciendo que no le desean mal, pero que cada uno se esté en su casa. Aquí está el engaño del demonio. Si no le tiene mala voluntad, ¿por qué huye de encontrarse con él? Si no le desea mal, ¿por qué mira con indiferencia y aun con gusto la desgracia que le ha sucedido? Semejantes penitentes están alucinados por el demonio; y muy satisfechos con que no se vengán, duermen en el pecado y con el demonio á la cabecera.

P. ¿Hay otro modo de dañar al prójimo?

R. Sí: se le hace daño en el alma con el escándalo.

P. ¿Qué es escándalo?

R. Es un hecho ó accion, un dicho ó palabra que da ocasion al prójimo para que peque, aunque no llegue á pecar.

P. ¿Quién peca de esta manera?

R. Pecan los padres que á sus hijos, ó delante de ellos, dicen maldiciones, votan, juran, ó profieren palabras deshonestas; porque con su mal ejemplo los enseñan á ser mal hablados y escandalosos. Y de aquí nace que se vean tantos muchachos cuyas lenguas son tanto y aun mas abundantes de malas palabras que la de un hombre el mas desentonado y deshonesto.

Pecan tambien los casados que delante de sus hijos, ó de modo que ellos ú otros puedan advertirlo, usan con el consorte ciertas licencias que solo en secreto son lícitas; pues con este escándalo anticipan en los jóvenes unas ideas y conocimientos que suelen producir la pérdida de su inocencia, y por consiguiente la de sus almas.

Pecan de escándalo los que con intencion de que otros se recreen, les presentan estampas ó figuras indecentes, y libros ó papeles de mala doctrina. Y tambien los que dicen cuentos que llaman colorados; los que cantan coplas indecentes, y danzan bailes provocativos.

Pecan de escándalo los que públicamente mantienen amistad mala ó sospechosa con persona de otro sexo. Los que viven separados de su consorte sin justa causa, y sin inteligencia del tribunal eclesiástico; y los casados que no guardan entre sí la buena armonía y paz que Dios manda, con lo que escandalizan á la familia y á los vecinos.

Asimismo pecan los que estando obligados por su empleo á promover y mantener el buen orden y tranquilidad en el pueblo, no cortan los escándalos públicos; dando ocasion con su descuido á que los malos continúen en sus vicios, y corrompan las costumbres de los buenos.

P. ¿Hay algun otro modo de pecar contra el quinto mandamiento?

R. Sí, y es murmurando del prójimo que está ausente. Los que esto hacen son almas viles y cobardes, se aprovechan de la ausencia de su prójimo para quitarle alevosamente la estimacion, que es la vida civil del hombre, lo mas precioso que tiene, segun el consejo del Espíritu Santo que nos dice: «Conserva tu buen nombre, que vale mas que todo el oro y plata del mundo.»

Este vicio de la murmuracion está tan introducido, que apenas hay quien no achaque de él, en todo estado, clase y condicion. En la visita, en el paseo, en las calles y plazas, y aun en el templo, se ven lenguas como de serpientes, que con mucho disimulo y suavidad hieren la buena fama del prójimo, y matan su estimacion con la negra maledicencia. Este pecado es de difícil perdon; por ser muy dificultoso restituir á su primer estado el honor que una vez se quitó; y sin esta restitucion el pecado no se perdona.

Concluyamos con decir, que de cualquier modo que se dañe al prójimo en su cuerpo, en su alma ó en sus bienes, por obra, pa-

labra ó deseo, se peca contra el quinto mandamiento : *No matarás.*

Ejercitantes : la mitad del camino que lleva al cielo es el amor de Dios ; y la otra mitad es el amor al prójimo. Hagamos bien todo este camino, y llegaremos al término que á todos os deseo, que es la gloria. Amen.

EJEMPLO.

El crimen es el peor verdugo de quien lo comete. No pocas veces se murmura de la Providencia divina porque no castiga á los grandes malhechores. Se juzga de la divina justicia, por lo que hace la justicia humana; esta, cuando puede castigar, se apresura á castigar hoy, porque mañana quizá no tendrá tiempo. Mas Dios, que tiene la eternidad entera para castigar al delincuente, no tiene para que apurarse ; tiempo siempre tendrá para ejecutar sentencia. Aunque esto es verdad, no es menos verdad que muchísimas veces ya empieza á castigar en este mundo. El mismo Dios ha dicho *que los impíos no tienen paz*. Si Dios crió el corazon del hombre para hacer bajar en él un destello de la felicidad celestial, quiso tambien que el demonio reinase en el corazon del malvado para empezar en él su infierno. ¿ Por qué pensais que aquel hombre se ha suicidado, ó se ha dado la muerte? ¡ Ah! el mismo crimen lo está diciendo : en altas voces os dice que el remordimiento le ha hecho levantar la mano para quitarse la vida. Preguntadle á Judas por qué se ahorcó, y os responderá que por el remordimiento ; que Satanás le sugirió el lazo para que se quitara la vida. Platon y Ciceron, aunque gentiles, decian que la divina Providencia nos habia colocado en el mundo á la manera de un centinela que debe estar firme guardando el puesto hasta que el comandante disponga otra cosa ; mas si el centinela por cobardía abandona el puesto, es digno del mayor castigo : tal es el que se suicida, es un cobarde, es un hombre vil que abandona el puesto ; es un impío que ultraja y disgusta á su familia ; es un antisocial, porque defrauda á la sociedad el derecho de utilidad que tenia sobre él ; es un desnaturalizado, porque se despoja de los sentimientos naturales que cada uno tiene de la propia conservacion ; es un usurpador de los derechos del Criador que tiene sobre cada uno. De lo que se infiere que el suicidio es un crimen de vileza, de cobardía, de usurpacion y otras maldades, y es tan degradante, que el mismo criminal es constituido verdugo, que es el oficio mas degradante, para quitarle la vida. Lo arranca de entre los

vivientes y lo conduce y coloca entre los condenados, y ahí estará metido en aquel calabozo de penas por haber abandonado el lugar como centinela cobarde.

MEDITACION.

Sobre la envidia.

Considera, cristiano, que la envidia es un sentimiento y tristeza que tiene el hombre por la felicidad que otro goza. Porque, como dice Job ¹, quieren los mundanos ser y parecer grandes segun su estado y condicion; y si no lo logran, les pesa que otros tengan el bien que ellos desean. Estos son fatigados en vida con el tormento de la envidia, y en muerte pasan al infierno para ser atormentados con pena eterna. Apenas hay quien no tome pesar y sentimiento del bien que otro goza, no pudiendo darse mayor demencia que tener por desgracia propia la felicidad del hermano, y de la miel que este se come, hacerse el envidioso un veneno para atosigarse á sí mismo. ¿Y quién podrá demostrar toda la malignidad de este vicio? La envidia es tan enemiga de la noble virtud de la caridad, que cuando la ve crecer en los buenos, enciende en furor al envidioso, y persigue al que ningun mal le ha hecho. Ella es la puerta de toda iniquidad, porque no hay pecado al que no le dé franca salida. Ella es la destructora de la salud del alma y la del cuerpo; porque quema y consume, sin salir humo, el corazon del envidioso, y de tal modo altera los humores, que suele hacerlo víctima de su furor. Los otros vicios se oponen cada uno á determinada virtud, como la soberbia á la humildad, la avaricia á la liberalidad, la gula á la abstinencia, y lo mismo hacen respectivamente los otros vicios. Pero la envidia contradice á todo bien, y es enemiga de todo lo bueno. Los otros vicios presentan algun bien, aunque aparente, como la avaricia promete el interés, la gula el gusto, la sensualidad el deleite, la soberbia y ambicion la vanagloria. Pero el envidioso ¿qué gana, ó qué le dan por ser envidioso? Ningun bien recibe, ningun provecho le reporta.

Considera, ejercitante, que la cegüedad del envidioso es mayor que la del bruto mas torpe. El pescador cubre el anzuelo con cebo, porque sin él nada cogeria. Así el demonio para pescar al soberbio cubre el anzuelo de la muerte con el cebo de la honra, al avariento con el cebo del interés, al sensual con el deleite, y lo mismo hace

¹ Cap. v.

con los otros vicios. Mas el envidioso es tan ciego y sin juicio, que hace lo que no harían las criaturas irracionales; pues pica en el anzuelo desnudo de interés, de honra y deleite, y cerrando los ojos se traga un bocado que no le trae otra cosa que pena y tristeza. Es la envidia peor que la avaricia; porque si el avariento no comunica sus bienes, tampoco toma pena porque otros comuniquen los suyos. Es peor que la cólera y venganza; porque si el colérico quiere vengarse, es porque ha recibido algun agravio de su prójimo; mas el envidioso se irrita contra su hermano que en nada le ha ofendido, y sin causa lo aborrece. Tan pestilencial es este vicio, que el Espíritu Santo aconseja que nadie coma con el envidioso, porque el que está picado de este vicio á nadie compadece ni perdona. No perdona al padre, como se vió en Absalon, que envidioso de su padre David, se rebeló contra él y quiso usurparle el reino. No perdona al hermano, como se vió en Cain, que por envidia mató á su hermano Abel; y los hijos de Jacob por envidia vendieron por esclavo á José su hermano. No perdona al amigo, como se vió en Saul, que persiguió de muerte al jóven David, despues de tantos buenos servicios que le hizo. No perdona al inocente, como se vió en Jesucristo, á quien crucificaron los judíos por la envidia que le tenían. ¡Qué contrariedad de maestros y doctrinas! Jesucristo dice á sus discípulos: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si hubiese caridad entre vosotros.» El demonio al contrario dice á los suyos: En esto conocerán que sois mis discípulos, si sois envidiosos.

Considera, cristiano, que hasta los ojos del envidioso están llenos de malicia, pudiendo decirse de él aquello del Evangelio¹: «Tu ojo es malo, porque yo soy bueno;» y que así como la carcoma consume el madero, y la polilla el paño, así la envidia roe las entrañas del envidioso. ¿Puede darse monstruo mas dañino? Dime, hermano mio, ¿acaso tú estás mordido de tan pésima fiera? Cási estoy por decir que sí; porque apenas hay hombre que no esté tocado de este vicio. Yo te hago, pues, esta pregunta: ¿Te amas á tí mismo? dirás que sí. ¿Y te amas mucho? dirás que cuanto puedes. Está muy bien y puesto en el órden de la caridad que despues de Dios seas tú el primero y principal sujeto de tu estimacion. ¿Quieres que los demás todos te amemos? responderás que este deseo es muy natural, y que está mandado por Dios que todos nos amemos. ¿Y quieres que alguno te haga mal? me dirás que no, porque esto repugna al amor que debes tenerle á tí mismo. Ahora pues te digo yo: Dios te

¹ Matth. xx.

manda que ames á tu prójimo como te amas á tí mismo : ¿lo haces así? Dios te manda que no le hagas mal, ni aun que se lo desees : ¿lo cumples así? Examina bien tu corazon, y si hallas que tienes envidia á tu prójimo, cierto es que no cumples con el precepto de amarle como á tí mismo. Y pues que ya estás cerciorado de cuánta es la malignidad de la envidia, y de los males que causa al mismo que la tiene, arrójala de tu corazon si la tienes, y huye de ella si no la tienes para que no seas sepultado en el infierno.

Para sacerdotes.

«Y nosotros, reverendos sacerdotes, vivamos alerta sobre nuestro corazon para que ni la concupiscencia de la carne, ni la concupiscencia de los ojos, ni la soberbia de la vida introduzcan en él la peste de la envidia. En nosotros no deben tener fuerza alguna los brillos y encantos del mundo, ni los objetos sensuales ; porque como fieles imitadores de Jesucristo debemos llevar siempre nuestra carne mortificada, y sellada con las llagas de nuestro Redentor. Ni el poder, ni las riquezas, ni la ostentacion, ni todo lo que se llama soberbia de la vida, será capaz de envenenar nuestro corazon con la envidia, si nos contemplamos condecorados con un ministerio á cuya honra no alcanza la mayor exaltacion de la tierra. Sea, pues, «muy léjos de nosotros el vilísimo pecado de la envidia.»

JACULATORIAS.

¡Ay de tí, hermano mio, si te entristece el bien de tu prójimo! Seguirás el camino de Cain, y como él serás condenado.

¡Oh Jesús y Padre nuestro! no quiero ser envidioso. Bien podeis regalar á mi hermano con cuantas gracias os digneis hacerle, que por ello yo no tomaré pena ni tristeza.

Yo, Señor, quiero alegrarme de todo el bien que hagais á mi prójimo. Y si alguna vez por mi fragilidad he caido en el pecado de envidia, ahora lo detesto de todo corazon, y de verdad digo que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la envidia.

Ejercitantes : os he dicho en el punto de meditacion que la envidia es una tristeza que siente el hombre por el bien ó felicidad que

goza otro. Y continuando el mismo asunto voy á explicaros mas la malignidad de este vicio y sus remedios. Así como no hay tierra, por buena que sea, en que no se crie mala yerba, así tampoco hay condicion ó estado, por bueno que sea, en que no se introduzca el maldito vicio de la envidia. Pero no consiste en solo esto toda su malignidad. Lo peor que tiene es, que encierra en sí toda la malicia del demonio. Es decir, que si los otros pecados son propios de hombres, este vicio es propio y peculiar del demonio. No podrémos decirle al demonio que ha cometido este robo, aquel adulterio, el otro homicidio ; pero bien podemos decirle ; tú envidiaste la felicidad del primer hombre, lo viste amado de Dios, formado á su semejanza, enriquecido de sus bienes, colocado en un paraíso de delicias ; y siendo así que la ruina del hombre no podia mejorar tu suerte, envidioso te empeñaste en perderlo, y lo conseguiste. Ved aquí, amados mios, como la malicia del envidioso es la misma que la del demonio ; porque sin traerle provecho alguno se entristece del bien de su prójimo, y le privaria de él si pudiese. No es decir por esto que el envidioso está exento de otros vicios ; antes al contrario, digo que la envidia es la madre de todos ellos. Porque una vez que llega á dominar al hombre, corrompe su corazon, sus ojos y su lengua. Corrompe su corazon ; porque aquella tristeza que siente por el bien que goza su prójimo, hace que le aborrezca y le desee todo mal. Corrompe los ojos con la maligna curiosidad con que siempre está observando las acciones del otro, para ver si en ellas hay algo que notar de malo, y que lo haga de menos valer en la estimacion de los otros. Aunque un hombre sea el mas inocente, y aunque esté adornado de las prendas mas excelentes, el envidioso no dejará de descubrir en él alguna mancha ó defecto. Y al modo que los cuervos pasan volando por los jardines olorosos, y se arrojan á los muladares ; así los ojos del envidioso no quieren pararse en lo bueno que tiene su prójimo, y se fijan en lo que pueda deslucirlo. ¿Y la lengua ? ¡ Ah ! tambien se ha corrompido, y se produce en expresiones injuriosas, abulta los defectos ligeros de su hermano para que parezcan grandes crímenes, y juega de varios modos sus palabras y dichos para denigrar cuanto pueda las buenas circunstancias de su prójimo.

Pero ¿qué mucho será que estos hombres sean enemigos de lo bueno que ven en otros, si tambien lo son de la misma bondad de Dios ? Quisieran hallar en el Señor una providencia bienhechora solo para ellos ; y se irritan al ver que á otros reparte bienes que á su

juicio no merecen. Murmuran de la conducta de Dios ; porque les parece deja sin castigo los delitos de aquellos, y que á ellos nos les premia sus virtudes. Insensatos, les diria yo, ¿hasta dónde os conducirá vuestra malicia? ¿No sabeis que en el tribunal del Señor nada se hace á ciegas, y que todo se examina, todo se discierne, y todo se juzga por la recta razon? Tal es, amados mios, la malicia de la envidia y su ceguedad, que hasta las operaciones de Dios hace aparecer torcidas á los ojos del envidioso. Os he descubierto el mal, y voy á daros el remedio.

Yo bien me alegraria de que hubiéseis llegado á conocer que la envidia es un pecado grave por su naturaleza ; porque entonces podríais vosotros mismos aplicar el remedio. Pero observo que muy pocos, por no decir ninguno, se acusan de este pecado ; sin duda porque no examinan bien la conciencia. Amados mios, tratemos este negocio de buena fe, porque es mas grave de lo que parece. Registrad atentamente vuestro corazon, y decidme : ¿os habeis entristecido alguna vez al oir la fortuna que por algun estilo ha tenido vuestro conocido? ¿Habeis tomado mal humor por ver al otro bienquisto y estimado de todos? ¿Os habeis desazonado en vuestro interior por las buenas cosechas ó negociaciones de vuestro vecino? Examinaos atentamente, porque esta es una calentura que apenas se conoce por el pulso. Y si os hallais con alguno de estos síntomas, tened por cierto que la enfermedad de la envidia está en vuestro corazon, y que es preciso aplicar el remedio, ó morir al cielo. ¿Y qué remedio? Este no es otro, amados mios, que el perfecto conocimiento de los bienes de la tierra, que son el objeto de vuestra envidia. ¿Qué son estos bienes por los que os entristeceis? ¿Acaso son bienes eternos, dignos del mayor aprecio? ¡Ah! la sagrada Escritura nos dice que no son mas que unas figuras que pasan ; y nuestros mismos ojos, nuestras manos y la experiencia de todos los siglos lo confirman. ¿En dónde están ahora aquella dignidad, aquel empleo, aquella grandeza que despertaba vuestra envidia? No tenia solidez, y se deshizo como un copo de nieve ; se la sorbió el sepulcro. ¿En qué paró aquel aparato de conveniencias, aquel tráfico de negocios lucrativos, aquella ruidosa acumulacion de fincas, criados y caudales? Eran humo, y los disipó un contratiempo. ¿En dónde está aquella bella persona con todos sus respetos y opinion? Eran coloridos falsos, y ni aun queda de ellos la memoria. Y por unos bienes de tan poca duracion, por unas sombras pasajeras, por unas ampollas de viento, por un nada,

envidiosos, ¿os habeis de entristecer y consumir? ¡Oh! y qué preocupacion tan funesta, qué enfermedad tan peligrosa!

Y aun cuando fueran sólidos y verdaderos, ¿no tenemos un motivo muy poderoso, no solo para no envidiarlos, sino para aborrecerlos y huirlos? ¿Cuántos que poseyeron los mismos bienes que envidiais, se condenaron para siempre por el mal uso que hicieron de ellos? ¿Cuántos que eran amigos de Dios en el tiempo de la pobreza, al hacerse ricos dieron las espaldas al Señor, y se abrazaron con el demonio? ¿Cuántos fueron justos en la persecucion y en la desgracia, y en la fortuna se ensoberbecieron y rebelaron contra su Majestad? ¿Y no podia suceder á vosotros otro tanto? ¡Y tanto como podia! Porque regularmente lo que debiera contener al hombre en la moderacion, eso mismo lo lleva á la insolencia; lo que debiera inspirarle un justo reconocimiento á su Dios, lo induce á la mas negra ingratitud, y lo que debia proporcionarle la mejor práctica de las virtudes, lo dispone mas al desabogo de sus pasiones. ¿Cómo, pues, mirarémos con ojos envidiosos la prosperidad y abundancia ajena, que mas bien merece compasion que envidia? No, amados míos, no ha de ser así en adelante. Si adoleceis de este vicio, aplicad á vuestra enfermedad el conocimiento de la fragilidad de los bienes de la tierra, y la consideracion de que poseidos, acaso serian motivo de vuestra condenacion. Dadle gracias al Señor porque no os da mas de lo que os conviene; resignaos con su santísima voluntad, y pedidle que ilumine vuestro entendimiento, para que conociendo que solo Dios es el verdadero bien, ningun otro envidieis del mundo, y solo apetezcáis el gozarlo por eternidades en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMOCTAVO.

LECCION.

DEL SEXTO MANDAMIENTO.

No fornicar.

Ejercitantes: os confieso que entro con temor en la explicacion de este mandamiento. Porque, ¿quién podrá asegurar que manejará la pez, sin peligro de que á su mano se pegue la viscosidad? El asunto de que vamos á tratar es la impureza: de aquel océano que ya en tiempo del profeta Oseas cubria toda la tierra. Pero por el miramiento que debo tener á la inocencia, solo hablaremos de este vicio por reglas generales, dejando lo mas peligroso para tratarlo en el secreto del confesonario con quien lo haya menester.

P. ¿Qué se entiende por fornicar?

R. Se entiende por fornicar, y estar prohibido por el mandamiento, todo pensamiento, toda palabra y toda accion que se dirige á la ejecucion de este pecado.

P. ¿Quién peca de pensamiento contra este mandamiento?

R. El que consiente en ejecutar el pensamiento deshonesto, ó con advertencia se deleita volviéndolo y revolviéndolo en su imaginacion. Por manera, que un solo instante que el hombre se detenga en él con advertencia, comete un pecado mortal.

P. ¿Qué debemos hacer cuando nos venga algun pensamiento deshonesto?

R. Lo que haríamos si viésemos que por el brazo nos subia hácia el cuello una araña venenosa. En este caso no nos detendríamos un momento á contemplar el animal en su marcha, por no dar lugar á que nos picase, sino que con presteza lo sacudiríamos y mataríamos. Con la misma y mayor prontitud debemos sacudir de nuestra imaginacion el pensamiento deshonesto; porque si nos paramos á contemplarlo, al instante picará el pecado en nuestra alma.

P. ¿Qué harémos para estar libres de malos pensamientos?

R. Nunca podremos estar seguros de que no vendrá á molestar-

nos algun pensamiento malo. Pero es de nuestra obligacion apartarnos de aquellas causas que los producen.

P. ¿Y qué causas los producen?

R. Os insinuaré algunas de las mas comunes. La ociosidad es causa de malos pensamientos ; porque el demonio , en viendo ocioso al hombre , luego acude á entretenerlo á su modo , que no es otro que proponerle cosas de pecado y perdicion para que caiga. La demasiada delicadeza en comida , bebida , vestido y cama es causa de malos pensamientos ; porque la carne en estando bien regalada luego se rebela contra el espíritu , mueve alboroto en los humores del cuerpo , y luego acuden los satélites del demonio , que son los pensamientos torpes. Tambien es causa la curiosidad ó deseo de saber lo que no importa en materia de lujuria ; porque á este deseo , no reprimido , se sigue poner en ejecucion los medios de satisfacerlo. Son causa de malos pensamientos la asistencia á las comedias y á bailes provocativos ; porque semejantes espectáculos son los mercados en donde el demonio carga de ideas y especies peligrosas para despues entretener con ellas á los que asistieron á ellos. La contemplacion de figuras indecentes , las canciones deshonestas , los libros , romances y cuentos impúdicos son otras tantas causas ; porque todo esto imprime imágenes en el alma , que despues producen asquerosos pensamientos. Tambien es causa la demasiada familiaridad con persona de otro sexo ; porque su vista y trato de llaneza da ocasion al pensamiento para que vaya y venga á lo prohibido. En suma , hijos mios , debeis huir de todo aquello de que teneis experiencia que os ha ocasionado malos pensamientos , ó presumís que puede ocasionarlos.

P. Y si el pensamiento malo viene sin poner nosotros causa , ¿qué deberémos hacer para desterrarlo?

R. Debemos al instante pedir á Dios que no permita le demos consentimiento , y encomendarnos á la santísima Virgen María , que es madre de toda pureza. Y sobre todo , andemos siempre precavidos con la consideracion de que , como dice el Espíritu Santo ¹ , « los « pensamientos malos consentidos son la abominacion de Dios. » Que es decir lo sumo de indignacion.

P. ¿Cómo se peca de palabra contra este mandamiento?

R. Deleitándose con hablar cosas deshonestas , ó con cantarlas ó escribirlas , aunque sea por diversion y entretenimiento.

¹ Prov. xv.

P. ¿Cómo se peca de obra?

R. Poniendo en ejecucion el mal pensamiento.

P. ¿De cuántos modos puede ser esto?

R. Es imposible numerarlos. La sagrada Escritura nos dice que Dios ahogó todo el mundo con el diluvio universal, porque toda carne habia corrompido sus caminos: que es decir, que todos los hombres pecaban en su carne de cuantos modos podian pecar. Y al pensar yo en esto, viendo el desenfreno y desvergüenza con que de tantos modos se peca carnalmente en nuestros tiempos, digo que es imposible numerarlos. Y aunque fuera posible, no lo haria por no ofender vuestros oidos. Solo os diré, que si Dios acabó una vez con el mundo porque toda carne habia corrompido sus caminos, es una misericordia particular que á nosotros no nos haya consumido ya con fuego llovido del cielo. Porque no se puede negar que toda la carne de nuestros dias ha corrompido, no solo sus caminos, sino tambien todas sus veredas y senderos; pues observamos que desde el niño tierno, subiendo hasta la vejez mas avanzada, en uno y otro sexo, en todas las clases, estados y condiciones, son pocos los que de un modo ó de otro no andan los caminos de la impureza y deshonestidad. No hay sentido, no hay miembro en el cuerpo, no hay potencia en el alma, no hay traza ni maquinacion diabólica que no ponga en ejercicio la lujuria.

P. ¿Hay algun remedio para evitar los pecados contra el sexto mandamiento?

R. Sí que los hay, si queremos aplicarlos.

Remedio es la frecuencia de los santos sacramentos de la Confesion y Comunión. Remedio es la memoria del infierno. Remedio es contemplar con frecuencia en la pasión y muerte del Señor. Pero sobre todo, hijos míos, huir las ocasiones es el principal remedio contra el vicio de impureza: contra este vicio que reduce á nada los bienes temporales, que oscurece la razón, que ciega el entendimiento, que borra la memoria, que endurece el corazón, que estraga la salud, que acorta la vida y causa la muerte. Contra este pecado tan abominable á los ojos de Dios, y aun de los hombres, que dice san Pablo ¹, que ni aun habia de nombrarse entre los cristianos. Contra este vicio, que tantos millares de almas sepulta cada dia en el infierno, y tan cerrado tiene el cielo á un sinnúmero de cristianos. Pues como dice el Apóstol ², «ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los sensuales,

¹ Ephes. v. — ² I Cor. vi, 9.

«ni los que quebrantan las leyes de la naturaleza abusando del propio sexo, poseerán el reino de los cielos.» Por tanto, hijos míos, sed castos en obras, palabras y pensamientos; y así, guardando bien el sexto mandamiento, podréis merecer gozar de Dios en su eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJEMPLO.

Habia en cierta ciudad un estudiante que pasaba con razon por un modelo de virtud, y frecuentaba los santos Sacramentos del modo mas edificante. Yendo un domingo á la iglesia para hacer en ella sus devociones, como acostumbraba, encontró dos camaradas que distaban mucho de ser tan piadosos como él. Le convidaron á almorzar en una taberna vecina; resistióse mucho tiempo; insistieron ellos, le introdujeron por fuerza, y se sentaron á la mesa; primero bebió por violencia, despues por placer; su razon se alteró insensiblemente: en este espantoso estado le hicieron caer en un crimen detestable de impureza, y en el mismo instante fue sorprendido por la muerte. — ¡Cuán terribles son vuestros juicios, ó Dios mio! ¡Cuán impenetrables vuestros caminos!... Los desgraciados compañeros de este desventurado, aterrorizados, fueron á expiar por una penitencia austera el mal tan grave de haber precipitado un alma al infierno.

MEDITACION.

Sobre la pereza.

Considera, cristiano, que con razon se pone la pereza en el número de los pecados capitales; porque la mayor parte de los pecados de omision que se cometen son su consecuencia. Es la pereza una desgana de la virtud, acompañada de una gran negligencia que tiene el hombre en cumplir con sus obligaciones, bajo el pretexto de grandes dificultades. Así el siervo del Evangelio quiso excusarse de no haber negociado con el talento que le entregó su señor, con decir que este era de un genio áspero, y que queria coger donde no habia sembrado ¹. Pero no le valió la excusa, y fue condenado por siervo inútil. El perezoso cuida poco, ó nada cuida de instruirse

¹ Luc. xix.

en las obligaciones de su estado ; porque recela que el conocimiento de ellas le fuerce á despertar de su letargo. Y porque no conoce en sí pasiones violentas, le parece que es bueno, porque no es muy malo ; y con este engaño descuida de sus deberes, y muy á placer se condena. El perezoso se engaña á sí mismo ; porque equivocando lo que es cristiano desasimiento de los bienes de la tierra, con lo que es criminal negligencia, trata de avariento al que trabaja en procurar su hacienda, y él se tiene por virtuoso. Y por eso el Espíritu Santo dice ¹ : que el perezoso es una especie de loco, que se abandona á la ociosidad con el pretexto de que se debe preferir una pobreza tranquila á una abundancia laboriosa. El vicio de la pereza trae fatales consecuencias para el perezoso. Él abandona la práctica de la virtud, porque teme las dificultades que en ella se hallan. Él se aparta de los medios de su salvacion, porque le parecen penosos. Él con el menor motivo deja de desempeñar sus mas esenciales obligaciones ; y es muy inconstante en las buenas resoluciones, porque á vista del mas pequeño motivo con facilidad las muda. Y por eso el Espíritu Santo dice ² : que el perezoso quiere y no quiere. A estos se les puede decir lo que Judas Macabeo decia á sus soldados ³ : « Si aquí hay alguno tímido y cobarde, retírese antes del combate, porque no lo hemos menester. » Para salvarnos, amados míos, es preciso vencer pasiones violentas y cumplir obligaciones penosas ; y esto no conviene con la pereza y cobardía.

Considera, hermano mio, que no basta que digas quiero servir á Dios ; sino que es preciso que efectivamente le sirvas sin pereza, así como Jesucristo obró por nosotros sin omitir cuanto podia contribuir á manifestarnos lo fervoroso de su amor. El Señor sacrificó á nuestra salvacion su gloria y su vida, y nada le pareció difícil cuando quiso mostrár el amor que nos tenia. Y á nosotros todo se nos hace penoso, cuando es menester hacer ó padecer algo por Jesucristo. ¡ Qué ingratitud, qué mala correspondencia ! Aun por nuestra propia conveniencia debíamos deponer toda pereza. El que obra con fervor en el servicio de Dios, nada tiene por dificultoso, aunque repugne á su propia voluntad. Cualquiera que ama, dice san Agustín, aunque trabaje, no siente el trabajo. Si trabajamos con fervor en el servicio de Dios, en poco tiempo ganaremos mucho. Los jornaleros del Evangelio que vinieron los últimos al trabajo, tuvieron el mismo jornal que los primeros, porque su fervor suplió á lo

¹ Eccli. iv. — ² Prov. xxxi. — ³ I Mach. iv.

breve del tiempo que trabajaron. El jóven san Estanislao de Kotska fue tan fervoroso en el servicio de Dios, que en poco tiempo aprovechó mas que otros en mucho, y se dice de él en su vida, que en breve tiempo hizo una larga carrera, y con poco trabajo llegó á una eminente santidad; verificándose lo que dice san Pablo ¹, que una breve y ligera tribulacion nos asegura una eterna bienaventuranza.

Considera, cristiano, que ya estamos cási á la mitad de la santa Cuaresma y de los santos ejercicios. Dime, hermano mio, ¿con qué obras buenas y con qué fervor has trabajado hasta hoy en el servicio de Dios y bien de tu alma? ¡Ah, que quizá serán muy pocas ó ninguna! ¡Oh, y qué perdicion! ¡Cuántos medios de salvacion omitidos, cuántas gracias menospreciadas! ¿Cómo remediarás tanto tiempo mal empleado? No tienes otro arbitrio que dejar la pereza, y tomar la diligencia. El caminante que se divirtió en su jornada, luego que conoce que le queda mucho que andar y poco dia, se da prisa á redoblar el paso para enmendar su detencion. Si tú has sido remiso y perezoso hasta hoy, debes ya acelerar el paso en el servicio de tu salvacion, antes que se cierre el tiempo de ejercicios, ó acaso el de tu vida. Porque ¿quién sabe cuándo vendrá sobre tí la noche de la muerte? Puede ser que la tengas ya muy cerca, puede ser que no veas el último dia de los santos ejercicios. Toma luego el consejo de nuestro Salvador que nos dice ²: «Caminad mientras «teneis dia, antes que os coja la noche de la muerte.» Si te se dijese de parte de Dios que habias de morir antes del domingo de Ramos, ¿con qué fervor y diligencia no practicarías los ejercicios? ¿cómo evitarías los pecados y ocasiones, y emplearías todos los momentos en el trabajo de tu salvacion? Pues ¿por qué no harás ahora lo que entonces quisieras haber hecho? Sacude, pues, la pereza, y ármate de fervor para reparar los dias perdidos con los pocos que te quedan. No puede faltarte el fervor, si piensas seriamente que tienes un Dios á quien agradar, una alma que salvar, terribles enemigos con quienes pelear, un juicio que temer, un infierno que evitar, y un paraíso que ganar. ¡Oh, y qué grandes motivos de fervor! ¿Quién que contemple estos objetos se mantendrá sentado en la pereza?

Para sacerdotes.

«¡Ay de nosotros, señores sacerdotes, si pensamos estar bien con «Jesucristo solo porque hacemos algun bien! ¡Ay de nosotros si

¹ II Cor. iv. — ² Joan. xii.

«pensamos y decimos con el fariseo : yo no soy deshonesto como aquel ; yo ayuno, digo misa, rezo el oficio, y algunas limosnas doy tambien ! Todo es bueno. Pero si no fuéramos flojos, aun podríamos hacer mucho mas. Y aun esto poco que hacemos, ¿no va acompañado de imperfeccion y tibieza ? Temamos no nos coja la sentencia de Jesucristo al Obispo de Laodicea ¹ : « Porque no eres frio ni caliente, sino tibio, empezaré á vomitarte de mi boca. » ¡ Ay de nosotros ! ¿ A dónde vendria á caer el vómito ? »

JACULATORIAS.

¡ Ay de mí, Jesús mio, si en el negocio de mi salvacion me mantuviese soporado en mi pereza ! ¡ Ay de mí si me cogiesen las sombras de la muerte mal entretenido en la jornada de esta vida mortal !

Dadme gracia, Salvador mio, para caminar con diligencia en vuestro servicio, á fin de que no me coja la muerte en el fatal estado de flojedad y pereza.

Haced, Señor, que yo de tal modo trabaje en mi salvacion y servicio vuestro, que al fin del dia de mi vida merezca á Vos por premio de mi trabajo. A mí me pesa, Señor, haber sido tan flojo, y me pesa de todo corazon haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la pereza.

Ejercitantes : en toda república bien ordenada el primer cuidado del Gobierno es desterrar la ociosidad y holgazanería, por ser esta el semillero de los vicios, tumultos y sediciones. A este modo, nuestro divino Salvador casi en ninguna cosa empenó tanto su palabra como en exhortar á la vigilancia, á la diligencia y al trabajo á los que quisiesen entrar en la sociedad eterna de su reino. Así nos lo dió á entender en la parábola del padre de familia, que saliendo á la plazá en diferentes horas del dia, reprendió á los jornaleros que encontró que no habian salido al trabajo, diciéndoles : ¿ Y vosotros qué haceis aquí todo el dia ociosos ? Lo mismo quiso enseñarnos en la otra parábola del criado á quien su señor castigó por haber tenido escondido en la tierra el talento que le dejó para que negociase

¹ Apoc. III.

con él. Ya tambien amonestando á todos que estén siempre vigilantes para cuando el Señor les toque á la puerta con la muerte, como aquellos siervos que esperaban á su dueño que regresase de las bodas para abrirle pronto la puerta. Tal fue la doctrina del Salvador para enseñarnos que no hay cosa mas indigna de un cristiano que ser desidioso en el negocio de su salvacion : nada mas torpe que no poner mas diligencia para alcanzar el reino prometido que para ir al suplicio ; y nada mas intolerable que un discípulo que haya del trabajo , cuando su Maestro y Padre nació y murió con el trabajo y la fatiga.

Yo quiero esta noche seguir el ejemplo del Salvador, y advertiros cuán mala es la ociosidad y pereza en los negocios del alma. De la hembra del erizo se dice, que cuando se siente preñada, dilata cuanto puede su parto, temerosa del daño que han de causarle sus hijos con las espinas de que nacen armados. No lo haria así el animal si tuviera uso de razon ; porque cuanto mas difiere el parto, mas se endurecen las espinas, y su muerte se hace mas pronta. Este mismo es el fatal engaño del perezoso en el trabajo de su salvacion. Toma miedo á la empresa, dilata de dia en dia y de año en año su conversion, crece la dificultad, se endurece más el corazon, y viene á hacerse casi imposible su arrepentimiento, ó á morir sin arrepentirse. Quanto mas se dilata la enmienda, mas pecados se amontonan, los auxilios de Dios van faltando, el corazon se petrifica, y viene la costumbre de pecar. La naturaleza misma nos presenta un símil de este fatal resultado en sus producciones. Si queremos arrancar un arbolito de poco tiempo nacido, á un leve impulso de la mano lo arrancarémos. Pero si este arbolito por el transcurso de muchos años viene á hacerse corpulento, no solo resiste al impulso de muchos brazos, sino tambien al golpe de las hachas mas cortantes. ¿Qué son esos maderos que el mar arroja á la ribera? Son vestigios de un barco que naufragó, porque en la tempestad descuidaron los marineros de sacar el agua que se introducía por las quebraduras ; y por su peso la nave vino á zozobrar y perderse. Indolentes y perezosos en el trabajo de vuestra salvacion, esto es puntualmente lo que al fin os sucederá á vosotros. Dormid ahora dulcemente en la cama de la ociosidad ; no arranqueis con tiempo vuestros vicios ; endureceos en la costumbre de pecar ; no descargueis vuestra alma de la pesada carga de vuestras culpas, que ya llegará la hora en que despertéis. Sí, despertaréis ; pero será para ver, sin remedio, que la falta de buenas obras, la sobrecarga de tantos cri-

menes, la enormidad de tantas maldades, todo esto, formado en violento huracan de consternacion, combatirá vuestra alma, y á falta de tiempo y de los auxilios de Dios, será estrellada en la desesperacion, abandonada al *no hay remedio*, y sumergida en el infierno.

¡Ojalá, amados mios, que estas reflexiones despertasen á los infelices perezosos, y no dejasen ya para mañana el dar principio al trabajo! ¡Ojalá que ya no quisiesen con mas dilaciones irritar hasta el extremo las iras de nuestro Dios! ¡Ojalá que escarmentasen con las dificultades que se opusieron á la conversion de un Agustino! Las continuas lágrimas de su madre, las frecuentes amonestaciones de un san Ambrosio, los ardientes deseos y suspiros del mismo Agustino, todo fue menester para que se resolviese á sacudir el yugo de sus malas costumbres y depravada libertad; mas al fin, y cooperando el auxilio de Dios, Agustin se convirtió. Pero vosotros, perezosos, ¿qué esperanza dais de vuestro arrepentimiento? ¿Vosotros, que no solo no quereis poner mano al remedio que se os da para que salgais del abismo de vuestra miseria, sino que de cada dia os ligais con nuevas cadenas de culpas que dificultan mas vuestra salida? ¿vosotros, que en vez de aplacar la ira de Dios, que es el único que os puede salvar, lo provocais mas y mas á la venganza? ¿vosotros, que cuanto mas atraeis los cuervos del infierno con el fetor de vuestros pecados, tanto mas alejais de vuestra alma la candidísima paloma del Espíritu Santo? ¿Qué mucho será, pues, que sin sentirlo ni reconocerlo vosotros os vayan faltando los auxilios del cielo? ¿qué mucho será que Dios os abandone enteramente, y ni aun con castigos quiera llamaros? ¿qué mucho será que el fruto de vuestra pereza en el servicio de Dios sea vuestra eterna condenacion?

Ejercitantes: formidable es todo esto y lleno de horror. Pero aun lo que mas espanta es, que aunque alguna vez puedan romperse los lazos de la mala costumbre; aunque la bondad de Dios esté pronta á perdonar; llega el pecador perezoso á tanta desesperacion, que con pleno conocimiento hace él menos caso de su alma, y de propia voluntad se niega á los medios de su salvacion. No es esto una quimera, amados mios, lo tengo visto, y aun me horrorizo al recordarlo. Despues de muy repetidos consejos, amonestaciones y amenazas á un pecador de costumbre para que dejase su mala vida; despues de proponerle los medios mas suaves y eficaces para salir de su mal estado; despues de hacerle evidencia de los peligros de una muerte repentina y de una eterna condenacion, ¿qué pensais que contestó

por última resolución? «Padre, no se canse; creo todo lo que me «dice; conozco mi mala vida, pero no puedo dejarla.» ¿Veis, amados míos? A tal punto de dureza y desesperación condujo á este miserable su envejecida costumbre. Y este mismo será el paradero de todo el que perezoso en el trabajo de su salvación deje que la multiplicación de sus culpas venga á parar en costumbre. Ó tendrá por cosa de poca monta los pecados mas enormes, y descuidará de evitarlos; ó aunque conozca su gravedad, obstinado como aquel dirá: «Conozco que mi vida es mala, pero no puedo dejarla.»

Ejercitantes: sea léjos de nosotros el pernicioso vicio de la pereza. Aprovechemos el santo tiempo de Cuaresma que nos concede el Señor para que trabajemos en el negocio de nuestra salvación: no despreciemos los auxilios que nos da en los santos ejercicios: y desponiendo la pereza hagamos con tanta diligencia la voluntad y servicio de Dios, que al venir la noche de nuestra muerte merezcamos oír de la divina boca de Jesús: «Levántate, siervo fiel, y entra en «el gozo de tu Señor,» que es la eterna gloria que yo os deseo, etc.

EJERCICIO DÉCIMONOVENO.

LECCION.

De los Mandamientos.

SÉPTIMO MANDAMIENTO.

No hurtar.

Ejercitantes : si el pecado de lujuria, de que hablamos anoche, es tan aborrecido de Dios, no lo es menos el pecado de hurto que nos prohíbe el Señor por este mandamiento. Y sin embargo se ha hecho tan general este vicio, que no parece sino que todo el mundo se ha hecho ladrón. De esto os convenceréis haciendo revista de lugares y personas. En las casas, en las calles, en las plazas, en los caminos, en los campos, en los templos y en todas partes veréis cuán sin temor á Dios se quebranta este mandamiento.

P. ¿Quién peca contra este mandamiento?

R. El que hace á su prójimo algun género de daño injusto en los bienes que le pertenecen, ó es causa de que otro lo haga.

P. ¿Cómo se daña al prójimo en sus bienes?

R. Tomando ó reteniendo lo que es de otro, ó perjudicándole injustamente en su propiedad.

P. ¿Qué cantidad bastará para que el hurto se estime por grave?

R. En esto no puede darse regla general; y es menester atender á las circunstancias de la persona robada. La opinion mas comun de los teólogos reputa por materia grave y pecado mortal hurtar lo que bastaria para mantenerse un dia la persona robada. Y segun esta regla, hurtar cuatro reales á otro, aunque este sea rico, será pecado mortal. Pero si á un pobre se le quitase menor cantidad, y por ello quedase sin comer aquel dia, el daño debia reputarse grave.

P. ¿Cómo peca el que hurta mucho en pequeñas porciones?

R. Luego que las pequeñas cantidades llegan juntas á formar la que hemos dicho, el pecado se hizo mortal, porque la materia se hizo grave. Y si quando se hurtó la primera cantidad pequeña fue con intencion de continuar los hurtillos hasta cantidad grave, el pe-

cado se hizo mortal en el primer hurto pequeño, por la mala intención de seguir hurtando. De este modo pecan muy á placer los mandaderos y los que venden por menudo. Piensan que por hurtar poco cada vez ó á cada uno, no pecan mortalmente. Y en esta falsa inteligencia continúan robando en porciones pequeñas, no se acusan de ello ni restituyen, y con mucha satisfacción se condenan.

P. Cuando á un robo ó daño grave concurren muchos, ¿quién es el que peca y está obligado á la restitucion?

R. Todos pecan, y todos están de mancomun obligados á restituir; y cada uno de los compañeros está obligado por entero, si todos los demás ó algunos de ellos se negasen á restituir á rata porcion.

P. ¿Hay otros modos de pecar contra este mandamiento?

R. Sí: los que juegan con hijos de familia sin inteligencia y consentimiento de los padres de estos. Y en llegando la cantidad ganada á materia grave, el pecado lo es también; y está obligado á restituir, lo mismo que el que ganó con ardidés y trampas que hizo en el juego.

Pecan, y con obligacion de restituir, los que inducen á los hijos de familia ó á los criados para que saquen furtivamente alguna cosa de casa del padre ó del amo, y los que á sabiendas la venden ó se aprovechan de ella.

Pecan contra este mandamiento los que retienen el jornal del trabajador, ó le cercenan mas de lo justo, y tambien el jornalero que no pone el trabajo que debia al jornal convenido. Tambien peca el que no paga al oficial el justo precio de la obra hecha, y el oficial que no puso los recados competentes ó toma mas de lo que vale la obra; y todos estos deben restituir.

Asimismo, y con la misma obligacion, pecan los que no manifiestan al comprador el defecto oculto que tiene la bestia que vende, y el facultativo que favorece el engaño.

Peca el que se halla una cosa perdida, y no hace diligencia para saber su dueño, ó sabiéndolo se la retiene.

Peca el que de buena fé compró una cosa que era hurtada, si luego que sabe de su dueño no se la entrega. En cuyo caso este no está obligado á darle al comprador el dinero que le costó.

Pecan los que con conocimiento engañan á otro con moneda falsa ó falta, y los que venden como buenos los frutos y géneros que están deteriorados.

Peca el que conociendo la necesidad del que vende ó compra,

se vale de esta necesidad para comprar ó vender á precio injusto.

Pecan los que convienen entre sí de no comprar ni vender el género sino á determinado precio ; porque ponen en precision al que compra ó vende de tomar ó dar el género por un precio injusto. Y pecan tambien los que sin mas razon que el favor que hizo á otro prestándole dinero, al tiempo de devolvérselo exigen ó toman mas de la cantidad prestada.

Peca el heredero ó albacea que oculta ó retiene los legados del difunto, ó retarda sin justa causa el cumplimiento de la obra pia.

Pecan todos los que ayudan, abrigan ó favorecen á otros para hurtar, ó les dan noticias, ó participan del robo, ó venden los efectos robados.

Pecan los litigantes que mantienen pleitos injustos, y aunque sean justos, si con cavilaciones, dilaciones voluntarias ó artículos impertinentes hacen gastar á la parte contraria mas de lo que debia. Y pecan tambien los abogados que defienden al que litiga con conocida injusticia.

Pecan los repartidores, de cualquiera especie que sean, que por aliviarse á sí mismos ó favorecer á otros cargan á los contribuyentes con mas de lo que es justo.

Pecan contra el pueblo y contra Dios los cobradores y depositarios de caudales públicos, si en estos hay malversacion, y en los libros cobratorios poca claridad, de lo que resulta agravio al comun. Por la misma razon pecan las autoridades que exigen derechos injustos, y los dependientes que no son fieles en su servicio con perjuicio de tercero. Y generalmente todos los que de cualquier modo que sea hacen daño á su prójimo en sus intereses, todos pecan, y están obligados á la restitucion.

Ya veis, ejercitantes, con cuánta verdad dije al principio que son innumerables los modos que hay de robar, y tantos los que de un modo ó de otro lo ejecutan, que apenas hay quien no robe. Y por de contado, siendo tan general el hurto y tan raras las restituciones, debemos concluir que son infinitos los que van á pagar y restituir en el infierno. Consideremos, amados míos, que es gran locura tomar lo que es de otro, con una carga tan pesada como es restituir ó condenarse. Y andemos siempre y en todo limpios de manos y deseos ; porque el Espíritu Santo dice por el real Profeta ¹, que solo los limpios de manos y puros de corazon entrarán en el reino de los cielos. Allá nos veamos todos. Amen.

¹ Psalm. LXXIII.

EJEMPLO.

En las Cartas edificantes se lee, que un barbero chino, que era cristiano, halló en una calle de Pekin una bolsa que contenia unas piezas de oro. Miró al rededor para ver si alguno la reclamaba, y pensando que podia pertenecer á un caballero que marchaba algunos pasos delante de él, corre, le llama y le alcanza : ¿ Ha perdido V. algo, muy señor mio? le dijo. — Este caballero mira en su faltriquera, y no halla la bolsa. He perdido, respondió turbado, veinte piezas de oro en una bolsa. — Pierda V. cuidado, replica el barbero; héla aquí, nada falta. — El caballero la toma, y vuelto de su espanto admira tan bella accion en un hombre de una condicion oscura. Mas ¿quién es V.? le pregunta; ¿cómo se llama V.? ¿de dónde es V. hijo? — Importa poco, contestó el barbero, que V. sepa quién soy yo; basta que le diga que soy cristiano, y uno de los que hacen profesion de la ley santa. Esta santa ley no solo prohibe robar lo ajeno, sino aun retener lo que se halla por casualidad, cuando uno sabe á quién pertenece. El caballero quedó tan prendado de la pureza de esta doctrina, que al instante se fué á la iglesia de los cristianos para hacerse instruir en los misterios de la Religion.

MEDITACION.

Sobre el escándalo.

Considera, cristiano, que el mal ejemplo ha condenado mas almas, que el celo de los Apóstoles y la elocuencia de los predicadores ha convertido. Un escandaloso es apóstol del demonio y predicador de Satanás. Que un cristiano tenga vergüenza de declararse por Jesucristo, es infame cobardía. Pero que se declare por el demonio, y se haga instrumento de su malicia para condenar con el escándalo mas almas que redimió Jesucristo con su sangre, esto es tan horrible, que no hay palabras con que poderlo explicar. Podria decirse de algun modo que un escandaloso tiene mas poder para condenar almas, que Jesucristo para salvarlas. Si Jesucristo instituyó los Sacramentos, que son los instrumentos de nuestra salvacion, tambien el demonio, dice san Agustin, tiene sus sacramentos, que son los instrumentos de la condenacion de las almas. Los malos ejemplos, las pinturas lascivas, los libros impios, las conversaciones deshonestas, las canciones impuras, los espectáculos profanos, los discursos

libres en punto de religion, el mal ejemplo de persona constituida en dignidad ó autoridad, son los sacramentos del demonio, que por nuestra fragilidad son ordinariamente mas poderosos para condenar almas, que los Sacramentos de Jesucristo para salvarlas. Por esto no se debe hacer una accion, aunque sea indiferente, si por ella ha de escandalizarse una alma. San Pablo decia ¹: «Yo puedo comer carne sin pecar, y si al vérmela comer pudiese escandalizarse el prójimo, no la comeria, para no servir de escándalo á la flaqueza, acordándome de que Jesucristo murió por él.» ¿Qué será, pues, hacer una accion mala, solicitando que otro la haga? Si se condena un inocente por tu causa, su condenacion será la tuya, y si le haces ir al infierno, él te arrastrará consigo, él será tu verdugo por toda la eternidad.

Considera, hermano mio, que una chispa que salió de la lumbre y no se tuvo cuidado de apagarla, bastó á la vez para reducir á pavesas una ciudad muy grande. Una sonrisa, una ojeada poco modesta, una palabra equívoca, un mal ejemplo levanta á veces en un corazon inocente incendios que no pueden apagarse. Padres que escandalizais á vuestros hijos, ¡qué cuenta daréis á Dios! Homicidas de los mismos que habeis engendrado, no parece que les hayais dado la vida del cuerpo sino para quitarles la del alma. El mal ejemplo de un hombre constituido en dignidad ó autoridad trae fatales consecuencias que no terminan con el empleo. Un magistrado, un superior, pueden juntar sin pensar en ello tesoros de indignacion divina, que caerá sobre ellos al tiempo menos pensado. Porque el súbdito, el hijo, el criado que indujeron á pecar con su mal ejemplo, continuarán pecando por cuenta de ellos. Y se puede decir, y es lo mas horroroso, que muchos estarán ya en el infierno, y en el mundo aun estarán pecando, en persona de aquellos que escandalizaron. ¿Y qué será si se aumentan sus penas á proporcion de los pecados que estos vayan haciendo? Si el rey David siendo tan justo clamaba á Dios ² que le perdonase los pecados de otros, ¿qué será del escandaloso? ¡Ay Jesús mio! mis propios pecados me hacen vivir con temor, por su multitud y gravedad: ¿qué será de mí, si he de responder por los de otros? Pecados que no los conozco porque he querido ignorarlos, y pecados cuya ignorancia no me excusa, porque no fue efecto de mi fragilidad, sino de mi malicia ó afec-
tacion.

¹ Rom. xiv. — ² Psalm. xxxviii.

Considera, ejercitante, la espantosa amenaza y terrible sentencia de Nuestro Señor Jesucristo contra el escandaloso. «Si alguno, dice ¹, es motivo de escándalo á estos pequeños que creen en mí, «fuera mejor para él que le atasen al cuello una rueda de molino, y «lo echasen al mar.» Y antes ya habia dicho: «¡Desgraciado del «mundo por el escándalo!... ¡Ay de aquel por quien viene el es- «cándalo!» Bien es menester que el estado del escandaloso sea muy infeliz, cuando el Salvador le condena, aun en vida, á ser sepultado en lo profundo del mar. Hombre escandaloso, si hubieses robado á otro una alhaja, no podias tener esperanza de perdon, si no la restituias. Tú quitaste á tu prójimo la inocencia, la pureza, la gracia de Dios y al mismo tiempo la gloria. ¿Cómo puedes esperar perdon, si no se lo restituyes todo? ¿cómo tendrás salvacion, si no reparas el daño que le has causado? ¿Y cuándo será esto? ¡Ah, que es muy dificultoso! ¡ah, que toca en lo imposible! Si has incurrido en este delito, ¿cómo estás tan sosegado? ¿cómo no procuras satisfacer á Dios y desenojarlo? ¿No temes que el Señor te diga como á Cain: «La sangre de tu hermano que has escandalizado y muerto en «el alma, quitándole con la inocencia la vida de la gracia, da voces «contra tí á mi venganza: dame cuenta de la sangre de este inocente que has muerto?» ¿Qué responderás á estos cargos? ¡Ay de tí! Jesucristo sacrificó su sangre y su vida por salvar una alma, y tú no quieres sacrificar un antojo criminal para que no se pierda. El Hijo de Dios se hizo víctima de la caridad para salvar una alma, y tú la has hecho víctima de la deshonestidad para condenarla. Perdido eres, si no reparas el daño á toda costa.

Para sacerdotes.

«¡Ay, carísimos sacerdotes, y qué pensamiento tan cruel devora «mi corazon! ¿Habrá alguno de nosotros de entrañas tan impías, «que impidiendo el bien y promoviendo el mal en las almas que Jesucristo redimió, le haga una guerra y persecucion mas cruel que «la de aquellos que inhumanamente derramaron su sangre? Sea lejos de mí tan funesto pensamiento, y sea lejos de mí y de vosotros «temeridad tan horrenda. Vivamos siempre en el pensamiento de «que por nuestro estado estamos obligados á dar especial edificacion «á los fieles en todo, y que muchas cosas que entre ellos pasan por

¹ Matth. xviii.

«chanzas y simples pasatiempos, en un sacerdote y en el juicio de
«Dios no se tendrán por ligeras. Y si acaso tuvimos la fragilidad de
«ser tropiezo para el prójimo, procuremos reparar el daño con el
«mayor esmero. Examinémonos, y llevemos siempre escrita en
«nuestra frente la amenaza de nuestro divino Maestro : « ¡ Desgracia-
«do el hombre por quien viene el escándalo ! »

JACULATORIAS.

¡ Oh Salvador mio ! ¡ qué amarga, pero qué justa restitucion ! Ojo por ojo, diente por diente, y alma por alma tengo que dar por la que se perdió por mi mal ejemplo.

Si por un solo escándalo me decís, Jesús mio, *¡ ay de tí !* ¿ qué me sucederá si mis escándalos fuesen muchos ? Padre mio, sálveme vuestra misericordia.

¡ Oh Salvador mio ! si yo fuí grande en escandalizar, Vos sois infinito en perdonar. Yo me acojo á vuestra inagotable clemencia. No desatendais los ruegos del que arrepentido os dice de todo su corazon : me pesa, Señor, de haber sido escandaloso, me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el escándalo.

Ejercitantes : sin embargo de que en el punto de meditacion os he dicho lo bastante para que echeis de ver cuánta es la gravedad y malicia del pecado de escándalo, es este tan comun y universal, que aunque los predicadores no hablasen de otra cosa que de él, me parece que nunca acabarian de demostrar toda su malignidad y malas consecuencias. Por tanto, y continuando el mismo asunto de la meditacion, voy á poner en vuestra consideracion las tres peores cualidades de este pecado, á fin de que os empeñeis mas en evitarlo. Atended : el escándalo es un mal contagioso por su naturaleza. 1.º El escándalo es un mal cruel en sus efectos ; 2.º el escándalo es un mal irreparable ó casi irreparable en sus daños ; 3.º esto es lo que voy á demostraros.

¿ Qué es escándalo ? Es una palabra ó una accion menos arreglada que da á otros ocasion de pecar. Hablemos primero del escándalo de palabra, y digamos que así como el cuerpo se envenena por la boca, así el alma se emponzoña por el oido. Una sola palabra mala

basta á las veces para corromper el corazon de todos los que la oyen. Una conversacion libre en materias de religion, un escrito liviano é impúdico son capaces de viciar las costumbres de millares de almas buenas. Lo dice san Pablo, y lo probamos por la experiencia. ¿Qué conquista no hizo el demonio por medio de sus predicadores cuando erigió la impiedad aquellas infernales asambleas y sociedades, en que se daba entrada á cuantos de uno y otro sexo y de toda condicion quisiesen oir blasfemias contra Jesucristo, su purísima Madre y los Santos, burlarse de las virtudes mas recomendables de nuestra Religion, mofar sus ministros, y ridiculizar los Sacramentos y ceremonias mas santas de la Iglesia? ¿Qué pesca tan abundante no hizo Lucifer con la red de escritos escandalosos que sus discípulos hicieron correr por todo el mundo? ¿Qué de mujeres que eran honradas no vinieron á prostituirse? ¿Qué infinidad de jóvenes de buenas esperanzas no se vieron abandonados al libertinaje? ¿Cuántas familias que respiraban la devocion y la paz se convirtieron en escuelas de impiedad y en moradas de la discordia? ¿Qué de libertades las mas indecentes, qué de robos, qué de muertes violentas, qué de horrendos sacrilegios, qué de sediciones populares, qué de insurrecciones contra las legítimas autoridades, qué de ejércitos desoladores, qué de estragos por todo estilo no vimos cundir por todas partes en aquellos dias de execrable memoria? ¿Y quién introdujo, quién difundió, quién inficionó nuestro suelo con esta peste moral? No otro que el escándalo dado por palabra en las tertulias, en las tribunas y en los escritos. Sí, el escándalo de palabra, que de su naturaleza es contagioso.

¿Y qué diremos del escándalo por accion mala? ¡Ah! no es este menos nocivo á la comunidad. «¿Qué has hecho, dijo el profeta «Natan al rey David, que has escandalizado á todos tus vasallos, y «has dado motivo para que los enemigos del Señor blasfemen contra él?» Lo mismo sucede en el pueblo cuando alguno comete un delito que se hace público. Cuando se introducen las mercaderías inficionadas de peste en una ciudad ó villa, al punto toda la poblacion se contagia. Esto mismo se vió en cierto lugar por el escándalo. Una sola persona bastó para corromper y hacer adúltero á casi todo el pueblo que no conocia este pecado. ¿Qué has hecho, se le podia decir á aquella mujer, como Natan á David, qué has hecho, que con tu escándalo has inficionado un pueblo que tan sano estaba? ¿Qué has hecho y qué haces, digo yo á todo notorio escandaloso, que con esa pública amistad sospechosa, con esa correspon-

dencia ilícita, con ese divorcio estás escandalizando todo el pueblo? Tu mal ha pasado á la casa del vecino, de esta á toda la calle, de aquí á todo el barrio, de este á lo restante de la poblacion, y das motivo para que otros aprendan y hagan lo mismo que tú. ¡Infeliz! tú morirás, tú estarás ya en el infierno pagando tus delitos, y tu escándalo continuará propagándose en el mundo. El escándalo de palabra, amados míos, y el escándalo de obra son contagiosos y tambien crueles.

¿Qué cosa mas cruel que hacer con el prójimo el oficio del demonio, á quien la santa Escritura llama matador de las almas? Pues este es el oficio de los escandalosos. Estudian en la escuela del demonio, que es su maestro, el padre de quien son hijos, y el señor cuya voluntad ejecutan. El demonio solicita la perdicion de las almas, y los escandalosos ponen en práctica sus detestables designios, roban el tesoro de la gracia á las almas inocentes, las corrompen, las asesinan, las matan, las condenan. ¿Quién al oír esto se espantará ya de la terrible amenaza de Jesucristo: «¡Ay del hombre escandaloso! mejor le estaria no haber nacido?» Piensa, escandaloso, y piénsalo bien, ¿qué desesperacion será la tuya cuando en el infierno oigas los lamentos de tantas almas condenadas por tus escándalos, que á cada instante te dirán: «Malvado, tú has sido la causa de mi condenacion; si yo no te hubiera conocido, si no te hubiera tratado, no estaria yo ahora en este lugar de tormentos?» ¿Qué responderás á quejas tan amargas? Acaba, pues, de conocer que tu escándalo es un mal cruel; mientras yo paso á probar que tambien es un mal casi irreparable.

Yo quiero conceder que algun día el escandaloso se reconozca de los males que ha causado, y entre en deseos de remediarlos. ¿Cómo podrá lograrlo? De verdad que es casi imposible. Un padre blasfemo, jurador, maldiciente, que inficionó con sus escándalos á los hijos, y de estos pasó á sus nietos y descendientes, ¿cómo remediará estos daños ni en vida ni en muerte? Lo mismo digo al que corrompió la juventud enseñándola un vicio que pasará de generacion á generacion. El que hizo circular por todas partes los papeles infamatorios contra la Religion ó determinada persona ó estado, ¿cómo podrá ya, aunque quiera, recoger sus escritos todos, ni variar la opinion de los que les dieron asenso? ¡Ah! yo no lo sé; y os confieso que el mal es tan grande, que tengo por casi imposible el remedio.

No obstante, escandaloso, no quiero que desconfies aun de tu

salvacion. Oye lo que debes hacer para entrar en esperanzas. Corríesate del escándalo que has dado, con todas sus circunstancias y las de la persona que escandalizaste : huye la compañía de aquellos con quienes te has corrompido, repara el escándalo de tu vida pasada viviendo ya tan edificante y ejemplar, que no se note cosa alguna mala en tu conducta. Y por último, á aquellos mismos inocentes á quienes por palabra ó por accion diste lecciones de impiedad, disolucion, impureza ó libertinaje, enséñales ahora con tu ejemplo los caminos del Señor, para que ellos tambien se conviertan viendo como tú lo has hecho.

Ejercitantes : ya os he manifestado los males que trae el escándalo ; á vosotros toca evitarlo ; huid de esta peste de las almas ; tened siempre miramiento á la inocencia de vuestro prójimo, y procurad mantenerla en vosotros hasta la muerte, para que el Señor os reconozca por suyos y os dé la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMO.

LECCION.

De los Mandamientos.

Ejercitantes : Dios nuestro Señor ahogó una vez todo el mundo con un diluvio de agua universal, y despues los hombres han inundado toda la tierra con un diluvio de pecados. Así lo dice el profeta Oseas con estas palabras ¹ : « La maledicencia, el homicidio, la mentira, el hurto y el adulterio han cubierto toda la faz de la tierra. » De estos tres últimos pecados hemos hablado ya en las lecciones anteriores. Ahora dirémos de los dos primeros, que son la maledicencia y la mentira, sobre que recae el octavo mandamiento.

OCTAVO MANDAMIENTO.

No levantar falso testimonio ni mentir.

P. ¿Quién quebranta este mandamiento?

R. Quien infama al prójimo, descubre su secreto y dice mentira.

P. ¿Cómo se infama al prójimo?

R. Diciendo de él en presencia ó en ausencia cosa que manche, disminuya y le quite su estimacion.

Este pecado es de difícil perdón ; porque una vez quitada la fama, es muy dificultoso reponerla en el mismo grado en que estaba. Pecan tambien contra este mandamiento los que descubren algun secreto de importancia que se les encargó guardar. Pero si fuese cosa que por ocultarla habia de resultar daño á la patria ó al inocente, debe manifestarse el secreto á quien convenga para evitar el daño. Y pecan tambien los que hacen mal juicio del prójimo sin fundamento bastante ; y por eso nos dice Nuestro Señor Jesucristo ² : « No juzgueis de otros, si no queréis ser juzgados ; porque segun el juicio que hiciéreis, así será el que se hará con vosotros. »

P. ¿Quién peca mas contra este mandamiento?

¹ Cap. IV. — ² Math. VII.

R. El que dice mentira.

P. ¿Cuándo se peca mintiendo?

R. La mentira siempre es pecado, ó mortal ó venial.

P. ¿Quién peca mortalmente mintiendo?

R. El que dice contra lo que sabe, si de la mentira resulta ó conoce que puede resultar grave perjuicio al prójimo. Y aunque no haya perjuicio siempre peca, á lo menos venialmente; porque Dios nos prohíbe absolutamente la mentira.

NOVENO MANDAMIENTO.

No desear la mujer del prójimo.

En estas palabras se entienden prohibidos todos los deseos de cosa torpe, segun se dijo en la explicacion del sexto mandamiento.

DÉCIMO MANDAMIENTO.

No codiciar los bienes ajenos.

Por este mandamiento se nos prohíben los deseos injustos de tener la propiedad, empleo, honores ú otros bienes que goza el prójimo.

P. ¿Nos basta guardar los diez mandamientos de la ley de Dios para salvarnos?

R. No es buen cristiano ni puede salvarse el que no guarda tambien los mandamientos de la santa madre Iglesia.

PRIMER MANDAMIENTO DE LA IGLESIA.

Oir misa entera domingos y fiestas de guardar.

Cómo debe hacerse esto para cumplir bien con el mandamiento lo explicaremos despues en leccion particular.

SEGUNDO MANDAMIENTO.

Confesar á lo menos una vez en el año, ó antes si estamos en peligro de muerte ó hemos de comulgar.

TERCER MANDAMIENTO.

Comulgar por Pascua florida.

De estos dos mandamientos, para no repetir una misma doctrina

despues, os hablaré cuando lleguemos á la explicacion de los santos Sacramentos.

CUARTO MANDAMIENTO.

Ayunar cuando lo manda la santa madre Iglesia.

P. ¿En qué dias debemos ayunar?

R. Toda la Cuaresma, las vigalias de los Santos y las cuatro Tém-poras.

P. ¿Quién está obligado al ayuno?

R. El que haya cumplido los veinte y un años de edad, si no tiene causa que lo impida.

P. ¿Quién está dispensado del ayuno?

R. El que no puede por su edad avanzada, ó por enfermedad ó trabajo muy pesado.

P. ¿Qué se entiende por ayuno?

R. Abstenerse de manjares prohibidos, y no comer mas de una vez al dia.

P. ¿A qué hora se ha de hacer esta comida?

R. Al mediodía, ó poco antes ó despues.

P. ¿Cuánta puede ser la colacion por la noche?

R. No hay determinada cantidad fija. Pero no debe ser mas que lo que baste para pasar la noche sin notable detrimento en la salud, y atendida la complexion de la persona, como se hace entre gente de buena conciencia. Y esta colacion no ha de ser de carne, ni huevos, ni leche, ni pescado.

P. El que no está obligado al ayuno por falta de edad ¿qué será bien que haga?

R. Irse ensayando con algun ayuno, para que cuando le obligue no le sea tan penoso. Los padres deben cuidar de dar á sus hijos este ramo de educacion.

QUINTO MANDAMIENTO.

Pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios.

P. ¿Qué se entiende por esto?

R. Que se dé á la Iglesia la décima parte de los frutos de la tierra y la primicia segun costumbre. Y segun esta, han de pagarse en género y cantidad segun que en cada pueblo se acostumbre.

Cuidando de pagar religiosamente : es decir, que la medida sea justa, y no se dé á Dios de lo peor ; porque esto es una ingratitude muy desagradable á su Majestad , á quien todo lo debemos.

P. ¿Qué destino tienen los diezmos y primicias?

R. No pueden tener destino ni mas religioso ni mas debido. Su destino es mantener el culto divino, la fábrica de los templos y los ministros de la Iglesia. La oferta que se hace á Dios de los primeros frutos de la tierra es lo que se llama primicia. Los antiguos Patriarcas sacrificaban á Dios algo de lo primero que cogian , como expresion de agradecimiento á Dios y como un testimonio de que el Señor es el supremo dueño de todo. Seamos fieles en dar á Dios lo que le debemos , y el Señor lo será tambien en darnos lo que nos tiene prometido, que es la subsistencia en esta vida, y en la otra la gloria. Amen.

EJEMPLO.

Es admirable la exactitud con que los primitivos cristianos guardaban todos los preceptos de la ley, la devocion y puntualidad con que asistian á las funciones religiosas, y la frecuencia y devocion con que se acercaban á la sagrada comunión. Ellos se exponian al martirio para asistir al santo sacrificio de la misa en domingo y en todos los dias festivos. Guardaban los guardas, y penetrando en las cárceles y calabozos asistian á la celebracion de los grandes misterios.

Una vírgen novistana llamada Anisia se dirigia á la reunion de los fieles : un guarda del emperador Diocleciano viendo una jóven tan modesta y recatada creyó que seria una cristiana, y así le dijo : Detente ; ¿quién eres? ¿y á dónde vas? Ella contestó valerosamente : Soy servidora de Jesucristo, y voy á la reunion del Señor. — Te impediré que vayas ; te llevaré á sacrificar á los dioses, dijo el soldado. Al mismo tiempo le arrancó el velo con que cubria su rostro. Anisia procuraba impedirlo, y dijole : Vete, miserable, Jesucristo te castigará. Entonces irritado el soldado tiró de la espada y le quitó la vida, y los Ángeles llevaron al punto su alma á los cielos. ¡Qué diferencia entre los primitivos cristianos y los de nuestros dias ! Antes no faltaban á la misa y demás funciones, y para asistir se exponian á perder la vida ; ahora por pereza ó flojedad no asisten : ¡qué confusion tan grande en el dia del juicio cuando Jesús comparará unos con otros!

MEDITACION.

Sobre la venganza.

Considera, cristiano, que no hay cosa mas comun en el hombre que quenerse vengar del que le ha hecho algun agravio; y nada hay tampoco mas dificil que perdonar una injuria y amar á un enemigo. Pero considera tambien que no hay otra mas necesaria para la salvacion. Jesucristo se reviste de toda su soberanía para decirnos ¹: «Yo os digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen.» Pero *yo os digo*; estas son sus palabras, que es lo mismo que si dijera: Yo sé que el mundo y vuestras pasiones os dicen que no perdoneis; pero *yo os digo* lo contrario. Ejercitantes, ¿á quién debemos obedecer? Este *yo os digo* encierra en sí grandes razones, y nos da los mayores motivos para perdonar; porque es como si nos dijera: Yo que soy vuestro Dios, que os puedo mandar en todas las cosas, y á quien debeis obedecer; yo que me he reservado la venganza, y vosotros no podeis vengaros sin usurparme mis derechos; yo que os haré justicia, si vosotros no os la haceis, y que no tendré misericordia de vosotros, si no la teneis de vuestro prójimo; yo que os perdoné infinidad de culpas graves, y no os pido sino que perdoneis otras mas ligeras, comparadas con las vuestras; yo que os animo con mi ejemplo y os ayudo con mi gracia; yo que os prometo una dicha eterna si perdonais, y un suplicio eterno si os vengais: *yo os lo mando*. Amados míos, ¿habrá quien no quiera hacer el sacrificio de perdonar; siquiera porque lo manda Dios, que tantos sacrificios ha hecho por nosotros, y tanto le hemos costado? ¿habrá quien se atreva á resistir á estas palabras de Jesucristo: *Yo os lo mando*?

Considera, ejercitante, que el hombre que no quiere perdonar los agravios, debe desesperar del perdón de sus culpas y de su salvacion. Solo el que nada tuviese que Dios le perdone podría vengarse. Pero ¿en dónde está este hombre? Todos somos pecadores, y no tenemos otro medio para salvarnos que el de la misericordia de Dios. Pues ¿cómo podremos esperar esta misericordia, si no usamos de ella con otros? ¿Y qué seremos nosotros sin la misericordia de Dios, sino infelices y condenados? Nos ha dicho que perdónenlos, y él nos perdonará. Con qué no podemos entrar en el cielo

¹ Matth. v.

sino por la puerta de la misericordia. Si nosotros mismos nos cerramos esta puerta por no perdonar, el enemigo mas cruel no podria hacernos mayor mal que el que nosotros nos hacemos. Porque el vengativo se excomulga á sí mismo, y ya no hay para él ni Sacramentos, ni oraciones, ni sacrificios. No puede rezar el Padre nuestro sin condenarse á sí mismo; y no abre la boca sino para pedirle á Dios que le condene. Porque pedirle al Señor que le perdone como él perdona, no queriendo perdonar á su prójimo, está claro que pide á Dios que á él no le perdone, que lo aborrezca, que lo castigue, que lo condene. Ni su enemigo, ni el mismo demonio podia hacerle mayor mal que el que el mismo vengativo se hace pronunciando tan execrable maldicion. La sangre de Jesucristo que se ofrece cada dia en los altares no llega á alcanzar perdon para quien no perdona. Los Sacramentos no causan su efecto en el vengativo; y la misma absolucion del sacerdote es la sentencia de su condenacion.

Considera, vengativo, que si tú dejas la venganza para Dios, tú no podrás vengarte tanto del que te agravió, como Dios te vengará. Y pues que Dios lo castigará con tormentos que no tendrán fin, deja para el Señor la venganza. No quieras usurparle un derecho que solo es suyo, como expresamente lo tiene declarado con estas pocas palabras ¹: *Mia es la venganza*. Y piensa que si seria locura que un hombre quisiese curar su llaga con llaga de otro, no será menor la tuya, si piensas encontrar tu bien vengándote de tu prójimo; porque no puedes hacerle el mas pequeño mal en su cuerpo ó en sus bienes, que no lo hagas tú muy grande á tu propia alma. Y por eso el Espíritu Santo nos dice ²: «No digas haré mal por mal, sino es-
«pera en el Señor, y él te librará.»

Piensa, hermano mio, en que si tú has ofendido á Dios, no tienes una razon para maravillarte de que otros te ofendan. No debes darte por agraviado por ofensas que recibas, pues cuando á Dios ofendemos, mérecemos que todas las criaturas se levanten contra nosotros. No te quejes de que los hombres se levanten contra tí, cuando tú tantas veces te has alzado contra Dios. Si Dios se hubiera vengado de las ofensas que le has hecho, ya estarias en el infierno. Pues oye lo que te dice Jesucristo ³: «Por la medida que midieres á los
«otros serás medido.» Ejercitante: como tú trates á tu hermano, serás tú tratado. Si te vengas de las injurias que te ha hecho, Dios

¹ Deut. xxxii. — ² Matth. vii. — ³ Luc. vii.

se vengará tambien de las que tú hiciste á su Majestad ; porque, como dice el apóstol Santiago ¹, «juicio se hará sin misericordia al que no hiciere misericordia.»

Para sacerdotes.

«Y nosotros, señores sacerdotes, que debemos ser los espejos por «donde los fieles han de componer sus acciones, palabras y pensamientos ; nosotros que debemos ser copias vivas de nuestro divino «Maestro, ¿podrémos ni aun de léjos presentarnos como modelos de «venganza? ¡Ah! que nuestro delito y nuestro castigo seria como «el que Dios intimó al que matase á Cain : mayor siete y aun mas «veces que el de otro vengativo ; porque debemos, mas que otros, «ser imitadores de Jesús, mansos y pacientes como Jesús. Jesús perseguido por los judíos, vendido por el pérfido apóstol, abandonado de los discípulos, negado por Pedro, estimado en menos que «Barrabás, atado como ladron, insultado, azotado, y puesto á morir en una cruz afrentosa como reo de los mayores delitos, no solo «no se vengó de sus enemigos, sino que los perdonó, y rogó á su «Padre que los perdonase. A vista de tan divino ejemplar, ¿cómo «deberémos nosotros portarnos con nuestros enemigos? El mismo «Jesucristo nos lo dice ² : *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.*»

JACULATORIAS.

¿Será posible, Jesús mio, que viendo yo como Vos perdonais desde la cruz á los que os pusieron en ella, no perdone yo al que me ofendió? No, Señor, no será así : perdono á todo el que me hizo mal, y lo perdono de corazon.

Oidme, Ángeles del cielo. Cualquiera que sea el que me haya agraviado pública ó secretamente, desde esta noche para siempre queda de mí perdonado, y tambien ruego á Dios que me perdone.

Y Vos, Jesús mio, ¿me perdonais á mí? Sí, Dios mio, perdonadme en fuerza de vuestra palabra ; y perdonadme porque arrepentido de mis culpas digo que me pesa en el alma haberos ofendido.

¹ Cap. ii. — ² Matth. xi.

PLÁTICA.

Sobre la venganza.

Ejercitantes : sin embargo de las poderosas razones que nos obligan á perdonar á nuestros enemigos, como habeis oido en el punto de meditacion, hay muchos tan obstinados en la venganza, que despreciando los preceptos de Jesucristo, las amonestaciones de los predicadores y las promesas eternas, dicen rotundamente que no quieren perdonar. ¿Y qué, por una negativa tan cerrada cerraré yo tambien mis labios y no declamaré contra ella? No, amados mios, si no logro ablandar con mis razones tanta dureza, á lo menos desvaneceré sus excusas, y os prepararé á vosotros para que no abrigueis en vuestro corazon deseos de venganza; ó si acaso los teneis, para que los depongais al instante. Dos son regularmente las razones con que se arman los rencorosos para negarse á cumplir con el precepto de perdonar al enemigo, y son estas : *Ni debo, ni puedo.* Vamos á rebatirlas.

Suelen decir para excusarse : V. no sabe cuán grande es el agravio que yo he recibido de mi enemigo. Él por ley de parentesco y de amistad estaba obligado á tenerme á mí todo miramiento. Pero ¿qué querrá V. creer que ha hecho conmigo? Me ha quitado la estimacion con la mayor villanía, pues públicamente me ultrajó con los modos mas insolentes; me movió un pleito el mas injusto, por el que tengo mi casa arruinada, y ha ejecutado conmigo vejaciones las mas crueles. ¿Le parece á V. que un hombre de bien y de reputacion como yo deje pasar tanta afrenta sin el castigo que se merece, y que no haga yo que con su sangre pague los perjuicios que me ha causado? No puede ser eso; no debo perdonarlo. Hermano mio, yo me compadezco de tí, y estoy muy léjos de dar la razon á tu enemigo. Pero cierra por un instante tus oidos á los gritos de amor propio, y óyeme. ¿No es verdad que no siempre la causa de la enemistad entre los hombres es un delito tan grande como lo hace aparecer la pasion en el hervor de la cólera? ¿Cuántas veces una lengua mentirosa ó un solapado chismoso por hacer su negocio llena la cabeza del otro de cosas que su enemigo ni ha dicho, ni aun ha pensado? ¿Cuántas veces se pinta el dicho ó la accion del enemigo mas abultada y exagerada de lo que fue en realidad? ¿Cuántas veces se toma un odio implacable á otro que hizo lo que debia, cum-

pliendo con su obligacion? Como, por ejemplo, al juez que no favoreció al litigante porque no pudo hacerlo en justicia; al pariente porque salió demandando cosa que creia pertenecerle por mejor derecho; á un amigo porque no quiso hacer una cosa que en conciencia no podia. ¿Y te parece que estas cosas y otras semejantes deben reputarse por insultos y agravios que merecen la venganza? ¡Oh Dios mio, y qué pobreza de alma!

Pero, hermano mio, demos un paso mas adelante. Doy por supuesto que el agravio que has recibido de tu enemigo sea tan grande y aun mas de lo que á tí te parece, y que su delito sea tal que merezca un ejemplar castigo. ¿Podrás ya por eso pasar á vengarte por tu propia mano? Amado mio, ¡qué error tan grosero! Jesucristo lo prohíbe expresamente en su Evangelio, y la ley del Cristianismo no lo permite: Jesucristo te manda que ames á tu enemigo; luego una de dos; ó le has de perdonar, ó has de borrar de tu frente el nombre de cristiano, y llamarte turco, bárbaro ó gentil, pero no cristiano; ó has de perdonar, ó has de renunciar de la palabra de Dios, de los santos Sacramentos, de toda devocion y obra buena; porque todo es perdido para tí, porque no hay cielo para tí: tú mismo debes confesarlo. Díme, ¿quién va al cielo? Preciso es que respondas que el que hace la voluntad de Dios. ¿Y el que se venga, hace la voluntad de Dios? No: hace todo lo contrario. Luego está claro que tú no puedes ir al cielo si no perdonas: luego debes perdonar.

Ejercitantes: queda desvanecida la primera excusa de los vengativos: vamos á destruir la segunda. Padre, replica el rencoroso, V. tiene razon. Sé que el Evangelio me intima que perdóne á mi enemigo; confieso que por toda ley estoy obligado á ello; y créame V., yo le perdonaria, pero *no puedo*; porque cada vez que veo á ese sujeto, la sangre me hierve en las venas y el corazon me arde en cólera. ¿Cómo es posible que yo mire con semblante sereno á ese pérfido? Esto es imposible, *no puedo*. ¿Qué es lo que dices, hombre preocupado? ¿Que no puedes perdonar? ¿Sabes que ese dicho es una injuria que haces á la ley de Dios? ¿sabes que si lo crees como lo dices has caído en la herejía de aquellos que por excusar su perfidia enseñaban que Dios manda cosas imposibles? ¿No puedes perdonar? Esto es mentira. Pudieron hacerlo los gentiles destituidos de fe, ¿y tú que eres cristiano no podrás cumplirlo? No quiero presentarte ejemplos de la gentilidad, porque esto seria afrontar al Cristianismo: te los daré de nuestra misma Religion. Pudo san Es-

¿éban perdonar y pedir á Dios que perdonase á los que á pedradas lo mataron, ¿y tú no podrás perdonar al otro que te ha injuriado? Pudo san Juan Gualberto, cuando encontró al matador de su hermano en parte donde no podia escapar, no solo no vengarse, sino abrazarlo como amigo, solo porque le pidió el perdon con los brazos en cruz; ¿y no podrás tú perdonar al que te ofendió, pidiéndotelo Jesús crucificado? Pudo santa Juana Francisca Fremiot perdonar al que mató á su marido y apadrinarle un hijo, ¿y tú, siendo tan valiente para vengarte, no tendrás el valor de una mujer cristiana para perdonar? Piénsalo bien, hermano mio, á la luz de la fe y de la razon; y tú mismo te convencerás de que son muy frívolas tus excusas.

Sí: son de ningun momento. ¿Por qué dices que no puedes perdonar, cuando otros han podido hacerlo, siendo de la misma carne y hueso que tú, personas de tanto honor como tú, y mas injuriados y agraviados que tú? ¿Y por qué dices que no debes, cuando el mismo Evangelio que crees te lo manda expresamente? ¿Qué podrás decirme en resolucion? ¿Que debes y puedes, pero que no quieres sino apagar tu cólera en la sangre de tu enemigo? Haz lo que quieras, hijo mio. Pero antes mira y contempla que aquel mismo Señor que te dió el precepto, te da tambien el ejemplo pendiente de tres clavos en aquella cruz de nuestra redencion. ¡Adorables labios de mi Señor Jesucristo! ¡cuánta fue la hiel con que os amargó el infame Judas con su ósculo descomunal! Y sin embargo, manso y risueño le dijiste: *Amigo, ¿á qué has venido?* Ojos dulcísimos de Jesús, ¿cuál fue vuestra confusion en el pretorio del pontífice, cuando vísteis al discípulo amado que negaba á su divino Maestro? Y con todo eso le disteis una mirada de compasion que lo movió al arrepentimiento. ¡Corazon amabilísimo de mi Salvador! ¿qué sentimiento podria jamás igualar al que os causaron los desprecios, insultos y tormentos? Y no obstante clamásteis desde la cruz: *Padre mio, perdónalos*. Cristiano vengativo, yo no sé cómo podrás decir que no puedes perdonar á vista de los ejemplos que te da tu Redentor. Ea, pues, amado mio: resuélvete ya una vez, y sea esta misma hora. Póstrate á los piés del Crucificado y dile de todo corazon: ¿Qué quereis de mí, Señor? ¿Que salude á mi enemigo, y que le hable? Yo lo haré por vuestro amor. ¿Que me abraze con él? Lo abrazaré por daros gusto. Y en recompensa de mi buena voluntad os suplico, Padre mio, que me perdoneis á mí, como yo perdono al que tuve por enemigo; y que á él, y á mí y á todos nos deis la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOPRIMERO.

LECCION.

De los Sacramentos.

Ejercitantes : anoche dejamos concluida la explicacion de la tercera parte de la doctrina cristiana, y ahora vamos á explicar la cuarta, que contiene lo que debemos recibir, que son los Sacramentos.

P. ¿Qué cosa son los Sacramentos?

R. Son unas señales exteriores por las que Dios nos da su gracia por los méritos de Jesucristo.

P. ¿Cuántos son los Sacramentos?

R. Son siete :

Primero, Bautismo.

Segundo, Confirmacion.

Tercero, Penitencia.

Cuarto, Comunión.

Quinto, Extremauncion.

Sexto, Orden sacerdotal.

Séptimo, Matrimonio.

P. ¿Qué cosa es Bautismo?

R. Un espiritual nacimiento en el que se nos da el ser de la gracia y la insignia de cristiano.

P. ¿Qué efectos causa este Sacramento?

R. Los principales son perdonar el pecado original y cualquiera otro que se halla en el que se bautiza, y sellar el alma con un signo ó carácter que jamás se borrará.

P. ¿Cómo se da el Bautismo?

R. Derramando agua sobre la criatura, y diciendo al mismo tiempo : « Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. » Esta forma de administrar el Bautismo fue ordenada por Jesucristo, cuando dijo á los Apóstoles ¹ : « Id á pre-

¹ Matth. XVIII.

«dicar el Evangelio á todos los hombres, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.»

P. ¿Quién puede bautizar?

R. Solemnemente solo pueden los sacerdotes, que son los ministros ordinarios de este Sacramento. Pero en caso de extrema necesidad puede hacerlo cualquiera que haya llegado al uso de la razón; y será válido el Bautismo como lo haga con intencion y bajo la forma que usa la santa Iglesia. Pero en este caso, si el niño sobrevive, debe traerse á la iglesia para que el sacerdote supla las ceremonias que faltan. Todos deben saber bautizar; porque puede llegar caso en que por falta de sacerdote ó de otro que sepa hacerlo muera el niño sin Bautismo.

P. ¿Con qué agua se ha de bautizar?

R. Cuando el Bautismo es solemne, debe hacerse con el agua bendita destinada para ello; y cuando es privado por necesidad y en todo caso, es válido el Bautismo dado con cualquiera agua, como sea natural y no esté notablemente alterada por alguna causa ó materia extraña. Pues si se bautizase con caldo, lejía, agua compuesta, ó cualquiera otro licor, no habria Sacramento.

P. ¿Y se puede quitar, ó añadir, ó alterar algo en la forma del Bautismo?

R. El Bautismo será nulo siempre que se haga con otra forma que no sea precisamente esta: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.»

P. ¿Hay algun caso en que uno pueda ir al cielo sin estar bautizado?

R. En dos casos puede salvarse uno que no esté bautizado. El primero es: si un moro ó judío con deseo de hacerse cristiano se estuviese disponiendo para recibir el Bautismo, y muriese sin recibirlo, porque le cogió la muerte antes de tiempo; este se salvaria, si no fue culpable en no haberse ya bautizado, y esto es lo que se dice *Bautismo de deseo*. El otro caso es: si un tirano estuviese persiguiendo de muerte á los que eran cristianos, y un infel se presentase á él confesando la fe de Jesucristo, y diciendo que él tambien queria ser cristiano, y por esta confesion el tirano le quitase la vida; este infel no bautizado se salvaria: porque se bautizó con su propia sangre; y esto se llama *Bautismo de sangre*.

P. ¿A qué estamos obligados por el Bautismo?

R. A renunciar de Satanás, y á no hacernos en nada de su parte.

P. ¿Qué se entiende por renunciar de Satanás?

R. Se entiende que ~~debemos negarnos á las pompas del demonio, que son todas las vanidades del mundo, y renunciar de las obras del diablo, que son los pecados.~~ Esta solemne renuncia que hicimos en el Bautismo conviene renovarla algunas veces en vida, para que con su recuerdo nos animemos y estimulemos mas al cumplimiento de lo que prometimos á Dios. Y puede hacerse esta ratificación de renuncia de esta ó semejante manera :

«Creo en Dios Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra : y en Jesucristo su único Hijo, Dios y Hombre verdadero, y en el Espíritu Santo : renuncio al demonio, al mundo y al pecado, «y quiero vivir y morir con Jesucristo : en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.»

Ejem p l o .

Bautizo del emperador Constantino.

El año de 337 el emperador Constantino resolvió recibir el Bautismo. Recibió este Sacramento con gran gozo y con un vivo reconocimiento ; se sintió como renovado ó iluminado de una divina luz. Se le mandó quitar su púrpura y se le pusieron los vestidos blancos. Bautizado que fue, levantó la voz y dirigió su corazón á Dios para darle gracias de un tan gran beneficio, y concluyó con estas palabras : Ahora sí que soy verdaderamente dichoso, ahora sí que soy feliz... Puedo creermelo digno de la vida inmortal del cielo. ¡Qué brillante luz resplandece á mis ojos! ¡Qué desgracia el hallarse privado de tales bienes!

CONFIRMACION.

P. ¿Qué cosa es Confirmacion?

R. Es un Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo, que da gracia y fuerza al bautizado para confesar y defender la santa fe que profesó y juró en el Bautismo, hasta si es menester perder la vida en su defensa.

P. ¿Qué efectos causa este Sacramento?

R. Dos principales. El primero es la gracia del Espíritu Santo, que perfecciona al alma comunicándole todos sus dones, y dándole vigor para resistir las tentaciones contra la fe y confesar sin rubor el nombre de cristiano. Y el segundo efecto es, imprimir en el alma un carácter ó señal que jamás podrá borrarse ; y por esto no puede recibirse segunda vez este Sacramento.

P. ¿Con qué disposicion se ha de recibir?

R. El que se ha de confirmar, si es adulto, debe antes ponerse en estado de gracia por medio de la santa confesion, y estar instruido en los principales misterios de nuestra santa fe.

P. ¿Qué hace el Obispo para confirmar al bautizado?

R. Le unge la frente en forma de cruz con el sagrado crisma, diciendo al mismo tiempo: «Te signo con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de salud en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Y en seguida le da una pequeña bofetada, diciéndole: «La paz sea contigo;» dándonos á entender en esto la santa Iglesia, que siempre hemos de estar prontos para sufrir todo género de ofensas por el nombre de cristiano, y que no podemos tener paz verdadera sino en la paciencia.

P. ¿Cuántos son los dones que comunica el Espíritu Santo á los confirmados?

R. Son siete:

1.º Don de Entendimiento, para entender bien las verdades eternas.

2.º Don de Sabiduría, para juzgar bien de las mismas verdades.

3.º Don de Consejo, para que consultemos con Dios lo que sea mas de su agrado.

4.º Don de Ciencia, para elegir bien en lo consultado.

5.º Don de Fortaleza, para padecer por Dios con paciencia y alegría.

6.º Don de Piedad, para que demos á Dios el culto debido.

7.º Don de Temor de Dios, para que temamos el ofenderle.

Seamos valientes en confesar y defender nuestra fe, y serémos compañeros de los Mártires y Confesores en la gloria. Amen.

MEDITACION.

De la misericordia de Dios.

Considera, cristiano, que el atributo que mas debemos amar en Dios es el de su misericordia, porque no hay otro tan necesario para nuestras miserias. Pero entre todos los efectos de su misericordia, al que debemos estar mas agradecidos es la paciencia con que espera al pecador. Para admirar mas esta paciencia debes considerarla en todos sus grados. «Tú, Señor, dice el Sábio ¹, tienes pie-

¹ Sap. XI.

«dad de todos, porque puedes todas las cosas, y disimulas los pecados de los hombres para darles tiempo de hacer penitencia.» ¡Qué cosa mas admirable! Dios lo ve todo, lo sabe todo, lo puede todo, y nos disimula. Los hombres disimulan, ó porque ignoran el mal, ó por no poder castigarle ó impedirle. Todo esto es fácil á Dios, y con todo eso disimula. El segundo grado es, que no solo disimula Dios el pecado, sino que algunas veces lo disculpa. ¡Qué condescendencia en un Dios que aborrece infinitamente el pecado! Así es que dijo su Majestad ¹: «Yo no castigaré mas al mundo con el rigor con que lo hice en el diluvio; porque aunque su malicia es muy grande, su inclinacion natural para el mal y su flaqueza no son menores.» ¿Hubo jamás mayor pecado que la muerte que dieron los judíos á Jesucristo? Y no obstante el Salvador los disculpa diciendo ²: «Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen.» El tercer grado de la misericordia es, que cuando Dios ya no puede disimular ni disculpar el pecado, espera con paciencia al pecador, y suspende los efectos de su justicia que solicita la venganza. El cuarto grado es, que cuando despues de mucha paciencia se ve obligado á dar lugar á su venganza, antes de ejecutarla aterra al pecador con amenazas, para que se convierta y libre del castigo. Así lo hizo con los ninivitas, y se convirtieron. Así lo hace mucho tiempo há con nosotros, y no nos convertimos. Pues si la misericordia de Dios no nos mueve, y si su paciencia llega á cansarse, nuestro castigo será ejemplar.

Considera, ejercitante, la gran misericordia con que Dios busca al pecador, y el modo admirable con que lo busca. Dios da los primeros pasos para encontrarle; pues nuestra miseria es tanta, que apartándonos por nosotros mismos, no podemos dar un paso para volver á él por nosotros mismos. Es menester que Dios busque al pecador, que lo llame, que lo mueva, que lo solicite, para que le pida perdon. ¿Quién vió jamás que un juez rogase al delincuente para que recibiese el perdon? Pues esto es lo que Dios hace, cuando nos convida á la penitencia por sus ministros y predicadores. ¿Quién oyó jamás que un reo se niegue á recibir el perdon? Pues esto hacemos nosotros cuando rehusamos hacer penitencia. No solo busca Dios al pecador, sino que lo busca con tanta ansia como si su gloria y grandeza dependiesen de su amistad con el hombre. Todos los cuidados del amante mas apasionado, todas las solicitudes de la madre mas tierna, no llegan al ansia con que Jesucristo busca á

¹ Genes. viii. — ² Luc. xiii.

una alma pecadora, ni á los cuidados que se toma por recobrar la oveja que se le perdió. Y en medio de todo esto se porta con ella con maravillosa condescendencia. Elige el tiempo oportuno, se conforma con el humor de la criatura, maneja su gemio, se acomoda á sus inclinaciones, y se sirve de sus mismas flaquezas. Si habla con sus discípulos, les habla de pesca, porque eran pescadores. A los interesados les habla de comercio y tesoros; á los ambiciosos, de gloria y de reinos; y á un corazon corrompido con el amor impuro, le habla de dileccion y amor casto, como á la Magdalena. Por eso nos dice san Juan Crisóstomo, que aquel que todo lo crió, aunque es inmutable, parece que se muda para mudarnos á nosotros, y toma todo género de figuras para entrar en nuestro corazon. Atrae las almas interesadas con los premios, las tímidas con el temor, y las generosas con el reconocimiento. Repasa tu vida, hermano mio, y hallarás muchas acciones de Dios de admirable condescendencia contigo y de una especial providencia.

Considera que aunque faltasen todos los motivos que llevo indicados, para que al instante correspondas á la misericordia de Dios que te aguarda, debería bastarte la amorosa llamada que á todos nos hace, diciéndonos: «Convertíos á mí, hijos míos, y yo me convertiré á vosotros.» ¡Oh palabras llenas de amor, de dulzura y de piedad! Dios te llama, Dios te convida, Dios te espera: alientate, pecador. Levántate á una verdadera conversion, y no temas. Tantos dias que estás pensando si te volverás ó no al Señor, ¿qué es lo que te detiene para no resolverte? ¿Temas al Señor, hijo mio, porque le tienes muy ofendido? Yo tambien le temo por igual motivo. ¿Te detiene la multitud de tus culpas? Mira, hijo mio; las mías han sido sin número. ¿No te atreves porque tus pecados son muy graves? ¡Ay! hijo mio, mas graves serán los míos, y sin embargo yo voy al Señor, porque misericordioso me llama como padre. Ven conmigo, hermano mio, vamos al pié de la cruz, y oirás en tu corazon como Jesús con rostro afable y dulces palabras te dice: «Hijo mio, «conviértete á mí, y yo me convertiré á tí¹. Vuelve atrás de tus pecados caminos: ¿por qué quieres morir en ellos? Conviértete á mí «que soy tu Dios y Señor, benigno y de una misericordia mas grande que tu malicia.» Ea, hermano mio, marchemos ya y no nos detengamos. Acerquémonos con toda confianza al trono de la misericordia, que Jesús, con hambre de almas, está clamando por las cinco llagas de su benditísimo cuerpo diciéndonos: «Hijos míos,

¹ Job, II.

«convertíos á mí, y yo me convertiré á vosotros. Vamos, que el tiempo se pasa : vamos sin detencion, porque la muerte nos sigue ; vamos á Jesús, que mayor que nuestros pecados es su misericordia.»

Para sacerdotes.

«Y nosotros, mis venerables sacerdotes, nosotros que sabemos «cuáles fueron siempre los deseos de nuestro divino Maestro, de glorificar á su Padre y ganarle almas : nosotros que le contemplamos «fatigado y cansado por ganar á una infeliz samaritana pecadora ; «y siempre caminando, trabajando y sudando en busca de pecadores : nosotros que fuimos escogidos para ayudarle en tan noble ministerio, ¿cómo lo desempeñamos? Nosotros, que somos el ángel «custodio y el padre de las almas, ¿tendremos valor para ver á sangre fría qué se precipitan tantas en el infierno? Y ya que por salvarlas á todas no pasamos los sudores y fatigas que se tomaba «nuestro Salvador, ¿no procuraremos á lo menos ganarle alguna «con la oracion, con la dulzura en el confesonario, con la prudente «amonestacion, con la amorosa correccion, con el oportuno consejo ; tanto en público como en secreto? Trabajemos en esto, hermanos míos, porque si tanta fiesta se hace en el cielo por un pecador que se convierte, ¿cuánto será el premio que tendrá de Jesucristo el ministro de su conversion?»

JACULATORIAS.

Parece, Jesús mio, que quereis mas que se dude de vuestro poder que de vuestra misericordia ; pues aún cuando esteis mas indignado no os olvidaréis de ella.

Vos, Señor, que me habeis seguido cuando yo huia de Vos, y que no me olvidásteis cuando yo os olvidaba ; ahora que vuelvo á Vos, recibidme, Padre mio, en los brazos de vuestra misericordia.

Padre mio, pequé contra el cielo y contra Vos. Mas no mireis á mi ingratitud, sino á que vuelvo á Vos arrepentido y pidiendo con dolor que me perdoneis, porque me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la misericordia de Dios.

Ejercitantes : tanta era la rabia de los judíos contra Jesucristo, por la fama de sus milagros, que tomaban á mal que le presenta-

sen los enfermos y les diese la salud. Pero mas aun se encendian en cólera cuando veian que recibia á los pecadores y les daba la salud del alma ; como si fuera un delito en el Salvador convertir á los malvados, y de pecadores hacerlos justos. ¿Qué seria de nosotros, si Jesús hubiese cambiado su conducta al gusto de aquella gente cruel? Pero la bondad del divino Pastor y su caridad es tanta, que con esmero infatigable congrega sus ovejas dispersas para apacientarlas, busca la que se perdió, sin perdonar á fatiga, la carga en sus hombros, y la vuelve á su redil. Esta es la conducta que Dios misericordioso guarda con los pecadores verdaderamente arrepentidos. No solo les perdona los pecados que han cometido, sino que además les resucita el mérito de las buenas obras que hicieron, y que estaban muertas por la culpa ; los regala con nuevas gracias ; y tal vez premia con mas liberalidad las lágrimas del pecador convertido, que los trabajos del hombre que siempre fue justo. Esto es, ejercitantes, lo que voy á demostraros ; para que á vista de tanta misericordia correspondais á los llamamientos de Dios, y os aprovecheis de su infinita bondad : atended.

Despues que nuestro buen Dios aseguró por el profeta Ezequiel, con el juramento mas solemne, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva ; con las palabras mas dulces convida á su pueblo rebelde á que se convierta de la idolatría á la verdadera religion, y le dice ¹ : « Hijos mios, convertíos de vuestros «pésimos caminos ; ¿por qué quereis morir?» Así, amados mios, como que nos dice á nosotros desde la cruz : ¿Por qué, cuando yo os busco con tanto anhelo, con tanto amor, con tantos beneficios, vosotros quereis perecer? Yo os he criado para que empleándoos en mi servicio mientras vivais en el mundo, reineis despues conmigo en el cielo ; ¿por qué quereis morir? Yo con mi propia sangre os he redimido de la esclavitud del demonio, y os he libertado de las cárceles del infierno ; ¿por qué quereis morir? Yo os he librado de tantos peligros de muerte y de tantas desgracias á que estais expuestos ; os he enseñado con mi doctrina á evitar los males de vuestra alma, y por medio de mis enviados os he advertido de en donde el demonio os tenia puéstos los lazos, para que os apartáseis de ellos ; ¿por qué vosotros, por vuestro gusto, habeis de querer morir? Yo que soy vuestro juez, cada dia os estoy aterrando con castigos ejemplares que hago con otros, á fin de que escarmenteis en

¹ Cap. xxxiii.

cabeza ajena ; y sin embargo de que no os dais por entendidos, y continuais en ofenderme, no solo he tolerado vuestra insolencia, sino que aun os convido, os espero, y ofrezco el perdon. ¿Por qué, hijos míos, rehusais el convertiros? Yo soy vuestro rey piadosísimo, que aunque os hicisteis indignos de mi gracia por rebeldes, os llamo por mis predicadores para que os volvais á mí ; en todos tiempos y en todas partes os voy buscando como médico caritativo, os propino los mas eficaces medicamentos para la salud de vuestra alma, y ahora mismo, como amoroso pelicano, viendo que estais para morir, abro mi pecho para que en mi corazon renazcais á nueva vida, bebiendo mi propia sangre en los santos Sacramentos ; ¿por qué me despreciais á mí y á vuestra salud? ¿por qué caminais tan apriesa á vuestra perdicion? ¿por qué quereis morir? ¿Puede, hermanos míos, imaginarse cosa mas dulce que estas cariñosas palabras con que nuestro buen Dios nos convida para que volvamos á él, y se queja de nuestra tardanza? ¿No veis como á todos llama, sin exclusion de pecador alguno, aunque sea el de mas enormes maldades, el de mas numerosos delitos, el mas viejo en sus malas costumbres?

Mas ¡oh misericordia infinita de nuestro amantísimo Dios! Como si hiciese aun poco con perdonar al pecador y admitirle otra vez á su gracia, aun quiere regalarle con nuevos favores y beneficios. ¡Oh dichoso hijo pródigo del Evangelio! tú te tuviste por muy feliz, si cuando reconocido de tus extravíos volvias á buscar á tu padre, este te recibiese en su casa como uno de sus criados, aunque lo hiciese con semblante enojado y severo. Pero ¿cuánta fue tu alegría, cuando viste que te recibia y estrechaba en sus brazos, lleno de júbilo por haberte recobrado ; y que al momento mandó que te trajesen el mejor vestido, que te pusiesen un anillo en el dedo, y que matasen el mejor becerro para celebrar con espléndido convite el feliz hallazgo de un hijo que lloraba por perdido? Con razon debiste admirar la benignidad de tu buen padre, porque en verdad que fue grande. Pero, amados míos, ¿cuánto mas grande es la clemencia con que nuestro padre Jesús recibe al pecador? En el instante que se convierte al Señor, al momento que le dice, «Padre, ¿pequé contra el cielo y contra Vos,» apenas se resuelve á entrar otra vez en su servicio, no solo le perdona los pecados que hizo, sino que liberal le vuelve á poner en posesion de todo lo que habia perdido por la culpa. Todas aquellas buenas oraciones que rezó en los primeros años de su juventud, todas las misas que oyó con devocion, todas las tentaciones que venció, todas las mortificaciones

que se tomó, todas las confesiones y comuniones que frecuentó, todo lo bueno que hizo, todo se lo devuelve, y con todo lo adorna, haciéndose mas fiesta en el cielo por su conversion, que por noventa y nueve justos que nunca se apartaron de la casa de su Padre.

¿Veis, amados míos? Mas esperad : ¿quién lo creyera? Aun no contenta la misericordia de Dios con enriquecer así al pecador convertido, quiere colmarle de admirables y extraordinarios favores. ¿Qué criatura mas pestilente que aquella famosa Tais, que con sus amores lascivos habia corrompido casi toda la juventud de Alejandría? Y sin embargo, vencida por las amonestaciones de un santo anacoreta, se redujo á penitencia, quemó todos los instrumentos de su lascivia, se encerró en un estrecho aposento, y despues de tres años que lloró amargamente sus pecados, voló al cielo á recibir el premio de su conversion. ¿Y qué premio? San Pablo primer ermitaño fue arrebatado en éxtasis, y viendo un trono hermosísimo todo hecho de oro y piedras preciosas, y preguntando si era para Antonio, se le respondió : No es para Antonio, sino para la ramera Tais. Verificándose que aquella que habia pasado pecando la mayor parte de su vida, solo con tres años de verdadera penitencia logró mas premio que Antonio despues de muchos años de vivir en un desierto, entregado todo á la oracion, á los ayunos y á la mortificacion.

¿Veis, ejercitantes? Así premia Dios al pecador que de todas veras se convierte. Esta es la liberal misericordia con que lo recibe : siempre lo busca, siempre lo llama. Y quizá ahora mismo está llamando el Señor á alguno de los que me oyen para aliviarlo de la pesada carga de sus pecados, para cargarlo en sus divinos hombros como oveja que se le habia perdido, y para colocarlo entre los Santos de mas alta jerarquía en el cielo. Ánimo pues, hijos míos, aprovechad la ocasion ; convertíos al Señor : haced penitencia de vuestras culpas, y mereceréis la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOSEGUNDO.

LECCION.

Del sacramento de la Penitencia.

P. ¿Qué es el sacramento de la Penitencia?

R. Una espiritual medicina del pecado que se ha cometido después del Bautismo.

P. ¿Qué efectos causa este Sacramento?

R. Causa gracia que perdona los pecados cometidos, y preserva de los venideros.

P. ¿Cuántas son las partes de la Penitencia?

R. Tres: contrición, confesion y satisfaccion.

P. ¿Cuántas cosas son necesarias para que la confesion sea buena?

R. Cinco.

P. ¿Cuáles son?

R. Exámen, dolor, propósito, confesion y satisfaccion.

P. ¿Qué es exámen?

R. Pensar bien todos los pecados cometidos por pensamiento, palabra y obra, desde la confesion última que se hizo bien hecha.

No se pueden confesar bien los pecados con la debida exactitud, si antes no se traen todos á la memoria. Y para conseguir esto es necesario emplear un tiempo que sea suficiente para recordarlos, segun el que haya transcurrido después de la última confesion bien hecha. Porque está claro que mas tiempo necesita para examinarse el que v. g. hay un año que no confesó, que el que se confiesa con frecuencia. He dicho que el exámen debe hacerse desde la última confesion bien hecha, porque si alguna no fue buena por falta de los debidos requisitos, debe repetirse aquella y todas las que después se hicieron, por ser todas malas y no haber quedado perdonados los pecados.

P. Y habiendo pasado mucho tiempo desde la última confesion buena, ¿cómo podremos acordarnos de todos los pecados?

R. Para evitar esta dificultad no hay mejor medio que confesar

con frecuencia. Pero ya que esto no se hizo, se ha de procurar el mejor modo de traer los pecados á la memoria. Esto podrá lograrse pensando en qué lugares se estuvo en ese tiempo, con qué personas se trató, qué casas se frecuentaron, qué asuntos ó negocios se llevaron entre manos, y cómo se cumplieron las obligaciones del estado, oficio ó empleo. Y para que este exámen se haga bien y con orden, se hará siguiendo el orden que llevan los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Esto es, se irá pensando por cada uno de ellos cuántas veces se ha pecado contra él, sin pasar á examinarse á otro mandamiento hasta que aquel esté bien examinado. Y con esta guía de los Mandamientos no será muy dificultoso que hagais bien el exámen.

P. Y si hecho el debido exámen se olvidase aun algun pecado, ¿la confesion será buena?

R. Cuando la conciencia se examinó bien, el pecado que no vino á la memoria queda perdonado como si realmente se hubiera confesado; porque el olvido no estuvo de parte del penitente. Pero si despues de hecha la confesion viniese á la memoria el pecado, entonces debe confesarse como olvidado.

P. Y si practicando el exámen por esta regla no pudiese aun el penitente fijar el número de sus pecados por ser muchos, ó por la cortedad de su memoria, ¿cómo podrá ser buena la confesion?

R. En este caso, y no pudiendo poner mas de su parte el penitente, basta que diga el número de pecados poco mas ó menos que á su conciencia y parecer habrá cometido. Y si aun esto no pudiese, porque la costumbre de pecar fue mucha, diga cuántas veces le parece habrá pecado en ese tiempo, un dia con otro, ó una semana, un mes, ó un año con otro. Y de este modo podrá el confesor formar un juicio prudente del estado de su penitente, y le ayudará á que se declare en lo posible con las oportunas preguntas que le hará.

Ya veis que todo esto no puede hacerse bien sino examinándose despacio, guardando el posible recogimiento de potencias y sentidos, y apartándose de todo lo que pueda distraer.

Son muchos los que hacen malas confesiones, porque no hicieron bien el exámen. Despues de un año ó mas que no han confesado algunos penitentes, les pregunta el confesor si han pensado bien los pecados, y responden muy satisfechos: sí, Padre; toda la Cuaresma estoy pensando en confesarme. Pues, hijo, le dice el confesor, pensar en confesarse no es pensar los pecados para confesarlos; y así debes volver cuando hayas empleado en examinar tu conciencia

el tiempo que sea necesario, á proporcion del que hay que no has confesado. Y por no haberlo hecho se vuelven sin confesar y pierden el dia.

Debeis tambien examinaros de los pecados de omision. Estos son los que se cometen no cumpliendo con las obligaciones que lleva el empleo, estado ú oficio : v. g. si el padre no ha cumplido con los deberes que tiene con respecto á los hijos, si el marido no ha cumplido con lo que debe á su mujer, el superior por lo que mira á los súbditos, y así todos los demás por aquello á que respectivamente están obligados en razon de su facultad , encargo ó destino.

P. ¿Y se han de confesar los pecados que otros han hecho?

R. Cada uno debe confesar sus propios pecados y no los de otros, como lo hacen algunos que por excusar el pecado que han cometido dan la culpa á otro, y declaran el pecado que aquel hizo. Pero si es pecado que se hizo por consejo, mandato ó mal ejemplo que se dió, debe acusarse de que fue causa de que se hiciese ó dijese aquella cosa mala.

Yo, deseoso de que á vuestras confesiones no falte el requisito indispensable del debido exámen, y sin embargo de que la instruccion que acabo de daros es muy suficiente para que un hombre que tal cual pueda y sepa dirigirse haga bien el exámen de su conciencia ; antes de pasar á explicar las demás circunstancias de la buena confesion , os diré el modo mejor de que podeis usar para examinar la conciencia con menos embarazo para confesion de mucho tiempo, ó para confesion general. Y es este :

Cuando hubiéseis de dar principio al exámen de vuestra conciencia, y despues de ponerlos en retiro y separacion de otros negocios y distracciones, lo primero que habeis de hacer es pedirle á Dios humildemente que os ilumine y asista con su gracia, para traer á la memoria todas vuestras culpas cometidas por pensamiento, palabra, y obra ú omision, desde la última confesion bien hecha, ó en el decurso de vuestra vida, si la confesion ha de ser general. Este exámen no os será muy penoso, si, como os he dicho, lo haceis por los Mandamientos y por partes de vuestra vida (si ha de ser en confesion general), no pasando á otra parte de vida ó mandamiento hasta que el anterior quede examinado. En la leccion de mañana os diré sobre qué puntos os habeis de examinar en cada mandamiento. El Señor nos asista, á mí para instruiros, y á vosotros para aprovecharos. Amen.

EJEMPLO.

Dicha que procura la confesion, ó sea el sacramento de la Penitencia.

Un antiguo oficial de caballería pasó por un lugar en que estaba haciendo mision el P. Brydaine. Movidó por la curiosidad de oír á aquel Padre de tanta fama, se fué al sermon en que el Padre explicó la utilidad y el método de hacer una buena confesion general. Conmovido el militar de las palabras del Padre misionero, se resuelve á hacer una buena confesion general con el mismo Padre misionero. Se confiesa, y á proporcion que va diciendo sus pecados le parece que le van quitando un gran peso de encima: finalmente recibe la absolucion, y es tan grande la alegría de su corazon, que rebosa en tiernas lágrimas de sus ojos. Él mismo decia que nada le era tan dulce como estas lágrimas que saltan sin esfuerzo y sin amargura, sí solo por amor y por reconocimiento. Habiéndose el Padre levantado del confesonario, se fué á la sacristía, entró tambien este buen militar, y delante de otros sacerdotes que allí se hallaban expresó sus sentimientos en estos términos: «Señores, por favor pido á Vds. que me escuchen, y en particular V., P. Brydaine: en mi vida jamás he gustado placeres tan dulces ni tan puros como los que disfruto desde que me he confesado y puesto en gracia de Dios por medio del sacramento de la Penitencia: en verdad no creo que Luis XV, á quien he servido por espacio de treinta y seis años, pueda ser mas dichoso y feliz que yo. No, este Príncipe, con todo el esplendor que rodea su trono, en medio de todos los placeres de que disfruta, no está ni tan contento, ni tan gozoso como yo: sí, yo soy feliz desde que he depuesto el horrible peso de mis pecados, desde que he hecho la confesion.» Al decir estas palabras se echó á los piés del P. Brydaine, le cogió ambas manos, las besó y regó con lágrimas y dijo: «¡Cuántas gracias debo dar á mi buen Dios, que me ha traído á este lugar!... ¡Ah! en nada pensaba menos, ó Padre mio, que en lo que V. me ha hecho practicar! Jamás podré olvidar á V. Ruego encarecidamente á V. suplique al Señor me conceda tiempo para hacer penitencia.»

¿Qué os parece, ejercitantes, de este militar?... Imitadle, haced como él una buena confesion, y experimentaréis las dulzuras de la gracia de Dios que se da por este sacramento de la Penitencia.

MEDITACION.

Sobre la penitencia.

Considera, cristiano, que la penitencia para ser buena ha de ser verdadera ; y para ser verdadera ha de ser severa. Dios perdona nuestros pecados ; pero ha de ser no perdonándonos nosotros á nosotros mismos. Su divina Majestad tiene la bondad de olvidarnos ; pero nosotros nos hemos de acordar de ellos y conservarlos en la memoria, para satisfacer por ellos á la divina justicia. Dios deja de aborrecernos luego que nosotros hacemos penitencia ; y esta es la razon por la que se perdona el pecado. Pero la pena no queda regularmente perdonada por entero, sino que se muda en otra. Antes de la penitencia merecíamos pena eterna ; y despues de la penitencia se contenta Dios con una pena temporal. Dios nos hace árbitros de esta pena : pero apelará de nuestra sentencia á su justicia, si no correspondiera á nuestros delitos ; y su sentencia será severa, si la nuestra fuere blanda é indulgente. Si hiciésemos reflexion que la pena que voluntariamente nos tomamos, ó la que nos impone el confesor, es conmutacion de una pena eterna, no seríamos tan blandos con nosotros mismos. ¿ Tendríamos dificultad de pagar un dinero á quien nos perdonase mil escudos ? Aunque no es necesario que haya igualdad entre la cosa que se conmuta y la conmutada, debe á lo menos haber alguna proporcion. Ya que no se nos pida todo lo que debemos, á lo menos pagemos lo que podamos. Verdaderamente que no se guardan las reglas de justa compensacion, cuando se nos perdona una pena infinita por penitencias cortas y llevaderas. Y sin embargo, aun estas las cumplimos de mala gana, ó no las cumplimos. La causa de ser tan blandos con nosotros, y de hacer tan poca penitencia es, ó que no hemos pensado bien en lo que es pena eterna, ó en que no pensamos que la tenemos bien merecida.

Considera, ejercitante, cómo se ha conducido Dios cuando ha querido imponer alguna pena temporal, que es la penitencia de esta vida. Perdonó á David su pecado ; mas por eso no dejó de castigarle en vida. ¿ Y cómo le castigó ? David fue perseguido por su mismo hijo Absalon ; fue abandonado de sus vasallos, y arrojado de su reino ; y esta fue su penitencia, en la que hubo de sufrir tantos y tan grandes trabajos. Y con todo se dice que Dios le hizo gracia. La Iglesia, nuestra madre tan tierna y amorosa, en la antigua discipli-

na imponia penitencias de siete y mas años, por pecados que ahora se quiere que pasen por meras fragilidades. ¿Pero qué penitencias? Un solo dia de aquellas pareceria á nuestra tibieza un año. Dime ahora, hermano mio : ¿el pecado de estos tiempos es menos pecado que lo era entonces? ¿La justicia de Dios es menos grande ahora, ó no es tanto de temer? ¿Somos menos cristianos que lo eran los primeros fieles? Sí que somos menos cristianos, y por eso menos penitentes. Sepas, pues, que si la Iglesia ha remitido de su antiguo rigor, por nuestra tibieza, su espíritu siempre es el mismo. Y por eso, despues que el confesor nos impone la penitencia satisfactoria, nos dice al despedirnos : «Lo que hicieres de bueno y sufrieres de «malo, te aproveche en remision de tus pecados : » dándonos á entender con estas palabras, que no nos contentemos con la corta penitencia que nos mandó ; sino que además hagamos otras de nuestra voluntad para mejor satisfacer á la divina justicia. Anímate, pues, pecador, y proponte de llevar en adelante una vida penitente y mortificada, segun lo permitan las circunstancias de tu edad, estado ó salud. Y pues que es indispensable hacer penitencia ó condenarte, ¿por qué dilatas el hacerla? ¿Lo dejas para el mes que viene, ó para el año que viene, ó para cuando tomes estado, ó para cuando acabes con el pleito ó negocio que tienes empezado? ¿Y por qué no hoy mismo?

Considera, pecador, que no puedes estar seguro de vivir mañana, y haces tus cuentas para despues de meses y años. ¿Es acaso tuyo el tiempo venidero, cuando ni aun puedes contar con el presente? Si no te aprovechas del dia de hoy, puede ser que no tengas el de mañana. ¿Cuántas veces te has dicho á tí mismo, mañana me convertiré y empezaré á hacer penitencia, y aun no ha llegado ese mañana? Sepas, pues, que lo regular que acontece al que difiere la penitencia para mañana, es no ver ese mañana. Porque, como dice san Agustin, Dios que ha prometido el perdon al pecador penitente, no ha prometido el dia de mañana al que dilata su conversion. Pero veamos qué causa te detiene á tí para que no emprendas hoy mismo tu conversion. ¿Será acaso porque el nombre de penitencia te estremece y espanta? ¡Ah! hijo mio ; no te aflijas, no te pases al oír penitencia ; porque en verdad no debes tenerle miedo, como no le tendrías de ver y palpar un leon pintado. Si eres jóven, no te se dirá que hagas las penitencias asombrosas del jóven san Luis Gonzaga : si eres un hombre de edad perfecta y robusta, tampoco te se pedirá que te tomes las inauditas maceraciones con que maltrataba

su delicado cuerpo aquel varon espejo de penitentes, san Pedro Alcántara ; y si eres viejo, no te se obligará á que practiques los rigores y abstinencias del anciano san Jerónimo en el desierto. Si fuiste un jóven pecador, y que para serlo pasaste tantos malos ratos, tantas privaciones, malas comidas y peores noches, ¿no podrás ayunar algun dia en la semana, y privarte algunas veces de aquello que mas te apetece? Si eres hombre puesto en estado, ¿no podrás, aunque te cueste algun trabajo, entregarte con espíritu de penitencia al cumplimiento de tus obligaciones, y añadir á esto algunas limosnas y obras de piedad y caridad? Y si eres viejo, ¿á lo menos no podrás llevar con paciencia las enfermedades y achaques de la vejez? Pues todo esto es penitencia. Y concluimos que la penitencia es necesaria, y que es fácil hacerla.

Para sacerdotes.

«Y nosotros, respetables sacerdotes, en un siglo tan corrompido
«y sensual como este en que vivimos, ¿cómo enseñaremos y predi-
«carémos á otros la mortificacion, si nosotros no la practicamos? Si
«somos pecadores, debemos hacer penitencia aun mas que los otros.
«San Agustin dice, que todo cristiano debe temblar de llegar á la
«hora de la muerte sin haber hecho penitencia. ¿Cómo no deberá
«temblar un sacerdote? Si fuésemos justos, tambien debemos hacer
«penitencia ; porque el justo de los justos Jesucristo, y su inocentí-
«simo precursor san Juan Bautista, la practicaron para predicarla.
«Y nosotros, que somos destinados para enseñar á los fieles, la prác-
«tica de las virtudes, debemos hacer penitencia para enseñarla, mas
«que con la voz, con el ejemplo.»

JACULATORIAS.

¡Oh Salvador mio! desde hoy os prometo de hacer yo mismo justicia por mis pecados, para prevenir los rigores de la vuestra, que tan merecida tengo, con pronta penitencia.

Y cuando Vos, Jesús mio, me inspireis actos de penitencia, ó el confesor me los mande, yo diré : ¿Y qué es esta penitencia en comparacion de las penas eternas que he merecido?

Siendo tanta verdad, Salvador mio, que para un cristiano no debe haber mañana, yo no quiero dejarlo para otra noche. Ahora mismo, arrepentido y contrito me convierto á Vos, diciendo de todo corazón, que me pesa una y mil veces de haberos ofendido : me pesa haber pecado.

PLÁTICA.

Sobre la penitencia.

Ejercitantes : sin embargo de que ya habeis oido en el punto de meditacion la absoluta necesidad que tenemos de hacer penitencia de nuestros pecados, y sin recelo de que os sea fastidioso, continúe el mismo asunto. Y usando de las mismas palabras con que san Juan Bautista exhortaba á los judíos en el desierto, os digo que prepareis los caminos del Señor, y hagais dignos frutos de penitencia. Sí, amados mios, todos mis trabajos y vuestros anhelos en estos santos ejercicios no deben dirigirse á otro fin que á disponernos para recibir dignamente en nuestros corazones á Jesús resucitado, resucitando primero nosotros de la muerte del pecado á la vida de la gracia. El Señor está pronto á venir á nuestro corazon luego que lo tengamos bien dispuesto. ¿Y qué disposicion ha de ser esta? Vamos á verlo. ¿Qué es lo que comunmente se hace cuando se ha de recibir en casa á un huésped de gran dignidad? Se manda barrerla toda, se blanquean las paredes, los aposentos se adornan en lo posible, y nos proveemos de vinos generosos y manjares exquisitos para regalar á nuestro huésped. Y para venir el Señor á nosotros, ¿qué os parece querrá que le preparemos? ¡Oh misericordia infinita de mi Salvador! Amados mios, el Señor se contenta con que limpiemos bien nuestra alma con la escoba de la penitencia, y de cuenta de su Majestad queda el adornarla con las virtudes y los dones mas preciosos de la gracia. Pero esto poco que nos pide es tan preciso y necesario, que sin ello jamás se dignará Jesucristo de hospedarse en nuestra alma. Por tanto voy á hablaros brevemente de esta preparacion, que no es otra que la penitencia.

Todas las cosas tienen su tiempo, como nos dice el Espíritu Santo, y nosotros lo vemos. Hay tiempo de sembrar y tiempo de recoger; hay horas de trabajo y horas de descanso; ocasiones de reir y ocasiones de llorar; pero siempre es tiempo de penitencia, porque en todo tiempo se peca. Y mas principalmente es necesaria en el tiempo santo de Cuaresma, en que debemos preparar nuestro corazon para hospedar en él á Jesús resucitado, y cortejarle en la celebridad de la Pascua. No será menester que me esfuerce mucho para haceros conocer que desde el principio de la cristiandad la Cuaresma es el tiempo destinado para hacer penitencia. Todos los años por este tiempo, ya lo veis, la Iglesia se viste de luto, multiplica sus

gemidos y lamentaciones, prolonga los ayunos y abstinencias, cesa en sus cantos de alegría, y de todos modos nos anuncia la muerte de nuestro Salvador para que hagamos penitencia de nuestros pecados que fueron la causa de ella. Pero decidme en verdad : ¿qué penitencia es la que hacemos? ¿Podrémos decir que nuestros ayunos, nuestras mortificaciones, nuestras limosnas, nuestras obras de piedad, nuestro recogimiento en los días santos de Cuaresma son frutos dignos de penitencia, como nos encarga el Bautista? ¡Ah! es muy cierto que no. Yo veo, sí, que algunos ayunan, pero son pocos; y de estos los mas lo hacen á medias ó con fraude : las mortificaciones son raras y tan flojas que casi no llegan á sentirse : las limosnas son harto escasas, y las obras de piedad y religion las mismas de todo el año, que es decir, muy pocas : las visitas no necesarias no se suprimen ; los juegos y diversiones apenas se suspenden, y el retiro y recogimiento no se advierten. Amados mios, ¿será esto preparar bien los caminos del Señor? ¿Podrémos decir á su Majestad, venid, Señor, á mi alma, que ya está limpia y digna de que entreis en ella, cuando ni aun siquiera se ha puesto mano á la confesion y penitencia? Hermanos mios, no nos engañemos : nunca estará nuestra alma bien dispuesta para recibir á Jesucristo, si no estamos mortificados en el cuerpo, y en el espíritu muertos á las cosas de la tierra. Ni tampoco esteis en la engañosa persuasion de que vuestra penitencia, aunque sea cual debe ser en el tiempo de Cuaresma, podrá relajarse en llegar el tiempo de la Pascua ; porque en todo tiempo se peca ó se puede pecar ; y por lo mismo en todo tiempo debeis, ó limpiaros del pecado, ó precaveros para no pecar con digna, seria y vigorosa penitencia.

Todos sabemos que san Juan Bautista fue santificado en el vientre de su madre, y que nunca perdió la santidad con que nació. Y sin embargo sabemos tambien que dejó niño la casa de sus padres, para irse al desierto á vivir en soledad, vestir un áspero cilicio, dormir en el duro suelo, comer solo langostas y miel silvestre, y á practicar una penitencia que semejante no se ha visto. ¿Y esto por qué? Porque aunque no tenia pecados de que hacer penitencia, sentia en sí la inclinacion á lo malo, y queria vencerla con la mortificacion para no llegar á ejecutar lo malo. Y tú, hombre de mundo que no tienes la santidad del Bautista, que te espantas de la palabra *mortificacion*, que eres un miserable y frágil pecador, ¿presumirás, llegada la Pascua, volver á las diversiones mundanas y á las ocasiones en que pecaste, y no pecar otra vez? Esto es imposible.

Séneca, siendo un hombre gentil, escarmentado de que siempre volvía á su casa mas cruel y lascivo que habia salido, aconsejaba á su amigo que se apartase cuanto pudiese del bullicio y comercio del mundo. San Agustin temió tanto volver á ser pecador, que ni aun permitió á su propia hermana que habitase con él : tanto temió este Santo á las ocasiones que presenta el mundo. ¿Y tú has de meterte en ellas con tanta seguridad? ¿Qué ha de sucederte sino lo que ya tienes experimentado? Pecarás en Cuaresma, pecarás en Pascua, y en todo tiempo pecarás; si en todo tiempo no eres penitente, si en todo tiempo no practicas la mortificacion.

¿Pensarás acaso que trato de estremecerte y aterrarte? No, hijo mio, es todo lo contrario. Quiero sí y te aconsejo que hagas penitencia; pero no te precisaré á que te retires á un desierto como el Bautista, ni á que emprendas la vida de un anacoreta al extremo mortificada; con mucho menos me contento: sí, con que en el tiempo de Cuaresma cumplas fielmente con los ayunos que nos manda la santa madre-Iglesia; con que en este mismo tiempo te abstengas de diversiones que en otro tiempo te serán lícitas; con que te ejercites, mas que en el resto del año, en obras de misericordia; con que en la semana de Pasion acompañes con alguna mortificacion voluntaria á Jesús en sus dolores y tormentos; y con que en el tiempo de Pascua, cuando los mundanos dejan la rienda á sus pasiones, tú mortifiques los sentidos, y te apartes de las ocasiones de pecar; con esto, que tan poco costoso te será, quizá el Señor misericordioso contigo se dará por contento. Hazlo así, hijo mio, porque en todo tiempo es necesaria la penitencia, en todo tiempo es precisa la modestia y moderacion; y mas que en otro en este en que la Iglesia nos recuerda la pasion y muerte de nuestro Redentor; y en el de Pascua, en que debétmos celebrar santamente la triunfante resurreccion del Salvador, y darle gracias porque por la virtud de su sangre derramada por nosotros hemos resucitado de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Así, amados mios, preparareis dignamente los caminos á Jesús, que viene á hospedarse en nuestros corazones. Así limpiaréis con la penitencia la morada de vuestra alma. Así se mantendrá gustoso en vuestra casa, y así mereceréis que el Señor os admita en la suya para gozarle por eternidades en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOTERCIO.

LECCION.

Del exámen para confesion general.

Ejercitante : en el primer mandamiento, que es amar á Dios sobre todas las cosas, debes examinar en tu conciencia si has dicho blasfemias contra Dios, contra Jesucristo, contra la Virgen, ó contra algun Santo. Como es decir : Voto á Dios, por vida de Jesús, por vida de la Virgen María, por vida de san Pedro, ú otras semejantes.

Si has dado crédito á sueños, ó á esas cosas que se dicen señales de mal agüero, como que sucederá la muerte de alguna persona, porque en su habitacion entró un lumiron ó abejorro ; ó que vendrá algun mal acontecimiento, porque el gallo cantó fuera de la hora que le es natural, y otras semejantes boberías. Porque con esta creencia se ofende á Dios, sujetando su infinito poder á unas señales que no son mas que efectos de causas naturales.

Si has consentido en algun pensamiento contra la fe.

Si has dudado de algun misterio de nuestra santa Religion.

Si oyendo hablar mal de ella ó de las cosas santas no saliste á la defensa.

Si no has delatado al que así hablaba.

SEGUNDO MANDAMIENTO.

No jurar el nombre de Dios en vano.

Sobre este mandamiento debes examinarte :

Si juraste con mentira en juicio ó fuera de él, aunque la cosa no fuese de importancia.

Si juraste alguna cosa como cierta, estando en duda de si seria ó no seria como juraste.

Si juraste sin necesidad, aun quando la cosa fuese verdad.

Si juraste de hacer mal á otro, con intencion ó sin intencion de cumplirlo.

Si quebrantaste algun voto ó juramento.

Si hiciste alguna promesa á Dios ó á los Santos, y pudiendo cumplirla no lo hiciste.

Si juraste de hacer ó de haber hecho algun pecado mortal.

TERCER MANDAMIENTO.

Santificar las fiestas.

Pensarás si en el dia de precepto trabajaste sin necesidad por notable tiempo.

Si por culpa tuya perdiste la misa, ó diste motivo para que otro la perdiese.

Si voluntariamente estuviste distraido en la misa, ó fuiste causa de que otro lo estuviese.

Si dejaste de cumplir con la parroquia.

Si no hiciste la penitencia que te mandó el confesor.

Si confesaste mal, ó comulgaste en pecado mortal.

Si tomaste licencia para trabajar en dia de precepto, alegando causa falsa.

Si hiciste en tales dias trabajar á tus criados ó á otros.

Si en vez de emplear esos dias en obras de piedad y religion, te ocupaste en juegos, ó en entretenimientos peligrosos, ó en obras de pecado.

Si te has burlado de los ejercicios de devocion, ó de quien los practicaba.

CUARTO MANDAMIENTO.

Honrar padre y madre.

Te examinarás si has dejado de obedecer á tus padres ó superiores en cosa justa y grave.

Si les hablaste con altivez y soberbia, ó les dijiste palabras injuriosas.

Si no has socorrido á tus padres puestos en necesidad, pudiendo hacerlo.

Si no has cuidado de que tus hijos y criados supiesen la doctrina cristiana; ó si delante de ellos has dicho ó hecho cosa que sea pecado.

Si no has asistido á tu familia con el vestido y sustento necesario.

Si no has cuidado de apartar á tus hijos y oriados de las malas compañías, y de los peligros y ocasiones de pecar.

Si tiraste maldición á tus padres, ó les deseaste la muerte.

QUINTO MANDAMIENTO.

No matarás.

Piensa si has deseado algun mal á tu prójimo, si te has alegrado de sus trabajos, ó te has entristecido por sus bienes.

Si al que te ofendió le has negado el habla ó el saludo.

Si le has dicho palabras injuriosas, ó tiraste maldiciones con escándalo de otros.

Si has tenido ánimo de matar, herir ó hacer otro mal á tu prójimo, y cuánto tiempo te mantuviste en esta intencion, ó si aconsejaste ó mandaste á otro que lo hiciese.

Si con chismes ó de otro modo has sido causa de discordia ó de riñas.

Si te has puesto en peligro de morir, estando en pecado mortal.

Si de palabra ó de obra has escandalizado á tu prójimo.

Si has enseñado á otros los modos de pecar,

Si has acompañado á otro en el pecado, ó le has auxiliado para que pecase.

Si has hecho de tercero en alguna mala correspondencia.

Si has comido ó bebido con daño conocido de tu salud, ó con conocimiento de que podías perder el uso de la razon.

Si con el mismo conocimiento ó de propósito has dado á comer á otro cosa dañosa, ó á beber con intencion de embriagarla.

SEXTO MANDAMIENTO.

No fornicar.

Examínate si te has deleitado con el deseo ó pensamiento de pecar con mujeres, de qué estado eran estas, y por cuánto tiempo te recreaste.

Si las solicitaste para el cumplimiento de tus deseos, aunque no llegases á ejecutarlos.

Si las hiciste consentir á ellos con engaños, amenazas ó violencia, ó si á alguna seduciste con palabra de casamiento, y no se la cumpliste como debias.

Si has tenido conversaciones deshonestas con hombres ó con mujeres, y qué estado tenian estas.

Si has cantado canciones provocativas á lujuria ; si has dicho cuentos deshonestos, escrito ó leído papeles indecentes, pintado figuras torpes ; y si has bailado ó asistido á bailes escandalosos y provocativos.

Si has tenido ósculos, miradas ó tocamientos con mujeres, y de qué estado eran.

Si contigo mismo, solo ó en compañía de otros, has tenido semejantes tocamientos, y si entonces te recreabas con el pensamiento de alguna mujer, y de qué estado era.

Si has pecado con la vista ó de otro modo con algun animal.

Se continuará este exámen en la leccion de mañana. El Señor nos asista con su gracia. Amen.

EJEMPLO.

Para arrepentirse bueno es pensar en los pecados que uno ha cometido, cuántos y cuán enormes son.

Una persona que queria empezar una vida arreglada, hizo unos ejercicios espirituales, durante los cuales escribió su confesion general ; y en un momento en que acababa de meditar sobre el infierno, y que estaba aun penetrada del pensamiento saludable de los suplicios eternos, echó los ojos sobre el papel en que habia escrito su confesion general. A la vista de tantas faltas de toda su vida su dolor se aumentó. Tomó el papel diciendo : ¡Oh, qué leña para el fuego eterno!... Esta reflexion le obligó á dejar todos los peligros y ocasiones próximas de pecar y emprendió una vida mas retirada y edificante.

¡Ojalá que todos los que estais haciendo los ejercicios meditáseis seriamente lo que son los pecados, á fin de llorarlos y confesarlos bien para que no sean un dia leña para el infierno !.

MEDITACION.

Sobre la confesion.

Considera, cristiano, que es el mayor desatino pasar un solo dia en pecado mortal, teniendo un medio tan fácil para salir de él, como es la confesion. Porque mientras el hombre está en pecado, es el objeto de la indignacion de Dios ; de una indignacion infinita y

de un enojo todopoderoso. ¿Y pensará el pecador, por mas que presume de valiente, que podrá escapar de un poder al que no hay fuerza que le resista? Si no seria bueno irritar á un rey de la tierra, porque su poder es muy grande aunque no pasa de su reino; ¿no será locura que alguno piense resistir al poder de Dios, que no tiene límites aun mas allá del universo? El santo rey David decía ¹: «¿En dónde me esconderé, Señor, para apartarme de tu indignacion? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al infierno, allí te hallo.» Y sin embargo, un gusano como es el pecador parece que no teme la indignacion de Dios, pues no procura aplacarla pudiéndolo hacer tan fácilmente, solo confesando el delito. Ejercitante: si por desgracia estás en pecado mortal, sabes por nuestra santa Religion que en este estado eres enemigo de Dios y el objeto de su indignacion y de su enojo. Pues, ¿cómo puedes dormir una sola noche en pecado, y tener sobre tí un peso tan enorme que te hunde en el infierno? ¿Cómo tienes valor para mantenerte en tanto peligro tantas noches, tantos dias, tantos meses y aun tantos años? ¿Qué es de tu juicio? ¿No sabes que tienes un medio fácil y seguro para desenojar á Dios? Sí: no es menester mas que confesar tus delitos para alcanzar el perdon, y confesarte culpado para justificarte. Sabes tambien que Dios te convida para que salgas, por este medio, de tu mal estado. Y á pesar de tanta misericordia difieres aprovecharte de él. ¿En qué apoyas tu descuido? Teme, y con fundamento, que puedes morir sin confesion.

Considera, hermano mio, que en lo que mas resplandece la misericordia de Dios, es en la piedad que usa contigo en la confesion. Confesar los pecados con humildad y dolor, basta para conseguir el perdon de ellos. Ninguna dificultad tendrías en descubrir tus delitos á un juez, sabiendo que solo con esto quedabas absuelto de todo castigo: ni repararías tampoco en manifestar tu enfermedad, por vergonzosa que fuese, á un médico que no habia menester mas que verla para curarla. Pues, ¿por qué te ha de costar tanto trabajo descubrir las llagas de tu corazon al confesor, estando seguro de que haciéndolo como se debe hallarás pronto y perfecto remedio? ¿Acaso tendrás vergüenza de confesar tus pecados? No tuviste, hijo mio, vergüenza para cometerlos sin temor, ¿y has de tener temor y vergüenza para confesarlos? Sepas, pues, que este temor y esta vergüenza, si la vences, te servirá en parte de satisfaccion por

¹ Psalm. xxiii.

tus pecados. Tu vergüenza será algo de tu penitencia y un suplemento de aquello á que no obliga el prudente confesor por acomodarse á tu flaqueza. Pues ¿por qué has de tener vergüenza de declarar tus pecados al sacerdote que tiene el lugar de Jesucristo, y que ó no te conoce, ó aunque te conozca está obligado á guardar un secreto inviolable, y solo te oye para absolverte? No por esto el confesor te estimará en menos; sino al contrario, concebirá mas celo y compasion con una alma que ve traída por Dios, penetrada de dolor, y asistida con los auxilios del Señor. El confesor, ó será pecador, ó será justo. Si es pecador como tú, la experiencia de sus flaquezas le hará compadecerse de las tuyas; y si es justo, tiene el espíritu de Jesucristo, que es todo compasion y piedad para con los pecadores. Y en fin, hermano mio, ello es preciso, ó descubrir á un sacerdote en secreto tus pecados, ó condenarte. ¿Cuál de las dos cosas te estará mejor?

Considera que si no hubieras pecado no seria necesario que te confesases; pero como pecas muchas veces, es menester que muchas veces te confieses. Quanto mas dilates la confesion, mas querás dilatarla; y aumentando pecados á pecados, cuando te resuelvas á confesarlos, tendrás grande dificultad para acordarte de ellos. Y si de ellos te olvidas por tu culpa, ¿crees que Dios tambien los olvidará? Si esto fuese así, quanto mas tardos en la confesion, mejor seria para nosotros. Pero no: Dios no perdona pecados que no se confiesan por olvido voluntario. ¿Será, pues, buena disposicion para confesarse con fruto el confesarse rara vez? ¿Hay alguno que haga con perfeccion una grande obra sin ensayarse primero? ¿Esperas adquirir facilidad para hacer actos de penitencia, no haciendo confesion sino una vez cada año, ó despues de algunos años? Esto es un error; porque las dificultades no se disminuyen, sino que se aumentan con la dilacion, y el vicio se fortifica, los pecados echan raíces, y la voluntad de arrancarlos se debilita. Por tanto, hermano mio, cuando sintieres tu conciencia cargada con algun pecado mortal, procura luego descargarte de este peso tan enorme, que para aliviarte de él fue necesario que todo un Dios se lo cargase. Tu pecado será un plomo cuyo centro es el infierno, á donde sin remedio te llevará, si con presteza no te descargas de él. Si duermes mucho tiempo con el pecado, te acostumbrarás á mirarlo sin horror, te se hará mas amable su compañía, y tendrás mas dificultad en separarte de él; y entre tanto, como el pecado es la muerte del alma, todas las buenas obras que hagas serán obras muertas y de ningun

mérito para el cielo. ¡Qué lástima, hijo mio! Pero aun será mayor, si durmiéndote en el pecado, despiertas sin confesion en el infierno.

Para sacerdotes.

«Un facultativo diestro en el arte de curar de tal modo se conduce con el enfermo, que no haga la llaga incurable por muy contemplativo, ni mas peligrosa por la aplicacion de medicamentos demasiado fuertes. Nosotros, señores sacerdotes, somos los médicos de las almas que Dios ha puesto á nuestro cuidado. Si en el confesonario somos demasiado indulgentes con el pecador, el vicio tomará cuerpo, la llaga se hará gangrenosa, y el alma perecerá en nuestras manos. Si somos al extremo rígidos, irritaremos la herida que hizo el pecado, indispondremos el ánimo para tomar con provecho las medicinas, y tal vez en la primera visita quedará aquella alma incurable para siempre: manejémonos con prudencia entre los dos extremos. Y por lo que á nosotros hace, procuremos que la confesion sea nuestro diario, ó casi diario desayuno espiritual para purgar el alma de las imperfecciones veniales, y jamás nos acerquemos al altar con recelo de cosa grave, no sea que en el mismo cáliz de salud bebamos el tósigo de condenacion.»

JACULATORIAS.

¿Quién, Jesús mio, querrá ser tardo en la confesion, si sabe lo que dice de sí mismo el santo rey David ¹: «Confesé delante de Dios mi iniquidad, y mis pecados fueron perdonados?»

Hermano mio, malo es haber caído en la enfermedad de la culpa; pero peor será para tí, si por vergüenza no tomas el remedio.

No, Salvador mio, no descuidaré ya de la confesion, que es el único remedio para mi alma. Con toda diligencia dejaré mis pecados á los pies de vuestro ministro; y á Vos ruego que me los perdoneis, porque arrepentido de ellos digo que me pesa en el alma haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la confesion.

Ejercitantes: de todas las enfermedades del cuerpo, la lepra es la imagen mas viva y sensible de los males que afligen las almas.

¹ Psalm. XXXI.

Porque así como la lepra es una corrupcion de la masa de la sangre, que extendiéndose por todo el cuerpo lo desfigura y pone espantoso; así el pecado produce en el hombre la corrupcion de su alma y el horror que Dios le tiene. Por esta razon quiso nuestro Salvador, que el primer enfermo que se le presentó un dia al bajar del monte en que predicó á las gentes que le seguan, fuese un leproso, para darnos á conocer en su figura la malicia del pecado, y para que entendiésemos, por lo que le mandó hacer despues que lo curó, lo que nosotros debemos hacer para lograr la salud del alma. « Vé, le dijo, « ya estás curado; ahora preséntate al sacerdote y ofrece el donativo señalado por la ley. » No habiendo de habitar siempre Jesucristo corporalmente con los hombres, porque habia de morir y volver á su Padre; aquella presentacion que los leprosos hacian á los sacerdotes de la antigua ley, mandó que se hiciese á nuestros sacerdotes; y que los leprosos de alma, que son los pecadores, se manifestasen á ellos como á médicos espirituales, á quienes habia dado la potestad de limpiarlos y curarlos; y esta presentacion es la confesion que hacemos de nuestros pecados al confesor, para que nos cure de la lepra del alma por medio de la absolucion sacramental. Pero como no todos obedecen este precepto, voy á haceros ver en qué consiste que muchos no se confiesan, ó se confiesan mal, y explicaros al mismo tiempo lo que debeis hacer para quitar estorbos á la curacion de vuestra alma: escuchad.

Tres son ordinariamente los impedimentos que el pecador pone á su justificacion, y de los que resulta que en vez de curarse por la santa confesion sale de ella mas enfermo. Y estos impedimentos son la vergüenza del pecado, el temor que tiene al confesor, y la mala disposicion de ánimo con que el pecador procede á la confesion: vamos á rebatirlos.

Quiso Dios, dice san Juan Crisóstomo, que la vergüenza fuese siempre unida al pecado, para que ella nos impidiese caer en él; y que la confianza estuviese en la confesion, para que nos levantásemos mas fácilmente de nuestras culpas. Pero el demonio, oponiéndose á este designio, todo lo trastorna, y hace que el pecador parezca perdonable, y vergonzosa la confesion. Cuando, por ejemplo, trata el hombre de cometer un adulterio ó algun otro pecado sensual, el demonio le anima á la ejecucion, proponiéndole que estos son pecados de fragilidad y flaqueza, y que bien puede cometerlos, porque despues se confesará de ellos. Y cuando el pecador trata de confesarse, el demonio le pone por delante la vergüenza de descubrir

sus pecados al confesor, y le impide el acercarse al confesonario. ¿No es verdad, pecador, que esta es una de las causas que te alejan de la confesion? ¿No es verdad que te avergüenzas de manifestar al sacerdote los misterios de iniquidad que quisieras tener siempre ocultos; esas usuras, esas injusticias, esas torpezas, esas maquinaciones de venganza, y que por ocultarlas huyes de la confesion, y te pierdes miserablemente? Pero aun quiero que alguna vez hayas querido confesarte; ¿no es verdad que el temor al confesor te puso á cavilar y decir: y yo con quién me he de confesar? Yo soy conocido del cura y de todos los confesores del pueblo; y si les declaro todos los desórdenes de mi vida, ¿qué concepto formarán de mí? Mejor será esperar á que venga algun confesor forastero. Con esta astucia del demonio muchos dejan la confesion para hacerla con el confesor que no les conoce. ¿Y cómo la hacen? Con fraude. Porque recelosos de que por el relato de la confesion venga el confesor en conocimiento de su añeja costumbre de pecar, para facilitar la absolucion callan la costumbre, nada dicen de haberles despedido sin absolucion otros confesores, aparentan que sus pecados son de primera vez cometidos, y si el confesor no es advertido, les pone con la absolucion un sello mas á su condenacion. Ellos sacaron la bendicion del sacerdote con el disimulo, con el engaño y con la mentira; y de verdad se precipitaron hasta lo sumo del abismo.

Pecador, voy á desvanecer estos obstáculos que opones á la confesion. Tú dices que la vergüenza te impide el confesarte: yo te digo que no hay cosa mas contraria á la razon que esa vergüenza. No tuviste vergüenza de ejecutar tu pecado á la vista de los Angeles y del mismo Dios, ¿y la has de tener para confiarlo al oido de un sacerdote? ¿En dónde está tu juicio? Sabe, pues, que si no tomas el partido de confesar tus pecados en el secreto de la penitencia, esos mismos pecados se harán manifestos á todo el mundo en el dia del juicio, y entonces tu vergüenza será extremada y tu confusion eterna. ¿Acaso recelarás que el confesor diga tus pecados? Esta es una excusa frívola que carece de fundamento, porque el sacerdote solo oye los pecados para perdonarlos y pedir á Dios que los perdone. ¿Temes que el confesor te mande restituir el dinero ó la fama que quitaste? Pues, ¿y no sabes que no se perdona el pecado, si no se restituye lo hurtado? ¿Temes que el confesor te imponga una penitencia muy rigurosa, correspondiéndote á la gravedad de tus culpas? Pues, ¿y no sabes que no puedes tener salvacion, si no haces dignos frutos de penitencia? Coteja, hermano mio, las penitencias

que ahora imponen los confesores con la penitencia de un rey David, de un apóstol Pedro, de una Magdalena; con las penitencias públicas de los primeros cristianos; con las de tantos inocentes anacoretas, y verás cuán distante estás de imitar á estos santos penitentes. ¿Qué te mandará á tí el confesor? Que reces algunas oraciones, que practiques algunos ayunos, que tengas algun rato de oracion, que hagas algunas limosnas, que te reconcilies con tu prójimo, que dejes aquella mala compañía, que restituyas lo que no es tuyo. ¿Y no querrás confesarte porque esto te parece mucho? ¿Querrás morir con el corazon hinchado de rencor, ó con las manos llenas de bienes mal adquiridos, ó manchadas con la sangre de tu hermano? ¿No te estará mejor hacer en vida una penitencia útil y ligera, que ir á los infiernos á padecer eternamente? Esto es lo que al fin te sucederá. Entra en tí, pecador, y supuesto que como acabas de ver los reparos que te detienen para no confesarte no son mas que unos fantasmas que te presenta el demonio para alejarte de la confesion y perderte, véncelos todos, y dile al Señor: Ya, Dios mio, no me alejaré de la santa confesion por vergüenza: me presentaré al confesor, le manifestaré todas las llagas de mi alma por asquerosas que sean: no miraré sino á Vos que me hablais por boca de vuestro ministro y me absuelve en vuestro nombre, y le haré una confesion humilde, verdadera y dolorosa. Dios mio, hacedme esta gracia; y entonces todo lleno de gozo podré deciros con el penitente David: «Yo tuve cuidado de hacer una buena confesion de todas mis culpas, y Vos misericordioso perdonásteis la impiedad de mi corazon:» no me deje vuestra gracia en esta vida, para que merezca en muerte vuestra eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOCUARTO.

LECCION.

Sigue el exámen por los Mandamientos.

SÉPTIMO MANDAMIENTO.

No hurtar.

El exámen de este mandamiento se ha de hacer pensando si se ha faltado en él, cuántas veces y en qué cantidad; como se dijo en la explicacion de este mandamiento. Todos los que tienen oficio, empleo, facultad ó encargo; los negociantes, los que venden y compran; todos deben examinar su conciencia, y pensar si de alguna manera han perjudicado al prójimo por hurto ó por daño ocasionado; y declarar en la confesion si repararon ó no el daño que hicieron, para inteligencia y gobierno del confesor.

OCTAVO MANDAMIENTO.

No levantar falso testimonio ni mentir.

Por este mandamiento te examinarás si has hecho testimonio falso contra el prójimo en juicio ó fuera de él, y qué daño se le ha seguido.

Si has dicho mentira, de la que haya resultado daño grave á otro.

Si has murmurado de otro con grave detrimento de su estimacion; ó si murmurándole otros no lo has impedido, pudiendo hacerlo.

Si has escrito papeles infamatorios y denigrativos contra algun religioso ó eclesiástico, ó otra persona constituida en dignidad.

Si has puesto en las paredes ó puertas de alguna casa pasquin, señal ú otra cosa, con lo que infamaste á algun sujeto que gozaba buena opinion.

Si has descubierto cosa que estaba oculta, con deshonor de tu prójimo.

Si has abierto cartas que eran para otros, por saber lo que contenian.

Si has formado juicio de que tu prójimo hizo alguna cosa mala sin bastante fundamento, y si tu mal juicio lo comunicaste á otros.

Si te has alabado de haber hecho algun pecado, aunque de verdad no lo hayas hecho.

NOVENO MANDAMIENTO.

No desear la mujer del prójimo.

DÉCIMO MANDAMIENTO.

No codiciar los bienes ajenos.

Estos dos mandamientos coinciden con el sexto y séptimo : te examinarás en ellos segun la explicacion que ya dimos tratando de ellos.

Dolor.

P. ¿Qué es Dolor?

R. Es pena y sentimiento de haber ofendido á Dios?

P. ¿De cuántas maneras es el Dolor?

R. De dos: dolor de contricion, y dolor de atricion.

P. ¿Qué es dolor de contricion?

R. Un pesar sobre todos los pesares de haber ofendido á Dios, solo por ser quien es, con propósito de confesion y enmienda.

P. ¿Qué es dolor de atricion?

R. Un pesar de haber ofendido á Dios, por medio del castigo en la otra vida, ó por la fealdad del pecado, con propósito de confesion y enmienda.

Propósito.

P. ¿Qué es Propósito?

R. Una firme resolucion que hace el penitente de no volver mas á pecar con la gracia de Dios.

P. ¿Qué calidades ha de tener el Propósito para que sea bueno?

R. Tres, que son : universal, firme y eficaz.

P. ¿Qué se entiende por universal?

R. Que el penitente ha de estar resuelto á no ofender mas á Dios, no solo en tal ó tal pecado, sino en todo género de pecado mortal, sea el que se fuese.

P. ¿Qué se entiende por propósito firme?

R. Que el penitente ha de resolverse á no pecar mas, aunque para ello sea necesario privarse de gustos, conveniencias ó intereses; y aunque tenga que sufrir pobreza, afrentas, disgustos y la muerte misma.

P. ¿Qué es propósito eficaz?

R. Un ánimo de no pecar que vaya acompañado de cuantas diligencias sean conducentes: como es, apartarse de las ocasiones de pecar, restituir la hacienda, honra ó cualquiera otra cosa que se quitó, y mudar de vida y costumbres.

Confesion.

P. ¿Qué es Confesion?

R. Manifestar todos los pecados cometidos por pensamiento, palabra y obra desde la última confesion bien hecha.

P. ¿Á quién se ha de hacer la confesion?

R. Al sacerdote que tenga facultad para absolver.

P. ¿Qué circunstancias ha de tener la confesion para ser buena?

R. Debe ser entera, humilde, sencilla y prudente.

P. ¿Cómo será entera la confesion?

R. Confesando todos los pecados, sin callar alguno por vergüenza ó por malicia.

P. ¿Cómo será humilde la confesion?

R. Confesándose con rubor, como uno que ha ofendido á su señor, y viene á implorar el perdón.

P. ¿Cómo será sencilla la confesion?

R. Diciendo los pecados así como se conocen en la conciencia, sin aumentarlos, ni disminuirlos, ni excusarlos.

P. ¿Cómo será prudente la confesion?

R. Haciéndola con palabras decentes, sin manifestar sujetos ni confesar pecados ajenos.

Satisfaccion.

P. ¿Qué es Satisfaccion?

R. Purgar con obras de penitencia la pena debida por la culpa.

P. ¿Qué se entiende por obras de penitencia?

R. La oracion, la limosna, el ayuno y la mortificacion.

P. ¿Qué es cumplir la penitencia?

R. Hacer lo que manda el confesor.

P. ¿De cuántas maneras es la penitencia?

R. De dos : penitencia satisfactoria y medicinal.

P. ¿Para qué es la penitencia satisfactoria?

R. Para satisfacer á la divina justicia por los pecados cometidos.

P. ¿Y cómo se satisface?

R. Cumpliendo con los ejercicios penales ó de devoción que manda el confesor.

P. ¿Qué es penitencia medicinal?

R. Lo que manda el confesor hacer al penitente para que no recaiga en el pecado ; y se dice medicinal , porque es medicamento preservativo de la culpa.

P. ¿Estamos obligados á cumplir la penitencia?

R. Estamos obligados á cumplir la penitencia , así la satisfactoria , como la medicinal , bajo pena de pecado.

P. ¿Cuándo se ha de cumplir la penitencia?

R. Si el confesor fijó el tiempo de cumplirla , en el mismo debe hacerse. Y si no lo señaló , ha de cumplirse lo mas pronto que se pueda para evitar un olvido ó cualquiera otro inconveniente.

Quiera Dios que ninguno pongamos inconveniente para que venga á nosotros su gracia. Amen.

EjemPlo.

El Sr. de la Mothe se confesaba cada ocho días , y para confesarse bien , hacia antes tres estaciones ; la primera en el infierno , la segunda en el cielo , y la tercera en el Calvario. Entraba primeramente con el pensamiento en el lugar de los tormentos , y allí veía el lugar que creía haber merecido en medio del fuego devorador y eterno , rodeado de los demonios y condenados. Daba gracias á Dios de no haberle precipitado allá , le rogaba usara con él de misericordia , y le pedia las gracias que necesitaba para preservarse del infierno. — Subía en seguida con el pensamiento á la mansion de la gloria y de la dicha ; temía de que por el pecado se le hubiesen cerrado sus puertas ; suplicaba al Señor se las abriera , é invocaba á María santísima , Angeles y Santos para que fuesen sus medianeros. — Despues con el pensamiento se dirigia al Calvario : allí mirando con atencion y amor á su divino Salvador crucificado , se decia á sí mismo : « Hé aquí mi obra ; yo soy la causa de los dolores que « Jesucristo padeció ; yo he cooperado con mis pecados con los otros « pecadores á cubrir de llagas el cuerpo del Hijo del eterno Padre y « de la Virgen María. ¡ Ay , yo le he crucificado !... ¡ Oh Jesús ! ¿ qué

«mal me habíais hecho Vos para que yo os clavara en esa cruz? ¿Cómo he podido trataros de esa manera, á Vos que cabalmente me habeis amado tanto, á Vos á quien yo debería amar con todo mi corazón? ¡Ah! porque sois infinitamente amable os amo, y me arrepiento de haberos ofendido.»

¡Oh ejercitantes, qué fruto tan grande sacaríamos de todas vuestras confesiones si cada vez que nos acercamos á ese santo tribunal de la Penitencia hiciéramos esas tres estaciones como el Sr. de la Molhe! ¿Qué progresos haríamos en la virtud y perfección!

MEDITACION.

Sobre el Dolor y Propósito.

Considera, cristiano, que hay dos géneros de contrición: una perfecta, que es la que propiamente se llama contrición, y es un dolor de haber ofendido á Dios por ser infinitamente bueno, y le disgusta el pecado; y este dolor es generoso y desinteresado. La otra, que se dice atrición, es un pesar de haber ofendido á su Majestad, porque por el pecado nos hicimos el objeto de su ira y de su venganza; y este dolor es interesado é imperfecto. Ni la una ni la otra contrición justifican, si no se detesta el pecado sobre todos los males. Dios es el supremo bien, y el pecado es el supremo mal; y como opuesto á Dios, debemos tener de él un supremo dolor, y á Dios amarle con un supremo amor. No amar á Dios sobre todas las cosas, es no amarle; y no aborrecer el pecado mas que á todos los males, es no aborrecerlo. Yo te pregunto ahora, ejercitante: ¿Aborreces tú al pecado de este modo? ¡Ah! que si eso fuera, mucho tiempo há que le hubieras arrojado de tu corazón. Si tu aborrecimiento fuera como debe ser, habías de tener mas horror al pecado que á todos los males: lo temerías mas que á la pobreza, mas que á la infamia, y aun mas que á la muerte. Tú debieras sentir mas el haber cometido un pecado, que lo que sentirías si perdiéses todos los bienes ó cayeses en la mayor desgracia. Esta es la disposición de ánimo de un verdadero penitente. ¿Es esta la tuya cuando te acercas al sacramento de la Penitencia? Mas ¡ay! que el poco temor que concibes á la vista del pecado ó de la ocasión de cometerlo, la tranquilidad en que quedas despues de haberlo cometido, la indiferencia con que miras el haber perdido á Dios, todo esto muestra que tienes poco horror al pecado y poca disposición de verdadero

penitente. Y si no la tienes, ¿qué son tus confesiones, sino un vano entretenimiento?

Considera, pecador, que no basta que te duelas de tus pecados; es menester además que formes propósito de renunciar de ellos para siempre y renunciar de todos; porque si te reservas uno solo, es lo mismo que si ninguno renunciaras. Y esta renuncia ha de ser entera; esto es, que no has de dar parte de tu voluntad á Dios y parte al pecado, sino á Dios todo tu corazon. Si te queda un solo pecado que no detestes, tu propósito no solo será inútil, sino un sacrificio abominable á los ojos de Dios. Poquísimos hay aun de los que parece que viven mas arreglados que no tengan un vicio ó pecado que es como el favorito del corazon, y que les cuesta mas dificultad arrancarlo. Uno, por ejemplo, llevará una conducta regular, pero será muy fácil para la murmuracion; otro será pacífico para con el prójimo, pero indolente y perezoso para las obras de virtud; aquel otro será diligente para los ejercicios de piedad, pero dado al regalo y delicadez; este otro será casto, pero altivo si le tocan un pelo de la ropa; y por este estilo muchos sacrifican á Dios todos los demás pecados, reservándose aquel á que son mas inclinados; y esto vale tanto como no sacrificarle ninguno. La reprobacion del rey Saul fue castigo de la blandura con que perdonó la vida á un príncipe, habiéndole mandado Dios que se la quitase. Y la condenacion de muchos cristianos es el cuidado que tienen de mantener aquel vicio á que tienen mas propension; porque esto hace ordinariamente que las confesiones sean malas, y débiles los propósitos. No obran de buena fe con respecto á aquel vicio, ni con Dios, ni con el confesor, ni consigo mismos; y lo disfrazan ó lo disculpan, pero sin provecho; porque aunque ellos engañen al confesor, á Dios no lo pueden engañar, porque ve todo lo que hay en su corazon. Pecador, si no quieres incurrir en la indignacion del Señor, procura que tu propósito sea eficaz, universal y pronto.

Considera, hermano mio, que son muchas las almas que coge el demonio con la red del falso propósito. Suele el penitente enternecerse por la dulzura ó por la energia de las razones del confesor, y cree que aquella mocion del corazon, que no es mas que un efecto de la natural complexion, lo es de un dolor y propósito verdadero; y de aquí resulta que promete y no cumple lo que á Dios prometió, porque su resolucion no fue mas que una aparente voluntad sin firmeza ni eficacia. Engañado por el demonio con su misma ternura, se vuelve á casa muy satisfecho de su mala confesion, y á la prime-

ra ocasion que se presenta se detiene en contemplarla, empieza á titubear en su propósito, y al fin consiente, y vuelve á ejecutar aquel mismo pecado que poco antes habia llorado y detestado á los piés del confesor, verificándose lo que dice san Gregorio, que no es penitente, sino embustero el tal pecador. Examínate tú, y veas cuál ha sido hasta aquí la sinceridad de tus propósitos, y veas qué juicio se podrá formar de tus confesiones. El verdadero penitente se vale de todos los medios para no volver al pecado; vence todas las dificultades que se le presentan, y huye de todas las ocasiones por agradables que sean. ¿Lo has hecho tú así? Si lo has hecho, tu propósito fue bueno; pero si en el mismo dia que confesaste, ó poco despues, volviste á las mismas ocasiones, á las mismas llanezas con la persona de tu correspondencia pecaminosa, á las mismas usuras, á la misma casa de la murmuracion ó del juego, á los mismos peligros de pecar; díme, ¿qué valor podremos dar á aquellos golpes de pecho, á aquellos suspiros que diste, y á las lágrimas con que bañaste las manos del confesor? Quiera Dios, hijo mio, que la confesion que has hecho ó piensas hacer en estos santos ejercicios no sea tal, que tengas algun dia que arrepentirte de tus mismos arrepentimientos.

Para sacerdotes.

«Quiera Dios, hermanos sacerdotes, que nuestras contriciones y «propósitos no sean de la misma naturaleza que las de tantos cristianos, que deslumbrados por un falso propósito caen en la sima «de su perdicion. Si hemos pecado por nuestra fragilidad, y hemos «vuelto á unirnos á Jesucristo por la penitencia, nuestro propósito «sea tan firme que podamos decir con el Apóstol ¹: ¿Quién me separará ya de la caridad de Cristo? Ni la tribulacion, ni la angustia, ni la hambre, ni la pobreza, ni la persecucion, ni el peligro, «ni los encantos del mundo, ni los ardides del demonio, ni los halagos de la carne, ni la muerte misma podrá jamás separarme de «mi buen propósito. Pensemos siempre en que si debemos ser semejantes al Señor de quien somos ministros, debemos serle tan firmes y fieles en nuestra palabra, como el Señor nos es fiel en sus «promesas.»

¹ Rom. VIII.

JACULATORIAS.

Desde hoy para siempre quiero, Jesús mio, ser constante en mis buenos propósitos. Pero es menester, Señor, que para cumplirlo me ayudeis con vuestra gracia. Os lo pido con todo mi corazón.

No permitais, Padre mio, que guiado mi espíritu por las vislumbres de un propósito engañoso, venga mi alma á dar en la última perdición.

Muchas veces, Dios mio, os he faltado á mi palabra; y este es ahora todo el motivo de mi dolor. Con todas las veras de mi corazón os pido que me perdoneis; y digo con el mayor sentimiento que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el dolor de los pecados.

Ejercitantes: si yo he de formar juicio por lo que veo y por lo que oigo, no puedo dejar de decir que el dolor de los pecados, ó lo que decimos acto de contrición, es entre todos los de nuestra Religión el mas fácil de hacer y el que con mas frecuencia se hace. Se enseña á los niños con las primeras letras; en la iglesia y en casa lo hacemos una y muchas veces cada día; y apenas habrá un cristiano que algunas veces no diga: «Señor mio Jesucristo, me pesa de haberos ofendido.» Pero tambien digo, que á los mas de los que pronuncian el acto de contrición podrá decir el Señor: «Tú me hablas con los labios, y tu corazón está lejos de mí.» Amados míos, buenas y santas son aquellas palabras de arrepentimiento; pero creer que basta el decir las para que el Señor nos perdone, cuando en nuestro corazón nos quedamos con el afecto al pecado, esto es un error manifiesto. Si, amados míos, tal vez al pronunciar el acto de contrición os vendrá algun pensamiento de mudar de vida, y aun sentiréis inclinada la voluntad á dejar el pecado; pero no creais que por esto solo bajará á vosotros la gracia del Espíritu Santo: por mas que digais, Señor, tened misericordia de mí, no la conseguireis, menos que no hagais la voluntad del Padre de las misericordias.

Pues ¿qué es lo que quiere de nosotros el Padre de las misericordias? No otra cosa, amados míos, sino que vuestro dolor no solo esté en la boca, sino principalmente en el corazón. De lo contrario vuestra contrición no pasará de una contrición equívoca que á vosotros mismos os engañará. Bien podeis llorar cuanto querais; será solo contrición de vuestros ojos: bien podeis confesar y acusaros de

vuestras culpas; será penitencia de vuestra boca: mortificaos con ayunos y cilicios; seréis penitentes de sola vuestra carne. Si vuestro corazon no toma la parte principal en vuestras mortificaciones, confesiones y lágrimas, todo es inútil, todo es perdido. Porque desengañaos, hermanos míos; á lo que no es mas que señales aparentes de dolor, no está vinculada la gracia de la conversion ni el perdón de los pecados. Por eso dice san Juan Crisóstomo: «Yo veria «muchos penitentes, si hubieran de juzgarlo mis ojos. Ellos profieren con frecuencia aquellas palabras que se dicen actos de contrición; hieren á duros golpes su pecho, y se postran muchas veces «á los piés del confesor; pero si no mudan de vida, si no dejan las «vanidades del mundo, si no se apartan de las casas y ocasiones en «que pelagra su pureza, si no socorren las necesidades del prójimo, «si sus corazones no están verdaderamente contritos, ¿cómo he de «tenerlos por penitentes?» Dad á aquellas exterioridades el nombre que querais; yo diré con el Crisóstomo, que son figuras y máscaras de penitencia: se tendrán ellos por verdaderos penitentes; pero yo los llamaré hipócritas de penitencia y verdaderos fariseos: diré que en el mundo hacen el papel de penitentes; pero en el tribunal de Dios aparecerán como realmente son, avaros, deshonestos, soberbios, iracundos, á menos que el dolor que manifiestan lo acrediten con las obras. Y aun esto no basta: es necesario que su dolor sea universal y que abrace todos los tiempos.

De las doce tribus que componian el pueblo de Dios en la antigua ley, todas cayeron en cautiverio, á excepcion de la tribu de Judá y la de Benjamin que quedaron libres. Pero estas, ingratas á este beneficio que Dios les hizo, colocaron en el templo de Jerusalem al ídolo Baal, y le ofrecieron sacrificios como al verdadero Dios. Y ofendido Dios les decia: «Hipócritas embusteros; ¿así me tratais á «mí? ¿Así partís el culto y el incienso entre mí y Baal?» Lo mismo dice ahora el Señor á un sinnúmero de cristianos, que á imitacion de los judíos son idólatras de algun vicio, y con todo esperan vanamente que Dios les será propicio. Si: son muchísimos los que contemplan en su corazon una pasion dominante y no tratan de reprimirla. Vemos que muchos declaman contra los vicios que otros tienen, y no hacen mérito del que á ellos los domina. El avaro abomina del deshonesto; este acusa al iracundo, ó acrimina al ambicioso; ven la paja en el ojo de su hermano, y en el suyo no ven la viga. ¿Qué importa que detesten los vicios que no tienen, si mantienen el que tienen? Su corazon está partido entre Dios y el demo-

nio, y como á los judíos les dirá: «Prevaricadores, no os habeis «convertido á mí de todo vuestro corazon.»

El curso de las confesiones de tales penitentes viene á ser lo mismo que el que hace la rueda de una noria cuando se pone en ejercicio, que siempre va vaciando, y nunca le falta el agua en los arcaduces del fondo: así los penitentes de medio corazon repiten sus confesiones con mas ó menos frecuencia, siempre parece que vacian todos sus pecados, pero siempre se quedan con el ídolo de su vicio favorito en el fondo del corazon. ¿Qué confesiones son estas, qué dolor, qué propósito? ¿Será verdad que les pesa de todo corazon haber ofendido á Dios? No, ejercitantes: es una mentira. No querais vosotros, amados míos, engañaros á vosotros mismos. Escudriñad bien los pliegues de vuestro corazon, á ver si despues de tantas confesiones aun se mantiene escondido el ídolo de aquella pasion dominante que hizo que vuestros propósitos fuesen falsos tantas veces; y si hallais alguno, arrojadlo luego de vuestro corazon; hacedlo manifesto al confesor; echadlo al fuego de la verdadera contricion, y arrepentíos con el mas vivo dolor de no haber dado siempre entero vuestro corazon á Dios. Y detestadlo no para determinado tiempo, sino por siempre y para siempre: porque en esto consiste el buen propósito, compañero inseparable de la contricion verdadera.

No basta, amados míos, que digais al confesor que no volveréis á cometer aquellos pecados que habeis confesado; es menester estar enteramente resueltos á ello. Porque vemos que muchos están muy prontos para decir: Sí, Padre, estoy resuelto á mudar de vida; y hacen unas promesas tan cumplidas de vivir cristianamente, que el confesor se queda con las mejores esperanzas; pero luego se reduce todo á hojarasca de palabras sin fruto de operaciones: prometieron mudar de conducta, y nunca mudan. ¿Qué se hizo de aquel dolor, de aquel propósito de tan bellas apariencias? Todo no fue mas que una ráfaga de viento pasajero, un relámpago de contricion. Pecadores: y pues que ya estais instruidos de las circunstancias que deben acompañar á la confesion para que sea buena, que son un verdadero dolor de todo género de pecados, y un propósito que abraza todos los dias de vuestra vida; temblad por tantas confesiones que habeis hecho malas por falta de ellas, y procurad de aplicarlas á la primera confesion que hagais, para que saliendo perfecta en todas sus partes, enmiende las malas que teneis hechas, y merezcáis por ella el perdon de todos los pecados y gracia para conseguir la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOQUINTO.

LECCION.

De la Comunion.

P. ¿Qué es Comunion?

R. Es un manjar espiritual que sustenta al alma y da la vida eterna : á la manera que el pan que comemos sustenta el cuerpo y nos mantiene la vida.

P. ¿Y qué cosa es este manjar espiritual?

R. Es el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo , que realmente está en la hostia y en el cáliz , por virtud de las palabras que dice el sacerdote cuando consagra.

P. ¿Cuándo estamos obligados á comulgar?

R. Luego que el cristiano llega á tener conocimiento de lo que se contiene en la hostia consagrada , está obligado por el precepto de la Iglesia á comulgar á lo menos una vez en el año.

Al principio de la cristiandad todos los fieles comulgaban precisamente en la Pascua de Resurreccion ; pero despues que se aumentó el pueblo cristiano , no siendo ya posible que todos comulgasen en la Pascua , tuvo á bien la Iglesia que los Obispos determinasen y señalasen el tiempo de Cuaresma para el cumplimiento de este precepto. Y debeis entender que no cumple con él quien comulga pasado el tiempo pascual : y debe acusarse de esto en la confesion , si en ello fue culpable. De aquí se infiere que pecan los padres y los que tienen niños á su cargo , si no cuidan de que confiesen y comulguen al tiempo debido , teniendo edad para ello. Y si los padres les dan en esto mal ejemplo , además del pecado de no comulgar ellos , cometen otro de escándalo que dan á sus hijos.

P. ¿Y el cuerpo de Jesucristo está todo entero en toda la hostia?

R. No solo está todo entero en toda la hostia , sino tambien en cualquiera parte de ella por pequeña que sea. Y así debeis estar advertidos de que si el sacerdote os comulga con media forma , como suele acontecer , ó con una parte de ella , recibís todo el cuerpo del Señor , lo mismo que si os hubiese dado forma entera.

P. ¿Qué efectos causa en nuestra alma la santa Comunión?

R. Nos une y estrecha íntimamente con Jesucristo, haciéndonos uno mismo con él; debilita nuestros deseos y apetitos desordenados; nos hace castos, y por esto se dice Sacramento de vírgenes; y para quien lo recibe bien es prenda segura de la gloria. Así lo dice el mismo Salvador: «El que come de este pan, vivirá eternamente.» Pero también dice san Pablo: «El que lo come indignamente, es reo del cuerpo y sangre del Señor, y como otro Judas se traga su condenación.»

P. ¿Cuántas cosas son necesarias para comulgar bien?

R. Tres: y son, estar en gracia de Dios, ir en ayuno natural, y saber lo que se recibe.

P. ¿Qué es estar en gracia de Dios?

R. Es comulgar con el corazón limpio de pecado mortal; y por eso manda la santa madre Iglesia que se confiese bien el que ha de comulgar. Por esto os advierto que si alguna vez os sucediese que estando ya para comulgar os acordais de un pecado mortal no confesado, debeis apartaros del comulgatorio, confesar aquel pecado con el mismo u otro confesor, y despues ir á comulgar. Y si ya no hubiese confesor, os volveréis á casa sin recibir al Señor, y sin reparo ó miedo al qué dirán; porque no dirán sino que sois buenos cristianos, y que quereis comulgar dignamente.

P. ¿Qué se entiende por estar en ayuno natural?

R. Que no se haya comido ni bebido cosa alguna desde las doce de la noche anterior. Pero esto no se entiende con los enfermos que han de comulgar por modo de viático; porque estos pueden recibir al Señor aunque no estén ayunos.

P. ¿Qué se entiende por estas palabras, saber lo que se recibe?

R. Se entiende que el que va á comulgar ha de ir con el conocimiento de que va á introducir en su pecho á Nuestro Señor Jesucristo, tan vivo, tan grande y tan poderoso como está en el cielo. Y con este conocimiento se aviva la fe, y cree que real y verdaderamente hospeda en su corazón al Rey de cielos y tierra. Se anima la esperanza, y confía que el Señor le concederá las gracias que le pida si le convienen. Y se inflama en caridad y amor á Jesús, que por tanto querernos nos alimenta con su cuerpo y con su sangre.

Y para ahorraros de escrúpulos os advierto, que no es impedimento para comulgar el acordarse de un pecado venial no confesado; porque este se perdona por la misma comunión bien hecha. Tampoco es impedimento el haber velado toda la noche, ni el ha-

ber tragado inadvertidamente algo que quedó entre los dientes de la cena anterior. Asimismo no es impedimento si al lavaros tragásteis involuntariamente una gota de agua ; ni si tomásteis un sorbo para humedecer la boca , y luego la tirásteis. Y tampoco es impedimento haber vomitado antes de comulgar , si no hay recelo de que vuelva el vómito. Si os aconteciese que al daros la sagrada forma cayese esta en vuestro vestido ó en tierra , no la toqueis ; sino decidlo al sacerdote , que él sabe lo que en este caso debe hacer. Para evitarlo , lo mejor es levantar las toallas que teneis delante , que para eso están en el comulgatorio. Y si la forma de tal modo se pegase al paladar , que no pudiéseis separarla con la lengua , no la toqueis con los dedos ; sino salid á humedecerla con un sorbo de agua en lugar decente , y volved á recogeros para dar á Dios las debidas gracias.

P. Y por lo que hace al cuerpo , ¿ cómo se ha de ir á comulgar ?

R. Habeis de presentaros limpios de manos y cara , vestidos y peinados con decencia , pero no con lujo y vanidad. No como algunos que vienen á comulgar sin asearse mas que para entrar en el establo , sin considerar que vienen á un convite que no puede imaginarse mas grande ni en la tierra ni en el cielo.

P. Quien comulga mal ¿ cumple con el precepto ?

R. No cumple ; porque la Iglesia manda que se comulgue santamente : lo mismo que el que se confiesa mal , no cumple con el precepto de la confesion.

Procuremos todos acercarnos á la sagrada mesa con las debidas disposiciones de alma y cuerpo , para que la santa comunión nos sea prenda segura de la gloria. Amen.

EJEMPLO.

El jóven Albini , no habiendo aun llegado á la edad requerida para hacer la primera comunión , se contentaba con suspirar de continuo por el dichoso dia en que podria recibir á su Dios , oculto bajo los velos eucarísticos , y al efecto nada omitia para prepararse á una accion tan santa. Tenia un horror tan grande al pecado , que evitaba aun la apariencia del mal. Con mucha frecuencia decia que jamás permitiria que el demonio entrase en su alma antes que Jesucristo. Tenia una aplicacion constante en instruirse de todo lo que concierne al Sacramento adorable del altar. No solamente procuraba retener las palabras del Catecismo , sino que además cuidaba de pe-

netrar su sentido. La inocencia de su vida, el deseo tan grande que tenia de comulgar, y la aplicacion con que se preparaba decidieron á su director á que le admitiese antes de aquella edad en que se acostumbra recibir á los muchachos. No se le podia dar noticia mas agradable. Dió á su director las gracias con los mas vivos afectos y transportes de alegría. Se preparó con unos ejercicios, y en ellos hizo su confesion general; al ver el sentimiento, dolor y lágrimas con que confesaba sus pecados, se habria creido que habia sido el mayor pecador del mundo, cuando no tenia mas que algunos defectos veniales, pues que nunca jamás habia cometido pecado mortal; pero como conocia la bondad de Dios, sus defectillos le parecian monstruos horribles de ingratitude y audacia para con un Dios tan bueno y tan amable. Llegó por último el dichoso momento en que podia recibir la sagrada comunión. Todo se deshacia en lágrimas de amor y ternura. «Sí, Dios mio, exclamaba, ya que habeis tenido la bondad de daros á mí, quiero darme enteramente á Vos; ya que os habeis unido tan estrechamente conmigo, nada será capaz de aquí en adelante de separarme de Vos. Seria la criatura mas ingrata, si usase de algunas reservas para con Vos, Dios mio, que me habeis amado sin medida.» No fue esto uno de aquellos fervores momentáneos, fue constante y perseverante siempre mas: cada dia crecia en virtud y perfeccion, sin faltar á sus respectivas obligaciones; comulgaba cada quince dias, estando bien persuadido de que la divina Eucaristía es tan necesaria á nuestras almas como la comida corporal á nuestros cuerpos, y que es imposible mantenerse y perseverar en la inocencia y piedad sin el uso frecuente de este adorable Sacramento del altar.

MEDITACION.

Sobre la Comunión.

Considera, cristiano, que Jesucristo nos dice: «Venid á mí todos los que trabajais y gemís con el peso de vuestras miserias y flaquezas, y yo os consolaré.» Los cristianos debemos comulgar con frecuencia, sin que nuestras flaquezas nos sirvan de obstáculo, como nos pese de ellas. Y por eso el Señor no solo convida al divino banquete á los sanos, sino tambien á los débiles, para darnos á entender que no excluye de él á los que padecen achaques espirituales. Instituyendo Jesucristo este Sacramento por modo de alimento, quiso enseñarnos que así como nuestro cuerpo no puede pasar sin ali-

mento material, así tambien nuestra alma necesita de alimento espiritual. Y porque nos da su cuerpo bajo las especies de nuestro pan ordinario, por eso llamó á la Eucaristía pan de cada dia. Y ved aquí la razon por que debemos comulgar con frecuencia. Ahora pregunta el Padre san Agustin : « Siendo la Eucaristía el pan de cada dia, ¿ por qué hay cristianos que pasan meses y años sin recibirla ? » ¿ Por qué no se come con frecuencia lo que siempre puede hacer provecho ? La santa madre Iglesia congregada en el santo concilio de Trento exhorta á todos sus hijos á que por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo respeten este Sacramento, recibéndolo con frecuencia. Todo el tiempo que los primeros cristianos se mantuvieron en esta loable práctica fueron santos. ¿ Y cómo nosotros nos atrevemos á descuidar de ella, mandándonos Jesucristo que comamos de este pan, so pena de muerte ? En los otros Sacramentos se recibe la gracia ; mas en este se recibe al Autor mismo de la gracia. ¡ Qué dignacion para nosotros, ser participantes de todo lo que tiene Jesucristo como Dios y como Hombre ! ¡ Y qué ceguedad, privarnos de todo por apartarnos de la Comunión !

Considera, cristiano, que no hay cosa que honre mas á Dios ni mas provechosa para nosotros, que una buena comunión : ni otra que mas deshonne á Jesucristo, ni mas dañosa para nosotros, que una mala comunión. El que quebranta la ley del soberano es delincuente ; pero quien ofende su misma persona, comete un crimen el mas horrendo en lo humano. Todos los pecados ofenden á Jesucristo ; pero el sacrilegio hiere directamente á su persona y hace al hombre reo de lesa Majestad divina. Y no solo le hace injuria, sino que se la hace al mismo tiempo que Jesús en el Sacramento está haciendo por el hombre el oficio de Salvador. ¡ Qué atroz ingratitud ! Por eso dice san Pablo, que comulgar indignamente es hacerse reo del cuerpo y sangre de Jesucristo, comer y beber la condenacion, y pisar al mismo Jesucristo. Y como no hay delito que mas ofenda á Dios, tampoco hay otro que castigue mas severamente. El mismo Apóstol atribuye las frecuentes enfermedades y las muertes infelices de los cristianos á las malas comuniones. San Cipriano y san Juan Crisóstomo atribuian las calamidades públicas de su tiempo á las profanaciones de este augusto Sacramento. Pero las penas espirituales con que Dios las castiga son mucho mas terribles. La ceguedad del entendimiento, la obstinacion del corazon y la impenitencia final son sus consecuencias. Y este sacrilegio es el delito que con mas dificultad perdona Dios. Porque siendo el sacrificio de Jesucristo el que

solo puede templar la indignacion de Dios ; si del sacrificio hacemos un sacrilegio , la sangre de Jesús , léjos de aplacar la ira de su Padre , pedirá contra nosotros su venganza. ¿Y á dónde recurrimos? No habrá recurso.

Considera , hermano mio , que la majestad y grandeza del que viene á nosotros en la comunión nos obliga á hacer cuanto podamos para prepararnos bien á recibirle. Es tan grande este Sacramento , que si no hubiéramos de comulgar mas que una vez en la vida , y la empleásemos toda en prepararnos con ejercicios de la mas austera penitencia , con la constante práctica de buenas obras y con perenne y fervorosa oración , aun no seria todo esto sobrado prepararnos para esta sola comunión. Pero ya que tanto no podemos hacer , ¿per qué á lo menos no aplicamos todo fervor en lo poco que hacemos? La tibieza y negligencia con que nos llegamos á la sagrada mesa muestran bastante que no pensamos del modo que debemos , que es Dios el que viene á nosotros. Aunque empleásemos todas las fuerzas de nuestra alma , toda la aplicacion de nuestro espíritu y toda la ternura de nuestro corazón , no deberíamos acercarnos á tan sacrosantos misterios sin un santo temor , considerando nuestra indignidad. ¿Cuánto será , pues , nuestro atrevimiento si nos acercamos á la sagrada mesa con espíritu disipado , con las potencias distraídas y con el corazón repartido? No sea así , amados míos. Antes de comulgar recojamos nuestro espíritu , nuestros sentidos y potencias para ocuparnos solo de la grandeza del Señor que viene á nosotros. Y si nuestra preparacion no es tanta como la que acostumbra un san Francisco de Borja , á lo menos que se le asemeje en lo devota y fervorosa , para que recibiendo dignamente la santa comunión , sea para nosotros prenda segura de la gloria.

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes : tened á bien que un hermano vuestro os « haga recuerdo de aquello que nos dice el santo concilio de Trento : « *Nullum aliud opus adeo sanctum ac divinum , quam tremendum sacrificium , quo vivifica Hostia in altari immolatur.* De aquí resuelven los « autores nada severos , que una misa que se celebra en menos que un « cuarto de hora , aunque sea de Requiem ó votiva de la Virgen , hace á quien la dice reo de pecado mortal , y tambien á los superiores « y rectores que permiten se celebre en sus iglesias con tanta precipitacion. ¿Qué menos podrémos emplear en la celebracion de una misa que un tercio de hora ? Este es el tiempo mas breve que han pre-

«fijado los Sumos Pontífices, los Obispos, los sagrados cánones, la congregacion de Ritos, los rubriquistas y teólogos. Tomamos, pues, «y no hagamos tal, que se diga de nosotros : *Qui missam præcipitat, in infernum præcipitat.*»

JACULATORIAS.

¡Ay Jesús mio! me estremezco al pensar cuántas veces me he llegado á vuestra mesa sin las disposiciones necesarias para un convite tan magnífico y sagrado.

Tomaré en adelante, Salvador mio, el consejo del Apóstol, y me probaré á mí mismo para no comer indignamente vuestro cuerpo sacratísimo.

No permitais, Jesús mio, que como otro Judas vuelva yo á tragarme mi condenacion, comulgando indignamente; y perdonadme las veces que he cometido este atentado, y del que arrepentido os digo que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre cumplir la penitencia.

Ejercitantes : una de las funestas equivocaciones que padecen los cristianos en orden á su salvacion es, que despues de cometido y confesado el pecado, presumen satisfacer á la justicia de Dios con penitencias muy ligeras, y aun estas á las veces mal cumplidas. Si así fuese como piensan, no seria tan sensible para nosotros la ofensa que hicimos á Dios con nuestras culpas. Si bastase para reconciliarnos con su Majestad el propósito de mudar de vida sin tener que satisfacer por los desórdenes pasados, no nos pareceria áspero el camino que lleva al cielo. Pero esto es un error que lleva á muchos al infierno, y que está claramente condenado por la santa Iglesia. Es de fe que la satisfaccion es parte del sacramento de la Penitencia, y que el propósito de satisfacer por los pecados es esencial para obtener el perdon de ellos, y que su cumplimiento es medio necesario para alcanzar el perdon de las penas temporales que merecen. Y sin embargo se ven con frecuencia penitentes que se excusan de admitir las ligeras penitencias que les impone el confesor : otros que las reciben sin ánimo de cumplirlas, y otros que hicieron el ánimo, pero las cumplen tarde, ó nunca las cumplen. ¿ Creerán estos poder ir al cielo sin hacer la penitencia ? Esto es imposible. ¿ Pensarán que solo

con confesarse aseguran su salvacion? Esto es un error manifiesto. Dios perdonó á nuestros primeros padres el pecado de inobediencia ; y no obstante esto los condenó á padecer duras penas por toda su vida. Si no fuera necesaria la satisfaccion, ¿por qué David, despues de perdonado, lloró sus pecados en ceniza y en cilicio? ¿Por qué san Pedro, san Pablo y todos los Santos que fueron pecadores hicieron lo mismo? No por otra cosa, sino porque despues de perdonada la culpa es indispensable satisfacer con penitencias la injuria que se hizo á Dios, y satisfacer con proporcion á la gravedad del pecado cometido. Es decir, que si, por ejemplo, fue grande el gusto que tuvisteis en amontonar riquezas con injusticias, grande debe ser tambien el disgusto de repartirlas en los pobres : si fue grande el placer que sentisteis en vuestros torpes desahogos, grande debe ser el disgusto que deis á vuestra carne con el ayuno y mortificacion de los sentidos. Asombra solo el leer las ásperas y largas penitencias que al principio de la cristiandad se imponian á los pecadores arrepentidos. Pero por desgracia nuestra se enfrió aquel primer fervor del Cristianismo ; y la santa Iglesia, no pudiendo dispensarnos de toda penitencia, sustituyó á las primeras otras muy ligeras, que ahora imponen los confesores ; y aun estas que se dan por pecados enormísimos, las rehusan muchos penitentes.

Pecadores, ¿qué juicio haceis vosotros de vuestros pecados y de lo ligero de las penitencias que se os dan por la gravedad de ellos? ¡ Ah! bien lo dan á entender los Padres del concilio Tridentino, cuando hablando con los confesores les dice : « Es necesario que mantengais firmes á los penitentes en el propósito que tienen de no volver á pecar. Y para esto no hay remedio mas adecuado, que el de imponerles severas penitencias. Porque si confesando enormes culpas se levantan de vuestros piés con la ligera carga de la mas fácil penitencia, ¿qué idea formarán de su gravedad? La misma facilidad que encontrarán en llevar tal pena, ¿no los inducirá á recaer en la culpa? » Por esto, amados míos, yo tambien opino que luego que experimentais que es poco ó nada costosa la penitencia que os imponen por vuestras culpas, os tomáis la licencia de reincidir en ellas. Este era el mismo parecer de santo Tomás de Villanueva y de san Carlos Borromeo : veían las frecuentes recaídas ; conocían que la causa de ellas era la suavidad de las penitencias ; y deseosos de remediar tanto mal, declamaron contra tan pernicioso engaño. Y de la misma manera se podia declamar en estos tiempos, al ver tantos cristianos delicados que repugnan tomar otra penitencia

que la que sea de su gusto. Es preciso decir, ó que ellos se engañan, ó que se engañaron los santos Padres y los penitentes de los diez primeros siglos de la Iglesia.

Si fuese acertada la opinion y conducta de tales penitentes flojos, podríamos decir á los de la antigüedad tan mortificados : « ¿ Por qué pasásteis vuestra vida separados del comercio del mundo, privados de los placeres mas inocentes, entre lágrimas, ayunos, vigili-
«lias y continua mortificacion de los sentidos? ¿ Qué necesidad teníais de esto para satisfacer á Dios por vuestras culpas? Nosotros
«somos mas advertidos y prudentes ; pues sin tantas privaciones,
«solo con algunas oraciones bien ó mal rezadas, ó pocos y ligeros
«ayunos, juzgamos satisfecha la divina justicia, y confiamos de llegar al cielo por el camino ancho y apacible. » Mas ¡ ay ! pecadores : no se engañaron aquellos ; vosotros sí que os engaíais. Porque decidme : ¿ qué significa esta palabra *penitente*? San Isidoro dice que por ella se denota al hombre que tiene pena. Pregunto yo : ¿ y qué pena teneis vosotros? ¿ Puede llamarse pena, por ejemplo, para los que sois avaros, ó iracundos, ó lujuriosos, unas pocas oraciones ó ligeros rezos? No, amados míos : el avaro tendrá pena y será penitente, restituyendo lo mal adquirido y haciendo limosnas proporcionadas á sus haberes : el iracundo será penitente, si mortifica su orgullo con obras de humillacion : el deshonesto tendrá pena y será penitente, ayunando, mortificando su carne, su vista y demás sentidos, y no de otra suerte.

Por último, ejercitantes, voy á desengaíaros de otro error en que frecuentemente incurren los penitentes á medias ó de solo nombre. Sabeis que la penitencia es de dos maneras : una satisfactoria, y otra medicinal. La satisfactoria es la que impone el confesor por el pecado cometido ; y la medicinal es la que se manda practicar para no volver al pecado. En la primera cabe alguna prudente condescendencia. Así lo practica la santa Iglesia, moderando el rigor de la antigua disciplina en consideracion de nuestra flojedad y tibieza. Pero estad entendidos de que en las penitencias medicinales no hay arbitrio en el confesor para la indulgencia. Es indispensable que os apartéis de las ocasiones de pecar, y que os ejerciteis en la práctica de las virtudes opuestas á vuestros vicios ; y para esto las manda el confesor. ¿ Acaso podrá darse un medicamento que él solo cure todos los males del cuerpo así grandes como chicos? No lo hay. ¿ Y querrán los pecadores blandos y afeminados, que para curarse de gravísimas culpas sea suficiente una penitencia de partes de Rosario ó ligeras devocio-

nes? ¡Oh ilusion, y cuántos tienes en el infierno! Concluyamos, hermanos míos. Ya desde esta noche para en adelante quedais advertidos de que no hay excusa para dejar de hacer penitencia. Procurad dar satisfaccion á Dios de vuestras culpas, del mejor modo que os sea posible, con penitencia satisfactoria y medicinal: recibid con buen ánimo la que os mande el confesor; cumplidla sin dilacion y con exactitud, y nunca olvideis que sin penitencia no hay perdon de los pecados; sin perdon de los pecados no hay gracia, y sin gracia no puede haber gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOSEXTO.

LECCION.

De la Extremauncion.

P. ¿Qué es la Extremauncion?

R. Es un Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo, que da gracia á los enfermos para resistir á las tentaciones del demonio, que á la hora de la muerte son mas violentas que nunca, para llevar con paciencia las incomodidades de la enfermedad, para vencer las inclinaciones á lo malo, que son las reliquias que deja el pecado en el alma, y tambien para obtener la salud del cuerpo si conviene.

P. ¿Á quién se da este Sacramento?

R. Solo á los enfermos que se hallan en peligro próximo de morir, si han llegado al uso de la razon.

P. ¿Cuándo se ha de administrar al enfermo?

R. Si puede ser, antes que pierda sus potencias y sentidos, para que sepa lo que recibe, y pueda pedir á Dios juntamente con el sacerdote que logre su alma los saludables efectos del Sacramento.

P. ¿Qué debe hacer el enfermo despues de recibida la Extremauncion?

R. Debe desprenderse de todos los pensamientos terrenos, recoger sus potencias y sentidos, y pensar solo en la muerte y en la eternidad. Y por esto conviene tener hecho en tiempo de salud el testamento, ó á lo menos antes de recibir el Viático, para no tener en aquella hora otra cosa á que atender sino al negocio de su alma. Y por esta misma razon los de la familia no deben inquietarle con demandas y preguntas, ni de modo alguno que pueda alterar su sosiego.

Doctrina del Orden sacerdotal.

Así como en lo temporal siempre hay superiores que nos gobiernan y velen sobre nuestro bienestar; así hay y habrá siempre en lo espiritual pastores y ministros que gobiernen y dirijan nuestras

almas, por mas que la malicia del demonio y de los hombres se empeñe en acabarlos. Así lo aseguró á san Pedro Nuestro Señor Jesucristo diciéndole : «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré «mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra «ella.» Y en virtud de esta palabra del Salvador, desde san Pedro hasta hoy no han faltado, ni hasta el fin del mundo faltarán papas, obispos, curas y sacerdotes que gobiernen la Iglesia, y dirijan las almas que la componen. Y para esto Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento del Orden sacerdotal.

P. ¿Qué efecto causa este Sacramento?

R. Da potestad al que lo recibe para ejercer las funciones propias del orden que ha recibido : le da gracia para practicarlas con bendicion y provecho espiritual ; y estampa en su alma un carácter ó señal indeleble que le distingue del resto de los demás hombres.

La dignidad del sacerdote y el alto ministerio á que está destinado exigen de nosotros que le prestemos una reverente estimacion. Son los sacerdotes unos ministros de Jesucristo que cada día lo hacen bajar á sus manos para nuestro consuelo. Ellos nos enseñan los caminos de nuestra salvacion, nos dan á comer el cuerpo de Jesucristo, y adornan y nutren nuestras almas con los santos Sacramentos. El Espíritu Santo nos dice por el Eclesiástico : «Con toda tu «alma teme á Dios, y reverencia á los sacerdotes.» Y en otra parte nos encarga que con todas nuestras fuerzas amemos al Señor que nos crió, y no despreciemos á sus ministros.

Doctrina sobre el templo.

Aquí parece bien digamos algo acerca de estas santas bóvedas que nos cubren ; esto es, acerca del respeto y veneracion que debemos al santo templo, que es la casa de Dios. Porque es consiguiente que siendo su Majestad tan celoso del respeto debido á sus ministros, lo sea tambien del que se merece su casa. Esto nos lo manifestó claramente nuestro Salvador, cuando entrando en el templo de Jerusalem, que solo era figura del nuestro, y viéndolo profanado por los que vendian y compraban los animales para el sacrificio, derribó sus mesas, y con un látigo los echó del templo, increpándoles porque habian hecho de la casa del Señor una cueva de ladrones.

P. ¿Por qué debemos tener tanto respeto y veneracion al templo?

R. Porque es palacio en donde reside el Rey de tremenda majestad Nuestro Señor Jesucristo, y en donde quiere que principalmente se le dé adoracion. Debemos venir á este santo lugar con toda modestia y reverencia, á comunicar con el Señor nuestros trabajos y necesidades, á pedirle el socorro que hemos menester, á implorar el perdon de nuestros pecados, y á darle gracias por los beneficios recibidos.

P. ¿Con qué respeto debemos estar en el templo?

R. Con el que no estamos. En el templo habíamos de estar con el respeto que están los Ángeles en el cielo ante la sacratísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo; la misma que con su Divinidad real y verdaderamente tenemos presente en el santísimo Sacramento del altar. Y nosotros ¿cómo estamos? ¡Ah! mejor está un criado delante de su amo, sin embargo de ser tan corta la diferencia entre los dos. Aun diré mas para vergüenza y confusion nuestra. Mas reverente que estamos nosotros en el templo de Dios, está un moro ó un turco en sus mezquitas; pues ni aun á escupir se atreven delante la canilla de Mahoma, hombre el mas infame y perverso.

Si os parece que exagero, preguntadlo á vuestros ojos, ó que lo digan esos confesonarios en que tantos irreverentes se apoyan, y aun algunos tienen el atrevimiento de sentarse en la silla del confesor. Que lo digan esos altares en que tantos se recuestan, ó dejan los sombreros sobre la sagrada mesa en que se come el Cordero de Dios. Indecencia es esta que ni la hacemos, ni permitimos en nuestra mesa doméstica, cuando ya está preparada para comer. Diganlo esos bancos que frecuentemente crujen con el peso de conversaciones impertinentes y negras murmuraciones. Decidlo Vos, Jesús mio, que tan insultado sois en vuestra propia casa con el mal pensamiento detenido, con la mirada profana, y con tantas ridículas genuflexiones que se hacen al pasar por delante de vuestra Majestad: de este modo mismo os mofaban los sayones en la noche de vuestra pasion dolorosa.

Ejercitantes: al templo debemos venir á hablar solo con Jesucristo y adorar con humildad á Jesucristo. El templo debe respetarse, aun por la parte de afuera, como casa que es de Dios. Esto debeis enseñar con el ejemplo á vuestros hijos: avivemos nuestra fe. La Majestad que reside en el templo es el mismo Jesucristo que reina en el cielo: respetémosle en su palacio terrenal para merecer ser admitidos en el de su eterna gloria. Amen.

EjemPlo.

Guillermo Rufin, joven estudiante, cuya vida debe servir de modelo á la juventud cristiana, hallaba su mayor placer en ayudar muchas misas; y lo hacia con una piedad tan edificante y con un fervor tan angelical, que no se le podia mirar sin sentirse movido á la piedad. Su mira principal era dar á menudo á Dios nuestro Señor un honor infinito, ofreciéndole en cada misa el cuerpo y sangre de su divino Hijo; y se puede decir que por este santo ejercicio obtuvo de Dios tantas gracias, que le elevaron á un grado muy alto de perfeccion. Hacedlo así tambien, ejercitantes, imitad á ese buen joven; estad atentos, devotos y recogidos en el santo templo, que es casa de oracion y puerta del cielo; asistid con frecuencia á la santa misa, y ofrecedla al eterno Padre con esta misma intencion, y veréis qué gracias tan grandes alcanzaréis corporales y espirituales, temporales y eternas.

MEDITACION.

Sobre la devocion á Maria santisima.

Ejercitante, considera con el mayor sentimiento que los herejes dicen que la devocion á la santísima Virgen María es pura supersticion. Los impíos dicen que es un engaño, y los críticos á la moda le llaman indiscrecion. Pero nosotros la profesamos y conservamos como establecida sobre la piedra fundamental que es Cristo, y no será movida por los vientos de la contradiccion, ni por las ondas de la impiedad que la combaten. La conformidad de todos los fieles que á porfia veneran á la santísima Virgen bajo de tantos títulos, que ponen toda confianza en su proteccion, y recurren á esta soberana Señora por el socorro en las necesidades; el consentimiento unánime de todos los santos Padres que le dan tan grandes elogios; el constante y fervoroso celo de la santa Iglesia por aumentar esta devocion en sus hijos, dándole culto particular, celebrando todos sus misterios, instituyendo fiestas, edificando templos, y estableciendo tantos Institutos de religiosos que se dedican particularmente al servicio de Nuestra Señora; todo esto y la multitud de milagros que obra Dios en favor de los devotos de su santísima Madre, son pruebas irrefragables de la excelencia de esta devocion. Cualquiera que así no lo crea, será ciego, obstinado y hereje. Pero debemos

entender que la verdadera devocion á María santísima no consiste en meras exterioridades, sino en imitar sus virtudes, y particularmente las tres principalísimas que son, la pureza, la humildad y el amor á su Hijo. Esta Señora es la mas pura de todas las criaturas, y no puede sufrir un corazon impuro. Por su grandísima humildad fue elevada á la dignidad de Madre de Dios; y gusta mas de un pecador humilde y contrito, que de otro soberbio aunque tenga menos pecados. Ama á su Hijo mas que á sí misma; y todo lo que hace en nuestro favor es para encender mas en nuestros corazones el amor á su Hijo. Si no correspondemos á los deseos de la santísima Virgen María, no serémos verdaderos devotos suyos, ni alcanzaremos lo que le pidamos.

Considera, ejercitante, que la devocion á la Virgen María es una de las señales mas ciertas de predestinacion. Pero advierte, para que no te engañes á tí mismo, que esta devocion puede ser falsa, ó vana, ó imperfecta. Es falsa la devocion, cuando se aclama y honra á la Virgen con los labios, y al mismo tiempo se la ultraja en el corazon. Esto hace quien pretende obsequiarla, y pecando agravia á su Hijo. Será vana tu devocion, si crees que la Virgen te salvará aunque tú no hagas de tu parte lo que puedas. Y será tu devocion imperfecta, perniciosa é inútil, si te sirves de ella para perseverar en el pecado con la confianza de que la Virgen te alcanzará el perdón; porque esto seria lo mismo que hacerla cómplice en tus pecados. Si tu devocion fuese alguna de estas, no digas que eres verdadero devoto de María. Porque ¿cómo podrás serlo, si eres devoto del mundo y del demonio? ¿Cómo podrás tenerte por devoto de María, si eres enemigo de su Hijo, y no quieres reconciliarte con él? ¿Cómo serás verdadero devoto de María, si amas los vicios que mas aborrece la Virgen? No estés en esta falsa creencia; porque si es verdad que ella es el consuelo y refugio de los pecadores arrepentidos, no lo es ni puede serlo de los pecadores que por mantenerse en el pecado son enemigos de su Hijo.

Ahora, ejercitante, quiero que vuelvas tu consideracion á los beneficios que te ha dispensado el Señor desde que pusiste el pié en este mundo, y señaladamente al que ahora estás disfrutando por haberte traído á esta santa casa en la que te se enseñan los caminos que llevan al cielo, para que entres en ellos y los sigas con fervoroso empeño. En ella y por medio de los santos ejercicios has concebido horror al pecado; tu alma se ha curado de las dolencias del vicio, ó se ha fortalecido en la práctica de las virtudes; te se ha

« **dado , ó se tiene preparada para cuando tú quieras comerla , la carne y sangre del Cordero de Dios ; y en cuanto está de parte del Señor , te se han proporcionado todos los medios de salvacion . Por todo debes estarle muy agradecido y rendirle las mas reverentes gracias . ¿ Y por qué conducto te ha dispensado Dios tan señalados favores ? Dí , y dílo á boca llena , que por la mediacion de la santísima Virgen María , á la que elegimos por protectora de los santos ejercicios . Sí , no lo dudes ; porque no hay otro canal por donde bajen á nosotros los favores del cielo , si no es María . Por tanto , amados mios , despues de dar gracias á Jesucristo debemos darlas tambien á su purísima Madre , y tributarle todos los afectos de nuestro corazon . Si le tenemos verdadera devocion , no tengamos miedo á todo el infierno junto . Porque cuando Jesús nos la dejó por Madre nuestra , le dió todo poder para librarnos de los peligros y socorrernos en todas nuestras necesidades . Y por eso dice san Buenaventura que María todo lo puede con su Hijo , y que cuanto pide la Madre le concede el Hijo . No ofendamos al Señor , seamos devotos verdaderos de María santísima , y podremos tener por segura nuestra salvacion .**

Para sacerdotes.

« **Es cosa bien observada que una madre regularmente muestra mas benevolencia que á otro alguno á los sirvientes que se alimentan á expensas de su hijo . Venerables sacerdotes , ¡ con cuánta mas razon podremos nosotros prometernos la benevolencia de nuestra Señora la Virgen María , porque somos ministros de su Hijo , vemos su librea , y no solo comemos todos los dias á su mesa , sino que nos alimentamos con su carne y bebemos su sangre ! Y por esto la Virgen es abogada especial de los sacerdotes , sus devotos verdaderos . Hagámonos cada dia mas dignos de su predileccion imitando sus virtudes . Seamos humildes y fervorosos en el servicio de Dios como María ; benignos con nuestros prójimos y sufridos en los trabajos como María ; abstraídos del bullicio del mundo como María , y sobre todo puros y continentes como María . Esta Señora es una perfecta copia de la santidad de su Hijo ; y si nosotros imitamos las virtudes de María , podremos decir que tambien somos imitadores de su Hijo Jesucristo . »**

JACULATORIAS.

¡ Oh Virgen y Madre de Dios ! ¿ Quién no querrá ser verdadero

devoto vuestro, diciendo Vos que el que os encuentre hallará la vida, y beberá del Señor la salud?

Haced para mi consuelo, Madre mia, que por vuestra devocion experimente yo en mí lo que dice vuestro siervo san Bernardo: *Todo quiso que lo tuviésemos por María, el que quiso darnos á su Hijo por María.*

¡Jesús y Salvador nuestro! por el amor que teneis á vuestra Madre, y madre nuestra, concedednos el perdon de nuestros pecados, que ya los detestamos de todo corazon, y decimos que nos pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el cumplimiento de parroquia.

Ejercitantes : nos refiere san Juan en el Evangelio de hoy que un dia, cerca ya de la Pascua, salió nuestro Salvador al desierto ; y subiendo con sus discípulos á un monte, viendo una multitud de gentes que le habian seguido, compadecido el Señor preguntó á los Apóstoles de dónde comprarían pan para que comiese aquella gente. Y diciéndole que allí no habia mas que cinco panes de cebada y dos peces que tenia un muchacho, hizo que se los trajesen, los bendijo, y mandó á sus discípulos que de lo uno y de lo otro diesen á comer á la turba, que se componia de cerca cinco mil personas. Y despues de haber comido todos cuanto quisieron, se llenaron doce canastos de los pedazos que sobraron. Ved, amados mios, en esta comida milagrosa que Jesucristo dió en el desierto á las tropas que le habian seguido, una figura del banquete de la sagrada Eucaristía, con que el Señor por un milagro mas estupendo alimenta nuestras almas en el desierto de esta vida mortal. Y así como la santa Iglesia desde que entró el tiempo saludable de Cuaresma os está convidando á todos para que vengais á participar de este divino banquete ; así tambien la proximidad de la Pascua me convida á mí para que os amoneste á vosotros y os diga que ya es hora de que os vayais preparando para la santa comunión pascual, en la que consiste el cumplimiento de parroquia.

Uno de los mandamientos de la santa madre Iglesia es que confesemos á lo menos una vez en el año, ó antes si nos vemos en peligro de muerte ó hemos de comulgar. Este precepto obliga á todos los fieles de uno y otro sexo luego que llegan al uso de la razon. Y la misma Iglesia nos obliga por otro precepto á comulgar por Pas-

cua florida, que es la Pascua de Resurreccion. Nos manda confesar á lo menos una vez en el año ; y en estas palabras *á lo menos* nos da á entender que desea nos confesemos con mas frecuencia. Y con razon ; porque sabemos por experiencia que los que rara vez confiesan, tienen costumbres poco ó nada ajustadas á los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Esta confesion anual debe hacerse con el propio párroco, ó con otro sacerdote aprobado por el obispo. No ha determinado la Iglesia en qué tiempo del año ha de hacerse esta confesion ; pero en cualquiera tiempo que se haga, debe repetirse si sobreviene peligro de muerte y siempre que se haya de comulgar. Y ved aquí como el precepto que nos obliga á comulgar por la Pascua lleva tambien expresa la obligacion de confesar. De lo que se infiere claramente que aquellos que no confiesan ni comulgan en todo el año, no cumplen con la confesion anual ni con la comunión por la Pascua. Se infiere tambien que los que con una sola confesion y comunión quieren cumplir con los dos preceptos en el tiempo de Cuaresma, deben prepararse con anticipacion para que su confesion no sea nula, ni sacrilega su comunión. Y esta es la razon por que la santa Iglesia ha ordenado que al cumplimiento de la comunión pascual precedan los cuarenta dias de ayuno. Por no hacerlo así y por contentarse muchos para satisfacer al precepto con sola una confesion, y esa sin preparacion, sin exámen, y mas bien forzada por respetos humanos que voluntaria, se ven tan pocos penitentes verdaderos, y tan multiplicados los horrendos sacrilegios.

En la primitiva Iglesia todos los fieles que asistian al santo sacrificio de la misa comulgaban con el sacerdote. Y cuando se aumentó el número de los cristianos y se hizo imposible esta práctica, la misma Iglesia limitó el precepto de comulgar á solo los domingos. Pero habiéndose enfriado el fervor de los cristianos, vinieron á separarse enteramente de la comunión. Y la santa Iglesia se vió precisada á mandar que comulgasen tres veces en el año, á saber, en la Pascua de Resurreccion, en la del Espíritu Santo, y en la de la Natividad del Señor. Y despues de esto vinieron tiempos tan deplorables al Cristianismo, que estas tres comuniones se redujeron á una sola en el año. Entonces la Iglesia, para que no parase en un total abandono la negligencia de sus hijos, hizo la ley que obliga á todos los fieles á comulgar por Pascua de Resurreccion, bajo la pena de ser privados durante su vida de entrar en la iglesia, y de sepultura eclesiástica despues de su muerte. Y esta comunión pascual debe recibirse en la iglesia parroquial en donde cada uno habita ; y sin

licencia del propio párroco no se cumple con el precepto en otra iglesia.

Ejercitantes : y esta sola comunión en nuestros días ¿en qué ha venido á parar? ¡Oh tiempos infelices! ¡oh costumbres depravadas! Ha venido á parar en que muchísimos de los cristianos no solo pasan todo el año sin comulgar, sino tambien toda la Cuaresma y todo el tiempo pascual. Ha venido á parar en que los párrocos tienen el trabajo de buscarlos, amonestarlos y reprenderlos, con escándalo de los buenos. Ha venido á parar en que con irrisión de los infieles mismos los Obispos se ven obligados á excomulgarlos, y separarlos del gremio de la santa Iglesia. Ha venido á parar en que es tanta la desvergüenza de algunos, que por no dejar sus vicios y malas costumbres se valen de mil trampas y ardides para no cumplir con el precepto, y pasan años y años sin acercarse á los sacramentos de la Confesion y Comunion. ¡Infelices hombres! Pagarán en esta vida su mala conducta con trabajos que les enviará Dios, con la infamia y la deshonra ; y en la otra con penas y eterno fuego.

La santa Iglesia no solo manda que se reciban los sacramentos de Confesion y Comunion por la Pascua, sino tambien quiere y manda que se reciban bien. Bajo esta regla, todos los que confiesan mal y comulgan indignamente, podrán lograr con engaño que en las matrículas de la parroquia pasen por cumplidos con el precepto ; pero en los padrones que se presentarán en el tribunal de Jesucristo aparecerán sus motes con la falta del cumplimiento del precepto pascual, y serán condenados á los tormentos eternos del infierno. Por tanto, amados ejercitantes, si acaso algunos os hallais actualmente indispuestos para acercaros á la santa comunión, os encargo que por las entrañas de Jesucristo no os descuideis mas en prepararos por medio de una confesion bien hecha ; porque esto pide algun tiempo, y el de cumplir con la parroquia se va pasando sin sentir. Y pues que en la doctrina de ayer os instruí de las diligencias que debéis hacer para acercaros dignamente á la mesa del altar, concluyo con encargaros que siendo la principal preparacion el confesarse bien, os pongais en manos de un prudente confesor, obedezcais sus mandatos, y procureis con su ayuda hacer una confesion tal, que os haga dignos de comulgar aquí á Jesucristo, y de gozarle despues en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

LECCION.

De la santa misa.

Ejercitantes : en la explicacion de los Mandamientos os dije que acerca de santificar las fiestas y oir la misa os hablaria con mas extension en leccion particular. Ya se os dijo que en los domingos y fiestas de precepto debemos cesar en todo trabajo corporal y ejercicio mecánico, y emplearnos en obras de piedad y religion, como es oir los sermones, asistir á la explicacion de la doctrina cristiana, al santo Rosario, al ejercicio del Via Crucis, á la lectura de algun libro devoto, tener un rato de oracion, enseñar á otros la doctrina cristiana, y visitar enfermos y encarcelados.

P. ¿Y absolutamente no podrémos en esos dias de precepto ocuparnos en trabajo alguno corporal?

R. He dicho que uno de los modos de santificar las fiestas es emplearnos en obras de caridad. Y siendo otra de ellas vestir al desnudo y socorrer las necesidades del prójimo; santificaria bien estos dias el que se ocupase en tejer ó coser de limosna para vestir al desnudo, ó haciendo hilas para los enfermos del santo hospital, ó en cualquier otro trabajo que redunde en favor del pobre necesitado.

P. ¿Hay expresamente determinada alguna cosa que debemos hacer bajo de pecado para cumplir bien con este precepto de santificar las fiestas?

R. Sí : la santa Iglesia ha determinado y manda que todo cristiano que haya llegado al uso de la razon oiga misa entera todos los domingos y fiestas de precepto, por ser la santa misa el acto de religion mas recomendable : sin perjuicio de ocuparse, como se ha dicho, en otros de piedad y caridad.

P. Y alguna vez oyendo misa ¿se podrá hacer algun trabajo corporal?

R. Sí : cuando la necesidad es verdadera, y si por no hacer aquel trabajo ha de seguirse algun grave perjuicio. En este caso se podrá trabajar el tiempo necesario con la correspondiente licencia.

P. ¿A quién ha de pedirse esta licencia?

R. El prelado eclesiástico, el cura ó quien haga sus veces puede darla y ningun otro. Con la inteligencia, de que si se alega causa falsa, la licencia no vale, y pecará el que con ella trabaje ó haga trabajar; porque la Iglesia no protege el fraude.

P. Y el que trabaja sin necesidad ¿qué pecado hace?

R. Si trabaja poco tiempo hará pecado venial; pero pecará mortalmente si trabaja tiempo considerable. Esto queda á juicio del prudente confesor.

P. ¿Qué cosa es misa?

R. Es un sacrificio que se hace á Dios del cuerpo y sangre de su Hijo.

P. ¿Para qué se hace á Dios este sacrificio?

R. Para pedirle gracias, ó en reconocimiento de los beneficios que nos ha dispensado, y tambien para satisfacerle por nuestros pecados.

P. ¿A quién aprovecha la misa?

R. A los que estamos en el mundo y á las almas del purgatorio.

P. ¿Quién cumple con el precepto de oír misa?

R. Quien asiste á toda ella sin distraccion voluntaria.

P. ¿Qué debe hacer el que la oyó voluntariamente distraído?

R. Debe oír otra misa si la hubiese.

P. ¿Hay alguna causa que excuse de oír misa en día de precepto?

R. Sí: está excusado de oír misa el que no puede hacerlo por estar enfermo ó encarcelado, ó de otro modo impedido. Tambien lo está el que asiste á un enfermo que está de cuidado, y no hay á quien dejarlo encargado. Tambien las madres que no tienen quien cuide de sus niños durante la misa. Y el pastor y casero que no tiene á quien encargar el ganado y la custodia de la casa.

Para animaros á oír misa con devocion, y si puede ser todos los dias, concluirémos esta leccion poniendo á vuestra consideracion algunos dichos de santos Padres sobre la excelencia de la misa.

San Agustin dice: que el que oye misa con devocion, si muriese en aquel dia sin Sacramentos, se reputa como si los hubiese recibido. Y que los pasos que se dan yendo á misa, los escribe el santo Ángel de guarda en descargo del que los da.

San Bernardo dice: El que oye misa con devocion y sin tener pecado mortal, merece tanto como si peregrinara á todos los Lugares de la Tierra Santa.

San Anselmo dice: Vale mas una misa dicha ú oída en vida; que

muchas despues de muerto ; y particularmente si se dice ú oye en remision de los pecados.

San Gregorio dice : Por cada misa que se celebra, se convierte un infiel , sale un alma del purgatorio, y un justo es confirmado en gracia.

San Jerónimo es de sentir que las almas del purgatorio por quienes el sacerdote acostumbra rogar, no tienen tormento alguno de sus penas mientras se celebra la misa.

San Antonino de Florencia dice : que al que oye misa con devocion, Dios le guarda de desgracias y mala muerte.

San Lorenzo Justiniano dice : que el santo sacrificio de la misa es mas agradable á Dios que todos los méritos de los Ángeles. Y que no se puede hacer cosa de mas gusto del Señor y de su santísima Madre, que ofrecer en su nombre la misa. Y dice tambien, que á las almas del purgatorio les sirve de mas satisfaccion una misa, que cuantas otras buenas obras se ofrezcan por ellas.

El venerable Beda dice : que la mujer que oye misa, ó la hiciere celebrar en el dia de su parto, lo tendrá feliz.

Y por último el citado san Gregorio dice : que todas las veces que una mujer hacia celebrar una misa por su marido que estaba cautivo, se deshacian las cadenas con que estaba amarrado, como él mismo refirió despues de su rescate. Si así deshace las prisiones del cuerpo, añade el Santo, mejor deshará las prisiones del alma.

Concluyo con advertiros que durante la misa que oís podréis rezar el santo Rosario ó Corona de Nuestra Señora, ú otras oraciones compuestas á este fin. Pero será lo mejor meditar en la pasion de Nuestro Señor Jesucristo que se representa en la misa. El Señor nos dé gracia para que con tal devocion oigamos la misa, que logremos sus frutos en esta vida y en la otra. Amen.

EJEMPLO.

Al principio de este siglo se vió en la parroquia de Roybon, cerca de San Marcelino, obispado de Grenoble en Francia, una familia de labradores, cuyo jefe dió las mas grandes pruebas de santidad y perfeccion. Una de las cosas en que mas se distinguia, era la constancia, fervor y devocion con que asistia al santo sacrificio de la misa, no obstante la distancia en que vivia, la edad que tenia, los achaques de que adolecia, y, lo que es mas, el tiempo y lugar en que moraba, en Francia, que todos sabemos cómo estaba la piedad

en aquel reino al principio de este siglo; no obstante Antonio Ginnien, que así se llamaba, aunque apartado de la iglesia una hora de camino, no dejaba de llegar á ella de los primeros para asistir á todos los ejercicios religiosos, y sobre todo á la misa parroquial, que en este lugar se dice muy de mañana. No faltaba á ella ningun dia de Cuaresma y fiesta de precepto y aun de devocion. En los últimos años de su vida no podia ir en invierno á causa de sus enfermedades y dolor de piernas; mas desde la Pascua hasta la fiesta de Todos los Santos, tiempo en que mejoraba, se levantaba antes de las dos de la madrugada, y se marchaba apoyado en dos palos á la iglesia, á donde llegaba á tiempo despues de haber empleado algunas tres horas en el viaje por la grande dificultad con que tenia que andar. Este fervoroso cristiano murió á últimos de diciembre del año 1809 á la edad de setenta y cinco años. ¡Qué confusion tan grande sufrirán en el dia del juicio final aquellos cristianos tibios y flojos que por pereza, ó por una pequeña indisposicion dejan la misa, cuando Jesucristo los pondrá en parangon con este labrador, con san Isidro que tambien la oia cada dia, con san Luis rey de Francia que cada dia oia dos!...

MEDITACION.

Sobre no dilatar la penitencia.

Considera, cristiano, que el que dilata su conversion es, dice san Bernardo, ó porque cree que Dios no perdonará sus pecados, ó porque cree que los perdonará. Si tú estás en este caso y crees que no te perdonará, ¿no seria una demencia que multiplicases tus penas multiplicando delitos? Si crees que te perdonará, ¿qué mayor podia ser tu malicia, que tomar ocasion para ofenderle de lo mismo que debia obligarte á mas amarlo? Porque Dios tiene tanta bondad para perdonarte, ¿no has de tener temor de ofenderle? ¿Un hombre, un cristiano, un demonio es capaz de discurrir de esta manera? Ó crees que Dios te dará poco tiempo para que te arrepientas, ó crees que te dará mucho. Si crees que te dará poco, ¿cómo no aprovechas todos los momentos de un tiempo tan breve? Si crees que te dará mucho, ¿de qué mejor modo podrás mostrar tu gratitud que empleando en desenojarle un tiempo que ha negado á tantos y á tí te concede? Ó crees que algun dia te arrepentirás de tus pecados, ó crees que no te arrepentirás. Si crees que no te has de arrepentir, estás desesperado y esta es tu mayor desgracia. Si crees

que te has de arrepentir, ¿por qué al instante no te niegas al gusto de pecar, y de que precisamente te has de arrepentir ó te has de condenar? ¿Cómo puedes tener placer en una accion de que has de tener algun dia sumo dolor?

Considera que no tienes justo motivo para dilatar la penitencia al tiempo que ha de venir, no habiendo seguridad de tenerle. El tiempo que pasó ya no es tuyo, y el que ha de venir puede que tampoco lo sea. Sepas, pues, que este tiempo que Dios te concede de presente, el mismo Jesucristo te dice que es muy corto y se pasa en breve. ¿Por qué no lo empleas bien? ¿Acaso dirás que de aquí á unos dias te convertirás? Pues ¿por qué no lo haces hoy mismo? Tú necesitas de la gracia de Dios para convertirte, y hoy te convida con ella; ¿por qué la desechas? ¿No temes que se canse de esperarte y te abandone? Quanto mas dilates tu conversion, mas multiplicarás los pecados; y quanto mas multipliques los pecados, mas te alejarás de Dios, mas se enfriará tu corazon, y mas se irritará el Señor contra tí. Quanto mas dilates la penitencia, tus pasiones se harán mas violentas, tomarán mas fuerzas tus malas costumbres, te se apagará del todo la luz de la razon, y quedará tu espíritu del todo ciego. ¿Te parece que todo esto podrá hacer fácil tu arrepentimiento el dia que te pareciere? No puedes ahora romper con el pecado, al que estás por decirlo así atado con un hilo, ¿y podrás despues romper quando estarás amarrado á él con una maroma? No te resuelves ahora á salir de un lodazal en que te has entrado hasta las rodillas, ¿y crees poder salir cuando estés metido hasta los ojos? ¿Por qué desde este mismo instante no tomas la resolucion de evitar tu última desgracia con la penitencia? ¡Ay hermano mio! que el corto tiempo de gracia y de salud te se pasa por momentos.

El demonio te dirá: no importa eso, tú te convertirás á la hora de tu muerte. ¡Oh, y qué engaño tan pernicioso! Si lo crees, y esperas para convertirte este último trance, ¿quién te asegura de que entonces tendrás tiempo? Solo Dios puede hacerlo, y Dios te asegura de lo contrario. ¡Qué! ¿no reparas cuántos mueren repentinamente que tenian la misma esperanza que tú? Pues oye lo que te dicen con voz secreta: *hoy nos ha sucedido á nosotros, y mañana puede sucederte á tí*. Ahora pues, tú que tantas seguridades tomas para cosas de poca monta, quando se trata nada menos que de una desgracia ó dicha eterna ¿querrás aventurarla á un *puede ser*? Y aunque estuvieses cierto de que no morirás de repente, ¿te parece que á la hora de la muerte estarás para pensar en tu arrepentimien-

to? ¿Podrás prometerle el sosiego y libertad de espíritu que es preciso tener entonces para aplicarte á una cosa tan difícil? ¡Oh y qué engaño tan fatal! Un hombre agravado por la violencia de la última enfermedad, los sentidos amortecidos, las potencias embargadas por los dolores, y el espíritu afligido por la separacion de todo lo que mas amaba, atormentado con mil objetos funestos, espantado á vista de la eternidad, y temeroso de su futura suerte; este hombre en tal conflicto no está capaz para atender ni aun á las cosas de menos consideracion. Pues ¿cómo podrás tú aplicarte á una cosa tan importante y difícil como es una buena confesion, acompañada de un vivo dolor de los pecados y de un arrepentimiento nacido de lo íntimo del corazon? Un dolor de muelas ó una jaqueca imposibilitan para formar una cuenta de corta numeracion; ¿y querrás tú, pecador malamente confiado, que los dolores de la muerte te dejen libertad para hacer una confesion larga, y para arreglar una cuenta tan escabrosa, cuyo finiquito ha de ser la sentencia de salvacion ó de eterna condenacion? Piénsalo bien, y no te fies.

Para sacerdotes.

«¡Ay mis venerados sacerdotes! Nosotros vivimos en medio de «un mundo tantas veces reprobado por Jesucristo y todo lleno de «corrupcion y malignidad, y somos puestos en él para curarlo y «preservarlo, sin inficionarnos nosotros. Pero ¡con cuánto cuidado «debemos vivir, para que no nos convierta él á nosotros, antes que «nosotros á él! Nosotros por nuestro ministerio somos testigos de «cuántos pecadores, que dejaron su conversion para la hora de la «muerte, perdieron sus esperanzas y la salvacion, por faltarles «aquel tiempo que ellos se prometian. Aprovechémonos de estos «ejemplares, y no abusemos del tiempo, de las luces y de las gracias «que Dios nos concede. Ratifiquemos la palabra que dimos de ser «enteramente y para siempre del Señor, y nunca dejemos de serlo «fiados en el último momento, para que cuando este llegue, el Señor se haga todo de nosotros.»

JACULATORIAS.

¡Oh divino Salvador! haced que si entre mis ejercitantes hay alguno vanamente confiado en el tiempo futuro, se resuelva á una pronta y seria penitencia.

Y si este pecador por quien ruego soy yo, ¡oh Jesús mío! convertíos Vos á mí, y yo me convertiré á Vos.

Agradezco, Padre mío, á la paciencia que habeis usado conmigo, desde este momento me convierto á Vos, diciendo de lo íntimo de mi corazón que me pesa de haberos ofendido; pésame, Señor, de haber pecado.

PLÁTICA.

Sobre no diferir la conversion.

Ejercitantes : veinte y seis dias van ya transcurridos en los que no os he hablado de otra cosa que de pecados, de contrición, de penitencia, de confesion, y de todos los motivos que pueden inducir al pecador á que entre dentro de sí mismo y se resuelva á pensar seriamente en la salvacion de su alma, que es el fin para que Dios nos crió. Y á pesar de esto veo que no corresponde el resultado á mis esperanzas. Lo poco frecuentada que veo la capilla de la comunión para cumplir con el precepto pascual, me da á pensar que habrá muchos que sordos á los llamamientos de Dios quieren andar largas á su conversion. Pecadores, ¿qué es esto? ¿Qué es lo que puede deteneros para no dar este paso del que pende vuestra salvacion? Mas sea lo que se quiera, yo en cumplimiento de mi ministerio vengo esta noche á intimaros de parte de Dios (hablo con los que vais dilatando de dia en dia vuestra conversion), que moriréis en vuestro pecado. Si no os resolvéis á dejar vuestros escándalos, vuestros rencores, vuestras deshonestidades y otros vicios que os detienen, se hará inexorable para vosotros la divina justicia, moriréis en vuestro pecado. El mismo Jesucristo os lo dice con estas formales palabras : « Me buscaréis y no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado. » Ejercitantes : hacedme la justicia de creer que no hablo con todos vosotros ; antes por lo contrario, vuestra incansable asistencia á los santos ejercicios, vuestra atencion y devocion en la mayor parte de vosotros me da las mejores esperanzas de vuestro aprovechamiento espiritual. Pero, amados míos, por el interés que me tomo en vuestro bien, y para que procureis con todo esmero evitar el mal de que ahora quizá estais exentos, voy á demostraros que quien difiere su conversion corre riesgo de morir impenitente.

El mas fino stratagemata de que se vale el demonio para perder á una alma es lisonjearla en esta vida con la esperanza, para des-

pues á la hora de la muerte precipitarla en la desesperacion, haciendo creer al pecador que para él ya no hay esperanza de salvacion. «¿Cómo puede ser, le sugiere, que salgas del laberinto de tantos amores y aficiones desordenadas con que te hallas enredado? ¿Cómo podrá ser que hagas un acto de verdadera contricion para lograr el perdón de tus pecados, teniendo tan irritado á Dios? No tienes que esperar tal cosa.» Y al contrario, en vida le adula con la esperanza de que no solo es posible sino muy fácil en todo tiempo y á cualquier hora la contricion del pecador. Y con este dulce encanto, con esta fantástica imagen de perdón lo engaña, le entretiene hasta la muerte, y al fin lo pierde. Yo soy joven (dice el pecador ya alucinado), y la sangre me hierve en las venas. ¿Cómo será posible que yo deje de seguir ahora las inclinaciones de la juventud? Ahora gozaré la primavera de mis años, y de penitencia trataré cuando venga el invierno de la vejez: ¿acaso no es bastante para salvarme un acto de contricion á la hora de mi muerte?

¡Ah infeliz y mal aconsejado joven! Ven y te hablaré no como predicador, sino como un amigo que te estima de corazón. Ven y dime de buena fe: ¿cómo te atreves á vivir del modo que vives, con la esperanza de llegar á una edad muy avanzada, y que quizá y sin quizá no la verás? ¿Quién te ha dicho que la muerte, que va en tu alcance, no te cogerá en el día menos pensado? Vuelve la vista, hijo mío, no mas que desde estos ejercicios hasta los del año pasado, y verás cuántos jóvenes como tú, y mas jóvenes que tú, que vivían con las mismas esperanzas que tú, están ya pudriendo la tierra. ¿Quién te ha dicho á tí de parte de Dios que tú tendrás larga vida? Y aunque la tuvieras, ¿quién te asegura que morirás con todos los Sacramentos? ¿No has visto ni oído que muchos han muerto de una ejecutiva calentura maligna, de una fina apoplejía, de un letargo que no les permitió confesar, de una caída imprevista, de un golpe de bala ó de piedra que en un momento les cortó el hilo de la vida? ¿Tienes tú algun privilegio para que no experimentes igual desgracia? ¿No sabes que otros jóvenes como tú han sido desgraciadamente muertos cuando se estaban disponiendo para ejecutar la maldad, ó cuando la estaban cometiendo, ó poco despues de haberla hecho? Y si á tí te sucede otro tanto cuando estés maquinando el modo de cumplir tus depravados deseos, cómo lograrás tu venganza, ó triunfarás de aquella inocencia; ó si en el mismo acto de pecar te coge el sueño mortal, ¿qué será de tu pobre alma? Morirás impenitente, y te condenarás. Es muy probable que así te suce-

da ; porque yo leo en las santas Escrituras que el Señor acostumbra quitar la vida á los impíos antes de tiempo. Si abro el libro de los Proverbios, en él leo esta sentencia : « Los años de los impíos «serán abreviados.» Si tomo el libro de Job, él me dice : « El impío perecerá antes que se llenen sus días.» Si repaso el Eclesiástico, allí encuentro : « El que desprecia la correccion, tendrá una vida «cercenada.» Y en el mismo libro : « No vivas mucho tiempo en la «impiedad, porque morirás en el tiempo que no es tuyo.» ¿Y esto no lo hemos visto muchas veces con nuestros propios ojos? ¿Cómo, pues, podrás tu confiar de que no se cumplirán en tí las amenazas del Señor? ¿Cómo te atreverás á continuar en tus desórdenes, y á dejar tu conversion para la vejez? Desengáñate, hermano mio, que es muy probable, por no decir cierto, que Dios te quitará la vida en lo mejor de tus años con muerte repentina ó sin Sacramentos. No te fies en una penitencia incierta que de nada sirve, sino de hacer reir al demonio, viendo cuán fácilmente te ha cogido en la red. Pecador, date prisa á mudar de vida. El infierno se ha conjurado contra tí para perderte con muerte eterna. Yo te aviso que el único medio para salvarte es la pronta conversion á mejor vida. No lo dejes de dia en dia para mañana ; porque en tu misma confianza te asaltarán la muerte. Da de mano al pecado ; emprende la penitencia, y con una confesion bien hecha asegura el perdon de tus pecados, la amistad de Dios, y la esperanza de eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMOCTAVO.

LECCION.

Del Matrimonio.

P. ¿Qué es Matrimonio?

R. Un Sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo que da gracia á los casados para que vivan pacíficamente entre sí, y crien hijos para el cielo.

P. ¿En qué consiste la santidad del Matrimonio?

R. En la gracia que da á los que lo reciben bien, y en que representa la union de Cristo con su esposa la santa Iglesia.

P. ¿Quién puede recibir este Sacramento?

R. Los que tienen la edad que se requiere, y no tienen causa que lo impida.

P. ¿Qué debe preceder al Matrimonio?

R. Los esponsales.

P. ¿Qué son los esponsales?

R. Son aquella palabra ó promesa de matrimonio que los solteros se hacen recíprocamente ante el párroco antes de llevarlo á efecto, con el consentimiento de los padres, siendo de menor edad; y no teniendo padres, con el beneplácito de los abuelos, y á falta de estos, con la inteligencia de la Real justicia. Y esta promesa están los contrayentes obligados á cumplirla bajo pena de pecado mortal, á no ser que se separen de ella de comun consentimiento, ó haya justa causa para no llevar á efecto el matrimonio.

P. Y los que así se prometieron ¿podrán cohabitar en una misma casa?

R. No; y pecan los que así lo hacen: ya por el peligro que hay en esto, ya porque la Iglesia lo prohíbe, y ya por el escándalo que de esto resulta. Y no solo pecan ellos, sino tambien los padres que lo consienten.

P. Pues ¿cómo se han de conducir para tratar de las cosas concernientes á su enlace?

R. Podrán hacerlo por medio de los padres ó por otra persona;

ó cuando mas, en presencia de los padres, ó de los que estén en lugar de padres.

P. ¿Cuándo queda hecho el Matrimonio?

R. Cuando los contrayentes solemnemente se hacen mútua entrega de su persona, y reciben la bendicion del párroco, ó de otro sacerdote con su licencia, y con presencia á lo menos de dos testigos.

P. ¿Qué disposicion se requiere en los contrayentes para recibir bien este Sacramento?

R. Se requiere estar en gracia de Dios, para no hacer un sacrilegio. Y por esto deben ir bien confesados, haciendo esta diligencia antes del dia de su casamiento, para poder remediar con tiempo, si en virtud de la confesion apareciere algun inconveniente ó impedimento.

P. Si este Sacramento da gracia á los casados para vivir pacíficamente entre sí, ¿por qué hay tantos matrimonios malos?

R. No está el defecto de parte del Sacramento, sino en que muchos se casan sin llevar el recto fin para que se instituyó el Matrimonio; pues unos se casan llevados por la codicia de los intereses que logran con tal casamiento; otros solo por satisfacer su brutal pasion, y otros porque los padres por respetos humanos los inducen al matrimonio, sin averiguar las circunstancias del consorte, y sin examinar ni atender á la inclinacion de los hijos. Y de esto resultan despues las discordias entre los casados, el maldecir su casamiento y á quien lo intentó, y una vida rabiosa que es principio del infierno que les aguarda.

P. ¿Qué debe hacerse para que el Matrimonio resulte bueno?

R. Lo primero que se debe hacer es consultarlo con Dios y con los padres y el confesor. Lo segundo es no casarse meramente por la dote ó patrimonio del consorte; porque entonces mas se quiere al dinero que al compañero. Lo tercero, no casarse llevados solamente de la buena presencia de la persona, sino principalmente de sus buenas prendas morales; porque estas nunca se hacen viejas, y siempre son apreciables. Pues si el que se casa es solo por la hermosura del cuerpo, luego que esta se pierde por algun accidente ó por los años, la persona viene á ser despreciada. Y lo cuarto es procurar que haya entre los dos una igualdad razonable en edad, linaje, conveniencias y costumbres.

P. ¿Tienen obligacion los casados de amarse el uno al otro?

R. Así lo quiere y manda Dios. Y este amor se lo deben manifestar mútuamente no solo con palabras, sino tambien con obras; ayu-

dándose en las necesidades y trabajos, y concordando en lo que pareciere mejor para el buen gobierno de la casa y familia. En este punto deben los dos consortes parecerse á los ojos de nuestra cara, que los dos miran siempre y á un tiempo á una misma parte ; pues de lo contrario no faltarán discordias.

P. ¿ Tienen obligacion los casados de vivir juntos?

R. Es tan precisa la obligacion de vivir juntos, que por ningun motivo puede dispensarse, no habiendo justa causa aprobada por el tribunal eclesiástico : así lo tiene mandado Jesuoristo, la santa Iglesia y el rey. La justicia ordinaria debe obligar á que se reunan los divorciados, bajo las penas que impone la ley.

P. ¿ Cómo deben portarse los maridos para vivir en paz con su consorte?

R. Deben tratarla con amor, sostener con blandura la autoridad de cabeza de familia, cuidar de ocurrir á las necesidades de la mujer con el esmero posible, darle en todo buen ejemplo, y llevar con paciencia sus impertinencias y flaquezas ; porque siempre es mejor templar la cuerda que romperla.

P. ¿ De qué edad pueden casarse?

R. Los hijos pueden casarse á los catorce años, y las hijas á los doce.

P. ¿ Para qué amonesta la Iglesia á los que van á casarse?

R. Para que quien sepa de algun impedimento lo manifieste al párroco, á fin de que no resulte nulo el Matrimonio. Y el que sabe de impedimento debe delatarlo bajo pena de pecado.

Ejercitantes solteros y casados : si procedéis á tomar el estado de matrimonio, y en él os comportais segun la doctrina que os he dado, estad seguros de que en vuestro estado, lo mismo que un monje en el suyo, podréis merecer la gloria. Así sea.

EJEMPLO.

En la explicacion de un catecismo francés se halla el ejemplo que voy á referir : Una señorita muy virtuosa se hallaba en el año de 1836 á punto de contraer un matrimonio muy rico y muy brillante, cuando supo que el jóven con quien debia casarse, no solamente no frecuentaba los Sacramentos, sino que además se permitia, en ciertas circunstancias, algunos chistes y sarcasmos contra la Religion. Tan pronto como la novia supo la verdad de la poca religion de su pretendiente, dijo á su madre que de ninguna manera se queria

casar con semejante jóven : se dió prisa á volverle todas las joyas que habia recibido ; y cuantas representaciones se le hicieron no pudieron hacerla mudar de resolucion. Al cabo de algun tiempo la divina Providencia le deparó otro jóven de poca fortuna, pero de mucha piedad y religion ; se casó con él, y fue su felicidad.

Por lo regular los impíos nunca hacen buen matrimonio, son infieles y el verdugo de su desgraciada esposa. Aprended, niñas, de esta jóven ; no os caseis con hombres impíos, porque lo pasaríais mal, seríais infelices y desgraciadas.

MEDITACION.

Sobre la reincidencia.

Considera, cristiano, que si reincides muchas veces en el pecado te imposibilitas para salir de él. Toda caida debilita ; pero la recaida debilita mas y aumenta la dificultad de levantarse. Cuanto de mas alto se cae, tanto es mas violenta y peligrosa la caida. Un hombre que está en gracia está muy alto, porque está unido á Dios ; y cae muy abajo cuando reincide en la culpa, porque esta tiene por centro el infierno. Para levantarse de este precipicio tan profundo es preciso hacer grandes esfuerzos ; y para hacerlos es menester un auxilio muy poderoso. Un hombre que ha caido tantas veces, y que otras tantas abusó de las gracias, ¿merece acaso que Dios se las dé extraordinarias? No solo no tiene motivo para esperarlas, sino grande razon para temer que Dios se las negará ; porque su reincidencia le hace totalmente indigno por las circunstancias que le acompañan. La primera es una infame ingratitud á un bien tan precioso como es la sangre de Jesucristo, que tan poco aprecia, y aun tiene gusto de perderla. La segunda es el horrible menosprecio del perdón que se le habia concedido ; y parece que ofende á Dios para pedirle perdón, y le pide perdón para volver á ofenderle, haciendo de la paciencia de Dios el motivo de su insolencia en ofenderle. La tercera es la perfidia que usa con su Majestad despues de tan reiteradas promesas, y quebrantadas por agradar á una miserable criatura, ó por satisfacer una pasion vergonzosa. Y un hombre tan ingrato y pérfido ¿podrá hacer cuenta de obtener unas gracias que tantas veces ha menospreciado? No permitais, Señor, que yo añada la perfidia á mis delitos ; pues si tendria vergüenza de ser pérfido con los hombres, ¿cuánta deberé tener de serlo con mi Dios?

Considera, ejercitante, que san Pablo dice que es imposible, que

es sumamente difícil que aquel que fue iluminado y se vuelve atrás de la gracia que recibió, se renueve otra vez por una verdadera penitencia. ¡Qué sentencia tan terrible contra los que recaen con tanta frecuencia! Mucho nos debe hacer temblar. Aunque faltara la fe, la misma razón natural nos hace comprender esta verdad. Las reincidencias unen la voluntad al pecado con cadenas tan fuertes, que es muy dificultoso el romperlas. La repetición de los actos, ya sean buenos ó malos, produce costumbres ó de vicio ó de virtud. Pero los hábitos del vicio se forman con mas fuerza y prontitud; porque tienen mas conformidad con las inclinaciones de nuestro corrompido corazón. Y un hombre que estuvo en gracia y repite los actos de la culpa forma la costumbre con mas fuerza, porque obra con mas malicia y determinación. Estas frecuentes recaídas hacen la penitencia mas difícil, porque inutilizan los medios. Ellas quitan al pecador el deseo de aplicar los remedios, ó por la experiencia del poco fruto que produjeron, ó porque pierde la esperanza de la enmienda. Y en este estado ¿qué podrá mover á un hombre para salir de la culpa, si todos los medios y razones que le podían animar ya los ha menospreciado? ¿Con qué se podrá convertir? ¡Ay amados míos! que para esto es necesario un milagro de la gracia.

Considera, pecador, que las frecuentes recaídas hacen sospechoso el arrepentimiento. Acaso dirás tú que si tienes facultad en caer, también la tienes para levantarte. Pero el prudente confesor por esa misma razón duda de tus confesiones. Porque, ¿qué importa que te levantes, si inmediatamente caes? La voluntad del hombre, aunque es inconstante, ordinariamente no pasa en un momento de un extremo á otro; y mas siendo tan opuestos como son un verdadero odio al pecado y una ciega afición á él. Nuestro corazón no pasa tan pronto de un grande odio á una grande amistad. No ha roto enteramente con su enemigo el que fácilmente se reconcilia con él; ni se puede llamar hoy perfectamente curado el enfermo que mañana padece la misma calentura. Tampoco podrás decir que quisiste, pero que no pudiste dejar el pecado. Porque si de veras hubieras querido, lo hubieras dejado; porque la ayuda de la gracia á nadie la niega Dios. Y esto no obstante ¡cuántas veces le has prometido no pecar mas, y estando en tu mano aun no lo has cumplido? Luego no se puede creer que tus palabras fueron de buena fe, ni verdaderos tus propósitos. Es efecto infalible de la confesión bien hecha la gracia sacramental; y esta da fuerza para resistir á las tentaciones que nos llevan al pecado y una gran precaución para que nos

apartarnos de las ocasiones de pecar. Pues no experimentándose en ti esta fuerza, sino la debilidad lastimosa con que recaes; si no se ve en ti precaucion alguna para evitar las ocasiones, sino siempre la misma facilidad de ponerte en ellas; hay una grande razon para juzgar que sin ti no hay enmienda: es porque la confesion no causó en ti la gracia sacramental, porque no tuviste verdadero dolor, ni sincero arrepentimiento, ni firme propósito.

Para sacerdotes.

«Un hombre que da una palabra á otro hombre hace punto de «honra no faltar á ella. Solo el pecador reincidente no hace vergüenza de faltar á la palabra que tantas veces y con tanta solemnidad «dió á su Dios. Nosotros, hermanos míos y compañeros, si nos «sentamos en el confesonario, y se llega un pecador reincidente, no «creamos sus propósitos y promesas, por mas que los esfuerce. No «quiera Dios que tengamos la debilidad de fiarnos para nosotros y «entre nosotros de palabras dadas mil veces á Dios y mil veces que- «brantadas. Nosotros no estamos exceptuados de la regla comun á «todos en este particular. Antes bien, por razon de nuestro estado y «la grande obligacion que tenemos de aspirar á la perfeccion, tiene «mas fuerza para nosotros la condenacion pronunciada por el papa «Inocencio XI contra las dos proposiciones que favorecen la reinci- «dencia. El Sr. Collet decia: Mas quisiera ser quemado vivo, que «absolver á un sacerdote consuetudinario.»

JACULATORIAS.

¡Ay Jesús mío! ¡y qué despreciable me hice á Vos, reincidente tantas veces en mis culpas!

Tomaré desde hoy, Salvador mío, la firme resolucion de aprovecharme de todos los medios que me proporcione vuestra gracia, y de los avisos de mi confesor para no volver otra vez al pecado.

Haced, Padre mío, que me levante de la culpa para no volver á ella. Os lo suplico con todas las veras de mi corazón; y con las mismas os digo que estoy arrepentido de mi infidelidad, y que me pesa en el alma haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la reincidencia.

Ejercitantes: si cuando el pecador llega una vez á sacudir el ya-

go del pecado pusiese en adelante tanto cuidado para no caer otra vez en la esclavitud del demonio, cuanto pone un hombre, á quien una vez los ladrones robaron su casa, en asegurar bien las puertas por donde entraron; no serian tan frecuentes sus recaidas en la culpa. Pero vemos que muchos que tuvieron la fortuna de descargarse del enorme peso de sus maldades á los piés del confesor, confiando mas de lo que debian en sus propósitos, al instante vuelven á las mismas ocasiones, y de consiguiente á revolcarse en el cenagal de sus vicios. ¿Y cuál os parece será la causa de tan miserable y fácil reincidencia? No otra, amados míos, que la demasiada confianza en sus propias fuerzas, y no tomar en consideracion la pertinacia del demonio en perseguirlos hasta perderlos. Porque si una vez fue vencido y arrojado del alma por la penitencia, astuto vuelve otra vez á tentarla con mayor fuerza; y si es menester traerá en su ayuda todos los demonios del infierno. ¿Qué deberá, pues, suceder á un penitente descuidado y que no se aparta de los peligros? Si antes cayó al soplo de una ligera tentacion, ¿cómo podrá despues resistir al impulso de un huracan reforzado por la rabia del demonio? Es de temer que caiga no solo en los pecados pasados, sino tambien en otros mayores. Por tanto, amados míos, para que despues de vuestra conversion tomeis todas las precauciones necesarias para evitar otra caída, voy á demostraros que no hay estado mas miserable en el pecador que el de reincidencia.

Consideremos primero el furor con que procura Satanás la perdition del hombre. Apenas el pecador lo arrojó de su alma en virtud de la verdadera contricion, se monta tanto en coraje, que sin embarazarse por ello se vale de todos los medios y ardides para hacerse otra vez dueño de aquel corazon. Y en logrando, ¿con qué tiranía creéis que trata á su nuevo prisionero? Tomemos el símil del mas fiero y cruel carcelero de la tierra. ¡Ah, y qué diferencia tan grande! Vemos que un carcelero de entre nosotros, cuando se le fugó un reo á quien movido de piedad habia tratado con alguna contemplacion, si vuelve á caer en prision, entonces ya se conduce con él con algo de mas estrechez y severidad, no por venganza ni mala voluntad, sino porque no se le haga cargo por su dasonido si otra vez se le escapase. Pero el demonio, enfurecido contra el pecador que una vez rompió las cadenas del pecado á favor de la verdadera contricion, si vuelve á cogerlo por el pecado, lo aprisiona con dobles y mas gruesos grillos, no por temor de que sea reconvenido de su descuido, sino por la rabia en que se abrasa cuando

se le va de entre sus manos una alma que tenia en esclavitud. Un carcelero acá en la tierra, advertido de su descuido y negligencia por la primera fuga del prisionero, cuando este es cogido otra vez, no solo lo cela de noche y de dia, sino que tambien suele cercenarle la comida para debilitarlo contra otra tentativa de rompimiento de cárcel. Y el demonio ¿qué hace con el pecador que otra vez cayó en sus manos? Si primero se valió del engaño de los sentidos para inducirlo á la culpa, v. g., con la vista de un objeto provocativo, ó con la suavidad de los placeres de la carne; ya no se contenta despues con presentarle por el dia estos atractivos, sino que los deja estampados en su imaginacion para tenerlo dia y noche amarrado con las cadenas del pecado. Y si el carcelero de los hombres para precaver otra fuga refuerza los calabozos y asegura mas las puertas; el carcelero del alma que volvió al pecado, con imponderable coraje la pone en la mas desesperada situacion. Todo lo que pueda conducirla de cerca y de léjos, ó pueda ayudarla á levantarse otra vez de la culpa, todo, todo se lo quita. Le pone horror á la confesion, le hace que conciba tédio á la sagrada comunión, le endurece el corazon, le ciega el entendimiento, y le cierra toda entrada á las luces del cielo. ¿Puede darse estado mas miserable que el de este reincidente pecador?

Pecador, ¿dirás que tienes confianza de que Dios misericordioso te auxiliará en todo trance? ¡Ah! laudable y justo es esperar siempre el auxilio de Dios. Pero te engañas mucho con respecto á tí mismo. Es verdad que Dios promete sus auxilios á los justos, y aun á los pecadores que tratan de mudar de vida seriamente, aunque estén vacíos de méritos y virtudes; pero tambien es verdad que tira terribles amenazas contra los pecadores reincidentes, que á manera de perros vuelven á tragarse el vómito de sus culpas. Dame un médico que habiendo sacado de las garras de la muerte á un enfermo, no lo abandone últimamente y lo deje por desahuciado, si por seguir este sus antojos, contra lo prevenido por el médico, vuelve una y muchas veces á recaer en la enfermedad. No lo encontrarás. Pues si el médico de los cuerpos abandona al enfermo que hace costumbre de no obedecerle, ¿querrás tú que Dios, médico de tu alma, te sostenga, haciendo peor que aquel? Oye, pues, lo que te dice: «¿Qué haré contigo, que despues de tantos avisos y castigos aun añades prevaricaciones á prevaricaciones? ¿Qué haré sino abandonararte?» Oye al Espíritu Santo que dice: «¿Quién oirá las súplicas del que continúa cometiendo los mismos pecados?» Oye final-

mente al mismo Dios en boca de Jeremías : « Hemos querido curar « á Babilonia (figura del alma), y ella no ha querido curarse ; de- « jémosla abandonada. »

Ejercitantes : baste lo dicho para que esteis persuadidos de que no hay estado mas miserable que el de un penitente que reincide con frecuencia en los mismos pecados que confiesa. Pecador de costumbre, díme tú ahora : si llega á dejarte Dios ; como te amenaza, ¿ qué esperanza de remedio te quedará entonces ? ¿ Te parece que cuando te dé la gana de convertirme , lo lograrás sin otro auxilio que tus propias fuerzas ? La primera vez que pecaste pudiste levantarte con la oracion , cuya virtud aplaca la ira del Señor, y con el uso de los santos Sacramentos , que son la medicina del alma. ¿ Piensas tú que estos medicamentos espirituales tendrán para tí , siempre que lo quieras , y en tu actual conducta , la misma virtud que entonces ? ¡ Ah , sí que la tendrán en sí ; pero no la experimentarás. Porque la costumbre de pecar te dejará flojo para buscar el remedio , descuidarás enteramente de la salud de tu alma , llegarás á no sentir la enfermedad , te horrorizará el nombre de penitencia ; atolondrado con la gravedad y número de tus pecados , caerás en desesperacion , y al fin experimentarás en tí mismo , pero tarde , que no hay estado mas miserable que el de un pecador de costumbre.

Quiera Dios, hijo mio, que aprovechándote de esta doctrina te resuelvas pronta y eficazmente á mudar de vida , te conviertas al Señor, y por medio de una dolorosa confesion asegures el perdon de tus pecados, la perseverancia en la gracia y la eterna gloria. Estos deseos, etc.

EJERCICIO VIGÉSIMONOVENO.

LECCION.

De las Obras de misericordia.

Ejercitantes : no hay en nuestro cuerpo cosa de mas estimacion que los ojos. Y diciendo Dios que los pobres son las niñas de sus ojos, debemos creer que de todos los hombres son los pobres los que se llevan sus primeras atenciones. Y hemos de creer tambien que lo que en favor de ellos hagamos ha de ser muy del divino agrado. Por tanto, voy á hablaros de las Obras de misericordia que la Iglesia nos enseña, y que contienen todos los modos que hay de hacer bien á nuestros prójimos.

P. ¿ Cuántas son las Obras de misericordia ?

R. Son catorce : siete corporales, y siete espirituales.

P. ¿Cuál es la primera obra de misericordia corporal?

R. Visitar los enfermos.

Por esta obra de misericordia el espíritu del pobre enfermo, abatido por la fuerza de los accidentes, cobra nuevo ánimo y consuelo, viendo que su amigo toma parte en sus trabajos, y contribuye á su alivio del mejor modo que puede. « Estuve enfermo, y me visitaste, » nos dirá Jesucristo el dia del juicio ; como si dijera : « Yo estuve enfermo en tu prójimo, y tú viniste á divertir mis tristezas y explicar mi ánimo, con lo que recibí mucho consuelo en mis penas. » Vosotros mismos, amados míos, lo habréis experimentado si alguna vez estuvisteis gravemente enfermos. Cuando estábais postrados en una cama, cerradas las puertas del aposento, privados hasta de la luz del día, revolviendo ideas tristes, ¿ no os alegrásteis de ver entrar á vuestro amigo que os saludaba con cariño y compasion ? ¿ No os sirvió de consuelo ver que sentándose á vuestra cabecera os entretenia con la buena conversacion, y que despues se despidió con expresiones llenas del deseo de vuestra salud ? ¿ No quedásteis satisfechos de su afecto, y le dísteis gracias por su caritativa visita ? Pues esta es la obra de misericordia que Dios nos pagará en el cielo

cuando Jesucristo nos dirá : « Ven, bendito de mi Padre, á poseer « el reino que te está preparado ; porque estuve enfermo, y me vi- « sitaste. »

P. ¿Cuál es la segunda obra de misericordia corporal?

R. *Dar de comer al hambriento.*

Desde el principio del mundo ordenó Dios que en todas las gene-
raciones venideras hubiese hombres ricos y hombres pobres, para
que estos mereciesen la gloria llevando con paciencia su pobreza, y
los ricos la ganasen socorriendo á los pobres. Por tanto, hombres
padientes, debeis estar en la creencia de que sois obligados por or-
denacion de Dios á dar limosna á los pobres á proporcion de vues-
tros haberes ; porque con esta carga se os han dado. Y así, debeis
dar de comer al hambriento, porque es vuestro hermano y muy que-
rido de Dios. Aunque el pobre os hubiese hecho algun mal, ó sea
desagradecido, dadle limosna ; porque os la pide por el amor de
Dios, y esto debe bastar para que le alargueis la mano. Nunca le
deis la espalda con desden al pobre que os pide ; porque las quejas
del pobre, aunque sean secretas, llegan á los oídos de Dios, y hie-
ren su corazon. Oíd lo que nos dice el apóstol san Juan : « Si vieres
« á tu hermano necesitado, y teniendo con que socorrerlo endureces
« tus entrañas, y no lo consuelas, ¿ cómo podrás decir que la caridad
« de Dios está en tí? » Sobre todo, amados míos, temamos la senten-
cia que dará Jesucristo á los réprobos el día del juicio : « Id, maldi-
« tos, al fuego eterno que os está preparado desde la constitucion del
« mundo ; porque tuve hambre, y no me disteis de comer. »

P. ¿Cuál es la tercera obra de misericordia corporal?

R. *Dar de beber al sediento.*

Esta es una obra de misericordia muy recomendada por Nuestro
Señor Jesucristo, y tanto, que nos dice : « que una bebida de agua
« que se dé en su nombre, no quedará sin recompensa. » ¿ Y cuánta
no será la recompensa de un Dios omnipotente y liberal? ¿ Cuánto
no agradecerá un pobre caminante, v. g., tostado del sol y fatigado
del camino y del polvo, la bebida de agua que le deis? Si se os pre-
senta semejante ocasion, consolad de buena gana al pobre ; dadle
de vuestro jarro y apagadle la sed ; porque esa corta bebida que le
deis, sobre no empobreceros en la tierra, os hará ricos en el cielo.
Sí : Jesucristo os dirá en el último día : « Venid, benditos de mi
« Padre, á poseer el reino de los cielos ; porque tuve sed, y me dis-

«teis de beber : cuando lo disteis al pobre sediento , á mí me lo disteis.»

P. ¿Cuál es la cuarta obra de misericordia corporal?

R. *Vestir al desnudo.*

Al instante que nuestros primeros padres Adan y Eva pecaron, tuvieron vergüenza de verse desnudos, y se escondían entre los árboles del paraíso para que Dios no los viese. Y el Señor, para quitarles el rubor, compasivo les proporcionó materiales con que pudiesen cubrir sus carnes. Esta misma misericordia usa con nosotros, haciendo que la tierra y los animales nos den materias para cubrir nuestra desnudez. Y siendo Dios tan misericordioso con nosotros, ¿no os parece que llevará á mal que los hombres pudientes y sobradamente bien vestidos no se compadezcan de sus hermanos pobres y desnudos? ¿Os parecerá acaso que para practicar esta obra de misericordia será menester que os desnudeis vosotros, ó que os incomodeis mucho? Nada de esto es menester. Es verdad que algunos Santos lo han hecho ; pero á vosotros no se os pide tanto. Una camisa usada ó remendada, un calzon, unos zapatos desechados, cualquiera mueble de vestir que retirais de vuestro uso, es bueno para cubrir al pobre desnudo, y para adornar brillantemente vuestra alma. ¿Para qué guardais esas cosas que no necesitais? ¿No es lástima que consuma la polilla lo que al pobre le vendria bien para taparse, y á vosotros seria de eterna gala en el cielo? ¿Dejaréis que se reduzcan á polvo unos hilos con que podiais tejeros una hermosa capa de méritos, que ocultaria á los ojos de Dios vuestros pecados, diciendo el Espíritu Santo en formales palabras : «que la limosna cubre la multitud de los pecados?» No tengais miedo de que por eso os falte á vosotros lo necesario. Oid lo que nos dice Jesucristo : «No andeis sobradamente solícitos para que no os falte con que alimentaros y con que vestiros : buscad primero el reino del cielo, y lo demás queda al cuidado de vuestro Padre que está en los cielos. Mirad á los pájaros que vuelan por el aire ; que sin sembrar, ni segar, ni tener graneros, están siempre mantenidos por la divina Providencia. Reparad como los lirios del campo, sin tener telares, visten con mas hermosura que Salomon con toda su opulencia. Mi Padre que está en los cielos sabe mejor que vosotros lo que necesitais. Él cuidará de que nada os falte, porque hasta un cabello de vuestra cabeza tiene en su consideracion.» Amados mios,

vestid como podais al prójimo desnudo, y vosotros seréis vestidos de gloria en el cielo. Amen.

EJEMPLO

de Lázaro y el rico epulon, que se lee en el Evangelio escrito por san Lucas.

Un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, se hallaba á la puerta de un rico que era conocido por el Epulon, y que pasaba la vida en placeres y festines, y con mucho lujo vestia púrpura y lino fino. El pobre Lázaro que estaba en la puerta pidiendo una limosna no la podia alcanzar, ni siquiera las migajas que caian de la mesa del rico. Murieron los dos casi á la vez, pero de muy diferente manera. Los Ángeles se llevaron el alma del pobre Lázaro; mas Epulon fue sepultado en los infiernos. Hallándose el desgraciado en aquel lugar de tormentos, para mayor pena suya levantó los ojos y vió á Lázaro en el seno de Abrahan á donde le habian llevado los Ángeles. — Padre mio Abrahan, exclamó luego, ten compasion de mí, y envíame por medio de Lázaro una gota de agua para refrescarme la lengua, porque sufro atroces tormentos en esta llama. — Hijo mio, le respondió Abrahan, acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, de que has abusado, y este Lázaro recibió males, los que ha sufrido con paciencia; y así es justo que sea consolado, mientras que tú atormentado. — La vida floja, la vanidad y la dureza para con los pobres son las tres causas de la condenacion del rico epulon y de la de muchos malos cristianos que hacen mal uso de sus riquezas.

MEDITACION.

Del santísimo Sacramento.

Considera, cristiano, que llegada la hora de dar Jesucristo cumplimiento á su mision con la redencion del género humano, en la misma noche en que habia de tomar principio su dolorosa pasion quiso tener la última cena con sus discípulos, y darles por despedida la prueba mas relevante de su amor. Era preciso que verificada su muerte, y con ella nuestra redencion, se volviese al Padre que le envió. Pero no sufriendo su amor á los hombres dejarlos por su ausencia en tan amargo desconsuelo, de acuerdo con su infinita sabiduría y omnipotencia inventó el modo mas admirable de ausentarse y de volver á su Padre, quedándose al mismo tiempo con los

hombres. Y llegada que fue la hora de la cena, despues de haber comido con sus Apóstoles el cordero pascual, les dijo : « Muchísimo « he deseado tener con vosotros esta Pascua antes de padecer ; por- « que os aseguro que ya no la comeré mas, hasta que se cumpla en « el reino de Dios. » Y tomando el pan y dando gracias, lo partió y dió á los discípulos, diciéndoles : « Este es mi Cuerpo que se da por « vosotros ; haced esto en memoria mia ; » esto es, para memoria y representacion perpétua de mi pasion y muerte. Tomó de la misma manera el cáliz despues que cenó, y les dijo : « Este cáliz es el nue- « vo testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros ; » es decir, lo que está contenido en este cáliz es mi sangre que será derramada por vosotros, y por ella confirmado el nuevo testamento. De esta manera instituyó Jesucristo el santísimo Sacramento del altar, y dió poder á sus Apóstoles y sucesores para consagrar y ofrecer su cuerpo y sangre, y distribuirlo á los fieles. ¡ Oh milagro sobre todos los milagros ! ¡ Oh término de la omnipotencia de un Dios enamorado de los hombres !

« Considera, ejercitante, la generosa liberalidad del amor de Nuestro Señor Jesucristo en los incomprensibles bienes que nos da en el santísimo Sacramento. Pero aun se muestra mas en lo que sufre por nosotros en el mismo Sacramento. Nada hay mas opuesto á un Dios infinitamente glorioso, que es el sufrir ; y no obstante, á esto le obliga su amor. Él quiere estar en el Sacramento en el estado de víctima, ofreciéndose siempre á su Padre, y sacrificándose con un modo incruento, muriendo todos los dias con una muerte mística, para mostrar con esto que estaba pronto á morir todos los dias verdaderamente, si fuese necesario para nuestra salvacion. Quiere estar como en una continua mortificacion, careciendo de todas las señales de vida y de todo el uso de sus potencias. Y lo que es mas, quiere exponerse á unos sufrimientos que le son tanto mas dolorosos, cuanto para nosotros son mas funestos, por ser consecuencia de nuestros pecados. ¿ Qué no tiene que sufrir en este Sacramento por la impiedad de tantos malvados que se sirven de la sagrada Eucaristía para las profanaciones mas horribles ? ¿ Qué no tiene que sufrir de tantos herejes que hacen de este augusto Sacramento el objeto de sus blasfemias, y un motivo de escándalo ? ¿ Cuánto tiene que sufrir de la indevotion ó mas bien de la insolencia de tantos cristianos, que parece no asisten á estos santos misterios sino para insultar la bondad de un Dios que tanto se ha anonadado por ellos ? ¿ Qué no tiene que sufrir de la indignidad de tantos que, ó se retiran de

la comunión por falta de devoción, ó se acercan con sobrada tibieza, ó dejan al Señor en los altares en una triste soledad? Pero lo que le es mas doloroso, es el maltratamiento de tantos infelices, que con sus sacrílegas comuniones renuevan la perfidia de Judas, haciendo del recuerdo de su pasión la renovación de todos los ultrajes que padeció por nosotros.

Considera, cristiano, que aunque su divina Majestad sabia bien todos los males á que quedaba expuesto en el Sacramento, el ardor amoroso que tenia de estar con nosotros y de ganar nuestros corazones le hizo desestimar todas estas dificultades, á trueque de conquistar el amor de los hombres. Díme, ejercitante, ¿quieres tú juntarte á los que le hacen padecer, en lugar de consolarle y de aliviarle cuanto te fuere posible? ¿Quieres juntarte á los cristianos insolentes, deshonrándole con inmodestias, ó á los infames que le reciben con frialdad, ó le abandonan con menosprecio? ¿Ó quieres honrarle en el estado de víctima, sacrificándote tú por él, humillándote como el Señor se redujo por tí á un profundo anonadamiento, y mortificando tus sentidos y pasiones como Jesús se mortificó tanto por tí? Si quieres darle pruebas de tu amor y gratitud, haz cuanto puedas por recibirle con ternura y devoción. Una sola comunión debia hacer un santo en cada uno de nosotros. Y á pesar de esto ¿en qué paran tantas comuniones? Parece que solo se ordenan á hacernos mas tibios é imperfectos. Dios lleva grandes designios á nuestro favor en el Sacramento; y nosotros ponemos grandes obstáculos á sus designios. El Señor pretende dar, aumentar y conservar en nosotros la vida de la gracia, y nosotros nos oponemos acercándonos á él con sobrado afecto al pecado. El Señor quiere dárseos en la Eucaristía para unirnos á él; y nosotros voluntariamente nos alejamos para estar pegados á las criaturas. Jesucristo quiere que por este Sacramento vivamos solo por él, así como él vive solo por su Padre; y nosotros nos oponemos queriendo vivir para solo el mundo. Pues ya no tenemos que admirarnos si vemos tan poco fruto en tantas comuniones, ni de que en vez de darnos provecho nos sean dañosas.

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes : como ministros que nosotros somos de
« Jesucristo, si queremos tomar parte en los altos designios que tuvo
« su Majestad dándonos por comida y bebida en el augustísimo Sacra-
« mento; si queremos corresponder agradecidos á su amor, no solo

«debemos enamorarnos de él, sino hacer tambien que los demás se enamoren. Aprendamos la máxima de san Ignacio de Loyola que decia : No hay mejor leña para encender el fuego del amor divino, que la del santo madero de la cruz. Si la Eucaristía es una memoria del sacrificio del Calvario, nuestra vida debe ser una perfecta imitacion del Crucificado. La mortificacion de nuestras pasiones y el aumento de la caridad son la mas ardiente hacha para inflamar los corazones de los fieles en amor á Jesús sacramentado.»

JACULATORIAS.

¡ Oh divino Salvador! yo confesaré siempre y diré, que siendo como sois omnipotente no podeis darme mas de lo que me dais en el Sacramento de vuestro amor.

Yo quiero, dulce Jesús mio, entregarme desde hoy todo á Vos, así como Vos os dais todo á mí en la santa comunión.

No permitais, Señor, que por mi ingratitud se repita aquella vuestra amarga queja : «Crié hijos, los llené de gloria, y me despreciaron.» Haced que os ame yo siempre con todo mi corazón, y que arrepentido de mis ingratitudes os diga en verdad que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la devoción á la pasión del Señor.

Ejercitantes : habeis oido en el punto de meditacion que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el santísimo sacramento de la Eucaristía acabando de tener la última cena con sus discípulos. Sí, amados míos : la última cena ; porque del cenáculo salió ya para dar principio á su dolorosa pasión, y ya no comió mas con ellos. Esta salida que nuestro Salvador hizo para dar los primeros pasos hácia la muerte, como que me convida á seguirle con la contemplacion. Y queriendo aprovecharme de este pensamiento, y que vosotros participéis del bien que trae acompañar á Jesucristo en sus caminos, vamos á seguirle en los mas dolorosos pasos de su amarga y dolorosa carrera ; para que á vista de los acerbos dolores que quiso sufrir antes de dar su vida en una cruz, para que nosotros la tengamos en el cielo, vengamos á tomar por la primera y principal de nuestras obligaciones una tierna y constante devoción á la sagrada pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Y á este intento voy á manifestaros que la

devocion á la pasion del Señor es la mas agradable á Dios, y la mas provechosa para nosotros : atended.

Es verdad indudable que la cosa mas agradable á Dios es aquella en que mas se ocupó su Hijo en este mundo. La ocupacion mas constante de Nuestro Señor Jesucristo fue la de pensar continuamente en la afrentosa muerte que habia de sufrir para obrar nuestra redencion. Luego la devocion á la pasion de nuestro Salvador ha de ser precisamente la mas grata á los ojos de Dios. Que este pensamiento fue el que continuamente ocupó á Jesús durante su vida, no hay cosa mas terminante en las santas Escrituras. No solo sufrió el cruel tormento de la cruz, sino que tambien tuvo especial complacencia durante su vida de siempre pensar en esto. Ya veis, amados mios, que la pasion no fue para el Señor una cosa imprevista ; siempre pensó en ella, siempre la tuvo delante de sus ojos, jamás la perdió de vista, hasta que se consumó el sacrificio. Supuesto, pues, que la ocupacion principal de nuestro Salvador en la tierra fue pensar en la cruel muerte á que le habian de condenar los judíos, y supuesto tambien que la santa Iglesia hace de la pasion del Señor el principal objeto de su piedad y reconocimiento ; pensemos siempre nosotros en ella, y particularmente en este tiempo en que la madre Iglesia nos la recuerda. Dedicuémonos á una práctica tan santa y piadosa ; y creamos que la devocion á la pasion del Señor no solo es la mas agradable á Dios, sino al mismo tiempo la mas provechosa para nosotros.

Leemos en la sagrada Escritura que irritado Dios contra los israelitas en el desierto, porque habian murmurado de su Majestad, los castigó con una plaga de serpientes cuya mordedura venenosa causaba en el pueblo una grande mortandad. Y aplacado el Señor á ruegos de Moisés, mandó á este que hiciese una serpiente de metal, y la pusiese sobre un palo en medio del campo, y quedarian luego sanos todos los mordidos que la mirasen. Ved aquí, amados mios, una figura de Cristo clavado en la cruz. Lo dice el mismo Jesucristo en el Evangelio de san Juan con estas palabras : « Como « Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que el Hijo « del Hombre sea exaltado, para que cualquiera que crea en él no perezca, sino que goce una vida eterna. » Y por eso dice san Agustín, que así como los que miraban á la serpiente luego sanaban de sus heridas ; así los que con piedad y fe viva contemplen á Jesucristo puesto en la cruz, curarán de la mordedura de la serpiente infernal y de la ponzoñosa llaga del pecado. En efecto, no hay vicio alguno que no lo cure la contemplacion de un Dios hecho hom-

bre, clavado y muerto en una cruz por nosotros. Nuestra impureza se curará meditando en los crueles azotes que recibió nuestro Salvador para expiar nuestra sensualidad. Nuestra avaricia se curará contemplando la extremada pobreza en que murió Jesús. Nuestra cólera se curará con la meditacion de su paciencia y profundo silencio, aun cuando lo cargaron de injurias y malos tratamientos. Calmará el ardor de la venganza viendo la caridad con que Jesús pide á su Padre el perdon para sus verdugos. En una palabra, no hay remedio tan eficaz como este para enfrenar nuestras pasiones, y curar de nuestros vicios. Sí, pecadores: aunque vuestro corazon sea de piedra, la meditacion tierna de la pasion del Señor es muy capaz de ablandarlo. Oid lo que el mismo Señor dice en boca del profeta Zacarías: «Yo derramaré sobre los habitantes de Jerusalem (sobre los pecadores) un espíritu de gracia y oracion: entonces pondrán los ojos en mí, á quien crucificaron, llorando con lágrimas y suspiros, á la manera que una madre siente y llora la muerte de su hijo primogénito.»

Ejercitantes: esta profecía se vió cumplida en los judios que se convirtieron el dia de Pentecostes. ¿Y por qué no ha de cumplirse tambien en vosotros en este dia de salud? Sí, amados míos, sí que se cumplirá, si haceis que vuestra principal ocupacion sea contemplar en la sagrada pasion á los piés de un Crucifijo, y mereceis ser teñidos con aquella sangre derramada por la remision de nuestros pecados. Este santo ejercicio no solo os alejará del pecado, sino que os traerá á la práctica de todas virtudes. Sí, amados míos; y con este objeto os recordaré en algunas meditaciones los dolorosos pasos de la pasion de nuestro Salvador, y os diré con san Pedro: «Hijos míos, armaos en todo lugar y en todo tiempo, en el trabajo y en el descanso, al levantaros y al acostaros, con el pensamiento de los dolores y tormentos de Jesús.» San Jerónimo decia: ¡Oh feliz, y mil veces feliz, el que viviendo en la fe del Hijo de Dios se ocupa continuamente en el pensamiento de su pasion! Tomad vosotros, amados míos, esta devocion con todo empeño. Y si acaso las ocupaciones y necesidades de esta vida no os permiten emplear todo el tiempo que quisiérais en esta devocion la mas grata al Señor y mas dulce á nuestra alma, emplead á lo menos un rato cada dia; pues me atrevo á decir que este corto rato, si es diario ó casi diario, bastará para haceros tiernos contemplativos de la pasion del Señor, y mereceros la gracia de ser algun dia participantes de su eterna gloria. Esta es deseo, etc:

EJERCICIO TRIGÉSIMO.

LECCION.

De las Obras de misericordia.

P. ¿Cuál es la quinta obra de misericordia corporal?

R. La quinta obra de misericordia corporal es:

Dar posada al peregrino.

Y se ejercita recogiendo al peregrino, socorriéndolo si lo necesita, y aliviándole de las penalidades del camino. Esta virtud de la hospitalidad fue muy practicada por los santos Patriarcas, y recomendada muy particularmente por Dios en las santas Escrituras. El que la ejerciere recibirá en premio muchos bienes espirituales y temporales, como los recibió Lot, sobrino del patriarca Abraham, según leemos en la sagrada Historia; y sucedió de esta manera:

Estando un día Lot, al caer la tarde, sentado en las puertas de la ciudad de Sodoma, llegaron dos Ángeles en figura humana y como en traje de caminantes. Así que los vió Lot, se adelantó á recibirlos y les dijo: «Os ruego, señores, que vengais á mi casa, y que «paseis allí la noche; lavaréis vuestros piés, y á la madrugada seguiréis vuestro camino.» Ellos dijeron que no, que en la plaza se quedarían. Pero porfiándoles mucho Lot, fueron á su casa, y les dió una grande cena. Se retiraron todos á dormir, y al acercarse el día los Ángeles despertaron á Lot con grande prisa, diciéndole: «Levántate pronto, toma á tu mujer y á tus hijas, y salís todos de «esta ciudad de maldición; porque vamos á destruirla por mandato «de Dios, que para esto nos envía.» Luego que Lot salió con su familia de la ciudad, y apenas salió el sol, mandó Dios que sobre Sodoma y tres ciudades mas lloviese fuego y azufre en tanta copia, que mató á todos sus habitantes chicos y grandes, y consumió y redujo á cenizas las cuatro ciudades con todas sus plantas y animales, salvándose solo Lot y su familia. Así premia Dios la hospitalidad que se da al peregrino.

P. ¿Cuál es la sexta obra de misericordia corporal?

R. *Redimir al cautivo.*

Esta es una obra de caridad tan insigne, que por su excelencia quiso Dios que en la cristiandad hubiese Institutos de religiosos que se empleasen en ejercitarla. Con la práctica dé esta obra de misericordia, no solo se socorre la necesidad del cuerpo, sino tambien la del alma, sacando á muchos que se hallan cautivos en poder de los infieles del peligro en que están de renegar de la fe que profesaron en el santo Bautismo. Conviene, pues, contribuir en lo posible á la redencion de nuestros hermanos cautivos, para imitar á Nuestro Señor Jesucristo, que por su infinita misericordia quiso redimirnos de la esclavitud del demonio con el precio de su sangre; y á poca costa adquiriremos un grande mérito para la gloria.

El mas memorable ejemplo de esta obra de misericordia que se ha visto en el mundo fue el que leemos en las santas Escrituras en favor de los israelitas. Gemia el pueblo de Israel en Egipto bajo el yugo del cruel Faraon, sufriendo una esclavitud mas dura que la muerte misma. En tan miserable estado clamaron á Dios con amargas lágrimas por su libertad. Oyó el Señor sus ruegos, y le dijo á Moisés: «Vé y dile á Faraon: Esto dice el Señor Dios de Israel: «deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificios en el desierto.» Y no haciendo caso Faraon del mandato de Dios, Moisés con la potestad que Dios le dió empezó á descargar sobre todo Egipto aquellos asombrosos castigos, que se dicen las diez plagas de Egipto. La primera fue convertir todas las aguas en sangre; por manera que en donde la buscaban, en los rios, en las fuentes, en los pozos y en las tinajas, no se encontraba sino sangre. La segunda fue inundar todo Egipto de molestas ranas que en todas partes se introducian, hasta en las camas y mesa del mismo rey Faraon. La tercera fue llenar el aire de tábanos y mosquitos venenosos que á todos mortificaban. La cuarta fue una espesa multitud de moscas asquerosas y molestas. La quinta plaga fue una enfermedad mortífera y contagiosa en todos los ganados y animales domésticos. La sexta consistió en úlceras y asquerosos tumores en todos los hombres y los cuadrúpedos. La séptima fue truenos, rayos, y espantoso granizo que mató todo lo que encontró vivo en el campo, y destruyó los sembrados y arboledas. La octava fue un sinnúmero de langostas que cubrieron toda la superficie de la tierra, arrasándolo todo, y no dejando cosa verde en los árboles y yerbas. La nona fue de tinieblas.

horribles y palpables que duraron tres días, no viéndose unos á otros, ni poderse mover nadie del lugar en que se hallaba ; y de estas plagas ninguna llegaba al territorio de los israelitas. La décima fue mas terrible que todas ; pues una noche hirió el Señor á todos los hijos primogénitos de los egipcios, desde el hijo del rey hasta el del mas vil esclavo, y los primogénitos de las bestias ; y todos murieron aquella noche. No habia casa en que no hubiese muerto ; y eran tantos los lamentos y alaridos del pueblo, que Faraon hubo de levantarse de la cama, y llamando á Moisés le dijo : « Date prisa, tú y todos los israelitas, á salir pronto de todo mi reino ; y andad á ofrecer sacrificios á vuestro Dios, como quereis. » Todos estos castigos estupendos y otros mas terribles obró Dios para redimir á su pueblo de la esclavitud de Faraon.

¡ Cuánto hizo y cuánto padeció Jesucristo para redimarnos á nosotros de la esclavitud del pecado y del demonio ! Todos lo sabeis ; y tambien las maravillas que obró la santísima Virgen Maria á favor de los pobres cautivos cristianos, sacándolos milagrosamente de los calabozos y mazmorras de los infieles. Socorramos nosotros tambien á los pobres cautivos con nuestras limosnas ; porque si tanto le agrada á Dios la que se hace para socorrer la necesidad corporal de nuestro prójimo, ¿ cuánto mas le agradará la que se da para aliviarle á un tiempo en lo corporal y espiritual ?

P. ¿Cuál es la séptima obra de misericordia corporal?

R. *Enterrar los muertos.*

Cuán agradable sea á Dios esta misericordia, lo manifestó el arcángel san Rafael al viejo Tobías, diciéndole : « Cuando orabas con lágrimas y traías á tu casa los muertos, y de noche los enterrabas, yo llevaba á Dios tus oraciones ; y ahora me ha enviado el Señor para que te cure. Porque has de saber que la misericordia que has hecho con tus hermanos difuntos vale mas que todos los tesoros del mundo, pues ella purga los pecados y libra de la muerte. » Y dicho esto desapareció el Ángel, dejándonos asegurado de parte de Dios, que si nosotros usamos de misericordia con los muertos, el Señor la tendrá tambien con nosotros, no solo en vida, sino tambien en muerte. Así sea.

EJEMPLO.

Conversion de san Pacomio por las obras de misericordia que vió en los cristianos.

San Pacomio, siendo aun pagano, y soldado del ejército del Emperador, llegó á una poblacion cristiana y se apresuraron á darle, lo mismo que á los otros soldados, todo lo que necesitaba, y esto lo hacian con una generosidad y con tan buen afecto, que no habia visto ni hallado en ninguna parte del mundo. Sorprendido de hallar tan buena voluntad en gente enteramente desconocida, se informó y le dijeron que eran cristianos, que eran muy pacíficos y amigos de la humanidad, que creian en Jesucristo, y que, segun sus lecciones y ejemplos, se hacian un deber y un placer de hacer bien á todo el mundo en cuanto podian, aun á sus perseguidores, esperando ser recompensados en la otra vida del bien hecho en esta. — Conmovido Pacomio de esta relacion, abrazó el Cristianismo, y lo hizo tan de veras que se hizo monje y fue uno de los principales Padres del desierto, que observaban una vida de ángel en cuerpo mortal. Mirad cuánto puede el buen ejemplo de los cristianos!...

MEDITACION.

De la agonia del Señor.

Considera, cristiano, que concluida la última cena en que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el santísimo Sacramento, y despues de haber dado gracias á su Padre eterno, salió con sus discípulos, como tenia de costumbre, á hacer oracion en el monte de las Olivas. Y entrando en el huerto de Getsemaní empezó á entristecerse y angustiarse, y dijo á sus discípulos: «Mi alma está cubierta de una angustia mortal; esperad aquí, y velad conmigo.» Y apartándose de ellos un poco, sabiendo que se acercaba ya el tiempo de su passion, y representándosele con la mayor viveza en su imaginacion todas las injurias, ultrajes, dolores y tormentos que habia de padecer, recurrió á la oracion para fortalecer su espíritu contra las pasiones de ánimo. Mas fue tanto su estremecimiento al representarse su acerbísima passion con todas sus circunstancias, tan grande el espanto, y tanto el pavor que ocupó su alma, que podia igualar con los dolores y angustias de la muerte; y por eso dijo á sus discí-

pulos : *Triste está mi alma hasta la muerte.* Y postrándose con la mayor humildad hasta pegar con la tierra su sagrado y venerable rostro, dirigió su oracion al Padre, rogándole que si era posible le dispensase de beber aquel cáliz tan amargo. «Padre mio, le dijo, «concededme, si es posible, que no beba yo este cáliz ; pero no se «haga lo que yo quiero, sino vuestra voluntad.» Jesucristo habia manifestado su tristeza á los discípulos, como esperando de ellos algun alivio en sus angustias y amarguras. Pero ¿cuánto sería su desconsuelo, cuando volviendo á ellos los halló á todos dormidos? Y dirigiendo la palabra á Pedro le dijo : «¿Siquiera una hora no habeis podido velar conmigo?» Y volviendo otra vez á su Padre, como á Dios de toda consolacion, con la mayor ternura y afecto imploró su amparo, repitiendo la misma humilde y fervorosa oracion : «Padre mio, todas las cosas te son posibles : haced que yo no beba «este cáliz, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.» Y repitiendo esta súplica hasta tercera vez, bajó un Ángel del cielo, y lo confortó.

Considera, ejercitante, que viendo Jesús que la voluntad de su Padre era que bebiese el cáliz de la pasion, se conformó gustoso con ella ; porque, como el mismo Señor dice : «Su comida era hacer la «voluntad de su Padre que le envió, y ponerla por obra.» Estando ya determinado el Señor, se le representó toda su pasion con tanta viveza como si ya la estuviera padeciendo. Veia que iba á entrar en un mar de penas y tormentos ; la traicion de Judas, el abandono de los Apóstoles, la negacion de Pedro, la ruina de Jerusalem, la reprobacion de los judíos, y sobre todo, y era lo que mas aumentaba su amargura, veia los pecados de todos los hombres ; y los sacrilegios de tantos cristianos que no se aprovecharian del inestimable precio de su sangre. Estas consideraciones lo redujeron á tanto desconsuelo y desfallecimiento, que se abrieron todos los poros de su cuerpo, y comenzó á sudar sangre en tanta copia y abundancia, que no solo caló sus vestiduras, sino que corrió hasta la tierra. ¡ Oh divino Salvador ! ¿Cuándo se vió en el mundo una agonía semejante? ¿Quién jamás se vió en tanta angustia que haya sudado sangre? Tal fue en esta ocasion el desconsuelo y tristeza de nuestro Salvador, que si su Padre no le hubiera confortado, en aquella agonía hubiera muerto. ¡ Oh amantísimo Jesús ! ¡y qué ardiente era vuestra caridad para con nosotros, que antes de que viniesen los soldados á prenderos, ya quisisteis que vuestra humanidad santísima se entregase por nosotros á todas las congojas de una mortal agonía !

Considera, hermano mio, como acabando el Señor de hacer la oracion, volvió á donde estaban los discípulos, y hallándolos medio dormidos les dijo : « Levantaos y vamos, que la hora es llegada, y « el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de los pecadores; « levantaos, que ya está cerca el que me ha de entregar. » Aun estaba hablando el Señor, cuando vió venir al pérfido Judas que le habia vendido por treinta monedas, que equivalen á ciento y ochenta reales de la nuestra, y con él un escuadron de soldados y alguaciles con linternas y todo género de armas. Jesús se adelantó hácia ellos, y con serenidad les preguntó á quién buscaban ; y diciendo que á Jesús Nazareno, el Señor les dijo : *Yo soy* ; cuyas dos palabras, á manera de un trueno espantoso de tal modo los atemorizaron, que al momento se hicieron atrás, y cayeron en tierra como muertos, y con ellos el traidor Judas ; quedando solo Jesús con los discípulos. ¡ Oh fuerza irresistible de la voz de un Hombre-Dios ! Esta poderosa voz es la que derribó á Judas y toda la cuadrilla de judíos y gentiles. Pero queriendo el Señor llevar adelante su pasion, quiso que volviesen en sí, y les preguntó segunda vez á quién buscaban ; y respondiendo que buscaban á Jesús Nazareno, les dijo el Señor : « Pues ya os he dicho que *Yo soy* ; si me buskais á mí, dejad ir á « estos. » Huyeron entonces todos los discípulos, y los soldados y ministros se echaron sobre Jesús, y con la mayor rabia lo atropellaron y maltrataron ; y amarrándolo con cordeles, lo condujeron á Jerusalem con la mayor ignominia. ¡ Oh buen Jesús ! ¡ cómo se veria vuestro sagrado y delicado cuerpo con tantas ligaduras, golpes y malos tratamientos de aquella feroz canalla ! ¡ Qué denegrido y desfigurado quedaria en un instante vuestro hermosísimo rostro con tan inhumano y cruel atropellamiento ! ¡ Cuánto habeis querido padecer por nosotros !

Para sacerdotes.

« Venerables sacerdotes hermanos mios : si el mismo traidor hubiera visto antes á su divino Maestro en tanta agonía, por sola la « representacion de su infame venta, es de creer que no hubiera cometido tan horrendo atentado. Avivemos nosotros la fe ; y viendo « en contemplacion cuánto oprimió el corazon de Jesús la sacrilega « venta de su amado discípulo, procuremos á toda costa no repetir « la maldad de aquel pérfido, comiendo el cuerpo y bebiendo la sangre de nuestro divino Maestro en pecado mortal. Compadezcámonos de sus angustias, y consolémosle en su afliccion, velando so-

«bre nosotros mismos y sobre nuestros hermanos para que ni ellos
«ni nosotros demos causa para que renueven en Jesús las agonias del
«huerto, y diga á sus Ángeles : «El Hijo del Hombre va otra vez á
«ser entregado en manos de los pecadores.»

JACULATORIAS.

¡Oh divino Salvador! ¡y cuán encendido es vuestro amor! ¡cuán
abrasada vuestra caridad! ¡cuánto os cuesta nuestra redencion!

¿Por qué quisisteis, Jesús mio, aun antes de entrar en pasion
prodigar vuestra sangre preciosa hasta regar la tierra con ella?

Ya lo sé, Salvador mio. La prevision de mis irreverencias é in-
gratitudes es la que ha oprimido vuestro corazon hasta brotar en su-
dor copioso la sangre de vuestras venas. Haced, Señor, que el mio
se comprima de dolor, y que arrepentido de mis pecados os diga
con el mayor sentimiento que me pesa en el alma de haberos ofen-
dido.

PLÁTICA.

Sobre la pasion del Señor.

Ejercitantes : os he insinuado en el punto de meditacion las tris-
tes consideraciones que angustiaron el alma de Jesús en la oracion
del huerto, hasta el extremo inaudito de romper en copioso sudor
de sangre que corrió por la tierra. Cualquiera de las causas que mo-
tivaron la agonía del Señor pide una muy detenida contemplacion.
Pero la que mas llama esta noche mi atencion, y de la que quiero
que forméis una idea que en lo posible esté al alcance de vuestro
entendimiento, es la inhumana traicion del execrable Judas. Este
pérfido discípulo, que ya de antemano tenia tratada con los pontí-
fices la venta de su Maestro, se salió anticipadamente del cenáculo
para darles parte de que Jesús iba al huerto de Getsemaní, y para
que verificasen su prision. Con efecto, capitaneando él mismo á los
soldados, y habiéndoles advertido antes que á quien él diese óscu-
lo, aquel era Jesús; se dirigieron en tropel al huerto con picas,
cuerdas y todo género de armas para prender á Jesús. Pero ¡oh
mansísimo Cordero! nada de tanto aparato era menester para que
os entregáseis en sus manos; porque Vos mismo saliéndoles al en-
cuentro os entregaréis de buena voluntad. Pero, amados míos,
contemplemos cuánto seria el sentimiento de Jesús al ver al frente

de aquella infame chusma á su amado discípulo Judas, y que adelantándose á todos se dirige al Salvador, y le da un ósculo de paz, que era la contraseña que él habia dado á los satélites. «Amigo, le dice Jesús, amigo, ¿á qué has venido?» Y acordándose aun del amor que tuvo á aquella fiera, con semblante risueño inclina sus purísimos labios al beso del traidor, y con la mayor dulzura le dice: «Judas, ¿así entregas con este ósculo al Hijo del Hombre?» Y en su corazon continuaria preguntándole: «Así me quieres muerto por-que yo te amo; ¿qué es lo que haces, amado mio? Yo soy aquel que poco há se arrodilló á tus piés para lavártelos; ¿y ahora tú así me atropellas? Te hice mi apóstol, obrador de milagros y ahuyentador de demonios; te tuve conmigo á la mesa encarástica; te di á comer mi propio cuerpo, y si algo mas quieres de mí, estoy pronto á dártelo; ¿por qué así me has vendido á mis enemigos? ¿En qué te he ofendido yo? Si es delito en mí el haberte querido tanto, soy reo de un grande delito. Pero si esto no es culpa, dime, Judas, ¿por qué así entregas al Hijo del Hombre?»

Pero, amados mios, Judas cruel mas que un tigre se niega á los sentimientos de su propia conciencia, y con la mayor desvergüenza detiene él mismo á su Maestro, y lo hace asegurar con cuerdas como si fuese el mayor ladron y asesino. Nada le detiene, nada le intimida; ni el milagro que hace el Salvador restituyendo á Malco la oreja que san Pedro le cortó de una cuchillada; ni el poder de su Majestad, que con sola una palabra hizo caer en tierra como muertos á él y todos los soldados; nada le atemoriza, nada le mueve, y prosigue en realizar su sacrilego atentado. Ya, hermanos mios, Jesús está preso. ¡Qué perfidia, qué alevosía, qué crueldad! Las santas Escrituras nos presentan ejemplares de atroces traiciones; como la de Saul con David, la de Absalon con su padre, y otras muchas; pero traicion como la que hizo Judas á su Dios, á su Maestro y Bienhechor, no se ha visto ni se verá en la barbarie de todos los siglos. Traicion tan grande y asombrosa, que el mismo Nazareno, que tan generosamente se entregaba á la muerte, no pudo menos de quejarse por el real Profeta con estas palabras: «Si esta traicion me la hubiera hecho un enemigo declarado, no seria tanto mi dolor. Pero que me la haya tramado uno que yo creia tener un mismo corazon conmigo, de quien yo tenia tanta confianza, á quien hacia testigo de mis acciones, y á quien alimentaba á mi mesa; es una infidencia que me causa el mayor de los dolores.» Ved, amados mios, si sola la maldad de este pérfido apóstol era bastante, aunque no hu-

biese otra causa, para que la angustia de Jesús le hiciese sudar arroyos de sangre.

¡Y aun si sola la consideracion de que un caro amigo habia de venderle hubiera así aformentado el corazon de Jesús! Pero ¡ay! que su dolor se aumentó en infinito, al representársele muchísimos Judas, tan crueles y mas que el primero. Sí, hermanos mios, son muchos entre los cristianos los que beneficiados tantas veces por Jesús en el alma, tantas en el cuerpo, y tantas en los bienes temporales; apacentados en la mesa eucarística con la carne y sangre de su Dios, y regalados con tantos dones y gracias; á pesar de tantos favores, brutalmente lo venden á sus enemigos, no una sola vez como Judas, sino millares de millares, y no por treinta monedas como aquel, sino por mucho menos; por un puñado de tierra, que es todo lo de este mundo, por un gusto pasajero. Todos estos Judas afligieron ya en el huerto á Jesús con la representacion de sus ingratitudes; siendo allí tantos sus dolores cuantas eran las almas que su Majestad veia que habian de ser ingratas á su amor. Mis queridos ejercitantes: me parece que en mi corazon oigo los lamentos de nuestro Salvador que dice: «Tanta angustia y tristeza en mi alma, «tanto derrame de sangre en mi cuerpo, y no veo en mis amados hijos ni un sentimiento de compasion en sus afectos, ni una lágrima «de ternura en sus ojos.» Amados mios, de una serpiente venenosa se escribe, que al momento que una persona es mordida de ella, se le disuelve toda la masa de la sangre, y la arroja por todas las partes de su cuerpo, hasta por los ojos. El veneno de nuestras culpas hizo brotar la sangre de Jesús por todos los poros de su cuerpo inocentísimo. Y nosotros ¿no detestaremos la culpa con lágrimas de dolor, que son la sangre de un corazon arrepentido? Así como la lluvia cae del cielo para beneficiar la tierra, así la lluvia de la sangre de Jesús cayó en el huerto de Getsemaní para beneficiar nuestras almas y hacerlas revivir de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Siendo esto así, hermanos mios, ¿por qué no corremos á lavarnos, á empaparnos, á vivificarnos con el sudor saludable de la sangre preciosísima de nuestro Salvador? Corre, alma mia, decia san Pedro Damiano, corre, y lame aquellas suavísimas gotas.

Sí, dulcísimo Jesús mio: todos los ejercitantes acudimos ya con ansia á vuestros sacratísimos piés para chupar con nuestros labios la dulzura de vuestro sangriento sudor, para curarnos con él de la fétida lepra de nuestras gravísimas culpas. Conocemos, aunque tarde, y confesamos con vergüenza que nuestros pecados causaron en

vuestro tiernísimo corazón aquellos intensos dolores, aquellas negras angustias que hicieron brotar antes de tiempo vuestra purísima sangre, aquella sangre de que el mundo no era digno. Pero reconocidos y contritos detestamos la ingratitud de nuestro corazón, y compadecemos vuestras penas con lo mas vivo de nuestros afectos. Os rendimos las mas reverentes gracias por tanto como habeis querido padecer por nosotros, miserables, ingratos y atrevidos pecadores. Y humildemente os suplicamos, que nos enviéis aquel mismo Ángel que bajó á confortaros, para que reciba y os presente nuestras súplicas, y nos traiga de Vos la gracia de que consigamos el fruto de vuestra sangre divina, que es la eterna salud de nuestra alma, y el gozaros á Vos por eternidades en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOPRIMERO.

LECCION.

De las Obras de misericordia.

P. ¿Cuál es la primera obra de misericordia espiritual?

R. *Enseñar al que no sabe.*

El primero que nos dió ejemplo de esta obra de caridad fue Nuestro Señor Jesucristo, bajando del cielo á la tierra para enseñarnos el camino del cielo, que para nosotros era enteramente desconocido. Y despues de subirse al cielo, ¿qué hubiera sido de los hombres, si sus Apóstoles y discípulos no hubieran esparcido por todo el mundo las luces de su doctrina? Aun estaríamos envueltos en las sombras de la ignorancia. ¿Y qué sería tambien de nosotros, si no hubiésemos tenido padres y maestros cristianos que nos enseñaron las verdades eternas que ellos aprendieron de sus mayores? Estaríamos en el mismo infeliz estado en que viven y mueren los infieles que no conocen á Jesucristo, ni pueden salvarse fuera de su santa Iglesia. Es, pues, muy cierto que cualquiera que enseña á otro lo que debe saber y obrar para salvarse, hace una obra grande de misericordia, y atesora muchos méritos para el cielo.

P. ¿Cuál es la segunda obra de misericordia espiritual?

R. *Dar buen consejo al que lo ha menester.*

Cosa dificultosa es caminar de noche por sendas pedregosas y cubiertas de espinas sin tropezar ni punzarse. Así son los caminos de este mundo; y el hombre tiene que ir por ellos bajo la espesa niebla de sus pasiones. Por esto nos ha dado el Espíritu Santo una prodigiosa multitud de consejos en todas materias, para que nos guíemos por ellos en todas nuestras operaciones, y no tropecemos ni nos puncemos con el pecado. Y así nos dice á todos: «Hijo, nada «hagas sin consejo.» De que se infiere que si todos debemos obrar con consejo, todos tambien estamos obligados á darlo al que lo ha menester, pues en vano nos diria que nada hagamos sin consejo,

si no hubiera quien lo diese. Y la razon natural lo dicta. Pues si la caridad nos obliga á socorrer á nuestro prójimo en las necesidades del cuerpo, mucho mas nos obligará en las necesidades del alma. Por tanto, amados mios, cuando vuestro prójimo con deseo de acertar os pida consejo, y aunque no lo pida, si veis que va á precipitarse en algun mal por ignorancia ; no seais encogidos para dárse-lo, á fin de que evite lo que pueda sobrevenirle. Pero vuestro consejo ha de ser segun lo que conozcais en vuestra conciencia, sin adulacion ni miramiento á respeto humano.

P. ¿Cuál es la tercera obra de misericordia espiritual?

R. *Corregir al que yerra.*

Si con tiempo no se corrigen los malos resabios de un caballo fogoso, peligro corre de que alguna vez se precipite con el jinete. Tan expuesto está, y aun mas, á una caida espiritual ó corporal el hombre á quien con tiempo no se le corrigen los resabios de sus pasiones. Y por esto hace una obra grande de misericordia el que viendo que su prójimo se extravía del camino de la virtud, le avisa y amonesta para que evite su perdicion. Y esto no solo debemos hacerlo por ser obra de misericordia, sino tambien por ser expreso precepto de Jesucristo que nos dice : « Si ves que tu hermano peca en cosa grave, corrígelo entre tí y él solos. Si te oye, ya has ganado á tu hermano. Si no se enmendase con tu aviso, vuelve á él otra vez, y lleva contigo uno ó dos testigos. Y si aun despues de esto no se corrigiese, entonces delátalo á quien corresponda. »

P. ¿Cuál es la cuarta obra de misericordia espiritual?

R. *Perdonar las injurias.*

Nuestro Señor Jesucristo nos dice : « Si perdonais á otros los pecados que hacen contra vosotros, mi Padre celestial os perdonará tambien los pecados que cometiéreis contra él. » Para animaros al cumplimiento de esta obra de misericordia habeis de considerar que cuando el que os ofendió pide que le perdoneis el agravio que os hizo, él ya está perdonado de Dios, y como que os dice : « Perdóname, hermano mio ; el provecho todo será para tí ; porque el Señor dice que quien no perdona á su prójimo, no será perdonado de Dios : el Señor ya me perdonó á mí, no quieras tú ser mas que Dios. Y si no me perdonas, no digas cuando reces, perdónanos

«nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores ; porque entonces tú mismo pides á Dios que no te perdone , y «sí que te condene.»

P. ¿Cuál es la quinta obra de misericordia espiritual?

R. *Consolar al triste.*

Cuando se le representaron en la imaginacion á Jesús allá en el huerto todos los ultrajes y la cruel muerte que le esperaba dentro de pocas horas, fue tanta la tristeza que se apoderó de su espíritu, que como buscando consuelo en sus discípulos, les dijo que su alma estaba penetrada de una tristeza mortal. Pues si á Nuestro Señor Jesucristo de tal modo le oprimió la tristeza, que fue menester que un Ángel del cielo lo confortase, ¿no estará tambien abatido en el ánimo tu prójimo cuando se vea en grande tristeza, y necesitará del consuelo de un amigo? Si, hermano mio ; porque la tristeza hace en el alma y en el cuerpo lo que hace el roñín, que consume en la vaina la hoja de la espada. Consuela, pues, á tu prójimo en sus aficciones, y ganarás mucho con Dios.

P. ¿Cuál es la sexta obra de misericordia espiritual?

R. *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*

Amados ejercitantes : el que tiene paciencia es señor de sí mismo. No es este pensamiento mio ; lo dice Nuestro Señor Jesucristo con estas palabras : «En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas ;» esto es, seréis señores de vuestras pasiones. El que tiene paciencia con su prójimo goza de paz y tranquilidad, que es lo que hay de mas apreciable en el mundo. Suframos, pues, con paciencia las fragilidades y flaquezas de nuestros hermanos ; porque si no disimulamos los defectos de los otros, ¿con qué razon podremos querer que ellos disimulen los nuestros? Sobre todo sufrid con paciencia las flaquezas de vuestros padres ; porque se lo debeis de justicia, pues que ellos sufrieron las vuestras. Y sufrid las de vuestras mujeres ; porque son vuestras compañeras, y por lo mismo son acreedoras á que las trateis con amor, como os lo amonesta san Pablo.

P. ¿Cuál es la séptima obra de misericordia espiritual?

R. *Rogar á Dios por vivos y muertos.*

Esto es lo que Jesucristo nos enseñó en la oracion del Padre nuestro, y tambien nos lo amonesta el apóstol Santiago con estas palabras : «Rogad á Dios unos por otros, para que os salveis.» Y por

lo que hace á los difuntos, nos dice el Espíritu Santo por el profeta Malaquías : « Cosa santa y saludable es rogar por los difuntos, « para que se alivien de sus penas. » Sed , pues, amados míos, misericordiosos con los prójimos, así vivos como muertos, y hallaréis en Dios misericordia. El Señor se digne tenerla con todos. Amen.

EJEMPLO.

¿ Quién es el prójimo ?

Cuando hacemos las obras de misericordia corporales ó espirituales hemos de hacer la observacion que hacia san Vicente de Paul ; pues decia este gran Santo y héroe de la caridad : Yo no debo juzgar de un pobre aldeano, de una pobre mujer del campo por su exterior y habilidad natural ; algunos de ellos son rudos y groseros, tanto que difícilmente se conoce en ellos la figura y el espíritu de una criatura racional ; mas si los consideramos á la luz de la fe, los hallaremos tan profundamente grabados en el corazon del Hijo de Dios, que no ha reparado en derramar por ellos toda la sangre de sus venas, y en dar por cada uno de ellos su vida. ¡ Oh ! cuán útil es el ver en nuestro prójimo al mismo Dios, para hacer de él la estima que hizo Jesucristo !...

MEDITACION.

De Jesús en los tribunales.

Considera, cristiano, como conducido Jesús á Jerusalem, como si fuera un reo de los mayores delitos, lo presentaron á los tribunales, en donde sufrió las mayores injurias. La primera la recibió en el tribunal de Anás, príncipe de los sacerdotes, con una cruel bofetada que en presencia de todos le dió un soldado. Injuria fue esta la mas afrentosa y denigrativa, por razon de la persona ofendida, por razon de quien se la dió, y por la misma ofensa. Esta ofensa fue llena de crueldad ; porque la bofetada se le dió al Señor con mano armada en guante de hierro, como usaban entonces los soldados ; y por ella el hermosísimo rostro de Jesús quedó cárdeno y denegrido, y hasta la muerte conservó las señales del golpe. Esta injuria fue llena de ignominia ; porque se le hizo en presencia de todos los ancianos, que eran los que gobernaban la Sinagoga y los jueces en puntos de religion. Y tambien fue llena de injusticia ; porque se le dió por una respuesta inocente y que á nadie ofendia. El

agresor no solo fue un hombre vil, sino tambien ingrato ; pues fue aquel soldado llamado Malco, á quien antes curó el Salvador de la cuchillada que en la oreja le dió san Pedro. Y el ofendido fue aquel bellissimo rostro que los Ángeles no se hartan de mirar, y que con tanta majestad ha de venir á juzgarnos. Los Santos contemplativos se pasman de tan horrible atentado ; y se admiran de que el sol no se eclipsó, ó se abrió en bocas la tierra, á vista de espectáculo tan horrendo. Si tanta afrenta sufrió el Señor por nosotros, amados mios, ¿con qué razon podrémos quejarnos de una palabra picante ó de una pequeña falta de atencion que recibimos de nuestro prójimo? Avergoncémonos de tanta delicadeza, y resolvámonos á en adelante imitar mejor á nuestro Salvador en la tolerancia de los oprobios.

Considera, ejercitante, que la segunda injuria enormísima que recibió nuestro Redentor fue en el tribunal de Herodes. Aquí fue donde atado como reo, con la cabeza baja, y sin excusarse ni defenderse de las imposturas de sus enemigos, fue tenido por loco y como á tal. Aquel Rey soberbio, adúltero y sanguinario mandó que le vistiesen una túnica blanca, y fue burlado de toda su tropa y corte. Bien pudo el Señor con un solo milagro librarse de todas estas ignominias ; pero sediento de nuestro rescate, mas quiso hacer milagros para aumentar su pasion que para disminuirla. ¿Y qué mas milagro que un tan grande silencio entre tantas calumnias, y entre tantos ultrajes y desprecios una serenidad de rostro tan nunca vista? Pensemos ahora, hermanos mios ; si el Hijo de Dios, que es la eterna sabiduría, así quiso por nuestro amor que le tuviesen y tratasen como insensato, ¿lo serémos nosotros tanto, que hagamos mas caso de los juicios de los hombres que del ejemplo que nos dió nuestro Salvador? ¿Perderémos el sueño y la paz, si no somos apreciados de otros como quisiéramos? Ciertó es que si el amor que tenemos á nuestra estimacion no muere en nosotros á vista de estos excesos de humildad del Hijo de Dios, no sé cuándo podrá morir. ¿Qué confusion no seria la nuestra en el juicio que el divino Juez hará de nosotros, si despues de tantos ejemplos que nos ha dado de humildad viese que nosotros habíamos pensado y vivido como si no los hubiera dado? Pues, hermanos mios, no hay remedio ; ó hemos de consentir en ser despreciados como Jesús, ó hemos de despreciar á Jesús que nos manda ser humildes. Agradecemos á Jesús lo que ha padecido por enseñarnos ; pidámosle que nos haga participantes de sus humillaciones, y que nosotros hagamos de ellas el aprecio que se merecen.

Considera, cristiano, la tercera injuria que recibió el Salvador en el tribunal de Poncio Pitato. Este malvado y cobarde juez, queriendo complacer á los judíos, dejó á eleccion de aquella vil canalla á qué reo habia de dar libertad, segun costumbre, en razon de la celebridad de la Pascua. Y para esto, comparando á Jesús con Barrabás, que era ladron y homicida, para que en uno de ellos recayese la suerte de libertad ó muerte de cruz, les preguntó á quién querian que soltase; si á Jesús ó á Barrabás. Y al punto la turba de escribas, fariseos, sacerdotes y doctores de la ley, unánimes á una voz gritaron: *No sueltes á Jesús, sino á Barrabás*. Si Jesuervisto hubiera sido comparado con el mas sublime Querubin, aun hubiera sido una singularísima afrenta para la divina Persona. Pues ¿cuál seria su afrenta al verse comparado, no solo con el peor hombre que habia en las cárceles de Jerusalem, sino tambien pospuesto á este por consentimiento y aprobacion general? ¡Oh pésima eleccion! ¡oh eleccion todavía renovada tantas veces, cuantas por contemplar nuestras pasiones preferimos el gusto de nuestro amor propio á la voluntad de Dios! Para reparar tanto agravio, amados míos, á lo menos de hoy en adelante contentémonos de que otros sean preferidos á nosotros, y de que el mundo nos deje detrás de todos en sus empleos y elecciones. Léjos de ambicionar ninguna preferencia, estimemos como el Salvador perder toda competencia, y quedarnos en el último lugar entre nuestros hermanos. No nos enojemos por esto; antes bien estemos muy contentos considerando que nuestro divino Maestro quiso por nuestro amor ser reputado por el mas vil de los hombres, y pisado de todos como si fuera un inundo gusano. Quanto mas bajos estemos á los ojos del mundo, tanto mas altos y cercanos estaremos á nuestro Salvador, y tanto mas estimados seremos de su Padre celestial. Imitemos los ejemplos de nuestro Maestro.

Para sacerdotes.

«¡Oh! y qué asombro, venerables sacerdotes! En esta misma noche y en casa del pontífice Caifás fue en donde el discípulo mas fervoroso fue el mas perjuro y blasfemo para con su Maestro. Aquí fue en donde san Pedro negó tres veces á Cristo. Se jactaba poco antes de que aunque sus compañeros todos desamparasen á su Maestro, él no lo dejaria hasta la muerte. Con esta vana confianza se introdujo en el palacio de Caifás, se sentó entre los soldados y criados del Pontífice, y preguntado por ellos, afirmó con juramen-

«lo que no conocia á Jesús. Temblemos, compañeros, á vista de «este ejemplar; no presumamos de nuestras virtudes, en términos «que nos tengamos por seguros de una caída. Porque esto seria lo «mismo que afirmarnos en una caña cascada; y en castigo de nues- «tra vana confianza caeríamos, y nuestra caída seria mas lastimosa «que la de san Pedro.»

JACULATORIAS.

¡Vos, Salvador mio, tan humilde y sufrido á la cruel bofetada de un vil soldado; y yo tan arrogante y soberbio por nada que me dijo mi hermano! Me arrepiento y os pido que me perdoneis.

Vos, que sois la eterna sabiduría, sufristeis por mi amor ser mo- fado como loco. ¡Y yo que soy la misma ignorancia, he de querer que todos me respeten y reputen por lo que no soy! ¡Qué mal he seguido vuestro ejemplo!

¡Y cuántas veces, Jesús mio, ó por cobardía ó por respetos hu- manos os habré negado, como si no os conociese, no saliendo á vuestra defensa contra los enemigos de vuestra doctrina! Lloraré mi pecado como Pedro, y siempre clamaré á Vos diciendo que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Cristo en los tribunales.

Ejercitantes: una de las cosas que hacen mas sensible al hombre la injuria que recibe de otro, es la circunstancia de la persona in- juriada. Porque, ¿qué cosa mas repugnante que la injuria recibida de uno que ni en honor, ni en poder, ni en dignidad puede igualar, en mucho, con la persona injuriada? ¿Qué cosa mas difícil de disi- mular que ser despreciado y maltratado de aquel que está unido á nosotros con el vínculo de la sangre ó amistad? ¿Qué cosa mas pe- sada para un hombre que la infidencia del otro que disfrutaba de sus favores y confianza? Pues todas estas circunstancias y cuantas pue- den contribuir para hacer intolerable una injuria, todas se aduna- ron para atormentar á Jesucristo y hacer mas dolorosa su pasion. Nuestro Salvador es preso en el huerto, y con escolta de soldados es conducido á Jerusalem. Sigámosle con la contemplacion; entre- mos con su Majestad en los tribunales, y os convenceréis de la ver- dad que acabo de proponeros. Dos son las principales cualidades en que la opinion comun divide á los hombres en la estimacion que de

ellos se hace : unos que el mundo llama grandes , y otros que tiene por pequeños. Vamos á ver cómo se portan los primeros con Jesús, rey de reyes y señor de los señores. A casa de Anás lo llevan ; vamos á ver cómo lo recibe este Pontífice.

¡Ay! amados míos : ¿y qué recibimiento podrá tener Jesús de Anás, siendo suegro de aquel otro sumo sacerdote que ya tiene persuadido á los judíos, con referencia á Jesús, que conviene que mueran un hombre para que se salve el pueblo? Le presentan el Salvador á este viejo envidioso y soberbio ; y al punto manda que lo lleven á su yerno Caifás para que lo examine y condene á muerte. ¡Pobre Jesús! ya sales de esta casa con tu exterminio pronunciado por el pontífice Anás ; pero te llevan al sumo sacerdote Caifás, y puede ser que de este tengas otro recibimiento. Sí, amados míos, otro y muy otro fue el recibimiento que encontró Jesús. Caifás, deseoso de hallar un colorido de delito para condenar al Salvador, le pregunta qué doctrina enseñaba. Y el Señor le respondió : «No me preguntes á mí de mi doctrina ; pregunta á los que la han oído, y ellos dirán qué doctrina es la mía.» A cuya respuesta un ministro de justicia le da una fiera bofetada ; castigo que no se daba sino á los esclavos. Y volvió á preguntarle : «Es verdad que tú eres el Mesías y el Hijo de Dios?» Y le respondió el Salvador : *Tú lo dices*. A estas palabras se levanta Caifás enfurecido, rasga sus vestiduras en señal de ejecucion, y dice : «Aquí ya no hay necesidad de testigos ; este hombre ha blasfemado contra Dios ; » y respondieron todos que era reo de muerte. Y despues de haberle maltratado toda la noche, á la mañana lo presentaron á Pilato, y este lo mandó al rey Herodes para que lo sentenciase. Este malvado y cruel hombre hizo, por divertirse, varias preguntas al Salvador ; y como á todo callase, indignado por su silencio mandó que por escarnio le pusiesen una túnica blanca como si fuera loco, y que lo volviesen á Pilato. ¡Oh divino Cordero! ¿qué será de Vos en el tribunal de este Príncipe tímido y cobarde? Pilato, no encontrando causa en Jesús, queria librarlo ; pero temiendo la rabia de los judíos, lo condena á ser cruelmente azotado ; y no bastando esto para apaciguarlos, al fin lo condena á muerte de cruz, que solo se daba á los mas facinerosos.

¿Qué os parece, amados míos? Si así se trató á Jesús por unos hombres de la primera jerarquía, que deben tratar la inocencia segun los principios de justicia, ¿qué podrá esperarse de la gente baja, que como lobos hambrientos piden su sangre y su muerte? Ya

lo podeis coiegir de lo que os dí á contemplar en el punto de meditacion. Me horrorizo , amados mios , al contemplar los malos tratamientos que sufrió Jesús desde el buerto á Jerusalem , y los insultos de aquella fatal noche. ¡Qué de salivas , qué de bofetadas , qué , de azotes , qué de espinas ! Omíto la ingratitud de tantos ciegos , tullidos y enfermos que curó , tantos endemoniados que sanó y muertos que resucitó , que mezclados con la turba ni le defienden , ni aun le compadecen. Todo esto y mucho mas paso por alto ; pero no puedo menos de decir cuán grande seria el dolor que traspasó el corazon de Jesús , por la mala correspondencia de sus amados discipulos. Yo les diria : Tú , Judas , que has visto como la Magdalena derramó á los piés de Jesús , para honrarle , bálsamo en valor de mas de trescientos reales , ¿ te has atrevido á vender á tu Señor por el vil precio de treinta monedas ? Apóstol Pedro , ¿ qué se hizo tu valentía ? Poco há decias que estabas pronto á seguir á tu Maestro hasta la muerte , ¿ y ahora lo desconoces , con juramento , en la cocina del Pontífice ? Santiago , Juan , Mateo , y Apóstoles todos , ¿ qué habeis hecho con el Nazareno ? Todos le habeis abandonado , os habeis escondido , y él sale ya cargado con el pesado leño en que ha de ser crucificado.

Mi alma se abisma en esta contemplacion , al considerar oprimido de tantos dolores al que es la misma santidad é inocencia. El Salvador dijo á los judíos : « ¿ Quién de vosotros podrá argüirme de pecado ? » Y sin embargo quiso por nuestro amor ser tratado como el mayor de los pecadores , por toda clase de hombres , grandes y chicos , nobles y plebeyos , pontífices y sacerdotes , jueces , soldados y alguaciles. Y nosotros , á vista de esta leccion de paciencia que nos da nuestro divino Maestro , ¿ cómo llevamos los trabajos que tan merecidos tenemos ? ¿ Podrá ninguno de nosotros decir como el Salvador : quién podrá argüirme de pecado ? Ninguno ; porque todos somos pecadores , todos tenemos pecado. Entended , hermanos mios , que cuantas calamidades y miserias vienen sobre nosotros , todas son castigo de nuestros pecados. Si la ira , si la venganza , si la envidia , si todas las pasiones nos hacen guerra , castigo es de nuestros pecados. Si somos mortificados con enfermedades y males en el cuerpo , castigo es de nuestros vicios. Si los elementos se conjuran contra nosotros , y nos afligen con pestes , incendios , diluvios , movimientos de tierra , hambres y carestías , castigo es de nuestras culpas. Si los hombres nos persiguen , si nos hacen guerra , si nos injurian y maltratan , lo tenemos bien merecido ; castigo es de nuestros peca-

des. ¿Y cómo llevamos estos trabajos? ¿Cómo imitamos á Jesús en el humilde sufrimiento? Jesús inocente es castigado como el mas criminal de los hombres, y lo padece en profundo silencio, con inalterable paciencia y mansedumbre. Nosotros, por ser pecadores, somos afligidos por un Dios justo que nos castiga por amor y con misericordia, y en vez de conformarnos con su voluntad, nos enfadamos, nos quejamos, y aun murmuramos de su providencia. ¿Qué conducta es la nuestra, amados míos? Si hemos sido espectadores de los padecimientos de Jesús en los tribunales, ¿por qué no hemos de ser imitadores de su paciencia? Desengañémonos, pues, hermanos míos, y tengamos por cierto que si no seguimos á Cristo y llevamos de buena voluntad la cruz de nuestros trabajos; por mas que lo queramos no entraremos á gozar el fruto de su pasión en la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

LECCION.

De las Bienaventuranzas.

Ejercitantes : el pecado de Adan nos hizo á todos de tan mala condicion, que regularmente estimamos por malo lo que es bueno, y por bueno lo que es malo ; huimos de lo que nos seria provechoso, y buscamos lo que nos daña ; tenemos por felices á los que poseen los bienes de la tierra, y por infelices á los que carecen de ellos. Pero Jesucristo, que vino al mundo para iluminar á los hombres, subió un dia con sus discípulos á un monte, y para despreocuparlos de las falsas ideas del mundo corrompido los hizo sentar á su lado, y les enseñó quiénes eran en el mundo los verdaderamente felices, dividiéndolos en ocho clases, que son las ocho Bienaventuranzas que nos enseña el Catecismo. Y de estas voy á hablarlos.

P. ¿Cuál es la primera bienaventuranza ?

R. *Jesucristo lo dijo : Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino del cielo.*

P. ¿ Quiénes son los pobres de espíritu ?

R. Los que si no tienen riquezas tampoco las desean ; y si las tienen no pegan á ellas el corazon. Jesucristo dice : « En donde teneis « el dinero, allí estará vuestro corazon. » De consiguiente, un rico codicioso siempre vive con recelo de si perderá su dinero, ó agitado con afanes para aumentarlo. Este rico no puede gozar de sosiego en su alma, y por de contado no puede ser feliz ; porque la felicidad de esta vida consiste principalmente en la paz y quietud del alma. El pobre de espíritu, si realmente es rico, posee sus riquezas con suma indiferencia, y tanto se le da perderlas como tenerlas. Y si es pobre de los bienes de la tierra, vive contento en su pobreza, y no las desea. Este vive tranquilo sin recelos ni cuidados, es feliz en el mundo, y será bienaventurado en el cielo.

P. ¿Cuál es la segunda bienaventuranza ?

R. *Bienaventurados son los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

P. ¿Y quiénes son los mansos?

R. Son los que sufren las injurias y trabajos sin impacientarse ni inquietarse.

P. ¿Y qué tierra poseerán?

R. El cielo, que en las santas Escrituras se dice la tierra de los vivos.

Procuremos, amados míos, entrar en el número de estos ; porque Jesucristo nos dice : «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» Si el Señor sufrió con tanta mansedumbre los ultrajes y muerte mas afrentosa por nosotros, tambien nosotros debemos tolerar con paciencia y mansedumbre las injurias que otros nos hagan y los trabajos que el Señor nos envíe ; porque esta es su voluntad, y los tenemos bien merecidos. Nunca nos airemos contra el que nos ofenda, ni procuremos la venganza. El Señor dice : «que la «venganza es suya, y que á cada uno le dará lo que merezca.» Á su tiempo recibirá de Dios el castigo nuestro ofensor : seamos mansos y clementes, y bajo la palabra de Jesucristo serémos bienaventurados en el cielo.

P. ¿Cuál es la tercera bienaventuranza?

R. *Bienaventurados son los que lloran, porque ellos serán consolados.*

P. ¿Quiénes son los que lloran, y serán consolados?

R. Los que renuncian á todos los placeres del mundo, y llevan una vida retirada y penitente.

P. ¿Y quiénes no serán bienaventurados?

R. Los que rien y se divierten con los pasatiempos y vanidades del mundo. A estos dice Jesucristo : «¡Ay de vosotros que ahora reís «y andais alegres con el mundo! algun dia lloraréis.»

Ejercitantes : lo primero que hace el cuervo en un animal muerto, es sacarle los ojos. Y lo primero que hace el demonio cuando el hombre empieza á dar de sí el mal olor del mundo, es cegarle los ojos del alma, que es la luz de la razon, para que no vea los peligros que hay en los deleites y pasatiempos del mundo, y siguiéndolos se precipite en la hoya del infierno. De esta ceguera resulta que los jóvenes (y los que no son jóvenes) alucinados, y como si no creyeran que despues de esta vida breve viene otra de gozar ó padecer sin fin, se entregan á todo lo que es contentar sus apetitos sensuales. Estos son los que, segun el profeta Isaías, se dicen á sí mismos : «Comamos y bebamos, porque mañana morirémos.» Y en este loco concepto se forman un plan de vida todo del mundo, y pa-

san el tiempo corriendo de diversion en diversion y de festejo en festejo, sin pensar en lo que dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios : « El fin de la alegría mundana es el llanto. » Estos no deben decirse felices en el mundo, ni serán bienaventurados en el cielo.

P. ¿Cuál es la cuarta bienaventuranza?

R. *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*

P. Y estos ¿quiénes son?

R. Los que siempre tienen un deseo ardiente del mejor servicio de Dios.

El hijo pródigo, que flaqueó en el servicio de su buen padre, hasta dejar su casa para darse á todas las licencias de una vida ociosa y disipada, vino á parar en la miseria de no poder hartarse aun de las bellotas que comian los puercos que guardaba ; al mismo tiempo que su buen hermano, permaneciendo en el servicio de su padre como buen hijo, gozaba de todas las comodidades y delicias de su casa.

Jóvenes : ¿cuántos de vuestra edad están ahora y estarán eternamente padeciendo en el infierno la hambre y sed mas rabiosa, porque, semejantes al hijo pródigo, flaquearon en el servicio de Dios, volvieron á los placeres del mundo, y á revolcarse en el cenagal de los vicios hasta perder la hacienda, la salud, la vida y el alma ? ¿Cuántos que vivieron siempre hambrientos y sedientos de hacer en toda la voluntad y servicio de Dios, están ahora y estarán para siempre gozando en el cielo la vista del Padre eterno, en la que consiste toda la hartura de los bienaventurados?

Ejercitantes de toda edad : si el hijo pródigo quiso saciar su hambre, tuvo que volver á la casa de su padre, y ocuparse otra vez en su servicio. Si alguno de vosotros seducido por el demonio ha tenido la debilidad de apartarse del servicio del Señor para tomar los caminos de una vida licenciosa y disipada, vuelva pronto á la casa y servicio de Dios, antes que le coja la muerte cebando sus asquerosos apetitos en los matorrales de la iniquidad.

Sí, hijo mio, vé á buscar á tu Padre celestial, y mantente siempre firme en el cumplimiento de su voluntad, y serás harto de las delicias y bienaventurado en el cielo. Amen.

EjemPlo.

Un jóven chino viajando por la provincia de Chen-si, en la China, halló en el camino una bolsa de dinero con diez ó doce duros, y tuvo bastante buena voluntad para buscar la persona que la habia perdido para devolvérsela. Esta accion pareció heróica á los chinos, y el mandarin del lugar, que tuvo noticia de ella, no quiso dejarla pasar sin recompensa. El mismo mandarin hizo el elogio de ella en un discurso que se imprimió en grandes caractéres, y se fijó en la puerta de la casa de la autoridad.

Mas Dios, á quien aun las virtudes naturales son agradables, hizo á este jóven una gracia muy grande, y fue que continuando su viaje se le acercó una persona desconocida y le dijo: «¿Cómo ha devuelto V. tan generosamente aquel dinero que halló? ¿Sabe V. que es propio de los cristianos hacer acciones semejantes? Pero entienda V. que en el estado en que se halla estas virtudes no le salvarán, es preciso que V. se haga cristiano. Créame V. que le quiero bien, vaya V. á encontrar al Padre que tienen los cristianos y abrace su Religion, sin la cual la rectitud y equidad natural le serán á V. inútiles despues de la muerte.» Obedeció con prontitud el jóven, y fué al encuentro del Padre misionero. Le refirió con mucha sencillez todo lo que le habia ocurrido, y preguntaba al Padre misionero ¿qué es ser cristiano? ¿qué quiere V. que haga? El Padre le instruyó y bautizó, y fue un cristiano muy bueno; fue pobre de espíritu, y por tanto Dios le dió el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la flagelacion del Señor.

Considera, cristiano, como la rabia de los judíos contra Jesús era tanta, que sin embargo de que Pilato gozaba de tanto poder y autoridad sobre ellos, como gobernador que era de toda la Judea, no podia reducirlos á que desistiesen del cruel empeño de dar la muerte á nuestro Salvador. Pero no habiendo perdido aun todas las esperanzas de salvarlo, se valió de un medio que le pareció acertado para ablandar la dureza y saña de los judíos, y para que quedasen contentos y satisfechos sin llegar á quitar la vida al Señor. Y este medio fue mandarle azotar cruelmente, en términos que la vista lasti-

mosa de Jesús pudiese excitar á compasion. ¡Oh divino Salvador, y qué amarga ha de ser para vuestra Majestad la ejecucion de esta tentativa! Ángeles del cielo, cubrid vuestros rostros para no ver lo que va á suceder con vuestro Criador. Ejercitantes: consideremos cuán grande seria el dolor que padeció el Señor en esta accion, ejecutada por unos verdugos poseidos del furor de todo el infierno. Cuatro circunstancias hemos de considerar en la flagelacion de nuestro Salvador, que la hicieron indeciblemente dolorosa. La primera es, la finísima delicadeza de su virginal complexion. El cuerpo del Salvador, como formado milagrosamente y para un fin tan alto como era servir de instrumento á su benditísima alma, era en extremo delicado y sensible. Y además de esto estaba sumamente debilitado por el sudor tan copioso de sangre, por la mortal agonía que padeció en el huerto, y por los inhumanos tratamientos que sufrió en su prision. La segunda circunstancia es la fiera de unos satélites que sobre ser de naturaleza crueles, eran animados por el encono de los judíos, y ensoberbecidos por las furias del abismo. La tercera fue la inaudita y nunca vista flagelacion, así en la crueldad como en el número de los azotes. Y la cuarta fue la vergonzosa desnudez en que pusieron al Señor para azotarlo.

Pecador: vamos á ver si podrás dejar de enternecerte á vista de un espectáculo tan compasivo como sangriento. Imagínate que entraste en el pretorio en donde se habia de ejecutar la sentencia; y que luego viste que cuatro satélites acometieron á Jesús, y con la mayor insolencia lo despojaron de sus vestiduras hasta dejarlo enteramente desnudo. Considera aquí cuánta seria la confusion del Señor á la vista de tantos soldados, y de toda aquella infame y sacrilega canalla. Pues esta confusion y vergüenza quiso pasar por nosotros, para librarnos de la confusion y vergüenza que hemos de padecer infaliblemente en el tribunal de Dios, si no nos aprovechamos de la que Jesús padeció por nosotros, y aparecemos desnudos de virtudes y buenas obras. Pasmaos, Ángeles del cielo, al ver que unos hombres los mas viles tienen el atrevimiento de poner en entera desnudez al que es la misma pureza por esencia, al que viste de gala los lirios del campo y las aves del cielo. Pero pasmaos mas de un pecador que viendo al Salvador en estado tan vergonzoso, con el mayor denuedo y desenvoltura se despoja á sí mismo de todos los sentimientos de humanidad y gratitud, y de todos los principios de religion, para con mas desembarazo y crueldad que los judíos azotar con sus pecados el sacratísimo cuerpo de su Redentor.

Considera, cristiano, como ya desnudo el Señor, aquellos verdugos lo amarraron á una columna del atrio, y armados de manojos de varas y fuertes correas de cuero, empezaron á descargar con pesada mano los mas fieros golpes en su delicadísimo cuerpo. El eco de los azotes resonaba sin intermision en las bóvedas del pretorio, y no quedó miembro ni parte alguna de la sacratísima humanidad de Cristo que no fuese golpeada. Ya las espaldas de Jesús se presentan amoratadas á la vista de aquellos lobos carniceros; y como sedientos de aquella purísima sangre que ya se manifiesta querer brotar, arrecian mas los azotes; y rotas ya sus carnes empieza á correr con abundancia, quedando teñidos los instrumentos de la flagelacion, manchada la columna, salpicados los mismos verdugos, y rociado el suelo con aquella divina sangre preciosa de nuestra redencion. ¿Quién no esperaria que un espectáculo de tanta compasion ablandaria la dureza de aquellos corazones mas que de bronce? Pero aquellos viles hombres, como leones que á vista de la sangre mas se ensoberbecen, se rehacen en su rabia, y con mayor fuerza continúan azotando al Señor hasta descubrirse los huesos de su purísimo cuerpo. ¡Oh divino Salvador, y qué caro os cuesta pagar por nosotros los gustos y deleites que hemos dado á nuestro cuerpo con ofensa de vuestro Padre!

Díme ahora, pecador; despues que has contemplado tan doloroso espectáculo, tanta sangre y tantas llagas en nuestro inocentísimo Redentor, ¿tendrás aun valor para añadir heridas á heridas, añadiendo pecados á pecados? ¿Entregarás aun tu cuerpo á los criminales gustos, como lo has hecho hasta aquí? Piensa, hijo mio, que no sintió tanto el Señor los azotes como tus pecados, que ya entonces tenia previstos. Detesta para siempre tus culpas, como causa que fueron de tanto tormento para Jesús; ofrécele para su alivio tu verdadero arrepentimiento, y pídele la gracia de que nunca mas le ofendas.

Para sacerdotes.

«Yo soy de sentir, carísimos sacerdotes, que si en el acto de la «flagelacion los ejecutores hubieran visto el corazon de Jesús encendido en caridad para con ellos mismos, hubieran arrojado los azotes, y su odio todo se hubiera convertido en amor á su Criador. «Hagamos nosotros lo que aquellos no hicieron, y correspondamos «con todos los afectos de nuestro corazon al amor de nuestro divino «Maestro. Y ya que no está en nuestra mano suspender los pecados

«de tantos malos cristianos con que renuevan las llagas y dolores de
«Jesús, á lo menos prometámosle por nuestra parte que ya no nos
«quejarémos de cualquier agravio que recibamos de nuestros ene-
«migos, que trataremos nuestro cuerpo sin blandura, y que por
«imitarle y agradarle le haremos perenne y perpétuo sacrificio de
«nuestro amor propio.»

JACULATORIAS.

¡Oh divino Salvador de mi alma! ¿será posible que viéndoos yo
en desnudez tan vergonzosa por mis culpas, tenga aun valor para
aumentar vuestra confusion con nuevos pecados? No lo permitais,
Jesús mio.

¡Oh inocentísimo Cordero! si al fin habeis de ser puesto en una
cruz, ¿por qué quereis sufrir anticipadamente un castigo mas dolo-
roso que la misma cruz?

¡Oh enormidad de mis pecados, que para satisfacer por ellos á
la divina justicia fue necesario, Jesús mio, que Vos padeciéseis tan-
to! Yo los detesto de todo mi corazon para jamás volver á ellos, y
me pesa en el alma haberlos cometido; me pesa en el alma haberos
ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la flagelacion del Señor.

Ejercitantes: en el punto de meditacion que acabo de leeros te-
neis bastante materia para contemplar cuánto seria el dolor que sin-
tió nuestro Salvador en el cruelísimo tormento de su flagelacion.
Dolor que entre todos los que padeció, el mismo Señor por el real
Profeta le llama *su dolor*, diciendo: «Soy azotado; y mi dolor siem-
«pre lo tengo presente.» Como si dijera: así como al día del juicio
universal le llamo *mi día*, porque en él vendré con todos los esplen-
dores de mi majestad; así al dolor que sentí en mi flagelacion le lla-
mo *mi dolor*, porque en ella sentí la acerbidad de todos los dolores.
¡Oh fiereza judáica! ¡y con qué inhumanidad has destrozado el de-
dicadísimo cuerpo del Hijo de una Virgen concebido por el Espíritu
Santo! Desde la planta del pié hasta lo sumo de la cabeza no hay un
miembro ni parte la mas pequeña que no tenga su particular dolor.
Pero, amados mios, ¿qué circunstancias os parece que hicieron
mas sensible á Jesús el tormento de los azotes? No otras que las de

ser un castigo ignominioso sobre injusto. Un hombre que está inocente no siente tanto los tormentos ni la muerte, como lo injusto de la sentencia. Siendo, pues, el Salvador la misma inocencia, impecable por esencia, que á nadie hizo mal, que á todos hizo bien, ¿cuánto sentiria los azotes por lo injusto de la sentencia? Y aun si esta fuese pronunciada por equivocacion, ó por falta de conocimiento de la causa en el juez, parece que habria lugar á reflexion alguna de consuelo. Pero Pilato estaba bien persuadido de que la acusacion era injusta; Pilato tenia bien conocida la malicia de los judíos contra Jesús; Pilato ve la falsedad de los testigos; Pilato reconoce y por tres veces hace notoria al pueblo la inocencia del Nazareno; y á pesar de todo, y con pleno conocimiento y premeditada deliberacion, Pilato pronuncia la sentencia de azotes. ¡Qué injusticia tan notoria! ¡que dolor mas grande para el inocentísimo corazon de Jesús! ¡Oh Dios mio! parece increíble, pero es de fe. Es inocente, dice Pilato; pero lo mandaré azotar. Sentencia injusta, inconsecuencia cruel. ¿Qué es lo que dices, juez injusto? ¿Azotes al Nazareno? Atórméntalo de cuantos modos te sugiera tu mal corazon; pero no con azotes, porque la ignominia de este castigo aumentará el dolor á este Jesús que tú has declarado estar inocente.

Ejercitantes: esta negra ignominia es la otra circunstancia que para Jesucristo hizo la flagelacion el máximo de sus dolores. Aunque las leyes que rigen en lo humano sean á las veces como antojadizas y crueles en señalar castigo á los delinquentes, son tambien muy miradas en distinguir y señalar diversas penas, segun la calidad de las personas. De que resulta este irrefragable principio entre los juristas: «Menos se castiga al que es noble que al que no lo es.» Y bajo esta regla, en caso de ser delincuente Jesús, debió dársele un castigo correspondiente al nobilísimo origen de su nacimiento. Pero ¿qué hizo el inconsiderado Pilato? Lo condenó á los azotes, que era el castigo de los esclavos y de los malhechores mas atroces. Y ved aquí, amados mios, que el Hijo de Dios, el vástago de la Real estirpe de David, el inocentísimo Jesús es azotado como un facineroso, como un ladron, como un vil esclavo. Si tanto siente un hombre de bien que le toquen á su honra, que estima mas que la vida, ¿qué sentiria el Salvador al verse deshonrado tan pública y solemnemente? Pero ¡ah! no paró aquí la ignominia: era preciso que la rabia de los judíos la remontase para Jesús hasta donde pudiese alcanzar la malicia. Habia mandado Dios que el castigo de azotes no pasase de cuarenta golpes, para que el reo no apareciese á los ojos

de su hermano demasiadamente lastimado ; y aun los mismos judíos por no parecer crueles siempre perdonaban el último golpe. Pero cuando se trata de azotar á Jesús, no hay respeto á leyes divinas ni humanas. Ya no han de ser treinta y nueve ni cuarenta los golpes ; sino á discrecion de la crueldad de los verdugos , cuantos, relevándose unos á otros y sin cesar, puedan descargar por espacio de cinco cuartos de hora en la espalda, en el pecho, en los brazos, en los costados y en todo el cuerpo de Jesús ; hasta que se le desgarran sus carnes, hasta que le descubran los huesos, hasta que la sangre encharque la tierra, hasta que el Autor de la vida caiga amortecido al pié de la columna. ¡ Qué confusion, qué vergüenza para Jesús, que era el mismo pudor, ser presentado enteramente desnudo y tan afrentosamente castigado á la vista de una corte tan populosa, en un dia tan solemne, á la espectacion de tantas gentes forasteras, y á los ojos de tantos soldados que lo escarnecen ! Fue tanta la confusion de nuestro Redentor en este paso, que llegó á no pensar en sí mismo : así lo dijo el mismo Señor en profecía : « Se amontonaron sobre mí los azotes, y yo lo ignoraba. » Como si dijera, segun san Anselmo : « Tanta era la fuerza de mi vergüenza, que no sabia si me azotaban. » Ángeles del cielo, ya que en los hombres no hay quien se compadezca de Jesús, ¿ por qué vosotros no bajais á cubrir las purísimas carnes de vuestro Criador ? ¡ Ah ! es preciso, me diréis, que Jesús pase por esta afrenta, para que su flagelacion sea tan ignominiosa, que llegue á ser *el mayor de sus dolores*.

¡ Padre eterno ! y siendo Vos infinitamente justo, ¿ por qué habeis permitido que se hiciese con vuestro dilectísimo Hijo una carnicería tan atroz, siendo inocente y santísimo por esencia ? No por otra cosa, amados míos, sino para con tan gran tormento del Redentor enmendar los gravísimos males del hombre redimido. Quiso el Señor que le azotasen tan afrentosamente, siendo el Rey de los reyes y el Señor de los señores, para que se corrijan los esclavos delincuentes, para que nosotros nos corrijamos de nuestros pecados, de nuestra codicia, de nuestra impureza, de nuestros odios, de nuestras venganzas, de nuestros escándalos. Así es, hermanos míos, que todo el tormento de Jesús, toda su sangre derramada, todo el rompimiento de sus sacratísimas carnes, todo fue por causa de nosotros. ¿Cuál será, pues, la monstruosidad de nuestra ingratitud, si á un beneficio tan singular, á un amor tan grande no correspondemos con nuestra gratitud y nuestro afecto ? Si Jesús no fuese mas que un puro hombre, debíamos compadecerlo, por el instinto que

inclina á todo hombre á compadecerse de su semejante. ¿Cuánto mas debemos hacerlo, siendo Jesús nuestro Dios, nuestro Criador y nuestro Salvador? Si el patriarca Jacob al ver ensangrentada la túnica de su hijo José, que le creyó despedazado por una fiera, fue tanto su sentimiento, que rasgó sus vestiduras de alto abajo, se vistió de cilicio, y de sus ojos hizo dos fuentes de lágrimas, ¿cuál deberá ser nuestra compasion y nuestro dolor al ver ensangrentada, no la túnica de Jesús, sino toda su santísima humanidad ensangrentada, escoriada, dilacerada y deshecha? ¡Ah, hermanos míos, que todos debíamos deshacernos de sentimiento y contricion!

Sí, amantísimo Jesús mio, todos debemos deshacernos en llanto de dolor. Ya ha llegado la hora en que acudimos á Vos con dos fuentes de lágrimas para lavar vuestras llagas, porque conocemos y confesamos que no á Vos, sino á nosotros, se debian los azotes. Vos sois inocentísimo, y nosotros somos los culpados y reos de infinitas maldades. En Vos nada hay que castigar, y en nosotros muchísimo, por tantos malos pensamientos, por tantas palabras deshonestas, por tantas malas acciones. Haced que tengamos un grande dolor de nuestros pecados, y que por la virtud de vuestra flagelacion alcancemos gozaros eternamente en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOTERCIO.

LECCION.

De las Bienaventuranzas.

P. ¿Cuál es la quinta bienaventuranza?

R. *Son bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

P. ¿Quiénes son estos?

R. Los que son compasivos y caritativos. La misericordia es el atributo de que Dios hace mas ostentacion á los hombres. Y como Dios quiere que le seamos semejantes, por eso nos dice Jesucristo : « Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso. » Así como Dios nos socorre en nuestras necesidades y miserias, así nosotros debemos ayudar y socorrer á nuestros prójimos en las suyas del modo que podamos. Y en esto mostraremos ser verdaderos discípulos de Jesucristo, como nos dice en el Evangelio de san Juan. No hay cosa mas recomendada por Dios en las santas Escrituras que las obras de misericordia con nuestros hermanos, y por ellas hemos de ser juzgados. Por tanto, hermanos míos, seamos misericordiosos con los prójimos, sean parientes ó no parientes, conocidos ó no conocidos, ricos ó pobres, amigos ó enemigos, ingratos ó agradecidos. Con la misericordia convertiremos en bien para nosotros los males ajenos, y seremos bienaventurados en el cielo.

P. ¿Cuál es la sexta bienaventuranza?

R. *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.*

P. ¿Quiénes son los limpios de corazon?

R. Son aquellos á quienes su conciencia no les arguye de pecado mortal. Así lo dice el real Profeta, preguntando quién subirá al monte de la gloria ; y responde : « El limpio de corazon. »

P. Qué haremos para que la conciencia no nos arguya de pecado?

R. No cometerlo ; y si lo hemos hecho, confesémoslo arrepenti-

dos, y nuestro corazon quedará limpio. Y para no perder otra vez la pureza apartémonos de aquellas cosas con que antes se manchó. Si, amados míos; así como os lavais para no parecer súcios á los ojos de los hombres, procurad tambien llevar siempre el corazon limpio de todo pecado para ágradar á Dios. Y no solo limpio de pecado mortal, sino tambien de pecado venial, en cuanto os sea posible. Uno que corre sobre apuesta no se contenta con llegar á la raya, sino que alarga su carrera hasta un poco mas adelante de la raya para que todos vean **que ganó la prenda**. No os contenteis vosotros con estar limpios de pecado mortal; sino adelantaos cuanto podais á preservaros de **pecados veniales**, como son las mentiras que no traen perjuicio de tercero, las palabras ociosas, y todos los demás defectos que se cometen con facilidad porque se tienen por leves. Cuanto mas limpios nos presentemos á los ojos de Dios, con mas claridad lo verémos, y por lo mismo **mas bienaventurados serémos**.

P. ¿Cuál es la séptima bienaventuranza?

R. *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*

P. ¿Quiénes son los pacíficos?

R. Los que domando sus pasiones procuran en sí mismos la paz interior, y trabajan por establecerla entre los prójimos. Por esta obra de caridad se adquirió Nuestro Señor Jesucristo el glorioso título de Príncipe de la paz. Su venida al mundo, su predicacion, sus trabajos y su muerte, todo se ordenó á restablecer entre Dios y los hombres la paz que rompió el pecado, y dar reglas para conservarla en nuestras almas, y documentos para mantenerla con el prójimo. Con la palabra *paz* saludaba siempre á sus discípulos; y les mandó que cuando entrasen en alguna casa dijese: *La paz sea en esta casa*. Con la palabra *paz* les dió la última despedida para subirse al cielo, diciéndoles: *La paz sea con vosotros*. Y en la cruz estuvo colgado como bandera de *paz*; de aquella paz que firmó con su sangre entre los hombres y su eterno Padre.

El santo Job pregunta: «¿Quién, que resiste á Dios, podrá tener paz?» Ninguno, amados míos. No seréis pacíficos para vosotros mismos, ni gozaréis paz en vuestras almas, si no la teneis con Dios. No estaréis pacíficos, ni verdaderamente alegres, si no mortificais vuestras pasiones y reprimís los apetitos: venced las malas inclinaciones, y tendréis paz interior. Conservad la paz con vuestros

prójimos ; no useis con mal humor las odiosas palabras de *mío y tuyo*, de *quiero y no quiero* ; sed *francos* é indulgentes, y viviréis en la tierra como en un paraíso anticipado. Procurad tambien que haya paz entre vuestros prójimos, ya aconsejando, ya componiendo *diferencias*, ya cortando *pleitos*, ya transigiendo *intereses*, ya *sofocando querellas*, ya *removiendo chismes* : sed *pacíficos con Dios* y en vuestra alma, y seréis *bienaventurados en el cielo*.

P. ¿Cuál es la octava bienaventuranza?

R. *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.*

P. ¿Quiénes son los que padecen persecucion por la justicia?

R. Los que son aborrecidos por su virtud y perseguidos por seguir y servir á Dios. Ya veis que esta bienaventuranza no se adquiere solo por padecer, sino por padecer por Dios injustamente y por el nombre y causa de Jesucristo. Y es menester que cuando se nos persigue de este modo, no solo suframos con paciencia, sino tambien con alegría. Es cosa muy rara, dice san Jerónimo, ver á un hombre que le despedazan en su reputacion, y que se alegra por ello. Y de estos raros es el reino de los cielos ; porque los así perseguidos tienen particular derecho á entrar en la gloria, á la cual sirven de puerta principal las persecuciones. Por esta puerta entró Cristo nuestro Señor, y á imitacion suya los Santos que siguen á su capitan y guia.

Así pues, ejercitantes, si alguna vez, ó por defender la causa de Dios, ó por no consentir en hacer ó decir cosa contra su santa ley, fuéreis perseguidos ó de cualquier modo maltratados, oid lo que nos dice Jesucristo : « Bienaventurados seréis cuando por causa mia es « maldijeren, persiguieren, ó dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo : alegraos y regocijaos, porque tambien persiguieron á los « Profetas ; y vuestra recompensa será grande en el cielo. »

Esta es la doctrina de Jesucristo, sin cuya observancia ninguno tendrá salvacion. Estad siempre vigilantes ; y si observais que alguno obra ó habla contra esta doctrina de salud, apartaos de tales falsos doctores, que con palabras dulces y solapados razonamientos intentan seduciros, y apartaros del servicio y gracia de Nuestro Señor Jesucristo. Aprovechaos de la doctrina de nuestro divino Maestro ; sed justos, benéficos y pacientes en la tierra, y seréis bienaventurados en el cielo. Amen.

EjemPlo.

Muerte del rey de Francia, Luis XVI.

Durante todo el tránsito de la cárcel al cadalso, el Rey rezó las oraciones fúnebres, á las cuales respondia el reverendo de Firmont que le asistia. Al bajar del coche, mas ocupado de su confesor que de sí mismo, dijo á los municipales con un tono de amo : « Señores, recomiendo á Vds. este señor que veis aquí ; tengan Vds. cuidado que despues de mi muerte no se le haga ningun insulto. » (En algun modo parece que imita á Jesucristo, quien, preso en el huerto, dijo que no hicieran daño á los discípulos).—Subió al cadalso con paso firme, él mismo se quitó el vestido, y en seguida queriendo uno de los verdugos atarle las manos : ¡ *Atarme!* le dijo con indignacion, ¡ *atarme!* jamás consentiré en ello ; haga V. lo que se le ha mandado, pero V. no me atará, no lo pretenda V.

Los verdugos insistieron, y parecia llamaban socorro para atar al Rey por fuerza ; en esta horrible alternativa la Religion fue quien vino á su socorro. Miró al reverendo de Firmont, el cual le dijo derramando muchas lágrimas : « Señor, no veo en este nuevo ultraje mas que otro rasgo de semejanza entre V. M. y Jesucristo que os llama á sí. » Luego levantó los ojos al cielo con una expresion imposible de explicarse, y volviéndose hácia sus verdugos, les dijo : « Haced lo que querais ; beberé el cáliz hasta las heces. » Los verdugos ataron las manos de un heredero de sesenta reyes. Tomó entonces la palabra, y dijo con energia : « Muero inocente de todos los crímenes que se me imputan : perdono á los autores de mi muerte, y ruego á Dios que la sangre que vais á derramar no caiga sobre la Francia. »—Santerre mandó hacer un redoble de tambores que cubrió la voz del Príncipe ; el señor de Firmont exclamó : « ¡ Hijo de san Luis, subid al cielo ! » y la cabeza del Rey fue mostrada al pueblo...

MEDITACION.

De la corona de espinas.

Considera, cristiano, la crueldad y fiereza de los soldados que azotaron al Señor, que no contentos con haber hecho en su santísimo cuerpo una horrible carnicería ; para mas atormentarlo inventaron un modo de hacerle penar, tan raro y cruel, que jamás se ha-

bia visto ni ejecutado con ningun malhechor. Despues de haber dejado los verdugos á Jesús tan quebrantado con los azotes, que no podia tenerse de pié, tejieron una corona, á manera de capacele, de duras y penetrantes espinas; y poniéndola en su sagrada cabeza, se la apretaron con tanta fuerza, que las espinas rompieron y penetraron la piel y carne que la cubria; y no solo esto, sino que algunas de ellas, no pudiendo horadar el cráneo ó casco, se doblaron á otras direcciones, y unas salieron por las sienes, otras por sobre los ojos, y otras tocarian á los nervios y arterias. ¡Qué dolores los mas agudos no pasaria el Señor en este tormento! ¡Qué congojas y angustias no tendria! Si una espina que se nos clava en un pié ó en una mano nos mortifica tanto, que algunas veces levantamos el grito al cielo, sin dejarnos descansar ni sosegar aunque sea pequeña, ¿qué sucederia á nuestro Redentor con tantas espinas como le clavaron en la parte mas delicada como es la cabeza, y la cabeza de un cuerpo tan finamente organizado? ¡Y cuánta sangre sacarían tantas y tan penetrantes espinas! Era preciso que corriese hilo á hilo por todo su cuerpo, y particularmente por su santísimo rostro; pues quedó tan ensangrentado, que apenas se podian conocer ni divisar sus facciones. ¡Oh crueldad nunca vista ni oida!

Considera, hermano mio, que este género de tormento solo pudo ser inventado por el demonio, y sugerido á aquellos sayones para mayor mortificacion de Jesús. Ni los tiranos mas crueles del mundo discurrieron jamás un suplicio semejante. Sabemos por la historia de los Mártires, que unos fueron azotados, otros quemados vivos, muchos arrojados á los leones, ó apedreados ó crucificados. Pero no leemos que ni antes ni despues alguno haya sido coronado de espinas sino solo Jesucristo. No es posible ponderar qué seria mas sensible para el Señor en esta diabólica operacion; si la afrenta que recibió con esta corona, ó el dolor y tormento que le causó. «No sé, divino Jesús, le decia san Bernardo, con qué cosa de las dos fuiste mas castigado. Yo veo tu cabeza y rostro cubiertos de confusion. Aquella generacion áspera y perversa te ha dado un honor en la corona; pero un honor de burla y escarnio, que disputa con el dolor á cuál de los dos es para tí mayor castigo, porque la corona causa desprecio, y las espinas tormento.» De manera, amados míos, que la malicia de aquellos soldados no se contentó con los tormentos conocidos y usados en todos los tiempos, sino que vino á inventar otros nuevos para que á un mismo tiempo deshonrasen y atormentasen á su divina Majestad. ¡Oh perversidad, oh fiereza inaudita! Entre to-

des los ornamentos del hombre ninguno da mas lustre y dignidad que la corona. Pero la malicia de aquellos soldados halló el modo de hacerla ridícula, tejiéndola de agudas espinas. ¡Qué mayor crueldad! ¡qué invencion mas de demonios!

Considera, hermano mio, como ya coronado el Señor, lo condujeron al atrio del pretorio, y allí en presencia de aquella soldadesca infernal volvieron á despojarle de sus vestiduras con la mayor inhumanidad. ¡Qué dolores tan intensos sufriria el Señor en tan cruel operacion! ¡Qué tormento tan fiero, qué martirio tan horroroso padeceria nuestro Redentor cuando aquellos sayones, arrebatadamente y con violencia, le quitaron sus vestidos como se despelleja un cordero despues de muerto! ¡Oh divino Jesús! ¿quién meditará en este paso sin temblarle las carnes, sin erizársele los cabellos, sin que se le hiele la sangre? Pegados como estarian los vestidos á las llagas de los azotes, ¿cuántos pedazos de carne de la sacratísima humanidad se arrancarían á la violencia del despojo? ¿Cómo se renovarían todas sus llagas, al separar de ellas la vestidura con tanta violencia? No hay palabras, hermanos míos, ni expresiones con que ponderar todas estas cosas; porque exceden á todo lo que puede discurrir y alcanzar el entendimiento del hombre. En este estado le pusieron á su Majestad sobre los hombros un manto viejo de púrpura y una caña en la mano en lugar de cetro real, para que en todo fuese figurado un rey de burla. Y como acusasen al Señor de haber dicho que era rey, para mas afrentarlo comenzaron á saludarle diciéndole: *Dios te salve, Rey de los judíos*, y le golpeaban la cabeza con una caña, y doblando la rodilla lo adoraban y escupian. Mira, pecador; todas estas injurias, dolores y tormentos quiso padecer el Señor por tu salvacion, por la mia y por la de todos los hombres. Piénsalo bien, medítalo bien. ¿Tendrás valor para ver á tu Redentor tan sangrientamente coronado de espinas, y al mismo tiempo tejerte tú una guirnalda de vanidades y pasatiempos pecaminosos para que el mundo te tenga por algo? ¿No querrás padecer por tu Salvador, y buscarás las delicias y pompas del diablo? ¡Ah! si así lo hicieses, ¡cuánta será tu deshonra, cuánta tu confusion en su tremendo tribunal!

Para sacerdotes.

«Y nosotros, carísimos sacerdotes, que llevamos en nuestra cabeza la nobilísima corona, insignia de la de espinas que tanto atormentó á nuestro divino Maestro; nosotros que sin merecerlo tene-

«mos la honra de ponernos en su presencia todos los dias, condecorados con el manto real, rememorativo del de su afrentosa coronacion, ¿habrémos acaso usado alguna vez de estas decoraciones, no para darle honra y gloria como los Ángeles en el cielo, sino irrisión y escarnio como los sayones en el pretorio de Pilato? No permita Dios que nuestros cultos y obsequios se parezcan á los de tantos cristianos, que precisamente en los dias y actos en que mas debian honrar á su Majestad es cuando mas le insultan con irreverencias y desacatos. Aprendan todos de nuestro religioso respeto, de nuestra veneracion y santo temor que la majestad de Jesucristo es digna de toda alabanza, de toda honra y del mayor acatamiento.»

JACULATORIAS.

¡Oh divino Salvador! os contemplo coronado de duras y penetrantes espinas, y burlado y escarnecido de los judios; y al ver vuestra paciencia y silencio, me avergüenzo de mi soberbia y de mi orgullo.

¿Quién habrá, Jesús mio, que al contemplaros tan abatido y despreciado no se compadezca de vuestra afflictiva y dolorosa situacion?

¡Amantísimo Padre mio! Yo soy ese ingrato hijo vuestro. Yo, que en vez de consolaros aumenté vuestras penas con tantos y tan enormes pecados. Pero ya los detesto de todo mi corazon, y os digo, Padre mio, que me pesa en el alma haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el Ecce Homo.

Ejercitantes: despues de coronado el Señor con la crueldad que habeis oido en el punto de meditacion, así como estaba enteramente desnudo, y solo con el manto viejo de púrpura que le pusieron por burla, lo presentaron los verdugos á Pilato. Y este injusto juez, sin embargo de que los satélites se excedieron tan enormemente á lo que les mandó, vil y cobarde no se atrevió ni siquiera á reprenderlos. Pero á vista de la lastimosa figura de nuestro Salvador no pudo menos de moverse á compasion, y quiso presentarlo á los judíos, creyendo que se moverian á lástima solo con verlo. Con efecto, el mismo Pilato quitó al Señor de las manos de los soldados, y sacándolo á una ventana del palacio lo presenta al pueblo, que á la parte de afuera esperaba la sentencia, y les dice en alta voz: «*Ecce Homo*,

«mirad aquí al hombre : aquí teneis, ó judíos, al que es tan odiado y
«perseguido de vosotros: miradlo bien; ya no tiene figura de hombre,
«sino de un cordero desollado. Aunque despues de un prolijo exámen
«lo hallo inocente de cuantos delitos lo acusais; para apagar vues-
«tra rabia lo mandé azotar. En la ejecucion de este castigo se exce-
«dieron los verdugos en muchísimos mas golpes de los que permite
«la ley; y yo por complaceros lo he disimulado. Los mismos minis-
«tros sin mi orden le han traspasado la cabeza con esta corona de
«durísimas espinas; lo han burlado cuanto han querido; han des-
«ahogado en él su crueldad de cuantos modos han podido inventar,
«y yo no me he dado por entendido. ¿Qué quereis mas? Ya en su
«cuerpo no queda parte sana: miradlo, ya está cási muerto. Aun-
«que no lo merezca, á lo menos por compasion ¿quereis perdonarle
«los pocos restos de vida que le quedan? Mirad bien á este hom-
«bre : *Ecce Homo.*»

A este lastimoso razonamiento, á un espectáculo tan doloroso, ¿qué corazon de fiera no se hubiera compadecido? ¿qué asesino el mas cruel no se hubiera enternecido? Pero los judíos, mas enfurecidos que nunca, no solo no se compadecen, sino que como tigres que á la vista de la sangre mas se enconan en rabia, á la vista de Jesús ensangrentado mas se encolerizan contra él, y con horribles clamores y voces tumultuarias todo el pueblo grita : *Muera, muera; crucificalo, crucificalo.* Y replicó Pilato : «¿Qué mal os ha hecho? Él está inocente. *No*, dice el pueblo con mas alboroto : *muera, muera.* ¿Quereis, dijo el Presidente, que en lugar de Jesús muera Barrabás, que es ladrón y asesino? *Nada menos que eso*, dicen ellos; *libra á Barrabás, y muera Jesús.* ¿Y quereis quitar la vida á vuestro Rey? *Miente*, replicaron : *es un embustero; que muera.*»

Ejercitantes : que muera Jesús dicen los escribas y sacerdotes; que muera Jesús contestan todos los jueces; que muera Jesús gritan todos los soldados y ministros de justicia; que muera Jesús dicen aquellos mismos que fueron curados por él. Todo el pueblo, de todo estado, de toda condicion, de todo sexo, todos gritan *muera, muera Jesús.* ¡Oh generacion de víboras! ¿Cuándo se ha visto en el mundo una grande miseria sin alguna compasion en quien la mira? Los amigos de Job, no bien divisaron de léjos á su amigo tirado en un muladar, de piés á cabeza cubierto de llagas y miseria, rasgaron sus vestiduras á la fuerza del dolor y compasion. El grande Alejandro, sin embargo de ser de un corazon tan duro, que á la compasion llamaba flaqueza de mujeres, al ver á unos griegos sumamente desdichados

y miserables se movió á lástima, y los socorrió con profusion. Solo los judíos, á vista de Jesús despedazado y casi muerto, no solo no se compadecen, no solo no le perdonan la vida, sino que mas se enfurecen, y le quieren ver muerto, y muerto en una cruz. ¡Oh exceso de crueldad y de barbarie! ¡oh pueblo inhumano y sin corazon! tú serás el espanto de todos los siglos.

¡Pacientísimo Redentor mio, y qué suerte tan mala os ha cabido en vuestro pueblo! ¿Qué pueden haber visto en Vos los judíos, que en vez de ser correspondidos á vuestros beneficios os persiguen de muerte? Mas ¡ay, hermanos míos! que al contemplar á Jesús en tan lastimoso estado me parece que de todas sus llagas sale una voz, que dirigiéndose á nosotros nos dice con acentos que rompen el corazón: «Si ya que los judíos al ver mi humanidad toda destrozada no se compadecen de mí, ¡á lo menos se compadeciesen los hijos mas amados de mi corazón! Pero ni aun estos (¡quién lo creyera!), ni aun estos tienen piedad de mis males; pues tambien continuamente me hieren, y en cuanto está de su parte me malan con sus pecados. Así hacen conmigo los cristianos ahora, como entonces hicieron los judíos; y de buena gana volverian á matarme si pudiesen.»

Así, hermanos míos, se lamentaba Jesucristo á santa Brígida: ¡Oh desconsuelo de mi Salvador! ¡oh vergüenza del Cristianismo! ¿Será posible que á tantas espinas como los judíos clavaron á Jesús en su cabeza sacratísima quieran los cristianos añadir otras muchas mas punzantes, con tantos pensamientos pecaminosos de odio, de venganza y de impureza? ¿Será posible que á tantas blasfemias é improperios con que los judíos mortificaron al Salvador agreguen los cristianos mas afrentosos escarnios, con tantas murmuraciones, maldiciones y juramentos falsos? ¿Es posible que siendo tan grande la injuria que el pueblo judaico hizo á nuestro Redentor, estimándole en menos que á Barrabás, quiera el pueblo cristiano hacérsela sentir mayor, queriendo mas un capricho, un antojo, un interés de poca monta, un vil gusto, que á su Dios y Salvador? ¡Oh vergüenza del Cristianismo!

Yo, por mi parte, amorosísimo Jesús mio, y por la de todos los ejercitantes os decimos con el mayor sentimiento que podemos, que aunque tarde conocemos cuánto hemos atormentado vuestra divina cabeza con nuestras prevaricaciones, con nuestros deseos y pensamientos torpes, con maquinaciones de venganza y de injusticia. Y os decimos con lágrimas de dolor y compasion: Pecamos, Señor, confesamos nuestras maldades; nos hemos portado pésimamente con

Vos. Todo el honor, toda la gloria y toda la honra á Vos se debe, y á nosotros la ignominia y confusion ; porque nos hemos apartado de Vos para unirnos á vuestros enemigos. Hemos pecado ; y quisiéramos tener un dolor igual á la gravedad de nuestras culpas, y digno de vuestro amor. Las detestamos de todo corazon ; y en desagravio de la burla que hicieron de Vos los judíos, por lo mismo que os vemos coronado de espinas, os reconocemos por nuestro Rey y Señor, y por justo tributo os presentamos nuestros corazones humillados y contritos. Y os suplicamos que con la caña de vuestra pasion reguleis nuestros deseos ; con la púrpura de vuestra afrenta modeis nuestras vanidades, y con las espinas de vuestra corona traspaseis de dolor nuestro corazon, para que nos hagamos dignos de ser coronados en el cielo de inmortalidad y de gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOCUARTO.

LECCION.

De las Potencias del alma.

P. Cuántas son las Potencias del alma?

R. Son tres : *Memoria, Entendimiento y Voluntad.*

Estas tres potencias manifiestan que el hombre es imagen de la santísima Trinidad. Porque así como en este altísimo misterio hay tres personas distintas y una sola esencia ; así también en el hombre hay una sola alma con tres potencias realmente distintas.

P. ¿Qué es *Memoria*?

R. Es como un archivo en donde el entendimiento tiene depositadas las imágenes espirituales y eternas, que conoció y discurrió para servirse de ellas cuando lo necesite, y gobernarse con discreción y prudencia tanto en lo presente como en lo futuro.

P. Cuál debe ser el principal empleo de la Memoria?

R. Acordarse continuamente de los innumerables beneficios que recibe el hombre de la mano liberal de Dios para serle agradecido y cumplir sus santos mandamientos.

P. ¿Qué cosa es el *Entendimiento*?

R. Es una potencia espiritual que recibe las imágenes materiales que le presenta la imaginación, forma en sí otras imágenes espirituales, y las guarda en el archivo de la memoria para servirse de ellas en sus discursos.

P. ¿Cuál ha de ser el principal empleo del Entendimiento?

R. Ejercitarse en conocer á Dios, ya en sus divinas perfecciones, y ya en sus criaturas, para amarle y servirle de corazón.

P. ¿Qué es la *Voluntad*?

R. Una potencia espiritual que admite ó rehusa los objetos que le propone el entendimiento. De aquí es que manda á los sentidos como á criados suyos para que las sigan ó no las sigan. Porque la voluntad sirve al alma racional de hacer buenas ó malas las obras, y por ella se pierden ó ganan las almas ; porque es potencia libre, y hace y deshace lo que quiere.

De los Sentidos corporales.

P. ¿Cuántos son los Sentidos corporales?

R. Son cinco : *ver, oír, oler, gustar y tocar.*

P. ¿Cuál debe ser el ejercicio de la vista?

R. Abrir los ojos á los objetos provechosos, y cerrarlos á los peligrosos al alma. Porque los ojos son unas ventanas por donde entran las especies á nuestro interior, y por donde introduce el demonio las malas para robar el tesoro de nuestras almas, y darles la muerte espiritual.

P. ¿Cuál debe ser el empleo del oído?

R. El oído lo debe emplear el hombre en escuchar las divinas voces ó palabras de Dios, las Escrituras santas y sus mandamientos para obedecerlos. Por consiguiente, el hombre debe cerrar sus oídos y hacerse sordo á los chismes, murmuraciones, mentiras, palabras y conversaciones deshonestas, canciones y lecturas escandalosas, cuentos y dichos provocativos á lujuria. Pues todas estas cosas no sirven mas que para introducir el veneno en las almas por los oídos.

Mas aprovechados estaríamos en la virtud, siuviésemos siempre los oídos tan prontos y atentos á la palabra de Dios y á los buenos consejos, como los tenemos para oír las vanidades y bagatelas del mundo, que nada aprovechan para nuestra salvacion. Menos desastres y males sucederian, si nosotros no diésemos oídos á los que vienen á contarnos chismes y enredos, sin mas buena intencion que indisponernos con nuestros prójimos, é introducir en las familias enemistades y discordias.

P. ¿Cuál debe ser el ejercicio del olfato?

R. Debemos usar del olfato con mucha medida, procurando mortificarlo cuando apetece los buenos olores y fragancias, privándose de ellas por el amor de Dios, y no desdeñándose, por el mismo amor de Dios, de sentir el mal olor de los pobres, de los enfermos, de las cárceles, y de cualquiera otra cosa semejante que muchas veces se nos presenta. De todos estos modos podemos merecer para con Dios, como lo hicieron tantos Santos que apartaron su olfato de todos los olores deleitables, y lo tuvieron siempre abierto para recrearse con los malos olores de los hospitales y con la hediondez de los cementerios, asistiendo á los vivos en sus dolencias, y enterrando á los muertos por pura misericordia. Así es que peca el hombre afemina-

do, que por solo deleite usa de aguas y otras cosas olorosas en su persona, vestido y muebles, y mas que otro peca el que aplica su olfato á cosas pecaminosas.

P. ¿Cuál debe ser el ejercicio del gusto?

R. Debe ser comer y beber con sobriedad y parsimonia cristiana, no por regalar su cuerpo, sino por darle el preciso alimento; llevando siempre la máxima de que se ha de comer y beber para vivir, y no vivir para comer y beber. El hacerlo así trae muchos bienes espirituales y corporales; y hacer lo contrario ocasiona muchos daños al alma y á la salud del cuerpo, como así nos lo muestra cada dia la experiencia.

Con este sentido se puede ganar mucho para el alma con el ayuno voluntario, con la privacion, tambien voluntaria, de cosas que no son absolutamente necesarias, y con la moderacion en el uso de las precisas. Y con el mismo sentido se peca, comiendo con afan y haurtura los manjares permitidos, y usando los dañosos ó no permitidos.

P. ¿Qué uso se ha de hacer del sentido del tacto?

R. Para usar bien el hombre de este sentido debe huir de tocar cosas suaves, y que fomentan la sensualidad con que el cuerpo se deleita; porque dejarse llevar por este placer es de gentes torpes, que viven segun la carne y no segun el espíritu. Por esto debe huirse el contacto de personas de otro sexo, por virtuosas y honestas que sean. La experiencia enseña que de hacer lo contrario, con facilidad se enciende el fuego de la concupiscencia que devora las almas. Jóvenes: aun entre vosotros mismos debeis huir de todo tocamiento blando; porque aun cuando en sí no sea pecaminoso, puede inducir á otro que lo sea. Y todo cristiano debe abstenerse de tocarse á sí mismo, con este peligro. Procuremos por todos modos ejercitar las potencias del alma, y usar de los sentidos del cuerpo para el fin que tuvo Dios en dotarnos de estos dones, que es, servirle con ellos en esta vida para gozarle en la otra. Amen.

EJEMPLO.

Santa Catalina de Sena hizo desde su infancia voto de castidad. Hízose religiosa, ó terciaria de santo Domingo, mas el demonio no dejó por esto de atormentarla; experimentó muchas veces los pensamientos mas horribles contra la santa virtud de la pureza; pero jamás dió á ellos el mas ligero consentimiento: la oracion, la humildad y la confianza en Dios, hé aquí las armas que empleaba contra

todas sus tentaciones. Un día después de una tentación mas violenta que las ordinarias, exclamó : « ¿Dónde estábais, divino Espeso mio, «mientras yo me veía en una situación tan espantosa?—Estaba «contigo, respondió una voz.» (Jesucristo ha consolado muchas veces de este modo á las personas que le sirven con fidelidad). — «¡Cómo! replicó Catalina, ¿Vos estábais en medio de las abominaciones que cubrían mi alma?—Estas abominaciones, contestó el «Señor, no te han manchado, porque te causaban horror, y no placen ; así el combate que has sostenido ha sido para tí un motivo de «mérito.» Este ejemplo es muy á propósito para consolar á las almas fieles y timoratas en las tentaciones y penas de espíritu á que se hallan expuestas.

MEDITACION.

De la calle de Amargura.

Considera, cristiano, como viendo Pilato á Jesús tan maltratado por la cruel flagelación y coronación, que ni aun figura de hombre tenía, deseoso de librarlo de la muerte que querían darle los judíos, así como estaba desnudo, sin mas que el manto viejo que por burlarse de él le pusieron los soldados, con la corona en la cabeza y en la mano la caña por cetro ; confiado de que al verlo sus enemigos en figura tan lastimosa se compadecerían y desistirían de su empeño, lo sacó á la galería del pretorio, y mostrándolo al inmenso pueblo que esperaba á la parte de afuera la sentencia de muerte, Pilato les dijo en voz alta : *Ecce Homo*, mirad aquí al Hombre. Pero aquella generación de víboras, lejos de compadecerse del Señor, gritaron todos á una voz : «Crucifícalo, crucifícalo : caiga su sangre sobre «nosotros y sobre nuestros hijos.» Y viendo que aun resistía Pilato sentenciar al Salvador, le amenazaron con la indignación del César si no lo hacía. Entonces Pilato, temiendo perder la gracia del César, pronunció la sentencia de muerte de cruz contra el Señor, y lo entregó á los judíos para que lo crucificasen juntamente con dos famosos ladrones. Considera, ejercitante, como al punto que aquellos verdugos oyeron la sentencia que tanto deseaban, con la mayor presteza trajeron la cruz que ya de antemano tenían preparada. Y asiendo al Señor con la mayor inhumanidad y descortesía, le quitaron el manto de escarnio, le volvieron á poner sus propios vestidos para que de todos fuese bien conocido y su afrenta mayor ; y cargándole en sus quebrantados hombros la pesada cruz en que había de morir,

empezaron á caminar para el Calvario, conduciendo al Señor con tanta prisa y tropelia, como deseos tenian de verle pronto crucificado.

Considera, hermano mio, el modo con que Jesucristo llevó la cruz para imitarle; porque si no llevas tu cruz, no irás al cielo. Contempla cuánto sonrojo y vergüenza pasaria el Señor cuando lo sacaron para el patíbulo, cargado con la cruz, en medio de dos ladrones, como si fuera cabeza de facinerosos. Y esto al mediodía, por las calles mas públicas de la ciudad, precedido de un pregonero que á voz de trompeta lo declara por reo de muerte, cercado de soldados y sayones que le empujan y atropellan, y seguido, no solo de la turba de sacerdotes, escribas y fariseos, sino tambien de todo el populacho y de innumerables gentes que de todas partes habian concurrido á Jerusalem para celebrar la Pascua. Con esta ignominia lo sacaron de la ciudad para el monte Calvario, que era el sitio destinado para ajusticiar á los malhechores. Piensa que cuando el Señor caminaba, como capitán de ladrones, con la soga al cuello y las manos atadas, padecia con gusto todas estas afrentas; porque sabia que con ellas la justicia y misericordia de su Padre se tenian por muy honradas. Enseñándonos con su ejemplo, á que si alguna vez el mundo se burla de nosotros porque nos ejercitamos en buenas obras, llevemos con gusto cualquier afrenta, considerando que en esto el cielo nos aplaude, y prepara una corona de gloria. ¡Oh, y qué trueque tan ventajoso! Y sin embargo ¡cuántas veces dejamos de practicar obras de virtud porque el mundo no se burle de nosotros, y hacemos mas caso de la maledicencia de los hombres mundanos que de la bendicion de Dios! Confundámonos de haber dejado de obrar bien por un respeto tan bajo; avergoncémonos de no haber tomado los ejemplos del Salvador, y propongamos no tener vergüenza en adelante de parecer discípulos de Cristo.

Considera tambien la generosidad con que el Salvador llevó la cruz por nosotros. Bien conocia su Majestad el enorme peso de aquel madero en que llevaba la maldad de todo el mundo. Sentia tambien la flaqueza de sus fuerzas, á lo sumo debilitadas por la gran copia de sangre que habia derramado, y por los dolores interiores y exteriores de su sacratísima humanidad. Penetraba al mismo tiempo la injusticia de aquella sentencia. Y sin embargo, encendido de una caridad infinitamente liberal para con nosotros, como si nada hubiera padecido aun, generoso abrazó aquel rústico leño, y mirándolo como el altar en que habia de sacrificar su vida por la reden-

cion de los hombres, lo abrazaba y estimaba como el trono de su amor. Compara tú ahora esta generosidad del Salvador con el modo regaton con que tú llevas la cruz de tus trabajos, que se puede decir cruz de paja. Jesucristo no fue rogado ni violentado para que se cargase la cruz en que iba á morir ; sino que luego que se la presentaron la cargó en sus hombros tan mortificados y heridos. Y tú, lo primero que haces cuando el Señor te presenta la cruz de trabajos ligeros, es buscar todos los modos de huir el cuerpo. Jesucristo la llevó con la mas admirable paciencia y conformidad con los designios y voluntad de su Padre ; y tú, si el Señor quiere que la lleves porque así te conviene, la repugnas ; y no solo la repugnas, sino que la llevas con impaciencia y con rabia. Jesús la llevó sin dejarla, hasta caer en tierra debajo de su peso ; y tú, apenas has empezado á llevarla, cuando ya procuras dejarla caer. Así correspondemos, amados míos, á nuestro Salvador. Confundámonos y mudemos de conducta.

Para sacerdotes.

« Si tan estrecha es la obligacion de todo cristiano de imitar á Jesucristo en el modo de llevar la cruz, que nos dice que el que no tome su cruz y le siga no puede tenerlo por su discípulo ; si tanto sentiria el Señor que un cristiano, cualquiera que sea, se avergonzase de seguir los ejemplos y doctrina de su Maestro, y que por no ser motejado del mundo dejase las buenas obras que practicaba, ¿ cuánto mas doloroso le seria ver esta vergüenza en la frente de un sacerdote, que lleva el carácter de su ministro y confidente ?

« Venerables sacerdotes : si por los malditos respetos humanos nos avergonzamos de llevar la librea del real sacerdocio en nuestras palabras, doctrina, operaciones y conducta ; entonces ya podemos degradarnos á nosotros mismos, raer de nuestras manos el sagrado crisma de nuestra uncion, borrar de nuestra cabeza la corona de honor que nos distingue, y renunciar del reino del cielo ; porque san Pablo nos dice : *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* »

JACULATORIAS.

¡ Oh divino Salvador ! ¿ y será posible que haya cristianos que os deshonren, como los judíos en la calle de Amargura, ridiculizando

las ceremonias rememorativas de vuestra pasion , ó mofándose de Vos mismo en su representacion?

No permitais, Jesús mio, que yo sea uno de tantos. Muera yo antes que añada un oprobio á los que os hicieron los ingratos judíos en vuestro camino al Calvario.

Dadme gracia, Salvador mio, para que yo jamás me avergüence del nombre de cristiano. Y si alguna vez os he ofendido con esta vergüenza criminal, perdonadme, Señor, que estoy bien arrepentido, y digo que me pesa en el alma haber pecado.

PLÁTICA.

Sobre la calle de Amargura.

Ejercitantes : viendo el cobarde Pilato la obstinacion con que insistian los judíos en la muerte de Jesús, últimamente se desentendiende de él, y lo entrega al populacho diciéndoles : « Pues que os empeñais en que muera Jesús, ahí lo teneis, haced de él lo que querais. » No bien habia pronunciado esta sentencia final , cuando acometieron á la persona de Jesucristo como leones á la presa. Le vuelven á poner sus vestiduras, y lo sacan del pretorio para cargarle la cruz en que habia de morir. Y vista por el Señor, no solo no se resintió de la afrenta del suplicio ni la rehusó, sino que ansioso se dirigió al pesado leño, lo abrazó con todo el afecto de su corazon, y gustoso lo cargó sobre sus hombros. Suena de afuera la bronca trompeta que anuncia la ejecucion de la sentencia, y precedido de una procesion de soldados, ministros y verdugos, sale el Salvador del pretorio, y entre los gritos y algazara del pueblo inmenso que habia concurrido para verlo, empieza á caminar para el monte en donde se habia de hacer el sacrificio. Hermanos míos, todo me asombra, todo me estremece y llena de pasmo en esta contemplacion. Pero en lo que fijo principalmente la consideracion en este paso, y lo que mas me admira es el ánimo esforzado con que Jesús cargó sobre sus hombros una cruz tan pesada y tan larga, que arrastraba por la tierra. Yo sé que en las santas Escrituras se llama el Señor, poderosamente fuerte; que de una á otra parte traspasa los montes como quiere, que hace temblar la tierra, y que mantiene suspendido de tres dedos todo el universo. Pero esto no me admira ; porque no es maravilla que un Dios omnipotente traspase los montes, tenga colgada la tierra y sostenga los cielos. Pero que este mismo Dios, en la naturaleza de un hombre debilísimo, agonizante y casi muerto, pueda sostener el peso de una

cruz tan desmesurada, y que al mismo tiempo que su espíritu está tan afligido por su cercana muerte, tenga valor para cargar sobre sus espaldas el enormísimo peso de tormentos y afrentas debidos á los pecados de todos los hombres; esto es un portento de fortaleza en el cuerpo y espíritu de Jesús. Y á esta maravilla quiero llamar vuestra atencion para que la contempleis con toda la ternura de vuestro corazon.

«Y llevando su cruz, dice san Juan, salió de Jerusalem.» Tres salidas de Jerusalem hizo nuestro Salvador, segun las santas Escrituras. La primera cuando salió de la Jerusalem del cielo, y vino á tomar carne humana en las entrañas de la Virgen María, y sufrir un oscuro encierro en su purísimo vientre. La segunda cuando salió de la mística Jerusalem, que es el seno de la Virgen, y nació á este mundo lleno de lágrimas y miserias como todos los demás hombres. La tercera fue cuando salió de la Jerusalem de Palestina cargado con la cruz, pero manso y callado como cordero que llevan al matadero. ¡Qué maravilla y prodigio de fortaleza en Jesús! ¡Llevar su cruz hasta el suplicio, cosa que no se acostumbraba hacer sino con los reos de mas atroces delitos! Afrenta enormísima para Jesús, y tanto mas sensible, cuanto que para mas llenarle de oprobio dispensaron de ella á los dos ladrones que tambien conducian al patíbulo. Mas el divino Salvador, aunque afligido por la afrenta, fuerte de ánimo se abraza con el tosco leño, y lo aprieta á su pecho como la cosa que mas deseaba. Hermanos míos: yo me figuro que al estrecharse el Señor con la cruz le diria en su corazon: «¡Oh cruz tan deseada de mí! yo te recibo como el término de mis suspiros y el cumplimiento de mis deseos: Dios te salve, instrumento precioso de la humana redencion en que se ha de exaltar la gloria de mi Padre. Ya no serás para mí suplicio de ignominia, sino trono de honor; y como tal te estrecho entre mis brazos.» Así caminaba el Nazareno cargado con la cruz por las calles mas públicas y concurridas de Jerusalem, hasta salir fuera de la ciudad.

Nacion inhumana y perversa; no temas que el Leon de Judá caiga muerto debajo del pesado tronco antes que puedas lograr tu desigño: no lo apresures en su camino; ni es necesario que entorpezcas sus potencias con esa bebida que le propinas para que no desfallezca, y dé el último suspiro antes de llegar al monte. Aunque veas que todo su cuerpo tiembla y cae repetidas veces oprimido por el gran peso, no temas que muera aun, ni es menester que le des un Cireneo que le ayude á llevar la cruz; porque aun hay resto de algunas fuerzas en Jesús. Deja llegar á su purísima Madre, que avi-

sada de lo que hacen con su Hijo, afligida viene presurosa á salirle al encuentro para verlo antes de morir, y darle el último adios : déjala llegar, no tengas miedo que al abrazarse la Madre y el Hijo, ambos al punto mueran de sentimiento, y queden frustrados tus deseos ; porque aunque veas que Jesús camina ya agonizando, es aun mas fuerte que tu crueldad : él morirá cuando quiera, y mantendrá su espíritu hasta que exhalándolo suspendido en esa cruz que arrastra por tierra, se cumpla la voluntad de su Padre.

Ejercitantes : yo no me atrevo á detener mas vuestra contemplacion y la mia en la inaudita fiera con que los judíos desfogaron su rabia contra el Redentor, en el penoso y sangriento camino de Jerusalem al Calvario. Solo quiero que me acompañeis en una reflexion que harémos mientras Jesús sube al monte. Todas las obras del Señor salieron de sus manos con tiempo, peso y medida. Solo en la obra de nuestra redencion, dice san Buenaventura, se excedió sobre toda medida ; no por otra cosa, sino porque, como dice san Pablo, «tan grande era la caridad con que nos amó, que él mismo «quiso entregarse por nosotros.» Yo no sé, hermanos míos, cómo puede haber corazon que á vista de tal exceso de amor pueda permanecer insensible. No puedo alcanzar ni entender cómo no nos deshacemos en ternísimos sentimientos de amor hácia un Dios tan enamorado de nosotros, y tan afligido y maltratado por nuestras culpas. La reina Clotilde, siendo cruelmente tratada por su marido, para mover á compasion á su hermano Gildeberto le mandó un pañuelo en que escribió con su propia sangre estas pocas y sentidas palabras : «Hermano mio Gildeberto, ¿esto miras y lo sufres? Esta «es la sangre de tu hermana : ¿tendrás corazon para verla injustamente derramada, y no venir á vengarla?» Pecador : has visto los miembros de Jesús tan cruelmente ensangrentados por tus culpas, ¿y lo sufres? ¿Podrás á tan lastimosa vista mantenerte frio é indiferente, y no derramar siquiera una lágrima de compasion? ¡ Ah ! no creo que tus ojos sean de bronce, ni tu corazon tan de piedra. No, Jesús mio, no será así. Aquí nos teneis á todos postrados á vuestros sacratísimos piés, que venimos á compadeceros y bendeciros. Benditos sean, Señor, todos los pasos que disteis por nosotros al Calvario. Bendita la sangre con que regasteis el camino. Ya no mas pecar, Jesús mio ; primero morir que añadir mas culpas sobre vuestros sacratísimos hombros. Confirmad desde esa cruz nuestros propósitos, y conducidnos por la calle de Amargura á la bienaventuranza de la eterna gloria. Esta es deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOQUINTO.

LECCION.

De los Frutos del Espíritu Santo.

P. ¿Cuántos son los Frutos del Espíritu Santo?

R. *Son doce: Caridad, Gozo espiritual, Paz, Paciencia, Bondad, Benignidad, Longanimidad, Mansedumbre, Fe, Modestia, Continencia y Castidad.*

P. ¿Por qué estas virtudes se dicen Frutos del Espíritu Santo?

R. Porque las produce por sí mismo, como cosa propia que nace de su ser. Por ellos se manifiesta y conoce su bondad, como el árbol se conoce por los frutos que produce. Y aunque todas las virtudes se comunican por este divino Espíritu, estas con particularidad se llaman frutos suyos, como mas conocidos, y en que mas se manifiesta su infinita bondad. Por ellos se hace el alma sumamente hábil para obrar, teniendo grande prontitud y facilidad para todo lo bueno.

P. ¿Qué es el fruto de la *Caridad*?

R. Es una virtud infusa en nuestra alma, por la que amamos á Dios por sí mismo sobre todas las cosas, y al prójimo, por Dios, como á nosotros mismos. El ejercicio de este fruto del Espíritu Santo es sabrosísimo; y por esta caridad se distinguen los verdaderos y buenos cristianos, de los malos y aparentes. Se pone en primer lugar la caridad entre todos los doce frutos, porque ella es en todo la primera, y la fuente de donde dimanen todas.

P. ¿Cuál es el segundo fruto del Espíritu Santo?

R. Es el *Gozo espiritual*. Esto es, una alegría que se difunde en el alma del justo, y la llena de suavidad, considerando la limpieza de su conciencia y la amistad que tiene con Dios, que habita en él como en su propia morada. Este gozo es un preciosísimo licor que admirablemente recrea el espíritu. Aquel es verdadero gozo, dice san Bernardo, que no viene de la criatura, sino del Criador. El cual gozo, si lo recibieres, nadie te lo quitará. Y además de esto, es de

tal calidad, que comparada con él toda alegría es tristeza, toda suavidad es dolor, y todo dulce es amargo.

P. ¿Cuál es el tercer fruto del Espíritu Santo?

R. La *Paz*, que es una serenidad y quietud que el justo experimenta en su alma, por tener en ella á su Dios. Por este fruto se libra el alma de la turbacion y temor desordenado. Y no se pierde esta paz en el justo, aunque tenga luchas y tentaciones; porque en medio de ellas vuelve la consideracion hácia dentro, y halla que en lo interior de su alma tiene á Dios. Así el santo rey David, cuando mas perseguido estaba de su hijo Absalon, gozaba de paz en su alma, y le decia á Dios: «Nada temo, Señor, á esta multitud innumerable de vasallos rebeldes que me cercan.» Y en otra ocasion le decia: «Aunque tenga que caminar entre los horrores de la muerte, no temeré los peligros; porque Vos estais conmigo.» Este mismo fruto de la Paz han gustado todos los santos, en medio de las tribulaciones y persecuciones que padecieron en el mundo. Y ni este, ni el demonio, ni la carne pudieron con sus ataques alterar la paz de sus almas, por tener en ellas á su Dios. Esta misma paz experimentaremos nosotros siempre que por una conciencia limpia de pecado se haga nuestra alma digna morada del Espíritu Santo.

P. ¿Cuál es el cuarto fruto del Espíritu Santo?

R. La *Paciencia*. Por este fruto sufre el justo con igualdad de ánimo todas las adversidades y tribulaciones interiores y exteriores que puedan ocurrirle en esta vida mortal. La paciencia, dice san Pablo, es necesaria para que haciendo la voluntad de Dios consigamos los premios prometidos. Y el mismo Jesucristo nos dice: «En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.» De este fruto de la paciencia nos presentan las santas Escrituras dos ejemplares portentosos en los varones justos Job y Tobías. Ambos ejercitaron la paciencia; el primero á prueba del demonio, con licencia que le dió el Señor; y el otro á prueba del mismo Dios. Pero ellos llevaron los trabajos y adversidades con tanta resignacion y conformidad, que llenaron las medidas de Dios; y aun en vida probaron la dulzura de este fruto del Espíritu Santo, regalándolos el Señor con mas bienes temporales que habian perdido, y con mas aumentos de gracia.

P. ¿Cuál es el quinto fruto del Espíritu Santo?

R. La *Benignidad*.

P. ¿Y esto qué quiere decir?

R. La Benignidad, fruto del Espíritu Santo, no es otra cosa que la suavidad del trato de los justos con los otros hombres, conver-

sando y portándose con todos con blandura de ánimo, lo cual es indicio de santidad. Esta benignidad hace que el justo sea considerado como un dispensador de beneficios para con sus prójimos. Y así es que aunque los Santos hayan sido para el mundo los mas abatidos y despreciados; su trato y conversacion ha sido siempre apreciada y procurada por las personas de mas sano juicio y de mas alta dignidad, por la suavidad y dulzura que el Espíritu Santo derramaba en sus palabras y conversacion.

P. ¿Cuál es el sexto fruto del Espíritu Santo?

R. La *Bondad*.

P. ¿Y qué se entiende por esto?

R. Se entiende aquella inclinacion y propension que tiene el justo á hacer bien á todos, comunicando en cuanto puede sus bienes espirituales y temporales. Por este fruto, además de separarse el justo de todo ánimo y deseo de hacer mal, es inclinado á tener mucho gusto en beneficiar á su prójimo. El alma feliz en quien habita como en su templo el Espíritu Santo, se hace por este fruto buena para Dios, buena para sí misma, y buena para sus prójimos. Se hace buena para Dios, porque guarda bien sus mandamientos, y en todo hace su santísima voluntad, con lo que el Señor se da por muy bien servido. Se hace buena para sí misma, porque procura por todos modos conservar la gracia y cultivar las virtudes, que es en lo que consiste la bondad del alma. Y se hace buena para los prójimos, porque sintiendo sumo deleite en comunicarse á sus semejantes, siempre ingeniosa, busca medios y modos de beneficiarlos, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Quiera el Señor que nosotros participemos en vida de este fruto de bondad, para merecer gozarle en la gloria. Amen.

EJEMPLO

*de un paisano de Fionia muy buen cristiano, templo vivo del
Espíritu Santo.*

El fuego habia prendido en el pueblo que este paisano habitaba: corrió á dar socorro á los lugares en que habia mayor necesidad; todos sus trabajos eran en vano, y el incendio hacia los mas rápidos progresos: vinieron á avisarle que tambien habia prendido el fuego en su casa. Preguntó si la de su vecino habia sido tambien invadida; se le dijo que tambien ardia, pero que no tenia que perder, y que él tenia sus muebles que debia procurar salvar. «Tengo que

«salvar cosas mas preciosas», respondió al instante. Mi desgraciado vecino está enfermo, y no se puede valer á sí mismo; su pérdida es inevitable si yo no voy; estoy seguro que cuenta conmigo.» Desde luego corre volando á la casa de este infortunado, y sin pensar en la suya que hacia toda su fortuna, se precipita por en medio de las llamas que llegaban ya por momentos á la cama del enfermo. Ve una viga ardiendo á punto de desplomarse sobre el enfermo, se arroja allá confiando que su presteza le hará evitar el peligro que él tambien corria, se acerca al enfermo, le carga sobre sus hombros, y le lleva felizmente á un lugar seguro.— El Gobierno de Copenhague le recompensó, y muchos particulares le hicieron tambien sus presentes para indemnizarle de la pérdida de su casa y de sus efectos.

MEDITACION.

De la crucifixion del Señor.

Considera, pecador, que habiendo llegado nuestro Salvador al sitio donde habia de ser crucificado, al instante los soldados con la mayor inhumanidad y descortesía lo desnudaron de todas sus vestiduras, en cuya violenta operacion hubieron de renovarse todas las llagas de su cuerpo sacratísimo. Dejemos ahora, hermanos míos, y pasemos en silencio lo que ni aun meditar se puede sin que el corazón mas duro se deshaga en compasion. Cierra, pecador, tus oídos á la horrible gritaría y algarazara de los verdugos; no atiendas al espantoso eco de los crueles martillos que resuena por todo el monte; y mira solo que ya tu Redentor está levantado en la cruz, como la serpiente en el desierto, para sanarte de la mordedura de tus pecados. Fija tu vista en esa cruz de tu redencion, y repara y contempla bien todo el sacratísimo cuerpo. Miralo todo desollado, traspasados de parte á parte sus piés y manos, miembros los mas delicados por la reunion de tantos nervios y arterias; taladrada su cabeza con tantas y tan penetrantes espinas; desnudo á la vista de todo un pueblo que lo mofa y llena de improperios; sus ojos empañados con la sangre que destila la corona; la cara pálida, amoratada y sin figura de hombre. Sin alivio y sin consuelo va muriendo poco á poco, y siempre aumentándose los dolores con el peso de la sacrosanta humanidad. Dime, pecador; tú que no puedes sufrir la punzada de una aguja sin compadecerte de tí mismo, ¿cómo es que no te compadeces de tu Salvador, reducido por tu amor á estado tan lastimoso? Te compadeces de tu bestia si la ves padecer, y pro-

curas su alivio ; padece tu Redentor, y padece por tí ; y no solo no le alivias con tu compasion, sino que le aumentas sus penas con la reincidencia en tus culpas. ¡ Oh divino Salvador ! ¡ qué ingratitud tan monstruosa , qué dureza de corazon mas que de piedra !

Ruégote , pecador, que pongas otra vez la vista en el patíbulo de la cruz ; y si no quieres mirar el destrozo sangriento que se ha hecho del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, oye á lo menos una palabra de su boca, y por ella entra á contemplar lo que siente en su corazon. La delicadísima humanidad del Señor, por el copioso sudor de sangre que habia padecido la noche anterior ; por la que derramó en la cruel flagelacion y coronacion ; por la que salió de sus piés y manos en la atroz crucifixion, y por no haberle dado siquiera un sorbo de agua en tan amarga carrera desde el huerto hasta el Calvario, quedó cási enteramente exhausta de sangre, y tan seca, que apenas pudo despegar de sus fauces la benditísima lengua para articular estas sentidas y lastimosas palabras : *Tengo sed* ; pero no esperes que venga alguno con un jarro de agua y le dé este pequeño alivio ; porque entre tanta multitud de inhumanos espectadores no hay quien se compadezca del Señor. Entra con tu consideracion en el pecho de Jesús, y verás el corazon de un Dios-Hombre que arde de sed por padecer mas por tu alma ; y tanto, que si fuese voluntad de su Padre estaba pronto á permanecer penando en la cruz, no solo por tres horas, sino hasta el fin del mundo. ¡ Oh amor ardiente de Jesús ! ¡ oh fria indiferencia de un pecador endurecido ! ¿ Cómo es posible, Salvador mio, que viendo este pecador el exceso de tanto sufrimiento y de tanto amor por hacerlo vuestro, él no correspondia agradecido, y se dé enteramente á Vos ? ¿ Cómo es posible, pecador, que oyendo decir á Jesús, « tengo sed de derramar mas sangre por tí, » tú no te muevas á darle una sola lágrima de tus ojos, que le sirva de consuelo ? Si esta contemplacion no ablanda tu dureza, ¿ con qué podrá ablandarse ?

¡ Oh alma santísima de mi Salvador ! yo te contemplo sumergida en un mar de penas, al mismo tiempo que el cuerpo virginal que vas á dejar lo veo cubierto de sangre y descuadernado, sin haber en él parte alguna que no esté llagada y dolorida. Pecador : ya que no te enternecen los dolores que padece Jesús en su cuerpo, aplica tu consideracion á lo que padece su alma. Cuando un hombre enferma de muerte en tierra extraña y ausente de su familia, no siente tanto los dolores de la enfermedad, como verse entre gentes que no toman el menor interés por su alivio, abandonado á sí mismo,

y privado del consuelo que podia prometerse de sus amados padres, ó de sus queridos parientes y amigos. Pues contempla ahora cuánto seria el dolor y sentimiento que tendria Jesús en su alma, cuando en las últimas agonías se le representó en su imaginacion su cercana muerte, con todas las circunstancias de un absoluto desamparo. Por una parte se miraba colgado con un palo entre el cielo y la tierra, sin haber quien aplicase una mano para sostener su quebrantada cabeza. Por otra parte se contemplaba cercado de crueles enemigos, empeñados en darle una muerte por todos modos la mas dolorosa. Su amado Judas se habia ya pasado al partido de los que lo sentenciaron á muerte; y los demás Apóstoles y discípulos todos le habian abandonado. Su Madre santísima, aunque estaba al pié de la cruz, sobre no serle permitido aliviar en nada á su Hijo, aumentaba mas sus penas con su presencia. Tanto fue el sentimiento de Jesús en este absoluto desamparo, que vino á quejarse amorosamente á su Padre diciéndole: «Padre mio, ¿por qué me habeis desamparado?» Pecador: si aun contemplando esto no te mueves á contricion, yo recelo que tú ya estarás abandonado de Jesús.

Para sacerdotes.

«Hermanos sacerdotes: acerquémonos al pié de la santa cruz y «con reverencia apliquemos nuestros labios á los de nuestro divino «Maestro para recibir de su boca los últimos suspiros. Ya, para que «se cumpla la profecía, ha gustado el vinagre que sus enemigos le «han aplicado á sus tostados labios, y le dice que «ya todo se ha «consumado.» Ya levanta los ojos al cielo, y con voz milagrosamente fuerte exclama: «Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Ya inclina la cabeza hácia el pecho... Ya murió Jesús. A «nosotros toca ahora hacerle los últimos obsequios, imitando su celo «por la salvacion de las almas. Decidle al pecador endurecido, que «una cruel lanza ha sacado de su corazon la poca sangre que le quedaba para que él la beba en los santos Sacramentos como bálsamo «de salud para su pobre alma.»

JACULATORIAS.

¡Oh pacientísimo Jesús! yo no quiero ser como aquel empedernido pecador que con la dureza de su corazon aumenta vuestros dolores. Yo compadezco vuestras penas y lloro mis pecados, que son la causa de todo vuestro padecer.

¡Oh corazon de Jesús, y qué mal te he correspondido! Tu cora-

zon, Salvador mio, se abrasa de la sed de padecer mas por mí; y el mio aun no entra en calor de padecer por Vos.

¡Cuántas veces, Señor, me he alejado de vuestra cruz, por no tener un motivo de tristeza que amargase mis gustos! Pero en adelante vuestra cruz será el lugar de mi reposo, y al pié de ella clamaré siempre: perdonadme, Padre mio, que me pesa mucho de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre los Dolores de la Virgen.

Ejercitantes: hemos visto en meditacion á nuestro amantísimo Jesús cosido ya en la cruz con duros clavos, y como puesto en el aire continuó en agonía hasta que inclinando su cabeza entregó su espíritu. Así concluyen los sagrados Evangelios la narracion de la pasion y muerte del Salvador, pasando por alto todas las demás dolorosas circunstancias que concurrieron en su crucifixion, por no hallar voces con que expresarlas. Pero yo no quiero que vuestra dolorosa y piadosa contemplacion se retire de los horrores del Calvario, sin observar á la santísima Virgen María que presencié la sangrienta tragedia de su Hijo, y que, como dice san Juan, estuvo en pié hasta que espiró el Salvador. Mas ¡ay, amados mios! ¿cómo podrá mi torpe lengua dibujar, ni aun en bosquejo, lo que pasó en el corazon de esta Señora durante la crucifixion de su amantísimo Hijo, si no hay en lo humano entendimiento alguno que pueda comprenderlo? Vosotros, hermanos mios, podréis meditarlo. Si tantos sustos y sobresaltos padeció la santísima Virgen cuando huyó con su hijo á Egipto para salvarlo de las furias del rey Herodes, pareciéndole cada ruido y cada sombra un soldado enemigo, ¿cuánto padecería ahora su corazon viéndolo rodeado de sayones, que á porfía lo injuriaban, atormentaban y herian? Si su alma fue traspasada de dolor cuando lo perdió en Jerusalem siendo niño, sin embargo de tener esperanza de hallarlo, ¿quién podrá pintar su dolor viéndolo ahora, no entre doctores de la ley que admiran su sabiduría, sino entre escribas, fariseos y verdugos que lo insultan y desprecian, y sin esperanza de volver á recobrarlo? Verdaderamente se cumplió aquí la profecía de Simeon cuando la dijo que un cuchillo de dolor traspasaría su alma. Si los buenos hijos son la corona de sus padres, su gozo y contento, y la esperanza de su buena vejez; ¿cuál sería el sentimiento de la santísima Virgen al verse en

un momento privada de su adorado Jesús, Hijo el mas dulce, el mas amado, el mas hermoso de todos los hijos? Mi entendimiento se pierde en esta contemplacion.

¡Oh Agar, esclava del patriarca Abrahan! si estuvieras aquí, yo te preguntaria ¿qué sintió tu corazon, cuando caminando errante por el desierto viste que tu tierno hijo Ismael agonizaba de pura sed, y tú no tenias agua para socorrerlo? Pero ya lo dice la Escritura santa; lo dejaste al pié de un árbol, y tú te apartaste léjos de allí por no verlo morir. Y Vos, afligidísima María, ¿qué dolor sentiríais cuando no solo al pié del árbol de la cruz, sino clavado de piés y manos en el mismo tronco, y muy cerca de él, vísteis que clamaba de sed, y no solo no hubo quien le diese un sorbo de agua, sí que ni á Vos se os permitió que aplicáseis á sus abrasados labios una sola lágrima de vuestros purísimos ojos? Ea, pues, dolorosa Madre mia: aquí nada hay que esperar de consuelo, ni para Vos, ni para vuestro Hijo. Él va á dar ya el último suspiro; apartaos ya de la cruz; sentaos en una peña de este monte á tomar un poco de aliento, y cerrad vuestros ternísimos ojos para no ver morir á vuestro Hijo. Así me figuro yo que le hablaría el discípulo Juan á María; y tambien que esta Señora le contestaria en su corazon: ¡Ah! esto no lo sufrirá mi amor: mi boca recibió en el pesebre de Belen las primeras respiraciones de mi Hijo; y mis ojos han de ser testigos de la última en la cruz. Él muere por los hombres, y yo quiero presenciar la última fineza de su amor.

Amados mios, ya espiró Jesús. ¡Qué dolor! María lo ha visto morir. ¡Qué prodigio de fortaleza! Pero aun no han terminado sus dolores, aun tiene que apurar el cáliz de la amargura. Y ¿quién podrá ahora ponderar el golpe de dolor que la rabia judáica va á dar en el corazon de María? Decidlo vosotros, sol, luna y estrellas, que os cubristeis de luto; dílo tú, tierra que temblaste, peñascos que os hicisteis pedazos, cortina del templo que te rasgaste, Juan y Marías que estábais junto á la cruz; decid vosotros, ¿qué hicieron con Jesús despues de muerto? ¡Ah! ya lo sé. Un soldado mas inhumano que todos sus compañeros enristra la lanza, y con un golpe fiero abre el costado de Jesús, y le rompe el corazon. Sí, amados mios, golpe el mas fiero y cruel; porque no hay sevicia mas refinada que la que se ceba en un cuerpo ya difunto. Ángeles del cielo; decid, vosotros que lo presenciásteis, ¿cuál seria el dolor que sintió vuestra Reina en este tan bárbaro atentado? Porque yo solo puedo comprender que siendo ya difunto el Redentor, y recibiendo

el alma de María todo el golpe de la cruel lanza, este debió ser el mayor de sus dolores. Si, amados míos, sola el alma de María recibió todo el golpe; porque, como contempla el Padre san Bernardo, despues que Jesús espiró, ya su alma no pudo sentir la herida del hierro cruel. Pero no pudiendo separarse del corazon de su Hijo el alma de la Madre, sola esta recibió lo mas sensible, lo mas punzante del cuchillo, lo sumo de los dolores. Por cuya razon el mismo san Bernardo la predica mas que mártir; y la santa Iglesia la aclama y nosotros la invocamos Reina de todos los Mártires.

Me figuro yo aquí, amados míos, que el amado discípulo Juan le diria á la santísima Vírgen: «Ahora sí, Señora, que habeis de apartaros de esta ara en que se ha sacrificado á vuestro Hijo y mi amantísimo Maestro; porque ya vienen los dos piadosos varones José y Nicodemus á descolgar el santísimo cuerpo, y prestarle los últimos obsequios. Dad tiempo, Señora, para que estos hombres justos embalsamen y amortajen á vuestro Hijo, antes que lo tiren al muladar, como hacen con todos los que ajustician; y tambien porque por momentos va á entrar la celebridad de la Pascua, y el cuerpo no puede quedar á la vista del pueblo. Un sepulcro nuevo le tiene preparado José, en el que nadie se ha enterrado todavía: vámonos á casa, que estos discípulos y las piadosas Marías cuidarán de ponerlo en buen conreo y seguridad.»

Sí, Reina de los Ángeles y de los Mártires, le diria yo: sí, véte á casa á llorar tu soledad con Juan, á quien Jesús te ha dejado por hijo y á tí por su madre. ¡Oh Señora, y qué dolor! saliste de casa con un Hijo Dios verdadero, y te vuelves á casa con otro en su lugar que es puro hombre: ¡qué cambio! Os dan á Juan por Jesús, al siervo por el Señor, al discípulo por el Maestro, al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios vivo: ¡qué sentimiento! Adios, Madre nuestra, huérfana sin Padre, viuda sin Esposo, sola sin Hijo. Dios te salve, afligidísima Madre. Os acompañamos en vuestra amarga soledad: compadecemos vuestros dolores; y os suplicamos por ellos, que mientras vivamos en este mundo nos hagais participantes de vuestras penas, para que doliéndonos de los pecados que las motivaron, vivamos santamente y nos hagamos dignos de coger el fruto de la pasion de vuestro Hijo y de vuestros acerbísimos dolores, y de gozaros con él eternamente en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOSEXTO.

LECCION.

De los Frutos del Espíritu Santo.

P. ¿Cuál es el séptimo fruto del Espíritu Santo?

R. La *Longanimidad*.

P. ¿Qué es Longanimidad?

R. Es una virtud no solo útil, sino tambien necesaria para conservar la paz y tranquilidad. Ella es una cualidad excelente que infunde el divino espíritu en nuestras almas haciéndolas magnánimas y generosas, y muy capaces de tolerar todos los trabajos y tribulaciones interiores y exteriores sin sentir temor ni afliccion. Este fruto de longanimidad ó magnanimidad, aunque para todos es sumamente importante, lo es mucho mas para los superiores y padres de familia, en los cuales es necesaria grandeza de corazon para saber sufrir, tolerar y gobernar con paciencia y sin congoja. De estos corazones magnánimos nos ofrecen las santas Escrituras hermosos ejemplares. El patriarca Jacob en la larga carrera de sus trabajos; el pacientísimo Job en la pérdida de sus hijos y de todos sus bienes, y el viejo Tobías en su extremada pobreza, todos dieron admirables ejemplos de longanimidad. Tambien los han dado y dan en la ley de gracia los Mártires, los Confesores, los Anacoretas, y tantas Vírgenes que han sufrido persecuciones y muerte por la fe de Jesucristo, y los justos que toleran con placer los mayores trabajos por seguir á su divino Maestro.

P. ¿Cuál es el octavo fruto del Espíritu Santo?

R. La *Mansedumbre*.

P. ¿Qué es Mansedumbre?

R. Es la blandura en el trato y comunicacion con los prójimos, sin exasperarse por cosa alguna. Este fruto del Espíritu Santo es totalmente opuesto á la ira desordenada, y por él un hombre se dice manso, paciente y tratable, sin pretender venganza alguna ni querer en nada molestar á su prójimo. San Agustin dice que son mansos los que ceden á los violentos tratamientos que les hacen. Estos,

sufriéndolos con paciencia, convierten el mal en bien, y como que de los espinos cogen flores.

P. ¿Cuál es el noveno fruto del Espíritu Santo?

R. La *Fe*.

P. ¿Qué es la Fe?

R. Es una virtud por la cual creemos lo que Dios nos revela. Este fruto abraza también la Fidelidad, que es una virtud que enseña á cumplir lo que se ofrece y promete; porque quien es fiel para con Dios, lo es también para con los hombres. Asimismo se reduce á este fruto la sinceridad y sencillez con que se cree á todos, no sospechando de fraude, ni usando desconfianza en el trato con los prójimos. Así vemos que las almas justas son sencillas, candidas, veraces en sus dichos, y dóciles en creer lo que se les dice.

P. ¿Cuál es el décimo fruto del Espíritu Santo?

R. La *Modestia*.

P. ¿Qué es Modestia?

R. Es una virtud que modera y compone todas las acciones del hombre. En el vestir, andar, hablar, mirar y en todo, compone y arregla en debido modo todas las operaciones del que está en posesión de este fruto. San Pablo escribiendo á los filipenses les decía: «Procurad que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres.» Este encargo del Apóstol lo cumplen con mucha facilidad los que poseen este fruto. Porque como la verdadera modestia procede de la moderación interior del ánimo, el hombre justo no produce ni en público ni en secreto acción alguna que no vaya acompañada de la modestia, que dulcemente y sin estudio se deja ver en lo exterior del justo con tan vivos colores, que basta observar su porte para echar de ver la rectitud de su alma. Al contrario, el hombre que no goza de este fruto regularmente á primera vista es conocido en sus operaciones. La precipitación en el andar, la irregularidad en los movimientos del cuerpo, la ridiculez en el vestir, la locuacidad en la conversacion, la fatuidad en las palabras, la libertad en los ojos, son los indicios que da de sí el que no ha gustado el décimo fruto del Espíritu Santo.

P. ¿Cuál es el undécimo fruto?

R. La *Continencia*.

P. ¿Qué es Continencia?

R. Es una virtud que generalmente reprime los movimientos desordenados de las pasiones que turban el alma, y le quieren robar alguna virtud. La continencia no se limita solo á la castidad, sino

que se extiende tambien á moderar los apetitos de comer y beber, y á sujetar la ira, la lengua y demás desordenados movimientos del ánimo. Por consiguiente, esta virtud es el compendio de todas, porque con ella se abstiene el hombre de los vicios, y á las veces reprime sus deseos, aunque sean lícitos y honestos. Así es que quien en virtud de este fruto se abstiene de los deleites que le son permitidos, el que guarda templanza en la comida y bebida, el que refrena los ímpetus de la cólera, el que se priva de diversiones inocentes, el que se contiene en los límites de una conversacion cristiana; todos estos se dice con verdad que son continentes; y los que al contrario hacen, se dicen incontinentes.

P. ¿Cuál es el duodécimo fruto del Espíritu Santo?

R. La Castidad.

P. ¿Qué es la Castidad?

R. Es una virtud que reprime los movimientos de la carne, y conserva al hombre en loable abstinencia de los deleites impuros y sensuales. Esta castidad es de dos maneras: una parcial que se llama *conyugal*, y otra *total ó perfecta*. La conyugal es la que aparta al hombre y hace que se abstenga de deleites prohibidos; pero le concede los que se hacen lícitos por el santo matrimonio. La total y perfecta excluye todos los deleites prohibidos, y se abstiene tambien de los lícitos, no ligándose al matrimonio; y en caso de ligarse se abstiene de ellos por voto ó por voluntario propósito. En cualquiera forma de estas que sea, la castidad es una virtud angélica y celestial. A ella se reduce como último grado de perfeccion la *virginidad*, que consiste en la integridad de la naturaleza, no padeciendo en ella corrupcion ó deleite venéreo voluntaria y libremente. Esta virginidad y castidad total y perfecta la tuvo y guardó inviolable el patriarca san José toda su vida, antes y despues de casado con la siempre Virgen María santísima nuestra Señora.

EJEMPLO.

Santo Tomás de Aquino, que fue educado en la piedad lo mismo que en las bellas letras, habiendo renunciado temprano el mundo, entró en el Orden de santo Domingo, no sin mucha oposicion de parte de sus padres, y sobre todo de sus hermanos, los cuales le hicieron encerrar en la torre del castillo de Torraseca, en la diócesis de Aquino, en Italia. Allí le hicieron privar de todo lo posible para extenuarle y hacerle mudar la resolucion; mas no saliéndoles bien su proyecto, se valieron del modo mas diabólico que se puede ima-

giñar, que fue la sensualidad, porque decian, si pierde la castidad perderá la vocacion. Al efecto se valieron de una mujer jóven, hermosa, corrompida y atrevida para pervertir al jóven Tomás, prometiéndole grandes cosas si lograba su intento. El jóven Tomás que jamás habia experimentado semejantes asaltos, y que sentia dentro de sí mismo otro enemigo aun mas peligroso, no tenia por armas otra cosa que la oracion del corazon, que bastase para reprimir al enemigo doméstico. Mas como se veia cási llevado al extremo por la insolencia de aquella mala mujer, siguió la inspiracion del espíritu de Dios que le animaba; tomó, pues, un tizon encendido, y persiguió á la provocativa mujer hasta que la hubo echado fuera. Y Dios nuestro Señor, en premio de la victoria que reportó de la sensualidad y de todos sus agentes, lo confirmó en la vocacion, le concedió el don de castidad sin tentacion, y le hizo un gran sábio y santo de su Iglesia.

Ejercitantes: con esta leccion hemos concluido la explicacion de todo el Catecismo de la doctrina cristiana. Os he dado una tintura de todos los preceptos, misterios y verdades de nuestra santa Religion, y una instruccion muy suficiente para que cada uno de vosotros, de cualquier estado y condicion que sea, pueda, ajustándose á ella, formarse una conducta cristiana conforme en todo al gusto de Dios, que es el único modo de servirle bien en este mundo, para despues gozarle en el cielo. El Señor nos dé su gracia para hacer en todo su santísima voluntad. Amen.

MEDITACION.

De las llagas del Señor.

Considera, cristiano, que Jesucristo conservó sus llagas despues de su resurreccion para dar este motivo de confianza á los pecadores. Porque, como dice san Pablo, «Jesucristo viviendo en el cielo «con vida gloriosa, intercede continuamente con su Padre por nosotros.» Sus llagas son la boca de que se sirve para hablar á nuestro favor. Jesucristo muestra su costado al eterno Padre, y sus llagas que quiso conservar por nuestro amor. Estas señales de la misericordia y clemencia que tuvo con nosotros, continuamente están en el cielo solicitando á nuestro fávör la misericordia y clemencia de su Padre. Si nuestros pecados claman á la divina justicia por venganza, las llagas de Jesús claman mas récio á la misericordia, y su

voz sofoca y desvanece la de nuestros delitos. Si el Padre eterno justamente irritado nos amenaza con su ira, acojámonos al costado de Jesús traspasado por nuestro amor, como á un asilo seguro donde estaremos á cubierto de la divina venganza. Si el Padre eterno nos quiere castigar, estando allí nosotros por una santa y verdadera devocion, no podrá herirnos sin herir el corazon de su Hijo. Si allí nos refugiámos arrepentidos de nuestras culpas, nada tendremos que temer. Hermanos míos : seamos muy devotos de las sacratísimas llagas, y experimentarémos todo consuelo en nuestros males.

Considera tambien que Jesucristo conservó las llagas en su cuerpo glorioso, para que los justos en el cielo tuviesen un motivo de eterno reconocimiento, porque por virtud de sus llagas alcanzaron tanta gloria. ¡ Oh dulcísimo Salvador mio ! ¡ y cómo es infinitamente grande vuestro amor á los hombres, pues de lo que el mundo reputaba por señales de ignominia hicisteis un brillante trofeo de vuestra gloria y un testimonio de cuanto estimásteis padecer por los hombres ! Estas mismas llagas deben ser para nosotros una prueba perpétua de la caridad ardiente con que nos amó el Señor, que nos anime continuamente á corresponderle por tantos beneficios con otro amor, si no igual porque no cabe en la pequeñez de nuestro corazon, á lo menos con todo el que podamos, acompañado con la mejor integridad y santidad de costumbres. El corazon de Jesús traspasado con la cruel lanza y abrasado del fuego de nuestro amor debe abrir el nuestro con el cuchillo del dolor, y consumirlo á la llama de la contricion. Las llagas de Jesús son otros tantos hornos encendidos de donde salen sin cesar llamas de caridad que abrasan toda la corte del cielo. Y á pesar de tanto fuego de amor divino, ¿ aun no ha empezado á calentarse nuestro corazon ? ¿ Qué es esto, hermanos míos, tanto hielo en nuestro pecho, y tanto ardor en el de Jesús ? ¿ En qué consiste que este Vesubio de amor de nuestro Dios no solo no consume nuestro corazon, sino que ni aun le hace entrar en calor ? ¿ Puede darse cosa mas extraña ? Las llagas de Jesús nos acuerdan lo que padeció por nosotros ; y no nos movemos á padecer algo por aquel que tanto padeció y sufrió por nosotros. No puede ser otra la causa, sino que nuestra indiferencia ha congelado nuestro corazon ; y cubierto como está con la costra empedernida de nuestros vicios, despide de sí el calor de la caridad de Dios, y tanto mas se hiela, cuanto mas se añaden pecados á pecados. ¿ En qué podrá parar, hermanos míos, tanta frialdad ? ¡ Ah ! si no la vence la ardiente devocion á las llagas de Jesús, ¿ qué podrá vencerla ?

Roguemos al Señor que por un efecto de su misericordia se digne infundirla en nuestro corazon; porque si en vida no arde en su amor, en muerte será consumido en los ardores sempiternos.

Considera, ejercitante, que Jesucristo no solo conservó las llagas en su cuerpo glorioso para dar motivo de esperanza á los pecadores y de reconocimiento á los justos, sino tambien para dar á los condenados en el dia tremendo del juicio motivo de la mas amarga desesperacion. En aquel dia se les manifestará como su Salvador y su Juez, para justificar lo que hizo por ellos y condenar lo que ellos hicieron con Jesús. Saldrán entonces de sus sacratísimas llagas rayos de luz que consolarán y encenderán en su amor á los justos, y al mismo tiempo espantarán, confundirán y abrasarán á los réprobos. « Veis aquí mi costado, les dirá, que fué abierto por vosotros « con el hierro mas cruel que pudo forjar vuestra malicia. ¿Podréis « dudar de mi amor? Fue abierto por vosotros: el cielo, la tierra, los « elementos, el sol y la luna, todo el mundo, los Ángeles, mi afligidísima Madre, y el mismo Longinos que cometió el sacrílego atentado, no os dan lugar á la duda, ni vosotros podeis negar vuestra « ingratitud. Pues aunque faltasen los cómplices de vuestros delitos « que están presentes, aunque callasen los instrumentos de que os « valisteis para ofenderme y las criaturas que hicisteis concurrir á « vuestras maldades; vuestra misma conciencia os acusa, y pide venganza contra vosotros por haber despreciado y hollado mi sangre « derramada por estas llagas que he querido conservar en mi cuerpo « para vuestra confusion y eterna desesperacion. Mi costado estaba « abierto para que os sirviese de asilo y refugio, y no quisisteis entrar en él; antes por el contrario, quisisteis ir en seguimiento de « vuestros deseos pecaminosos. Desterrados de mi corazon vais al infierno á llorar eternamente el desprecio que hicisteis de estas llagas « que habian de ser para vosotros de eterna salud y vida. » ¡Qué golpe será este, amados míos, para los infelices condenados! Ponámonos en el costado de Jesús, y seamos fieles adoradores de sus llagas sacratísimas para evitar tan infeliz suerte.

Para sacerdotes.

« Si todos los cristianos están obligados á ser devotos de las adorables llagas de Jesús, ¿cuánto mas lo estaremos nosotros, hermanos sacerdotes, que por tantos títulos debemos prestarle la mas reverente gratitud? San Pablo decia: « Yo llevo las llagas de Jesús

«en mi cuerpo, y no me avergüenzo de ellas; antes bien me sirven
«de señales gloriosas, y de seguras pruebas de que no convengo
«ni voy de acuerdo con el mundo;» y nosotros que bebemos la purí-
«sima sangre que destilaron las llagas de Jesús, si no vivimos mor-
«tificados con Cristo como el Apóstol, á lo menos ¿no mantendré-
«mos una ardiente devocion al corazon y llagas de Jesús, para que
«siquiera en el alma nos parezcamos á Cristo crucificado? Rogue-
«mos al Señor que nos conceda esta gracia de devocion permanente
«á sus sacratísimas llagas, para que merezcamos bendecirlas y ado-
«rarlas en el cielo.»

IACULATORIAS.

¡Oh divino Salvador! ¿tanto era el incendio de amor que ardia en vuestro pecho y el deseo de nuestra salvacion, que al fin hubo de reventar en sangre por vuestras cinco adorables llagas? ¿Será posible que yo me olvide de tanto amor?

Me parece, Jesús mio, que desde esa cruz me estais diciendo: *Acerca tu mano; mete tus dedos en mis llagas, y no quieras ser ingrato, sino muy devoto.*

De hoy en adelante, Redentor mio, en todos mis trabajos y tribulaciones me acogeré á vuestras benditísimas llagas; y en este lugar de reposo os podré siempre y mas de cerca decir que me pesa en el alma de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre la resurreccion del Señor.

Ejercitantes: toda la gloria mundana que acompaña á los hombres durante su vida, los desampara en la muerte, y no desciende con ellos al sepulcro. Pero no sucedió así al Hijo de Dios. Aquella gloria que parecia haberle abandonado en los pasos de su vida, passion y muerte, le acompañó en el misterio de su resurreccion, bajó con él al sepulcro, y al tercero dia salió de entre los muertos glorioso é inmortal con todos los esplendores de su divinidad. Este es el gran misterio que os anuncio con anticipacion, porque es el que se sigue á la ignominiosa muerte del Salvador, y porque su gloriosa resurreccion es el motivo del gozo y esperanza de los pecadores y el fundamento de todo vuestro consuelo y el mio. Pero ¿qué parte deberémos nosotros tomar en este misterio? La santa Iglesia desea

vernos resucitados á la gracia como Jesucristo resucitó á la gloria : esta es su intencion quando cada año lo propone á nuestra consideracion. Mas debeis saber que para que esto se verifique es preciso que nosotros muramos primero al pecado para despues resucitar á la gracia, así como Jesús murió á la vida mortal para resucitar á la gloria. Pero pregunto, ¿se resucita así en este tiempo? Esto es lo que hemos de examinar. Veamos cuál es la resurreccion de la mayor parte de los pecadores en el tiempo de Pascua, y despues os diré lo que debe hacerse para resucitar bien.

La mayor parte de los cristianos resucita por la Pascua. Pero ¿con qué diferencia? A excepcion de muy pocos que como Jesucristo resucitan para no volver á morir, todos los demás, unos resucitan en solo la apariencia, y otros para morir de allí á poco. La Iglesia les advierte desde el principio de Cuaresma que deben convertirse y hacer penitencia ; y en todo tiempo les predica esta verdad. Los párrocos les hacen saber que todo cristiano está obligado á confesar y comulgar por la Pascua, bajo pena de excomunion. Y muchos, persuadidos de la fuerza del precepto, ó por no ser notados, no se atreven á diferir el cumplimiento ; y por solo este respeto humano se confiesan, bien de mala gana. Digamos que esta resurreccion es forzada y aparente ; porque no es la verdadera piedad la que los conduce al tribunal de la Penitencia, sino la inquietud y zozobra que sienten mientras no se descargan de una obligacion que les incomoda. Estas son confesiones de pura ceremonia y comuniones sacrilegas. Gime la santa Iglesia y se lamenta al ver en sus hijos tantas malas confesiones y comuniones en el tiempo de Pascua, tantas absoluciones precipitadas ó logradas con engaño, tantos pecadores que callan pecados, y tantos que por arte del demonio aparecen resucitados, y realmente están tan muertos para Dios despues de la confesion como lo estaban antes.

La segunda especie de resurreccion es, como la de Lázaro, real y verdadera, pero de poca duracion. Lázaro resucitó para morir otra vez ; y de este modo resucitan los mas de los pecadores. Por tiempo de Pascua hacen algunos esfuerzos para recibir bien los Sacramentos ; la losa del sepulcro se levanta por la confesion ; se deja la ocasion de pecar ; y finalmente despues de muchas lágrimas y gemidos resucita el muerto. Pero esta resurreccion no dura mucho tiempo ; resucitó para volver á morir. ¿No es esto lo que vemos todos los años despues de Pascua? Apenas empiezan muchos á practicar los ejercicios de piedad, cuando vuelven á entregarse á los an-

tiguos desórdenes. ¿Y de dónde viene esto sino de haber resucitado imperfectamente? ¿Cuántas vemos de estas semiconversiones que solo se hacen para luego volver á morir, recayendo en el estado infeliz del pecado, que es la muerte del alma? Yo lo sé y todos lo sabeis, hermanos míos: resucitan bien, pero mueren pronto.

La tercera resurreccion que me resta proponeros es la de Nuestro Señor Jesucristo. Real y verdaderamente salió victorioso del sepulcro, y tomó su verdadero cuerpo sin ficcion, sin disfraz ni artificio alguno. Ved aquí la resurreccion que debe ser el modelo de la nuestra. Es necesario que con sinceridad dejemos el pecado, si queremos emprender una vida nueva y resucitar verdaderamente. La resurreccion de Jesucristo no solo fue verdadera; fue tambien visible, y tan cierta, que sus mismos enemigos fueron persuadidos de ella por los guardas que habian puesto al sepulcro. Pilato escribió la verdad del caso al emperador Tiberio. Los Apóstoles y discípulos, que fueron testigos oculares, la anunciaron á todo el mundo. En una palabra, fue tan cierta la resurreccion del Señor, que no se puede dudar de ella sin caer en herejía. Del mismo modo, ejercitantes, nuestra confesion ó resurreccion espiritual debe ser cierta, visible y conocida, para que los que se escandalizaron con nuestros pecados, se edifiquen viendo nuestra mudanza de vida. La resurreccion del Salvador es constante y para siempre; y es necesario, pecadores, que se pueda decir lo mismo de la vuestra. Si verdaderamente habeis resucitado, vuestra conversion debe ser constante y para siempre, no volviendo ya nunca á recaer en la embriaguez, en la venganza, en la deshonestidad, ni en otro género de pecados. En fin, la resurreccion del Señor fue gloriosa é inmortal; y los dias que estuvo con sus discípulos despues de resucitado, su conversacion con ellos solo fue del reino de los cielos. Esto mismo debe hacer un pecador que ha tenido la gloria de haber resucitado á la gracia. Solo debe pensar en la inmortalidad que le ha merecido el Salvador, y no tener mas aficion que á las cosas del cielo. Todo lo demás debe despreciarlo como insípido y desabrido. Tal debe ser la disposicion de un alma que se ha propuesto en este tiempo por modelo de su conversion la resurreccion de Jesucristo.

Ejercitantes: si alguno no ha cumplido aun con el precepto de la Iglesia, hacedlo pronto, y hacedlo de manera que vuestra resurreccion sea en todo semejante á la del Salvador. El Señor cuando salió del sepulcro se dejó en él, como despojos de la muerte, el sudario y los lienzos con que estaba envuelto; vosotros, una vez que

salgais del sepulcro de vuestros vicios, no volvais á ser esclavos de vuestras pasiones, y dejad en la sepultura de vuestra conversion todo lo que pertenece al pecado, que fue la muerte espiritual de vuestra alma. Victoriosos ya del mundo y de las pasiones en virtud de vuestra conversion, debéis dejar ya para siempre los despojos de vuestra victoria, que son los placeres prohibidos y todas las ocasiones de pecar que os puedan impedir el seguir á Jesucristo resucitado. De modo que se pueda decir de cada uno de vosotros lo que dijo el Ángel á las devotas Marías despues de resucitado el Señor: «El que «buscáis ya resucitó: no está aquí.» Ese hombre que estaba muerto por el pecado, ya no está en el sepulcro, ha resucitado á la gracia y amistad de Dios, y vive contrito y penitente por virtud de los santos Sacramentos que dignamente ha recibido. Si así lo hiciéreis, amados míos, resucitaréis con Cristo á la gracia, para triunfar con él eternamente en la gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMOSÉPTIMO.

LECCION.

De máximas del Espíritu Santo.

*Venid y subamos al monte del Señor : allí se nos enseñarán sus caminos ,
y nosotros iremos por ellos.*

Ejercitantes : este monte y estos caminos á que el profeta Miqueas convidaba á los de su pueblo, no es otra cosa que la Iglesia de Jesucristo y su doctrina. En medio de vosotros, que sois parte de esta Iglesia, os he enseñado los caminos del Señor sembrados por el campo de la doctrina cristiana, que os he explicado en el discurso de treinta y seis noches. Pero aun no me doy por contento. Despues de haberos señalado las sendas que habeis de seguir para llegar al término de la salvacion, quiero daros en las pocas noches que nos quedan de ejercicios algunas reglas de bien vivir, para que con mas seguridad hagais vuestro camino al cielo por este mundo tan lleno de peligros. Tomadlas en la memoria, porque son consejos del Espíritu Santo.

MÁXIMA PRIMERA.

Para la guia de la propia conciencia.

Temer á Dios y guardar sus mandamientos ; porque esto es todo el hombre.

Esta máxima es el compendio de cuanto los sábios han dicho y escrito para hacerse un hombre perfectamente cristiano ; porque ella nos dice expresamente, que temer á Dios y hacer su voluntad es el ser moral de todo el hombre. Y esto está claro ; porque todo el ser de un hombre justo consiste en un cuerpo, una alma y la gracia de Dios. El cuerpo sin alma es una cosa muerta : una alma sin la gracia está en pecado y reprobacion ; y una alma separada del cuerpo y de la gracia está en el infierno. Luego es verdadero decir, que todo el ser del hombre perfecto está en amar y temer á Dios, y guardar sus mandamientos.

MÁXIMA SEGUNDA.

En el mundo todo es vanidad y afliccion.

Esta máxima nos enseña que no amemos cosa alguna, sino á Dios ó por Dios. El verdadero bien no se halla sino en Dios. Todo lo que en el mundo nos parece hermoso, todo nos engaña. Y cuando pegamos nuestro corazon á este bien falso y aparente, entonces se convierte en verdadero mal para nosotros.

MÁXIMA TERCERA.

Cuando el impio llega á lo profundo del abismo, ya no quiere salir.

Pecador : terrible advertencia es esta. Lo que mas te estorba para considerar las verdades eternas, y hace que olvides el cuidado de tu salvacion, es la costumbre que has formado de complacer á tus pasiones, y de no resistir á tus ilícitos apetitos. Esa detestable costumbre es el abismo de donde solo por un milagro podrás salir al camino de la penitencia ; y es preciso que salgas de él ó te condenes. Los confesores te darán los medios de que te debes valer. Pero el mejor de todos es la siguiente máxima que practicaba Salomon.

MÁXIMA CUARTA.

Luego que supe que no podia ser continente, si Dios no me lo daba, se lo pedi con todo mi corazon.

Si quieres alcanzar la gracia de vencer tus malas costumbres y vivir santamente, es preciso que lo pidas á Dios con el mas ardiente deseo que puedas. Así lo hacia el rey Salomon, y le decia á Dios, postrado delante de sus aras : « Señor, la sabiduría y la luz que hacen ver al hombre la hermosura de la verdad están en Vos : comunicádmelas, os ruego. Me mandais ser casto y devoto : dadme la devocion y la castidad, y despues mandad lo que os agradare. »

MÁXIMA QUINTA.

No intentes escudriñar las cosas que están sobre tí y sobre tus fuerzas.

Con esto nos quiere decir el Espíritu Santo, que no presumamos alcanzar por nuestro propio ingenio lo que es sobre él, ni comprender los misterios que sobrepujan á la penetracion del humano en-

tendimiento. Contentémonos con saber lo que Dios nos manda y lo que es necesario para salvarnos. Y en cuanto á las obras de la naturaleza, alabemos las maravillas que Dios nos presenta en ella ; pero no intentemos descubrir lo que Dios quiere que ignoremos. Por no seguir esta máxima se han perdido para siempre los hombres de mas eminente ingenio ; pues queriendo atrevidos penetrar los misterios de nuestra santa Religion, ha permitido el Señor que cayesen en las mas torpes herejías.

MÁXIMA SEXTA.

Hay un camino que al hombre le parece recto , y su término es la muerte.

Con esto nos amonesta el Espíritu Santo , que no nos fíemos de todos en las cosas que pertenecen á la guia de nuestro espíritu. Las opiniones falsas y los malos consejos entran fácil y dulcemente por los oídos. Temed, hermanos míos, y no os dejéis conducir por hombres que se apartan de la doctrina comun de la Iglesia. ¡ Cuántos se perdieron en vida y en muerte por seguir las malas doctrinas en puntos de religion ! Y en seguida nos previene este mismo proverbio, que desconfíemos de nosotros mismos, y no guiemos á nuestro espíritu por nuestro propio juicio ; porque en la vida espiritual suelen tomarse caminos que al hombre le parecen los mejores, y paran en pecado y condenacion. Tomad para vuestra alma un buen director, y nunca os apartéis de sus consejos por seguir vuestro capricho.

MÁXIMA SÉPTIMA.

El que camina con sencillez, camina con confianza.

Esto quiere decir, que quien en el trato y conversacion con los hombres habla y obra con sencillez y verdad, camina con seguridad ; porque de nada le arguye su conciencia, y de nadie se recela. Pero el que trata con falsedad y doblez, camina con sobresalto ; porque siempre teme ser conocido por falso y que se descubran sus embustes. El que así trata de mala fe y con solapa, no puede aunque quiera ocultar por mucho tiempo su falsedad. Amados míos, tratad con franqueza y sinceridad con vuestros hermanos, y seréis estimados de Dios y de los hombres. Es verdad que alguna vez convendrá ser reservados ; pero toda vez que hableis, la conversacion debe ser sencilla y sin mentira , para no hacer traicion al prójimo que se fia de vuestras palabras.

MÁXIMA OCTAVA.

El que es advertido y sagaz, todo lo hace con consejo; pero el necia pronto hace manifiesta su necesidad.

La principal ley que nos pone la prudencia natural y la sobrenatural y divina es, que consultemos lo mas frecuente que pudiéremos con prudentes y experimentados amigos, para que ayudados de sus consejos podamos prevenir los accidentes que suelen acontecer en los negocios y proyectos humanos. Porque mientras la pasion nos ciega en nuestro propio interés, no podemos ver ni lo que nos sigue ni lo que nos rodea. Pero nuestro amigo, si de verdad lo es, como mira las cosas sin la pasion que á nosotros nos ciega, nos avisará de los peligros. Y entonces probaremos en favor nuestro el mas importante oficio de la amistad. Quiera Dios que siempre la mantengamos con nuestros prójimos para que el Señor la tenga con nosotros. Amen.

MEDITACION.

Del desprecio del mundo.

Considera, cristiano, que Jesucristo dice que no se puede servir á dos señores á un mismo tiempo; porque para servir al uno es preciso dejar al otro. Como si dijera: «Un corazon no puede recibir á un tiempo dos amores contrarios; por lo cual el que quiera servir-me á mí, es necesario que desprecie y aborrezca las obras del demonio y el amor del mundo.» Si tú, hermano mio, has salido ya, ó te estás preparando para salir de la hedionda sepultura de tus vicios á nueva vida por medio de una verdadera conversion, ha de ser para servir solo á Jesucristo, y no volver mas al servicio del mundo y del demonio; porque si permanece en tí el amor del mundo, ya no hay donde pueda caber el amor de Dios. Pero si limpias enteramente tu corazon del amor mundano, entrará en él el amor divino; y será tanta la dulzura que sentirás, que ya no harás el menor caso de cuanto el mundo ofrece á los sentidos. Y por eso dice san Juan, que si los hombres supiesen el don de Dios, y cuán dulce y suave es servir al Rey celestial, de buena gana despreciarian todas las cosas terrenas y el duro servicio del mundo. Servir á la carne es muerte, manjar de gusanos, alimento de enfermedades, corrupcion de los cuerpos, destruccion de las virtudes, perdicion de bienes, y ganar-

cia de muchos males. Servir á Dios es bienaventuranza del alma, salud del cuerpo, recreo del espíritu y vida angelical. Ejercitante : ¿ á quién querrás servir mejor, al señor que trata bien á sus sirvientes, ó al tirano que los maltrata? Cristo manda cosas fáciles, y el mundo dificultosas. Cristo mantiene á los que le sirven, y el mundo los mata de hambre. Cristo da vida eterna á sus siervos, y el mundo los echa al infierno. Pues ¿ á cuál de estos señores será justo que sirvas? Si tienes juicio, supuesto que no puedes servir á los dos porque mandan cosas contrarias, debes servir á Jesucristo, y desechar el pesado yugo del mundo.

Considera, hermano mio, que si te haces esclavo del mundo obedeciendo sus antojos, y piensas juntamente servir á Dios; esto es tan imposible como juntar el fuego con la nieve y la luz con las tinieblas. Pero el servicio de Dios es tan suave, que juntamente con él puedes usar de los bienes terrenos que el Señor te dé, como con ellos hagas bien y no seas malo. Pero no quiere que tengas el corazón cautivo y pegado al mundo; porque lo quiere el Señor libre y dispuesto para servirle. Y entiende, que si despues de tu conversión te sobreviene alguna adversidad, y tu alma experimenta poca ó ninguna consolacion, es de temer que esto te suceda porque buscas ó apeteces la consolacion humana que debias aborrecer. Los árboles que tienen mucha hojarasca son sombríos, y no gozan mucho del calor y virtud del sol. Tú tambien no gozarás del sol de justicia Cristo ni de sus dulces consuelos, si por servir al mundo andas cargado de sus negocios y entretenido con sus vanas esperanzas. Arroja de tu corazón todas las vanidades de la tierra, y verás como experimentas los favores de Dios. Acuérdate siempre de que el primer precepto del Decálogo que Dios nos manda observar, está escrito por su dedo con unas palabras tan terminantes como estas : « Amarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. » Y aquello de Jesucristo : « No andes solícito por muchas cosas, porque solo una te es necesaria. » Así pues, si has empezado ó piensas en empezar á servir á Dios, debes dar de mano á todos los cuidados terrenos que pueden estorbarte en su servicio. Deja el mundo para los mundanos, y tú conténtate con Jesucristo, que esto te basta. Y una vez que hayas empezado á servirle, no te lo dejes ni vuelvas atrás; sino al contrario, procura de cada dia adelantar mas y mas en tan santa empresa.

Considera que el que sirve á Dios, tiene á Dios; al que tiene á Dios, nada le falta; y el que no lo tiene, nada tiene. Si esperas que sirviendo al mundo has de tener en él todo gusto y felicidad, te en-

gañas miserablemente ; porque la delectacion que proporciona el mundo toda es mala ; su alegría trae tristeza , y su abundancia causa sequedad de espíritu. Ninguna cosa te dará el mundo , aun la mas dulce , que no lleve mucho mas de amargura. Ninguna cosa tienen las criaturas tan preciosa y deleitable , que pueda hacerte feliz , ni librarte de todo mal , ni tenerte siempre alegre. Solo Dios que nos crió para sí , solo Dios que es el sumo bien , puede hacerte feliz y saciar tu corazon. El real Profeta decia : « Dios me apacienta , y ninguna cosa me faltará. » No podrán decir otro tanto los que sirven al mundo , por mas favorecidos que sean de sus bienes ; porque para mantenerse en su estimacion tienen que padecer mas privaciones que aquellos que solo á Dios sirven. El mundo apacienta su rebaño , que son los mundanos , con yerbas secas entre espinos , cuales son los deleites y pasatiempos , que al paso que nunca contentan , van acompañados de sinsabores y tristezas , y de cuidados mas punzantes que las mas agudas espinas. Hermano mio : si deseas saciarte de las cosas del mundo , y por esto le sirves , nunca apagarás la sed , por mas aguas que bebas en los charcos de sus vanidades. Supuesto , pues , todo lo dicho , amados mios , y que como dice Jesucristo no podemos servir á un tiempo á Dios y al mundo , no partamos con este nuestro corazon , y démoslo todo entero á Dios , que es el fin de nuestra creacion.

Para sacerdotes.

« Y nosotros , carísimos sacerdotes , ¿ qué deberémos hacer ? Si Jesucristo no se da por contento con el servicio de un cristiano que lo parte con el mundo , ¿ se contentará del nuestro , si llevamos igual conducta ? Nosotros fuimos escogidos entre los demás hombres , para que en todo y por todo nos ocupemos exclusivamente en su servicio. ¿ Podrá ser del gusto de Dios , que despues de servirle en su casa un corto tiempo , y esto tal vez con frialdad , gastemos lo restante del dia en servir al mundo con ardor y empeño en los tabernáculos de los pecadores ? ¿ que apliquemos todas nuestras atenciones á las cosas del siglo ? ¿ que ya ofrezcamos á Dios el tremendo sacrificio , ya al mundo nuestro servicio ? Amados hermanos mios : si damos al mundo parte de nuestro corazon , ninguna parte ocuparemos en el corazon de Jesús ; y al fin experimentaríamos la falsedad de las promesas del mundo mentiroso , y perderíamos las de Dios. »

JACULATORIAS.

¡Oh Salvador mio! todos los bienes de la tierra pasan en un momento; toda la gloria del mundo desaparece al instante que se presenta; ¡y yo tan ciego que no quiero conocerlo!

¡Oh Maestro soberano! el apóstol Juan me dice de vuestra parte, que no ame al mundo ni las cosas que hay en él; ¡y yo de cada dia mas pegado al mundo y á sus vanidades!

Me confundo, Señor, cuando pienso cuán ciegamente he amado á este mundo que Vos tanto aborreceis. Perdonadme, Padre mio; que estoy arrepentido de tanto disgusto que os he dado con mi conducta, y os digo de todo mi corazon que me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre las tentaciones.

Ejercitantes: no hay satisfaccion mas dulce, ni que mas contento traiga á una alma, que la que experimenta cuando despues de mucho tiempo muerta por el pecado resucita á la luz de la gracia por una verdadera conversion. Satisfaccion tal, que en aquel instante no la trocaria por cuanto el mundo estima de mas precioso. Triunfador del pecado y del demonio, se levanta del confesonario el penitente como rodeado de una claridad interior que él no sabe explicar, y tan valiente por la victoria que ha conseguido, que le parece que ninguna cosa será ya capaz de vencerle otra vez y derribarlo en la culpa. Estado el mas feliz para aquel dichoso pecador; pero estado en el que queda mas expuesto que nunca. Porque mientras el demonio estuvo en correspondencia con él por el vicio, lo trataba con blandura, y lo dejaba reposar en su mal estado. Pero luego que el pecador por un efecto de la gracia rompió las ligaduras del pecado y resucitó á nueva vida, el enemigo enfurecido le declara la guerra, lo rodea continuamente, como dice san Pedro, á manera de un leon rugiente para devorarlo; y acometiéndole de mil modos con la tentacion, nada le queda por hacer para reducirlo otra vez á su esclavitud.

Pecador: ¿te has convertido ya? Pues sabe que lo que acabo de decir ha de sucederte. Pero no temas: tendrás tentaciones, y muchas; pero ten valor y las vencerás: óyeme. El pecado y la excusa

son hijos de un mismo parto. Adán y Eva pecaron en el paraíso, y al instante dieron la culpa á la serpiente. Este es el resabio de sus descendientes; pecan, y su culpa la achacan á la tentacion. El penitente que recayó en el pecado despues de su conversion ~~suele~~ responder á los cargos del confesor: «Padre, V. dice bien; pero es tanta la guerra que me hace el demonio, tantos los malos pensamientos que me pone en la cabeza, y con tanta violencia me tienta, que como á la fuerza me hace consentir.» ¡Ah! pecador, no prosigas en tus excusas. Tú exageras las fuerzas del enemigo, y no haces cuenta con las de tu alma; engrandesces lo violento de la tentacion, y nada dices de las poderosas armas con que Dios pertrecha al alma que quiere resistir. Sepas, pues, que si quieres en tu mano está el vencer; porque Dios jamás permite que el hombre sea tentado mas de lo que puede resistir, ayudado con su auxilio. Así lo dice san Pablo: «Dios es fiel, y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas.» Ni el demonio mismo puede poner al hombre mas lazos y asechanzas que aquellas para que el Señor le haya dado licencia. Dios no permite la tentacion para que el hombre sea vencido, sino para probar su amor y fidelidad, y premiarle con mayor corona. Y á medida de las tentaciones mas ó menos fuertes, asiste con mas ó menos abundancia de socorros á los que resisten. Los fortifica con su gracia, les pone al lado un Ángel que los defienda, mas poderoso y valiente que el tentador, y aun el mismo Señor les asiste en el desafio como padrino para confortarlos. «El Señor está conmigo, decia el profeta Jeremías, como un guerrero fuerte, y mis enemigos caerán como débiles y flacos.» Asiste con coronas para ponerlas á los vencedores: así lo dice Santiago: «Bienaventurado aquel que resiste á la tentacion; porque venciendo será premiado con una corona de vida eterna.»

Pecador cobarde, y á vista de unos auxilios infinitamente mas poderosos que los esfuerzos del tentador, ¿te parecerán admisibles las excusas que das para haber consentido en la tentacion? No, hermano mio, no son admisibles; porque no hay cosa tan ardua que no la podamos vencer auxiliados de Dios. San Pablo, que fue tan tentado como puede serlo cualquier hombre, decia: «Todo lo puedo en aquel que me conforta.» Pudo el casto José vencer los halagos y las amenazas de su señora, respondiendo á la tentacion: «No puedo hacer ese pecado;» ¿y no podrás tú resistir y vencer las instancias y los atractivos de esa mujer (cualquiera que sea) que te tienta, pudiendo tú contar con que Dios te ayudará? Pudo san

Eleázaro vencer las amenazas con que el tirano le estrechaba á que quebrantase un precepto de la ley de Dios, respondiendo con firmeza : « Mas quiero ir al infierno que hacer tal cosa ; » ¿ y no podrás tú vencer con igual valentía los malos consejos del otro compañero que quiere inducirte á ~~repelir los pasados excesos?~~ ¡ Ah ! pecador ; si que puedes, si quieres tú. Y aunque el mismo demonio te se presentase bajo alguna figura horrible de las que suele tomar para asustar y vencer, tú si quieres ~~puedes~~ espantarlo á él y vencerlo. No temas, te dice san Gregorio ; porque si el demonio es leon tambien es hormiga. Si te ~~ve tímido y cobarde~~, ~~se ensoberbece~~ hasta vencerte y devorarte ; pero si te encuentra animoso y valiente, no tiene mas fuerza que una hormiga. ~~Resiste á la tentacion con valentía ; pero al mismo tiempo te advierto que no seas atrevido : es decir, que teniendo que pelear con un enemigo tan fiero, no entres en batalla fiado solo en tus propias fuerzas.~~ Al momento que se presente la tentacion, ármate con el temor de Dios, con la oracion, con la frecuencia de Sacramentos, con el ayuno, limosnas y libros devotos, ~~y no temas ; la tentacion y el demonio serán vencidos.~~

Ejercitantes : vuelvo al principio y concluyo. Para vencer la tentacion es menester rebatir al demonio con intrepidez y coraje ; porque él no puede hacer con nosotros mas de lo que el Señor le permita ; porque debemos estar seguras de que Dios nos asistirá con auxilios mas poderosos que las fuerzas del enemigo, y porque si este puede tentarnos, no puede hacernos violencia. Pero tambien es necesario el temor, y que no entremos en la lucha confiados en nosotros mismos ; porque entonces mas seríamos temerarios que fuertes y valientes. Es necesario no ponerse voluntariamente en la ocasion ; porque Dios no está obligado á asistir con su gracia al que de propia voluntad se pone en el peligro. Y finalmente es necesario temer á nuestra propia flaqueza, y vivir siempre precavidos del modo que se ha dicho contra el enemigo tentador, ya sea el demonio, ya el mundo, ya la carne, ya todos tres á un mismo tiempo. Si así lo haceis, amados míos, estad seguros de que la tentacion será para vosotros una prueba de vuestra fidelidad y amor á Dios en vida, y en muerte una corona de vencedor, con la que entraréis triunfantes en la celestial Jerusalem para gozar por eternidades la inmortal gloria. Esta os deseo, etc. .

EJERCICIO TRIGÉSIMOCTAVO.

LECCION.

De máximas para el gobierno del corazon.

MÁXIMA PRIMERA.

Pon tu pensamiento en la observancia de los preceptos del Altísimo, y él te dará corazon.

La mejor máxima que podeis observar acerca de vuestras pasiones, es mirar siempre á Dios para conocer su voluntad y rendirle una pronta obediencia. Y Dios os dará un corazon magnánimo para emprender acciones grandes en su servicio, y un corazon fuerte para resistir á todo lo que sea contra conciencia; un corazon noble que no se dejará esclavizar por ningun respeto humano; y gozaréis del derecho que Dios os ha dado para que nadie os obligue á obrar contra vuestra conciencia. Entonces seréis independientes de vuestras pasiones, no os dejaréis llevar de las promesas del mundo, y obraréis bien sin respeto á la lisonja ni á la violencia.

MÁXIMA SEGUNDA.

Los celos y la ira acortan la vida.

Esta máxima os enseña, que si quereis servir bien al Señor y conservar vuestra devocion é inocencia, debeis hacer lo que hacen los sábios para conservar la salud, que es poseer la paz interior, y no dejaros turbar por cosa alguna. Los celos, la cólera y el odio no hacen otra cosa en el hombre sino destruir su salud, y abreviar su vida. Todo exceso de afliccion no es de menor peligro que las demás inquietudes. Todo lo violento de nuestras pasiones nos conduce al pecado y arrastra al sepulcro. Nada es durable, inmortal y glorioso sino lo que es tranquilo.

MÁXIMA TERCERA.

Aparta los ojos de la mujer compuesta.

Por esta máxima nos advierte el Espíritu Santo que no dejemos que entre el amor falso en nuestra alma ni en nuestros ojos ; que apartemos la vista de una mujer que quiere agradar, y no miremos á una belleza que se compone para cegarnos y privarnos de la esperanza de ver la soberana é infinita hermosura. No hay cosa mas temible que la dulzura de una mujer. Amados míos, temed sus halagos ; temed sus ojos, su voz y sus manos : porque ella no tiene cosa que no sea mortal para vosotros. Su astucia sabe hacer flechas envenenadas de todo lo que se halla en ella. Todo en la mujer, aunque os parezca poco, es muy peligroso. Ella no ha menester mas que un pestañear de ojos para derribaros, y de un cabello para arrastraros : sus principios son dulces, y sus fines muy amargos : sus palabras son lazos, y si les dais oído no escaparéis del peligro.

MÁXIMA CUARTA.

El hombre sábio huye la ociosidad.

Otra de las precauciones para no ser arrollado el hombre por el tumulto de las pasiones es el trabajo. El hombre prudente jamás está ocioso : cuando ya no tiene otra cosa en que ocuparse, recuerda su vida pasada y medita en lo por venir. Es menos mala la falta de alimento que la falta de ocupacion. Si al hombre le falta el alimento, tendrá que padecer ; pero si no tiene ocupacion aun padecerá mas ; porque el que muere por falta de alimento, muere pronto y sin deshonra ; pero el que vive en ociosidad, muere avergonzado y lentamente. Y lo peor es, que la ociosidad daña mas que la muerte ; porque corrompe y mata al alma. Los pecados, las locuras y las desesperaciones no se hallan sino en los que viven ociosos ; y su misma ociosidad es su infierno anticipado.

MÁXIMA PRIMERA.

Para la guía de la lengua.

Una palabra dura incita el furor, y una respuesta blanda aplaca la ira.

Si cuando uno nos grita, nosotros gritamos tambien, y nos valemos de injurias, amenazas y modos violentos para hacerle callar ;

entonces nos olvidamos de que para esto no es menester otra cosa que una palabra blanda y cortés. La lengua indiscreta y temeraria es cuchillo que hiere y lastima el alma del prójimo ; y sus palabras inconsideradas y agrias son otros tantos golpes que dan en el corazon del hermano. Y el reciproco menosprecio es la causa de las pendencias y pleitos en que arden las casas y las familias.

MÁXIMA SEGUNDA.

Pon un candado en tus labios, y una puerta en tus oídos, y procura no deslizar te en la lengua.

Por esta máxima nos enseña el Espíritu Santo que mas bien debemos guardar nuestros labios que los dineros ; cuidando que de ellos no caiga palabra que pueda ofender ó que sea reprehensible. El hombre prudente está tan sobre sí en la conversacion, que en el momento que le viene la palabra á la boca, la medita, y dice lo que puede decir, y calla lo que debe omitir. Tambien nos advierte esta máxima que cerremos nuestros oídos á los chismes y á la murmuracion ; porque de estos dos malos principios resultan daños irreparables, tanto para nuestros prójimos como para nosotros.

MÁXIMA TERCERA.

No seas precipitado en tu lengua, ni tardo en tus operaciones.

El Espíritu Santo nos amonesta que hablemos prudentemente, y que obremos con animosidad ; que prometamos poco, y que hagamos mucho ; que no imitemos á ciertos hombres que todo lo quieren hacer bueno, y que á las veces su intempestiva bondad trae tantos males como la malicia mas refinada. Prometen segun sus grandes deseos, y obran conforme á su poco poder. Cuando empeñéis vuestra palabra y os obliguéis á servir á otro, obraréis con prudencia si prometeis menos de lo que os piden, y despues haceis mas de lo que esperan.

MÁXIMA CUARTA.

No descubras tu corazon á todos.

Por esta máxima nos aconseja el Espíritu Santo que no seámos fáciles en declarar nuestra voluntad, ni en manifestar los secretos de nuestro corazon á todos ; que hablemos y callemos segun requie-

ra la necesidad ; que cuando nos convenga guardar secreto lo hagamos sin mentir. Que seamos muy reservados en asuntos de importancia ; porque negocio que se hace manifiesto antes de tiempo, difícilmente sale con perfeccion. Que seamos fieles en guardar el secreto que se nos encarga ; porque cuando uno revela el secreto de su amigo, por el mismo hecho pierde la amistad, la fidelidad, la honra y la justicia ; y no hay mas diferencia entre él y una bestia, sino que esta no puede hablar, y aquel no sabe callar.

El Santo Espiritu nos dé á todos su gracia para ejecutar bien sus consejos. Amen.

MEDITACION.

Sobre la oracion.

Considera, cristiano, tres puntos muy importantes que voy á proponerte para que los medites. El primero es, que la oracion te es necesaria ; porque es imposible que el hombre se salve, si no piensa y medita. El profeta Jeremías nos dice : « que la maldad ha desolado la tierra, porque no se halla quien piense con atencion. » Solo se peca porque no se piensa. Si preguntamos á la mayor parte de los condenados por qué están en el infierno ; nos dirán que por no haber pensado. La muerte, el juicio, el infierno y la gloria son unos puntos tan importantes, que el hombre no puede pensar en ellos sin sentirse movido ; ni ser movido, sin formar propósito de mudar de vida. Para empeñarnos con eficacia en nuestra salvacion es menester que conozcamos perfectamente el todo de nuestra corrupcion para humillarnos ; es menester conocer los desórdenes de nuestro corazon para remediarlos ; la inclinacion que tenemos al mal para reprimirla ; la repugnancia que tenemos á la virtud para vencerla ; nuestra flaqueza para ayudarla con la oracion ; la pasion dominante para combatirla ; nuestras continuas ingratitudes para repararlas con nuestro dolor y penitencia. ¿ Podremos hacer todo esto, si nunca oramos, si no entramos en meditacion ? No podemos perseverar en los buenos propósitos, si Dios no nos ayuda ; y Dios no nos ayudará, si no se lo pedimos por la oracion. Rodeados como estamos de los enemigos de nuestra salvacion, que son el demonio, el mundo y la carne, necesitamos estar siempre armados con la oracion para no ser vencidos por sus astucias. Y por eso el mismo Jesucristo nos encarga que velemos y oremos para no caer en la tentacion. Luego la oracion es absolutamente necesaria.

Considera que todo cristiano, de cualquiera condicion que sea, no puede excusarse de tener oracion ; porque es muy fácil el tenerla. Ni el hombre de mas negocios, ni el artista mas ocupado, ni el labrador mas laborioso, ni el jornalero mas trabajado, ninguno hay que de un modo ó de otro, adecuado á sus circunstancias, no pueda tener oracion. Oracion no es otra cosa que levantar el corazon á Dios y pedirle gracias. Oracion hace el sacerdote que con atencion reza el oficio divino y celebra la misa con devocion (aunque su ministerio le obliga á no contentarse con esto). Oracion se hace oyendo la misa y rezando con devocion el santo Rosario. Oracion se hace asistiendo á los divinos oficios, y uniendo la intencion con la de los sacerdotes que los practican. Nada te costará, hermano mio, si al mismo tiempo que das el cuerpo al trabajo levantas el corazon á Dios para pedirle alguna gracia. Te será muy fácil, si eres labrador ó jornalero, tener la mano en el arado, y al mismo tiempo decirle á Dios con el corazon : Señor, tened misericordia conmigo. Todo esto es oracion. Un acto de contricion bien hecho, un suspiro de dolor, un gemido de arrepentimiento, aun diré mas, un levantar los ojos al cielo pidiendo en el corazon el favor de Dios, todo es oracion. Luego es muy cierto que te será muy fácil el tenerla.

El tercer punto que pongo á tu consideracion es, que la oracion bien hecha tiene una eficacia infalible, porque está apoyada en la bondad y fidelidad de Dios, y en los méritos de su Hijo Jesucristo, que son fundamentos indefectibles. Los santos Padres comparan la bondad de Dios á una ama de leche, á quien la mucha abundancia hace que tenga gusto en que haya quien le descargue los pechos. ¿Qué no podemos, pues, esperar, en la oracion, de la infinita bondad de Dios, cuya cualidad inseparable es la de comunicarse á nosotros? Sí, ejercitantes : la virtud de la oracion es infalible : lo dice Jesucristo con estas formales palabras : «En verdad os digo, y os lo juro, que todo lo que pidais á mi Padre en mi nombre, lo alcanzaréis.» ¡Qué honra para nosotros ver jurar al mismo Dios en favor nuestro! ¡Y qué descuido en nosotros de no aprovecharnos de la oracion fundada en la palabra de Dios y en los méritos de Jesucristo! No puede haber cosa mas bien fundada. Todo lo que pide la Iglesia, y nosotros con ella, todo lo pedimos por los méritos de Jesucristo. Y aun el mismo Jesucristo pide con nosotros lo que pedimos por sus méritos. Pues ¿cómo se lo podrá negar su Padre? Nada hay, por grande y difícil que parezca, que no podamos pedir y que no debamos esperar, siempre que lo pidamos por los méritos

de Jesucristo. Con que es verdadero decir, que si padecemos trabajos y necesidades espirituales ó temporales, no tenemos que quejarnos de nadie, sino de nosotros mismos, que no queremos aprovecharnos del infalible conducto por donde Dios comunica sus gracias y consuelos, que es la oracion. Ejercitante: vuelvo á decirte que la oracion es absolutamente necesaria para salvarnos.

Para sacerdotes.

« Si la oracion es infalible en su virtud; si Jesucristo nos ha prometido con juramento que todo lo que pidamos en su nombre lo concederá su Padre; ¿cómo es que muchas veces no alcanzamos lo que pedimos? Carísimos sacerdotes: nosotros, que somos los doctores de la ley, los depositarios de la doctrina y los maestros en Israel, ¿qué responderemos á esta pregunta de nuestros encomendados? Les diremos que la oracion nunca puede ser oida del Señor, si no lleva las condiciones necesarias para que sea eficaz. Si cuando pedimos lo hacemos sin atencion ni devocion, ¿cómo podremos que Dios nos atienda, cuando nosotros mismos no nos atendemos? Cuando rezamos sin respeto y con voluntaria distraccion, hacemos un pecado: pues ¿cómo hemos de merecer ser oídos de Dios, si aun con la misma oracion le ofendemos? Jesucristo dice: « Creed que recibiréis y alcanzaréis lo que pedís. » Si en lugar de la fe acompaña á la oracion la desconfianza, es preciso que sea infructuosa; porque el Señor no ha empeñado su palabra á toda peticion, sino solo á la que se le haga con fe. Si nos cansamos de pedir y dejamos la oracion, no alcanzaremos lo que pedimos; porque la perseverancia debe constantemente acompañarla. Y en fin les diremos, que si la oracion lleva estas malas cualidades, ni las suyas ni las nuestras jamás serán oidas. »

JACULATORIAS.

¡ Oh Salvador mio, y qué olvidado he vivido de la necesidad que tengo de la oracion! Así mi alma se ve recargada con todos los achaques que este descuido fatal trae consigo.

¡ Oh buen Jesús! mi pobre alma, ahora tan macilenta, ¿qué medrada no estaria en la virtud, si yo la hubiera alimentado con el sabroso manjar de la oracion?

¡ Oh Padre mio! la falta de meditar me condujo al abismo de pe-

cados que ahora llevo : sí, Salvador mio. Pero ya los lloro con sentimiento de mi descuido ; y con dolor de mi corazon os digo delante del cielo y de la tierra que me pesa de mis pecados ; me pesa de haberos ofendido.

PLÁTICA.

Sobre el vivir del dia.

Ejercitantes : si un pecador despues de haberse convertido á Dios por medio de una dolorosa confesion ; si despues de proceder en su nueva vida apoyado en un firme propósito de no volver la cara á sus pasados desórdenes, no tuviese que recelar de otro que del demonio ó de sus pasiones resentidas por la sujecion en que las ha puesto, poco tenia que temer ; porque las tentativas del demonio y las porfiadas instancias de las pasiones al fin tienen que ceder á una resolucion sostenida por la gracia, y ajustada á las reglas del vivir cristiano. Pero este afortunado penitente, que con tanta valentia venció las tentaciones del demonio y de la carne, tiene aun que combatir con otro enemigo tanto mas poderoso cuanto mas disimulado ; y este es el mundo. Si : el mundo del dia es el enemigo mas temible que tiene un cristiano. Sabemos que el demonio es fuerte en sus tentaciones y astuto en sus ardidés. Pero no siempre tienta, algun tiempo de descanso nos deja ; y cuando viene á provocar al hombre, luego se manifiesta. La carne, sin embargo de estar mas pegada á nosotros, regularmente no tienta sino en la ociosidad, ó en ciertos tiempos y ocasiones ; y entonces lo hace sin disimulo. Pero el mundo siempre tienta y con solapa. Continuamente está tentando en público y en secreto, así en calles como en plazas, lo mismo en casa que en el templo, de dia como de noche. En todos tiempos y á todas horas trata de pervertirnos ; pero con tanto disimulo, que es menester estemos muy advertidos para no ser engañados. Esto es lo que quiero haceros conocer, para que en la buena vida comenzada procedais con la mayor cautela y prudencia.

Siempre ha sido el mundo astuto cuando ha tratado de engañar y seducir ; pero el mundo de nuestros dias parece que ha echado todo el resto de su malicia para alucinar y perder al hombre con una hipocresia la mas refinada y perniciosa. Él ha intentado derribar y trastornar todos los principios que la sapientísima providencia de Dios estableció para el buen gobierno del universo, y sustituir otro sistema á su antojo. Para esto era preciso borrar del corazon del

hombre las leyes divinas y humanas, y aun las de la naturaleza misma. Era necesario arrancar del entendimiento de todos los hombres los mandamientos de Dios, las luces de la recta razon y las reglas que forman las buenas costumbres. Empresa ardua y dificultosa era destruir á la descubierta los primeros elementos de educacion que nos dieron nuestros abuelos para formarnos hombres de bien y buenos cristianos. Pero el mundo sabe disfrazar sus engaños con máscara de virtud, y á favor de este artificio logra su intento á golpe seguro.

Con efecto, volvamos la vista á los pocos años que van transcurridos del infeliz siglo que vivimos, y veremos los ardides de que el mundo se ha valido para destruir la moralidad cristiana. Si de los verdaderos fieles ha querido hacer otros tantos desertores de la santa y verdadera Religion que profesamos, en papeles impíos nos ha presentado á Dios, nuestro Criador y Bienhechor, con todos los coloridos de un señor injusto y cruel, que nos manda cosas imposibles, y castiga con penas eternas lo que son ligeras faltas. Si ha querido desterrar los preceptos y consejos del Evangelio, ha dicho que todo era *invencion de hombres fanáticos*, y al mismo Jesucristo ha tratado de *embustero y seductor*. A los santos Sacramentos les ha dicho *entremeses espirituales*. A las ceremonias sagradas de la Iglesia las ha llamado *delirios del fanatismo*, y á los ministros del Señor *perturbadores del buen orden*. Si ha querido que las pasiones corrieran sin freno el campo dilatado de los vicios, ha predicado que no habia infierno ni gloria, y que el alma muere cuando el cuerpo muere. Para destruir la moralidad y buenas costumbres ha enseñado que el hombre es libre para hacer lo que quiera y como quiera; que todos somos iguales, que los reyes son tiranos, y que los hijos no están obligados á obedecer á sus padres. Este es el mundo seductor. ¿No es verdad todo esto, amados míos? ¿No hemos llorado todos, lloramos aun, y lloraremos por mucho tiempo los males que nos ha ocasionado el mundo bajo la engañosa máscara de virtud, igualdad, libertad, y derechos del hombre? ¿No le hemos oido blasfemar de Jesucristo y de su purísima Madre con la mas detestable impudencia? ¿No le hemos visto profanar los templos, perseguir de muerte á los sacerdotes, y derribar á los piés de la herejía los monumentos mas sagrados del santuario? ¿No hemos visto invertido el orden en todo estado, en todo sexo y condicion? ¿No hemos visto los pueblos empobrecidos, innumerables familias dispersas, otras discordes, y todas llorando? ¿No hemos visto la infidelidad en los matrimonios,

la desobediencia en los hijos, la prostitucion en las hijas, y en todos la libertad de hablar? Y para decirlo de una vez, ¿no hemos visto reinar el vicio, la injusticia, el robo, la venganza, y todos los siete pecados capitales?

¿Y de dónde procedieron tantos males? No de otra causa que de la solapa con que el mundo nos hace la guerra. Tan astuto como maligno, cubre el anzuelo de la mentira con el cebo de una verdad aparente, y los que no van advertidos, como inocentes pececillos tragan el bocado, y de buenos cristianos que eran, de repente se mudan en acérrimos profesores de las máximas del mundo. Este es el mundo de nuestros dias: estos son sus milagros. El demonio tienta, pero á cara descubierta. La carne tienta, pero se siente venir. El mundo tienta, pero lo hace con disfraz, y no nos manifiesta el engaño hasta que nos ha vencido. Por tanto, ejercitante, cualquiera que seas: si has emprendido vida nueva, y no quieres volver á ser el hombre que fuiste, vive advertido y con suma precaucion. Si no tuvieses ya que lidiar sino con el demonio y con la carne, podrias, por decirlo así, descuidar algun tanto; porque cerrando los oidos á la tentacion, y aplaçando los estímulos de la carne con la mortificacion de los sentidos, con el auxilio de Dios se consigue la victoria. Pero te quedas otra vez en el mundo despues de tu conversion, y este enemigo seductor te volverá á enredar en lazos tan disimulados, que no los echarás de ver si no vas muy sobre tí. En todas partes te presentará sus máximas, ó escritas en papeles impíos, ó practicadas en los espectáculos profanos, ó vaciadas en las conversiones, ó estampadas en los trajes, ó aplaudidas en los festines y tertulias. En donde quiera que te se ofrezcan, párate á examinar quién las propone, y con qué fin. Y si ves que por algun estilo no van conformes con las máximas de la santa Iglesia, ó son contrarias al Evangelio de Jesucristo, detéstalas y tambien á sus autores. Si así lo haces vencerás al mundo tentador. Y venciendo tambien al demonio y á la carne, entrarás victorioso á coronarte en el cielo de eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO TRIGÉSIMONOVENO.

LECCION.

Para que os governeis con la propia mujer.

MÁXIMA PRIMERA.

La mujer buena es una buena posesion, y se le dará al hombre bueno.

Dice el Espíritu Santo, que es gran dicha tener una mujer virtuosa. Este don precioso que hace Dios á los hombres que le temen, no presumais alcanzarlo por solo vuestro cuidado y diligencia, si no vivís de manera que el Señor se digne premiar vuestra cristiana conducta con una buena mujer. Las mujeres virtuosas no son tan raras como algunos piensan : la dificultad consiste en conocerlas y saber conservarlas. Cuando pretendais alguna en matrimonio, no os fieis de vuestra prudencia ; porque nunca tendréis bastante luz para escoger la que os conviene ; pero podeis tener bastante virtud para merecerla. Y cuando la tengais, procurad conservarla. Si sois de mala condicion y enfadoso á una mujer inocente y que os ama, no la poseeréis largo tiempo : ó la muerte la separará muy pronto de vosotros, ó vendrá á faltar en su lealtad ; y despues no viviréis con ella sino para que sufrais el castigo de vuestra indiscrecion.

MÁXIMA SEGUNDA.

Las casas y los bienes se dan por los padres : la mujer prudente la da Dios. (Prov. xix).

En este proverbio nos enseña el Espíritu Santo que el que tenga una mujer prudente, la mire como dádiva que le ha venido de la mano de Dios. La satisfaccion que un marido tiene de poseer una mujer virtuosa, conserva la alegría en su corazon. Su buen gobierno en los negocios domésticos le ahorra muchos cuidados ; y no hay para el marido deleite mas grande que el que le proporciona la virtud de su casta esposa.

MÁXIMA TERCERA.

No mires á la hermosura de la mujer, ni solo por ella la amés. (Eccli. xxv).

Os quiere decir el Espíritu Santo, que en la eleccion que hagais de mujer para esposa, estimeis en mas sus virtudes y buenas costumbres que su hermosura; y no fundeis vuestra felicidad en sola esta circunstancia. La cosa que el hombre debe temer mas en la mujer es, que no tenga otra cosa de bueno que lo que agrada á los ojos. Pongamos en una mujer buena cara y alma soberbia: la hermosura presto se le pasará, y la mala condicion le durará hasta la muerte. Y á pesar vuestro experimentaréis que una belleza destituida de virtud lleva consigo muchos cuidados y disgustos.

MÁXIMA CUARTA.

Si quieres que tu vena sea bendita, gózate con la mujer de tu juventud. (Prov. iii).

Esta máxima quiere decir, que si quereis que vuestros hijos, que son la sangre de vuestras venas, sean dichosos, y que las felicidades no falten en vuestra casa, no busqueis satisfacciones en otra mujer que en aquella que tomásteis en matrimonio: esta sola y vuestros hijos sean todo vuestro deleite; y os conducais de manera que los años, que todo lo destruyen, no disminuyan sino que aumenten el amor en vuestra familia. Para que el amor conyugal llegue á este grado de constancia, no es necesario que la hermosura de la mujer permanezca siempre; pero sí es necesario que sus virtudes siempre os parezcan hermosas. Si ella conserva su virtud, y vosotros la apreciáis como debeis, jamás os enfadaréis ni enojaréis el uno al otro; y vuestra vena, que es vuestra familia, será bendita y feliz.

Máximas para gobernar los hijos.

MÁXIMA PRIMERA.

Yo fui hijo único de mi madre (dice Salomon), y mi madre me decía: Hijo, recibe tu corazon mi palabra. (Prov. iv).

La máxima primera de educacion que recibió Salomon de su madre, es la que vosotros debeis enseñar á vuestros hijos. Salomon dice de sí mismo: «Yo fui niño tierno muy querido de mi padre, y criado

«con sumo cuidado por mi madre, que me tenia siempre en su regazo ; y allí recibia yo tantos documentos cuantos halagos me hacia. Y su entretenimiento diario era decirme : Hijo mio, ama la virtud mas que todos los tesoros del mundo : lo demás todo es vanidad. Lo que te hará estimado de Dios y de los hombres será tu verdadero bien. Observa la ley de Dios, y obedece su voluntad. Nada olvides de lo que te he enseñado perteneciente á conservarte en su divina gracia ; y si esta la posees, nada temas.»

Ejercitantes : el dar á vuestros hijos estas y otras lecciones cristianas ha de ser vuestro primer cuidado en su educacion.

MÁXIMA SEGUNDA.

Con tu hijo no hagas extremos de alegría ni de enojo, si no quieres tener que sentir en la vejez. (Eccli. xxx).

Por no observar esta máxima, vemos muchos padres en sus últimos dias cargados de gravísimos trabajos y muy amargos sentimientos. Tres cosas hacen perder á los padres la autoridad tan precisa sobre sus hijos, y son : la primera, reir, jugar y chancearse con ellos. La segunda, sufrir y disimular sus faltas cuando merecen correccion. La tercera, darles mal ejemplo, mostrando en su presencia las propias flaquezas y pasiones. Estas son las tres indiscreciones que hacen perder al padre el respeto que los hijos deben tenerle, y las que le acarrean el desprecio. Porque si llegais á perder vuestra autoridad, sois perdidos, y vuestros hijos tambien.

MÁXIMA TERCERA.

El caballo que no se tiene en ejercicio, se hace indomable, y el hijo con libertad, se hace incorregible. (Eccli. xxx).

No debeis esperar para corregir vuestros hijos que las faltas sean graves, sino castigadlos á proporcion de su malicia ; porque esta en los niños va creciendo con la edad ; y si desde los primeros años no se corrige y castiga, llegará al fin á tal exceso, que entonces el castigo no solo será inútil sino tambien peligroso. No esperéis á que sus pequeños defectos de lengua lleguen á ser blasfemias, ó sus principios de cólera pasen á ser furores ; porque vendréis á arrepentiros de vuestras tolerancias, cuando la muerte de ellos sea la perdicion y afrenta de vuestra casa y el escándalo del pueblo. Y tened siempre en consideracion, que un niño dejado á su libertad, sin castigo

ni correccion, pronto viene á hacerse rebelde : así como un caballo que no se trabaja al principio, viene á hacerse indómito y duro.

MÁXIMA CUARTA.

Aplaca la cerviz de tu hijo en la juventud ; porque si dejas que se endurezca, no te obedecerá. (Eccli. xxx).

Esta máxima os advierte que humilleis en la juventud á vuestro hijo soberbio, y le hagais obedecer en lo que es de su obligacion, si no quereis arrepentiros despues de vuestra negligencia. Pero en vuestras correcciones guardaos que no vayan acompañadas de cólera ; porque entonces dañan mas que aprovechan. Seréis rígidos y severos, pero sin furor ; inflexibles, si la razon así lo exige ; castigad, pero conservando siempre el corazon de padre.

El Señor os dé su gracia para que de tal modo criéis y eduqueis á vuestros hijos, que ellos y vosotros obreis vuestra salvacion. Amen.

MEDITACION.

Sobre las ocasiones.

Considera, cristiano, que nuestra flaqueza es tanta, que no podemos resistir á las tentaciones sin el socorro de Dios. Nuestros enemigos son muy poderosos, y nosotros muy débiles : sus insultos muy frecuentes y violentos, y nuestra resistencia muy cobarde. Pero debes saber para tu consuelo, que tanto como la gracia es necesaria para resistir, tanto la tenemos segura, como voluntariamente no nos pongamos en la ocasion. Porque si Dios como autor de la naturaleza está obligado á proveer á sus criaturas de las cosas necesarias para el sustento y conservacion, y darles tambien armas para su defensa, como autor de la gracia está tambien obligado á dar á los hombres los socorros que necesitan para conservar la vida espiritual, y armas para defenderse de sus enemigos invisibles. Pero si nosotros nos ponemos de propia voluntad en el peligro, Dios no se ha obligado á socorrernos con su gracia. Porque así como en el órden natural Dios no está obligado á conservar la vida al hombre que no quiere comer ni cuidar de mantenerse ; tampoco ha prometido su ayuda sino al que sigue y no trastorna el órden de su providencia sobrenatural. ¿Y sabes, hermano mio, qué órden es este ? Es el darte gracia para que evites una ocasion peligrosa ; y si te hallares en ella sin culpa tuya, darte una segunda gracia para

sostenerte. Si no eres fiel á la primera gracia y te metes en la ocasion, no esperes la segunda.

Considera que aunque el demonio es enemigo formidable, no lo es tanto como nosotros nos imaginamos. No puede atacar sino los exteriores de nuestro corazon ; y en él no puede entrar, si nosotros no lo introducimos. El demonio es un perro atado á la cadena, que aunque puede ladrar, no puede morder sino á los que se acercan á él. Toda su fuerza la debe á nuestra flaqueza, ó, por decirlo mejor, á nuestra presuncion y á la facilidad con que nos ponemos en las ocasiones. ¡Qué pocas maneras tendria para cogernos, si nosotros no nos pusiésemos en los peligros de pecar ! Nuestro corazon es una plaza fuerte que el demonio tiene sitiada, pero que no puede ganarla sino por secreta inteligencia con los que hay dentro de ella, que son nuestras pasiones y apetitos. El demonio, puesto el hombre en la ocasion, le presenta con viveza el atractivo del interés, el embeleso del deleite, los brillos de alguna honra, y á la presencia de estos objetos se conmueven las pasiones, se alborozan los apetitos, y engañada la voluntad, ella misma abre las puertas y se entrega á discrecion al demonio. Nosotros regularmente somos tales, cuales son los objetos que nos rodean. La razon de esto es, porque las cosas que se nos presentan á la vista hacen venir los pensamientos ; los pensamientos á los deseos ; los deseos á los consentimientos, y estos á nuestros vicios ó á nuestras virtudes. Los objetos pueden mucho con nuestra voluntad, si los tenemos presentes. ¿Y quién nos presenta los objetos sino la ocasion ? Huye, pues, hermano mio, las ocasiones, si quieres evitar las culpas. Este es el modo mas fácil y seguro para mantenerte en gracia. Porque nuestro buen Dios, sabiendo nuestra flaqueza y cobardía, ha hecho depender nuestra victoria de nuestras precauciones y de nuestra fuga, y no de nuestra osadía. Huyamos, pues, y vencerémos.

Dios ha dicho por el real Profeta, «que librará al hombre que es-
pera en él ; y aun encarga á los Ángeles que gobiernen sus pasos,
«que lo lleven de la mano, y lo protejan en sus caminos.» Pero debes entender, que si Dios en cumplimiento de su promesa está obligado á socorrerte en la ocasion forzada, tambien en cumplimiento de su palabra está obligado á abandonarte en la ocasion voluntaria ; porque tiene dicho, «que quien ama el peligro, perecerá en él.» Tambien está obligado como por su honra á estar con nosotros en la tentacion, cuando esta viene de parte del demonio, porque es efecto de la malicia que nos tiene ; y ya que su envidia rabiosa no

puede acabar con Dios, la descarga en nosotros, que somos hechos á semejanza de su divina Majestad. Pero si tú buscas la ocasion, ya no es causa de Dios, ni está obligado á protegerte; porque no es el demonio el que te tienta, sino tú mismo eres tu tentador. Y por el mismo celo que Dios tiene de su gloria y de su honra, parece que está obligado á abandonarte; porque si te pones con conocimiento en el peligro, ó lo haces porque confías, ó porque desconfías de tus propias fuerzas. Si fías en tus fuerzas, eres vano y presumido, y es de la honra de Dios humillar á un presumido y hacerle conocer en la misma caida su temeridad. Si te pones en la ocasion desconfiado de tus fuerzas y previendo la caida, ya pecaste antes de ser tentado, y cuando lo seas, seguramente consentirás y caerás; porque Dios no acude con su gracia á quien la estima tan poco, que fácilmente se expone á perderla.

Para sacerdotes.

« Mis venerables sacerdotes: nosotros que sabemos mejor que otros, ya por los Libros santos, ya por la práctica de nuestro ministerio, la incontrastable fuerza de estas verdades; ¿seremos tan confiados de nosotros mismos, que temerarios nos exponamos á ser nuevos ejemplares de funestísimas caidas? No, hermanos míos, sabemos que el valiente Sanson, que fue vencedor de leones y filisteos, puesto en ocasion voluntaria quedó vencido por una débil mujer. Sabemos que el rey David, que cortó la cabeza al gigante Goliath haciendo la causa de Dios, puesto voluntariamente en el peligro, se precipitó en un adulterio al sople de la tentacion. San Pedro, piedra firme y primera del edificio de la Iglesia de Jesucristo, se puso en la ocasion muy confiado en su fortaleza, y á dos palabras de una mujercilla negó á su divino Maestro. Y nosotros, que no somos fuertes como Sanson, ni valientes como David, ni piedra como san Pedro, ¿nos meteremos en los peligros fiando en nosotros mismos? No, hermanos míos, huyamos de las ocasiones que el mundo nos presenta; porque es de fe, que quien ama el peligro, perecerá en él. »

JACULATORIAS.

¡ Ah peligros no temidos ! ¡ ah ocasiones procuradas ! ¡ cuántas y cuántas veces habeis sido la tumba donde mi alma quedó sepultada !

¡Oh divino Salvador! haced que llevemos siempre impresa en nuestro corazon aquella máxima de vuestro Profeta : «Huid y salvad vuestras almas.»

¡Oh Jesús, Padre y Señor mio! desde ahora para siempre resuelvo apartarme de las ocasiones de ofenderos ; fortaleced mi voluntad. Y si alguna vez me viese en ellas sin buscarlas, clamaré á Vos que me auxiliéis, como ahora clamo que me perdoneis. Perdonadme, Señor, que me pesa mucho haberos ofendido ; me pesa haber pecado.

PLÁTICA.

Sobre las ocasiones.

Ejercitantes : con todos hablo ; pero en especial con los recién convertidos pecadores. Yo os doy la enhorabuena, y me tomo gran parte en vuestro gozo ; porque al fin , despues de haber vencido vuestros temores y vergüenza ; habeis podido con el auxilio de Dios romper las cadenas del pecado y salir de la esclavitud del demonio. Os doy mil enhorabuenas. Pero , por el mismo amor que os tengo , os advierto que no volvais á pisar aquellos caminos en donde experimentásteis vuestra perdicion. Quiero decir, que no os pongais otra vez en aquellas ocasiones en que perdisteis lo que tanto os ha costado ahora de recobrar, que es la gracia de Dios. Habeis oido en el punto de meditacion que el Señor asiste con su gracia al que sin quererlo ni buscarlo se ve en ocasion peligrosa de pecar. Pero tambien se os ha dicho que la niega al que voluntariamente la busca. Y esto es tan cierto , como dicho por el Espíritu Santo , que el que ama el peligro , perecerá en él. Aunque vuestros propósitos hayan sido los mas verdaderos y firmes ; aunque con ellos y despues de ellos hayais vencido tentaciones del demonio, apetitos de la carne y sugestiones del mundo ; aunque os parezca que ya no habrá en el mundo ni en el infierno quien pueda haceros volver un paso atrás en el buen camino que habeis emprendido ; no os pongais en la ocasion , ni os fieis de vosotros mismos. Os diré por qué.

Todo hombre, por fuerte y valeroso que sea, va cubierto de un delicadísimo vidrio que está expuesto á romperse en un encuentro el mas pequeño. Todo hombre es formado de un barro tan frágil, que con facilidad se rompe y se deshace : tan delicada como todo esto quedó la naturaleza humana por el pecado de nuestros primeros padres. Bien puede una alma buena gloriarse cuanto quiera de

que está dotada de una devocion tierna y fervorosa. Conténtese un cristiano de que practica la oracion, frecuente los Sacramentos, hace limosnas, y se ejercita en obras de piedad. Téngase él mismo por un héroe en la fortaleza, y guarézcase con cuantas precauciones quiera, y así armado póngase en ocasion peligrosa; y pronto experimentará que así como no puede dejar de ser hombre en aquel momento, tampoco puede dejar de ser flaco y débil, mas que si fuese de cera. Os lo haré palpable con este símil: Fórmese de cera la estatua de un soldado bien dispuesto y aguerrido; ármese con un morrion de hierro en la cabeza, con peto y espaldar de templado acero, con un sable bien afilado en la mano derecha, y un escudo de defensa en la izquierda. Ya tenemos un soldado que en su aire guerrero y amenazador parece que no le falta mas que hablar para desafiar al mas valiente. Arrimemos ahora esta estatua cerca de una pequeña hoguera; y dentro de poco verémos como primero se calienta, luego se ablanda, ya se le cae un brazo, en seguida el otro, y últimamente viene á derretirse toda la estatua y deshacerse aquel soldado, y no quedar de él mas que el armamento. Al caso: presume cuanto quiera un cristiano, dice san Agustin, de que es un héroe de santidad; ármese á todas manos con las armas espirituales, con santos pensamientos, con la cota de la divina gracia, con la espada de dos filos de la palabra del Evangelio; y póngase de propósito junto al fuego de una ocasion peligrosa, y pronto será consumido á pesar de todos sus pertrechos.

Ejercitante: lo mismo te advierto yo, al despedirnos, con el Padre san Agustin: las historias están llenas de semejantes acontecimientos. Ya oiste en el punto de meditacion que David, Sanson, san Pedro, todos fueron y se tuvieron por fuertes y valientes; y todos estos, y cuantos antes y despues de estos se pusieron en ocasion voluntaria fiados en su virtud, todos cayeron vencidos, unos en la idolatría, otros en la deshonestidad, y otros en la herejía.

Ahora pues, si tan débil es la constancia del corazon del hombre, ¿qué no podrá contra ella la fuerza de una ocasion peligrosa? Si un enemigo tanto mas adquiere de pujanza sobre su contrario, cuanto este tiene de mas flaqueza, ¿qué no podrá la ocasion contra un hombre tan frágil como de barro? Si al soplo de una fogosa pasion cayeron los mas robustos robles de santidad, los mas penitentes anacoretas, que sepultados en las cavernas del desierto parecian muertos en todos sus sentidos, ¿cómo podrán mantenerse firmes en la ocasion aquellos jóvenes y aquellos mal habituados, que fiando en su

reciente conversion se familiarizan con el otro sexo, no pierden diversion profana, ni perdonan pasatiempo? No es posible. Y yo me estremezco cuando oigo decir á un santo tan á prueba como san Agustin, que es mas temeridad ponerse en ocasion peligrosa, que á brazo partido luchar con un leon : cuando oigo afirmar á san Bernardo, que mas se necesita para vencer una tentacion, que para hacer un milagro y resucitar á un muerto : cuando leo lo que refiere san Pedro Damiano de un monje, que despues de haber obrado estupendos milagros, al encuentro con una doncella del principe de Benevento, cayó en la hoguera de la lujuria : cuando oigo lamentarse á san Cipriano de que en su tiempo muchos gloriosos campeones de la fe, despues de haber triunfado de las cadenas y tormentos de los tiranos, vinieron á ser víctimas de la tentacion por una ocasion procurada. Estas son sus palabras : « ¡ Cuántos eminentes obispos, clérigos y legos, despues de haber hecho una confesion gloriosa de « la fe, despues de haber triunfado de los mas crueles tormentos, « vinieron á perecer por meterse confiados en la ocasion ! »

Y á vista de esto ¿ presumirás tú, hermano recien convertido, que tu virtud podrá vencer la ocasion en que tú mismo te pongas? ¿ Tendrás valor para luchar con un tigre? ¿ Es tanta ya tu virtud, que has resucitado un muerto? ¿ Tendrás firmeza para irte á buscar ocasion de ser martirizado por la fe de Jesucristo? Seguramente me dirás que no tienes virtud ni valor para tanto. ¿ Y te parece que lo tendrás para vencer cualquiera ocasion en que te pongas? No puedes lo que es menos, dice san Bernardo, ¿ y podrás lo que es mas? Esto es una temeridad, una quimera.

Concluyamos, pues, hermanos mios : si quereis conservar la gracia que habeis recobrado ó recobraréis por la penitencia, para de una confesion á otra, de unos ejercicios á otros, de uno en otro año, hasta el último momento de vuestra vida, manteneos firmes en vuestros propósitos, y jamás os pongais en aquellas ó semejantes ocasiones en que caisteis rendidos á la tentacion. Así caminaréis con seguridad entre los peligros del mundo, hasta que llegueis á la celestial Jerusalem, á la eterna gloria. Esta os deseo, etc.

EJERCICIO CUADRAGÉSIMO.

LECCION.

Para el gobierno del hombre con los criados.

MÁXIMA PRIMERA.

El yugo y la cuerda encorvan el cuello, y al criado lo humilla la continua ocupacion.

Ejercitantes : por esta máxima os quiere decir el Espíritu Santo que no dejéis nunca á vuestro criado sin ocupacion ; porque el ocio es maestro de la malicia. Si le dais trabajo al criado , él os dará gusto ; y sino os causará pesadumbre. Porque mientras nada hace puede meditar algun mal, y cuanto mas tenga de ociosidad , mas cerca estará de inclinarse á lo malo. Una hora sola que vuestro criado esté ocioso , puede ser bastante para que experimenteis que quien cria un perezoso en casa , alimenta un traidor.

MÁXIMA SEGUNDA.

El pan, la disciplina y el trabajo para el criado.

Esta máxima quiere decir que á vuestro sirviente no debe faltarle el debido mantenimiento, porque á él tiene derecho ; ni el trabajo , porque para trabajar lo habeis tomado ; ni la doctrina y amonestacion , porque es interés vuestro. Sin correccion no se enmendará de sus faltas , y sin pan estará dispuesto para cometer una infidelidad. Si por vuestro descuido le falta la correccion , ó por vuestra avaricia no tiene el tratamiento que le corresponde, temed con fundamento que si con todo eso no deja vuestro servicio , será en vuestra casa ó impío , ó impúdico , ó ladron.

MÁXIMA TERCERA.

Si teneis un criado fiel, tratadlo y queredlo como hermano. (Prov. XXXIII).

Nos enseña este proverbio , que si tenemos un criado fiel , lo estimemos como dádiva de la providencia de Dios ; que tratemos con

él como con un hermano y amigo, y lo conservemos como á la niña de nuestros ojos. No temais el ser familiar con un criado fiel y que cumple con su obligacion; ni el fiarle todos vuestros cuidados y negocios domésticos. Pero sin dejar por eso de observar su proceder, para evitar que de buen sirviente se haga un criado desleal. Comunicadle algo de vuestro mando, pero siempre con dependencia de vosotros; porque si todo se lo fiais sin entrar en conocimiento de sus operaciones, vendrá á querer disponer de lo vuestro como si fuera propio, ó á mandaros en vez de obedeceros.

MÁXIMA CUARTA.

No seas ingrato con el criado que te sirve con esmero y amor.

Nos previene el Espíritu Santo con esta máxima, que no dejemos ir desconsolado al sirviente que con amor empleó sus fuerzas en nuestro servicio: sino que lo mantengamos en casa con gusto; y si puede ser, que salga acomodado segun su estado y condicion. Esto redundará en honra del amo; porque es propio de corazones grandes hacer dichosos á los que sirven con amor y lealtad. Pero debeis impedir que prospere, si no es con lo que voluntariamente le deis vosotros: para evitar lo que se ve algunas veces, que es quedar los amos pobres, al mismo paso que el criado se hace rico. El Señor nos manda la gratitud; pero ha de ejercitarse con prudencia; porque si es indiscreta, puede pasar á prodigalidad y parar en indigencia.

Máximas para gobernarse con los amigos.

MÁXIMA PRIMERA.

Un buen amigo es fortaleza que ampara y tesoro que enriquece: quien lo tiene puede llamarse dichoso.

Esta máxima quiere decir que no hay cosa mas preciosa que un buen amigo; porque vale mas que todo el oro y plata del mundo. Mucho se habla de la amistad; pero pocos son los que la practican. En las ciudades, en los pueblos, en los libros, en las conversaciones, en las cartas y en los saludos no se habla mas que de amistad. La vemos en los rostros muy bien pintada, y en cualquiera parte la vemos menos en los corazones. A todos gusta; pero cuando el propio interés ciega al hombre; no hay cosa que menos le pese que haber perdido un amigo.

MÁXIMA SEGUNDA.

Un amigo que solo es de mesa, no lo será en el tiempo de tu necesidad.

Nos advierte el Espíritu Santo por esta máxima, que hay algunos que se nos venden por amigos en el tiempo del convite, y pasado este ya no nos conocen. Todo lo prometen á aquel á cuya costa se huelgan, y luego se olvidan del beneficio. Ordinariamente los convites no sirven sino para mantener aduladores y desagradecidos. Estos falsos amigos se creen que amar á su amigo consiste en ayudarle á sus desórdenes, á sus insolencias y pecados. No tengais á estos por amigos. Y si teneis por enemigos á los que os dañan con sus propias manos, tambien debeis tener por enemigos á los que se sirven de las vuestras para el mismo efecto. Esta amistad es mas cruel que todas las enemistades. No te fies de amigos de sola mesa.

MÁXIMA TERCERA.

Un amigo fiel es medicamento para la vida: el que teme al Señor lo encontrará. (Eccli. vi).

Nuestra alma y nuestro cuerpo tienen sus enfermedades y miserias. El remedio para su alivio es un fiel y buen amigo; es menester temer á Dios para alcanzarlo.

Aunque debemos procurar tener muchos amigos; uno solo ha de ser el confidente y privado. Con todos hemos de estar bien; pero unidos á uno solo. Nuestras manos y nuestras casas sean abiertas para todos; pero nuestro corazon solo al amigo escogido. Este nos consolará en nuestras aflicciones, y será un seguro recurso en nuestras necesidades y trabajos. Nuestro corazon ha de llevar siempre la divisa de agradable á todos, y confiado á uno solo.

MÁXIMA CUARTA.

No dejes al amigo antiguo y fiel, porque el nuevo no será como el primero.

El Espíritu Santo nos previene por esta máxima, que cuando tengamos un amigo fiel y constante lo contemplemos como á nosotros mismos, y hagamos que entre en casa con la misma libertad que entra en la suya, y no lo dejemos por otro amigo nuevo; porque este no vale tanto como el antiguo experimentado. Quien deja de amar al primer amigo bueno, se hace indigno del segundo. Y

el que no pone cuidado para no perder una buena amistad, no alcanzará otra semejante. Sobre todo, amados míos, procuremos no perder la amistad de Dios, que es el mejor de todos los amigos. El Señor nos dé su gracia para lograrlo. Amen.

MEDITACION.

Sobre la perseverancia.

Mis queridos ejercitantes : ya es llegada la hora y es preciso que nos separemos. Esta es la última noche con que damos fin á nuestros ejercicios, y en ella quiero daros por despedida la última prueba del amor que os tengo. Oid con la acostumbrada atencion dos importantes verdades que os dejo, para que las conserveis en vuestros corazones en memoria de nuestras conferencias. La primera verdad es, que el reino del cielo no es para todos los que lo quieren y corren por alcanzarlo ; sino solo para aquellos á quienes Dios misericordioso quiera darlo. Muchos son los llamados, dice Jesucristo, y pocos los escogidos. Esta verdad debe ternernos siempre con temor de si serémos del número de los réprobos. Y por esta incertidumbre debemos trabajar con todo empeño para asegurar la salvacion, practicando incesantemente el consejo de san Agustin que dice : « Si no « eres predestinado, pide á Dios que lo seas. » En fuerza de esta verdad debemos trabajar sin pereza, y pedirle á Dios que duranté nuestra carrera por esta vida mortal nos asista con su gracia, para que de tal modo corramos y trabajemos, que al fin merezcamos entrar en el cielo para el que fuimos criados.

La segunda verdad es no menos digna de vuestra atencion que la primera. El que persevere hasta el fin, ese será salvo, dice nuestro Salvador. Sentencia temible y terrible verdad. Sin perseverancia en los buenos propósitos y buenas obras no hay salvacion ; porque la perseverancia es la única áncora de nuestra esperanza. Así es que muchos empezaron bien y acabaron mal ; porque no siguieron hasta el fin la carrera de la virtud. Teme tú, hermano mio convertido, no te suceda otro tanto, si despues que has comenzado á servir á Dios, te cansas y no continúas el camino que tomaste. Jesucristo nos dice : « Bienaventurado aquel que cuando el Señor venga y le « toque á la puerta, lo halle bien ocupado. » No dice bienaventurado al que halle que obró bien ; sino al que halle que actualmente lo está haciendo. Y en otra parte dice : « El que una vez puso la « mano en el arado y vuelve la cara atrás, este no es apto para el

«reino de los cielos.» Que es decir, que él que una vez emprendió el camino de su salvacion, y despues vuelve á sus antiguas prevenciones; este no es digno de entrar en el cielo. La perseverancia hasta el fin es la señal de predestinacion; así como el volver atrás en la carrera de la virtud es indicio de reprobacion. No se busca en los cristianos sus buenos principios, sino sus buenos fines. Judas empezó bien, y fue un apóstol muy amado del Señor; pero acabó mal, vendió á su Maestro, murió desesperado y se condenó. San Pablo empezó mal persiguiendo á Jesucristo, y acabó bien y se salvó, porque despues de su conversion fue constante hasta dar su vida á la espada por amor de su Salvador. San Agustin empezó mal siguiendo las falsas doctrinas de los enemigos de Cristo, y acabó bien, porque despues que se convirtió á la fe de Jesucristo perseveró hasta la muerte en la religion santa que profesó en el Bautismo. Magdalena fue una grande pecadora; empezó por ser el escándalo de Palestina, y acabó bien, porque una vez que confesó sus pecados á los piés de Jesucristo, perseveró en su amor hasta la muerte.

Si tú, hijo mio, fuiste pecador y te has convertido á nueva vida, ten firmeza; sigue tu camino hasta la muerte, y serás salvo. Es verdad que el demonio, el mundo y la carne te harán guerra porque los dejaste; pero esto no importa: resísteles con valor, y serán vencidos. Nada hay mejor que Dios; y por nada has de dejar ese camino que te lleva á la posesion de Dios. No pierdas el tiempo en hacer y deshacer camino; porque si te pilla la muerte en una revuelta, eres perdido para siempre. No seas de aquellos que dicen quieren levantarse, y nunca se levantan; quieren dejar sus malas costumbres, y nunca las dejan. Ó si alguna vez dan algunos pasos en su conversion, luego se cansan, y se sientan á la sombra de una pereza que viene á parar en impenitencia final. Hijo mio, tú ten perseverancia, y aunque el mundo se hunda, tú atrás nunca vuelvas. Si los malos amigos, si aquella mujer que abandonaste intentan distraerte de tus buenos propósitos; tú dite á tí mismo: perseverancia, corazon mio, y vamos á salvarnos.

Nota. Esta noche se suprime el punto para sacerdotes, por no alargar demasiado el acto.

JACULATOMAS.

¡Oh Salvador de mi alma! ayudadme con vuestra gracia para que yo ponga en ejecucion los buenos sentimientos que he concebido en los santos ejercicios.

El camino he tomado que me lleva á Vos, Dios mio, que sois mi único y sumo bien. No permitais, Señor, que yo me canse en él, ni que lo deje.

No puedo negar, Jesús Padre mio, que he sido muy inconstante con Vos. Pero ya quiero con vuestra gracia ser fiel, y mantenerme firme en mis palabras. Y por lo pasado, arrepentido de todo mi corazon, os digo que me pesa en el alma de mis desvíos; me pesa, Señor, de haber pecado.

Nota. Ahora se dice la siguiente

PLÁTICA DE DESPEDIDA.

Vade in pace, et noli amplius peccare. (*Joan. VIII.*)

¡Cuánto siento, mis amados ejercitantes, que haya llegado la hora de disolver nuestra edificante congregacion! Pero gracias á Dios tengo el consuelo de ver que se llenaron mis deseos, y creo que tambien los vuestros. En el discurso de cuarenta dias os he enseñado del mejor modo que he podido quanto es necesario que sepais y practiqueis para alcanzar el fin de vuestra creacion, que no es otro que el de servir á Dios en esta vida, para despues verle y gozarle en la otra. Os he explicado uno por uno los Mandamientos de la ley de Dios y los de la santa madre Iglesia, y de qué modo debeis cumplirlos para hacer la voluntad de nuestro Criador y conseguir la salvacion de vuestra alma. Os he enseñado de qué manera y con qué disposicion habeis de recibir los santos Sacramentos, por cuya virtud se purifica y perfecciona nuestra alma. Os he hecho entender la malignidad del pecado mortal, para que lo eviteis á toda costa. Os he manifestado tambien lo terrible y eterno de los Novísimos, para que su frecuente recuerdo os sirva de preservativo contra el pecado. Y como estais precisados á hacer vuestra carrera por este mundo, cuyos caminos quebrados y pedregosos á cada paso presentan un peligro, y muchas veces encubierto, os he advertido de en dónde el demonio para sus lazos, á fin de que procureis

evitarlos. Y por siuviéseis la desgracia de caer en pecado mortal, os he instruido del modo de salir de él mediante una dolorosa confesion, y tambien de las disposiciones con que habeis de llegaros á la sagrada mesa para comer dignamente el cuerpo de Jesucristo, que es el pan de vida eterna. Y por último y en diferentes lecciones os he enseñado el modo de orar y pedir bien, y el de practicar las Obras de misericordia, para que estas acompañen siempre á vuestra fe. Hice en vuestro favor cuanto sabia, y se cumplieron mis deseos. Pero, amados mios, ¿se llenaron tambien los vuestros? ¿Habeis recobrado ó robustecido la salud de vuestra alma con la eficaz medicina de los santos Sacramentos? ¡Oh! gracias á Dios, la buena y constante conducta que habeis observado durante el tiempo de ejercicios es para mí la señal de vuestra mejoría espiritual, y el consuelo que me acompaña al despediros.

Ea pues, hijos mios: volved á vuestras casas; volved á vuestros destinos y ocupaciones; volved al desempeño de las obligaciones de vuestro respectivo estado y empleo, y llevaos con vosotros el resto de mis afectos, que os doy con toda la efusion de mi corazon. Sí: poned los ojos en aquel Jesús, en cuyo sacratísimo costado vuestra alma ha bebido la salud, y contempladlo en el templo de Jerusalem dando la salud espiritual á una mujer pecadora con estas dulces palabras: «Mujer, véte en paz, y no quieras pecar mas.» Tomad para vosotros, hijos mios, estas mismas palabras de Jesús, que repetidas por vuestro director son la última encomienda que os hace al despedirse de vosotros: «Id en paz, ejercitantes, y no querais pecar mas.» Porque si volveis á enfermar, quizá, quizá por justos juicios de Dios ya no hallaréis otra vez al Médico divino. Querréis otra vez buscarlo en esta casa de su misericordia, y acaso la encontraréis cerrada. Y aunque esté abierta, es de temer que el Santo Espíritu no os traiga á ella como os ha traído este año, ni tengais el socorro de otros ejercicios, en justo castigo de no haber apreciado la salud que en estos habeis logrado.

Por tanto, hombre adúltero, que como la mujer del Evangelio has tenido la fortuna de curarte de la gangrena de lujuria que corroia tu corazon, guárdate de la saliva de aquella mujer que te emponzoñó; porque si la llaga resana, el Espíritu Santo te dice, «que correrá parejas con tu vida, y en un punto te dará dos muertes:» *véte en paz, hijo mio, y no peques mas.* Jóven afortunado, tú te viste cubierto de lepra de piés á cabeza, exhalando el fétido olor de la impureza, y tienes la dicha de verte ya limpio; pues cuida de no

volver á inficionarte ; porque el veneno de este vicio te penetrará hasta la medula de los huesos , y para tí ya no habrá remedio ; huye basta de tu propia carne ; *véte en paz , y no quieras pecar mas.* Hombre de genio iracundo , ¿ ya no te consume el fuego de la venganza ? Pues en adelante lleva escritos en tu corazon estos dos preceptos de Jesucristo : « Ama á tus enemigos ; haz bien al que te « aborrece : » *véte en paz , y no peques mas.* En suma , ejercitantes curados y convalecientes , reprimid vuestros apetitos con las riendas que nos propone el Espíritu Santo , que son el amor y el temor de Dios. Porque si tropezais otra vez en el pecado , vuestro último estado será peor que el primero. *Id en paz ; la paz sea con vosotros , no pequeis ya mas.* Señores casados : si quereis tener paz en el matrimonio , sufrid con paciencia la genialidad y las impertinencias de la consorte ; reprimid vuestro genio , y haced cuanto esté de vuestra parte para mantener el buen orden y tranquilidad en la familia. Jóvenes : si quereis gozar paz en vuestra alma , sed humildes y obedientes á vuestros padres ; porque si no lo sois la vara de Dios golpeará vuestra inobediencia , vuestra vida será toda un desconcierto , viviréis sin honra ni estimacion , vuestra casa se arruinará hasta los cimientos , y si teneis hijos , ellos serán vuestro dogal en este mundo. Hombres que os teneis por prudentes y políticos segun las máximas de la prudencia humana , la mejor política es la del Evangelio. Si quereis vivir tranquilos con estimacion y buen nombre , no engañeis con falsa paz la sencillez de vuestro prójimo ; porque si en la cara le decís *amigo mio* , y al mismo tiempo por caminos ocultos le preparais perdicion , Dios os castigará en la hacienda , ó en la honra , ó en la vida , ó en todo á un tiempo. Señores de justicia : si quereis tener paz en vida y en muerte , tened las manos limpias de la sangre de los pobres , socorred al oprimido , haced justicia al huérfano , defended á la viuda. Ejercitantes de todas clases , si quereis vivir pacíficos , no litigueis con los que pueden mas que vosotros ; dad á cada uno lo que se le debe , como nos encarga san Pablo : á quien tributo , tributo ; á quien honor , honor ; á quien respeto , respeto : porque esto es orden de Dios ; y si no lo cumplís , la espada de su justicia vendrá á quitaros la paz.

Para sacerdotes ¹.

«Mis amados hermanos sacerdotes : os doy muchísimas gracias «por la constante compañía que me habeis hecho, y por el buen «ejemplo con que nos habeis edificado. Quisiera yo poder haceros «una expresion de mi gratitud ; pero no reconociendo en mí cosa «que merezca vuestro aprecio, la pido á san Pablo, y este me sugiere que os deje en despedida este apreciable recuerdo : *In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum ; in doctrina, in integritate, in gravitate ; verbum sanum, irreprehensibile ; ut is qui ex adverso est, vereatur nihil habens malum dicere de nobis.* Quedaos «en paz, hermanos míos. Si queremos gozar de paz, no nos dejemos dominar del espíritu de discordia y de partido. No sea el vínculo que nos debe tener unidos un amor solo político y de mera «apariencia. Amémonos con amor sólido y verdadero. Nada entre «en nosotros de etiqueta, nada de disputa, nada de resentimiento. «Si alguno de fuera de nuestro gremio nos persigue, nos calumnia, «habla mal de nosotros ; tengámosle por un bienhechor nuestro. «Porque él mismo, sin quererlo ni pensarlo, nos proporciona una «brillante corona en el cielo. *Id en paz.*»

¡Oh paz! nombre dulce, nombre amable, nombre bajado del cielo. ¡Dulce paz! tú eres el mejor descanso para todo hombre, el cielo anticipado de una familia bien ordenada, y la alegría del pueblo que tiene la dicha de vivir contigo. Sí : porque cuando un pueblo goza de paz, entonces todos viven tranquilos, todos observan el buen orden, todos concurren á promover el bien comun, y todos y cada uno reposan con seguridad de que su honra, sus bienes y su vida están al resguardo de un Gobierno vigilante. Este es el símil de una alma en tranquilidad. Cuando las pasiones obedecen á la razon, cuando nuestra cristiana conducta nos asegura que Dios vela sobre nosotros, y de que nos defenderá de los epemigos y peligros de alma y cuerpo, entonces gozamos de santa paz y dulce calma.

¿Y de qué medios nos hemos de valer para conseguir y mantener esta paz? Están ya insinuados : sujecion á Dios, y buena correspondencia con el prójimo. Estos son los medios que conducen á la paz del alma. El santo Job preguntaba : «¿Quién jamás resistió á Dios «y tuvo paz?» Lo mismo preguntaré yo á vosotros. ¿Sabeis de al-

¹ Este párrafo se suprimirá si no hubiese sacerdotes ; y se continuará la plática, en todo caso, con el que le sigue y empieza : *¡Oh paz!*

guno que no obedeciendo á Dios haya tenido paz en su alma? Aunque me digais que sí, yo nunca lo creeré, porque debo mas fe al profeta Isaías; y este me dice: «No hay paz para el impío que se rebela contra su Dios.» Debo creer mas al penitente rey David; y este clama al Señor con lágrimas: «Mi pecado siempre me está haciendo guerra en la conciencia.» Debo toda fe al Espíritu Santo que me dice por el Sábio, «que los malvados siempre viven tímidos, con el pensamiento de sus pecados.» Luego es de fe que el que resiste á Dios, no puede gozar de paz; porque, como dice san Pablo: «Este dulce fruto solo es para aquel que obra bien, y en todo se sujeta á la voluntad del Señor.» Ni tampoco la tendrá el que no vive en cristiana correspondencia con el prójimo; porque el mismo Jesucristo nos dice mandando: «Vivid en paz unos con otros.» Y por esto escribiendo el Apóstol á los cristianos de la ciudad de Éfeso les decia: «Sed humildes con todos, mansos, afables y pacientes; sufríos mutuamente los defectos; y sobre todo conservad la perfecta union de voluntades, de manera que parezcáis un solo cuerpo animado de un mismo espíritu.»

Adios pues, hijos míos. Os volveis al mundo, á este turbulento y encrespado mundo. La paz sea siempre el móvil de vuestro corazon y el alma de vuestras operaciones. Vivid todos como hermanos unidos con el vínculo de la caridad de Jesucristo. Y marchad á vuestras casas y al mundo con la bendicion del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

¡Oh Virgen y Madre de Dios! á Vos os elegimos la primera noche por protectora de los santos ejercicios. Todo se ha concluido con la felicidad que me prometí de vuestra amorosa proteccion; y por todo os doy las mas reverentes gracias. Si algun fruto han producido mis pequeños trabajos, ha venido, no de mí, sino de la caridad de vuestro Hijo y por vuestra poderosa intercesion. Toda la honra y toda la gloria sea para Jesús y para Vos. Yo solo quiero y os pido vuestro favor, para vivir y morir en gracia de mi Salvador. ¡Oh Madre mia, y cuánto confio en Vos de alcanzarlo!

¡Jesús, Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion! mi corazon lo siento oprimido, porque quiere y no sabe explicar mi gratitud á vuestra Majestad, de un modo digno de vuestra grandeza. Pero se alienta con saber de vuestra boca, que no os pagais de palabras sino de afectos. Estos no me faltan, Jesús mio, aunque muy pobres. Todos los dirijo á Vos que sois mi dueño, y digo con todo mi corazon que os doy humildísimas gracias, por las que sin mere-

cerlo me habeis dispensado, dándome vida y salud para emplearla en el bien espiritual de esta preciosa porcion de vuestro rebaño. Dadnos vuestra bendicion para retirarnos de vuestra soberana presencia : besamos reverentes vuestras sacratísimas llagas, de donde ha salido el bálsamo de nuestra salud ; y os suplicamos que repitais con nosotros vuestras misericordias, y nos hagais dignos de que en vida por gracia, y en muerte por gloria, en union con los Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines, y todos los espíritus bienaventurados, os cantemos eternamente en el cielo :

Santo, Santo, Santo,
Señor Dios de los ejércitos,
llenos están los cielos y la tierra
de vuestra gloria. Amen.

Nota. Con este Trisagio que se repite con el pueblo se cierran los Ejercicios. Pero, si hubiese proporcion, despues del Trisagio se cantará solemnemente el himno *Te Deum laudamus*.

FIN DEL TÓMO SÉPTIMO Y ÚLTIMO.

Mandamos á los Párrocos y Regentes la cura de almas lean de esta nuestra instruccion pastoral lo que va al frente de ella hasta las advertencias, al tiempo del ofertorio de la misa mayor del dia primero festivo siguiente á su recibo. Recibid, amados diocesanos nuestros, la bendicion pastoral que con todo el afecto de nuestro corazon os damos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

Dada en nuestra Casa episcopal de Coix, á 11 de noviembre, dia de la festividad del Patrocinio de la santísima Virgen María, del año 1832.

FÉLIX, Obispo de Orihuela.

ÍNDICE

DE LOS EJERCICIOS CONTENIDOS EN ESTE SÉPTIMO Y ÚLTIMO TOMO.

	PÁG.
Advertencias.	13
Método.	15

EJERCICIO PRIMERO.

Indulgencias.	17
Plática preparativa.	17
Leccion de la creacion y fin del mundo.	24
Meditacion sobre lo mismo.	28

EJERCICIO SEGUNDO.

Leccion de la insignia y señal del cristiano.	32
Meditacion sobre el servicio que debemos á Dios.	35
Plática sobre lo mismo.	38

EJERCICIO TERCERO.

Leccion de las obligaciones del cristiano.	42
Meditacion del cuidado de la salvacion.	46
Plática sobre lo mismo.	49

EJERCICIO CUARTO.

Leccion del Credo.	53
Meditacion de la imitacion de Jesucristo.	57
Plática sobre lo mismo.	61

EJERCICIO QUINTO.

Leccion de los Artículos de la fe.	64
Meditacion de la eternidad.	68
Plática sobre lo mismo.	71

EJERCICIO SEXTO.

Leccion de los Artículos de la santísima Humanidad.	75
Meditacion de la gravedad del pecado mortal.	79
Plática sobre lo mismo.	82

EJERCICIO SÉPTIMO.

Sigue la explicacion de los artículos de la santísima Humanidad.	86
Meditacion de la muerte.	90
Plática sobre lo mismo.	93

EJERCICIO DÉCIMOSEPTIMO.

Leccion de los Mandamientos.	193
Meditacion de la envidia.	197
Plática sobre lo mismo.. . . .	199

EJERCICIO DÉCIMOCTAVO.

Leccion de los Mandamientos.	203
Meditacion de la pereza.	206
Plática sobre lo mismo.. . . .	209

EJERCICIO DÉCIMONOVENO.

Leccion de los Mandamientos.	213
Meditacion del escándalo.	216
Plática sobre lo mismo.. . . .	219

EJERCICIO VIGÉSIMO.

Leccion de los Mandamientos.	223
Meditacion de la venganza.	227
Plática sobre lo mismo.. . . .	230

EJERCICIO VIGÉSIMOPRIMERO.

Leccion de los Sacramentos.	233
Meditacion de la misericordia de Dios.	236
Plática sobre lo mismo.. . . .	239

EJERCICIO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Leccion de la penitencia.	243
Meditacion de lo mismo.	247
Plática de lo mismo.. . . .	250

EJERCICIO VIGÉSIMOTERCIO.

Leccion del exámen para confesion general.	253
Meditacion de la confesion.	256
Plática sobre lo mismo.. . . .	259

EJERCICIO VIGÉSIMOCUARTO.

Leccion del exámen para confesion general.	263
Meditacion del dolor y propósito.	267
Plática sobre lo mismo.. . . .	270

EJERCICIO VIGÉSIMOQUINTO.

Leccion de la comunión.	273
Meditacion de lo mismo.	276
Plática sobre cumplir la penitencia.. . . .	279

EJERCICIO VIGÉSIMOSEXTO.

Leccion de la Extremauncion.	283
Meditacion de la devocion á María santísima.	286
Plática sobre el cumplimiento de parroquia.	289

EJERCICIO VIGÉSIMOSEPTIMO.

Leccion de la santa misa.	292
Meditacion sobre no dilatar la penitencia.. . . .	295
Plática sobre lo mismo.. . . .	298

EJERCICIO VIGÉSIMOCTAVO.

Leccion del Matrimonio.	301
Meditacion de la reincidencia.	304
Plática sobre lo mismo.. . . .	306

EJERCICIO VIGÉSIMONOVENO.

Leccion de las Obras de misericordia.	310
Meditacion del santísimo Sacramento.. . . .	313
Plática sobre la devocion á la pasion del Señor.. . . .	316

EJERCICIO TRIGÉSIMO.

Leccion de las Obras de misericordia.	319
Meditacion de la agonía del Señor.	322
Plática sobre la pasion.. . . .	325

EJERCICIO TRIGÉSIMOPRIMERO.

Leccion de las Obras de misericordia.	329
Meditacion de Jesús en los tribunales.. . . .	332
Plática sobre lo mismo.. . . .	335

EJERCICIO TRIGÉSIMOSEGUNDO.

Leccion de las Bienaventuranzas.	339
Meditacion de la flagelacion del Señor.	342
Plática sobre lo mismo.. . . .	345

EJERCICIO TRIGÉSIMOTERCIO.

Leccion de las Bienaventuranzas.	349
Meditacion de la coronacion del Señor.	352
Plática sobre el Ecce Homo.	355

EJERCICIO TRIGÉSIMOCUARTO.

Leccion de las Potencias del alma.	359
Meditacion de la calle de Amargura.	362
Plática sobre lo mismo.	365

EJERCICIO TRIGÉSIMOQUINTO.

Leccion de los Frutos del Espíritu Santo.	368
Meditacion de la crucifixion del Señor.. . . .	371
Plática sobre los dolores de la Virgen.	374

EJERCICIO TRIGÉSIMOSEXTO.

Leccion de los Frutos del Espíritu Santo.	377
Meditacion de las llagas del Señor.	380
Plática sobre la resurreccion del Señor.	383

EJERCICIO TRIGÉSIMOSÉPTIMO.

Leccion de máximas del Espíritu Santo.	387
Meditacion del desprecio del mundo.	390
Plática sobre las tentaciones.	393

EJERCICIO TRIGÉSIMOCTAVO.

Leccion de máximas.	396
Meditacion de la oracion.	399
Plática sobre el vivir del dia.	402

EJERCICIO TRIGÉSIMONOVENO.

Leccion de máximas.	405
Meditacion sobre las ocasiones.	408
Plática sobre lo mismo.	411

EJERCICIO CUADRAGÉSIMO.

Leccion de máximas.	414
Meditacion sobre la perseverancia.	417
Plática de despedida.	419

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO Y ÚLTIMO.

